Testimonios Para la Iglesia Tomo 4

ÍNDICE.-

Los tiempos del tomo cuatro …….. 09
Número 26: Testimonio para la iglesia
Biografías bíblicas …… 13
La unidad de la iglesia …… 20
Avanzad ……... 25
Complacencia del apetito …….. 32
La lucha del cristiano …… 37
Escogiendo tesoros terrenales ……. 47
La verdadera benevolencia …….. 59
Colaboradores de Cristo …….. 71
Los reavivamientos sensacionalistas …… 77
La retención de los recursos …… 80
La prueba …… 87
El trabajo es beneficioso para la salud …… 97
Orgullo y autocomplacencia …… 100
La influencia del entorno social …….. 107
Conflicto de intereses ……. 120
Autoalabanzas …….. 128
Misioneros en el hogar ……. 136
Número 27: Testimonio para la iglesia
La obediencia voluntaria …… 145
Los doce espías ……... 149
La toma de Jericó ……. 157
(6)
Jeremías reprende a Israel …… 165
Una lección de los recabitas …… 174
Las advertencias de Dios son rechazadas …… 175
Son necesarias las reprobaciones fieles …… 185
Necesidad de disciplina en la familia …… 191
Críticas a los que llevan responsabilidades …….. 192
Los males de la falta de disciplina ……. 196
Consagración completa …….. 211
La necesidad de la armonía …….. 219
Oposición a las advertencias fieles ……. 225
Obstinación y no independencia ……. 232
La religión en la familia …….. 237
El deber del autocontrol …….. 240
El carácter sagrado de los mandamientos de Dios ……. 244
Soberbia en la iglesia y en la familia …… 252
Un llamamiento a los ministros ……. 257
NÚMERO 28: Testimonio para la iglesia
Experiencias y trabajos…… 267
Reuniones de temperancia …….. 270
Visita a Indiana ……. 271

Efectos del exceso de trabajo 272
Las reuniones campestres 274
Trabajos en California 279
Visita a Oregon 282
De viaje hacia el Este 291
Colorado 292
Las reuniones de la costa Este 293
En Battle Creek 296
Reuniones campestres en Kansas 298
La visita a Texas 300
(7)
Preparación para la venida de Cristo 301
Para los ministros 309
Compasión por los descarriados 316
La causa en Texas 325
Advertencia a un ministro 335
Equidad en los negocios 344
La religión en la vida diaria 354
Consagración en los ministros 365
NÚMERO 29: Testimonio para la iglesia
El juicio 377
Nuestras publicaciones 381
Los embajadores de Cristo 387
Cómo hablar en público 397
Cualidades para el ministerio 398
Ministros del evangelio 401
El colegio 411
Deberes de los padres para con el colegio 420
La causa en Iowa 423
Los alumnos del colegio 423
Los jóvenes ministros 429
Nuestras casas publicadoras 441
carácter sagrado de los votos 454
Los testamentos y legados 468
La relación de los miembros de iglesia 477
Deshonestidad en la iglesia 481
Importancia del dominio propio 487
Casamientos antibíblicos 495
Los pobres del Señor 500
La causa en Battle Creek 504
El aprovechamiento de los talentos 511
NÚMERO 30: Testimonio para la iglesia
Los siervos de Dios 515
Advertencias y admoniciones 530
Cultura moral e intelectual 537
Deber hacia los pobres 542
Salud y religión 545
Obreros fieles 547

Influencia cristiana …….. 558
Economía y abnegación ……. 564
Condición y obra del sanatorio …… 569
La influencia de las compañías …… 580
Las sociedades de extensión misionera …….. 585
El amor del mundo …….. 603
La sencillez en el vestir ……. 621
La educación adecuada ……. 641
Responsabilidad ante Dios ……. 647
Fechas de publicación …….. 650
Índice alfabético …… 651
(9)

LOS TIEMPOS DEL TOMO CUATRO.-

Los cinco folletos que ahora constituyen el tomo 4 de TESTIMONIOS PARA LA IGLESIA se extienden a lo largo de un período de siete años, desde 1875 hasta 1881. Fueron los últimos siete años de la vida de Jaime White. La obra de la denominación había entrado en un período de rápida expansión. El pastor White y su esposa viajaban extensamente y trabajaban incansablemente en el ministerio público, en entrevistas personales y escribiendo. Luchaban con los problemas de una obra institucional en expansión.

El progreso de la misión en Europa era rápido. En 1876 se enviaron otros obreros para que se unieran al pastor Andrews. La amplia visión dada a Elena G. de White en Battle Creek el 3 de enero de 1875, que formó la base de buena parte de la primera mitad del tomo 4, llevó a una comprensión mejor de la naturaleza mundial de nuestra denominación.

En la costa del Pacífico, la obra de la denominación se desarrollaba rápidamente. La revista Signs of the Times, que había comenzado recientemente, fue puesta sobre una base firme, y en 1875 se abrió en Oakland la Pacific Press, nuestra segunda casa publicadora adventista, que pronto llegó a ser la casa publicadora más grande y mejor equipada que operaba en la costa del Pacífico. En el año 1878, cerca de Santa Elena en el norte de California, abrió sus puertas al público el segundo sanatorio de la denominación.

Con centros cada vez mayores para la obra de publicaciones, nos encontramos con una literatura que se desarrollaba rápidamente, la que al fin del período del tomo 4 incluía Thoughts on Daniel and Revelation, por Uriah Smith, History of the Sabbath por J. N. Andrews, y una cantidad de obras de menor importancia que trataban de salud, temas religiosos, temperancia y temas de Interés para los niños. Se establecieron planes para una distribución más sistemática de literatura con colportores empleados de una manera regular, que iban de puerta en puerta para vender nuestros libros llenos de verdad. También estaba en marcha un gran movimiento de distribución de literatura gratis por nuestros (10) laicos, siendo el pastor N. S. Haskell el que dirigía la organización de la sociedad de tratados y la sociedad misionera.

El tomo 4 abarca la era de los grandes congresos campestres de los adventistas del séptimo día. Con la primera de estas reuniones que se tuvo en 1868, el plan había sido seguido con un entusiasmo cada vez mayor. En el espacio de una década difícilmente había una asociación local de un estado que no tuviera su reunión anual cada verano. Se seleccionaban bien los lugares y se hacía buena publicidad. Fue en relación con estos grandes congresos campestres adventistas cuando comenzó un esfuerzo concertado para informar de la obra de los adventistas del séptimo día en los periódicos. Se esmeraron en hacer llamativo el lugar, proporcionar buen alimento y presentar un mensaje elocuente. Las reuniones de cinco, seis o siete días de duración, en los días de semana tenían una asistencia de algunos cientos de adventistas y los fines de semana atraían a varios miles de oyentes interesados no adventistas. El

momento culminante de un interés así, fue en 1876, cuando en Groveland, Massachussets, un sector de Boston, el domingo 27 de agosto se congregaron veinte mil personas en la reunión campestre. Aquella tarde, la señora White se dirigió a quince mil oyentes atentos.

La obra de la temperancia también desempeñó un papel preponderante durante los años que abarca el tomo 4. Los adventistas del séptimo día, con Elena G. de White como una de sus oradoras sobresalientes, fueron una de las organizaciones de vanguardia en la defensa de la temperancia. La forma práctica en la que trabajaron para hacer frente a la ola de intemperancia, la relata la señora White en su capítulo "Experiencia y trabajos" que se encuentra en el centro de este libro.

Durante los años de la parte final de la década de 1870 hubo gran actividad en la sede central de la organización, en Battle Creek. El nuevo tabernáculo sucedió a la casa de adoración que se había quedado pequeña. Esta nueva iglesia, construida para acomodar las sesiones de la Asociación General, se la conoció como el Dime Tabernacle (Tabernáculo de los diez centavos), porque se le pidió a cada miembro a lo largo y ancho de todos los Estados Unidos que contribuyera por lo menos con diez centavos para su (11) construcción. Se edificó entre la oficina de la Review and Herald y el sanatorio, con la fachada dirigida hacia un hermoso parque. Se levantaron y se pusieron en servicio edificios nuevos y ampliados del sanatorio. Más o menos por el mismo tiempo, la obra médica llegó a estar más firmemente establecida cuando médicos preparados especialmente para esta línea de servicio vinieron de las mejores facultades de medicina del país para ocuparse en esta importante obra en Battle Creek. La revista denominacional sobre salud, Good Health, gozaba de la "circulación más amplia que tuviera cualquier revista de salud en los Estados Unidos". La oficina de la Review and Herald había llegado a ser la "imprenta más grande y mejor equipada en el estado" de Michigan. La obra del Battle Creek College, recién abierto, progresó firmemente, y para el año 1881 tenía una matrícula de casi quinientos alumnos.

Aunque durante esos años el pastor White y su esposa vivieron en Michigan o en California, por algunos meses los encontramos en Texas. Más tarde, la señora White hizo un extenso viaje al noroeste del Pacífico. Volvieron a reunirse en Battle Creek, Michigan, en el momento de la muerte del pastor White, en 1881.

Estos son algunos de los acontecimientos de los tiempos del tomo 4. A través de todo el libro hay mensajes de consejo e instrucción que tienen relación con todas estas líneas de esfuerzos que se estaban desarrollando rápidamente. Pero el énfasis de la instrucción en este tomo de seiscientas cincuenta y siete páginas en inglés cae sobre la experiencia personal de los obreros y de os miembros de iglesia. Es verdad, la obra en expansión de una denominación que crecía rápidamente, con frecuencia necesitó y recibió dirección y advertencias. Pero los asuntos de la administración fueron secundarios a la experiencia personal de los dirigentes y de los miembros de iglesia. La dirección de las empresas de la iglesia sería sólo el funcionamiento de la maquinaria si la experiencia espiritual de los adventistas del séptimo día declinaba al nivel de mero formalismo. La iglesia debía mantenerse pura, sus -nanas elevadas, sus miembros activos en el servicio, y gozando diariamente una experiencia personal en las cosas de Dios.

Entonces, no es extraño que la mayor parte del tomo 4 tenga que ver con puntos prácticos como el "apetito", la "disciplina (12) familiar", el "dominio de sí mismo", la "rectitud en el proceder", "el carácter sagrado de los votos", los "casamientos antibíblicos", la sencillez en el vestir", "el amor al mundo", "la preparación para la venida de Cristo", y un sinfín de otros temas vitales. Estos fueron algunos de los mensajes que sirvieron para reformar, corregir y purificar la iglesia en aquellos primeros años. Debido a que hoy los adventistas del séptimo día deben luchar con el mismo tentador y hacer frente a los mismos problemas y experiencias, es necesario que estos artículos inspirados sean leídos y releídos intensamente, y se preste atención a sus consejos y advertencias, para que el propósito de Dios al enviarnos esta instrucción para ensalzar y animar a la iglesia pueda alcanzar su cumplimiento.

LOS FIDEICOMISARIOS DEL PATRIMONIO WHITE

NÚMERO 26: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-
BIOGRAFÍAS BÍBLICAS.-

Las vidas relatadas en la Biblia son biografías auténticas de personas que vivieron en realidad. Desde Adán hasta el tiempo de los apóstoles, a través de sucesivas generaciones, se nos presenta un relato claro y escueto de lo que sucedió en realidad y de lo que experimentaron personajes reales. A muchos les extraña que la historia inspirada narre los hechos que mancillan el carácter moral de hombres buenos. Los incrédulos destacan estos pecados con gran satisfacción y ridiculizan a quienes los perpetraron. Los escritores inspirados no escribieron mentiras destinadas a impedir que el relato de las flaquezas y faltas humanas ensombreciera las páginas de la historia sagrada. Los escribas de Dios anotaron lo que les dictaba el Espíritu Santo, pues ellos no controlaban la obra. Escribieron la verdad literal y los hechos crudos por razones que no puede comprender plenamente nuestra mente finita.

El hecho de que no se pasa por alto la verdad, ni se suprimen los pecados de los personajes principales, es una de las mejores evidencias de la autenticidad de las Escrituras. Muchos insistirán en que es asunto fácil relatar lo que ocurrió en una vida común. Pero es un hecho probado que humanamente es imposible referir una historia imparcial de un contemporáneo; y es casi tan difícil narrar, sin desviarse de la exacta verdad, la historia de cualquier persona o pueblo con cuya carrera nos hayamos familiarizado. La mente humana está tan sujeta al prejuicio, que le resulta casi imposible tratar el tema imparcialmente. O hace resaltar crudamente defectos de la persona considerada, o hace brillar exageradamente sus virtudes, según el prejuicio o el favoritismo del escritor.

Por imparcial parcial que quiera ser el historiador, es muy difícil que lo sea de veras, y todos los críticos convienen en ello. (14) Pero la unción divina, que se eleva por encima de las debilidades de la humanidad, cuenta la verdad sencilla y desnuda. Cuántas biografías se han escrito acerca de cristianos impecables, que por su vida hogareña y relaciones con la iglesia resplandecían como ejemplos de piedad inmaculada. Ninguna tacha destruía la belleza de su santidad, no se registraba defecto alguno que nos recordara que fueron arcilla común, sujetos a las tentaciones ordinarias de la humanidad. Sin embargo, si su historia hubiese sido escrita por una pluma inspirada, ¡cuán diferente habría parecido! Se habrían revelado las debilidades humanas, las luchas con el egoísmo, el fanatismo y el orgullo, tal vez los pecados ocultos, y la guerra continua entre el espíritu y la carne.

Ni aun los diarios privados revelan en sus páginas los actos pecaminosos de sus autores. A veces se registran los conflictos con el mal, pero generalmente esto se hace sólo cuando el bien ganó la victoria. Pero pueden contener un relato fiel de los actos dignos de alabanza y los esfuerzos nobles, y esto sucede cuando quien escribe se propone llevar sinceramente un diario fiel de su vida. Es casi humanamente imposible ofrecer nuestros defectos a la inspección posible de nuestros amigos.

Si nuestra buena Biblia hubiese sido escrita por personas no inspiradas, habría presentado un aspecto muy diferente, y su estudio sería desalentador para los mortales que yerran, que contienden con flaquezas naturales y las tentaciones de un enemigo astuto. Pero tal cual es, tenemos un relato correcto de la experiencia religiosa que tuvieron los personajes notables de la historia bíblica. Los hombres a quienes Dios había favorecido, y a quienes había confiado grandes responsabilidades, fueron a veces vencidos por la tentación y cometieron pecados, así como nosotros actualmente luchamos, vacilamos y con frecuencia caemos en el error. Pero es alentador para nuestro corazón abatido saber que por la gracia de Dios ellos pudieron obtener nuevo vigor para levantarse por encima de su naturaleza mala; y al recordar esto, estamos listos para reanudar la lucha nosotros mismos.

Las murmuraciones del antiguo Israel y su descontento rebelde, como también los grandes milagros realizados en su favor, y el castigo de su idolatría e ingratitud, fueron registrados para nuestro (15) beneficio. El ejemplo del antiguo Israel es dado como advertencia para el pueblo de Dios, a fin de que evite la incredulidad y escape a su ira. Si las iniquidades de los hebreos hubiesen sido omitidas del

relato sagrado, y se hubiesen relatado solamente sus virtudes, su historia no nos habría enseñado la lección que nos enseña.

Los incrédulos y los que aman el pecado disculpan sus delitos citando la perversidad de hombres a quienes antiguamente Dios dio autoridad. Arguyen que si esos santos cedieron a la tentación y cometieron pecados, no es de admirar que ellos también hagan el mal; e insinúan que no son tan malos al fin y al cabo, puesto que tienen delante de sí tan ilustres ejemplos de iniquidad.

Los principios de la justicia exigían una narración fiel de los hechos para beneficio de todos los que hubiesen de leer el relato sagrado. En esto percibimos evidencias de la sabiduría divina. Se nos pide que obedezcamos la ley de Dios, y no sólo nos instruye en cuanto a la penalidad de la desobediencia, sino que narra para nuestro beneficio y amonestación la historia de Adán y Eva en el paraíso, y los tristes resultados de su desobediencia a los mandamientos de Dios. El relato es completo y explícito.

La ley que fue dada al hombre en el Edén está registrada juntamente con la penalidad que la acompañaría en caso de que fuese desobedecida. Luego sigue la historia de la tentación y la caída, y el castigo impuesto a nuestros padres cuando cayeron. Su ejemplo nos es dado como advertencia en lo que respecta a la desobediencia, a fin de que sepamos con seguridad que la paga del pecado es la muerte, que la justicia retributiva de Dios no se elude, y que él exige de los seres que ha creado una estricta obediencia a sus mandamientos. ¡Cuando la ley fue proclamada en el Sinaí, (cuán definida fue la penalidad incluida, cuán seguro fue el castigo que había de seguir a la transgresión de aquella ley, y cuán claros fueron los casos registrados como evidencia de este hecho!

La pluma inspirada, fiel a su tarea, nos habla de los pecados que vencieron a Noé, Lot, Moisés, Abraham, David y Salomón, y hasta nos cuenta que aun el enérgico espíritu de Elías se abatió bajo la tentación durante su terrible prueba. Están fielmente registradas a desobediencia de Jonás y la idolatría de Israel. La negación de Pedro, la aguda contienda que hubo entre Pablo y Bernabé, las (16) flaquezas de los profetas y los apóstoles, todo queda revelado por el Espíritu Santo, que descorre el velo del corazón humano. Ante nosotros se expone la vida de los creyentes, con todos sus defectos e insensateces, que están destinados a ser una lección para todas las generaciones que los habían de seguir. Si hubiesen sido perfectos, habrían sido sobrehumanos, y nuestra naturaleza pecaminosa nos haría desesperar de llegar jamás a tal punto de excelencia. Pero al ver cómo lucharon y cayeron, cómo cobraron nuevamente ánimo y vencieron por la gracia de Dios, cobramos aliento para avanzar contra los obstáculos que la naturaleza degenerada coloca en nuestro camino.

Dios ha sido siempre fiel en castigar el crimen. Envió a sus profetas para amonestar a los culpables, denunciar sus pecados y pronunciar juicio contra ellos. Los que se preguntan por qué la Palabra de Dios destaca los pecados de sus hijos en forma tan clara que los burladores pueden ridiculizarlos y los santos deplorarlos, deben considerar que todo fue escrito para su instrucción, a fin de que evitaran los males registrados e imitaran solamente la justicia de los que sirvieron al Señor. Necesitamos precisamente las lecciones que la Biblia nos da, porque juntamente con la revelación del pecado, está registrada la retribución que sigue. El pesar y la penitencia del culpable, el llanto del alma enferma de pecado, llegan del pasado hasta nosotros, diciéndonos que el hombre necesitaba entonces como ahora la gracia perdonadora de Dios. Las Escrituras nos enseñan que aunque él castiga el delito, se compadece del pecador arrepentido y lo perdona.

En su providencia, el Señor ha considerado apropiado enseñar y amonestar a su pueblo de diversas maneras. Por su orden directa, por los escritos sagrados y por el espíritu de profecía, le ha hecho conocer su voluntad. Mi obra ha consistido en hablar claramente de los defectos y errores del pueblo de Dios. El hecho de que los pecados de ciertas personas hayan sido sacados a luz, no evidencia que las tales sean a la vista de Dios peores que muchos cuyas faltas no han sido mencionadas. Pero se me ha mostrado que no me toca a mí elegir mi obra, sino obedecer humildemente la voluntad de Dios. Los errores y las malas acciones que hay en la vida de los que profesan ser cristianos, han sido registrados

para (17) instrucción de aquellos que están expuestos a caer en las mismas tentaciones. La experiencia de uno sirve como faro que aparte a los demás de las rocas peligrosas.

Así se nos han revelado las trampas y los designios de Satanás, la importancia que tiene el perfeccionar un carácter cristiano, y los medios por los cuales se puede obtener este resultado. Dios indica así lo que es necesario para obtener su bendición. Muchos propenden a manifestar sentimientos de rebeldía cuando se reprenden sus pecados particulares. El espíritu de esta generación dice: "Decidnos cosas halagüeñas" (Isa. 30:10). Pero el espíritu de profecía dice solamente la verdad. Abunda la iniquidad y se enfría el amor de muchos de los que profesan seguir a Cristo. No ven la maldad de su propio corazón, y no sienten su debilidad e incapacidad. En su misericordia, Dios descorre el velo y les muestra que hay detrás del escenario un ojo que discierne la culpa y los motivos de sus acciones.

Se suele blanquear los pecados de las iglesias populares. Muchos de sus miembros participan de los vicios más groseros, y están sumidos en la iniquidad. Babilonia ha caído y ha llegado ser jaula de toda ave inmunda y aborrecible. Los pecados más indignos de la época hallan refugio bajo el manto del cristianismo. Muchos proclaman que la ley de Dios ha sido abolida, y viven ciertamente en armonía con su fe. Si no hay ley, no hay transgresión, por lo tanto, no hay pecado; pues el pecado es la transgresión de la ley. El ánimo carnal es enemistad contra Dios, y se rebela contra su voluntad. Deséchese, el yugo de la obediencia, y aquel ánimo cae inconscientemente en la iniquidad del delito. La iniquidad abunda entre los que hablan elocuentemente de la libertad religiosa pura y perfecta. Su conducta es aborrecible para el Señor y son colaboradores del adversario de las almas. Desvían sus ojos de la luz revelada, y las bellezas de la santidad son tan sólo sombras para ellos. Es asombroso ver sobre qué débiles fundamentos muchísimos edifican sus esperanzas del cielo. Se burlan de la ley del Ser infinito, como si quisieran desafiarle y anular su Palabra. Ni siquiera Satanás con su conocimiento de la ley divina se atrevería a hacer los discursos que hacen desde el púlpito algunos de los ministros aborrecedores de la ley; sin embargo, él se regocija en las blasfemias de ellos. (18)

Se me ha mostrado lo que es el hombre sin conocimiento de la voluntad de Dios. Los crímenes y la iniquidad llenan su vida. Pero cuando el Espíritu de Dios le revela el significado pleno de la ley, ¡qué cambio se produce en su corazón! Como Belsasar, lee inteligentemente la escritura del Todopoderoso, y la convicción se apodera de su alma. Los truenos de la Palabra de Dios le sacan de su letargo, y pide misericordia en el nombre de Jesús. Y Dios escucha siempre con oído voluntario esa humilde plegaria. Nunca aparta al penitente sin consolarlo.

El Señor consideró propio darme una visión de las necesidades y los errores de su pueblo. Por mucho que me doliera, presenté fielmente a los ofensores sus defectos y la manera de remediarlos, según los dictados del Espíritu de Dios. En muchos casos esto excitó la lengua calumniadora, y amargó contra mí a aquellos por quienes trabajaba y sufría. Pero no por esto me he desviado de mi conducta. Dios me ha dado mi obra y, sostenida por su fuerza, he cumplido los penosos deberes que me había encomendado. Así ha pronunciado el Espíritu de Dios advertencias y juicios, sin privarnos, no obstante, de la dulce promesa de misericordia.

Si los hijos de Dios quisieran reconocer cómo los trata él y aceptasen sus enseñanzas, sus pies hallarían una senda recta, y una luz los conduciría a través de la oscuridad y el desaliento. David aprendió sabiduría de la manera en que Dios le trató, y se postró en humildad bajo el castigo del Altísimo. La descripción fiel de su verdadero estado que hizo el profeta Natán, le dio a conocer a David sus propios pecados y le ayudó a desecharlos. Aceptó mansamente el consejo y se humilló delante de Dios. "La ley de Jehová", exclama él, "es perfecta, que vuelve el alma" (Sal. 197).

Los pecadores que se arrepienten no tienen motivo para desesperar porque se les recuerden sus transgresiones y se les amoneste acerca de su peligro. Los mismos esfuerzos hechos en su favor demuestran cuánto los ama Dios y desea salvarlos. Ellos sólo deben pedir su consejo y hacer su voluntad para heredar la vida eterna. Dios presenta a su pueblo que yerra los pecados que comete, a fin

de que pueda ver su enormidad según la luz de la verdad divina. Su deber es entonces renunciar a ellos para siempre. (19)
Dios es hoy tan poderoso para salvar del pecado como en los tiempos de los patriarcas, de David y de los profetas y apóstoles. La multitud de casos registrados en la historia sagrada, en los cuales Dios libró a su pueblo de sus iniquidades, debe hacer sentir al cristiano de esta época el anhelo de recibir instrucción divina y celo para perfeccionar un carácter que soportará la detenida inspección del juicio.
La historia bíblica sostiene al corazón que desmaya con la esperanza de la misericordia divina. No necesitamos desesperarnos cuando vemos que otros lucharon con desalientos semejantes a los nuestros, cayeron en tentaciones como nosotros, y sin embargo re--obraron sus fuerzas y recibieron bendición de Dios. Las palabras de la inspiración consuelan y alientan al alma que yerra. Aunque los patriarcas y los apóstoles estuvieron sujetos a las flaquezas humanas, por la fe obtuvieron buen renombre, pelearon sus batallas con la fuerza del Señor y vencieron gloriosamente. Así también podemos nosotros confiar en la virtud del sacrificio expiatorio y vencedores en el nombre de Jesús. La humanidad fue humanidad en todas partes del mundo, desde el tiempo de Adán hasta la generación actual; y a través de todas las edades el amor de Dios no tiene comparación. (20)

LA UNIDAD DE LA IGLESIA.-
Amados hermanos: Así como los diferentes miembros del organismo humano se unen para formar el cuerpo entero y cada uno cumple su parte obedeciendo a la inteligencia que gobierna el todo, de la misma manera los miembros de la iglesia de Cristo deben estar unidos en un cuerpo simétrico, sujeto a la inteligencia santificada del conjunto.
El progreso de la iglesia se retarda por la conducta errónea de sus miembros. El unirse con la iglesia, aunque es un acto importante y necesario, no lo hace a uno cristiano ni le asegura la salvación. No podemos asegurarnos el derecho al cielo por hacer registrar nuestro nombre en el libro de la iglesia mientras nuestro corazón quede enajenado de Cristo. Debemos ser sus fieles representantes en la tierra y trabajar al unísono con él. "Amados, ahora somos hijos de Dios" (1 Juan 12). Debemos tener presente esta santa relación y no hacer nada que deshonre la causa de nuestro Padre.
Lo que profesamos es muy exaltado. Como adventistas observadores del sábado, profesamos obedecer todos los mandamientos de Dios y esperar la venida de nuestro Redentor. Un solemnísimo mensaje de amonestación ha sido confiado a los pocos fieles de Dios. Debemos demostrar por nuestras palabras y obras que reconocemos la gran responsabilidad que se nos ha impuesto. Nuestra luz debe resplandecer tan claramente que los demás puedan ver que glorificamos al Padre en nuestra vida diaria, que estamos en relación con el cielo y somos coherederos con Cristo Jesús, para que cuando él aparezca con poder y grande gloria seamos como él.
Todos debemos sentir nuestra responsabilidad individual como miembros de la iglesia visible y trabajadores en la viña del Señor. No debemos esperar que nuestros hermanos, que son tan frágiles como nosotros, nos ayuden; porque nuestro precioso Salvador nos ha invitado a unirnos a él y a unir nuestra debilidad con su fortaleza, nuestra ignorancia con su sabiduría, nuestra indignidad con su mérito. Ninguno de nosotros puede tener una posición neutral; nuestra influencia se ejercerá en pro o en contra de Jesús. Somos agentes activos de Cristo, o del enemigo. O recogemos con Jesús, o dispersamos. La verdadera conversión es un cambio radical. La (21) misma tendencia de la mente y la inclinación del corazón serán desviadas, y la vida llegará a ser nueva en Cristo.
Dios está conduciendo a un pueblo para que se coloque en perfecta unidad sobre la plataforma de la verdad eterna. Cristo se dio a sí mismo al mundo para que pudiese "limpiar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras" (Tito 2:14). Este proceso de refinamiento está destinado a purificar a la iglesia de toda injusticia y del espíritu de discordia y contención, para que sus miembros edifiquen en vez de derribar y concentren sus energías en la gran obra que está delante de ellos. Dios quiere que sus hijos lleguen todos a la unidad de la fe. La oración de Cristo, precisamente antes de su crucifixión, pedía que

sus discípulos fuesen uno, como él era uno con el Padre, para que el mundo creyese que el Padre le había enviado. Ésta, la más conmovedora y admirable oración, extendida a través de los siglos hasta nuestros días, sus palabras son: "Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos" (Juan 17:20).

¡Cuán fervorosamente deben tratar de contestar esta oración en su vida los que profesan seguir a Cristo! Muchos no se dan cuenta del carácter sagrado de la relación con la iglesia, y les cuesta someterse a la restricción y disciplina. Su conducta demuestra que exaltan su propio juicio por encima del de la iglesia unida y no evitan cuidadosamente el estimular un espíritu de oposición a su voz. Los que ocupan puestos de responsabilidad en la iglesia pueden tener faltas como los demás y pueden errar en sus decisiones; pero, a pesar de eso, la iglesia de Cristo en la tierra les ha dado una autoridad que no puede ser considerada con liviandad. Después de su resurrección, Cristo delegó el poder en su iglesia diciendo: -A los que remitiereis los pecados les son remitidos: a quienes los retuviereis, serán retenidos" (Juan 20:23).

La relación con la iglesia no se ha de tomar a la ligera; sin embargo, cuando algunos que profesan seguir a Cristo se ven contrariados, o cuando su voz no ejerce la influencia dominante que les parece merecer, amenazan con abandonar la iglesia. En verdad, al abandonar la iglesia ellos serán los que más sufrirán, porque al retirarse de su esfera de influencia se someten plenamente a las tentaciones del mundo. (22)

Todo creyente debe ser sincero en su unión con la iglesia. La prosperidad de ella debe ser su primer interés, y a menos que sienta la obligación sagrada de lograr que su relación con la iglesia sea un beneficio para ella en lugar de su preferencia a sí mismo, la iglesia lo pasará mucho mejor sin él. Está al alcance de todos hacer algo para la causa de Dios. Hay quienes gastan grandes sumas en lujos innecesarios. Complacen sus apetitos, pero creen que es una carga pesada contribuir con recursos para sostener la iglesia. Están dispuestos a recibir todo el beneficio de sus privilegios, pero prefieren dejar a otros pagar las cuentas.

Los que realmente sienten un profundo interés por el adelanto de la causa, no vacilarán en invertir dinero en la empresa, cuando y dondequiera que sea necesario. También deben considerar como deber solemne ejemplificar en su carácter las enseñanzas de Cristo, estando en paz uno con otro y actuando en perfecta armonía, como un todo indiviso. Deben someter su criterio individual al juicio del cuerpo de la iglesia. Muchos viven solamente para sí. Consideran su vida con gran complacencia, lisonjeándose de que son sin culpa, cuando de hecho no hacen nada para Dios y viven en directa oposición a su Palabra expresa. La observancia de las formas externas no habrá de satisfacer nunca la gran necesidad del alma humana. El profesar creer en Cristo no lo capacitará a uno lo suficiente para resistir la prueba del día del juicio. Debe haber una perfecta confianza en Dios, una confiada dependencia de sus promesas y una completa consagración a su voluntad.

Dios probó siempre a su pueblo en el horno de la aflicción a fin de hacerlo firme y fiel, y limpiarlo de toda iniquidad. Después que Abraham y su hijo hubieron soportado la prueba más severa que se les podía imponer, Dios habló asía Abraham por medio de su ángel: "Ya conozco que temes a Dios, pues no me rehusaste tu hijo, tu único" (Gén. 22:12). Este gran acto de fe hace resplandecer el carácter de Abraham con notable esplendor. Ilustra vívidamente su perfecta confianza en el Señor, a quien no le negó nada, ni aun el hijo que obtuviera por la promesa.

Nada tenemos que sea demasiado precioso para darlo a Jesús. Si le devolvemos los talentos de recursos que él ha confiado a nuestra custodia, él entregará aún más en nuestras manos. Cada (23) esfuerzo que hagamos por Cristo será remunerado por él, y todo deber que cumplamos en su nombre, contribuirá a nuestra propia felicidad. Dios entregó a su muy amado Hijo a la agonía de la crucifixión, para que todos los que creyesen en él pudiesen llegar a ser uno en el nombre de Jesús. Si Cristo hizo un sacrificio tan grande para salvara los hombres y ponerlos en unidad unos con otros, así como él estuvo

unido con el Padre, ¿qué sacrificio hecho por quienes le siguen será demasiado grande para conservar esa unidad?
Si el mundo ve que existe perfecta armonía en la iglesia de Dios, será para este una poderosa evidencia en favor de la religión cristiana. Las disensiones, algunas desdichadas divergencias y los enfrentamientos por insignificancias en la iglesia, deshonran a nuestro Redentor. Todas estas cosas pueden ser evitadas si el yo se entrega a Dios y los que siguen a Jesús obedecen la voz de la iglesia. La incredulidad sugiere que la independencia individual aumenta nuestra importancia, que es señal de debilidad renunciar a nuestras ideas de lo que es correcto y propio, para acatar el veredicto de la iglesia; pero es peligroso seguir tales sentimientos y opiniones, y nos llevará a la anarquía y confusión. Cristo vio que la unidad y la comunión cristianas eran necesarias para la causa de Dios y, por lo tanto, las ordenó a sus discípulos. Y la historia del cristianismo desde aquel tiempo hasta ahora demuestra en forma concluyente que tan sólo en la unión hay fuerza. Sométase el juicio individual a la autoridad de la iglesia.
Los apóstoles sentían la necesidad de la unidad estricta y trabajaban con fervor para alcanzarla. Pablo exhortó a sus hermanos con estas palabras: "Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros disensiones, antes seáis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer" (1 Cor. 1:10).
También escribió a sus hermanos filipenses: "Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo; si algún refrigerio de amor; si alguna comunión del Espíritu; si algunas entrañas y misericordias, cumplid mi gozo; que sintáis lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien en humildad, estimándoos inferiores los unos a los otros: no mirando cada uno a lo suyo propio, sino (24) cada cual también a lo de los otros. Haya pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús" (Fil. 2:1-5).
A los romanos escribió: "Mas el Dios de la paciencia y de la consolación os dé que entre vosotros seáis unánimes según Cristo Jesús; para que concordes, a una voz glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, sobrellevaos los unos a los otros, como también Cristo nos sobrellevó, para gloria de Dios". "Unánimes entre vosotros: no altivos, mas acomodaos a los humildes. No seáis sabios en vuestra opinión" (Rom. 15:5-7; 12:16).
Pedro escribió así a las iglesias dispersas: "Finalmente, sed todos de un mismo corazón, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; no volviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino antes por el contrario, bendiciendo; sabiendo que vosotros sois llamados para que poseáis bendición en herencia" (1 Pedro 3:8-9).
Y Pablo en su epístola a los corintios, dice: "Resta, hermanos, que tengáis gozo, seáis perfectos, tengáis consolación, sintáis una misma cosa, tengáis paz; y el Dios de paz y de caridad será con vosotros" (2 Cor. 13:11). (25)

AVANZAD.-
Las grandes huestes de Israel salieron resueltamente, con alegre triunfo, de Egipto, el lugar de su larga y cruel servidumbre. Los egipcios no consintieron liberarlos hasta que fueron advertidos rotundamente por los juicios de Dios. El ángel vengador había visitado cada casa de los egipcios, y había herido de muerte al primogénito de cada familia. Ninguno había escapado, desde el heredero de Faraón hasta el primogénito del cautivo en la mazmorra. También habían muerto los primogénitos del ganado de acuerdo al mandato del Señor. Pero el ángel de la muerte pasó por alto los hogares de los hijos de Israel y no entró en ellos.
Faraón, horrorizado por las plagas que habían caído sobre su pueblo, llamó a Moisés y a Aarón por la noche y les ordenó que partieran de Egipto. Ansiaba que se fueran sin demora, porque él y su pueblo temían que a menos que la maldición de Dios se apartara de ellos, la tierra quedaría transformada en un vasto cementerio.

Los hijos de Israel se alegraron al recibir las nuevas de su libertad y se apresuraron a abandonar el lugar de su esclavitud; pero el camino era arduo, y finalmente desfalleció su valor. Su viaje los conducía por colinas áridas y llanuras desoladas. A la tercera noche, se encontraron cercados a cada lado por un desfiladero rocoso, mientras que el Mar Rojo se extendía ante ellos. Quedaron perplejos y deploraron mucho su condición. Le echaron la culpa a Moisés por haberlos dirigido a ese lugar, porque creían que se habían equivocado de camino. Dijeron, "éste, seguramente no es el camino al desierto del Sinaí, ni a la tierra de Canaán prometida a nuestros padres. No podemos seguir más lejos; ahora debemos avanzar hacia el Mar Rojo o volvernos a Egipto".

Además, para completar su aflicción, ¡he aquí que el ejército egipcio les seguía la pista! El imponente ejército estaba dirigido por el mismo Faraón, quien se había arrepentido de haber liberado a los hebreos y temía haberlos expulsado para que llegaran a ser una gran nación que le fuera hostil. ¡Qué noche de perplejidad y angustia fue ésa para el pueblo de Israel! ¡Qué contraste frente a aquella gloriosa mañana cuando dejaron la esclavitud de Egipto y con alegres alborozos emprendieron la marcha hacia el desierto! (26) ¡Cuán impotentes se sentían frente a aquel enemigo poderoso! Los lamentos de las mujeres y de los niños aterrorizados, mezclados con los mugidos del ganado asustado y el balido de las ovejas, se añadían a la tétrica confusión de la situación.

Pero, ¿había perdido Dios todo interés por su pueblo para abandonarlo a la destrucción? ¿No les advertiría de su peligro y los libraría de sus enemigos? Dios no se deleitaba en la frustración de su pueblo. Fue él mismo quien había dirigido a Moisés para que acamparan a orillas del Mar Rojo, y que además le había dicho: "Faraón dirá de los hijos de Israel: 'Encerrados están en la tierra, el desierto los ha encerrado. Y yo endureceré el corazón de Faraón para que los siga; y seré glorificado en Faraón y en todo su ejército, y sabrán los egipcios que yo soy Jehová'" (Éxo. 14:3-4).

Jesús estaba a la cabeza de aquella inmensa hueste. La columna de nube de día, y la columna de fuego por la noche, representaba a su Caudillo divino. Pero los hebreos no soportaron con paciencia la prueba del Señor. Alzaron su voz en reproches y acusaciones contra Moisés, su dirigente visible, por haberlos llevado a ese gran peligro. No confiaron en el poder protector de Dios ni reconocieron su mano que detenía los males que los rodeaban. En su terror desesperado se habían olvidado de la vara con la que Moisés había transformado las aguas del Nilo en sangre, y las plagas que Dios había hecho caer sobre los egipcios por la persecución de su pueblo escogido. Se habían olvidado de todas las intervenciones milagrosas de Dios en su favor.

"Ah", clamaron, "¡cuánto mejor para nosotros habría sido permanecer en la esclavitud! Es mejor vivir como esclavos que morir de hambre y fatiga en el desierto, o ser muertos en la guerra con nuestros enemigos". Se volvieron contra Moisés censurándolo amargamente porque no los había dejado donde estaban en vez de llevarlos a perecer en el desierto.

Moisés se turbó grandemente porque su pueblo estaba tan carente de fea pesar de que repetidamente habían presenciado las manifestaciones del poder de Dios en su favor. Se sintió apenado de que le echaran la culpa de los peligros y dificultades de su situación, cuando había seguido sencillamente el mandamiento expreso de Dios. Pero tenía una fe firme en que el Señor los conduciría (27) a la seguridad, e hizo frente a los reproches y temores de su pueblo y los calmó, aun antes de que él mismo pudiese discernir el plan de su liberación.

En verdad, estaban en un lugar desde el cual no había posibilidad de liberación a no ser que Dios mismo interviniera en su favor para salvarlos, pero habían sido llevados a ese desfiladero por obedecer los mandatos divinos, y Moisés no sentía temor de las consecuencias. "Moisés dijo al pueblo: No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis. Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos" (Éxo. 14:13-14)

No era cosa fácil mantener a las huestes de Israel en actitud de espera ante el Señor. Estaban excitados y llenos de terror. Carecían de disciplina y dominio propio. Impresionados por el horror de su situación

se tornaron violentos e irrazonables. Esperaban caer pronto en las manos de sus opresores, y sus lamentos y recriminaciones eran intensos y profundos. La maravillosa columna de nubes los había acompañado en su viaje y servía para protegerlos de los ardientes rayos del sol. Todo el día había ido avanzando majestuosamente delante de ellos, sin que la afectara el sol ni la tormenta, y por la noche, había llegado a ser una columna de fue-w para alumbrarles su camino. La habían seguido como la señal de Dios para avanzar, pero ahora se preguntaban si no podría ser sombra de alguna calamidad terrible que estaba a punto de caer sobre ellos porque, ¿no los había conducido al lado equivocado de .i montaña, a un camino infranqueable? De esa manera el ángel del Señor aparecía ante sus mentes alucinadas como el precursor de un desastre.

Pero entonces, he aquí que al acercarse las huestes egipcias creyéndolos presa fácil, la columna de nube se levantó majestuosamente hacia el cielo, pasó sobre los israelitas, y descendió entre ellos y los ejércitos egipcios. Se interpuso como muralla de tinieblas entre los perseguidos y sus perseguidores. Los egipcios ya no pueden localizar el campamento de los hebreos y se ven obligados a detenerse. Pero a medida que la oscuridad de la noche se espesaba, la muralla de nube se convierte en una gran luz para los hebreos, inundando todo el campamento con el resplandor del día. (28)

Entonces, la esperanza de que podrían ser liberados llenó el corazón de los israelitas. Y Moisés clamó al Señor, y el Señor le dijo a Moisés: "¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que marchen. Y tú alza tu vara y extiende tu mano sobre el mar, y divídelo, y entren los hijos de Israel por en medio del mar, en seco" (Éxo. 14:15-16).

Entonces Moisés, obedeciendo la orden divina, extendió su vara, y las aguas se dividieron, manteniéndose como murallas a los lados y dejando un ancho camino a través del lecho del mar para que pasaran los hijos de Israel. La luz de la columna de fuego brilló sobre las olas espumosas y alumbró el camino cortado como un inmenso surco a través de las aguas del Mar Rojo hasta que se perdía en la oscuridad de la lejana playa.

Durante toda la noche se oyeron los pasos de los ejércitos de Israel cruzando el Mar Rojo, pero la nube los ocultaba de la vista de sus enemigos. Los egipcios, cansados con su marcha apresurada, habían acampado en la ribera para pasar la noche. Vieron a los hebreos que estaban a una corta distancia delante de ellos, y como parecía que no había posibilidad de que escaparan, decidieron tomar un descanso nocturno para capturarlos fácilmente en la mañana. La noche era intensamente oscura, las nubes parecían rodearlos como si fueran una sustancia palpable. Cayó un profundo sueño sobre el campamento, e incluso los centinelas se durmieron en sus puestos.

¡Finalmente un trompetazo resonante despierta al ejército! ¡La nube pasa adelante! ¡Los hebreos están avanzando! De la dirección del mar llegan las voces y el sonido de la marcha. Aun está tan oscuro que no pueden percibir al pueblo que se escapa, pero se da la orden de que se preparen para perseguirlo. Se oye el fragor de las armas, y el rodar de los carros, las órdenes de los capitanes y el relinchar de los corceles. Por fin se forma la línea de marcha y avanzan de prisa a través de la oscuridad en la dirección de la multitud fugitiva.

En las tinieblas y confusión, se apresuran en su persecución, sin saber que han entrado en el lecho del mar y que están cercados a ambos lados por prominentes murallas de agua. Anhelan que se disipe la neblina y las tinieblas, y les dejen ver a los hebreos donde (29) están. Las ruedas de los carros se hunden en la arena blanda, y los caballos se enredan y se vuelven ingobernables. Prevalece la confusión, y sin embargo tratan de seguir adelante, sintiéndose seguros de la victoria.

Por fin, la nube misteriosa se transforma ante sus ojos asombrados en una columna de fuego. Los truenos retumban, centellean los relámpagos y las olas ruedan a su alrededor y el temor se posesiona de sus corazones. En medio del terror y la confusión, la pálida luz les revela a los asombrados egipcios las terribles aguas amontonadas en masa a la mano derecha y a la izquierda. Ven el ancho camino que el Señor abrió para su pueblo a lo largo de las resplandecientes arenas del mar y contemplan al triunfante Israel seguro en la distante orilla.

La confusión y la consternación se apoderaron de ellos. En medio de la ira de los elementos, en la cual escuchan la voz de un Dios airado, tratan de desandar su camino y huir hacia la orilla que habían dejado. Pero Moisés extiende su vara, y las aguas amontonadas, silbando y bramando, hambrientas de su presa, se precipitan sobre los ejércitos de Egipto. El orgulloso Faraón y sus legiones, los carros dorados y las armaduras relucientes, los caballos y sus jinetes, quedan sumergidos bajo un mar tormentoso. El poderoso Dios de Israel ha librado a su pueblo, y los cantos de agradecimiento del pueblo ascienden al cielo, porque Dios ha obrado maravillosamente en su favor.

La historia de los hijos de Israel ha sido escrita para instrucción y admonición de todos los cristianos. Cuando los israelitas fueron sobrecogidos por peligros y dificultades, y el camino les parecía cerrado, su fe los abandonó y murmuraron contra el caudillo que Dios les había asignado. Le culpaban de haberlos puesto en peligro, cuando él había obedecido tan sólo a la voz de Dios.

La orden divina era: "Que marchen" (Éxo. 14:15). No habían de esperar hasta que el camino les pareciese despejado y pudiesen comprender todo el plan de su libramiento. La causa de Dios ha de avanzar y él abrirá una senda delante de su pueblo. Vacilar y murmurar es manifestar desconfianza en el Santo de Israel. En su providencia Dios llevó a los hebreos a las fortalezas de las montañas, con el mar Rojo por delante, para poder librarlos y salvarlos (30) para siempre de sus enemigos. Podría haberlos salvado de cualquier otra manera, pero eligió este método a fin de probar su fe y fortalecer su confianza en él.

No podemos acusar a Moisés de falta alguna porque el pueblo murmuraba contra su conducta. Era su propio corazón rebelde e insumiso el que los indujo a censurar al hombrea quien Dios había nombrado dirigente de su pueblo. Mientras Moisés obraba en el temor del Señor y según su dirección, con fe plena en sus promesas, los que debieran haberle sostenido se desalentaron, y no pudieron ver delante de sí otra cosa que desastre, derrota y muerte.

El Señor trata ahora con su pueblo que cree en la verdad presente. Quiere producir resultados portentosos, y mientras que su providencia obra con ese fin, dice a sus hijos: "¡Marchad!" Es cierto que el camino no está todavía abierto, pero cuando ellos avancen con la fuerza de la fe y el valor, Dios despejará el camino delante de sus ojos. Siempre hay quienes se quejan, como el antiguo Israel, y atribuyen las dificultades de su situación a aquellos a quienes Dios suscitó con el propósito especial de hacer progresar su causa. No alcanzan a ver que Dios los está probando mediante estrecheces, de las cuales solamente su mano puede librarlos.

Hay ocasiones en que la vida cristiana parece rodeada de peligros y el deber parece difícil de cumplir. La imaginación se figura que le espera una ruina inminente al frente, y detrás, la esclavitud y la muerte. Sin embargo, la voz de Dios habla claramente por sobre todos los desalientos y dice: "¡Marchad!" Debemos obedecer a esta orden, fuere cual fuere el resultado, aun cuando nuestros ojos no puedan penetrar las tinieblas y sintamos las frías olas a nuestros pies.

Los hebreos estaban cansados y aterrorizados; sin embargo, si se hubiesen echado atrás cuando Moisés les ordenó que avanzaran y se hubiesen negado a acercarse más al mar Rojo, nunca habría abierto Dios el camino para ellos. Al descender al agua, mostraron que tenían fe en la palabra de Dios, según la expresara Moisés. Hicieron cuanto estaba en su poder, y luego el Poderoso de Israel cumplió su parte y dividió las aguas a fin de abrir una senda para sus pies.

Las nubes que se acumulan en derredor de nuestro camino, no desaparecerán nunca ante un espíritu vacilante y de duda. La (31) incredulidad dice: "Nunca podremos superar estos obstáculos; esperemos hasta que hayan sido suprimidos o podamos ver claramente nuestro camino". Pero la fe nos insta valientemente a avanzar, esperándolo y creyéndolo todo. La obediencia a Dios traerá seguramente la victoria. Es únicamente por medio de la fe como podemos llegar al cielo.

Hay gran similitud entre nuestra historia y la de los hijos de Israel. Dios condujo a su pueblo de Egipto al desierto, donde podía guardar su ley y obedecer su voz. Los egipcios, que no respetaban a Jehová, acamparon cerca de Israel; sin embargo, lo que para los israelitas era un gran raudal de luz, que

iluminaba todo el campamento y resplandecía sobre la senda que se tendía ante ellos, fue para las huestes del Faraón una muralla de nube que obscurecía aún más las tinieblas de la noche.
Así también, en este tiempo, hay un pueblo a quien Dios ha hecho depositario de su ley. Para quienes los acatan, los mandamientos de Dios son como una columna de fuego que los ilumina y los conduce por el camino de la salvación eterna. Pero para aquellos que los desprecian, son como las nubes de la noche. "El principio de la sabiduría es el temor de Jehová" (Prov. 1:7). Mejor que todo otro conocimiento es la comprensión de la Palabra de Dios. En la observancia de los mandamientos hay gran recompensa, y ninguna ventaja terrenal debe inducir al cristiano a vacilar por un momento en su fidelidad. Las riquezas, los honores y las pompas mundanales no son sino como escoria que perecerá ante el fuego de la ira de Dios.
La voz del Señor que ordena a sus fieles que marchen, prueba con frecuencia su fe hasta lo sumo. Pero si ellos hubiesen de postergarla obediencia hasta que haya desaparecido de su entendimiento toda sombra de incertidumbre y no quedase ningún riesgo de fracaso o derrota, nunca avanzarían. Los que creen que les es imposible ceder a la voluntad de Dios y tener fe en sus promesas hasta que todo esté despejado y llano delante de ellos, no cederán nunca. La fe no es la certidumbre del conocimiento; es "la sustancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven" (Heb. 11:1). El obedecer a los mandamientos de Dios es la única manera de obtener su favor. "Marchad" debe ser el santo y seña del cristiano. (32)

COMPLACENCIA DEL APETITO.-
Queridos hermanos y hermanas: Se me han mostrado algunas cosas con referencia a la Iglesia de Se me presentaron casos individuales que en muchos respectos representan los casos de numerosas personas. Entre ellos estaban el de la hermana A y su esposo. El Señor lo impresionó con la convicción de la verdad. Se sintió encantado con la armonía y el espíritu de la verdad, y recibió bendiciones al confesarla. Pero Satanás se le acercó con sus tentaciones en lo referente al apetito.
El hermano A por mucho tiempo había dado rienda suelta a su apetito por los estimulantes, lo cual había influido sobre su mente, confundiéndola y debilitando el intelecto, y disminuyendo las facultades morales. La razón y el juicio cayeron bajo el dominio del apetito depravado y antinatural, y su derecho divino, su masculinidad dada por Dios, fue sacrificada a los hábitos de intemperancia. Si el hermano A hubiera hecho de la Palabra de Dios su estudio y su guía, si hubiera confiado en Dios y orado por gracia para vencer, habría tenido fortaleza en el nombre de Jesús para rechazar al tentador.
Pero el hermano A nunca comprendió los elevados derechos que Dios tiene sobre él. Sus facultades morales se debilitaron por sus hábitos de comer y beber, y por su disipación. Cuando abrazó la verdad, tenía que formar un carácter para el cielo. Dios lo iba a probar. Él tenía una obra que hacer en su propio favor que nadie podía hacer por él. Debido a su estilo de vida, había perdido muchos años de precioso tiempo de prueba, durante los cuales podría haber obtenido una experiencia valiosa en asuntos de religión, y un conocimiento de la vida de Cristo y del infinito sacrificio hecho en favor del hombre, para librarlo de las ataduras que Satanás había echado sobre él, y permitirle glorificar su nombre.
Cristo pagó un precio elevadísimo por la redención del hombre. En el desierto de la tentación sufrió las más agudas punzadas del hambre; y mientras se hallaba debilitado por el ayuno, Satanás estuvo a su lado con sus diversas tentaciones con las que procuraba asaltar al Hijo de Dios para aprovecharse de su debilidad y vencerlo, echando así por tierra el plan de salvación. Pero Cristo (33) se mantuvo firme. Venció en favor de la humanidad con el fin de poder rescatarla de la degradación producida por la caída. La experiencia de Cristo es para nuestro beneficio. Su ejemplo al vencer el apetito muestra el camino para los que desean seguirle y finalmente darse cita con él en su trono.
Cristo sufrió hambre en el sentido más pleno. Por lo general, la humanidad tiene todo lo que necesita para mantener su existencia. Y sin embargo, tal como nuestros primeros padres, desean lo que Dios quisiera evitarles porque no es lo mejor para ellos.

Cristo sufrió hambre de alimento necesario y resistió la tentación de Satanás relativa al apetito. La complacencia del apetito intemperante crea en el hombre caído deseos antinaturales por las cosas que eventualmente causarán su ruina.

El hombre salió de la mano de Dios perfecto en todas las facultades, y por lo tanto en perfecta salud. Se necesitaron más de dos mil años de complacencia del apetito y pasiones lujuriosas para crear en el organismo humano un estado de cosas que disminuyera la fuerza vital. A través de generaciones sucesivas, la tendencia descendente se aceleró. La complacencia del apetito y la pasión combinadas causaron excesos y violencia; el libertinaje y las abominaciones de todas clases debilitaron las energías y trajeron sobre la humanidad enfermedades de todo tipo, hasta que el vigor y la gloria de las primeras generaciones desaparecieron, y en la tercera generación desde Adán, el hombre comenzó a mostrar señales de decadencia. Las generaciones sucesivas posteriores al diluvio, se degeneraron más rápidamente aún.

Todo este peso de infortunios y sufrimientos acumulados puede ser atribuido a la indulgencia del apetito y la pasión. La vida de molicie y el uso de vino corrompen la sangre, inflaman las pasiones y producen enfermedades de todas clases. Pero el mal no termina allí. Los padres dejan enfermedades como un legado para sus hijos. Por regla general, cada individuo intemperante que engendra hijos, transmite sus inclinaciones y tendencias malvadas a su descendencia; de su propia sangre inflamada y corrompida, les traspasa enfermedad. La disolución, la enfermedad y la imbecilidad se transmiten como una herencia de miseria de padres a hijos y de generación en generación; esto trae angustia y sufrimientos (34) al mundo, y no es otra cosa que una repetición de la caída del hombre.

La transgresión continua de las leyes de la naturaleza es una transgresión continua de la ley de Dios. El actual peso de sufrimiento y angustia que vemos por doquiera, la deformidad, decrepitud, enfermedades e imbecilidad que en la actualidad abundan en el mundo, lo hacen ser, en comparación con lo que podría ser y lo que Dios deseaba que fuese, un lazareto; y los miembros de la generación actual son débiles en sus capacidades físicas, mentales y morales. Toda esta miseria se ha acumulado de generación en generación debido a que el hombre caído quebranta la ley de Dios. Por la indulgencia del apetito pervertido se cometen pecados de la mayor magnitud.

El gusto que se crea por el tabaco, ese veneno inmundo y repugnante, despierta el deseo de consumir estimulantes más fuertes, como el licor el cual se consume bajo una u otra disculpa, para tratar alguna enfermedad imaginaria o para prevenir alguna posible enfermedad. De ese modo, se despierta un apetito antinatural por esos estimulantes dañosos y excitantes; y este apetito ha fortalecido hasta que el aumento de la intemperancia en esta generación es alarmante. Por todas partes se ven individuos que beben licor y que aman toda clase de bebidas alcohólicas. Su intelecto está debilitado, su fuerza moral disminuida, sus sensibilidades entontecidas, y los derechos de Dios y del cielo no se distinguen, ni se aprecian las cosas eternas. La Biblia declara que ningún borracho heredará el reino de Dios.

El tabaco y el licor entontecen y corrompen a quienes los usan. Pero el mal no se detiene allí. El que usa estas sustancias transmite temperamentos irritables, sangre contaminada, intelectos debilitados, y debilidad moral a sus hijos, y se hace culpable de todos los malos resultados que su estilo de vida disipado y equivocado traen sobre su familia y la comunidad. La raza humana gime bajo el peso de la aflicción acumulada debido a los pecados de generaciones pasadas. Y sin embargo, los hombres y mujeres de la presente generación, casi sin pensar ni preocuparse de su conducta, se entregan a la intemperancia por sus excesos y borracheras, por lo cual dejan como legado para la (35) próxima generación, enfermedad, intelectos debilitados y contaminación moral.

La intemperancia de cualquier tipo es la peor clase de egoísmo. Quienes verdaderamente temen a Dios y guardan sus Mandamientos miran estas cosas a la luz de la razón y la religión. ¿Cómo podría cualquier hombreo mujer guardar la ley de Dios, que requiere que los hombres amen a sus prójimos como a sí mismos, si practican la indulgencia del apetito intemperante, que nubla el cerebro, debilita el

intelecto y llena el cuerpo con enfermedad? La intemperancia inflama las pasiones y da rienda suelta a la lujuria. Y la razón y la conciencia se ven cegadas por las pasiones más bajas.

Preguntamos: ¿Qué hará el esposo de la hermana A? ¿Venderá, como Esaú, su primogenitura a cambio de un plato de lentejas? ¿Venderá él su virilidad que lo asemeja a Dios, para ceder a la indulgencia de su gusto pervertido que sólo trae desgracia y degradación? "La paga del pecado es muerte". ¿No tiene este hermano el valor moral para negar su apetito? Sus hábitos no han estado en armonía con la verdad y con los Testimonios de reproche que Dios ha visto conveniente dar a su pueblo. Su conciencia no esta. Da completamente muerta. Sabía que no podía servir a Dios y al mismo tiempo ceder a su apetito; por lo tanto cedió a la tentación de Satanás, que era demasiado violenta para que él la resistiera con sus propias fuerzas. Fue vencido. Ahora achaca su falta de Interés por la verdad a otras causas fuera de la verdadera, con el fin de ocultar su propia debilidad de propósito y la causa real de su apostasía de Dios, que era su apetito descontrolado.

Es en este punto donde muchos tropiezan; vacilan entre la negación de su apetito y su indulgencia. Y finalmente el enemigo los vence y abandonan la verdad. Muchos que han apostatado de verdad mencionan como razón de su conducta que no tienen fe en los Testimonios. Al investigar el caso se revela el hecho de que tenían algún hábito pecaminoso que Dios había condenado a través de los Testimonios. La pregunta que se levanta entonces es: ¿Entregarán su ídolo que Dios condena, o continuarán en su camino equivocado de indulgencia y rechazarán la luz que Dios les ha dado reprobando precisamente las cosas en que se deleitan? La pregunta que deben resolver es: ¿Me negaré a mí mismo (36) y recibiré como provenientes de Dios los Testimonios que reprueban mis pecados, o rechazaré los Testimonios debido a que reprueban mis pecados?

En muchos casos los Testimonios son recibidos completamente, el pecado y la indulgencia se quebrantan y comienza inmediatamente la reforma en armonía con la luz que Dios ha dado. En otros casos, se atesoran indulgencias pecaminosas, se rechazan los Testimonios, y muchas excusas que son falsas se ofrecen como la razón para negarse a recibirlos. Pero la verdadera razón se esconde. Es la falta de valor moral, la ausencia de una voluntad fortalecida y controlada por el Espíritu de Dios, la que les impide renunciar a sus hábitos dañinos.

No es fácil la tarea de vencer el gusto arraigado por los narcóticos y los estimulantes. Únicamente en el nombre de Cristo puede ganarse esta gran victoria. Él venció para beneficio del hombre en el largo ayuno de casi seis semanas en el desierto de la tentación. Él se compadece de la debilidad humana. Su amor por el hombre caído era tan grande que hizo un sacrificio infinito con el fin de alcanzarlo en su degradación, y a través de su poder divino finalmente elevarlo a su trono. Pero es tarea del hombre determinar si Cristo podrá cumplir en su favor aquello que es perfectamente capaz de hacer.

¿Se decidirá el hombre aferrarse del poder divino, y con determinación y perseverancia resistir a Satanás, siguiendo el ejemplo que Cristo le dio en su conflicto con el enemigo en el desierto de la tentación? Dios no puede salvar al hombre contra su voluntad del poder de los artificios de Satanás. El hombre debe trabajar con su poder humano, ayudado con el poder divino de Cristo, para resistir y vencer a cualquier costo. En otras palabras, el hombre debe vencer tal como Cristo venció. Y luego, por medio de la victoria que es privilegio suyo lograr por el nombre todopoderoso de Jesús, él puede llegar a ser un heredero de Dios y coheredero con Cristo Jesús. No podría ser éste el caso si sólo Cristo ganara todas las victorias. El hombre debe hacer su parte; puede vencer por su propio esfuerzo, usando la fortaleza y la gracia que Cristo le concede. El hombre debe ser un obrero con Cristo en la tarea de vencer, y entonces será participante con Cristo de su gloria. (37)

La obra en que estamos empeñados es sagrada. El apóstol Pablo exhorta a sus hermanos diciéndoles: "Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios" (2 Cor. 7:1). Mantener la pureza de nuestro espíritu, como templo del Espíritu Santo, es un deber sagrado para con Dios.

Si el corazón y la mente se dedican al servicio de Dios, obedeciendo todos sus Mandamientos, amándolo con todo el corazón, la fuerza, la mente, y la capacidad, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos, seremos encontrados leales y fieles a los requerimientos del cielo.
Además, dice el apóstol: "No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias" (Rom. 6:12). También insta a sus hermanos a ejercer diligencia insistente y paciente perseverancia en sus esfuerzos por lograr la pureza y la santidad debida, en estas palabras: "Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible" (1 Cor. 9:25).

LA LUCHA DEL CRISTIANO.-
Pablo presenta delante de nosotros la guerra espiritual y su recompensa, contrastándola con los diversos juegos instituidos entre .os paganos en honor de sus dioses. Los jóvenes que se preparaban para esos juegos practicaban la abnegación más absoluta y la más severa disciplina. Se prohibía cada indulgencia que tuviera la tendencia a debilitar la fuerza física. A los que se sometían al proceso de entrenamiento no se les permitía vino ni comidas de preparación elaborada, ya que estas sustancias debilitarían en vez de aumentar el vigor personal, la actividad saludable, la fortaleza y la firmeza. Muchos testigos, reyes y nobles estaban presentes en esas ocasiones. Se consideraba el mayor honor ganar una simple corona de laurel, que en pocas horas perdería su lozanía. Pero aún después que los competidores en procura de esta corona perecedera habían ejercido severa abstención y se habían sometido a rígida disciplina con el fin de obtener vigor personal y actividad, con la esperanza de ser vencedores aún entonces no estaban seguros de obtener el premio. Sólo (38) uno de ellos podía lograr el premio. Algunos podrían haber trabajado tan duramente como otros, y haberse esforzado al máximo para ganar la corona de honor; pero justamente cuando extendían la mano para asegurarse el premio, algún otro, un instante antes que ellos, podría adelantarse y arrebatar el codiciado tesoro.
No es éste el caso de la lucha cristiana. Todos pueden correr en esta carrera, y pueden estar seguros de lograr la victoria y honor inmortal si se someten a las condiciones. Dice Pablo: "Corred, pues, de tal manera que la obtengáis" (1 Cor. 9:24). Luego explica las condiciones que se deben observar con el fin de tener éxito: "Todo aquel que lucha, de todo se abstiene" (1 Cor. 9:25).
Si los paganos, que no estaban controlados por una conciencia iluminada, y que no sentían el temor de Dios, se sometían a privaciones y a la disciplina del entrenamiento, negándose toda indulgencia debilitante sólo para obtener una corona que perece y el aplauso de la multitud, con cuanta mayor razón debieran los que están corriendo la carrera cristiana con la esperanza de obtener la inmortalidad y la aprobación del Cielo estar dispuestos a negarse a sí mismos indulgencias y estimulantes malsanos, que degradan la moral, debilitan el intelecto y colocan los poderes superiores en sujeción a los apetitos y pasiones animales.
Multitudes en el mundo contemplan este juego de la vida, la lucha del cristiano. Y esto no es todo. El Monarca del universo y las miríadas de ángeles celestiales son espectadores de esta carrera; vigilan ansiosos para ver quiénes tendrán éxito en vencer y ganar la corona de gloria que no se marchita. Con intenso interés Dios y los ángeles del cielo notan el sacrificio propio, la abnegación y los esfuerzos agonizantes de los que se dedican a correr la carrera cristiana. La recompensa dada a cada hombre estará de acuerdo con la energía perseverante y la fidelidad con que cumpla su parte en el gran certamen.
En los juegos a los que nos hemos referido, sólo uno se llevaba el premio. En la carrera cristiana, dice el apóstol: "Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura" (1 Cor. 9:26). No nos espera ningún desengaño al terminar la carrera.
A todos los que cumplan cabalmente con las condiciones que especifica la Palabra de Dios, y tengan el sentido de la responsabilidad (39) de preservar el vigor físico y la actividad del cuerpo, con el fin de

que sus mentes estén bien equilibradas y su moralidad sana, la carrera no es incierta. Todos ellos pueden lograr el premio, ganar y ostentar la corona de gloria inmortal que no se desvanece.

El apóstol Pablo nos dice que: "Hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres" (1 Cor. 4:9). Una nube de testigos observa nuestra carrera cristiana. "Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el Autor y Consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios" (Heb. 12:1-2).

No debiéramos hacer del mundo nuestro criterio. La moda es la indulgencia del apetito por alimentos ricos y estímulos artificiales, fortaleciendo de este modo las tendencias animales, e impidiendo el crecimiento y desarrollo de las facultades morales. A ninguno de los hijos e hijas de Adán se les ofrece la victoria en la lucha cristiana, a menos que decidan practicar la temperancia en todas las cosas. Si hacen esto no pelearán como uno que hiere el aire.

Si los cristianos mantienen su cuerpo en sujeción, y colocan todos sus apetitos y pasiones bajo el control de la conciencia iluminada, sintiendo que obedecer las leyes que gobiernan la salud y la vida es un deber para con Dios y para con sus vecinos, recibirán la bendición del vigor físico y mental. Tendrán fuerza moral para luchar contra Satanás, y en el nombre de Aquel que venció el apetito por causa de ellos, pueden ser más que vencedores por sí mismos. Esta guerra está abierta para todos los que quieran pelearla.

Se me mostró el caso del hermano B, que una nube de oscuridad lo rodea. En su hogar no se manifiesta la luz del cielo. Aunque el profesa creer la verdad, en su vida diaria no ejemplifica la influencia santificadora sobre su corazón. No posee naturalmente una disposición benevolente, afectuosa ni cortés. Su temperamento es muy poco favorable para él, su familia y la iglesia en la cual se siente su influencia. Tiene que hacer una obra en favor suyo que nadie puede hacer por él. Necesita la influencia transformadora del Espíritu de Dios. Nuestra profesión como seguidores (40) de Cristo requiere de nosotros que probemos nuestros caminos y nuestras acciones comparándolos con el ejemplo de nuestro Redentor. Será necesario que nuestro espíritu y comportamiento correspondan con el modelo que nuestro Salvador nos ha dado.

El hermano B no tiene un temperamento que haga brillar el sol sobre su familia. Ese es un buen lugar para que él comience a trabajar. Se parece más a una nube que a un rayo de luz. Es demasiado egoísta como para pronunciar palabras de aprobación a los miembros de su familia, especialmente a la que, con preferencia a todos los demás, debiera recibir su amor y tierno respeto. Es hosco, abusador, dictatorial; sus palabras son frecuentemente cortantes, y dejan una herida que él no procura sanar suavizando su espíritu, reconociendo sus faltas y confesando su mala conducta. No hace esfuerzos por salir a la luz.

No conduce dentro de sí una búsqueda del corazón, de los motivos de su genio, su manera de hablar y su conducta, para ver si su vida es como el ejemplo divino. No aplica la ley de Dios a su vida y carácter como su regla de acción. El Señor desea ver delante de sí un pueblo honesto y recto.

La hermana B debe luchar con muchas pruebas y con la debilidad de su propia naturaleza, y no debiera hacérsele más dura su suerte de lo que es necesario. El hermano B debiera suavizar su carácter; debiera cultivar el refinamiento y la cortesía. Debiera ser muy tierno y amable hacia su esposa, la cual es su igual en todo respecto; no debiera pronunciar ni una palabra que arrojara sombras sobre su corazón. Debe comenzar la obra de reforma en su hogar. Debe cultivar el afecto y vencer los rasgos rudos, ásperos, indiferentes y egoístas de su disposición, pues estos están creciendo dentro de él. Nosotros, pobres mortales, que deseamos alcanzar el cielo, debemos vencer como Cristo venció. Debemos asimilarnos a su imagen; nuestros caracteres deben ser sin mancha.

Se me mostró que el hermano B no tiene un sentido muy alto de la perfección de carácter que es necesaria para un cristiano. No tiene el sentido correcto de lo que es su deber para con sus semejantes. Está en peligro de promover sus propios intereses, si se presenta la oportunidad, sin fijarse en la ventaja

o la pérdida (41) que puede sufrir su prójimo. Mira su propia prosperidad como extremadamente importante, pero no está interesado en la fortuna o el infortunio de sus vecinos, como debiera estarlo un seguidor de Cristo. Por un provecho insignificante para sí mismo, Satanás puede apartarlo de su integridad. Esto oscurece su propia alma y trae oscuridad sobre la iglesia. "Todo esto" (Mat. 4:9), dice Satanás, "será tuyo, sí te apartas de tu estricta integridad. Todo esto te daré sí tan sólo me complaces en esto, o haces y dices esto otro". Demasiado a menudo el hermano B ha sido engañado por el adversario para daño suyo y para oscurecimiento de otras mentes.

Hay algunos otros en la iglesia que necesitan ver las cosas desde un punto de vista más elevado antes que puedan llegara ser espirituales, y colocarse en una posición en la cual logren entender la obediencia a la voluntad de Dios, y arrojar luz en vez de proyectar una sombra. El hermano B necesita ungir sus ojos, para que pueda discernir claramente las cosas espirituales y también las trampas de Satanás. La norma cristiana es alta y exaltada. ¡Pero he aquí que los profesos seguidores de Cristo la rebajan hasta el mismo polvo!

Usted necesita, hermano B, ejercer vigilancia constante, no sea que lo venzan las tentaciones de Satanás en cuanto a vivir para sí mismo, a ser celoso y envidioso, suspicaz y criticón. Si avanza murmurando, no progresará ni un sólo paso en el camino al cielo. Si cesa aunque sea un momento en sus sinceros esfuerzos y deja de procurar con oración someter su yo y controlarlo, estará en peligro de ser vencido por alguna tentación fuerte; podría ser que era pasos imprudentes; podría manifestar un espíritu no cristiano, lo cual no sólo traerá amargura a su propia alma sino también tristeza a las mentes de otros. Se arriesga a traer sobre ellos un peso de perplejidad y tristeza que pondrá en peligro sus almas, y usted será el que tenga que responder por esta influencia funesta. Hermano B, si desea escapar de la contaminación que hay en el mundo por la concupiscencia, será necesario que haga profesión de cristianismo en todas las cosas.

Usted podrá decir: Es muy dura esta tarea; el camino es demasiado estrecho y yo no puedo caminar por él. ¿Es más estrecho el camino en esta carta que lo que usted encuentra claramente marcado en la Palabra de Dios? Para ganar el cielo vale la pena hacer un (42) esfuerzo perseverante e incansable, durante toda la vida. Si ahora se echa atrás y se desanima, ciertamente perderá el cielo, perderá la vida inmortal y la corona de gloria que no se desvanecen. Los que tienen un lugar al lado del Salvador en su trono son únicamente esa clase de personas que han vencido tal como él venció. El amor por la verdad pura y santificadora, el amor por el querido Redentor, alivianará la tarea de vencer. Con gusto concederá Jesús su fortaleza a todos los que realmente desean recibirla. Coronará de gracia y paz cada esfuerzo perseverante hecho en su nombre.

Si su estudio diario consiste en glorificar a Dios y subyugar el yo, él hará que su fortaleza se perfeccione en su debilidad, y podrá vivir de manera que su conciencia no lo condene. Podrá tener buena fama entre los de afuera. Una vida circunspecta no sólo significará gran provecho para su propia alma, sino que además será una luz que brille sobre el camino de otros, y les muestre la ruta al cielo.

Hermano B, ¿cómo ha gobernado usted su temperamento? ¿Ha procurado vencer su espíritu impulsivo? Con la disposición y los sentimientos que usted posee ahora dejará de obtener el cielo tan seguramente como que hay un cielo. Para beneficio de su propia alma, y por amor a Cristo, él le ha dado a usted evidencias inconfundibles de su infinito amor, acérquese a él para que pueda ser llenado con su espíritu.

Cultive un espíritu de vigilancia y oración, para que pueda representar correctamente la santa fe que usted profesa como seguidor de nuestro querido Redentor, el cual dejó un ejemplo en su propia vida. Imite a nuestro Salvador. Aprenda de Cristo. Soporte las vicisitudes como buen soldado de Jesucristo, venza las tentaciones de Satanás como él venció, y salga vencedor sobre todos sus defectos de carácter.

Cristo venció de manera perfecta; así también nosotros debemos ser perfectos y completos, sin que nos falte nada, sin mancha ni imperfección. Cristo obtuvo la redención para el hombre a un costo infinito para sí mismo. La victoria que obtenemos sobre nuestros propios corazones malvados y sobre las

tentaciones de Satanás nos costará gran esfuerzo, vigilancia constante y oración perseverante; entonces no sólo cosecharemos la recompensa, que es el don de la vida eterna, sino que aumentaremos nuestra felicidad (43) en este mundo al tener conciencia de un deber realizado, y por el mayor respeto y amor de los que nos rodean.

Me fue mostrado que en la iglesia existe una falta general de devoción y de esfuerzo sincero y empeñoso. Hay muchos que necesitan ser convertidos. El hermano C no es un apoyo y fortaleza para la iglesia. No avanza en la vida divina como avanza en años. Ha profesado la verdad por muchos años, y sin embargo ha sido lento en aprender y vivir sus principios; por lo tanto, no ha sido santificado a través de la verdad. Se mantiene en una posición en la cual Satanás lo puede tentar. En su experiencia es todavía como un niño. Vigila a otros y marca sus errores, cuando debiera estar escudriñando con diligencia su propio corazón. Esa disposición a desconfiar de sus hermanos y ver faltas en ellos, y hablar de ellas a otros, recibe el reproche contenido en las palabras que Cristo le dirigió a uno que, según él vio, estaba más interesado en la conducta de sus hermanos que en ser cuidadoso de vigilar y orar para que Satanás no lo venciera a él. Dijo Cristo a sus discípulos: "¿Qué a ti? sígueme tú" (Juan 21:22).

Debido a la debilidad de su naturaleza, todo lo que el hermano C puede hacer es guardar su propia alma y cerrar toda avenida por la cual Satanás pudiese ganar acceso para insinuar dudas con respecto a otros. Corre gran peligro de perder su alma al no lograr perfeccionar su carácter cristiano durante el tiempo de prueba. Es lento para seguir a Cristo. Sus sentidos parecen estar nublados y casi paralizados, de tal modo que no estima como debe las cosas sagradas. Aun ahora puede corregir sus errores y vencer sus defectos, si se decide a obrar apoyándose en la fortaleza de Dios.

Hay varias personas en la iglesia ----- cuyos nombres no puedo mencionar, las cuales tienen victorias que ganar sobre sus apetitos y pasiones. Algunos hablan demasiado. Adoptan la siguiente posición: "cuénteme... y yo lo contaré". Verdaderamente una posición así es miserable; si todos estos chismosos recordaran que un ángel los sigue, registrando sus palabras, habría entre ellos menos habladuría y mucho más oración.

Hay hijos de guardadores del sábado que han aprendido desde su juventud a observar el sábado. Algunos de ellos son muy (44) buenos hijos, fieles al deber en lo que se refiere a los asuntos temporales; pero no sienten una convicción profunda de pecado ni la necesidad del arrepentimiento. Los tales se encuentran en una condición peligrosa. Vigilan la conducta y los esfuerzos de los cristianos profesos. Ven que algunos de ellos hacen alta profesión de su fe, pero no son cristianos concienzudos, y comparan sus propios conceptos y acciones con esas piedras de tropiezo; y como en sus propias vidas no ven asomarse ningún pecado, se congratulan a sí mismos, por estar en lo correcto.

A esos jóvenes se me ha autorizado que les diga: Arrepentíos y convertíos para que vuestros pecados puedan ser borrados. No tenéis tiempo que perder.

El cielo y la vida eterna son tesoros valiosos que no pueden obtenerse sin esfuerzo de vuestra parte. No importa cuán correctas puedan haber sido vuestras vidas, en vuestra calidad de pecadores tenéis que dar ciertos pasos. Se requiere de vosotros que os arrepintáis, creáis y seáis bautizados. Cristo fue enteramente justo; y sin embargo, él mismo, el Salvador del mundo, le dio al hombre un ejemplo al dar los pasos que requiere de todo pecador. Para que se convierta en un hijo de Dios y heredero del cielo.

Si Cristo, el Redentor del hombre, puro y sin mancha, condescendió en dar los pasos que el pecador necesita dar en su conversión, ¿por qué los que ven su camino iluminado por la luz de la verdad habrían de vacilar en entregar sus corazones a Dios, y confesar humildemente que son pecadores, y mostrar su fe en la expiación de Cristo por sus palabras y acciones, identificándose con los que profesan ser sus seguidores? Siempre habrá quienes no vivan de acuerdo con su profesión, cuyas vidas diarias demuestren que son cualquier cosa excepto cristianos. ¿Pero es ésta una razón suficiente para que cualquiera rehúse vestirse de Cristo por el bautismo en la fe de su muerte y resurrección?

Incluso cuando Jesús en persona se encontraba en el mundo, y andaba con sus discípulos y les enseñaba, había uno entre los doce que era un demonio. Judas traicionó a su Señor. Cristo poseía un conocimiento perfecto de la vida de judas. Conocía la codicia que judas no había logrado vencer, y en sus sermones le dio numerosas lecciones sobre ese tema. Judas, mediante la complacencia, (45) permitía que este rasgo de su carácter creciera y se arraigara tan profundamente, que desplazó la buena semilla sembrada en su corazón; el mal predominó hasta que, por amor al dinero, fue capaz de vender a su Señor por unas pocas monedas de plata.

El hecho de que judas no tenía un corazón recto, y que se hallaba tan corrompido por el egoísmo y el amor al dinero que fue inducido a cometer un gran crimen, no constituye evidencia de que no había verdaderos cristianos, discípulos genuinos que amaban a su Salvador y procuraban imitar su vida y ejemplo, y obedecer sus enseñanzas.

Se me mostró el hecho de que judas estuviera incluido entre los doce, con todas sus faltas y defectos de carácter, como una lección instructiva, una que al ser estudiada por los cristianos, pueden beneficiarse. Cuando nuestro Señor escogió a judas, su caso no era desesperado. Tenía algunas cualidades buenas. En su asociación con Cristo en la obra, al escuchar sus discursos, tuvo una oportunidad favorable para descubrir sus malos rasgos, para conocer sus defectos de carácter, si realmente deseaba ser un verdadero discípulo. Nuestro Señor llegó a colocarlo en una posición en la cual podía escoger si desarrollar su disposición codiciosa, o percibirla y corregirla. Él estaba a cargo de los escasos medios recogidos para los pobres y para los gastos necesarios de Cristo y los discípulos en su obra de predicación. Esta pequeña cantidad de dinero constituía una tentación continua para judas, y de tiempo en tiempo, cuando hacía un pequeño servicio para Cristo o dedicaba un poco tiempo a propósitos religiosos, se pagaba a sí mismo de los exiguos fondos recogidos para hacer avanzar la luz del Evangelio.

Finalmente se volvió tan avaro, que se quejó amargamente porque el ungüento derramado sobre la cabeza de Jesús era muy caro. Le dio vueltas al asunto una y otra vez, y calculó el dinero que podría haber sido colocado en sus manos para gastar, si ese ungüento hubiera sido vendido. Su egoísmo se fortaleció hasta que sintió que tesorería había verdaderamente sufrido una gran pérdida al no el valor del ungüento en dinero. Finalmente se quejó abiertamente de la extravagancia que significaba esta valiosa ofrenda para Cristo. Nuestro Salvador lo reprendió por su codicia. La reprensión irritó el corazón de Judas, hasta que, por una pequeña (46) suma de dinero, consintió en traicionar a su Señor. Entre los guardadores del sábado habrá quienes en su corazón no son más fieles de lo que era judas; pero dichos casos no debieran constituir una excusa para que otros dejen de seguir a Cristo.

Dios ama a los hijos del hermano D, pero ellos se encuentran en terrible peligro de sentirse sanos, sin necesidad de médico. Confiar en su propia justicia nunca los salvará. Deben llegar a sentir la necesidad de un Salvador. Cristo vino a salvar a los pecadores. Dijo Jesús: "No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores al arrepentimiento" (Mar. 2:17). Los fariseos, quienes se consideraban a sí mismos justos, y que confiaban en sus buenas obras, no sentían la necesidad de un Salvador. Consideraban que su situación era suficientemente buena sin Cristo.

Los queridos hijos del hermano D debieran rogar a Jesús que les revele su pecaminosidad, y luego pedirle que se revele ante ellos como su Salvador que perdona el pecado. Esos hijos preciosos no deben ser engañados y perder la vida eterna. A menos que se conviertan, no pueden entrar al reino de los cielos. Deben lavar sus ropas con el carácter de la sangre del Cordero. Jesús los invita a dar los pasos que los pecadores deben dar con el fin de convertirse en sus hijos. Él les ha dado el ejemplo en la vida, al someterse a la ordenanza del bautismo. Él es nuestro ejemplo en todas las cosas.

Dios requiere que esos hijos le entreguen los mejores y más santos afectos de sus corazones. Él los ha comprado con su propia sangre. Reclama sus servicios. Ellos no se pertenecen a sí mismos. Jesús ha hecho un sacrificio infinito por ellos. El amante y compasivo Salvador los recibirá si vienen a él tal como son, y si dependen de la justicia de él y no de sus propios méritos.

Dios ama y se compadece de la juventud de ----- y desea que encuentren felicidad en él. Él murió para redimirlos. Los bendecirá si se acercan a él en humildad y sinceridad. Él dejará que lo encuentren, si lo buscan con todo el corazón. (47)

ESCOGIENDO TESOROS TERRENALES.-

Se me ha mostrado la condición del pueblo de Dios. Están aturdidos por el espíritu del mundo. Niegan su fe por sus obras. Se me señaló al antiguo Israel. Tuvieron gran luz y privilegios exaltados y con todo no vivieron a la altura de la luz ni apreciaron sus ventajas, y su luz se convirtió en tinieblas. Caminaron en la luz de sus propios ojos en vez de seguir la dirección de Dios. La historia de los hijos de Israel fue escrita para el beneficio de los que viven en los últimos días, para que puedan evitar seguir su ejemplo de incredulidad.

Hermano E, se me mostró que usted está envuelto en tinieblas. El amor al mundo ha ganado el dominio entero de su ser. Lo mejor de sus días están en el pasado. Su vitalidad y poder de aguante en cuanto a lo que tiene que ver con su trabajo físico, están debilitados, y ahora, cuando tendría que ser capaz de poder mirar atrás, sobre una vida de esfuerzo noble para bendecir a otros y glorificar a Dios, solamente puede tener pesar y darse cuenta de una falta de felicidad y paz. No está viviendo una vida que encuentre la aprobación de Dios. Tiene como secundarios sus intereses espirituales, y sus intereses eternos. Cerebro, hueso y músculo han -ido explotados hasta lo sumo. ¿Con qué objeto todo ese gasto de fuerza? ¿Para qué esta acumulación de cuidados y cargas para que las soporte su familia? ¿Cuál es su recompensa? La satisfacción de acumular para usted mismo un tesoro en la tierra, lo que Cristo ha prohibido y que resultará ser una trampa para su alma.

En el sermón del Monte dijo Cristo, "no acumulen para sí tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido destruyen, y donde ladrones se meten a robar. Más bien, acumulen para sí tesoros en el cielo" (Mat. 6:19-20). Si usted acumula tesoros en el cielo, lo hace para usted mismo, trabaja para su propio interés. Mi querido hermano, su tesoro está acumulado sobre la tierra, y sus intereses y afectos están en su tesoro. Ha cultivado un amor por el dinero, casas y tierras, hasta que eso ha absorbido los poderes de su mente y de su ser, y su amor por las posesiones mundanales ha sido mayor que su amor por su Creador y por las almas por las cuales Cristo murió. El dios de este mundo ha cegado sus ojos de modo que no se valoren las cosas eternas. (48)

En el desierto de la tentación Cristo se vio frente a las grandes y principales tentaciones que asaltan a los seres humanos. Allí se encontró, con el enemigo artero y sutil, y lo venció. La primera gran tentación tenía que ver con el apetito; la segunda, con la presunción; la tercera, con el amor al mundo. Satanás ha vencido a millones tentándolos a complacer el apetito. Mediante la gratificación del gusto, el sistema nervioso se altera y se debilita la fuerza del cerebro, haciendo imposible el pensamiento tranquilo y racional. La mente se desequilibra. Sus facultades más elevadas y nobles se pervierten para servir a la pasión animal, y no se toman en cuenta los intereses sagrados y eternos. Cuando Satanás ha logrado este objetivo, entonces puede acercarse con sus otras dos tentaciones principales, y hallar cabida fácil. Sus múltiples tentaciones se derivan de estos tres grandes puntos principales.

La presunción es una tentación común, y cuando Satanás asalta a los seres humanos con ella, obtiene la victoria nueve veces de cada diez, Los que profesan ser seguidores de Cristo y por su fe aseguran estar enrolados en la guerra contra todo lo que es de naturaleza pecaminosa, frecuentemente se sumergen sin pensarlo en tentaciones de las cuales se requeriría un milagro para sacarlos inmaculados. La meditación y la oración los habría preservado e inducido a evitar la posición crítica y peligrosa en la cual se colocaron al concederle a Satanás una ventaja sobre ellos. Las promesas de Dios no son para que las reclamemos irreflexivamente mientras nos apresuramos temerariamente a entrar en el peligro, violando las leyes de la naturaleza y descuidando la prudencia y el juicio con que Dios nos ha dotado. Esta clase de presunción es la más evidente de todas.

A Cristo le fueron ofrecidos los tronos y los reinos del mundo y la gloria de ellos si tan sólo se postraba para adorar a Satanás. Los seres humanos nunca serán probados con tentaciones tan poderosas como las que asediaron a Cristo. Satanás se acercó con honores mundanales, riquezas y los placeres de esta vida, y se los presentó bajo una luz más atractiva con el fin de atraerlo y engañarlo. "Todo esto te daré", le dijo a Cristo, "si postrado me adorares" (Mat. 4:9). Cristo rechazó a su artero enemigo y salió victorioso. (49)

Satanás tiene mejor éxito al acercarse al hombre. Te daré todo este dinero, esta ganancia, esta tierra, este poder, estos honores y riquezas, ¿a cambio de qué? Generalmente sus condiciones son que se renuncie a la integridad, se embote la conciencia y se satisfaga el egoísmo. Por medio de la devoción a los intereses mundanales, Satanás recibe todo el homenaje que pide. La puerta queda abierta para que entre como le plazca, con su sequito malvado de impaciencia, amor al yo, orgullo, avaricia, extralimitaciones, v todo su catálogo de espíritus malos. El ser humano queda hechizado y traidoramente atraído a la ruina. Si nos rendimos a la mundanalidad de corazón y vida, Satanás queda satisfecho.

El ejemplo de Cristo se halla delante de nosotros. Él venció a Satanás, y nos mostró cómo nosotros también podemos vencerlo. Cristo resistió a Satanás con las Escrituras. Podría haber echado mano de su propio poder divino, y hacer uso de sus propias palabras; pero dijo: "Escrito está: 'No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios'" (Mat. 4:4). A la segunda tentación, dijo: "Escrito está también: 'No tentarás al Señor tu Dios'" (Mat. 4:7). El ejemplo de Cristo está ante nosotros. Si se estudiara y se obedeciera la Sagrada Escritura, los cristianos serían fortalecidos para enfrentarse a su astuto enemigo; pero se descuida la Palabra de Dios y vienen el desastre y la derrota.

Querido hermano, usted ha descuidado escuchar los testimonios de amonestación que se le dieron hace años mostrándole que el enemigo estaba en su camino para presentarle los encantos de este mundo, instándolo a elegir el tesoro terrenal y a sacrificar la recompensa celestial. Hermano E, usted no puede permitirse el lujo de hacer esto; hay demasiado en juego. "Porque, ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo y pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?" (Mar. 8:36-37). Usted está vendiendo su alma a un precio muy barato. No puede permitirse hacer este gran sacrificio. Dios ha confiado talentos a su mayordomía. Estos son recursos y su influencia. Él desea examinarlo y probarlo. No debería haber perdido tiempo, sino que debería haber comenzado inmediatamente a aumentar el depósito de su Maestro. Si hubiera hecho eso, su éxito habría sido igual a su laboriosidad, perseverancia y celo en emplear el capital colocado en sus manos; (50) sus talentos o influencia, reservando los medios que usted pudo haber necesitado para su ayuda, habría convertido a muchas almas del error a la verdad y la justicia. Estas almas habrían trabajado por otras, y de esa manera, la influencia y los medios se habrían incrementado y multiplicado en la causa del Maestro, y por el perfeccionamiento fiel de sus talentos habría escuchado del Maestro las palabras más gratas que alguna vez puede escuchar el oído: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré: entra en el gozo de tu Señor" (Mat. 25:21).

Hermano E, si usted hubiera dirigido los poderes de su intelecto en la dirección correcta, sirviendo a su Padre celestial, usted habría estado fortaleciéndose en la verdad, en espíritu y en poder, y ahora sería un pilar de la iglesia de -----; y tanto por su ejemplo como por dar razones bíblicas de nuestra fe, usted tendría éxito como maestro de la verdad. Si los poderes mentales que usted ha empleado en obtener propiedades hubieran sido usados para llevar almas de la oscuridad a la luz, usted habría recibido la aprobación de Dios y habría tenido gran éxito.

Los que tienen pequeñas capacidades, santificadas por el amor de Dios, pueden hacer una buena obra por el Maestro; pero los que tienen mentes rápidas para discernir, pueden emplearlas en su exaltada obra con grandes resultados. Si envuelven en un pañuelo los talentos que Dios les ha encomendado, y los esconden bajo tierra, privando a Dios de esta manera de su ganancia, es un gran mal. Estamos a

prueba. El Maestro viene para investigar nuestra conducta, y nos pedirá cuenta del uso que hemos hecho de los talentos que nos prestó.

Hermano E, ¿cómo está usando los talentos que Dios ha puesto bajo su cuidado? ¿Ha hecho lo que ha podido para alumbrar las mentes de los hombres con respecto a la verdad, o no ha encontrado tiempo para dedicara esta obra en medio de sus negocios y perplejidades? Es un crimen usar las generosas dádivas de Dios como usted lo ha hecho, para disminuir su fortaleza física y separar sus afectos de Dios. "No podéis servir a Dios y a las riquezas" (Mat. 6:24). Usted no puede amar este mundo y amar la verdad de Dios. "¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de (51) Dios" (Sant. 4:4). "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él" (1 Juan 2:15). Usted no es un hombre feliz. Su familia tampoco es feliz. Los ángeles de Dios no vienen a morar con usted. Cuando la religión de Cristo gobierna en el corazón, la conciencia lo aprueba, y reinan la paz y la felicidad; la perplejidad y los problemas pueden rodearnos, y sin embargo hay luz en el alma.

La sumisión, el amor y la gratitud a Dios mantienen la luz del sol en el corazón, aunque el día esté muy nublado. Delante de usted están la abnegación y la cruz de Cristo. ¿Cargará usted la cruz? Sus hijos han sido bendecidos por las oraciones de una madre. Ellos han amado la religión. Han procurado resistir la tentación y vivir vidas de oración. A veces han hecho grandes esfuerzos; pero el ejemplo que usted les da, su amor y devoción al mundo, y su ferviente devoción a los negocios, han retirado la atención de ellos de las cosas espirituales y la han vuelto nuevamente a la tierra. Satanás les ha seguido la pista con el fin de hacerlos amar el mundo y las cosas del mundo. Gradualmente han perdido su confianza en Dios, han descuidado la oración secreta y sus deberes religiosos, y han apartado su interés de las cosas sagradas.

Querido hermano E, usted ha cometido un grave error al entregarle su ambición a este mundo. Usted es exigente, y a veces actúa con impaciencia, requiriendo en ciertas ocasiones demasiado de su hijo. Él se ha desanimado. En su hogar todo ha sido trabajo, trabajo, trabajo, desde temprano por la mañana hasta la noche. Su extensa granja ha introducido cuidados y cargas adicionales en su hogar. Usted ha hablado mayormente de los negocios, porque son los negocios lo que ha ocupado una posición primaria en su mente, y "de la abundancia del corazón habla la boca" (Mat. 12:34). Su ejemplo frente a su familia, ¿ha exaltado a Cristo y su salvación por encima de sus intereses relativos a la finca, y de su deseo de ganancias? Si sus hijos dejan de obtener la vida eterna, la sangre de sus almas se encontrará sin duda alguna en las vestimentas de su padre.

La madre hizo fielmente su deber. Ella oirá el "bien hecho", cuando se levante en la mañana de la resurrección. Lo primero que hará será preguntar por sus hijos, que eran el tema de sus oraciones durante la última parte de su vida. ¿Podrá usted presentarlos (52) con hermosos caracteres que les confieran la capacidad moral necesaria para gozar de la sociedad de los ángeles, o estarán sucios y opacos por la contaminación del mundo? ¿Serán encontrados "participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia" (2 Pedro 1:4)? ¿Serán como pilares pulidos según la semejanza de un palacio; o serán hallados amadores del mundo, malditos con el espíritu de avaricia, y con sus brillantes y nobles cualidades enterradas en el olvido? Su conducta hará mucho para determinar el destino futuro de sus hijos. Si usted continúa ahogando los poderes de su mente en los cuidados mundanales y en diversos proyectos, usted seguirá siendo una piedra de tropiezo para ellos. Ellos ven que, a pesar de que usted profesa el cristianismo, no ha avanzado espiritualmente; en cambio, se ha empequeñecido moralmente. Esto es verdad. Su mente se ha concentrado en las cosas terrenales, y como resultado usted ha desarrollado gran poder en esta dirección. Usted es decididamente un hombre de negocios mundano, pero Dios deseaba que usara su capacidad y su influencia en una vocación más elevada.

Usted está deslumbrado y enceguecido por el dios de este mundo. ¡Oh, cuán terrible es la locura que lo ha sobrecogido! Usted puede juntar tesoros terrenales, pero serán destruidos en la gran conflagración. Si usted se vuelve ahora al Señor; si usa sus talentos de influencia y medios para su gloria, y envía sus tesoros antes que usted al cielo, no sufrirá una pérdida total.

Las grandes conflagraciones y los desastres de mar y tierra que han visitado nuestro país, han sido las providencias especiales de Dios, una advertencia de lo que está por sobrevenir en el mundo. Dios desea mostrar a los hombres que puede encender sobre sus ídolos un fuego que el agua no puede apagar. La gran conflagración general está justo delante, en ella todos los vanos esfuerzos de la vida serán esparcidos de la noche a la mañana. El tesoro que se halla en el cielo estará seguro. Ningún ladrón puede acercarse a él, ni hay polilla que lo corrompa.

Cierto joven se acercó a Cristo: y le dijo: "Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?" (Mat. 19:16). Jesús le encargó que guardara los Mandamientos. Su respuesta fue: Señor, "todo (53) esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta?" Jesús contempló al joven con amor, y fielmente le reveló su deficiencia en guardar sus Mandamientos. Él no amaba a su prójimo como a sí mismo. Cristo le mostró su verdadero carácter. Su amor egoísta por las riquezas era un defecto, el cual, si no era quitado, le impediría entrar al cielo. "Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme" (Mat. 19:16-21). Cristo deseaba que el joven comprendiera que el Señor no requería de él más que lo que él mismo había experimentado. Todo lo que pedía era que el joven siguiera su ejemplo.

Cristo dejó sus riquezas y su gloria, y se hizo pobre, para que el hombre, a través de su pobreza, pudiera ser hecho rico. Ahora requiere de él que, por causa de esas riquezas, abandone las cosas terrenales y se asegure el cielo. Cristo sabía que mientras los afectos estuvieran colocados sobre tesoros terrenales, serían retirados de Dios; por eso le dijo al joven escriba: "Anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme" Mat. 19:21). ¿Cómo recibió el joven las palabras de Cristo? ¿Se regocijó de poder obtener el tesoro celestial? Se sintió muy triste, porque tenía grandes posesiones. Para él las riquezas eran honor y poder. La gran cantidad de su tesoro hizo que abandonarlo le pareciera una imposibilidad.

He aquí el peligro de las riquezas para el hombre avaro. Cuantas más obtiene, más difícil le resulta ser generoso. Disminuir su riqueza es como despojarse de su vida. Antes que hacer esto, vuelve la espalda a las atracciones de la recompensa inmortal, con el fin de retener y aumentar sus posesiones terrenales. Acumula y retiene. Si hubiera guardado los Mandamientos, sus posesiones terrenales no habrían sido tan grandes. Mientras se ocupaba en hacer planes y luchar en favor de sí mismo, ¿cómo podría él amar a Dios con todo su corazón, con toda su mente, con toda su fortaleza y a su prójimo como a sí mismo? Sí hubiera distribuido para las necesidades de los pobres y hubiera bendecido a sus prójimos con una parte de sus recursos, según lo demandasen sus necesidades, habría sido mucho más feliz, y habría tenido mayor tesoro en el cielo y menos en la tierra sobre lo cual colocar sus afectos. (54)

Cristo le aseguró al joven que vino a él, que si obedecía sus requerimientos tendría tesoros en el cielo. Este individuo amador del mundo se sintió muy entristecido. Él deseaba el cielo, pero a la vez deseaba retener su riqueza. Renunció a la vida inmortal por amor al dinero y al poder. ¡Oh, que miserable trueque! Y, sin embargo, muchos que profesan guardar todos los Mandamientos de Dios están haciendo lo mismo. Usted, querido hermano, está en peligro, pero no se da cuenta de ello. No se ofenda porque expongo este asunto con tanta claridad ante usted, Dios le ama. ¡Cuán mezquinamente le ha devuelto usted su amor!

Se me mostró que en su primera experiencia, su corazón fulguraba con la verdad; su mente estaba absorbida en el estudio de las Escrituras; descubría nueva belleza en cada línea. Entonces la buena semilla sembrada en su corazón estaba brotando y llevando fruto para la gloria de Dios. Pero después de un tiempo, los cuidados de esta vida y el engaño de las riquezas ahogaron la buena semilla de la Palabra de Dios que había sido sembrada en su corazón, y dejó de dar fruto. La verdad luchaba por la

supremacía en su mente, pero los cuidados de esta vida y el amor a otras cosas ganaron la victoria. Satanás procuró, a través de las atracciones de este mundo, encadenarlo y paralizar sus poderes morales de modo que no lograse percibir los derechos que Dios tiene sobre usted; y en esto casi ha tenido éxito.
Ahora, querido hermano, debe hacer un esfuerzo intenso y perseverante para desalojar al enemigo y afirmar su libertad; porque él lo ha transformado en esclavo de este mundo, hasta que su amor por las ganancias se ha convertido en la pasión directriz. Su ejemplo para los demás ha sido malo; los intereses egoístas han tenido prominencia. Por profesión, usted le dice al mundo: "Mi ciudadanía no está aquí, sino arriba". Sin embargo, sus obras dicen definidamente que usted es un habitante de este mundo. Como una red vendrá el día del juicio sobre todos los que moran en la faz de la tierra. Su profesión es tan sólo un estorbo para las almas. Usted no tiene obras que correspondan a ella. "Yo conozco tus obras" (no tu profesión), dice el testigo fiel (Apoc. 2:9, 13, 19). Dios está ahora zarandeando a su pueblo, probando sus propósitos y sus motivos. Muchos serán como la paja: Sin nada de trigo, sin nada de valor en ellos. (55)
Cristo ha confiado a su cuidado talentos de recursos y de influencia, y le ha dicho: Hazlos rendir hasta que yo venga. Cuando el Amo venga y saque cuentas con sus siervos, todos serán llamados a dar estricta cuenta de la manera como han usado los talentos que se les confiaron. ¿Cómo soportará usted, querido hermano, la investigación? ¿Estará preparado para devolverle al Señor sus talentos duplicados, colocando delante de Él tanto el capital como el interés, mostrando así que usted ha sido un obrero juicioso además de fiel y perseverante en sus servicios? Hermano E, si usted sigue la conducta que ha proseguido por años, su caso estará correctamente representado por el siervo que envolvió su talento en un pañuelo y lo enterró, esto es, lo escondió en el mundo. Aquellos a quienes les confiaron talentos, recibieron recompensa por el trabajo que hicieron en proporción exacta a la fidelidad, la perseverancia y el esfuerzo insistente hecho al negociar con los bienes de su Señor.
Dios lo considera su deudor, y también deudor ante sus próximos que no tienen la luz y la verdad. Dios le ha dado luz no --ara que la esconda bajo un cajón, sino para que la coloque en candelero, de modo que se beneficien todos los de la casa. Es necesario que su luz brille ante otros, para iluminar las almas por las cuales Cristo murió. La gracia de Dios reinará en su corazón, colocará su mente y pensamientos en sujeción a Jesús y sería un nombre poderoso del lado de Cristo y de la verdad.
Dijo Pablo: "A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor" (Rom. 1:14). Dios le había revelado a Pablo su verdad, y al hacerlo, lo hizo deudor para los que estaban en tinieblas, con el fin de alumbrarlos. Usted no ha tenido el concepto debido de su responsabilidad delante de Dios. Usted está manejando los talentos de su Señor. Tiene poderes mentales, que si los emplea en la dirección correcta, harían de usted un colaborador de Cristo y de sus ángeles. Si su mente se volviera en dirección de hacer el bien, de colocar la verdad delante de otros; ahora estaría calificado para convertirse en un obrero de éxito para Dios, y como recompensa vería muchas almas salvadas, que serían como estrellas en la corona de su gozo.
¿Cómo se puede comparar el valor de sus casas y tierras con el de las preciosas almas por las cuales Cristo murió? Por su influencia, (56) esas almas pueden ser salvas con usted en el reino de gloria; pero allá no puede llevar consigo ni siquiera la porción más pequeña de su tesoro terrenal. Adquiera lo que usted desee; presérvelo con todo el celoso cuidado que sea capaz de ejercer, pero el mandato puede salir del Señor, y en pocas horas un fuego que ninguna destreza logra apagar, puede destruir lo que haya acumulado en toda su vida, y transformarlo en una masa de ruinas humeantes. Éste fue el caso de Chicago. La Palabra de Dios había salido para dejar en ruinas esa ciudad. Ésta no es la única ciudad que tendrá que distinguir las marcas visibles del desagrado de Dios. Él ha comenzado, pero no ha terminado. La espada de su ira está extendida sobre quienes, en su orgullo y maldad han provocado el desagrado de un Dios justo. Las tormentas, los terremotos, los tornados, el fuego y la espada esparcirán desolación por doquier, hasta que los corazones de los hombres les fallen por el temor y la expectación

de las cosas que han de venir sobre la tierra. Usted no sabe cuán pequeño es el espacio que lo separa de la eternidad. No sabe cuán pronto podría cerrarse su tiempo de prueba.

¡Alístese, hermano, para cuando el Señor demande sus talentos, tanto el capital como el interés! Ganar almas debiera constituir la obra de la vida de todo aquel que profesa seguir a Cristo. Somos deudores ante el mundo por la gracia que Dios nos ha dado, por la luz que ha brillado sobre nosotros, y por la belleza y el poder que hemos descubierto en la verdad. Puede dedicar su existencia entera a acumular tesoros en este mundo. Pero, ¿de qué le servirán cuando su vida aquí llegue a su fin, o cuando Cristo aparezca? No podrá llevar consigo ni un centavo. Y tan alto como lo hayan exaltado aquí sus honores y riquezas mundanales con descuido de su vida espiritual, así de profundo se hundirá en su valor moral delante del gran tribunal del juicio de Dios.

¿Cómo sería distribuida esta riqueza por la cual usted ha cambiado su alma, si usted fuese llamado de pronto a terminar su tiempo de prueba, y si su voz ya no la controlase? "¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?" (Mat. 16:2, 6). Sus medios no tienen mayor valor que la arena, excepto si los usa para proveer para las necesidades cotidianas de la vida y para bendecir a otros y hacer avanzar la causa de Dios. Dios (57) le ha dado testimonios de amonestación y de ánimo, pero usted les ha vuelto la espalda, ha dudado de los Testimonios. Cuando vuelva y reúna los rayos de luz, y tome la posición que los Testimonios son de Dios, entonces se afirmará en su creencia y ya no vacilará en medio de la oscuridad y la debilidad.

Usted puede ser una bendición para la Iglesia de -----. Aun ahora puede ser un pilar si se acerca a la luz y camina en ella. Dios lo llama nuevamente. Procura alcanzarlo, aun estando revestido de egoísmo como está, y cubierto con los cuidados de esta vida. Lo invita a retirar sus afectos del mundo y colocarlos en las cosas celestiales. Con el fin de conocer la voluntad, usted debe estudiarla, en vez de seguir sus inclinaciones y el cauce natural de su propia mente. "¿Qué quieres que haga?" debería ser la ansiosa y empeñosa pregunta de su corazón.

El peso de la ira de Dios recaerá sobre los que hayan malgastado su tiempo y servido a Mamón en vez de a su Creador. Si usted vive para Dios y para el cielo, señalando el camino de la vida a otros, avanzará y escalará gozos más elevados y más santos. Será recompensado con la frase: "Bien, buen siervo y fiel entra en el gozo de tu Señor" (Mat. 25:21). El gozo de Cristo consistía en ver almas redimidas y salvas en su glorioso reino. "El cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios" (Heb. 12:2).

El lograr los tesoros de este mundo, y usarlos como lo ha hecho, para separar sus afectos de Dios, resultará para usted al fin una terrible maldición. No se toma tiempo para leer, para meditar o para orar; y no ha tomado tiempo para instruir a sus hijos, manteniendo delante de ellos su más elevado interés. Dios ama a sus hijos; pero ellos han recibido muy poco estímulo para vivir una vida religiosa. Si destruye la fe de ellos en los Testimonios, ya no podrá alcanzarlos. Conviene que las mentes de los pobres y falibles mortales sean disciplinadas y educadas en las cosas espirituales. Cuando la enseñanza se refiere exclusivamente al mundo, y a la manera de tener éxito en la adquisición de propiedades, ¿cómo puede lograrse el crecimiento espiritual? Es completamente imposible. Usted, hermano, y su familia, podrían haber crecido hasta alcanzar la estatura perfecta de hombres y mujeres en Cristo Jesús, (58) si hubieran sentido la mitad del interés por perfeccionar el carácter cristiano y servir al Señor, que han tenido para servir al mundo.

Dios no se alegra de que sus siervos se mantengan ignorantes de su divina voluntad, novicios en comprensión espiritual pero sabios en el conocimiento y la sabiduría del mundo. Su interés terrenal no puede compararse con su bienestar eterno. Dios le tiene una obra más alta que la de adquirir propiedades. Usted necesita que se cumpla en favor suyo una obra profunda y completa. Toda su familia la necesita, y ojala que Dios los ayude a todos a lograr la perfección del carácter cristiano. Sus hijos pueden y deben ser una bendición para la juventud de su comunidad. Por su ejemplo, por su conversación y sus actos, pueden glorificar a su Padre celestial y adornar la causa de la religión. (59)

LA VERDADERA BENEVOLENCIA.-

Queridos hermano y hermana F: Procuraré escribir ahora lo que se me ha presentado sobre ustedes; porque considero que es tiempo de que los miembros de esta iglesia coloquen en orden sus corazones y hagan obra diligente para la eternidad. Ambos aman la verdad y desean obedecerla; pero les falta experiencia. Se me mostró que ustedes serían colocados en circunstancias en las cuales serían probados, y que se revelarían rasgos de carácter que ustedes no se dan cuenta que poseen.

Muchos que nunca han sido puestos a prueba, parecen ser excelentes cristianos; sus vidas parecen perfectas, pero Dios ve rasgos de carácter que deben ser revelados para que los puedan percibir y corregir. Simeón profetizó bajo la inspiración del Espíritu Santo, y le dijo a María refiriéndose a Jesús: "He aquí, éste está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha (y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones" (Luc. 2:34-35). En la providencia de Dios, somos colocados en diferentes ocupaciones para ejercitar cualidades de la mente calculadas para desarrollar nuestro carácter bajo muchas circunstancias. "Cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos" (Sant. 2:10). Los profesos cristianos de Dios pueden vivir vidas correctas en lo que se refiere a las apariencias externas; pero cuando un cambio de circunstancias los coloca en situaciones enteramente diferentes, aparecen rasgos de carácter fuertes, los cuales se mantendrían escondidos si hubiesen continuado en el mismo ambiente.

Se me mostró que ustedes tienen rasgos egoístas contra los cuales necesitan mantener estricta vigilancia. Estarán en peligro de considerar su prosperidad y su conveniencia, sin preocuparse de la prosperidad de otros. No poseen un espíritu de abnegación que se parezca al gran Ejemplo. Es necesario que cultiven la benevolencia lo cual los colocará en mayor armonía con el espíritu de Cristo en su benevolencia desinteresada. Definitivamente necesitan más compasión humana.

Esta es una cualidad de nuestras naturalezas que Dios nos ha concedido para hacernos amables y bondadosos con los que se (60) ponen en contacto con nosotros. La encontramos en hombres y mujeres cuyos corazones no están en armonía con Cristo, y es verdaderamente triste cuando a sus profesos seguidores les falta esta gran característica del cristianismo. No copian el Modelo, y es imposible que reflejen la imagen de Jesús en sus vidas y comportamiento.

Cuando la compasión humana se mezcla con el amor y la benevolencia, y el espíritu de Jesús la santifica, es un elemento que puede producir mucho bien. Los que cultivan la benevolencia no sólo están haciendo una buena obra para otros, y bendiciendo a los que reciben su buena acción, sino que también se están beneficiando a sí mismos, al abrir sus corazones a la benigna influencia de la verdadera benevolencia. Cada rayo de luz que brilla sobre otros, será reflejado sobre nuestros propios corazones. Cada palabra bondadosa y llena de compasión que se dirija a los dolientes, cada acción que tienda a producir alivio a los oprimidos, y cada don que supla las necesidades de nuestros prójimos, dado y realizado para la gloria de Dios, resultará en bendiciones para el dador. Los que trabajan de esta manera están obedeciendo una ley del cielo, y recibirán la aprobación de Dios. El placer que se siente al hacer bien a otros, imparte un resplandor a los sentimientos que se irradia por los nervios, estimula la circulación de la sangre e induce salud mental y física.

Jesús conocía la influencia que tiene la benevolencia sobre el corazón y la vida del benefactor, y procuró impresionar sobre la mente de sus discípulos los beneficios que se derivarían del ejercicio de esta virtud. Dijo él: "Más bienaventurada cosa es dar que recibir" (Hechos 20:35). Ilustra el espíritu de gozosa benevolencia que debiera ejercerse hacia amigos, vecinos y extraños, por medio de la parábola del hombre que viajando de Jerusalén a Jericó cayó en manos de ladrones, "los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto" (Luc. 10:30). A pesar de la exaltada profesión de piedad que hacían el sacerdote y el levita, sus corazones no se conmovieron por tierna compasión hacia el sufriente. Un samaritano que no tenía tan elevadas pretensiones de ser justo, pasó por allí y cuando

vio la necesidad del extraño, no se limitó a contemplarlo con ociosa curiosidad, sino que vio en él a un ser (61) humano en desgracia, y fue movido a compasión inmediatamente, "acercándose vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él". Al día siguiente, lo dejó a cargo del posadero, con la seguridad de que él pagaría todos los gastos a su regreso. Cristo pregunta: "¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Él dijo: 'El que usó de misericordia con él'. Entonces Jesús le dijo: Te, y haz tú lo mismo- (Luc. 10:34-37).

Aquí Jesús deseaba enseñar a sus discípulos las obligaciones morales que tenemos en el trato con nuestros semejantes. Cualquiera que descuida la aplicación de los principios ilustrados por esta lección, no es un guardador de los Mandamientos. Más bien, como el levita, quebranta la Ley de Dios, la cual pretende reverenciar. Hay algunos que, como el samaritano, no pretenden poseer una piedad exaltada y, sin embargo, tienen un alto sentido de sus obligaciones para con sus prójimos, y tienen mucha más caridad y bondad que algunos que profesan gran amor hacia Dios, pero que fallan en realizar buenas obras hacia sus criaturas.

Los que verdaderamente aman a su prójimo como a sí mismos son los que se dan cuenta de sus responsabilidades y los derechos que la sufriente humanidad tiene sobre ellos, y cumplen los principios de la Ley de Dios en sus vidas diarias. "Y he aquí un intér7 7cte de la ley se levantó y dijo, para probarle: 'Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?' Él le dijo: '¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?' Aquel respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo'. Y le dijo: 'Bien has respondido; haz esto y vivirás' (Luc. 10:25-28). Aquí, Cristo le muestra a ese experto en asuntos legales, que amar a Dios con todo el corazón y a nuestro prójimo como a nosotros mismos es el verdadero fruto de la piedad. "Haz esto", dijo él – no 'cree' sino 'haz'- "y vivirás". Lo que hace a un cristiano no es únicamente profesar una creencia en los mandatos obligatorios de la ley de Dios, sino el cumplimiento de dicha ley.

En la parábola, Cristo exalta al samaritano por encima del sacerdote y del levita, los cuales evidenciaban gran preocupación por cumplir la letra de los Diez Mandamientos. El samaritano obedeció (62) el espíritu de esos Mandamientos, mientras que los otros se contentaron con profesar una exaltada fe en ellos; ¿pero qué es la fe sin obras? Cuando los proponentes de la Ley de Dios plantan sus pies firmemente sobre sus principios, mostrando que no sólo son leales de nombre sino leales de corazón, cumpliendo en sus vidas diarias el espíritu de los Mandamientos de Dios y ejerciendo verdadera benevolencia para con el hombre, entonces ellos tendrán el poder moral que podrá mover el mundo. Es imposible que los que profesan obediencia a la Ley de Dios representen correctamente los principios de ese sagrado Decálogo, si desprecian sus santos mandatos de amar a su prójimo como a sí mismo.

El sermón más elocuente que pueda predicarse acerca de la ley de los Diez Mandamientos es cumplirlos. La obediencia debiera convertirse en un deber personal. El descuido de este deber constituye un pecado evidente. Dios nos coloca bajo la obligación, de no sólo obtener nosotros el cielo sino también de sentir que es un deber ineludible mostrar a otros el camino, y a través de nuestro cuidado y amor desinteresado, atraer hacia Cristo a los que se colocan dentro de la esfera de nuestra influencia. La singular ausencia de principios que caracterizan las vidas de muchos profesos cristianos es alarmante. Su descuido de la Ley de Dios desanima a los que reconocen sus sagrados derechos, y tiende a desviar de la verdad a muchos que de otro modo la aceptarían.

Con el fin de obtener un conocimiento apropiado de nosotros mismos, es necesario mirar en el espejo, y al descubrir allí nuestros propios defectos, hacer uso de la sangre de Cristo, la fuente que se abrió para limpiar el pecado y la impureza en la cual podemos lavar los ropajes de nuestro carácter y quitar las manchas del pecado. Pero muchos se niegan a ver sus errores y corregirlos; no desean lograr un verdadero conocimiento de sí mismos.

Si deseamos alcanzar altos logros en excelencia moral y espiritual, debemos vivir con ese objetivo. Estamos bajo una obligación personal frente a la sociedad de hacer esto, con el fin de ejercer continuamente influencia en favor de la Ley de Dios. Debiéramos dejar que nuestra luz brillase de modo que todos pudieran ver que el sagrado Evangelio está influyendo sobre nuestros corazones y nuestras vidas, que caminamos en obediencia a sus mandamientos (63) y no violamos ninguno de sus principios. En gran medida, el mundo tiene derecho a pedirnos cuenta por las almas de los que nos rodean. Nuestras palabras y acciones constantemente testifican en favor o en contra de Cristo y de esa ley, la cual él vino a este mundo para vindicar. Permitamos que el mundo vea que no nos hallamos egoístamente limitados en la prosecución de nuestros intereses exclusivos y goces religiosos, sino que somos generosos y deseamos que los demás compartan nuestras bendiciones y privilegios a través de la santificación de la verdad. Permitámosles ver que la religión que profesamos no cierra ni congela las avenidas del alma, haciéndonos incomprensivos y exigentes. Todos .os que profesan haber encontrado a Cristo, ministren como él lo hizo para beneficio del hombre, atesorando un espíritu de sabia benevolencia. Entonces veremos a muchas almas seguir la luz que brilla de nuestros preceptos y nuestro ejemplo.

Todos debiéramos cultivar una disposición amigable, y someternos al control de la conciencia. El espíritu de la verdad hace que los que la reciben en sus corazones se conviertan en mejores hombres y mujeres. Obra como la levadura hasta que todo el ser se coloca en conformidad con sus principios. Abre el corazón que ha sido congelado por la avaricia; abre la mano que hasta entonces había estado cerrada ante los sufrimientos humanos; la caridad y la bondad se manifiestan como sus frutos.

Dios requiere que todos nosotros seamos obreros abnegados. Cada parte de la verdad tiene una aplicación práctica en nuestras vidas diarias. Benditos son los que oyen la palabra del Señor y la guardan. *Oírla* no es suficiente; debemos *actuar*, debemos *hacer*. Es en la práctica de los mandamientos que se encuentran grandes recompensas. Los que demuestran en forma práctica su benevolencia por su solidaridad y actos de compasión con los pobres, los sufrientes y los infortunados, no sólo alivian a los sufrientes, sino que contribuyen en gran medida a su propia felicidad, y están en camino de obtener salud de alma y cuerpo. Isaías ha descrito con plena claridad la obra que Dios aceptará y que al hacerla, su pueblo recibirá bendición: "¿No es más bien el ayuno que yo escogí desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No (64) es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano? Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto; e irá tu justicia delante de ti, y la gloría de Jehová será tu retaguardia. Entonces invocarás, y te oirá Jehová; clamarás y dirá él: 'Heme aquí'. Si quitares de en medio de ti el yugo, el dedo amenazador, y el hablar vanidad; y si dieres tu pan al hambriento, y saciares al alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía. Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas que nunca faltan".

La relación que existe entre la mente y el cuerpo es muy estrecha. Cuando uno es afectado, el otro responde. La condición de la mente tiene mucho que ver con la salud del sistema físico. Sí la mente está libre y feliz, bajo la conciencia de haber hecho bien, y de un sentido de satisfacción en causar felicidad a otros, creará una alegría que reaccionará sobre todo el sistema, causando circulación más libre de la sangre y vigorizando todo el cuerpo. La bendición de Dios es un agente de salud, y los que benefician a otros en abundancia, obtendrán esa maravillosa bendición en sus propios corazones y vidas.

Si sus pensamientos, estimados hermano y hermana, se dirigieran más hacia el cuidado de otros, sus propias almas recibirían mayores bendiciones. Ustedes apenas tienen compasión humana. No enfocan sus sentimientos sobre las necesidades de otros. Se mantienen demasiado rígidos y carentes de ternura. Se han convertido en personas severas, exigentes y dominadoras. Están en peligro de convertirse en

conciencia para otros. Tienen sus propias ideas de los deberes cristianos y de lo que es correcto y desean medir a otros por esas ideas; esto es sobrepasar los límites de lo correcto. Otras personas tienen opiniones y marcados rasgos de carácter que no pueden ser asimilados a los puntos de vista peculiares de ustedes, que tienen defectos y faltas, tal como sus hermanos y hermanas, y vale la pena recordar esto cuando surge una diferencia. El mal proceder de ustedes es tan penoso para ellos como el de ellos es para ustedes, y ustedes debieran ser tan indulgentes (65) con ellos como desean que ellos sean con ustedes, ambos necesitan más amor y compasión por otros, un amor y compasión como la ternura de Jesús. Será necesario que en su propia casa ejerzan la bondad, hablando con suavidad a su hijo, tratándolo con afecto, y absteniéndose de amonestarlo por cada pequeño error, no sea que se endurezca por la crítica continua.

Deberían cultivar la caridad y paciencia de Cristo. Al actuar con un espíritu de vigilancia y sospecha con respecto a los motivos y la conducta de los demás, ustedes con frecuencia anulan el bien que habían hecho. Ustedes están acariciando un sentimiento cuya influencia es desalentadora, que repele, que no atrae ni gana. Deben estar dispuestos a transformarse en personas flexibles y comprensivas en su disposición, tal como desean que otros sean. El amor egoísta por sus propias opiniones y formas de actuar, destruirá en gran medida, su capacidad de hacer el bien que están deseosos de realizar.

Hermana F, usted tiene un deseo demasiado grande de gobernar. Es muy sensible; si se resiste su voluntad, se siente muy herida; su yo se levanta en armas, porque no tiene un espíritu humilde y dispuesto a ser enseñado. Necesita vigilar con todo cuidado este punto; en resumen, necesita experimentar una conversión completa antes que su influencia pueda ser lo que debiera ser. El espíritu que manifiesta la hará miserable si continúa acariciándolo. Verá las equivocaciones de los demás, y se sentirá tan ansiosa de corregirlas, que dejará de percibir sus propias faltas, y pasará muchos trabajos para quitar la mota del ojo de su hermano mientras que hay una viga que obstruye su propia visión. Dios no quiere que haga de su conciencia un criterio para otros. Usted tiene un deber que realizar, el cual consiste en transformarse en una persona alegre, y cultivar la abnegación en sus sentimientos, hasta que su mayor placer consista en hacer felices todos los que la rodean.

Tanto usted como su esposo necesitan suavizar sus corazones y ser imbuidos con el espíritu de Cristo, para que así, mientras -ven en una atmósfera de alegría y benevolencia, puedan ayudar a que quienes los rodean estén también sanos y felices. Han imaginado que la alegría no estaba de acuerdo con la religión de Cristo. (66)

Éste es un error. Podemos mantener verdadera dignidad cristiana y al mismo tiempo ser alegres y placenteros en nuestro comportamiento. La alegría sin liviandad es una de las gracias cristianas. Debieran cuidarse de no adoptar conceptos estrechos acerca de la religión, para no limitar su influencia ni convertirse en siervos infieles de Dios.

Eliminen las reprimendas y las censuras. Ustedes no están preparados para reprobar. Sus palabras sólo consiguen herir y entristecer; no curan ni reforman. Debieran vencer el hábito de fijarse en las cosas pequeñas que consideran ser errores. Sean amplios, sean generosos y caritativos en su juicio de la gente y las cosas. Abran sus corazones a la luz. Recuerden que el deber tiene un hermano gemelo, que es el amor; cuando estos se unen, pueden lograr casi cualquier cosa; pero si están separados, ninguno es capaz de hacer el bien.

Está bien que aprecien la integridad y sean fieles a su sentido de lo que es correcto. Se espera que escojan siempre el sendero recto del deber. El amor a las propiedades, el amor a los placeres y a las amistades, nunca debiera influir sobre ustedes al punto de hacerlos sacrificar ni un principio correcto. Debieran ser firmes en seguir los dictados de una conciencia iluminada, y sus convicciones acerca del deber; pero deben guardarse contra el fanatismo y el prejuicio. No cultiven un espíritu farisaico.

Ahora mismo están sembrando semilla en el gran campo de la vida, y lo que ahora siembran, un día segarán. Cada pensamiento de su mente, cada emoción de su alma, cada palabra de su lengua, cada acto que realizan, es semilla que dará fruto para bien o para mal. El tiempo de la cosecha no está muy

lejano. Todas nuestras obras están pasando revista delante de Dios. Todas nuestras acciones y los motivos que las impulsaron deben abrirse a la inspección de los ángeles y de Dios.

En cuanto sea posible, anden en armonía con sus hermanos y hermanas. Entréguense a Dios y cesen de manifestar severidad y disposición a censurar. Renuncien a su propio espíritu y reciban en su lugar el espíritu del amado Salvador. Extiendan las manos y aférrense a la suya, para que su contacto los electrice y los cargue con las dulces características de su propio carácter incomparable. (67)

Pueden abrir su corazón a su amor y dejar que su poder los transforme y su gracia sea su fuerza. Entonces ejercerán una poderosa influencia para el bien. Su fortaleza moral estará a la altura de la más minuciosa prueba de su carácter. Su integridad será pura y santificada. Entonces su luz resplandecerá como la mañana.

Ambos necesitan desarrollar mayor armonía con otras mentes. Cristo es nuestro ejemplo; él se identificó a sí mismo con la humanidad sufriente; consideró como propias las necesidades de otros. Cuando sus hermanos sufrían él sufría con ellos. Cualquier desprecio o descuido que se haga a sus discípulos, es lo mismo que sí se le hiciera a Cristo. Así, él dice: "Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber" (Mat. 25:42).

Queridos hermano y hermana, procuren obtener caracteres más armoniosos. La ausencia de una sola cualidad esencial, puede hacer que el resto se vuelva casi completamente ineficiente. Los principios que profesan deberían ser aplicados a cada pensamiento, palabra y acción. Crucifiquen el yo y subordinen su ser entero al Señor.

La iglesia es muy deficiente en amor y humanidad. Algunos mantienen una frígida reserva, una dignidad de hierro, que repele a los que se hallan bajo su influencia. Este espíritu es contagioso; crea una atmósfera que marchita los buenos impulsos y las buenas resoluciones; ahoga la corriente natural de la simpatía humana, la cordialidad y el amor; y bajo su influencia, la gente se siente reprimida, y sus atributos sociales y generosos se destruyen por falta de ejercicio. No sólo se ve afectada la salud espiritual, sino que también la salud física sufre por esta depresión antinatural. La oscuridad y el frío de esta atmósfera antisocial se refleja sobre el rostro. La faz de los que son benevolentes y compasivos brillará con el lustre de la verdadera bondad, mientras que los que no atesoran pensamientos bondadosos y motivos abnegados, expresan en sus rostros los sentimientos acariciados en sus corazones.

Hermana F, los sentimientos que abriga hacia su hermana no son exactamente como Dios quisiera que fuesen. Ella necesitaba afecto fraternal de parte de usted, y menos imposiciones y críticas. Su conducta con ella ha causado depresión de espíritu y ansiedad mental y le han dañado su salud. Tenga cuidado de no oprimir y (68) desanimar a su propia hermana. Usted no puede soportar nada de ella; se resiente con cualquier cosa que ella diga y tenga la apariencia de contradecirla.

Su hermana tiene un carácter muy fuerte y deberá hacer muchos esfuerzos por moderarlo. Sea más flexible, pero no espere que su influencia sobre ella sea beneficiosa si se muestra tan exigente y falta de amor y compasión hacia alguien que mantiene con usted la estrecha relación de una hermana y a quien también une la fe. Ambas se han equivocado. Ambas dieron ocasión al enemigo, el egoísmo tiene mucho que ver con sus acciones y sentimientos mutuos.

Hermana F, tiene la tendencia de dominar a su esposo, a su hermana y a todos los que la rodean. Su hermana ha sufrido mucho por su causa. Si hubiera confiado en Dios y se hubiera rendido a su influencia, su hermana le habría podido presentar su mente. Pero Dios está insatisfecho con la persecución que ha desatado contra su hermana. Es antinatural y completamente errónea. Su hermana es tan inflexible como usted. Cuando dos caracteres fuertes entran en conflicto ambos salen perjudicados. Es necesario que ambas se conviertan de nuevo y sean transformadas a la imagen divina. Es mejor que nos equivoquemos, si es que nos equivocamos, por exceso de compasión y tolerancia que por exceso de rigidez.

La flexibilidad en las medidas, las respuestas amables y las palabras cariñosas son mejores para reformar y salvar que la severidad y la rudeza. El más pequeño exceso de brusquedad puede alejar a las personas, mientras que una actitud conciliadora sería el mejor medio de acercarlas para que pueda ponerlas en el buen camino. Debería estar movida por un espíritu de perdón y dar el crédito debido a los buenos propósitos y acciones de aquellos que la rodean. Diga palabras de elogio a su esposo, a su hijo, a su hermana y a todas las personas con quien se relacione. La censura continua marchita y oscurece la vida de cualquiera.

No desapruebe la religión de Cristo con los celos y la intolerancia hacia los demás. Lo único que conseguirá es que la tengan en poca estima. Nunca la censura y el reproche han rescatado a nadie de una posición errónea, sino han alejado a muchos de la verdad y han endurecido sus corazones contra el convencimiento. Un espíritu (69) tierno, un comportamiento agradable y amable, pueden salvar a los perdidos y ocultar una multitud de pecados. Dios necesita que tengamos ese amor que "es sufrido, es benigno" (1 Cor. 13:4).

La religión de Cristo no nos exige que abandonemos nuestro carácter o nuestra identidad, sino que nos adaptemos, en la medida de lo posible, a los sentimientos y las maneras de los demás. Muchas personas serán traídas a la unidad de la fe aunque sus opiniones, sus hábitos y sus gustos en cuestiones temporales no estén en armonía; pero si el amor de Cristo brilla en su pecho y buscan su hogar en el mismo cielo, podrán llegara tener la comunión más dulce y la unidad más maravillosa. No hay dos que tengan una experiencia parecida en cada aspecto de su vida. Las pruebas de una no son las pruebas de otra. Debemos tener los corazones abiertos a la compasión amable y radiantes con el amor que Jesús sintió por sus semejantes.

Domine su predisposición a ser rígida con su hijo, su presencia se vuelve desagradable para él y sus consejos odiosos a causa de sus reproches demasiado frecuentes. Manténgalo unido a su corazón, no con indulgencia insensata, sino con los suaves lazos del amor. Se puede ser firme y amable a la vez. Permita que Cristo sea su ayuda. El amor será el medio por el cual podrá acercar otros corazones al suyo y su influencia podrá ponerlos en el buen -amino.

La he advertido contra el espíritu de censura y vuelvo a prevenirla contra esa falta. A veces Cristo reprobó con severidad; en algunos casos puede ser necesario que nosotros también reprendamos severamente. Pero recordemos que aunque Cristo conocía con exactitud la condición de aquellos a quienes reprendía, sabía aplicar la dureza justa y necesaria que podrían soportar y qué se precisaba para corregir su error, también sabía apiadarse de los extraviados, consolar a los desdichados y alentar a los débiles. Sabía cómo alejar las almas del desaliento e inspirarles esperanza porque conocía los motivos exactos y las pruebas peculiares de cada mente. No podía cometer errores.

Pero nosotros podemos juzgar mal los motivos, las apariencias pueden engañarnos, podemos pensar que actuamos correctamente al reprobar el error y, en consecuencia, podemos ir demasiado (70) lejos, censurar con demasiada severidad y herir cuando queríamos sanar. También podemos compadecernos insensatamente y, en nuestra ignorancia, debilitar una reprobación merecida y a tiempo. Nuestro juicio puede estar equivocado, pero Jesús era demasiado sabio para errar. Reprobaba con piedad y amaba con amor divino a aquellos a quienes reprendía.

El Señor nos pide que nos sometamos a su voluntad, que permitamos que su Espíritu nos imbuya y su servicio nos santifique. Apartemos el egoísmo y venzamos todos y cada uno de los defectos de nuestro carácter como Cristo los venció. Para cumplir su tarea debemos morir diariamente al yo. Pablo dijo: "Cada día muero" (1 Cor. 15:31). Cada día se convertía de nuevo y avanzaba un paso más hacia el cielo. La única vía que Dios aprueba es que ganemos victorias en la vida divina. El Señor es misericordioso, tierno y rebosa de piedad. Sabe nuestras necesidades y debilidades y nos ayudará en nuestra enfermedad. Basta que confiemos en él y creamos que nos bendecirá y hará grandes cosas por nosotros. (71)

COLABORADORES DE CRISTO.-

El tiempo transcurrido durante el congreso de 1874 y después del mismo fue muy importante para Si hubiese habido allí una casa de culto cómoda y placentera, se habrían decidido por la verdad dos veces más personas de las que fueron realmente ganadas. Dios trabaja con nuestros esfuerzos. Podemos cerrar el camino para los pecadores mediante nuestra negligencia y egoísmo. Debiera haberse manifestado gran diligencia en tratar de salvar a aquellos que están todavía en el error, aunque interesados en la verdad.

En el servicio de Cristo se necesita un comando tan sabio como el que se requiere para los batallones de un ejército que protege la vida y la libertad del pueblo. No todos pueden trabajar juiciosamente para la salvación de las almas. Es necesario pensar detenidamente. No debemos entrar al azar en la obra del Señor y- esperar éxito. El Señor necesita hombres de intelecto, hombres de reflexión. Jesús pide colaboradores, no personas que siempre cometan errores. Dios necesita hombres inteligentes, que piensen correctamente, a fin de hacer la gran obra necesaria para la salvación de las almas.

Los mecánicos, los abogados, los negociantes, los hombres de todos los oficios y profesiones, se educan a fin de llegar a dominar Su ramo. ¿Deben los que siguen a Cristo ser menos inteligentes y, mientras profesan dedicarse a su servicio, ignorar los medios y recursos que han de emplearse? La empresa de ganar la vida eterna es superior a toda consideración terrenal. A fin de conducir a las Simas a Cristo, se conocerá la naturaleza humana y se estudia--a la mente humana. Esto requiere mucha reflexión cuidadosa y ferviente oración para saber cómo acercarse a los hombres y las mujeres a fin de presentarles el gran tema de la verdad.

Algunas personas impulsivas, aunque sinceras, después que se ha dado un discurso categórico, suelen acercarse de una manera muy abrupta a los que no creen como nosotros y les hacen repelente la verdad que deseamos verlos recibir. "Los hijos de este siglo son en su generación más sagaces que los hijos de luz" (Luc. 16:8). Los negociantes y los políticos estudian la cortesía. Es su costumbre hacerse tan atrayentes como les sea posible. Procuran que sus (72) discursos y modales ejerzan la mayor influencia sobre la mente de cuantos los rodeen. Emplean su conocimiento y capacidad tan hábilmente como les resulta posible a fin de alcanzar su objeto.

Los que profesan creer en Cristo sacan a relucir gran cantidad de escoria que obstruye el camino de la cruz. No obstante, a pesar de esto, hay personas tan profundamente convencidas que pasarán por todo desaliento y salvarán cualquier obstáculo a fin de alcanzar la verdad. Pero si los que profesan creer en la verdad hubiesen purificado sus mentes obedeciéndola, si hubiesen sentido la importancia del conocimiento y del refinamiento de los modales en la obra de Cristo, donde se ha salvado un alma podrían haberse salvado veinte.

Además, después que las personas se han convertido a la verdad, es necesario cuidarlas. El celo de muchos ministros parece cesar tan pronto como cierta medida de éxito acompaña sus esfuerzos. No se dan cuenta de que muchos recién convertidos necesitan cuidados, atención vigilante, ayuda y estímulo. No se los debe dejar solos, a merced de las más poderosas tentaciones de Satanás; necesitan ser educados con respecto a sus deberes; hay que tratarlos bondadosamente, conducirlos, visitarlos y orar con ellos. Estas almas necesitan el alimento asignado a cada uno a su debido tiempo.

No es extraño que algunos se desanimen, se demoren en el camino y sean devorados por los lobos. Satanás persigue a todos. Envía a sus agentes para reintegrara sus filas a las almas que perdió. Debe haber más padres y madres que reciban en su corazón a estos niños en la verdad, y los estimulen y oren por ellos, para que su fe no se confunda.

La predicación es una pequeña parte de la obra que ha de ser hecha por la salvación de las almas. El Espíritu de Dios convence a los pecadores de la verdad, y los pone en los brazos de la iglesia. Los predicadores pueden hacer su parte, pero no pueden nunca realizar la obra que la iglesia debe hacer. Dios requiere que su iglesia cuide de aquellos que son jóvenes en la fe y experiencia, que vaya a ellos,

no con el propósito de chismear con ellos, sino para orar, para hablarles palabras que sean "como manzanas de oro en canastillos de plata" (Prov. 25:11). (73)

Todos necesitamos estudiar el carácter y los modales para saber tratar cuidadosamente con los diferentes intelectos, para poder emplear nuestros mejores esfuerzos en ayudarles a comprender correctamente la Palabra de Dios, y a vivir una verdadera vida cristiana. Debemos leer la Biblia con ellos, y desviar su mente de las cosas temporales y dirigirla a sus intereses eternos. Es el deber de los hijos de Dios ser sus misioneros, y llegar a relacionarse con aquellos que necesitan ayuda. Si uno está tambaleando bajo la tentación, su caso debe ser considerado cuidadosamente y tratado sabiamente; porque su interés eterno está en juego y las palabras y los hechos de aquellos que trabajan por él pueden ser un sabor de vida para vida o de muerte para muerte.

A veces se presenta algún caso que debe estudiarse con oración. Se le debe mostrar a la persona su verdadero carácter, debe comprender sus propias peculiaridades de disposición y temperamento, y ver sus flaquezas. Debe tratársela con juicio. Si se la puede alcanzar, si se puede conmover su corazón por este trabajo prudente y paciente, esta persona podrá ser ligada con fuertes vínculos a Cristo e inducida a confiar en Dios. ¡Oh, cuando se hace una obra como ésta, todo el cielo la mira y se regocija en ella; porque un alma preciosa ha sido rescatada de las trampas de Satanás y salvada de la muerte! ¡Oh! ¿No valdrá la pena trabajar inteligentemente por la salvación de las almas? Cristo pagó el precio de su propia vida por ellas, y preguntarán los que le siguen: "¿Soy yo guarda de mi hermano?" (Gén. 4:9). ¿No trabajarán al unísono con el Maestro? ¿No apreciaremos el valor de las almas por las cuales nuestro Salvador murió?

Se han hecho algunos esfuerzos para interesar a los niños en la causa; pero no han sido suficientes. Conviene que nuestras escuelas sabáticas se hagan más interesantes. Las escuelas públicas han mejorado mucho sus métodos de enseñanza en los últimos años. Se emplean lecciones objetivas, cuadros y pizarrones, para que las lecciones difíciles sean claras para las mentes juveniles. Así también se puede simplificar la verdad presente y hacerla intensamente interesante para los intelectos activos de los niños.

Ciertos padres, a quienes no se puede alcanzar de otra manera, con frecuencia son alcanzados por medio de sus hijos. Los maestros (74) de la escuela sabática pueden instruir a los niños en la verdad, y ellos, a su vez, la llevarán al círculo de la familia. Pero pocos maestros parecen comprender la importancia de este ramo de la obra. Los métodos de enseñanza que se han adoptado con tanto éxito en las escuelas públicas pueden ser empleados con resultados similares en las escuelas sabáticas, y ser el medio de atraer a los niños a Jesús y de educarlos en la verdad bíblica. Esto hará mucho más bien que la excitación religiosa de un carácter emotivo que se desvanece tan rápidamente como se produce.

Albérguese el amor de Cristo. Se necesita más fe en la obra que creemos ha de ser hecha antes de la venida de Cristo. Trabájese con más abnegación y sacrificio en la debida dirección. Debe estudiarse con más reflexión y oración para saber cómo trabajar más ventajosamente. Deben madurarse planes cuidadosos. Hay entre nosotros intelectos que pueden idear y ejecutar planes si se les da la oportunidad. Y los esfuerzos bien dirigidos e inteligentes serán seguidos por grandes resultados.

Las reuniones de oración deben ser los cultos más interesantes que se tengan; pero con frecuencia son mal dirigidas. Muchos asisten a la predicación, pero descuidan la reunión de oración. También en este punto se requiere reflexión. Se debe pedir sabiduría a Dios, y se deben hacer planes para dirigir las reuniones de manera que sean interesantes y atrayentes. La gente tiene hambre del pan de vida. Si lo encuentra en la reunión de oración, irá para recibirlo.

Las oraciones y los discursos largos y prosaicos no cuadran en ningún lugar, y mucho menos en la reunión de testimonios. Se permite que los más osados y los que están siempre listos para hablar impidan a los tímidos y retraídos que den su testimonio. Los más superficiales son generalmente los que tienen más que decir. Sus oraciones son largas y mecánicas. Cansan a los ángeles y a la gente que los escucha. Las oraciones deben ser cortas y directas. Déjense las largas y fatigantes peticiones para la

cámara privada, si alguno las tiene que ofrecer. Dejemos al Espíritu de Dios entrar en nuestro corazón, y él apartará toda árida formalidad.

La música puede ser un gran poder para el bien; y sin embargo no sacamos el mayor provecho de este ramo del culto. Se canta (75) generalmente por impulso o para hacer frente a casos especiales. En otras ocasiones, a los que cantan se les deja cometer errores y equivocaciones, y la música pierde el efecto que debe tener sobre la mente de los presentes. La música debe tener belleza, majestad y poder. Elévense las voces en cantos de alabanza y devoción. Si es posible, recurramos a la música instrumental, y ascienda a Dios la gloriosa armonía como ofrenda aceptable.

Pero es a veces más difícil disciplinar a los cantores y mantenerlos en orden que mejorar las costumbres de la gente en cuanto a orar y exhortar. Muchos quieren hacer las cosas según su propio estilo; se oponen a las consultas y se impacientan bajo la dirección. En el servicio de Dios se necesitan planes bien madurados. El sentido común es algo excelente en el culto del Señor. Las facultades del pensar deben ser consagradas a Cristo y deben idearse medios y recursos para servirle mejor. La iglesia de Dios que procura hacer bien, viviendo la verdad y tratando de salvar almas, puede ser un poder en el mundo si es disciplinada por el Espíritu del Señor. Sus miembros no deben pensar que pueden trabajar para la eternidad con negligencia.

Como pueblo, perdemos mucho por falta de cortesía y sociabilidad unos con otros. El que habla de independencia y se encierra en sí mismo no está ocupando el puesto que Dios le destinó. Somos hijos de Dios y dependemos mutuamente unos de otros para nuestra felicidad. Sobre nosotros pesan los derechos de Dios y de la humanidad. Debemos desempeñar todos nuestra parte en esta vida. El debido cultivo de los elementos sociales de nuestra naturaleza es lo que nos hace simpatizar con nuestros hermanos y nos proporciona felicidad en nuestros esfuerzos por beneficiar a otros. La felicidad del cielo consistirá en la comunión pura de los seres santos, la armoniosa vida social con los ángeles bienaventurados y con los redimidos que hayan lavado y emblanquecido sus vestiduras en la sangre del Cordero. No podemos ser felices mientras estamos engolfados en nuestros propios intereses. Debemos vivir en este mundo para ganar almas para el Salvador. Si perjudicamos a otros, nos perjudicamos a nosotros también. Si beneficiamos a otros nos beneficiamos a nosotros mismos; porque la influencia de toda buena acción se refleja en nuestro corazón. (76)

Tenemos el deber de ayudarnos unos a otros. No siempre llegamos a relacionarnos con cristianos sociables, amables y humildes. Muchos no han recibido la debida educación; su carácter es deforme, rudo y nudoso; parece retorcido en todo sentido. Mientras les ayudamos a ver y corregir sus defectos, debemos cuidar de no impacientarnos e irritarnos por las faltas de nuestros prójimos. Hay seres desagradables que profesan a Cristo; pero la belleza de la gracia cristiana los transformará si se ponen diligentemente a obtener la mansedumbre y bondad de Aquel a quien siguen, recordando que "nadie vive para sí" (Rom. 1+7). ¡Colaboradores de Cristo! ¡Qué posición excelsa!

¿Dónde se han de encontrar los abnegados misioneros en estas grandes ciudades? El Señor necesita obreros en su viña. Debemos temer robarle el tiempo que exige de nosotros; debemos temer gastarlo en la ociosidad y en el atavío del cuerpo, dedicando a insensatos propósitos las horas preciosas que Dios nos ha dado para que las dediquemos a la oración, a familiarizarnos con nuestra Biblia y a trabajar para beneficio de nuestros semejantes, haciéndonos asía nosotros mismos y a ellos idóneos para la gran obra que nos incumbe.

Hay madres que dedican trabajo innecesario a vestidos destinados a hermosear su propia persona y la de sus hijos. Es nuestro deber vestirnos a nosotros y a nuestros hijos sencillamente y con aseo, sin inútiles adornos, bordados o atavíos, cuidando de no fomentar en ellos un amor a la indumentaria que provocaría su ruina, sino tratando más bien de cultivar las gracias cristianas. Ninguno de nosotros puede ser excusado de sus responsabilidades, y en ningún caso podremos comparecer sin culpa delante del trono de Dios a menos que hagamos la obra que el Señor nos ha encargado.

Se necesitan misioneros de Dios, hombres y mujeres fieles que no rehúyan la responsabilidad. Un trabajo dedicado logrará buenos resultados. Hay verdadero trabajo que hacer. La verdad debe ser presentada a la gente de una manera cuidadosa por personas que unan la mansedumbre a la sabiduría. No nos mantengamos apartados de nuestros semejantes, sino acerquémonos a ellos; porque sus almas son tan preciosas como las nuestras. Podemos llevar (77) la luz a sus hogares y, con espíritu enternecido y subyugado, implorar con ellos para que vivan a la altura del exaltado privilegio que se les ofrece; podemos orar con ellos cuando parezca apropiado, mostrarles que pueden alcanzar cosas superiores, y luego hablarles con prudencia de las verdades sagradas para estos postreros días.

Entre nuestro pueblo hay más reuniones dedicadas al canto que a la oración. Pero aun estas reuniones pueden ser dirigidas con reverencia acompañada de alegría para que ejerzan buena influencia. Sin embargo, hay demasiadas bromas, ociosa conversación y chismes para que estos momentos resulten beneficiosos para elevar los pensamientos y refinar los modales.

LOS REAVIVAMIENTOS SENSACIONALISTAS.-

El interés se ha dispersado en gran manera en -----. Cuando se produce un nuevo entusiasmo, muchos arrojan el peso de su influencia del lado erróneo. Cada hombre y mujer debe estar en guardia cuando se manifiestan entre el público ciertos engaños con el propósito de apartar a la gente de la verdad. Hay algunos que están siempre listos para ver y oír cosas, nuevas y extrañas; y el enemigo de las almas tiene en estas ciudades importantes muchos medios de inflamar la curiosidad y mantener la mente distraída de las grandes y santificadoras verdades para estos últimos días.

Si cada fluctuante entusiasmo religioso induce a algunos a descuidar el deber que tienen de sostener plenamente, por medio de su presencia e influencia, a la minoría que cree en la verdad impopular, habrá mucha debilidad en una iglesia en lugar de haber fuerza. Satanás emplea diversos medios para lograr sus propósitos y si, bajo el disfraz de la religión popular, puede descarriar de la senda de la verdad a los vacilantes e incautos, habrá logrado mucho en cuanto a dividir la fuerza del pueblo de Dios. Este entusiasmo fluctuante de los reavivamientos, que va y viene como la marea, tiene un aspecto engañoso que induce a muchas personas honradas a creer que se trata del verdadero Espíritu del Señor. Multiplica los conversos. Los que son de temperamento emotivo, los débiles y pusilánimes acuden a su estandarte, pero cuando la (78) ola retrocede, quedan varados en la playa. No seáis engañados por los falsos maestros ni seducidos por vanas palabras. El enemigo de las almas tendrá seguramente bastantes platos de fábulas placenteras para halagar el apetito de todos.

Siempre se levantarán fulgurantes meteoros, pero la estela de luz que dejan se apaga inmediatamente en las tinieblas, y estas parecen más densas que nunca antes. Estos entusiasmos religiosos sensacionalistas, creados por el relato de anécdotas y la manifestación de excentricidades y rarezas, constituyen una obra superficial y los de nuestra fe que se dejen encantar e infatuar por estos destellos de luz, no fortalecerán nunca la causa de Dios. Están listos para retirar su influencia en la primera ocasión y para inducir a otros a asistir a aquellas reuniones donde oyen aquello que debilita el alma y confunde la mente. Es este retraimiento del interés de la obra lo que hace languidecer la causa de Dios. Debemos ser firmes en la fe; no debemos ser movedizos. Tenemos nuestra obra delante de nosotros, la cual consiste en hacer brillar sobre otras mentes la luz de la verdad, tal como está revelada en la ley de Dios, para conducirlas fuera de las tinieblas. Esta obra requiere, para tener éxito, energía resuelta y perseverante, y un propósito fijo.

Hay en la iglesia algunos que necesitan aferrarse a las columnas de nuestra fe, asentarse y hallar roca firme para su fundamento en vez de flotar sobre la superficie de la emoción y moverse gracias a los impulsos. Hay en la iglesia dispépticos espirituales. Se han convertido en inválidos y su debilidad espiritual es el resultado de su propia conducta vacilante. Son arrastrados de un lado a otro por los variables vientos de doctrina, y con frecuencia se ven confundidos y sumidos en la incertidumbre porque se dejan llevar enteramente por los sentimientos. Son cristianos ávidos de sensaciones y que

siempre tienen hambre de algo nuevo y distinto. Las doctrinas extrañas confunden su fe, y son inútiles para la causa de la verdad.

Dios llama a hombres y mujeres estables, de propósito firme, en quienes se pueda fiar en momentos de peligro y de prueba, que estén tan firmemente arraigados y fundados en la verdad como las rocas eternas, que no puedan ser agitados a diestra o siniestra, sino que avancen constantemente y estén siempre del lado del (79) bien. Hay personas a quienes, en tiempo de peligro para la fe, se las puede hallar casi siempre en las filas del enemigo. Si ejercen influencia es para el mal. No se sienten bajo la obligación moral de dar toda su fuerza a la verdad que profesan. Los tales serán recompensados según sus obras.

Los que hacen poco para el Salvador en la salvación de las almas y en conservar su integridad delante de Dios, obtendrán tan sólo poca fibra espiritual. Necesitamos emplear continuamente la fuerza que tenemos para que ésta se desarrolle y aumente. Como la enfermedad es el resultado de la violación de las leyes naturales, la decadencia espiritual es el resultado de una continua transgresión de la ley de Dios. Sin embargo, los mismos transgresores pueden profesar que guardan todos los mandamientos del Señor.

Debemos acercarnos más a Dios, ponernos en más íntima relación con el cielo y llevara cabo los principios de la ley en las menores acciones de nuestra vida diaria a fin de ser espiritualmente sanos. Dios ha dado a sus siervos capacidad y talentos que han de emplearse para su gloria y no ser relegados a la inactividad o malgastados. Les ha dado la luz y el conocimiento de su voluntad para que los comuniquen a otros; y al impartirlos llegarán a ser conductos de luz. Si no ejercemos nuestra fuerza espiritual, nos debilitamos, como los miembros del cuerpo se inutilizan cuando el inválido está obligado a permanecer mucho tiempo inactivo. Es el uso lo que da poder.

Nada aumentará más la fuerza espiritual y el fervor y profundidad de los sentimientos, como el visitar y servir a los enfermos y abatidos, ayudándoles a ver la luz y a aferrarse de Jesús por la fe. Hay deberes desagradables que alguien debe cumplir, o habrá almas que perecerán. Los cristianos hallarán bendición en hacer estos deberes por desagradables que sean. Cristo asumió la desagradable tarea de bajar de la mansión de pureza y gloria insuperable, para venir a morar como hombre entre los hombres en un mundo mancillado y ennegrecido por el crimen, la violencia y la iniquidad. Lo hizo para salvar almas; y ¿podrán presentar excusas en favor de sus vidas de comodidad egoísta los que fueron objeto de un amor tan asombroso y una condescendencia sin comparación? ¿Preferirán éstos seguir sus propios placeres e inclinaciones, y dejarán que (80) las almas perezcan en las tinieblas porque se soportan chascos y reproches al trabajar para salvarlas? Cristo pagó un precio infinito por la redención del hombre, y dirá éste: "Señor mío, no quiero trabajar en tu viña; ruégote que me des por excusado"

El Señor invita a aquellos que viven cómodamente en Sión a que se levanten y trabajen. ¿No escucharán la voz del Maestro? Él quiere obreros fieles y dedicados a la oración, que siembren junto a todas las aguas. Los que trabajen así se sorprenderán al ver cómo las pruebas, resueltamente soportadas en el nombre y con la fuerza de Jesús, darán firmeza a la fe y renovarán el valor. En la senda de la humilde obediencia hay seguridad y poder, consuelo y esperanza; pero los que no hagan nada por Jesús perderán finalmente su recompensa. Sus manos débiles no podrán aferrarse del Poderoso, sus rodillas vacilantes no podrán soportarlos en el día de la adversidad. Los que den estudios bíblicos y trabajen para Cristo recibirán el premio glorioso, y oirán el "bien, buen siervo y fiel; entra en el gozo de tu Señor" (Mat. 25: 23).

LA RETENCIÓN DE LOS RECURSOS.-

La bendición de Dios descansará sobre aquellos que en ----- aprecian la causa de Cristo. Las ofrendas voluntarias de nuestros hermanos y hermanas, hechas con fe y amor al Redentor crucificado les reportarán bendiciones; porque Dios toma nota de todo acto de generosidad de parte de sus santos, y lo recuerda. Al preparar una casa de culto, debe ejercerse grandemente la fe y confianza en Dios. En los

negocios, los que no aventuran nada, adelantan poco; ¿por qué no tener también fe en la obra de Dios, e invertir recursos en su causa?

Algunos, cuando están en la pobreza, son generosos con lo poco que tienen; pero a medida que adquieren propiedades, se vuelven avaros. Tienen muy poca fe, porque no se mantienen hacia delante a medida que prosperan, y no dan a la causa de Dios hasta el sacrificio.

En el sistema judaico se requería que la generosidad se manifestara primero hacia el Señor. En la cosecha y la vendimia, las primicias del campo –el grano, el vino y el aceite– debían consagrarse (81) como ofrenda para Jehová. Se reservaban para los pobres las espigas caídas y los rincones de los campos. Nuestro misericordioso Padre celestial no descuidó las necesidades de los pobres. Las primicias de la lana, cuando se esquilaban las ovejas, y del grano, cuando se trillaba el trigo, debían ofrecerse a Jehová; y él ordenaba que los pobres, las viudas, los huérfanos y los extranjeros fuesen invitados a los festines. Al fin de cada año se requería de todos que jurasen solemnemente si habían obrado o no de acuerdo con el mandato de Dios.

Este plan fue prescrito por el Señor para convencer a los israelitas de que en todo asunto él ocupaba el primer lugar. Mediante este sistema de dadivosidad debían recordar que su misericordioso Maestro era el verdadero propietario de sus campos y rebaños; que el Dios del cielo les mandaba el sol y la lluvia para la siembra y la cosecha, y que todo lo que poseían era creado por él. Todo era del Señor, y él los había hecho administradores de sus bienes.

La generosidad de los judíos en la construcción del tabernáculo y del templo ilustra un espíritu de dadivosidad que no ha sido igualado por los cristianos en ninguna ocasión ulterior. Los judíos acababan de ser libertados de su larga esclavitud en Egipto y erraban por el desierto; sin embargo, apenas fueron librados de los ejércitos de los egipcios que los perseguían en su apresurado viaje, llegó la palabra del Señor a Moisés, diciendo: "Di a los hijos de Israel que tomen para mí ofrenda: de todo varón que la diere de su voluntad, de corazón, tomaréis mi ofrenda" (Éxo. 25:2). El pueblo tenía pocas riquezas, y ninguna halagüeña perspectiva de aumentarlas; pero tenía delante de sí un objeto: construir un tabernáculo para Dios. El Señor había hablado, y sus hijos debían obedecer su voz. No retuvieron nada. Todos dieron con mano voluntaria; no cierta cantidad de sus ingresos, sino gran parte de lo que poseían. La consagraron gozosa y cordialmente al Señor, y le agradaron al hacerlo. ¿No le pertenecía acaso todo? ¿No les había dado él todo lo que poseían? Si él lo pedía, ¿no era su deber devolver al Prestamista lo suyo?

No hubo necesidad de rogarles. El pueblo trajo aún más de lo requerido, y se le dijo que cesara de traer sus ofrendas porque había ya más de lo que se podía usar. Igualmente, al construirse (82) el templo, el pedido de recursos recibió cordial respuesta. La gente no dio de mala gana. Le regocijaba la perspectiva de que fuese construido un edificio para el culto de Dios, y dio más de lo suficiente para ese fin. David bendijo al Señor delante de toda la congregación y dijo: "Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer de nuestra voluntad cosas semejantes? porque todo es tuyo, y lo recibido de tu mano te damos" (1 Crón. 29:14). Además, en su oración, David dio gracias con estas palabras: "Oh Jehová Dios nuestro, toda esta abundancia que hemos aprestado para edificar casa a tu santo nombre, de tu mano es, y todo es tuyo" (verso 16).

David comprendía perfectamente de quién provenían todas sus bendiciones. ¡Ojala que aquellos que en este tiempo se regocijan en el amor del Salvador se dieran cuenta de que su plata y oro son del Señor y deben emplearse para fomentar su gloria y no retenerse ávidamente para enriquecimiento y complacencia propia! Él tiene indisputable derecho a todo lo que ha prestado a sus criaturas. Todo lo que ellas poseen le pertenece.

Hay objetivos elevados y santos que requieren recursos, y el dinero así invertido proporcionará al dador gozo más abundante y permanente de lo que obtendría si lo gastara en la complacencia personal o lo acumulase egoístamente cediendo a la codicia. Cuando Dios nos pide nuestro tesoro, cualquiera que sea la cantidad, la respuesta voluntaria hace del don una ofrenda consagrada a él y acumula para el dador

un tesoro en el cielo, donde la polilla no puede corromper, ni el fuego consumir, ni los ladrones hurtar. La inversión no corre riesgo. El dinero queda en sacos sin agujeros; está seguro.

¿Pueden los cristianos, que se precian de tener mayor luz que los hebreos, dar menos de lo que daban ellos? ¿Pueden los cristianos que viven cerca del tiempo del fin quedar satisfechos con sus ofrendas que no llegan ni a la mitad de lo que eran las de los judíos? Su generosidad tendía a beneficiar a su propia nación; en estos postreros días la obra se extiende al mundo entero. El mensaje de la verdad ha de ir a todas las naciones, lenguas y pueblos; sus publicaciones, impresas en muchas lenguas diferentes, han de ser esparcidas como las hojas de los árboles en el otoño. (83)

Escrito está: pues que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también estad armados del mismo pensamiento" (1 Pedro 4:1). Y además: "El que dice que está en él, debe andar como él anduvo" (1 Juan 2:6). Preguntémonos: ¿Qué habría hecho nuestro Salvador en nuestras circunstancias? ¿Cuáles habrían sido sus esfuerzos para la salvación de las almas? Esta pregunta queda contestada por el ejemplo de Cristo. Dejó su realeza, puso a un lado su gloria, sacrificó sus riquezas y revistió su divinidad de humanidad, a fin de alcanzar a los hombres donde estaban. Su ejemplo demuestra que depuso la vida por los pecadores.

Satanás dijo a Eva que podía alcanzarse un alto estado de felicidad complaciendo un apetito rebelde; pero la promesa de Dios al hombre se realiza por medio de la abnegación. Cuando, sobre la ignominiosa cruz, Cristo sufría en agonía por la redención del hombre, la naturaleza humana fue exaltada. Únicamente mediante la cruz puede elevarse a la familia humana para que se relacione con el Cielo. La abnegación y las cruces se nos presentan a cada paso en nuestro viaje hacia allá.

El espíritu de generosidad es el del Cielo; el espíritu de egoísmo es el de Satanás. El amor abnegado de Cristo se revela en la cruz. El dio todo lo que tenía, y luego se dio a sí mismo para que el hombre fuese salvo. La cruz de Cristo despierta la generosidad de todo aquel que sigue al bienaventurado Salvador. El principio que ilustra es el de dar, siempre dar. Este principio puesto en práctica mediante la generosidad genuina y las buenas obras, es el verdadero fruto de la vida cristiana. El principio de los mundanos consiste en conseguir, y con ello esperan obtener felicidad; pero al seguirlo hasta sus últimas consecuencias, su fruto es el sufrimiento y la muerte.

Llevar la verdad a los habitantes de la tierra, rescatarlos de su culpa e indiferencia, es la misión de los que siguen a Cristo. Los hombres deben tener la verdad a fin de que los santifique, y nosotros somos los conductos de la luz de Dios. Nuestros talentos, recursos y conocimientos no están destinados meramente a beneficiarnos a nosotros mismos; se han de usar para la salvación de las almas, para elevar al hombre de su vida de pecado y conducirlo por medio de Cristo al Dios infinito. (84)

Debemos trabajar celosamente en esta causa, tratando de conducir a los pecadores, arrepentidos y creyentes, a un Redentor divino e inculcarles un elevado sentimiento del amor de Dios hacia el hombre. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16). ¡Qué amor incomparable es éste! Es tema para la más profunda meditación. ¡El asombroso amor de Dios por un mundo que no le amaba! El pensar en él ejerce un poder subyugador sobre el alma y cautiva la mente a la voluntad de Dios. Los hombres que se enloquecen por las ganancias y se sienten desilusionados y desgraciados en su búsqueda de las cosas del mundo, necesitan el conocimiento de esta verdad para satisfacer el hambre y la sed insaciable de sus almas.

En vuestra gran ciudad se necesitan misioneros para Dios, que lleven la luz a los que moran en sombra de muerte. Se necesitan manos expertas para que, con la mansedumbre de la sabiduría y la fuerza de la fe, eleven a las almas cansadas al seno de un Redentor compasivo. ¡Qué maldición es el egoísmo! Nos impide dedicarnos al servicio de Dios. Nos impide percibir las exigencias del deber, que debieran hacer arder nuestros corazones con celo ferviente. Todas nuestras energías tendrían que dedicarse a la obediencia de Cristo. Dividir nuestro interés con los caudillos del error es ayudar al bando del mal y conceder ventajas a nuestros enemigos. La verdad de Dios no transige con el pecado, no se relaciona

con el artificio ni se une con la trasgresión. Se necesitan soldados que siempre contesten al llamado y estén listos para entrar en acción inmediatamente y no aquellos que, cuando se los necesita, se encuentran ayudando al enemigo.

La nuestra es una gran obra. Sin embargo, son muchos los que profesan creer estas verdades sagradas, pero están paralizados por los sofismas de Satanás, y no hacen nada por la causa de Dios, sino al contrario, la estorban. ¿Cuándo obrarán como quienes esperan al Señor? ¿Cuándo manifestarán un celo que esté de acuerdo con su fe? Muchos retienen egoístamente sus recursos y tranquilizan su conciencia con la idea de hacer algo grande para la causa de Dios después de su muerte. Hacen un testamento por el cual legan una gran suma a la iglesia y a sus diversos intereses, (85) y luego se acomodan, con el sentimiento de que han hecho todo lo que se requería de ellos. ¿En qué se han negado a sí mismos por este acto? Por el contrario, han manifestado la misma esencia del egoísmo. Cuando ya no puedan usar el dinero, se lo darán a Dios. Pero lo retendrán durante tanto tiempo como puedan, hasta que los obligue a abandonarlo un mensajero a quien no se puede despedir.

Un testamento tal es frecuentemente evidencia de verdadera avaricia. Dios nos ha hecho a todos administradores suyos, y en ningún caso nos ha autorizado para descuidar nuestro deber o dejarlo a fin de que otros lo hagan. El pedido de recursos para fomentar la causa de la verdad no será nunca más urgente que ahora. Nuestro dinero no hará nunca mayor suma de bien que actualmente. Cada día de demora en invertirlo debidamente limita el período en que resultará benéfico para la salvación de las almas. Si dejamos que otros efectúen aquello que Dios nos ha asignado a nosotros, nos perjudicamos a nosotros mismos y a Aquel que nos dio todo lo que tenemos. ¿Cómo pueden los demás hacer nuestra obra de benevolencia mejor que nosotros? Dios quiere que cada uno sea durante su vida el ejecutor de su propio testamento en este asunto. La adversidad, los accidentes o la intriga pueden suprimir para siempre los propuestos actos de benevolencia, cuando el que acumuló una fortuna ya no está más para custodiarla. Es triste que tantos estén descuidando la preciosa oportunidad de hacer bien y aguarden hasta perder su mayordomía antes de devolver al Señor los recursos que les prestó para que los empleasen para su gloria.

Una característica notable de las enseñanzas de Cristo es la frecuencia y el fervor con que reprendía el pecado de la avaricia, y- señalaba el peligro de las adquisiciones mundanales y del amor desmedido a la ganancia. En las mansiones de los ricos, en el templo y en las calles, amonestaba a aquellos que indagaban por la salvación: "Mirad, y guardaos de toda avaricia". "No podéis servir a Dios y a las riquezas" (Luc. 12:15; 16:13).

Es esta creciente devoción a la ganancia de dinero y el egoísmo engendrado por el deseo de ganancias, lo que priva a la iglesia del favor de Dios y embota la espiritualidad. Cuando la cabeza y las manos están constantemente ocupadas en hacer planes y trabajar para acumular riquezas, se olvidan las exigencias de Dios y (86) la humanidad. Si Dios nos ha bendecido con prosperidad, no es para que nuestro tiempo y nuestra atención se aparten de él y se dediquen a aquello que él nos prestó, El Dador es mayor que el don. No somos nuestros; hemos sido comprados con precio. ¿Hemos olvidado el precio infinito que se pagó por nuestra redención? ¿Ha muerto la gratitud en nuestro corazón? ¿Acaso la cruz de Cristo no cubre de vergüenza una vida manchada de egoísta comodidad y complacencia propia?

¿Qué habría sucedido si Cristo, cansándose de la ingratitud y los ultrajes que por todas partes recibía, hubiese abandonado su obra? ¿Qué habría sucedido si nunca hubiese llegado al momento en que dijo: "Consumado es" (Juan 19:30)? ¿Qué habría sucedido si hubiese regresado al cielo, desalentado por la recepción que se le diera? ¿Qué habría sucedido si nunca hubiese pasado en el huerto de Getsemaní por aquella agonía de alma que hizo brotar de sus poros grandes gotas de sangre?

Al trabajar por la redención de la especie humana, Cristo sentía la influencia de un amor sin comparación y de su devoción a la voluntad del Padre. Trabajó para beneficio del hombre hasta en la misma hora de su humillación. Pasó su vida en la pobreza y la abnegación por causa del degradado pecador. En un mundo que le pertenecía, no tuvo dónde reclinar la cabeza. Estamos recogiendo los

frutos de su infinito sacrificio; y sin embargo, cuando se ha de trabajar, cuando se necesita nuestro dinero para ayudar en la obra del Redentor, en la salvación de las almas, rehuímos el deber y rogamos que se nos excuse. Una innoble pereza, una indiferencia negligente y un perverso egoísmo cierran nuestros sentidos a las exigencias de Dios.

¡Oh!, ¿debió Cristo, la Majestad del cielo, el Rey de gloria, llevar la pesada cruz y la corona de espinas, y beber la amarga copa, mientras nosotros nos reclinamos cómodamente, glorificándonos a nosotros mismos y olvidando las almas por cuya redención murió derramando su preciosa sangre? No; demos mientras está en nuestro poder hacerlo. Obremos mientras tenemos fuerza. Trabajemos mientras es de día. Dediquemos nuestro tiempo y nuestros recursos al servicio de Dios, para obtener su aprobación y recibir su recompensa. (87)

LA PRUEBA.-

Apreciado hermano G: Deseo que acepte la luz de la verdad y salga de las tinieblas. Ha sido tentado intensamente por Satanás; y él lo ha usado como instrumento para estorbar la obra de Dios. Él ha tenido éxito con usted, pero esto no significa que debe continuar en el sendero del error. Observo su caso con gran preocupación, porque Dios le ha dado mucha luz. En su enfermedad durante el otoño pasado, Dios en su misericordia estaba tratando de que usted pudiera llevar frutos para su gloria.

La desconfianza estaba tomando posesión de su corazón y el Señor lo afligió con una experiencia necesaria para su caso. Él nos bendijo al orar por usted y también lo bendijo a usted en respuesta a nuestras oraciones. El Señor tuvo a bien unir nuestros corazones en amor y confianza. El Espíritu Santo se manifestó y el poder de Dios obró en usted en respuesta a nuestras oraciones; pero Satanás vino después con tentaciones y usted no le cerró la puerta, así que entró en su corazón y desde entonces ha estado ocupándolo. El plan del maligno es trabajar primero sobre la mente de las almas y a través de ellas, influir en otras. Él ha buscado interferir en nuestro camino y estorbar nuestras labores en el mismo lugar donde nuestra influencia debería actuar en favor de la prosperidad de la causa de Dios.

El Señor le permitió trabajar en ----- con un propósito sabio, que pusiera de manifiesto sus defectos de carácter y los venciera. Cuando las cosas no salen como usted quiere, se enoja rápidamente. Su impaciencia e irritabilidad tienen que ser vencidas o su vida será un fracaso, perderá el cielo y sería mejor que no hubiera nacido.

Nuestros casos se hallan pendientes en el tribunal del cielo. Día tras día rendimos allí nuestras cuentas. Cada cual será recompensado según sus obras. Los holocaustos y sacrificios no eran aceptables para Dios en los tiempos antiguos, a menos que fuese correcto el espíritu con que se ofrecía el don. Samuel dijo: "¿Tiene Jehová tanto contentamiento con los holocaustos y víctimas, como en obedecer a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios; y el prestar atención que el sebo de los (88) carneros" (1 Sam. 15:22). Todo el dinero de la tierra no puede comprar la bendición de Dios ni asegurarnos una sola victoria.

Muchos harían cualquier sacrificio menos el que deben hacer, que consiste en entregarse a sí mismos, en someter su voluntad a la voluntad de Dios. Cristo dijo a sus discípulos: "Si no os volviereis, y fuereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mat. 18:3). Ésta es una lección de humildad. Debemos todos llegar a ser humildes como niños a fin de heredar el reino de Dios.

Nuestro Padre celestial ve el corazón de los hombres y conoce su carácter mejor que ellos mismos. Ve que algunos tienen susceptibilidades y facultades que, debidamente encauzadas, podrían emplearse para su gloria, para ayudar en el adelantamiento de su obra. Él prueba a estas personas y en su sabia providencia las coloca en diferentes puestos y circunstancias, para que revelen lo que está en su corazón y los puntos débiles de su carácter, que ellas mismas desconocen. Les da oportunidad de corregir estas debilidades, de pulir las toscas aristas de su naturaleza y de prepararse para su servicio, a fin de que cuando él las llame a obrar estén listas y los ángeles del cielo puedan unir sus labores con el esfuerzo humano en la obra que debe ser hecha en la tierra.

A los hombres a quienes Dios destina para ocupar puestos de responsabilidad, él les revela en su misericordia sus defectos ocultos, a fin de que puedan mirar su interior y examinar con ojo crítico las complicadas emociones y manifestaciones de su propio corazón, y notar lo que es malo, para que puedan modificar su disposición y refinar sus modales. En su providencia, el Señor pone a los hombres donde él pueda probar sus facultades morales y revelar sus motivos, a fin de que puedan mejorar lo que es bueno en ellos y apartar lo malo. Dios quiere que sus siervos se familiaricen con el mecanismo moral de su propio corazón. A fin de lograrlo, permite con frecuencia que el fuego de la aflicción los asalte para que se purifiquen. "¿Y quién podrá sufrir el tiempo de su venida? o ¿quién podrá estar cuando él se mostrará? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadoras. Y sentarse ha para afinar y limpiar la plata: porque limpiará los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata; y ofrecerán a Jehová ofrenda con justicia" (Mal. 3:2-3). (89)

La purificación del pueblo de Dios no puede lograrse sin que dicho pueblo soporte padecimientos. Dios permite que los fuegos de la aflicción consuman la escoria, separen lo inútil de lo valioso, a fin de que el metal puro resplandezca. Nos hace pasar de un fuego a otro, probando nuestro verdadero valor. Si no podemos soportar estas pruebas, ¿qué haremos en el tiempo de angustia? Si la prosperidad o la adversidad descubren falsedad, orgullo o egoísmo en nosotros, ¿qué haremos cuando Dios pruebe la obra de cada uno como por fuego y revele los secretos de todo corazón?

La verdadera gracia está dispuesta a ser probada; y si estamos poco dispuestos a que el Señor nos escudriñe, nuestra condición es verdaderamente grave. Dios es refinador y purificador de las almas; en el calor del horno, la escoria queda para siempre separada del verdadero oro y plata del carácter cristiano. Jesús vigila la prueba. Él sabe lo que es necesario para purificar el metal precioso a fin de que refleje el esplendor de su amor divino.

Dios acerca a los suyos a sí mismo mediante pruebas difíciles, mostrándoles su propia debilidad e incapacidad y enseñándoles a confiar en él como su única ayuda y salvaguardia. Así logra su objetivo. Así quedan preparados para que se los emplee en cualquier emergencia, para desempeñar importantes puestos de confianza y para lograr los grandes fines para los cuales les fueron dadas sus facultades. Dios prueba a los hombres a la derecha y a la izquierda, y así los educa, prepara y disciplina. Jesús, nuestro Redentor, representante y cabeza del hombre, soportó este proceso de prueba. Sufrió más de lo que nosotros podemos ser llamados a sufrir. Llevó nuestras enfermedades y fue tentado en todo como nosotros. No lo sufrió por su propia culpa, sino por causa de nuestros pecados; y ahora, fiando en los méritos de nuestro Vencedor, podemos llegar a ser vencedores en su nombre.

La obra de refinamiento y purificación que Dios ejecuta debe proseguir hasta que sus siervos estén tan humillados, tan muertos al yo que, cuando sean llamados al servicio activo, sean sinceros en buscar la gloria de Dios. Entonces él aceptará sus esfuerzos; no obrarán impetuosamente, por impulso; no se apresurarán y pondrán en peligro la causa del Señor, siendo esclavos de tentaciones y pasiones, ni seguirán sus propios ánimos carnales encendidos (90) por Satanás. ¡Oh, cuán terriblemente mancillada queda la causa de Dios por la perversa voluntad del hombre y su genio insumiso! ¡Cuánto sufrimiento trae él sobre sí al seguir sus propias y temerarias pasiones! Dios arroja vez tras vez a los hombres al suelo, y aumenta la presión hasta que la perfecta humildad y una transformación de carácter los pongan en armonía con Cristo y el espíritu del cielo y sean vencedores de sí mismos.

Dios ha llamado a hombres de diferentes estados y los ha ido probando para ver qué carácter desarrollarían, para ver si se les podía confiar la guardia del fuerte en ----- y para ver si suplirían o no las deficiencias de los hombres que ya estaban allí, y si, al ver los fracasos de ellos, rehuirían el ejemplo de los que no son aptos para dedicarse a la sacratísima obra de Dios. Él ha seguido a los hombres de ----- con continuas amonestaciones, reproches y consejos. Ha derramado gran luz sobre los que ofician en su causa allí, para que el camino les fuese claro. Pero si ellos prefieren seguir su propia sabiduría, despreciando la luz, como la despreció Saúl, se extraviarán seguramente y causarán mucha

perplejidad a la causa. Delante de ellos han sido puestas la luz y las tinieblas, pero con demasiada frecuencia han elegido las tinieblas.

El mensaje de Laodicea se aplica a los hijos de Dios que profesan creer en la verdad presente. La mayoría de ellos son tibios y sólo profesan la verdad. Tienen el nombre de cristianos, pero nada de celo. Dios indicó que quería, en el corazón de la obra, hombres que corrigiesen el estado de cosas que existía allí y permaneciesen como fieles centinelas en su puesto del deber. Les ha dado luz con respecto a todo punto, para instruirlos, estimularlos y confirmarlos, según lo requería el caso. Pero a pesar de todo esto, los que debieran ser fieles y veraces, fervientes en el celo cristiano y de espíritu misericordioso, los que debieran conocer y amar fervientemente a Jesús, ayudan al enemigo a debilitar y desalentar a aquellos a quienes Dios está empleando para fortalecer la obra. El término "tibio" se aplica a esta clase de personas. Profesan amar la verdad, pero son deficientes en la devoción y el fervor cristiano. No se atreven a abandonar del todo la verdad y correr el riesgo de los incrédulos; pero no están dispuestos a morir al yo y seguir de cerca los principios de su fe. (91)

La única esperanza de los laodicenses consiste en tener una visión más clara de su situación delante de Dios, un conocimiento de la naturaleza de su enfermedad. No son ni fríos ni calientes; ocupan una posición neutral, y al mismo tiempo se lisonjean que no les falta nada. El Testigo Fiel aborrece esa tibieza. Abomina la indiferencia de esa clase de personas. Dice: "¡Ojala fueses frío, o caliente!" (Apoc. 3:15). Como el agua tibia, le causan náuseas. No son ni despreocupados ni egoístamente tercos. No se empeñan cabal y cordialmente en la obra de Dios, identificándose con sus intereses; sino que se mantienen apartados y están listos para abandonar su puesto cuando lo exigen sus intereses personales y mundanos. Falta en su corazón la obra interna de la gracia. De los tales se dice: "Tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo" (verso 17).

La fe y el amor son el oro puro, o las verdaderas riquezas que el Testigo Fiel les aconseja a los tibios que compren. Por ricos que seamos en los tesoros terrenales, toda nuestra riqueza no nos habilita para comprar los preciosos remedios que curan esa enfermedad del alma que se llama tibieza. El intelecto y las riquezas terrenales eran impotentes para suprimir los defectos de la iglesia de Laodicea o para remediar su deplorable condición. Sus miembros eran ciegos, y sin embargo creían que nada les faltaba. El Espíritu de Dios no iluminaba sus mentes, y ellos no percibían su estado pecaminoso; por lo tanto, no sentían necesidad de ayuda.

El no poseer las gracias del Espíritu es triste en verdad; pero es una condición aun más terrible hallarnos así, destituidos de la espiritualidad y de Cristo y, sin embargo, tratar de justificarnos diciendo a aquellos que se alarman por nosotros que no necesitamos sus temores y compasión. ¡Terrible es el poder del engaño en la mente humana! ¡Qué ceguera la que pone la luz en lugar de .as tinieblas y las tinieblas en lugar de la luz! El Testigo Fiel nos aconseja que compremos de él oro afinado en el fuego, vestiduras blancas y colirio.

El oro probado en el fuego que se recomienda aquí, es la fe y el amor. Enriquece el corazón, porque ha sido refinado hasta su máxima pureza, y cuanto más se prueba, tanto más resplandece. (92) La vestidura blanca es la pureza de carácter, la justicia de Cristo impartida al pecador. Es a la verdad una vestidura de tejido celestial, que puede comprarse únicamente de Cristo, para una vida de obediencia voluntaria. El colirio es aquella sabiduría y gracia que nos habilitan para discernir entre lo malo y lo bueno, y para reconocer el pecado bajo cualquier disfraz. Dios ha dado a su iglesia ojos que él quiere que sean ungidos con sabiduría para que vean claramente; pero muchos sacarían los ojos de la iglesia si pudiesen, porque no quieren que sus obras salgan a luz, no sea que resulten reprendidos. El colirio divino impartirá claridad al entendimiento. Cristo es el depositario de todas las gracias. Él dice: "Yo te aconsejo que de mí compres" (Apoc. 3:18).

Tal vez algunos digan que esperar el favor de Dios por nuestras buenas obras es exaltar nuestros propios méritos. A la verdad, no podemos comprar una sola victoria con nuestras buenas obras; sin

embargo, no podemos ser vencedores sin ellas. La compra que Cristo nos recomienda consiste tan sólo en cumplir con las condiciones que él nos ha dado. La verdadera gracia, que es de valor inestimable, y que soportará la prueba y la adversidad, se obtiene únicamente por la fe y por una obediencia humilde acompañada de oración. Las gracias que soportan las pruebas de la aflicción y la persecución, y la evidencia de su pureza y sinceridad, son el oro que es probado en el fuego y hallado puro. Cristo ofrece vender al hombre este precioso tesoro: "Yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego" (Apoc. 3:18). El cumplimiento muerto y frío del deber no nos hace cristianos. Debemos salir de la condición de tibieza y experimentar una verdadera conversión, o no llegaremos al cielo.

Se me llamó la atención a la providencia de Dios entre su pueblo, y se me mostró que cada prueba del proceso de refinamiento y purificación impuesto a los que profesaban ser cristianos demostraba si algunos eran escoria. El oro fino no aparece siempre. En toda crisis religiosa, algunos caen bajo la tentación. El zarandeo de Dios avienta multitudes como hojas secas. La prosperidad contribuye a que ingresen en la iglesia multitudes que meramente profesan la religión. La adversidad las elimina de la iglesia. El espíritu de esta clase de personas no es firme en Dios. Se separan de nosotros porque no son de los nuestros; porque cuando la tribulación (93) o la persecución surgen por causa de la Palabra, muchos se escandalizan.

Recuerden los tales cuando, hace sólo unos meses, estaban juzgando los casos de otros que se hallaban en condición similar a la que ahora tienen ellos. Recuerden cuidadosamente de qué se preocuparon con respecto a los tentados. Si alguno les hubiese dicho que a pesar de su celo y trabajo para corregir a los otros se habían de encontrar, a la larga, en una situación semejante de tinieblas, habrían dicho, como le dijo Hazael al profeta: "¿Es tu siervo perro, que hará esta gran cosa?" (2 Reyes 8:13).

Se engañan a sí mismos. Durante la calma, ¡qué firmeza manifiestan! ¡Cuán buenos marinos parecen ser! Pero cuando se presentan las furiosas tempestades de las pruebas y las tentaciones, sus almas naufragan. Puede que haya hombres que tengan excelentes dones, mucha capacidad, espléndidas cualidades; pero un defecto, un sólo pecado albergado, ocasionará al carácter lo que al barco una tabla carcomida: un completo desastre y una ruina absoluta.

Apreciado hermano, Dios, en su Providencia, le trajo de su granja a ----- para que pasara por pruebas que, de otro modo, no habría podido pasar. Le ha dado algunos testimonios de reprobación que usted ha aceptado, en apariencia; pero su espíritu se endurecía constantemente cuando se le reprendía. Es como aquellos que dejaron de andar con Jesús después que les revelara verdades ocultas y prácticas. Hermano, no se ha aferrado a la fe para corregir los defectos de su carácter. No ha humillado su espíritu orgulloso ante Dios. Se ha obstinado en luchar contra el Espíritu de Dios que se revelaba en la reprobación. Su corazón carnal e indómito no está sujeto a control alguno. No se ha disciplinado. Una y otra vez, sus humores descontrolados, su espíritu de insubordinación, han ganado el dominio sobre toda su persona. ¿Cómo puede un alma impulsiva e insubordinada vivir entre los ángeles? El cielo no puede admitirla, lo sabe bien. Si es así, empiece inmediatamente a corregir el mal que hay en su naturaleza. Conviértase y sea como un niño.

Hermano, tiene un espíritu orgulloso que se cree superior a los demás. Abandone todo esto. Sus familiares tienen miedo de sus (94) explosiones de ira. Su madre, temerosa de Dios, ha hecho todo lo posible para calmarlo y tranquilizarlo, ha intentado borrar cada causa que pudiera alterar o irritar a su hijo. Pero la persuasión, las súplicas y los intentos de pacificación lo han hecho considerar que ese carácter impulsivo no tiene remedio y que sus amigos tienen el deber de soportarlo. Las excusas y la humillación, antes que solucionar el mal, lo han favorecido.

No ha combatido ese espíritu desdichado para conquistarlo. Cada vez que un obstáculo se ha interpuesto en su camino, ha considerado que la provocación era suficientemente fuerte para olvidarse de su humanidad y de que fue creado a imagen y semejanza de Dios. Ha desfigurado y distorsionado esa imagen. Ha perdido el autocontrol y ha dejado de tener poder sobre su voluntad. Se ha vuelto obstinado, y ha cedido al poder de Satanás cada vez que se ha abandonado a la pasión y al

autogobierno, cada vez que ha permitido que sus sentimientos dominaran su juicio, su voluntad obstinada y descontrolada. El Señor vio que usted no se conoce a sí mismo y que, a menos que se viera a sí mismo y la pecaminosidad de su vida bajo la luz de la verdad, a menos que viera cuán gravosas son a los ojos de Dios esas explosiones de ira que se volvían más fuertes a cada aparición, con toda certeza fracasaría en su intento de ganar un trono junto al sufriente Hombre del Calvario.

Hermano G, Dios lo llama para que se arrepienta y se convierta, y se vuelva como un niño. A menos que la verdad tenga una influencia santificadora sobre su vida y amolde su carácter, no tendrá herencia en el reino de Dios. La Providencia del Señor lo escogió para que estuviera conectado más directamente con su causa y obra. Lo aceptó como a un soldado indisciplinado, recién entrado en el ejército, y lo sometió a normas, reglas y responsabilidades para que se puliera. Al principio usted obraba con nobleza e intentaba mantenerse fiel en su puesto. Soportaba las pruebas mejor que nunca. Pero Satanás vino con tentaciones engañosas y cayó presa de ellas. El Señor se apiadó de usted y puso su mano sobre usted para salvarlo. Le dio una experiencia rica que ha desaprovechado. Como los hijos de Israel, pronto se olvidó de los cuidados de Dios y su gran misericordia. Hermano G, fue sanado en respuesta (95) a las oraciones y Dios le dio una nueva vida. Pero ha permitido que los celos y la envidia entraran en su alma y lo ha decepcionado. Su designio era que fuera llevado allí donde pudiera desarrollar su carácter, allí donde pudiera ver y corregir sus defectos.

En su infancia y su juventud, su educación no fue la correcta. Ahora debe aprender las lecciones de autocontrol que debería haber aprendido en sus primeros años. Dios le trajo a un entorno nuevo para que su Santo Espíritu lo disciplinara, para que usted pudiera adquirir la fuerza moral y el autocontrol que hicieran de usted un conquistador. Será necesario el mayor esfuerzo, la determinación más perseverante y resuelta y la máxima energía para controlar su yo. Su espíritu se ha endurecido demasiado tiempo ante la reprensión y su carácter se ha airado como un león enjaulado cuando su voluntad ha sido contrariada. Usted mismo deberá darse la educación que debieron darle sus padres. Cuando era joven, el retoño podía haber sido dominado fácilmente. Pero ahora, después que ha crecido, retorcido y atormentado, será tarea difícil. Sus padres permitieron que se deformara y ahora, sólo por la gracia de Dios unida a sus esfuerzos persistentes, podrá conquistar su voluntad. Por los méritos de Cristo puede abandonar lo que desfigura y deforma el alma y desarrolla un carácter deforme. Debe apartar el viejo hombre con sus errores y tomar el hombre nuevo, a Cristo Jesús. Adopte su vida como su guía y sus talentos intelecto serán dedicados al servicio de Dios.

¡Ojala las madres trabajaran sabiamente, con calma y determinación, para formar y dominar los caracteres carnales de sus hijos! ¡Cuánto pecado sería cortado de raíz y cuántas pruebas ahorraría la iglesia! ¡Cuántas familias serían felices cuando ahora son desdichadas! Muchas almas se habrán perdido eternamente porque sus padres fueron negligentes con la disciplina de sus hijos y no les enseñaron disciplina y sumisión en su juventud. Domar las faltas y suavizar los arrebatos no es cortar el mal de raíz. Es la prueba de la ruina de miles de almas. Los padres deberán responder ante Dios por su negligencia y falta de valor en el deber.

Hermano G, le falta tiempo para ponerse al mando y empezar a dictar órdenes a los demás; pero no está dispuesto a darse órdenes a sí mismo. Su orgullo se enciende al menor intento. El (96) egoísmo y un espíritu arrogante son dos elementos rebeldes de su carácter. Quienes tienen un carácter como el suyo deben morir al yo y trabajar con celo si no quieren perder el cielo. A diferencia de los padres aficionados al error, Dios no entra en componendas con este elemento.

En mi última visión se me mostró que si rechaza la reprensión y la corrección, si escoge su propia vía y no se disciplina, ya no será de utilidad para Dios y su santa obra. Si se hubiera dedicado a poner su propia alma a bien con el Señor, habría visto que tiene tanto trabajo por hacer con usted mismo que no habría tenido tiempo para malgastar con las supuestas ofensas del hermano H y no habría murmurado a sus espaldas. La obra de los últimos treinta años debería inspirar confianza en la integridad del hermano H. "Pagad a todos lo que debéis: [...] al que honra, honra" (Rom. 13:7).

Los hombres que ocupan puestos de responsabilidad deben progresar continuamente. No deben aferrarse a los métodos antiguos y creer que no es necesario convertirse en obreros que empleen métodos científicos. Aunque cuando viene al mundo el hombre es el más impotente de los seres que ha creado Dios, y es el más perverso por naturaleza, es capaz, sin embargo, de progresar constantemente. Puede ser ilustrado por la ciencia, ennoblecido por la virtud, y puede progresar en dignidad mental y moral, hasta alcanzar una perfección de la inteligencia y una pureza de carácter tan sólo un poco inferiores a la perfección y la pureza de los ángeles. Con la luz de la verdad que resplandece sobre los intelectos humanos y el amor de Dios que se derrama en su corazón, no podemos concebir lo que pueden llegar a ser ni cuán grande obra pueden hacer.
Sé que el corazón humano está ciego con respecto a su verdadera condición; pero no puedo dejar sin hacer un esfuerzo por ayudarlo. Lo amamos, y queremos verlo progresar hacia la victoria. Jesús lo ama. El murió por usted y quiere que se salve. No deseamos obligarlo a quedar en; pero queremos que haga una obra cabal en beneficio de su propia alma, que corrija todos los males que haya allí y que haga todo esfuerzo posible para dominar el yo, no sea que pierda el cielo. Esto es algo que no debe permitir. Por amor a Cristo, resista al diablo y él huirá de usted. (97)

EL TRABAJO ES BENEFICIOSO PARA LA SALUD.-
Apreciados hermano y hermana I: Se me ha mostrado que se han equivocado con el trato que dispensan a sus hijos. El Dr. J les dio en ----- unas ideas de las que han hablado a los pacientes y a sus hijos. Tales ideas no deben ser puestas en práctica. Desde el punto de vista del Dr. J no serán objetables, pero desde el punto de vista cristiano son positivamente peligrosas. Las instrucciones que les ha dado el Dr. J para que eviten constantemente el trabajo físico han demostrado ser un perjuicio para muchos. El sistema de "no hacer nada" es peligroso. La necesidad de diversiones que él enseña y pone en práctica en sus pacientes es una falacia. Son un sustituto del ejercicio físico útil y saludable y el trabajo físico destinado a pasar el tiempo y mantener ocupada la mente. Las diversiones que recomienda el Dr. J excitan el cerebro y no son un empleo útil.
El ejercicio físico y el trabajo, combinados, ejercen una feliz influencia en la mente, fortalecen los músculos, mejoran la circulación y dan al inválido la satisfacción de conocer su resistencia; por lo tanto, si se le restringen el ejercicio físico útil y el trabajo, su atención se volverá hacia sí mismo. Corre el peligro constante de creer que se encuentra en un estado peor de lo que es en realidad y de abrigar ideas enfermizas que le hagan temer continuamente que está superando el límite de su resistencia. Por lo general, si se Incorporara a una tarea bien dirigida, usando su fuerza sin abusar de ella, descubriría que el ejercicio físico se revela como un agente más poderoso y efectivo para su recuperación que el tratamiento por agua que está recibiendo ahora.
La inactividad de las fuerzas físicas y mentales, en la medida que se involucra el trabajo útil, mantiene a muchos inválidos en una condición de debilidad en la que se sienten impotentes para levantarse. También les da oportunidad para ser indulgentes con una imaginación impura y tal indulgencia los ha llevado a su presente condición de debilidad. Se les ha dicho que han invertido demasiados esfuerzos en el trabajo duro mientras que en nueve de cada diez casos el trabajo que desempeñaban era la única actividad redentora de sus vidas y era un medio de salvación de la ruina (98) total. Mientras sus mentes estuvieran ocupadas no tendrían oportunidad de degradar sus cuerpos y de completar la labor de autodestrucción. Hacer que todas esas personas abandonen el trabajo mental y físico es darles amplias oportunidades para que caigan cautivos de las tentaciones de Satanás.
El Dr. J ha recomendado que ambos sexos se mezclen; ha enseñado que la salud mental y física requiere que se asocien estrechamente. Esas enseñanzas son causa de gran daño para los jóvenes y los niños inexpertos y una gran satisfacción para los hombres y las mujeres de carácter cuestionable, cuyas pasiones nunca han sido sujetas a control alguno, quienes, por tal causa, sufren ahora de desórdenes debilitadores. A estas personas se les ha indicado que, desde el punto de vista de la salud, deben

esforzarse en buscar la compañía del sexo opuesto. Así, ante ellos se abre una puerta a la tentación, en sus corazones la pasión ruge como un león, toda consideración es desoída y todo lo noble y elevado se sacrifica a la concupiscencia. Éste es un tiempo en el que el mundo rebosa de corrupción. Si los cuerpos y las mentes de los hombres y las mujeres se encontraran en una condición saludable, si las pasiones animales se sujetaran al poder superior de la mente, sería seguro enseñar que los niños, y los jóvenes de más edad, se beneficiarían más de mezclarse en sociedad.

Si las mentes de los jóvenes de nuestro tiempo fueran puras y estuvieran libres de corrupción, las muchachas tendrían una influencia suavizadora sobre las mentes y los modales de los muchachos, y los muchachos, con su naturaleza más fuerte y firme, tenderían a fortalecer y ennoblecer el carácter de las jovencitas. Pero es un hecho doloroso que no hay ni aun una muchacha entre cien que tenga una mente pura y que no hay ni un muchacho entre cien de moral irreprochable. Muchos de edad más avanzada han llegado tan lejos en la disipación que se han contaminado en cuerpo y mente. La corrupción se ha apoderado dé muchas personas que son consideradas como caballeros refinados y bellas damas. No es tiempo de recomendar que la mezcla de los sexos sea beneficiosa para la salud tal como se practica en la sociedad. La maldición de esta era corrupta es la ausencia de verdadera virtud y modestia. (99)

Dr. J, ha expresado estas ideas en público. Los jóvenes las han oído y sus indicaciones han tenido tanta influencia sobre sus propios hijos como sobre los otros. Habría/ sido mejor que hubiera dejado esas ideas en -----. El trabajo excesivo es perjudicial para el crecimiento de los jóvenes; pero mientras centenares han roto su constitución a causa del sobreesfuerzo que provoca la dedicación exclusiva al trabajo duro, la inactividad, el exceso de comida y la delicada ociosidad han demostrado ser la semilla de la enfermedad en miles que se dirigen apresuradamente hacia la rápida decadencia.

La razón por la cual los jóvenes tienen la mente y los músculos tan débiles es que apenas participan de alguna tarea útil. "He aquí que ésta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad tuvieron ella y sus hijas; y no fortalecieron la mano del afligido y del menesteroso. Y se llenaron de soberbia, e hicieron abominación delante de mí, y cuando lo vi las quité".

Hay algunos jóvenes en esta era de depravación que ni siquiera pueden seguir los estudios necesarios para obtener una educación común. ¿Por qué? ¿Por qué los niños se quejan de vértigo, dolor de cabeza, de nariz sangrante, de palpitaciones y sensación -e laxitud y debilidad general? ¿Lo deberíamos atribuir al estudio atento? Los padres indulgentes y protectores en exceso se compadecerán de sus hijos porque se imaginan que sus lecciones son una ardua tarea y que su aplicación a los estudios arruina su salud. Cierto, no es aconsejable sobrecargar la mente de los jóvenes con demasiados estudios de excesiva dificultad. Pero, padres, ¿acaso solo han adoptado la idea que sus hijos han sugerido y no han profundizado al respecto? ¿Acaso no han dado crédito demasiado fácilmente a la aparente razón de su indisposición? Los padres y los cuidadores están obligados a buscar las causas de este mal más allá de la superficie.

En noventa y nueve de cada cien casos, si se investigara, se revelaría que, además de la imposición del estudio, hay otras causas que perjudican a los niños, sus propios malos hábitos privan al cerebro y al cuerpo de su energía vital. El sistema nervioso ha sido dañado por la frecuente excitación, y se han puesto los cimientos (100) para una decadencia prematura y cierta. El vicio solitario está matando a miles, y aun a decenas de miles.

Los niños deberían tener ocupado su tiempo. El trabajo mental adecuado y el ejercicio físico al aire libre no dañarán la constitución de sus muchachos. El trabajo útil y la familiaridad con los misterios del trabajo doméstico serán beneficiosos para sus muchachas, así como también es útil para su constitución y su salud que desempeñen alguna actividad al aire libre. Es necesario enseñar a trabajar a los niños. La industria es la mayor bendición que los hombres, las mujeres y los niños pueden recibir.

Se ha equivocado en la educación de sus hijos, ha sido demasiado indulgente. Los ha cubierto de favores y los ha excusado del trabajo hasta tal punto que para algunos de ellos puede llegar a ser

desagradable. La inactividad, la falta de un empleo bien regulado, los ha perjudicado en gran manera. Las tentaciones están por todas partes, listas para arruinar la juventud de este y el próximo mundo. El único camino seguro es el de la obediencia.
Ha sido ciego ante el poder que el enemigo tenía sobre sus hijos. El trabajo doméstico, aun hasta la extenuación, no los habría perjudicado ni la mitad que los hábitos indolentes. Habrían escapado a muchos peligros si hubiesen sido instruidos en un período temprano para que ocuparan su tiempo con el trabajo útil. Su actitud no sería tan desasosegada ni estarían tan ansiosos por cambiar y entrar en la sociedad. Habrían escapado a muchas tentaciones vanas de embarcarse en diversiones inútiles, lecturas frívolas, conversaciones ociosas y otras actividades sin sentido. Su tiempo habría pasado más satisfactoriamente y sin tantas tentaciones al buscar la asociación con el sexo opuesto y exponerse a un mal camino. La vanidad y la afectación, la inutilidad y el pecado cierto, son el resultado de esta indolencia. Los padres, y en especial usted más concretamente, han adulado a sus hijos y han sido indulgentes con ellos para gran perjuicio suyo.

ORGULLO Y AUTOCOMPLACENCIA.-
Apreciado hermano, ha cometido un grave error al presentarse a sus pacientes en el consultorio como suele hacer, exaltándose a (101) sí mismo y a su esposa. Sus propios hijos han sacado lecciones de esto que han dado forma a sus caracteres. Ahora no le será fácil corregir las impresiones que han sido dejadas. Son orgullosos y complacidos de sí mismos. Piensan que por ser sus hijos son superiores a los demás. Se ha sentido ansioso porque temía que las personas no expresaran el debido respeto a su cargo de médico del Instituto de Salud. Esto ha mostrado una vena de debilidad que ha impedido su avance espiritual. También le ha provocado celos de los demás, por temor de que puedan suplantarlo o no valorar correctamente su cargo y valía. También ha ensalzado a su esposa, presentándola a los pacientes como una criatura superior. Ha sido un poco ciego; le ha otorgado un crédito por unas calificaciones que ella no posee.
Recuerde que su valor moral reside en sus palabras, sus actos y sus pensamientos. Nunca se pueden esconder, sino que lo pondrán a la altura justa ante sus pacientes. Si manifiesta interés por ellos, si dedica toda su labor a ellos, lo sabrán y usted disfrutará de su confianza y su amor. Pero si saben que no les ha dedicado una atención y un cuidado especiales, la palabrería no hará que crean que su arduo trabajo por ellos lo ha extenuado y ha agotado su vitalidad. Los pacientes expresan confianza y amor por aquellos que manifiestan un especial interés en ellos y trabajan por su recuperación. Si hace esta obra que no puede quedar pendiente, por la que los pacientes pagan su dinero, no necesitará buscar la estimación y el respeto con las palabras: los tendrá en la medida en que desempeñe su labor.
No está libre de orgullo y, por lo tanto, no ha recibido la bendición que Dios da a sus obreros humildes. Su interés ha estado dividido. Ha dedicado tantos esfuerzos a cuidar de usted mismo y los suyos que el Señor no ha tenido ninguna razón especial para trabajar y cuidar especialmente de usted. Sus acciones al respecto lo ha descalificado para su cargo. Hace un año vi que se sentía competente para dirigir solo el Instituto. Si fuera el propietario y el único en sacar provecho o perjuicio de sus ganancias y pérdidas, vería que su deber es tener especial cuidado de que no haya pérdidas y de que los pacientes ingresados en obra de caridad no agoten los recursos del Instituto. Abriría una investigación y no permitiría (102) que ni uno de ellos estuviera ingresado una semana más de lo estrictamente necesario. Descubriría muchas maneras de reducir gastos y conservar la propiedad del Instituto. Pero usted es un simple empleado y el celo, el interés y la capacidad que piensa que tiene para gobernar una institución de ese tipo brillan por su ausencia. Los pacientes no reciben los cuidados por los que han pagado y tienen derecho a esperar.
Se me mostró que rehuye frecuentemente dar consuelo y consejo a aquellos que están imposibilitados. Me fue presentado como aparentemente indiferente, más impaciente que dispuesto a escuchar lo que le decían sus pacientes, que para ellos era de suma importancia. Parecía que tenía mucha prisa y los

apartaba a un lado para volver a verlos en un tiempo futuro, mientras que unas pocas palabras de comprensión y aliento habrían tranquilizado miles de temores y la paz y el consuelo habrían ocupado el lugar de la inquietud y la desdicha. Parecía que teme hablar con los pacientes. No se preocupaba por sus sentimientos, sino que se mantenía frío y distante, cuando debiera haber manifestado más cordialidad. Se mostraba demasiado distante e inalcanzable. Ellos lo miraban como los niños miran a su padre, y tienen el derecho de esperar y recibir una atención que usted no les prodiga. Entre usted y la labor que su cargo requiere que desempeñe se interpone el "yo y los míos". Los pacientes y sus colaboradores necesitan frecuenten ente de su consejo. Pero no se sienten inclinados a acudir a usted, no se sienten libres de hablar con usted.

Ha intentado mantener una dignidad inmerecida. En su esfuerzo, no ha alcanzado el objetivo, sino que ha perdido la confianza y el amor que debería haber ganado de no haber sido tan arrogante y más bien manso y humilde. La verdadera dedicación y consagración a Dios hará que tenga un lugar en el corazón de todos y lo revestirá de una dignidad no presumida, sino genuina. Se ha enaltecido con las palabras de aprobación que ha recibido. Su modelo debe ser la vida de Cristo. De ella debe aprender que debe hacer el bien en cualquier lugar que ocupe. Cuando tenga cuidado de los demás, Dios cuidará de usted. La Majestad del cielo no evitó la fatiga. Anduvo de un lugar a otro para beneficiara los desvalidos y a los sufrientes. Aunque tenga algún conocimiento, entienda de algún modo el sistema humano (103) y siga la pista de las enfermedades hasta sus causas mismas —aunque hable las lenguas de los hombres y los ángeles—, si no tiene las cualidades necesarias, todos sus dones carecerán de valor. Reciba el poder de Dios que sólo obtienen quienes ponen en Él su confianza y se consagran a la labor que les ha encomendado. Cristo debe formar parte de su conocimiento. Considere la sabiduría del Redentor en lugar de la suya propia. Cuando lo haga, entenderá cómo puede ser una luz en las salas de los enfermos. Le falta libertad de espíritu, poder y fe. Su fe es débil por falta de ejercicio, no es vigorosa ni sana. Sus esfuerzos por los que están enfermos de cuerpo y corazón no tendrán el éxito que debieran, los pacientes no ganarán la fuerza física y espiritual que debieran, si no va acompañado de Jesús en sus visitas. Acompáñese de sus palabras y sus obras. De ese modo sentiría cómo aquellos a quienes sus palabras y oraciones han bendecido lo bendecirían a usted.

No ha sentido su total dependencia de Dios en su ineficiencia y flaqueza, no cuenta con su sabiduría y gracia especiales. Se preocupa, teme y duda porque ha trabajado demasiado confiando en sus propias fuerzas. En Dios puede prosperar. En la humildad y la santidad encontrará gran paz y fuerza. Quienes se dan cuenta de su propia debilidad y oscuridad brillan con más intensidad porque hacen de Jesús su justicia. Su fuerza debería proceder de su unión con él. No se canse de hacer el bien.

La Majestad del cielo invita a todos los que están cansados: -Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mat. 11:28). A veces la carga parece tan pesada y el yugo tan humillante porque se ha puesto por encima de la mansedumbre y la humildad que poseía nuestro divino Señor. Abandone la gratificación y el enaltecimiento propios; antes bien permita que su yo se esconda en Jesús y aprenda de él que le ha invitado y le ha prometido descanso.

Vi que el Instituto de Salud nunca prosperará mientras quienes ocupan cargos de responsabilidad relacionados con él están más interesados en ellos mismos que en la institución. Dios quiere hombres y mujeres sencillos como obreros de su causa; quienes (104) se hagan cargo del Instituto de Salud han de tener una visión general de todos sus departamentos y practicar la prudencia en la economía, vigilando los pequeños gastos y previniendo las pérdidas. En pocas palabras, tendrían que ser tan cuidadosos y juiciosos en su cargo como si ellos mismos fueran los verdaderos propietarios.

Se ha atormentado con el sentimiento de que esto o aquello no eran de su incumbencia. Todo lo que está relacionado con el Instituto es asunto suyo. Si hay algo que tiene que atender pero no puede ocuparse de ello correctamente, porque lo reclaman en otros asuntos, pida la ayuda de alguien que pueda atender esos asuntos inmediatamente. Si esta tarea es demasiado pesada para usted, tendría que

renunciar a su puesto de responsabilidad y su lugar debería estar ocupado por alguien que pueda cumplir correctamente con todos los deberes.
En su consultorio frecuentemente ha impuesto a los pacientes y asistentes cargas innecesarias y atenciones hacia su persona mientras que, al mismo tiempo, vi que usted no cumplía con la mitad de los deberes que recaían sobre usted como médico. No atendía adecuadamente los casos de los enfermos que estaban a su cuidado. Los pacientes no son ciegos; perciben su negligencia. Están lejos de sus hogares y hacen un gran sacrificio para recibir los cuidados y los tratamientos que no pueden recibir en sus casas. Todas esas reprimendas que dispensa en el consultorio son perjudiciales para la institución y desagradan a Dios.
Es verdad que tiene que soportar pesadas cargas, pero en muchos casos ha echado la culpa sobre los pacientes y a los asistentes cuando, en realidad, la causa estaba en su propia familia, que requiere su constante ayuda pero, a cambio, no lo ayuda en nada. Nadie de su familia le echa una mano o le dice palabras de aliento. Si estuviera libre de cargas fuera del Instituto, podría soportar sus obligaciones con mucha más facilidad y sus fuerzas no se verían mermadas. Es su deber tener cuidado de su familia, pero no es preciso que ellos sean tan inútiles ni una carga tan grande para usted. Si quisieran, podrían ayudarlo.
También es su deber conservar su salud, y si los cuidados que debe dispensar a su familia son tan grandes que sobrecargan el (105) trabajo en el que está comprometido y es incapaz de dedicar el tiempo y la atención a los pacientes y al Instituto de Salud, su deber real, es renunciar a su cargo y buscar un lugar en el que pueda hacer justicia a su familia, a usted mismo y a las responsabilidades que asuma. El cargo que ahora ocupa es importante. Requiere un intelecto despierto, fuerza mental, nervios templados y músculos firmes. Para tener éxito en el trabajo es necesaria una dedicación honesta; nada que esté por debajo de esto hará que la institución prospere. Para ser una institución viva debe tener trabajadores vivos y desinteresados que la conduzcan.
Hermana I, no ha sido la ayuda para su esposo que tendría que haber sido. Ha dedicado la mayor parte de su atención a sí misma. No se ha dado cuenta que tiene que despertar sus energías dormidas para alentar y fortalecer a su esposo en sus tareas, o para bendecir a sus hijos con una correcta influencia. Si hubiera sido diligente para atender los deberes que Dios le encomendó, si hubiera ayudado a su compañero a soportar la carga y se hubiera unido a él para disciplinar adecuadamente a sus hijos, el orden de cosas en su familia habría cambiado.
Pero se ha rendido a sentimientos oscuros y tristes que, en lugar de iluminarla con la luz del sol, han traído densos nubarrones a su morada. Ha cerrado el paso a la esperanza y a la alegría y su influencia sobre aquellos que tendría que haber ayudado con palabras y actos amables, ha sido depresiva. Todo esto es resultado de su egoísmo. Ha exigido la atención y la compasión de su esposo y sus hijos y no se ha dado cuenta de que su deber es apartar su mente de sí misma y trabajar por la felicidad y el bienestar de ellos. Ha permitido que la impaciencia se adueñe de usted y ya regañado a sus hijos con rudeza. Esto los ha confirmado en el mal camino que habían emprendido y ha cortado los vínculos de afecto que deben unir los corazones de padres e hijos.
Le ha faltado autocontrol y ha censurado a su esposo en presencia de sus hijos, con menoscabo de la autoridad que ambos deberían tener sobre ellos. Ha sido muy débil. Cuando sus hijos se le han acercado quejándose de los demás, no ha dudado en ponerse en su favor e, insensatamente, ha censurado y culpado a quienes eran objeto de sus quejas. Por eso, en la mente de sus hijos (106) ha aparecido la disposición a murmurar contra aquellos que no les prestan la deferencia que ellos se imaginan que merecen. Indirectamente, ha favorecido este espíritu en lugar de silenciarlo. No se ha comportado con sus hijos con la firmeza y la justicia debidas.
Ha pasado por pruebas. Su mente se ha visto sometida a presión. Se ha sentido desanimada, pero ha descargado esta infelicidad injustamente sobre los otros. Debe buscar la causa principal en sí misma. No ha sabido hacer que su hogar fuera lo que debería ser ni lo que debería haber sido. Aún está a

tiempo de corregir sus faltas. Salga de esa reserva fría y obstinada. Antes que exigir amor, délo; cultive la alegría; permita que el sol brille en su corazón y brillará sobre todos los que la rodean; haga que sus modales sean más sociables; intente ganarse la confianza de sus hijos para que puedan acudir a usted en busca de consejo; aliente en ellos la humildad y la generosidad, y sea un buen ejemplo para ellos.
Queridos hermano y hermana, despierten a las necesidades de su familia. No se enceguezcan, afronten la tarea unidos, calmados, en oración y con fe. Pongan en orden su casa y Dios bendecirá sus esfuerzos. (107)

LA INFLUENCIA DEL ENTORNO SOCIAL.-
El 10 de Diciembre de 1872 se me mostró el estado de la familia del hermano K. Fue un cristiano sincero y amante de la verdad, pero bebió del espíritu del mundo. Cristo dijo: "Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón" (Mat. 6:21). Hermano K, su tesoro terrenal reclama su interés y atención hasta tal punto que no encuentra tiempo para servir a Dios; aunque su esposa esté disgustada porque usted dedica tan mísera atención a Dios. Su corazón es presa de una insana mundanalidad. Ninguno de ustedes dedica tiempo suficiente a la meditación y a la oración. Le roban su servicio diario a Dios y ustedes mismos se enfrentan a una pérdida aún mayor que un tesoro terrenal.
Hermana K, está aún más alejada de Dios que su esposo. Su conformidad con el mundo ha expulsado al Salvador de su corazón. Ya no tiene un lugar entre sus afectos y usted está poco inclinada a orar y a buscar en su corazón. Se rinde a la obediencia del príncipe de las potencias de las tinieblas. "Si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia" (Rom. 6:16).
Hermana K, no sabe qué está haciendo. No se da cuenta de que al apartar a su esposo de la verdad se enemista con su Creador. Su atención está puesta en las ventajas que da el mundo. No ha cultivado el amor por la devoción, sino que se complace con la agitación v las prisas del trabajo para adquirir nuevas riquezas. Está absorta m su deseo de ser como el mundo para poder recibir la felicidad que da el mundo. Sus ambiciones e intereses terrenales son mayo-es que su deseo de justicia y de tener parte en el reino de Dios.
Malgasta su precioso tiempo de prueba en el trabajo por su Bienestar terrenal, en vestirse, en comer y en beber según las maneras del mundo. ¡Cuán insatisfactoria, cuán mísera es la recompensa obtenida! En sus ansias y cuitas mundanas carga con un yugo mayor que aquel que su Salvador jamás le ha propuesto llevar. Su Redentor la invita: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y (108) hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mat. 11:28-30). Hermana, Cristo pondrá a sus pies la pesada carga que usted soporta y someterá su obstinado cuello a su yugo ligero.
¿Qué sucedería si su tiempo de prueba se acabara ahora mismo? ¿Cómo resistiría la investigación del Maestro? ¿Cómo ha empleado los talentos y medios de influencia que Dios le prestó para que los usara sabiamente para honrarlo y glorificarlo? Dios le dio la vida y sus bendiciones para que hiciera el bien a otros y no para usarlos en beneficio propio, buscando el placer y la gratificación egoísta. El Maestro le confió unos talentos para que los invirtiera, de modo que, cuando le pidiera que se los devolviera, junto con el capital recibiera los intereses. Le fueron dados influencia y medios para probarla, para revelar lo que abriga su corazón. Debió haberlos usado para ganar almas para Cristo y hacer que avance la causa del Redentor. No lo hizo y cometió un terrible error. Cada día que dedica a su propia persona y a complacer a sus amigos, cediendo a su influencia, amando el mundo y olvidándose de su mejor Amigo, el cual murió para darle la vida, está sufriendo una gran pérdida.
Hermana K, pensó que no era bueno ser diferente de aquellos que la rodean. Vive en una comunidad que fue probada con la verdad y la rechazó. Ha unido sus intereses y afectos con los de ellos hasta el punto de haberse convertido en una más de ellos. Ama su sociedad, pero no es feliz aun cuando se

engañe diciendo que lo es. En su corazón se ha dicho: "Servir a Dios es vano. ¿Qué provecho saco de guardar sus ordenanzas y andar llorosa delante del Señor de los ejércitos?"

No es asunto banal para una familia ser los representantes de Jesús y guardar los mandamientos de Dios en una comunidad descreída. Se nos exige que seamos epístolas vivientes, conocidas y leídas por todos los hombres. Esta posición conlleva temibles responsabilidades. Para vivir en la luz debe ir allí donde brilla la luz. El hermano K ha de sentirse solemnemente obligado a asistir con su familia, al menos, a las reuniones anuales de aquellos que aman la verdad, aun a costa de cualquier sacrificio. Saldrían reforzados, él y su familia, y serían aptos para resistir en las pruebas. No es nada beneficioso para ellos que renuncien al privilegio de unirse (109) a aquellos que aman la fe; porque la verdad pierde importancia en sus mentes, sus corazones se sumen en las tinieblas y ya no son vivificados por su influencia santificadora y se reduce su espiritualidad. No reciben la fuerza de las palabras del predicador viviente. Los pensamientos y los negocios mundanos empujan constantemente sus mentes para que excluyan los temas espirituales.

La fe de la mayoría de los cristianos se desvanecerá si constantemente descuidan reunirse en asamblea y orar. Si les fuera imposible gozar de ese privilegio religioso, Dios se valdría de sus ángeles para enviar luz del cielo, para animar, alentar y bendecir su pueblo disperso. Pero no es su propósito obrar un milagro para sustentar la fe de sus santos. Se les pide que amen suficientemente la verdad, de modo que puedan soportar algunos sufrimientos para obtener los privilegios y las bendiciones que Dios les promete. Lo mínimo que pueden hacer es dedicar algunos días del año para unir esfuerzos en beneficio del avance de la causa de Cristo e intercambiar consejos amables y amistad.

Muchos dedican casi todo su tiempo en sus propios placeres y asuntos temporales y escatiman los pocos días que pasan fuera de sus hogares y el gasto que representa desplazarse lejos para unirse a aquellos que se han reunido en asamblea en nombre del Señor. La Palabra del Señor define la codicia como idolatría; ¡cuántos idólatras hay incluso entre aquellos que profesan ser seguidores de Cristo!

Es preciso que nos reunamos y demos testimonio de la verdad. El ángel de Dios dijo: "Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre. ‘Y serán para mí especial tesoro', ha dicho Jehová de los ejércitos, 'en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve'" (Mal. 3:16-17).

Por lo tanto, vale la pena aumentar los privilegios que están a nuestro alcance y, aun a costa de algún sacrificio, unirnos a aquellos que temen a Dios y hablan por él, porque se nos dice que escucha los testimonios mientras los ángeles escriben en los libros. Dios se acordará de aquellos que se hayan unido para pensar en su nombre y los protegerá de la gran conflagración. A sus ojos serán (110) como un tesoro precioso, pero su ira caerá sobre la desprotegida cabeza de los pecadores. Servir a Dios no es ninguna nimiedad. Quienes dediquen la vida a su servicio recibirán una recompensa que no tiene precio. Estimados hermano y hermana, se han ido sumiendo gradualmente en la oscuridad hasta que, casi imperceptiblemente, se ha convertido en luz para ustedes. De vez en cuando un débil resplandor penetra en las tinieblas y despierta sus mentes; pero las influencias que los rodean apagan el diminuto rayo de luz y la oscuridad parece aún más densa que antes.

Habría sido mejor que, para su bienestar espiritual, hubieran cambiado de residencia hace ya algunos años. La luz de la verdad ha probado la comunidad en la que viven. Unos pocos recibieron el mensaje de gracia y advertencia y muchos lo rechazaron. Otros no lo aceptaron porque había que cargar una cruz. Adoptaron una posición neutra y pensaron que harían bien en no combatir contra la verdad, pero la luz que no quisieron recibir se transformó en tinieblas. Se esforzaron por acallar sus conciencias diciendo al Espíritu del Señor: "Ahora vete; pero cuando tenga oportunidad te llamaré" (Hechos 24:25). Esa oportunidad nunca llegó. Desaprovecharon una oportunidad de oro que nunca volvió a cruzarse en sus vidas, porque el mundo ha apagado la luz que rechazaron. Sus mentes y sus corazones están

absortos en los intereses de esta vida y los encantos de los placeres excitantes, mientras que rechazan y olvidan a su mejor Amigo, el bendito Salvador.

Aunque posee excelentes cualidades naturales, sus amigos y familiares descreídos apartan de Dios a la hermana K. No aman la verdad y no sienten interés alguno por sacrificarse y negarse a sí mismos en beneficio de la verdad. La hermana K no se ha percatado de la importancia que tiene separarse del mundo, tal como ordenan los mandamientos de Dios. Su corazón se ha pervertido por lo que ven sus ojos y oyen sus oídos.

Juan el Bautista estuvo lleno del Espíritu Santo desde su mismo nacimiento; si hubo alguien que pudiera permanecer libre de las influencias corruptoras del tiempo en que vivió, ese era él. Aun así, no se aventuró a confiar en sus propias fuerzas; se separó de sus amigos y parientes para que sus afectos naturales no fuesen un escollo. No quiso exponerse innecesariamente a las tentaciones (111) ni al lujo o las comodidades de la vida para que no lo indujeran a abandonarse en la gratificación de sus apetitos, de manera que su fuerza mental y física no se viera reducida. De otro modo, habría fracasado en el cumplimiento de la importante misión que vino a desempeñar.

Se sujetó a las privaciones y la soledad del desierto; allí pudo conservar el sagrado sentido de la majestad de Dios estudiando el gran libro de la naturaleza y se familiarizó con su carácter tal como se revela en sus maravillosas obras. Era un ambiente calculado para perfeccionar la cultura moral y mantener constantemente el temor del Señor ante él. Juan, el precursor de Cristo, no se expuso a las malas conversaciones y a las corruptoras influencias del mundo. Temía el efecto que pudieran tener sobre su conciencia y que el pecado no le pareciera poco pecaminoso. Prefirió tener su morada en el desierto, donde los sentidos no estarían pervertidos por el entorno. Deberíamos aprender del ejemplo de aquel a quien Cristo honró y de quien dijo: "Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista" (Mat. 11:11).

Los primeros treinta años de la vida de Cristo se sucedieron en el recogimiento. Los ángeles ministradores velaron por el Señor de la vida mientras éste andaba codo con codo con los campesinos y labradores entre las colinas de Nazaret, sin ser reconocido y sin recibir honores. Estos nobles ejemplos deberían ser nuestro modelo para evitar las influencias malignas y alejar de nosotros a aquellos que no viven correctamente. No nos engañemos diciéndonos que somos demasiado fuertes para que tales influencias nos afecten, sino guardémonos humildemente del peligro.

El antiguo Israel tenía la dirección especial de Dios para ser su pueblo y permanecer separado de todas las naciones. No tenían que estar sujetos a dar testimonio de la idolatría de aquellos que los rodeaban; de otro modo su corazón se corrompería y la con: a= que mostraban con las prácticas impías los haría parecer menos malvados a sus ojos. Pocos se dan cuenta de su debilidad y de que la pecaminosidad natural del corazón humano paraliza demasiado a menudo sus más nobles propósitos.

La amenazadora influencia del pecado envenena la vida del alma. Nuestro único refugio está en la separación de aquellos que (112) viven en sus tinieblas. El Señor nos ha ordenado que salgamos de entre ellos y nos mantengamos aparte, y que no toquemos nada impuro. Así nos recibirá y será nuestro Padre, y nosotros seremos sus hijos e hijas. Si queremos ser adoptados por la familia de Dios, ser hijos del Rey del cielo, tenemos que cumplir sus condiciones, tenemos que salir del mundo y mostrarnos ante el Señor como un pueblo peculiar, que lo sirve y obedece sus preceptos.

Lot escogió vivir en Sodoma porque vio que era ventajoso desde un punto de vista mundano. Pero después de haberse establecido y haberse enriquecido con tesoros terrenales se convenció de que había cometido un error al no haber considerado la situación moral de la comunidad en la que había establecido su casa.

Los sodomitas eran corruptos, a diario los oídos de Lot escuchaban conversaciones viles y su alma justa era vejada por una violencia y una criminalidad que no podía impedir. Sus hijas se volvieron como esas gentes malvadas, porque frecuentarlas había pervertido su moral. Al considerar todas estas

cosas, las riquezas mundanas que había amasado parecían empequeñecer y no valer el precio pagado por ellas. Las relaciones de su familia eran extensas porque sus hijas se habían casado con sodomitas.
Finalmente, la ira del Señor se volvió contra los malvados habitantes de la ciudad y los ángeles de Dios visitaron Sodoma para sacar a Lot con el fin de que no pereciera en la destrucción de la ciudad. Invitaron a Lot que sacara a su familia, su esposa y los hijos e hijas que se casaron en la malvada Sodoma y le dijeron que huyera del lugar. "Porque", dijeron los ángeles, "vamos a destruir este lugar, por cuanto el clamor contra ellos ha subido delante de Jehová; por tanto, Jehová nos ha enviado para destruirlo" (Gén. 19:13).
Lot salió y rogó a sus yernos. Repitió las palabras del ángel: "Levantaos, salid de este lugar; porque Jehová va a destruir esta ciudad" (Gén. 19:14). Pero a sus yernos sus palabras les parecieron una burla, porque habían vivido tanto tiempo en Sodoma que se habían convertido en partícipes de los pecados del pueblo. Sus esposos influyeron en las hijas de Lot para que creyeran que su padre estaba loco. Ya estaban bien donde estaban. Eran ricos y tenían muchas posesiones; no podían creer que la bella Sodoma, una tierra rica y fértil, fuera destruida por la furia de un Dios vengador del pecado. (113)
Lot volvió apenado a los ángeles y repitió la historia de su fracaso. Entonces los ángeles le ordenaron que se levantara, que tomara a su esposa y las dos hijas que todavía vivían en su casa y que abandonara la ciudad. Pero Lot estaba triste; la idea de dejar a sus hijas y a su esposa, porque rehusó irse sin ellas, casi le partió el corazón. Todos habrían perecido en la terrible ruina de Sodoma, de no ser que el Señor, en su gran misericordia, hubiera enviado a sus ángeles para rescatarlos.
Lot estaba paralizado por la gran calamidad que estaba a punto de ocurrir. Estaba estupefacto y entristecido por la idea de abandonar todo lo que amaba en la tierra. Como dudaba, los ángeles de Dios agarraron su mano, y las de su esposa y sus dos hijas, y los llevaron fuera de la ciudad, ordenándoles que huyeran para salvar sus vidas, sin mirar atrás ni quedarse en el valle, escapando hacia las montañas.
¡Cuán rebelde fue Lot para obedecer al ángel e ir tan lejos como fuera posible de la corrupta Sodoma que estaba sentenciada a ser destruida! Desconfió de Dios y suplicó poder permanecer en ella. La vida en esa ciudad malvada había debilitado su fe y su confianza en la justicia del Señor. Pidió que se le permitiera obrar según sus deseos, y no como se le pedía para que no lo venciera el mal y debiera morir. Los ángeles llegaron en una misión especial para salvar las vidas de Lot y su familia; pero Lot había vivido tanto tiempo rodeado de influencias corruptoras que su sensibilidad estaba embotada y no podía discernir las obras de Dios y sus propósitos; no podía abandonarse a sus manos para que él hiciera su oferta. Continuamente suplicaba por él mismo y esa falta de fe costó la vida de su esposa. Miró atrás, hacia Sodoma y, murmurando contra Dios, fue transformada en una estatua de sal para que permaneciera como una advertencia a todos aquellos que desprecian las gracias especiales y las providencias del cielo. Después de esta terrible retribución, Lot ya no se atrevió a reducir el paso, sino que huyó a las -montañas, siguiendo las instrucciones dedos ángeles. La conducta pecaminosa de sus hijas después de haber dejado Sodoma fue el resultado de las malignas confraternizaciones que se produjeron =entras estuvieron en la ciudad. Sus mentes confundían el sentido de lo correcto y lo incorrecto, y el pecado no les parecía tal. (114)
El ejemplo de Lot debería ser una advertencia para todos aquellos que desean vivir vidas piadosas; para que se separen de todas las influencias calculadas para inducirlos a apartarse de Dios. Lot permaneció tanto tiempo entre los malvados que solamente fue capaz de salvarse a sí mismo y a sus dos hijas, que también tenían la moral corrompida por su permanencia en Sodoma.
Las palabras de Dios son siempre claras y nunca deben ser tomadas con frivolidad. ¡Oh, cuántos mortales pecadores y cortos de vista regatean con Dios, con la esperanza de que se doblegue a sus intenciones, mientras que si se abandonaran sin reservas en sus manos él les daría la salvación y preciosas victorias!
Hermana K, corre el peligro de tomar decisiones que serían muy perjudiciales para usted, Dios le tiene destinada una tarea que nadie más puede hacer y si no la hace, su alma no se puede salvar. Dios la ama

y no desea que se pierda en la ruina general. La invita a abandonar esas cosas que impiden su progreso espiritual y a encontrar en él la fuerza y el consuelo que necesita. Usted tiene cargas que soportar y cuidados que dispensar a su familia que a menudo la apesadumbran. Pero si se ocupa únicamente de las cosas imprescindibles para su comodidad y felicidad temporales, encontrará tiempo para leer la Biblia en oración y con interés, y perfeccionará un carácter cristiano.

Hermano K, se ha enfrentado a muchos obstáculos, pero tiene que ser honesto y firme, y estar decidido a cumplir con su deber en la familia. Lléveselos de ahí si es posible. No debería escatimar esfuerzos para conseguir que le acompañen en su viaje al cielo. Pero si la madre y los hijos no escogen acompañarlo, sino que intentan alejarlo de sus deberes y privilegios religiosos, es su obligación seguir avanzando, aunque sea a solas. Tiene que vivir en el temor de Dios. Aumente las oportunidades de asistir a las reuniones y ganar toda la fuerza espiritual que pueda, porque la necesitará en los días que se avecinan. Las propiedades de Lot se consumieron. Si se tiene que enfrentara una pérdida, no se desanime; si es posible, salve una parte de su familia, es mucho mejor que perderla toda.

Queridos hermano y hermana, como padres, en gran medida son responsables de las almas de sus hijos. Los trajeron a la existencia y, por precepto y ejemplo, están obligados a conducirlos al (115) Señor y a los atrios celestiales. Deben grabar en sus mentes la idea de que sus intereses temporales carecen de importancia cuando se comparan con su bienestar eterno.

Sus hijos viven entre gentes mundanas y se están imbuyendo del amor por las vanidades de la vida. Su hijo L es un muchacho de naturaleza amable y espiritual; pero necesita el atento cuidado de una madre cuya experiencia diaria en la vida cristiana la acredite para aconsejarlo e instruirlo. Está en esa edad precisa en la que una madre tierna y juiciosa puede moldearlo con su influencia; pero temo, hermana K, que usted prefiere moldear a sus hijos según las modas del mundo y descuida enseñarles que la obra importante de la vida es formar caracteres que aseguren la inmortalidad.

Si L no desea familiarizarse con los temas religiosos y el cristianismo práctico, su vida será un error. Tendría que ver que necesita que lo eduquen en los asuntos espirituales, que puede poner todas sus habilidades al servicio de Dios. El Señor necesita jóvenes que trabajen en su viña. Los jóvenes no deben descuidar las materias fundamentales para su formación. Pero si dedican toda su atención al estudio secular, y no desean ser expertos en el gran tema de la religión, si no adquieren una experiencia cristiana, se descalifican para la obra de Dios. Aunque las ventajas de la educación puedan ser favorables, se necesita algo más que el conocimiento de los libros para salvar el alma y mover a otros al arrepentimiento. Dedicar un período de años exclusivamente a la adquisición de conocimiento científico no prepara para ser un obrero eficiente al servicio de Dios.

Los jóvenes tienen que dedicar mucho de su tiempo al estudio. Sin embargo, también deberían añadir el trabajo físico a sus esfuerzos mentales y poner en práctica el conocimiento que han obtenido para que, mediante el ejercicio útil, todas las facultades de la mente y la fuerza del cuerpo puedan desarrollarse por igual. No deberían descuidar los asuntos necesarios para su salvación ni considerarlos como algo secundario en la vida.

Queridos hermano y hermana, Dios ama a su familia y desea derramar sus bendiciones especiales sobre ustedes para que puedan ser instrumentos de justicia que dirijan a otros hacia el cielo. (116) Si se consagrara por completo a Dios, el hermano K podría hacer un gran bien en la comunidad que estuviera dispuesta a recibir y apreciar su consejo e influencia. Tenemos grandes esperanzas de que ambos corregirán aquellos aspectos de su vida que no están bien y renovarán la fe y la obediencia a Dios. Él les dará esa misma fuerza que prometió para ayudar a aquellos que invocan su nombre.

Joven hermano L, cometió un error en su vida. Al concentrarse en sus estudios descuidó el desarrollo de todas sus facultades. El crecimiento moral nunca debe ser ahogado por el esfuerzo de adquirir una formación, sino que debe ser cultivado en grado mucho mayor de lo que se suele considerar necesario. Apreciado joven, fue ambicioso para obtener los conocimientos. Esa ambición es digna de alabanza; pero para complacerla descuidó sus intereses eternos y los consideró secundarios. Dios y el cielo han

ocupado una posición subordinada en sus afectos. No observó las exigencias de la sagrada ley de Dios en su vida diaria. Mancilló la santidad del sábado e invadió ese tiempo sagrado, que no le pertenece, con las tareas de estudio y lo ocupó con sus propios propósitos. Dios dijo: “No hagas en él obra alguna" (Éxo. 20:10).

"Si retrajeres del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llamares delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre; porque la boca de Jehová lo ha hablado" (Isa. 58:13-14). Ha cedido a la inclinación y no ha atendido su deber permitiendo que sus estudios ocuparan el lugar supremo que corresponde a los mandamientos del Altísimo.

La organización de las reuniones campestres es muy costosa. En esas grandes reuniones, los ministros que propagan las verdades impopulares se esfuerzan en exceso por presentar el mensaje de misericordia del Redentor crucificado a los pobres pecadores caídos. Menospreciar o tratar con indiferencia esos mensajes es cercenar la misericordia de Dios y su sincero llamado de alerta. Su ausencia en esas reuniones ha sido muy dañina para su bienestar espiritual. No ha recibido la fuerza que podría haber obtenido al (117) escuchar la predicación de la palabra de Dios y mezclarse con los que creen en la verdad. Su mente se ha adormecido en una apatía fatal al respecto del bienestar de su alma. Ha puesto su educación secular por encima del conocimiento que se obtiene en la escuela de Cristo. La experiencia en la verdadera vida religiosa es necesaria para formar un carácter aceptable para Dios y conseguir virtudes tan puras que puedan presentar la luz del cielo.

¡Cuánta prontitud mostró para disciplinar su mente con el estudio y conocer bien sus libros de texto para poder aprobar un examen ante sus instructores, sus amigos y otros espectadores interesados! ¡Cuán ambicioso fue para demostrar que había sido un estudiante diligente y había empleado fielmente su tiempo en almacenar conocimientos útiles en su mente! Se esforzó en progresar en sus estudios con la misma sinceridad que mostró para obtener las alabanzas de sus amigos y sus profesores. Se ganó con justicia los honores que recibió en la universidad. ¿Pero cómo disciplinó la mente en la religión? Sin pensarlo, ¿no ha puesto el reino de Dios y su justicia por debajo de su progreso en la ciencia? Cierto, algunas facultades humanas fueron dadas con el propósito de ocuparlas principalmente en asuntos temporales, pero las capacidades superiores de la mente deberían estar consagradas completamente a Dios. Controlan al hombre y forman su vida y su carácter. Además de que usted no debería descuidar sus estudios seculares, tampoco tiene el derecho de otorgarles toda su atención, sino que debe dedicarse especialmente a las exigencias morales y espirituales de nuestro Padre celestial.

¡Cuán poco se preocupó por aumentar las ventajas religiosas que estaban a su alcance para obtener un conocimiento más profundo de las leyes de Dios! ¡Cuán poca determinación mostró por permanecer en ellas! Apenas se esforzó por ser un cristiano leal e inteligente. ¿Cómo puede usted estar preparado para superar la gran prueba, en la que todos los hechos y todas las palabras, así como los pensamientos más íntimos del corazón, serán abiertos ante el gran Juez y la congregación de los santos ángeles? Ambiciona poco obtener la preparación espiritual adecuada para resistir el examen minucioso de tan alta asamblea. ¿Cuál cree que será la decisión final según sus logros morales y religiosos? Esa decisión (118) es inapelable. ¿Qué honores se le reconocerán por su fidelidad en conservar la necesaria armonía entre la religión y las ciencias? ¿Se alzará como quien posee un coraje moral inquebrantable, que muestra excelencia en el conocimiento humano unido a un santo celo por Dios y la obediencia a su ley? Hermano, considere la sabiduría de Dios como el todo de todo. La religión tiene que ir de la mano de la ciencia para que su educación sea un medio santificado para hacer el bien y convertir a otros a la verdad. Cuanto más aprendemos en la escuela de Cristo, tanto más ansiosos estamos de avanzar en ese conocimiento. Toda nuestra ciencia, todo nuestro saber, son de escaso valora menos que la religión ennoblezca el carácter. Dios nos ha asignado deberes especiales a cada uno para que cumplamos con

ellos y la decisión sobre nuestro caso se tomará según la medida en que seamos fieles en su cumplimiento.
A menudo el Señor nos pone en situaciones difíciles para estimular más nuestros esfuerzos. A veces, su providencia prueba nuestra paciencia y nuestra fe con molestias especiales. Dios nos da lecciones de confianza. Nos enseña dónde debemos buscar fuerza y ayuda en tiempos de necesidad. Así obtenemos un conocimiento práctico de su divina voluntad, tan necesario para nuestra experiencia vital. La fe crece con fuerza en conflicto honesto contra la duda y el temor. Hermano, puede ser un conquistador si pone gran atención en sus caminos. Dedique su joven vida a la causa de Dios y ore porque tenga éxito. No cierre los ojos al peligro, sino prepárese con resolución para todas las dificultades que encontrará en su progreso cristiano. Reserve tiempo para la reflexión y la oración humilde y sincera. Sus talentos son numerosos y está esperanzado en sus éxitos futuros; pero, a menos que comprenda la debilidad de su corazón natural, sufrirá una decepción.
Se encuentra al comienzo mismo de la vida. Ha llegado a una edad en la que debe empezar a asumir sus propias responsabilidades. Éste es un período crítico de la vida. Ahora, en la juventud, está sembrando el campo de la vida. Aquello que siembre, eso recogerá. Según la semilla, así será la cosecha. Si es descuidado e indiferente al respecto de los asuntos eternos, será la causa de una (119) gran pérdida para usted mismo y con su influencia impedirá que otros cumplan con sus obligaciones ante Dios.
Ambos mundos se encuentran ante usted. ¿Cuál de ellos escogerá? Sea prudente y aférrese a la vida eterna. No se desvíe de la integridad, por más desagradables que puedan parecer sus deberes en la urgencia presente. Quizá le parezca que tendrá que hacer grandes sacrificios para conservar la pureza de su alma; pero no dude y siga avanzando en el temor de Dios y él bendecirá sus esfuerzos y los recompensará por millares. No rinda sus principios y privilegios religiosos a la gratificación de los deseos de sus amigos y parientes no consagrados. Está llamado a tomar partido por la verdad, aun cuando esté en oposición directa con aquellos que están estrechamente relacionados con usted. Que Dios impida que este último escollo llegue a poner a prueba su integridad en favor de la justicia.
Afiance los cimientos de su carácter cristiano en la Roca eterna de salvación. Sólo así la estructura será firme y sólida.
Esperamos que su madre los ayude, a usted y a sus hermanos y hermanas, en sus esfuerzos por perfeccionar verdaderos caracteres que sigan el modelo de Cristo. Tengan una preparación moral adecuada para la sociedad de los santos ángeles del reino de gloria. (120)

CONFLICTO DE INTERESES.-
Apreciados hermanos M: En la visión que se me dio el pasado enero, se me mostraron algunas cosas con referencia a ustedes dos. Se me mostró que no crecen en espiritualidad según es su deber y privilegio crecer. La grandeza de la obra y la amplitud de las providencias de Dios deberían conmover sus corazones. Cristo determinó que sus fieles hijos tendrían que ser la luz del mundo y la sal de la tierra. La vida santa, el ejemplo cristiano, de un buen hombre esparce una luz en la comunidad que se refleja en otros. Cuán grande sería entonces la influencia de una compañía de creyentes marchando todos en los mandamientos del Señor.
Dios ordenó la predicación de la palabra para levantar y convencer a los pecadores. Y cuando el predicador viviente ejemplifica con su propia vida la negación de sí mismo y los sacrificios de Cristo, cuando sus conversaciones y actos están en armonía con el Modelo divino, su influencia sobre los que escuchan su voz será poderosa. Pero todos no pueden ser maestros del mundo desde el púlpito. Las personas tienen distintos deberes, y todas tienen trabajo por hacer. Todos pueden ayudar a la causa haciendo aportes con generosidad para que las distintas ramas de la obra puedan avanzar,

proporcionando recursos para la publicación de folletos y periódicos que puedan ser esparcidos entre las personas para diseminar la verdad. Aquellos que dan dinero para promover la causa soportan una parte de la carga del trabajo. Son colaboradores con Cristo, porque Dios ha proporcionado hombres con posibilidades económicas para que las usen con propósitos sabios y santos. Son los instrumentos que el cielo ha ordenado para hacer el bien y los hombres deben poner esos talentos al abrigo de los cambistas.

Queridos hermanos, tengan siempre presente en sus mentes que son los mayordomos de Dios y que él los ha hecho responsables de los talentos temporales que les ha prestado para que los usen sabiamente para su honra y gloria. Busquen cuidadosamente en sus corazones e investiguen los motivos que les empujan a actuar. Se me mostró que el peligro está en su amor por las posesiones. Sus oídos no están prontos a escuchar el llamado del Maestro en la persona de sus santos y en las necesidades de su causa. No (121) son felices invirtiendo su tesoro en la empresa del cristianismo. Si desean un tesoro en el cielo asegúrenlo mientras tengan oportunidad. Si piensan que dedicar sus medios a la mayor acumulación de riquezas terrenales e invertir con escasez en la causa de Dios es más seguro, se sentirán satisfechos de recibir los tesoros celestiales de acuerdo con sus inversiones celestiales.

Desean que la causa de Dios progrese, pero sus esfuerzos en esa dirección son pocos. Si ustedes, y otros que profesan nuestra santa fe, pudieran ver cuál es su posición real y se dieran cuenta de la responsabilidad contraída con Dios, serían colaboradores sinceros de Jesús. "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente" (Mat. 22:37). No puede haber división de intereses, porque todo el corazón, toda el alma y toda la mente incluye a toda la persona.

El apóstol dice: "No sois vuestros. Porque habéis sido comprados por precio" (1 Cor. 6:19, 20). Cuando el pecador mísero y condenado estaba sujeto a la maldición de la ley, Jesús lo amó tanto que se dio a sí mismo por el transgresor. Lo redimió con la virtud de su sangre. No podemos dar el valor justo al precioso rescate pagado para redimir al hombre caído. Los mejores y más santos afectos del corazón deben ser devueltos para pagar tan maravilloso amor. Recibieron en préstamo los dones temporales que disfrutan para que ayudaran al progreso del reino de Dios.

Hablo del sistema de diezmos, que me parece tan precario. ¡Cuán vano es el esfuerzo de medir con reglas matemáticas el tiempo, el dinero y el amor ante un amor y un sacrificio sin medida! ¡Los diezmos para Cristo son una limosna tan mísera, un precio tan irrisorio, para pagar algo que costó tanto! Desde la cruz del calvario, Cristo pide una rendición incondicional. Prometió al joven rico que si vendía todo lo que tenía y lo daba a los pobres y después tomaba su cruz y lo seguía tendría un tesoro en el cielo. Todo lo que poseemos debería estar consagrado a Dios. La Majestad del cielo vino al mundo para morir en sacrificio por los pecados del hombre. El corazón humano es tan frío y egoísta que se aparta de un amor tan incomparable y se interesa en las cosas vanas de este mundo.

Cuando la autocomplacencia luche por vencerlos, tengan en la mente a Aquel que dejó los gloriosos atrios celestiales, se despojó (122) de las vestiduras reales por amor a ustedes y se hizo pobre para que por medio de su pobreza ustedes sean hechos ricos. ¿Menospreciarán ese gran amor y esa misericordia sin límites rechazando afrontar las dificultades y rehusando negarse a ustedes mismos por amor a él? ¿Se aferrarán a los tesoros de esta vida y desatenderán la ayuda en el avance de la obra de verdad?

En la antigüedad, los hijos de Israel, que habían caído en la degradación moral, recibieron la orden de ofrecer un sacrificio por toda la congregación con el fin de purificarlos. Ese sacrificio era una becerra alazana y representaba la ofrenda más perfecta que podía redimir de la contaminación del pecado. Fue un sacrificio especial destinado a purificar a todos aquellos que, intencionada o accidentalmente, habían tocado a un muerto. Todos los que de algún modo habían entrado en contacto con la muerte estaban considerados ceremonialmente impuros. Esto estaba destinado a ilustrar de manera gráfica a los hebreos que la muerte vino a consecuencia del pecado y es su representante. La única becerra, la única arca, la única serpiente de bronce, apuntan de manera clara a la única gran ofrenda, el sacrificio de Cristo.

La becerra tenia que ser alazana, símbolo de la sangre. Tenía que estar libre de mancha y defecto y no haber sido uncida a yugo alguno. Una vez más era el tipo de Cristo. El Hijo de Dios vino voluntariamente para cumplir la obra de expiación. No había ningún yugo de obligación que lo ligara, porque era independiente y estaba por encima de la ley. Los ángeles, como mensajeros inteligentes de Dios estaban bajo el yugo de la obligación, ningún sacrificio personal de su parte podría expiar la culpa del hombre caído. Solamente Cristo estaba fuera de las exigencias de la ley para tomar sobre sí la redención de la raza pecadora. Tenía poder para entregar su vida y volver a tomarla. "El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser iguala Dios como cosa a que aferrarse" (Fil. 2:6).

El Ser glorioso amó tanto a los pobres pecadores que tomó sobre sí la forma de un siervo para sufrir y morir en favor de los hombres. Jesús pudo haber permanecido a la diestra de su Padre, con la corona real en la sien y vistiendo las ropas reales. Sin embargo, escogió cambiar las riquezas, el honor y la gloria del cielo por la pobreza de la humanidad y su posición de alto mando por (123) los horrores del Getsemaní y la humillación de la agonía del Calvario. Se hizo varón de dolores y experimentado en quebrantos para, mediante el bautismo de sufrimiento y muerte, purificar y redimir un mundo culpable. "He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad" (Heb. 10:7) fue la gozosa exclamación.

La becerra del sacrificio fue conducida fuera del campamento y degollada de modo impresionante. Del mismo modo, Cristo sufrió fuera de las puertas de Jerusalén, porque el Calvario estaba fuera de los muros de la ciudad. Esto mostraba que Jesús no murió únicamente por los judíos, sino por toda la humanidad. Proclama al mundo caído que vino para ser su Redentor y lo exhorta a aceptar la salvación que ofrece. Con la becerra solemnemente sacrificada, el sacerdote, cubierto con vestiduras bancas y puras, tomó la sangre en sus manos tal como salió del cuerpo de la víctima y la aspergió siete veces en dirección al templo. "Teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura" (Heb. 10:21-22).

Quemaron el cuerpo de la becerra alazana hasta convertirlo en cenizas, signo de un sacrificio completo. Luego, un hombre no contaminado por el contacto con los muertos reunió las cenizas y las depositó en una vasija con agua procedente de un río. Después, el sacerdote tomó una vara de cedro con hisopo y grana y aspergió el contenido de la vasija sobre el tabernáculo y el pueblo congregado. Esta ceremonia se repitió varias veces con el fin de ser escrupulosos en la purificación del pecado.

Así, Cristo, en su justicia sin mácula, después de esparcir su preciosa sangre, entra en el lugar santo para purificar el santuario. Mí la grana es llevada al servicio de reconciliación de Dios con el hombre. A algunos, la ceremonia del sacrificio de la becerra les parecerá sin sentido, pero se hizo por orden de Dios y tiene un profundo significado que no ha perdido aplicación en el tiempo presente.

El sacerdote usó cedro e hisopo, los sumergió en el agua purificadora y aspergió a los que eran impuros. Simbolizaba la sangre de Cristo, derramada para purificarnos de las impurezas morales. Las aspersiones repetidas ilustran la meticulosidad con que el pecador (124) arrepentido debe llevar a cabo la obra. Tiene que consagrar todas sus posesiones. No sólo debe limpiar y purificar su alma, sino que debe esforzarse por consagrar a Dios su familia, su casa, sus propiedades y todas sus posesiones.

Después de que se purificara el tabernáculo con el hisopo, sobre la puerta de los que fueron purificados se escribió: %o soy mío, Señor, soy tuyo". Así debería ser con aquellos que profesan estar limpios por la sangre de Cristo. Dios no exige menos ahora que en los tiempos antiguos. En su oración, el salmista se refiere a esta ceremonia simbólica diciendo: "Purifícame con hisopo, y seré limpio, lávame, y seré más blanco que la nieve". "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí". "Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente" (Salmo 51:7, 10, 12).

La sangre de Cristo es eficaz, pero debe ser aplicada constantemente. Dios no sólo quiere que sus siervos usen los medios que ha dispuesto para ellos para glorificarlo, sino que desea que se consagren ellos mismos a su causa. Si ustedes, hermanos, se han vuelto egoístas y se están apartando del Señor, a

quien deberían entregarse alegremente en servicio, necesitan que se les aplique con urgencia la sangre del sacrificio y consagrarse ustedes y todas sus posesiones a Dios.

Muy respetados hermanos, no tienen la sincera y generosa dedicación a la obra de Dios que él les pide. Han dedicado su atención a los asuntos terrenales. Han ocupado la mente en negocios destinados a beneficiarlos a ustedes mismos. Pero Dios los llama a una unión más estrecha con él, para que así se amolden y se ocupen en su obra. En el antiguo Israel se declaró solemnemente que aquel hombre que rechazase la purificación y permaneciese impuro, fuera apartado de la congregación. Para nosotros tiene un significado especial. Si en la antigüedad los que eran impuros debían purificarse con la sangre aspergida, tanto más necesitan los que viven en los peligros de los últimos días y están expuestos a las tentaciones de Satanás que la sangre de Cristo se aplique a sus corazones. "Porque si la sangre de los toros y los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociados a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el (125) cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?" (Heb. 9:13-14).

Ambos tienen que hacer mucho más de lo que han hecho hasta ahora para sobrellevar las cargas de la obra del Señor. Les insto a que se levanten de su letargo, abandonen la idolatría de las cosas mundanas y, con sinceridad, se aseguren la herencia eterna. Trabajen mientras hay tiempo. No pongan en peligro sus almas desaprovechando las oportunidades que se les presentan. No den a sus intereses eternos una importancia secundaria. No pongan el mundo por delante de la religión, ni se esfuercen día tras día por obtener sus riquezas, mientras los amenaza el peligro de la bancarrota eterna. Cada día los acerca más al tributo final. Estén prontos para devolver los talentos que se les prestaron con los intereses obtenidos con su uso prudente.

No tienen capital suficiente para sacrificar el cielo o arriesgar su seguridad. No permitan que el engaño de las riquezas los lleve a descuidar su tesoro inmortal. Satanás es un enemigo implacable que siempre está presto a interponerse en su camino y se esfuerza en ponerles señuelos que los dirijan a la ruina. Estamos en un tiempo de espera. Cíñanse el lomo y enciendan las lámparas para poder esperar al Señor cuando regrese de las bodas, para que cuando venga y llame a la puerta puedan abrirle inmediatamente.

Hermanos, estén atentos a la primera vacilación de su luz, al primer descuido en la oración, al primer síntoma de desfallecimiento espiritual. "El que persevere hasta el fin, éste será salvo" (Mat. 10:22). Con el ejercicio constante de la fe y el amor los creyentes brillan como linternas en el mundo. Si sirven a Mamón a la vez que profesan servir a Dios no se preparan para la venida del Maestro. Cuando aparezca deberán presentarle los talentos que enterraron en la tierra, que descuidaron, abusando de ellos con malos usos; un amor dividido.

Ambos han profesado ser siervos de Cristo. Necesitan obedecer los consejos de su Maestro y ser fieles en el cumplimiento de su deber. "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios" (1 Juan 3:1). Ese amor no tiene comparación porque da a los hombres el rango de hijos de Dios. Por lo (126) tanto, el Padre espera que sus hijos lo obedezcan y requiere una disposición adecuada de las propiedades que ha puesto en sus manos. No las recibieron para su uso y disfrute personal, sino que son el capital de Dios puesto bajo nuestra responsabilidad.

Hijos del Señor, ¡cuán preciosa es la promesa! ¡Cuán completa es la expiación que el Salvador hizo de nuestras culpas! Con un corazón lleno de amor inmutable, el Redentor aún presenta su sangre derramada en beneficio del pecador. Las manos heridas, el costado perforado, los pies desollados, interceden elocuentemente por el hombre caído y su redención es adquirida a un precio infinito. ¡Qué gran condescendencia! Ni el tiempo ni los acontecimientos pueden desmerecer la eficacia del sacrificio expiatorio. Como la fragrante nube de incienso se elevaba aceptable hacia el cielo y Aarón aspergía la sangre sobre el trono de misericordia del antiguo Israel y purificaba al pueblo de la culpa, así también Dios acepta hoy los méritos del Cordero inmolado como un medio de purificación de la degeneración del pecado.

"Velad y orad, para que no entréis en tentación" (Mat. 26:41). Deberán librar duras batallas. Revístanse con toda la armadura de justicia y muéstrense fuertes y resueltos al servicio del Redentor. Dios no quiere ociosos en su campo, sino colaboradores de Cristo, centinelas vigilantes, valientes soldados de la cruz, prontos para la acción en favor de la causa por la que se alistaron.
La riqueza y el intelecto no dan la felicidad; sino el valor moral real y el sentido del deber cumplido. Pueden obtenerla recompensa del vencedor y levantarse ante el trono de Cristo para cantar su alabanza en el día de la asamblea de sus santos; pero sus vestiduras deben ser purificadas en la sangre del Cordero y la caridad debe cubrirlos como un manto para que sean encontrados limpios y sin mancha.
Juan dice: "Después de esto miré, y he aquí que una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: 'La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero'". "Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han (127) emblanquecido en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos" (Apoc. 7: 9-10, 14-17). (128)

AUTOALABANZAS.-
Apreciado hermano N: En la última visión se me presentó su caso. Se me mostró que su carácter cristiano tiene defectos que debe vencer antes de perfeccionar su santidad en el temor del Señor. Ama la verdad, pero necesita que la verdad lo santifique. No es soberbio o parco en hospitalidad o en el sostenimiento de la causa de la verdad, sino que su corazón abriga cierta soberbia. Se aferra a sus opiniones y pone sus propios juicios por encima de los de los demás. Corre el peligro de creerse superiora sus hermanos. Es exigente y tiende a llevara cabo sus ideas sin tener en cuenta a sus hermanos porque considera que su inteligencia y su experiencia son superiores a las suyas. En este punto no aplica la orden dada por los apóstoles: "Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo" (Fil. 2:3). Usted tiene sus ideas, sus propósitos y sus planes y se imagina que nunca pueden estar equivocados.
En el gobierno de su casa siempre ha tomado sobre sus espaldas demasiada carga. Si sus opiniones o sus planes se tuercen, en lugar de hacer concesiones o llegar a compromisos con quienes se le oponen, considerando que tanto ellos como usted tienen derecho a tener su propio juicio independiente, se siente herido y humillado. No puede soportar que su familia ponga en duda sus planes o haga sugerencias distintas de sus opiniones. La consecuencia de este desagradable estado es que su familia le ha sometido sus deseos y ha permitido que haga y deshaga a su gusto para conservar la armonía en el hogar. Por eso, su familia hace mucho que sufre pacientemente sus antojos. Le parece que esto es la observancia apropiada de su autoridad y considera que su gobierno es sensato y correcto.
Siempre que su obstinación por poner en práctica sus propios juicios contra viento y marea ha puesto a sus amigos a en completa oposición con usted y los ha obligado a sentirse menospreciados por su arbitrariedad, ha sentido y ha creído y se ha convencido de que toda esa oposición se debía a la instigación del enemigo. Por eso se ha empecinado aún más en poner en práctica sus ideas sin tener en cuenta los deseos de los demás. (129)
Corre el peligro de pasar por dificultades porque no está dispuesto a permitir la libertad de juicio y opinión de aquellos que lo rodean. Sería bueno que recordara que pueden tener en tan alta estima sus maneras y sus opiniones como usted tiene las suyas. Es muy fácil que, cuando censuramos a otros porque no están de acuerdo con nosotros, perdamos de vista este punto. Gobierna a los miembros de su familia con demasiada rigidez. Es muy puntilloso y los carga de preceptos y órdenes; y si, por ventura,

su opinión es distinta, se obstina aún más en actuar según sus ideas y demostrar que es el dueño indiscutible de su casa.
En apariencia, considera que basta con decir que una cosa debe ser hecha para que se haga del modo exacto en que usted indica. A menudo, su arbitrariedad pone sus ideas y juicios entre sus familiares y su propio sentido de lo correcto o apropiado según las circunstancias. Ha cometido un gran error al quebrantar la voluntad y el juicio de su esposa, requiriéndole que se rinda incondicionalmente a su sabiduría superior so pena de traer la discordia al hogar.
No gobierne los actos de su esposa ni la trate como alguien que depende servilmente de usted no se ponga jamás por encima de ella, ni se excuse diciendo: %o tiene experiencia y es inferior a mí". Deje de someter irracionalmente la voluntad de ella a la de usted, porque su esposa posee su propia individualidad que no se debe fundir con la de usted. He observado que muchas familias naufragaban a causa del despótico gobierno que la cabeza de familia ejercía, mientras que el diálogo y el consenso podrían haber sido los impulsores de la armonía y bienestar.
Hermano, usted presume de sí mismo. Ejerce su autoridad aun fuera de sus propios dominios. Se imagina que conoce la mejor manera de hacer el trabajo de la cocina. Tiene sus peculiares ideas abre el funcionamiento del departamento de trabajo y espera que los demás se adapten como máquinas a tales ideas y observen el orden específico que le complace.
Los esfuerzos por conseguir que sus amigos se rindan mansamente a su voluntad son fútiles y vanos. Ninguna mente ha sido moldeada del mismo modo, y no está bien que así sea; porque si fueran idénticas habría menos armonía y adaptabilidad natural de (130) los unos con los otros que ahora. Sin embargo, se nos representa como miembros de un cuerpo unidos en Cristo. Ese cuerpo está compuesto por varios miembros y ninguno de ellos puede desempeñar exactamente la misma función que otros. Los ojos ven, y no tiene sentido que desempeñen la función de las orejas, que están destinadas a oír. Tampoco las orejas pueden suplantar a la boca, ni la boca tomar las funciones de la nariz. Aun así, todos los órganos son necesarios para un todo perfecto y trabajan en hermosa armonía. Las manos tienen su trabajo, y los pies el suyo. Unos no dicen a los otros: "Sois inferiores a nosotros. Las manos no pueden decir a los pies: "No os necesitamos". Pero todos están unidos al cuerpo para desempeñar su tarea específica y merecen el mismo respeto porque contribuyen al confort y la utilidad del todo perfecto.
Ninguno de nosotros puede tener las mismas ideas ni las mismas opiniones. Pero debemos ser una bendición para los demás; de modo que allí donde uno no llega, otro pueda suplir la necesidad. Su carácter tiene algunas deficiencias y desviaciones que harían recomendable que entrara en contacto con una mente organizada de modo distinto; de esa manera se equilibraría adecuadamente la suya. En lugar de ejercer una supervisión tan exclusiva, consulte con su esposa y lleguen a tomar decisiones de común acuerdo. No permite el esfuerzo independiente de su familia. Con demasiada frecuencia, si sus órdenes específicas no se ponen en práctica escrupulosamente, lo considera un delito.
Si su esposa y los otros miembros de su familia carecieran de tacto y diplomacia, sería excusable que tomara todas las riendas; pero tal no es el caso y su comportamiento es del todo intolerable. Después de haberlos informado amablemente al respecto de sus puntos de vista sobre la cocina y el gobierno de la casa, indicándoles cuáles son sus deseos, deténgase y permítales que sigan sus sugerencias según su criterio. Es casi seguro que su influencia les será más grata y desearán complacerle más que si usted despliega toda una batería de medidas coercitivas. Incluso si no se adaptan a sus opiniones, no se empeñe en dictar normas para que todo se haga según sus criterios. Recuerde que la natural independencia de los demás debe ser respetada. Si su esposa hace su labor de la manera que ella cree apropiada, no tiene derecho a interferir en (131) sus asuntos y cargarla con sus sugerencias y reflexiones sobre su manera de dirigir la casa.
Su carácter está adornado con bellos y generosos rasgos. Por lo general, es cortés y afable con todos aquellos que están fuera de su familia. Quizá sea atribuible, en cierta medida, al hecho de que no se

atreve a mostrar a nadie su disposición, excepto a aquellos a quienes considera como claramente inferiores. Y puesto que la sociedad no reconoce suficientemente su superioridad, la muestra en casa, porque piensa que allí nadie pretenderá discutir sus exigencias. Sea diligente y opere un cambio en sí mismo. Si está dispuesto a sacrificar su soberbia, su actitud exigente, sus ideas y conceptos, su hogar será tan apacible y feliz que los ángeles encontrarán deleite en contemplarlo. ¿Qué es mejor, que se haga su voluntad o ver que en su casa reina la libertad de acción y de espíritu? Su hogar no siempre es como debería ser, pero usted es la principal causa de esa discordia. Si es un representante de Cristo en la tierra, le insto a representar correctamente al bendito Redentor, quien fue manso y dócil, sintió compasión y perdonó. Considere muy seriamente el hecho de que a las personas de mente sana e ideas propias les resulta difícil seguir con precisión el camino que otros han trazado por ellos. Por lo tanto, no tienen ningún derecho moral de molestar a su esposa y su familia con sus antojos y petulancia respecto de su empleo. Le será difícil cambiar repentinamente su modo de actuar, pero hágase el firme propósito de no entrar en la cocina a menos que sea para elogiar .os esfuerzos y la labor de aquellos que trabajan en ella. Que las felicitaciones tomen el lugar de la censura. Cultive los rasgos contrarios a aquellos que aquí le repruebo. Desarrolle la bondad, la paciencia, el amor y todas las gracias tendrán una influencia transformadora sobre su hogar y las vidas de sus familiares y sus amigos brillarán. Confiese que se ha equivocado y luego, abandonando ese camino, esfuércese por ser justo y hacer lo correcto. No permita que su esposa sea una esclava de voluntad, sino atráigala con amabilidad y deseo desinteresado por aumentar su comodidad y su felicidad. Déle una oportunidad de ejercitar sus facultades y no intente confundirla y amoldar sus -juicios hasta que pierda su identidad mental. (132)

Es una hija de Dios y una mujer de capacidades refinadas y buen gusto, cuya opinión sobre sí misma, en el mejor de los casos, es humilde. Usted la ha dominado y ha obstaculizado su independencia de pensamiento durante tanto tiempo que, por su influencia, se ha encerrado en sí misma y no ha conseguido desarrollar la noble feminidad que le pertenece por derecho. Cuando dialoga con su esposa sobre materias que afectan por igual sus respectivos intereses, sabe bien que si ella expresa una opinión contraria a la suya, su corazón es presa del resentimiento y el yo se apodera de usted y excluye el sentimiento de natural deferencia que debe abrigar hacia la compañera de su vida.

Ese mismo carácter que muestra en casa se manifiesta, más o menos, en sus relaciones con otros miembros de iglesia. Su voluntad obstinada, sus rígidas opiniones, salen a la luz y, siempre que es posible, se convierten en una fuerza de mando. Eso no está bien; ocasionalmente, rinda sus juicios a los de los demás, no persista en querer hacer las cosas a su manera hasta un grado que, a menudo, está rayando con la terquedad. Si desea la bendición diaria de Dios, moldee su carácter imperativo haciendo que corresponda con el Modelo divino.

A menudo atormenta a su esposa, inconscientemente, porque sus palabras y sus actos no presentan la ternura debida. De ese modo menoscaba su amor por usted y alimenta una frialdad que se va apoderando lenta e inadvertidamente de su casa.

Si pensara menos en sí mismo y más en los tesoros que guarda en su hogar, prestando la debida atención a los miembros de su familia y permitiéndoles el ejercicio adecuado de su propio juicio, atraerá la bendición sobre todos ustedes, y el respeto que ellos sienten por usted se aumentará.

Ha tendido a mirar con cierto menosprecio a aquellos hermanos que habían cometido una falta y quienes, a causa de la naturaleza de su carácter, no pudieron vencer el mal que los asediaba. Pero Jesús se apiada de ellos; los ama y carga con sus debilidades como carga con las suyas. Hace mal cuando se enaltece, considerándose superiora aquellos que no son tan fuertes como usted. Hace mal cuando se envuelve de una aureola de auto justicia, dando gracias a Dios por no ser como los demás hombres, porque su fe y su celo (133) son mayores que la fe y el celo de aquellos pobres y débiles que se debaten por hacer lo correcto en el desaliento y las tinieblas.

Los ángeles del cielo puro y santo vienen a este mundo contaminado para compadecerse de los más débiles, los más desvalidos y necesitados; y Cristo mismo descendió de su trono para ayudar a esas

mismas gentes. No tiene derecho a mantenerse alejado de los que flaquean; ni tiene el derecho de declarar su clara superioridad sobre ellos. Póngase en sintonía con Cristo, apiádese de ellos y ayúdelos, del mismo modo que Cristo se apiadó de usted.

Deseó trabajar por el Maestro. Aquí tiene un trabajo que le será aceptable: el mismo trabajo para el cual fueron alistados los ángeles. Puede ser su colaborador. Sin embargo, nunca será llamado a predicar la palabra a las personas. Aunque, en general, su conocimiento de la fe sea correcto, le faltan las cualidades de un maestro. Carece de la facultad de adaptarse a las necesidades y modos de los demás. Su voz no tiene suficiente volumen. En las reuniones de la asamblea, habla demasiado bajo para que los asistentes lo oigan. Querido hermano, a menudo también corre el peligro de llegar a ser tedioso. Aun en las pequeñas reuniones, sus observaciones son demasiado extensas. Cierto que todas sus palabras son verdad, pero para alcanzar el alma deben ir acompañadas del fervor del poder espiritual. Debemos decir las cosas con las palabras justas para no fatigar a la audiencia, o el tema no hallará lugar en sus corazones.

Hay muchas tareas que todos podemos desempeñar. Aprecia--'o hermano, puede hacer un gran servicio ayudando a aquellos que más necesitan el socorro. Quizá sienta que no se aprecia correctamente su labor en esa dirección. Recuerde que aquellos a quienes más benefició el Salvador fueron los que menos apreciaron su obra. Vino para salvar a los que estaban perdidos, pero esos mismos a quienes él quiso rescatar rechazaron su ayuda y, realmente, lo condenaron a muerte.

Aunque fracase noventa y nueve veces de cada cien, si logra salvar de la ruina a un alma habrá hecho un noble acto por la causa del Maestro. Pero para ser un colaborador de Jesús, es preciso tener paciencia con aquellos por quienes se trabaja, no menospreciando la sencillez del trabajo, sino mirando el bendito resultado. (134) Cuando aquellos por quienes trabaja no piensan exactamente como usted, se dice: "Déjalos ir, no merecen ser salvados". ¿Qué habría sucedido si Cristo hubiese tratado de ese modo a los pobres rechazados? Murió para salvar a los miserables pecadores. Si trabaja con el mismo espíritu y de la misma manera que indicó el ejemplo de Aquel a quien sigue, y deja la cosecha de los resultados para Dios, nunca en la vida alcanzará a medir el bien que habrá hecho.

Está inclinado a querer ocuparse de tareas más altas de las que naturalmente se le presentan. Se esfuerza por alcanzar únicamente a los hombres intelectuales y honorables. Pero, con toda seguridad, sus expectativas serán defraudadas. Si persisten mucho tiempo en su transgresión, raro será que lleguen a sentir la pérdida y su posición desesperada. Trabaje como trabajó Cristo, con humildad, y ganará recompensa. Es tan honroso trabajar entre los humildes y pobres, llevándolos al Salvador, como los ricos y soberbios. Sobre todo, no acepte responsabilidades que no esté capacitado para asumir.

Deberíamos hacer todo lo posible para que las reuniones de nuestro pueblo sean interesantes. Puede ser de gran ayuda en este aspecto si ocupa el lugar adecuado. En particular, las reuniones sociales deben ser conducidas adecuadamente. Unas pocas palabras relacionadas con sus progresos en la vida cristiana, dichas con voz clara y audible, de manera honesta, sin esforzarse por hacer un discurso, serían edificantes para otros y una bendición para su propia alma.

Necesita que la influencia del Espíritu de Dios suavice y domine su corazón. Nadie debe entender que el correcto conocimiento de la verdad basta para cubrir las exigencias de Dios. El amor y la buena voluntad que sólo surgen cuando nuestros actos son del agrado de nuestros amigos carecen de valor real, porque son naturales en los corazones que no se han regenerado. Quienes profesan ser hijos de Dios que andan en la luz no se sienten molestos o disgustados cuando la vida se les tuerce.

Ama la verdad y ansía su avance. Se le pondrá en distintas circunstancias para probarlo. Podrá desarrollar un verdadero carácter cristiano si se somete a la disciplina. Están en juego sus (135) intereses vitales. Necesita con urgencia la verdadera santidad y un espíritu de autosacrificio. Aunque conozcamos la verdad y seamos capaces de leer sus más recónditos misterios, aunque lleguemos a dar el cuerpo para ser quemado por su causa, si no tenemos amor y caridad, somos como metal que suena y ruido de platillos.

Cultive la disposición a creer que los demás son mejores que usted. Sea menos autosuficiente, confíe menos en sí mismo; alimente la paciencia, el autocontrol y el amor fraterno. Esté presto para ayudar al extraviado y tenga misericordia y compasión por los débiles. No es preciso que abandone sus negocios para glorificar al Señor; día tras día, en cada acto y cada palabra, honre a Aquel a quien sirve, de ese modo será una influencia regeneradora para aquellos que están en contacto con usted.
Sea cortés, tenga un corazón tierno, perdone a los demás. Que su yo se hunda en el amor de Jesús; así podrá honrar al Redentor y hacer la obra que él le ha asignado. Poco conoce las tribulaciones de las pobres almas que han caído en las cadenas de las tinieblas y carecen de resolución y fuerza moral. Esfuércese por comprender la debilidad de los demás. Ayude a los necesitados, crucifique su yo y permita que Jesús tome posesión de su alma para que pueda desarrollar los principios de la verdad en su vida diaria. Sólo entonces será una bendición como nunca fue para la iglesia y aquellos con los que esté en contacto. (136)

MISIONEROS EN EL HOGAR.-
Apreciada hermana: Se me ha mostrado que comete algunas faltas cuya corrección es importante para que pueda disfrutar de las bendiciones de Dios. Muchas de las dificultades que soporta se deben a la ligereza con que habla. Cree que hablar sin rodeos, y decir a las personas lo que piensa de ellas y de sus actos, es una virtud. Usted lo llama franqueza; pero es clara descortesía y atiza la combatividad de aquellos que la rodean. Si los demás se comportaran con usted como usted se comporta con ellos, sería superior a sus fuerzas. Quienes suelen hablar sin reservas y con severidad a los demás no están dispuestos a recibir el mismo trato.
Ha atraído sobre sí muchos sinsabores que habría podido evitar de haber tenido un espíritu manso y tranquilo. Provoca la contienda; porque cuando alguien contraría su voluntad su espíritu busca el conflicto. Su disposición dominadora es fuente de muchos de sus problemas. Sobrecarga a los demás e incita a la pelea con sus recriminaciones y condenas. Hace tanto tiempo que cultiva un espíritu vengativo que, continuamente, necesita que la gracia de Dios suavice y domine su naturaleza. El amado Salvador dijo: Bendecid a los que os maldicen [...] y orad por los que os ultrajan y os persiguen" (Mat. 5:44).
Apreciada hermana, se me mostró que usted trae la oscuridad a su alma porque sólo presta atención a los errores e imperfecciones de los demás. No se ocupe de los pecados de los demás, tiene trabajo que hacer por su alma y su familia que nadie más puede hacer. Crucifique su egoísmo y domine su disposición a magnificar las faltas de sus vecinos y a hablar irreflexivamente. Hay temas de los que puede hablar con mejores resultados. Siempre es seguro hablar de Jesús, de la esperanza cristiana y de las bellezas de nuestra fe. Santifique su lengua para Dios, así sus palabras estarán sazonadas con gracia. "Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, eso pensad" (Fil. 4:8).
La exhortación del apóstol debe ser seguida explícitamente. A menudo sentimos una gran tentación de hablar de cosas que no (137) son de provecho para quien habla o quien escucha, sino que traen mal y esterilidad para ambos. El tiempo de prueba es demasiado breve para malgastarlo en habladurías sobre las imperfecciones ajenas. Ante nosotros tenemos una obra que requiere la mayor diligencia y la vigilancia más estricta, junto con la oración incesante. De otro modo seremos incapaces de vencer los defectos de nuestro carácter y copiar el Modelo divino. Estudiemos para imitar la vida de Cristo. Así tendremos una influencia santificadora sobre aquellos con los que nos relacionemos. Es maravilloso ser cristiano, semejante a Cristo, pacífico, puro y sin degeneración. Apreciada hermana, necesitamos a Dios en todos nuestros esfuerzos o serán vanos. Nuestras buenas obras se convertirán en autojusticia.
Hay muchas cosas por corregir en su familia. No ha conseguido que sus hijos reciban la atención y el aliento que necesitaban. No los ha unido a su corazón con los tiernos lazos del amor. Su negocio grava

sobremanera su tiempo y sus energías y es causa de su descuido de los deberes domésticos. Es más, se ha acostumbrado a esa carga y le parecería un gran sacrificio abandonarla; aun así, si pudiera, sería un beneficio para sus intereses espirituales y la felicidad y la moral de sus hijos. Sería bueno que abandonara esas actividades tan complicadas y se retirara a un lugar en el campo, donde no hay influencias tan fuertes que corrompan la moral de los jóvenes.

Es cierto que en el campo no se librará completamente de las preocupaciones y los asuntos difíciles; pero evitará muchos males y cerrará la puerta a una avalancha de tentaciones que amenazan con sobrecargar la mente de sus hijos. Necesitan estar ocupados y salir de la rutina. La ausencia de cambios en el hogar los vuelve inquietos y de trato difícil, han caído en el hábito de mezclarse con chicos viciosos de la ciudad y se han formado en la calle.

Ha dedicado tanto tiempo a la obra misionera que no tiene nada que ver con su fe y ha soportado tantas cargas y responsabilidades que se ha quedado rezagada en la obra de Dios para nuestro tiempo y ha dispuesto de poco tiempo para conseguir que las estrecheces del hogar fueran atractivas para sus hijos. No ha estudiado sus necesidades y tampoco ha entendido sus mentes activas y en desarrollo. Por ello ha rehusado otorgarles sencillas (138) indulgencias que los habrían gratificado sin correr peligro alguno. Prestar mayor atención a sus hijos habría sido una pequeñísima carga para usted que habría sido de gran valor para ellos.

Vivir en el campo sería muy beneficioso para ellos; la vida activa al aire libre desarrolla por igual la salud de la mente y del cuerpo. Sería conveniente que se ocuparan del cuidado de un huerto; de ese modo podrían divertirse a la vez que desempeñan una tarea útil. El cultivo de plantas y flores acrecienta el gusto y el buen juicio, a la vez que la familiaridad con las útiles y bellas creaciones ejerce una noble influencia sobre la mente al respecto del Hacedor y Amo de todo.

El padre de sus hijos fue severo, frío, autoritario e inflexible con ellos, su disciplina era estricta y sus exigencias eran irracionales. Era un hombre de carácter especial, encerrado en sí mismo, que sólo pensaba en su propio placer. Buscaba por cualquier medio su propia gratificación y la estima ajena. Su indolencia y sus hábitos disipados, junto con su falta de compasión y amor por usted y sus hijos, enfrió su afecto por él desde los primeros días. Su vida se llenó de pruebas difíciles y extrañas a la vez que él era indiferente a las cargas que soportaba y los cuidados que le dispensaba.

Estas cosas dejaron su huella en usted y sus hijos. En particular, han tendido a hacer que su carácter sea más retraído. Casi sin darse cuenta, ha desarrollado un espíritu independiente. Pensando que no podía depender de su esposo, tomó el camino que creyó que era el mejor sin depositar su confianza en él. Puesto que no apreciaba sus esfuerzos, mentalmente se dispuso a avanzar según sus propios juicios, sin tener en cuenta las censuras o la aprobación. Era consciente de que su esposo la ofendía y la juzgaba mal, abrigó un sentimiento de amargura contra él y, cuando alguien la censuraba o cuestionaba su comportamiento, se volvía contra esa persona.

Aunque se ha dado completa cuenta de las faltas de su esposo, no ha conseguido apercibirse de las suyas. Cometió un error al hablara otros de las ofensas de su esposo, cultivando la complacencia por los temas desagradables y fijando constantemente su atención en las pruebas y sinsabores que ha sufrido. De ese modo cayó en el vicio de dar bombo a sus penas y dificultades, muchos (139) de los cuales fueron debidos a la exageración y a las habladurías con otros.

Si desviara su atención de las preocupaciones exteriores y se centrara en la familia, sería más feliz y conseguiría los medios necesarios para hacer el bien. El hecho de que sus hijos hayan perdido el sano consejo y el ejemplo de un padre hace aún más forzoso que sea una madre tierna y abnegada. Se debe a su hogar y a su familia. Ésta es la verdadera tarea misionera que debe desempeñar. Esta responsabilidad no puede ser sustituida con ninguna otra; es la obra vital que Dios le ha asignado.

Al dedicarse por completo a los detalles de los negocios, usted roba tiempo a la meditación y la oración y a sus hijos los priva del cuidado y la atención pacientes que tienen derecho a reclamar de una madre. Cree que es más sencillo y rápido andar ocupada con innumerables tareas que, con paciencia, enseñar a

sus hijos que _as hagan por usted. Sería mucho mejor que depositara en ellos algunas responsabilidades y los instruyera para que sean personas hiles. De este modo los alentaría y los tendría ocupados, a la vez que se liberaría de una parte de sus cargas.

Dedica un tiempo considerable a aquellos que no le piden nada en particular y al hacerlo descuida el sagrado deber de una madre. Dios no puso sobre usted muchas de las obligaciones que ha asumido. Ha visitado y ayudado a quienes no necesitan ni la mitad tiempo y los cuidados que debería otorgar a sus hijos, los cuales encuentran en una edad en la que forman su carácter, para el cielo o para perdición. Dios no apoyará su ministerio en favor de los que sufren las maldiciones divinas por causa de sus vidas disolutas y malvadas.

El primer gran negocio de su vida es ser misionera en casa. Revístase con humildad y paciencia, tolerancia y amor, y aborde la tarea que Dios le ha ordenado y que nadie más podrá hacer. En el día de la retribución, será responsable de ella. Las bendiciones de Dios no pueden alcanzar las casas sin disciplina. El amor y la paciencia dominarán en un hogar feliz.

Desde el punto de vista mundano, el poder está en el dinero; pero desde la perspectiva cristiana, el poder procede del amor. En principio está involucrada la fortaleza intelectual y espiritual. (140) El amor puro es muy eficaz para hacer el bien; tanto, que es incapaz de hacer otra cosa. Impide la disensión y la desdicha y trae la verdadera felicidad. Las riquezas a menudo son una influencia corruptora y destructora; el uso de la fuerza hiere con facilidad; pero la verdad y la bondad son propiedades del amor puro.

Hermana, si se pudiera ver como la ve Dios, su mente vería claro que sin una conversión completa y sincera nunca podrá entrar en el reino de Dios. Sí recordara que será medida con la misma medida con que mide a los demás, sus palabras serían más cautas, más amables y estaría más dispuesta a perdonar. Cristo vino al mundo para traer la resistencia y la autoridad en la sujeción a él. Pero no reclamó que lo obedeciéramos a la fuerza, con disputa y voz de mando. Hizo el bien y enseñó a sus seguidores cosas que les traerían paz. No atizó ningún conflicto, no experimentó resentimiento por ninguna ofensa personal, sino que soportó con mansedumbre los insultos, las falsas acusaciones y las burlas crueles de los que lo odiaban y condenaban a muerte. Cristo es nuestro ejemplo. Su vida es una ilustración práctica de las enseñanzas divinas. Su carácter es una muestra viviente de cómo hacer el bien y vencer el mal.

Usted ha alimentado el resentimiento hacia su esposo y las otras personas que la han ofendido, pero no ha percibido dónde cometió el error e hizo que las cosas empeoraran a causa de su conducta equivocada. Su espíritu se ha amargado contra aquellos que han cometido alguna injusticia con usted y sus sentimientos han encontrado una vía de expansión en los reproches y la censura. Con esto, su corazón cargado encuentra alivio momentáneo, pero ha dejado una cicatriz permanente en su alma. La lengua es un órgano pequeño, pero ha cultivado su uso impropio durante tanto tiempo que se ha convertido en un fuego abrasador.

Todas estas cosas han provocado el fracaso de su progreso espiritual. Pero Dios ve cuán duro le es tener paciencia y perdonar. Sabe cómo apiadarse de usted y ayudarla. Le pide que reforme su vida y corrija los defectos. Desea que su espíritu firme y constante se rinda a su gracia. Busque la ayuda de Dios porque necesita paz y tranquilidad en lugar de agitación y conflictos. La religión de Cristo le ordena que se mueva menos por impulso y más por la razón santificada y el juicio sereno. (141)

Permite que su entorno la afecte demasiado. Haga que la vigilancia y la oración diarias sean su salvaguarda. Entonces los ángeles de Dios la rodearán y traerán clara y brillante luz a su mente y la fortalecerán con poder celestial. Su influencia sobre sus hijos y su actitud hacia ellos debería atraer a los santos visitantes a su morada para que la ayuden en sus esfuerzos por hacer que su familia y su hogar sean como Dios los habría hecho. Cuando se muestra independiente e intenta vencer sola las dificultades de la vida, los ángeles celestiales retroceden y se retiran de su presencia con pesar, dejándola sola en la lucha.

Los padres estampan en el carácter de sus hijos su sello personal. ¡Cuán cuidadosos deberíamos ser en nuestro trato con ellos! ¡Cuán tiernos deberíamos reprimirlos y corregir sus faltas! Es demasiado inflexible y exigente y a menudo les ha reprendido cuando estaba excitada y airada. Con esto casi ha destruido el dorado cordón de amor que une sus corazones al suyo. Esfuércese siempre por mostrarles que los ama, que trabaja por su interés, que su felicidad le es cara y que desea hacer sólo lo que es bueno para ellos.

Complazca sus deseos en la medida de lo que sea razonablemente posible. Su lugar de residencia actual permite muy poca diversidad y escaso entretenimiento para sus mentes inquietas y la dificultad se acrecienta año tras año. Si teme a Dios, su primera preocupación deberían ser sus hijos. Como madre cristiana, sus obligaciones con ellos no son pequeñas o livianas. Para cumplirlas adecuadamente abandone algunas de las cargas que soporta dedique su tiempo y energías a esta tarea. El hogar de sus hijos tiene que ser para ellos el lugar más deseable y feliz del mundo, y la presencia de la madre la mayor atracción.

El poder de Satanás sobre los jóvenes de nuestro tiempo es temible. A menos que sus mentes estén firmemente equilibradas con los principios religiosos, su moral se corromperá a causa de los viciosos niños con que se relacionan. Cree que entiende de estas cosas, pero no alcanza a comprender el seductor poder del mal sobre las mentes jóvenes. El mayor peligro que corren es la falta de disciplina y la ausencia de una formación adecuada. Los padres indulgentes no enseñan a sus hijos a negarse a sí mismos. Los alimentos que ponen ante sus hijos llegan a irritar las tiernas capas de (142) sus estómagos. Esta excitación se comunica al cerebro a través de los nervios y el resultado es que las pasiones animales se avivan y toman el control de la fuerza moral. Así, la razón se convierte en sierva de las más bajas pasiones de la mente. Todo lo que entra en el estómago y se convierte en sangre se vuelve en parte del ser. Los niños no deben comer grandes cantidades de alimentos como cerdo, embutidos, especias, pasteles muy cargados y bollos. Al hacer esto, su sangre se enciende, el sistema nervioso se excita indebidamente y la moral corre el riesgo de verse afectada. Es imposible ser intemperante en la dieta y conservar un carácter paciente. El Padre celestial envió la luz de la reforma pro salud para salvaguardarnos de los males que resultan de un apetito desbocado, para que aquellos que aman la pureza y la santidad puedan usar con discreción las cosas buenas que Dios proveyó para ellos y, con el ejercicio diario de la templanza, recibir la santificación por medio de la verdad.

El trato que dispensa a sus hijos no es uniforme. Algunas veces se muestra indulgente ante sus yerros y otras los priva de algún pequeño placer que los haría muy felices. Hermana, usted se muestra impaciente delante de sus hijos burlándose de sus sencillas demandas, y olvida que pueden disfrutar de placeres que le parecen infantiles e insustanciales. No abandona la dignidad que le dan la edad y la posición para entender y ministrar los deseos de sus hijos. En este punto no imita a Cristo, el cual se identificó con los desvalidos, los pobres, los necesitados y los afligidos. El Maestro tomó a los niños en sus brazos y descendió al nivel de los más jóvenes. Su gran corazón de amor pudo comprender sus pruebas y necesidades y disfrutó con su felicidad. El ánimo del Señor, fatigado por el ajetreo y la confusión de la ciudad, cansado de tratar con hombres mezquinos e hipócritas, encontró el reposo y la paz en compañía de los niños inocentes. Su presencia nunca los hizo retroceder. La Majestad del cielo consintió en responder a sus preguntas y simplificó las importantes lecciones para que las mentes infantiles pudieran entenderlas. En sus mentes jóvenes y en expansión plantó la semilla de la verdad que germinaría y daría una cosecha generosa en el tiempo de la siega.

En aquellos niños que acudieron a su encuentro para que los bendijera vio los hombres y mujeres que serían herederos de su gracia (143) y súbditos de su reino. Algunos llegarían a ser mártires por causa de su nombre. Algunos discípulos que no abrigaban ningún tipo de compasión ordenaron que los niños fueran apartados para que no pudieran molestar al Maestro. Pero cuando se alejaron entristecidos, Cristo reprendió a sus seguidores diciendo: "Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios".

Sabía que los niños escucharían sus consejos y lo aceptarían como Redentor, y que aquellos que tenían la sabiduría mundana y habían endurecido sus corazones no lo aceptarían y no encontrarían su lugar en el reino de Dios. Al acercarse a Cristo para recibir su bendición y consejo, la imagen y las palabras llenas de gracia del Salvador quedaron indeleblemente grabadas en sus mentes moldeables. Extraigamos una lección de este acto de Cristo y entendamos que los corazones de los jóvenes son más susceptibles a las enseñanzas del cristianismo, son más fáciles de ser movidos a piedad y virtud y retienen con más fuerza la impresión recibida. Acerquémonos a los jóvenes con amabilidad y enseñémosles con amor y paciencia.

Hermana, ligue sus hijos a su corazón con afecto. Dispénseles .as atenciones y los cuidados adecuados en todas las ocasiones. Vístalos con ropas que los favorezcan para que no se sientan avergonzados de su aspecto, puesto que esto sería perjudicial para su autoestima. Ha visto que el mundo está entregado a la moda y el vestido y olvida la mente y la moral para decorar la persona. Pero para evitar este peligro, usted ha caído en el otro extremo y no presta la atención suficiente al modo de vestir suyo y de sus hijos. Siempre es adecuado vestir con decoro y adecuadamente, según la edad y la posición.

El orden y la limpieza son la ley del cielo. Para estar en armonía con las disposiciones divinas, es nuestro deber vestir con dignidad buen gusto. Nuestras ideas al respecto están pervertidas. Hermana, mientras condena la extravagancia y la vanidad del mundo, cae en el error de arrastrar la economía a la penuria. Se niega a sí misma lo que es correcto y apropiado, para lo que Dios le dio medios para conseguir. Nuestra apariencia externa no debe deshonrar a Aquel a quien profesamos seguir, sino que debe prestigiar su causa. (144)

El apóstol dice: "A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos" (1 Tim. 6:17-18). Se le dieron medios para que los usara cuando fuese necesario, no para añadir destrucción a la gran conflagración. Se le ofrece el disfrute de los dones del Señor, se le pide que los use para su propia comodidad, con propósitos caritativos y en las buenas obras que hacen que la obra de Jesús progrese; y así se forjará un tesoro en el cielo.

En la sabiduría de Dios, muchas de sus aflicciones la han visitado para acercarla más al trono de gracia. Él modera y subyuga a sus hijos con penas y pruebas. Este mundo es el taller de Dios; en él nos moldea para los atrios celestiales. El Señor usa el cepillo desbastador en nuestros corazones agitados y temblorosos hasta que las asperezas y las irregularidades han sido eliminadas por completo y somos encontrados adecuados para ocupar el lugar que deberíamos en el edificio celestial. Con las tribulaciones y las pruebas el cristiano se purifica y se fortalece; desarrolla un carácter según el modelo dado por Cristo. La influencia de una vida verdadera y piadosa escapa de toda medida. Va más allá del círculo inmediato del hogar y los amigos y esparce una luz que gana almas para Jesús.

NÚMERO 27: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-
LA OBEDIENCIA VOLUNTARIA.-

Abraham era anciano cuando recibió de Dios la sorprendente orden de ofrecer a su hijo Isaac en holocausto. A Abraham se lo consideraba anciano aun en su generación. El ardor de su juventud se había desvanecido. Ya no era fácil para él soportar penurias y afrontar peligros. En el vigor de la juventud, el hombre puede hacer frente a la tormenta con orgullosa conciencia de su fuerza, y elevarse por encima de los desalientos que harían desfallecer su corazón más tarde en la vida cuando sus pasos se dirigen vacilantes hacia la tumba.

Pero en su providencia, Dios reservó su última y más penosa prueba para Abraham cuando la carga de los años le oprimía y anhelaba descansar de la ansiedad y los afanes. El Señor le habló diciendo: "Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas [...] y ofrécelo en holocausto" (Gén. 22:2). El corazón del anciano se paralizó de horror. La pérdida de ese hijo por alguna enferme-ad habría partido el corazón

del amante padre y el pesar habría doblegado su encanecida cabeza; pero ahora se le ordenaba que derramase con su propia mano la sangre preciosa de aquel hijo. Eso le parecía una terrible imposibilidad.

Sin embargo, Dios había hablado, y él debía obedecer a su palabra. Abraham estaba cargado de años, pero esto no lo dispensaba del cumplimiento del deber. Empuñó el bordón de la fe, y con muda agonía tomó de la mano a su hijo, hermoso y sonrosado, lleno de salud y juventud, y salió para obedecer a la palabra de Dios. El anciano y gran patriarca era humano; sus pasiones y afectos eran como los nuestros y amaba a su hijo, solaz de su vejez, a quien había sido dada la promesa del Señor.

Pero Abraham no se detuvo a preguntar cómo se cumplirían las promesas de Dios si se daba muerte a Isaac. No se detuvo a razonar (146) con su corazón dolorido, sino que ejecutó la orden divina al pie de la letra, hasta que, precisamente cuando estaba por hundir su cuchillo en las palpitantes carnes del joven, recibió la orden: %o extiendas tu mano sobre el muchacho, que ya conozco que temes a Dios, pues que no me rehusaste tu hijo, tu único" (Gén. 22:12).

Este gran acto de fe está registrado en las páginas de la historia sagrada para que resplandezca sobre el mundo como ilustre ejemplo hasta el fin del tiempo. Abraham no alegó que su vejez le dispensaba de obedecer a Dios. No dijo: "Mi cabello ha encanecido, ha desaparecido el vigor de mi virilidad; ¿quién consolará mi desfalleciente vida cuando Isaac no exista más? ¿Cómo puede un anciano padre derramar la sangre de su hijo unigénito?" No, Dios había hablado, y el hombre debía obedecer sin preguntas, murmuraciones ni desmayos en el camino.

Necesitamos hoy la fe de Abraham en nuestras iglesias, para iluminar las tinieblas que se acumulan en derredor de ellas, oscureciendo la suave luz del amor de Dios y atrofiando el sentimiento espiritual. La edad no nos excusará nunca de obedecer a Dios. Nuestra fe debe ser prolífica en buenas obras, porque la fe sin obras es muerta. Cada deber cumplido, cada sacrificio hecho en el nombre de Jesús, produce una excelsa recompensa. En el mismo acto del deber, Dios habla y da su bendición. Pero requiere de nosotros que le entreguemos completamente nuestras facultades. La mente y el corazón, el ser entero, deben serle dados, o no llegaremos a ser verdaderos cristianos.

Dios no ha privado al hombre de nada que pueda asegurarle riquezas eternas. Ha revestido la tierra de belleza y la ha ordenado para su uso y comodidad durante su vida temporal. Dio a su Hijo para que muriese por la redención de un mundo que había caído por el pecado y la insensatez. Un amor tan incomparable y un sacrificio tan infinito exigen nuestra obediencia más estricta, nuestro amor más santo, nuestra fe ilimitada. Sin embargo, todas estas virtudes, aun ejercidas en su mayor extensión, no pueden compararse con el gran sacrificio que fe ofrecido por nosotros.

Dios requiere pronta e implícita obediencia a su ley; pero los hombres están dormidos o paralizados por los engaños de Satanás, quien les sugiere excusas y subterfugios, y vence sus escrúpulos (147) diciendo, como dijo a Eva en el huerto: %o moriréis" (Gén. 3:4). La desobediencia no sólo endurece el corazón y la conciencia del culpable, sino que tiende a corromper la fe de los demás. Lo que les parecía muy malo al principio, pierde gradualmente esta apariencia al estar constantemente delante de sus ojos, hasta que finalmente dudan de que sea realmente un pecado, e inconscientemente caen en el mismo error.

Por Samuel, Dios ordenó a Saúl que fuera e hiriese a los amalecitas y destruyese completamente todas sus posesiones. Pero Saúl obedeció tan sólo parcialmente la orden; destruyó el ganado flaco, pero se reservó el de mejor calidad y perdonó la vida al perverso rey. Al día siguiente recibió al profeta Samuel lisonjeándose y congratulándose: "Bendito seas tú de Jehová; yo he cumplido la palabra de Jehová". Pero el profeta contestó inmediatamente: "¿Pues qué balido de ganados y bramido de bueyes es éste que yo oigo con mis oídos?" (1 Sam. 15:13-14)

Saúl quedó confuso, y trató de rehuir la responsabilidad contestando: "De Amalec los han traído; porque el pueblo perdonó a lo mejor de las ovejas y de las vacas, para sacrificarlas a Jehová tu Dios; pero lo demás lo destruimos" (1 Sam. 15:15). Samuel reprendió entonces al rey, recordándole la orden

explícita que Dios le diera de destruir todas las cosas pertenecientes a Amalec. Le señaló su transgresión y declaró que había desobedecido al Señor. Pero Saúl se negó a reconocer que había hecho mal; volvió a disculpar su pecado, alegando que se había reservado el mejor ganado para sacrificarlo a Jehová.

El corazón de Samuel se entristeció por la persistencia con que el rey se negaba a ver y confesar su pecado. Preguntó con tristeza: "¿Tiene Jehová tanto contentamiento con los holocaustos y víctimas, como en obedecer a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios; y el prestar atención que el sebo de los carneros: porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría el infringir. Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey" Sam. 15:22-23).

No basta mirar de frente al deber si demoramos el cumplimiento de sus demandas. Una demora tal da tiempo a la duda; la incredulidad (148) se desliza en el corazón, el juicio se pervierte y se oscurece el entendimiento. Al fin, las reprensiones del Espíritu de Dios no llegan al corazón de la persona seducida, la cual se ha enceguecido tanto que considera imposible que dichas reprensiones le sean destinadas o que se apliquen a su caso.

El precioso tiempo de gracia está pasando y pocos se dan cuenta de que les es concedido con el propósito de que se preparen para la eternidad. Malgastan las áureas horas en búsquedas mundanales, en los placeres, dedicándose plenamente al pecado. Desprecian y olvidan la ley de Dios; sin embargo, cada estatuto de la misma no deja por ello de estar en vigor. Cada transgresión recibirá su castigo. El amor a la ganancia mundanal conduce a la profanación del sábado; sin embargo, las exigencias de ese santo día no han sido abrogadas ni disminuidas. La orden de Dios es clara e implícita en este punto; nos ha prohibido perentoriamente que trabajemos en el séptimo día. Lo ha puesto aparte como día santificado para él.

Muchos son los obstáculos que hay en la senda de los que quieren obedecer a los mandamientos de Dios. Hay fuertes y sutiles influencias que los vinculan con los caminos del mundo. Pero el poder del Señor puede romper esas cadenas. El suprimirá todo obstáculo delante de los pies de sus fieles, o les dará fuerza y valor para vencer toda dificultad si buscan fervientemente su ayuda. Todos los obstáculos se desvanecerán ante un ferviente deseo de hacer la voluntad de Dios y un esfuerzo persistente por cumplirla a cualquier costo, aun cuando se hubiere de sacrificar la vida misma. La luz del Cielo iluminará las tinieblas de aquellos que, en las pruebas y perplejidades, avancen mirando a Jesús como el autor y consumador de su fe.

En los tiempos antiguos, Dios habló a los hombres por boca de los profetas y los apóstoles. En estos días les habla por los testimonios de su Espíritu. Nunca hubo un tiempo en el que Dios instruyera a los suyos con más fervor que ahora en lo que respecta a su voluntad y la conducta que quiere verles seguir. Pero, ¿aprovecharán sus enseñanzas? ¿Recibirán sus reprensiones y oirán sus amonestaciones? Dios no aceptará ninguna obediencia parcial; no sancionará ninguna transigencia con el yo. (149)

LOS DOCE ESPÍAS.-

El Señor dio orden a Moisés de enviar algunos hombres para que exploraran la tierra de Canaán, prometida a los hijos de Israel. A tal efecto, se seleccionó un representante de cada una de las doce tribus. Al cabo de cuarenta días de su partida regresaron de la exploración y acudieron a Moisés y Aarón, que habían congregado a todo el pueblo de Israel, y les mostraron los frutos de la tierra. Todos estuvieron de acuerdo en que era una buena tierra y exhibieron los ricos frutos que habían traído como prueba. Un racimo de uvas era tan grande que se necesitaban dos hombres para agarrarlo colgado de una vara. También trajeron higos y granadas diciendo que crecían en abundancia. Después de haber hablado de la fertilidad de la tierra, todos excepto dos dijeron palabras desalentadoras al respecto de su capacidad de conquistarla. Dijeron que las gentes que habitaban el país eran muy fuertes y las ciudades estaban rodeadas de murallas muy gruesas y altas. Aún más, habían visto a los hijos del gigante Anac.

Luego explicaron cómo vivía la gente en Canaán y expresaron sus temores de que sería imposible que llegaran a conquistar esa tierra.
Cuando los israelitas hubieron escuchado este informe expresaron su decepción con amargos reproches y llantos. No se detuvieron a reflexionar y a pensar que el Dios que los había traído tan lejos también les daría esa tierra. Dejaron a Dios de lado. Actuaron como si para tomar la ciudad de Jericó, la llave de toda la tierra de Canaán, dependieran únicamente del poder de las armas. Dios había declarado que les daría el país y ellos deberían haber confiado plenamente que cumpliría su palabra. Pero sus corazones rebeldes no estaban en armonía con los planes de Dios; no reflejaban cuán maravillosamente había intervenido en su favor, sacándolos de la esclavitud de Egipto, abriendo paso a través de las aguas del mar y destruyendo el ejército de Faraón cuando los perseguía. Su falta de fe limitaba la obra de Dios y desconfiaban de la mano que había guiado sanos y salvos hasta ese momento. En esa ocasión repitieron el mismo y antiguo error: murmuraron contra Moisés y Aarón. "Éste es, por tanto, el fin de nuestras grandes esperanzas", (150) dijeron: "Ésta es la tierra por cuya posesión hemos viajado desde Egipto". Culparon a sus dirigentes por haber traído la tribulación a Israel y, una vez más, les imputaron el cargo de haber engañado al pueblo y haberlo llevado a perdición.
Moisés y Aarón se postraron ante Dios. Caleb y Josué, los dos que de entre los doce espías habían confiado en la palabra de Dios, se rasgaron las vestiduras en señal de duelo cuando se dieron cuenta de que los informes desfavorables habían causado el desaliento de todo el campamento. Se esforzaron por razonar con los israelitas; pero estos habían enloquecido y habían caído presa del desencanto y no quisieron escuchar a esos dos hombres. Finalmente Caleb se abrió paso hasta el frente y su clara y bien timbrada voz se oyó por encima del clamor de la multitud. Se opuso a la visión cobarde de sus compañeros espías que habían debilitado la fe y el coraje de todo Israel. Ordenó a la gente que le prestara atención y las quejas cedieron por unos instantes para escucharlo. Habló de la tierra que había visitado. Dijo: "Subamos luego, y tomemos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos" (Núm. 13:30). Pero los espías infieles lo interrumpieron, diciendo: "No podremos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros" (Núm. 13:31).
Esos hombres emprendieron un camino equivocado, dispusieron sus corazones contra Dios, contra Moisés y Aarón y contra Caleb y Josué. Cada paso que daban en la dirección equivocada los hacía más firmes en la decisión de desalentar al pueblo de cualquier intento de poseer la tierra de Canaán. Distorsionaron la verdad para llevar a cabo sus mortíferos propósitos. Dijeron que el clima era insalubre y que la gente tenía la estatura de gigantes. Dijeron: "También vimos allí gigantes, hijos de Anac, raza de los gigantes, y éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecimos a ellos" (Núm. 13:33).
Este informe no sólo era perverso, sino engañoso. Era contradictorio porque, si el país era insalubre y había tragado a los habitantes, ¿cómo era posible que hubieran alcanzado proporciones tan imponentes? Cuando el corazón de los hombres que ocupan posiciones de responsabilidad es vencido por la falta de fe ya no hay límites para su progreso en las malas acciones. Pocos son los (151) que se dan cuenta, al iniciar este peligroso viaje, hasta qué punto los guiará Satanás.
El informe desfavorable tuvo un efecto terrible sobre el pueblo. Los israelitas hicieron amargos reproches a Moisés y Aarón. Algunos gimieron y protestaron, diciendo: "¡Ojala muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojala muriéramos!" (Núm. 14:2). Luego sus corazones se alzaron contra el Señor y lloraron y se lamentaron, diciendo: ¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada, y que nuestras mujeres y nuestros niños sean por presa? ¿No nos sería mejor volvernos a Egipto?' Y decían el uno al otro: 'Designemos un capitán, y volvámonos a Egipto... (Núm. 14:3-4).
Así manifestaron su falta de respeto por Dios y los dirigentes que él había puesto para conducirlos. No preguntaron al Señor qué debían hacer, sino que dijeron: "Designemos un capitán". Tomaron la iniciativa porque se creían competentes para ocuparse de sus asuntos sin que fuese necesaria la ayuda divina. Acusaron a Moisés, y también a Dios, de haberlos engañado con la promesa de una tierra que

eran incapaces de poseer y, al final, llegaron a designara uno de ellos para que fuera su capitán y los dirigiera en su regreso a la tierra de sufrimiento y esclavitud de la cual los había librado el poderoso brazo de la omnipotencia de Dios.

Moisés y Aarón todavía estaban postrados en presencia de toda la asamblea, implorando en silencio la misericordia divina para con Israel. Su aflicción era tan profunda que no hay palabras para describirla. Una vez más, Caleb y Josué se adelantaron y la voz de Caleb se levantó una vez más con honestidad llena de dolor por encima de las quejas de la congregación: "La tierra por donde para reconocerla, es tierra en gran manera buena. Si Jehová se agradare de nosotros, él nos llevará a esta tierra, y nos la entregará; tierra que fluye leche y miel. Por tanto, no seáis rebeldes contra Jehová, ni temáis al pueblo de esta tierra; porque nosotros comeremos como pan; su amparo se ha apartado de ellos, y con nosotros está Jehová; no los temáis" (Núm. 14:7-9)

Los cananitas habían colmado la medida de su iniquidad y el Señor no estaba dispuesto a tolerarlos más. Al haber caído sus defensas, serían una presa fácil para los hebreos. Los cananitas no (152) estaban preparados para la batalla, porque se sentían tan fuertes que se engañaron a sí mismos con la idea de que no había ningún ejército tan formidable que fuera capaz de vencerlos.

Caleb recordó al pueblo que el pacto con Dios aseguraba la posesión de la tierra para Israel, pero su corazón estaba lleno de sinrazón y los israelitas no querían escuchar más. Aunque esos dos hombres hubiesen sido los únicos en traer un informe desfavorable y los otros diez los hubieran animado a poseer la tierra en nombre del Señor, su malvada falta de fe los habría empujado a seguir el consejo de los dos en lugar de hacer caso a los diez. Pero sólo dos defendían la verdad, porque diez se habían rebelado abiertamente contra sus dirigentes y contra Dios.

En ese momento la gente se sintió muy alterada, se encendieron sus peores pasiones y rechazaron escuchar a la razón. Los diez espías infieles se les unieron y también acusaron a Josué y a Caleb; y se alzó el clamor para que los apedrearan. La multitud, enajenada, empezó a recoger piedras para arrojarlas contra los dos fieles. Se abalanzaron sobre ellos, lanzando gritos de locura. Pero entonces, las piedras cayeron de sus manos, se hizo un silencio tenso y empezaron a temblar, presas del pánico. Dios se había interpuesto entre ellos y los dos hombres para que fracasaran sus designios. La gloria de su presencia, semejante a una llama, iluminó el tabernáculo y toda la congregación vio la señal de Dios. Alguien que era más poderoso que ellos se había revelado y ninguno se atrevió a perseverar en su resistencia. Los murmullos se acallaron y los espías que habían dado el informe desfavorable, atenazados por el pánico, se agacharon y empezaron a respirar de manera entrecortada.

Moisés se levantó de su humillante posición y entró en el tabernáculo para comunicarse con Dios. Entonces el Señor le propuso la destrucción inmediata de ese pueblo rebelde. Deseaba hacer de Moisés una nación aún mayor que Israel. Pero el manso dirigente de su pueblo no lo consentiría. "Pero Moisés respondió a Jehová: `Lo oirán los egipcios, porque de en medio de ellos sacaste a este pueblo con tu poder; y lo dirán a los habitantes de esta tierra, los cuales han oído que tú, oh Jehová, estabas en medio de este pueblo, que cara a cara aparecías tú, oh Jehová, y que tu nube estaba (153) sobre ellos, y que de día ibas delante de ellos en columna de nube, y de noche en columna de fuego; y que has hecho morir a este pueblo como a un solo hombre; y las gentes que hubieren oído tu fama hablarán, diciendo: 'Por cuanto no pudo Jehová meter este pueblo en la tierra de la cual les había jurado, los mató en el desierto- (Núm. 14:13-16).

Una vez más Moisés rechazó que Israel fuera destruido y que de él mismo surgiera una nación aún más poderosa que ellos. El siervo preferido de Dios manifestaba su amor por Israel y mostraba su celo por la gloria de su Maestro y el honor de su pueblo. Dijo: "Señor, has perdonado a tu pueblo desde Egipto hasta ahora; has sido paciente y lento para la ira con esta nación ingrata; por más indignos que sean, tu misericordia es la misma. Por tanto, ¿no retraerás tu ira de ellos una vez más y añadirás una muestra más de tu divina paciencia a las muchas que ya has dado?"

Moisés convenció a Dios para que no castigara al pueblo, pero a causa de su arrogancia e infidelidad el Señor no pudo seguir actuando en su favor de manera milagrosa. Por eso, en su divina misericordia, les mandó que tomaran el camino de regreso al desierto, en dirección al mar Rojo. También decretó que, como castigo por su rebelión, todos los adultos que habían salido de Egipto, excepto Caleb y Josué, jamás entrarían en Canaán. No habían sido capaces de mantener su promesa de fidelidad a Dios y, por lo tanto, el pacto se consideraba roto por sus repetidas violaciones. Prometió que sus hijos poseerían la tierra de promisión pero declaró que sus propios cuerpos serían enterrados en el desierto. Finalmente, los diez espías que habían traído el informe desfavorable y habían causado toda la murmuración fueron destruidos por el poder de Dios ante los ojos del pueblo.

Cuando Moisés comunicó la voluntad de Dios a Israel, aparentemente, se arrepintieron sinceramente de su conducta. Pero el Señor sabía que se habían entristecido porque sus malas acciones habían tenido un resultado desastroso; no tenían un profundo sentimiento de ingratitud y desobediencia. Su arrepentimiento llegó demasiado tarde; la justa ira de Dios se había desatado y la sentencia ya había sido dictada; por lo que ya no cabía el indulto. Cuando se dieron cuenta de que el Señor no dejaría de cumplir su (154) decreto, su autosuficiencia se alzó de nuevo y declararon que no estaban dispuestos a volver al desierto.

Al ordenarles que se alejaran de la tierra de sus enemigos Dios puso a prueba su aparente sumisión y descubrió que no era real. Sabían que al permitir que sus sentimientos los controlaran y buscar a los espías que los habían aconsejado que obedecieran a Dios para matarlos habían cometido un gran pecado. Sin embargo, lo único que los aterrorizaba era haber descubierto que habían cometido un temible error cuyas consecuencias serían desastrosas para ellos. Su corazón permanecía inalterado. Les bastaba sólo con una excusa para dar salida a una rebelión similar. Fue suficiente que Moisés, hablando con la autoridad que le había otorgado Dios, les ordenara que regresaran al desierto.

Se habían rebelado contra Él cuando les había ordenado que tomaran la tierra que les había prometido. Entonces, una vez más, cuando les mandó que se alejaran de ella, volvieron a caer en la insubordinación y declararon que presentarían batalla contra sus enemigos. Se prepararon para la lucha vistiéndose como guerreros y cubriéndose con las armaduras, y se presentaron ante Moisés creyéndose preparados para el conflicto; sin embargo, Dios y su apenado siervo los veían tristemente pertrechados. Rechazaron escuchar las solemnes advertencias de sus dirigentes de que la catástrofe y la muerte serían la consecuencia de su audacia.

Cuando Dios los dirigió para subir y tomar Jericó, prometió que iría con ellos. El arca que contenía su ley sería su propio símbolo. Moisés y Aarón, los dirigentes designados por Dios, tendrían que conducir la expedición bajo su atenta dirección. Con una supervisión así, ningún peligro podría alcanzarlos. Pero salieron al encuentro de los ejércitos del enemigo, contraviniendo los mandamientos de Dios y la solemne prohibición de sus dirigentes, sin el arca de Dios y sin Moisés.

Durante el tiempo que los israelitas perdieron en su perversa rebelión, los amalecitas y los cananitas se habían preparado para la batalla. Los israelitas, llenos de presunción, desafiaron al enemigo que no había osado atacarlos. Nada más al entrar en territorio enemigo, los amalecitas y los cananitas les presentaron batalla y los expulsaron de manera fulminante, causándoles una gran pérdida. (155) Su sangre teñía de rojo el campo de batalla y sus cadáveres quedaron esparcidos por el suelo. Se batieron en retirada y cayeron vencidos. La destrucción y la muerte fueron el resultado de aquel experimento rebelde. Sin embargo, la fe de Caleb y Josué recibió una rica recompensa. Según sus palabras, Dios permitió que ambos entraran en la tierra que les había prometido. Los cobardes y rebeldes perecieron en el desierto, pero los espías justos comieron de las uvas de Escol.

La historia del informe de los doce espías tiene una aplicación para nuestro pueblo. Las escenas de lamento cobarde y resistencia a actuar cuando hay que afrontar riesgos se repiten en nuestros días. Se manifiesta la misma reticencia a prestar la atención debida a los fieles informes y consejos que se dio en tiempos de Caleb y de Josué. Rara vez los siervos de Dios que llevan la carga de su causa, que

practican la estricta negación de sí mismos y sufren privaciones por ayudar a su pueblo reciben una consideración mejor que la que se les daba en aquellos días.
Una y otra vez, el antiguo Israel fue probado y encontrado falto. Pocos recibían las fieles advertencias que provenían de Dios. Las tinieblas y la infidelidad no son menores ahora que nos acercamos al tiempo del segundo advenimiento de Cristo. La verdad se vuelve cada vez menos sabrosa para los que tienen una mente carnal; su corazón es lento para creer y tardo para el arrepentimiento. Si no fuera por las continuas pruebas de sabiduría y ayuda que su Maestro les proporciona, los siervos de Dios ya se habrían desalentado. Durante mucho tiempo el Señor ha sido paciente con su pueblo; ha perdonado sus desviaciones y ha esperado que le haga un lugar en el corazón, pero las falsas ideas, los celos y la desconfianza han colmado su paciencia.
Unos pocos que profesan pertenecer a Israel, cuyas mentes han recibido la luz por las revelaciones de la sabiduría divina, se atreven, como Caleb, a adelantarse con valentía y a permanecer firmes del lado de Dios y de la justicia. Por causa de los que el Señor ha escogido, su obra no se retirará del camino de integridad para complacer a los que no se han consagrado y están llenos de soberbia. Aquellos devienen en blanco de todos los odios y las falsedades maliciosas. En estos últimos días, Satanás está muy despierto (156) y atento; Dios necesita hombres de temple y resistencia espiritual para resistir sus artimañas.
Es necesario que los que profesan creer la verdad se conviertan profundamente para que puedan seguir a Jesús y obedecer la voluntad de Dios. No se trata de una sumisión que, como aquella de los aterrorizados israelitas cuando se les reveló el poder del Infinito, sino un profundo arrepentimiento de corazón y una renuncia al pecado. Quienes se han convertido a medias son como un árbol cuyas ramas se mecen sobre la verdad, pero cuyas raíces, firmemente incrustadas en la tierra, se hunden en el terreno pantanoso del mundo. Jesús espera en vano que sus ramas den fruto y no haya nada más que hojas.
Miles aceptarían la verdad si pudieran hacerlo sin negarse a sí mismos; pero estos nunca contribuirían a la causa de Dios. Jamás saldrían valientemente al encuentro del enemigo —el mundo, el amor a sí mismo y las pasiones de la carne— confiando en que su divino Director les diera la victoria. La iglesia necesita fieles Caleb y Josué que estén prontos a aceptar la vida eterna con la única condición que Dios impone: la obediencia. Nuestras iglesias sufren por falta de obreros. Nuestro campo es el mundo. Necesitamos misioneros en las ciudades y los pueblos que están aún más subyugados por la idolatría que los paganos de Oriente, los cuales nunca vieron la luz de la verdad. El verdadero espíritu misionero ha abandonado las iglesias que hacen profesión de manera tan exaltada. El amor por las almas y el deseo de llevarlas al regazo de Cristo ha dejado de brillar en sus corazones. Buscamos trabajadores honestos. ¿Nadie responderá al clamor que se eleva de todos los rincones: "Pasa [...] y ayúdanos" (Hechos 16:9)?
¿Es posible afirmar que se es depositario de la ley de Dios, y se espera la pronta venida de Jesús en las nubes del cielo, y al mismo tiempo no ser culpable de la sangre de las almas si se cierran los oídos al clamor de las necesidades del pueblo que anda en tinieblas? Es preciso preparar y distribuir libros. Es preciso que se den lecciones. Es necesario que se desempeñen deberes que representan un sacrificio. ¿Quién acudirá al rescate? ¿Quién se negará a sí mismo por Cristo y esparcirá la luz a aquellos que están en tinieblas? (157)

LA TOMA DE JERICÓ.-
Tras la muerte de Moisés, Josué fue designado como dirigente de Israel para que lo condujera a la tierra de promisión. Estaba calificado para esta importante función. Había sido el primer ministro de Moisés durante la mayor parte del tiempo que los israelitas habían vagado por el desierto. Había visto las maravillas que Dios había obrado por medio de Moisés y había comprendido correctamente la disposición del pueblo. Era uno de los doce espías que habían sido enviados para inspeccionar la tierra

prometida y fue uno de los dos que informaron fielmente de sus riquezas y alentaron al pueblo para que la poseyera con la ayuda de Dios.

El Señor prometió a Josué que estaría con él como había estado con Moisés y que Canaán sería una fácil conquista, siempre y cuando fuera fiel en la observancia de sus mandamientos. La misión de guiar a su pueblo hacia Canaán había llenado a Josué de ansiedad, pero esta promesa disipó sus temores. Ordenó a los hijos de Israel que se prepararan para un viaje de tres días y que todos los hombres capaces de entrar en combate se prepararan para la batalla. "Entonces respondieron a Josué, diciendo: 'Nosotros haremos todas las cosas que nos has mandado, e iremos adondequiera que nos mandes. De la manera que obedecimos a Moisés en todas las cosas, así te obedeceremos a ti; solamente que Jehová tu Dios esté contigo, como estuvo con Moisés. Cualquiera que fuere rebelde a tu mandamiento, y no obedeciere a tus palabras en todas las cosas que mandes, que muera; solamente que te esfuerces y seas valiente— (Josué 1:16-18).

Dios deseaba que el paso de los israelitas por el Jordán fuera un milagro. Josué ordenó al pueblo que se santificara porque al día siguiente el Señor obraría maravillas en ellos. A la hora señalada dirigió a los sacerdotes para que tomaran el arca que contenía la ley de Dios y la llevaran delante del pueblo. "Entonces Jehová dijo a Josué: 'Desde este día comenzaré a engrandecerte delante de los ojos de todo Israel, para que entiendan que como estuve con Moisés, así estaré contigo'" (Josué 3:7).

Los sacerdotes obedecieron las órdenes de su dirigente y se pusieron delante del pueblo, llevando el arca de la alianza. Las huestes (158) hebreas se dispusieron en orden de marcha y siguieron el símbolo de la presencia divina. La gran columna se adentró en el valle del Jordán y, tan pronto como los pies de los sacerdotes tocaron las aguas del río, el curso se interrumpió y las aguas que quedaron río abajo siguieron corriendo, dejando seco el lecho. Cuando llegaron a la mitad del cauce, los sacerdotes recibieron la orden de permanecer ahí hasta que las huestes hebreas lo hubieran cruzado. Eso grabaría aún más profundamente en sus mentes que la fuerza que retenía las aguas del Jordán era la misma que, cuarenta años atrás, había permitido que sus padres cruzaran el mar Rojo.

Muchos que, siendo aún niños, habían cruzado el mar Rojo cruzaban ahora el Jordán gracias a un milagro similar. Eran guerreros pertrechados para la batalla. Después de que el último de los soldados de Israel hubo cruzado, Josué ordenó a los sacerdotes que salieran del río. Cuando hubieron salido y trajeron el arca a un lugar seguro, Dios retiró su poderosa mano y las aguas que se habían ido acumulando irrumpieron río abajo formando una poderosa avenida que llenó todo el canal natural de la corriente. El Jordán siguió corriendo como una inundación irresistible, anegando toda su cuenca.

Pero antes de que los sacerdotes hubieran salido del río, para que este maravilloso milagro no fuera olvidado jamás, el Señor ordenó a Josué que seleccionara hombres notables de cada tribu para que tomaran piedras del lugar del río donde los sacerdotes habían permanecido y las llevaran en sus hombros hasta Gilgal; allí debían erigir un monumento en memoria del hecho de que Dios había hecho posible que Israel cruzara el Jordán a pie seco. Sería un recordatorio continuo del milagro que el Señor había obrado por ellos. A medida que los años fueran pasando, los niños preguntarían la razón del monumento y, una y otra vez, escucharían la maravillosa historia hasta que quedara indeleblemente grabada en sus mentes hasta la última generación.

Cuando todos los reyes de los amorreos y los reyes de los cananeos oyeron que el Señor había retenido las aguas del Jordán ante los hijos de Israel, sus corazones sucumbieron al pánico. Los israelitas habían derrotado a dos de los reyes de Moab y el cruce maravilloso del ancho e impetuoso Jordán llenó de temor a su (159) pueblo. Entonces Josué circuncidó a todos los varones que habían nacido en el desierto. Después de esta ceremonia celebraron la Pascua en la llanura de Jericó. "Y Jehová dijo a Josué: 'Hoy he quitado de vosotros el oprobio de Egipto... (Josué 5:9).

Las naciones paganas se habían burlado del Señor y de su pueblo porque los hebreos no habían conseguido poseer la tierra de Canaán, la herencia que esperaban recibir poco después de salir de Egipto. Sus enemigos habían triunfado porque los israelitas habían vagado durante mucho tiempo por

el desierto y se habían levantado insolentemente contra Dios, declarando que no era capaz de llevarlos a la tierra que les había prometido. Esta vez, el Señor había manifestado claramente su poder y su favor permitiendo que su pueblo cruzara el Jordán a pie seco y sus enemigos ya no podrían continuar con sus burlas. El maná, que había caído hasta entonces, dejó de caer; porque los israelitas estaban a punto de tomar posesión de Canaán y comer de los frutos de esa tierra fértil. Ya no era necesario.

Cuando Josué se apartó del ejército de Israel para meditar y orar por la presencia especial de Dios, vio a un Hombre de gran estatura, recubierto de atuendos que parecían una armadura y con una espada desenvainada en la mano. Josué no lo reconoció como uno de los guerreros de Israel y, sin embargo, no parecía ser un enemigo. Lleno de celo, "yendo hacia él le dijo: '¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos?' Él le respondió: 'No; mas como Príncipe del ejército de Jehová he venido ahora'. Entonces Josué, postrándose sobre su rostro en tierra, le adoró; y le dijo: '¿Qué dice mi Señor a su siervo?' Y el Príncipe del ejército de Jehová respondió a Josué: 'Quita el calzado de tus pies, porque el lugar donde estás es santo'. Y Josué así lo hizo" (Josué 5:13-15).

La gloria del Señor inundó el santuario y por esa razón los sacerdotes jamás entrarían calzados en un lugar santificado por la presencia de Dios. Podían introducir partículas de polvo adheridas a los zapatos y desacralizar el lugar. Por esa razón los sacerdotes debían dejar su calzado en el atrio antes de entrar en el santuario. En el atrio, junto a la puerta del tabernáculo había una pila de bronce en la que los sacerdotes se lavaban las manos y los pies antes de entrar en el tabernáculo para que todas las impurezas (160) quedaran eliminadas. Dios requería que todos los que oficiaban en el santuario siguieran una preparación especial antes de entrar en el lugar donde se revelaba su gloria.

El que se alzaba delante de Josué era el Hijo de Dios. Era el que había conducido a los hebreos por el desierto, como una columna de nubes durante el día y de fuego durante la noche. Para que Josué supiera que no se trataba de nadie más sino Cristo, el Altísimo, dijo: "Quita tu calzado de tus pies" (Éxo. 3:5). Luego dio instrucciones a Josué al respecto de cómo se debían comportar para tomar Jericó. Todos los guerreros recibirían orden de dar una vuelta a la ciudad cada día durante seis días y el séptimo deberían dar siete vueltas.

Josué dio órdenes a los sacerotes y al pueblo para que hicieran según le había indicado el Señor. Dispuso las huestes de Israel en formación perfecta. En primer lugar iba un cuerpo selecto de hombres armados, recubiertos de su indumentaria de guerra, no para que mostraran sus habilidades con las armas, sino para que obedecieran las órdenes que se les daban. Los seguían siete sacerdotes con sendas trompetas. Detrás de ellos otros sacerdotes, cubiertos con ricas y preciosas vestiduras que delataban su sagrada función, llevaban el arca de Dios, recubierta de oro bruñido, sobre la cual brillaba un halo de gloría. El gran ejército de Israel seguía en perfecto orden y agrupada cada tribu bajo su respectivo estandarte. Dispuestos de esta manera circundaron la ciudad con el arca de Dios. No se escuchaba otro sonido que la marcha de ese poderoso ejército y la solemne voz de las trompetas que resonaba entre las colinas y entraba en las calles de Jericó.

Admirados y alarmados, los guardas de la ciudad condenada tomaban nota y daban cuenta a las autoridades de cada uno de los movimientos de los hebreos. No eran capaces de imaginar qué significaba todo ese despliegue. Jericó había desafiado a los ejércitos de Israel y del Dios del cielo, pero cuando miraron esa poderosa hueste que marchaba alrededor de su ciudad una vez al día con toda la pompa y majestad de la guerra, con la grandiosidad del arca y los sacerdotes que la llevaban, el impresionante misterio atizó el terror en el corazón de los príncipes y del pueblo. Una vez más inspeccionaron sus fuertes defensas y se sintieron seguros de que podrían resistir el más poderoso ataque. Muchos (161) ridiculizaron la idea de que esas extrañas manifestaciones de sus enemigos pudieran causarles daño alguno; otros sintieron temor al contemplar la majestad y el esplendor de la procesión que cada día circundaba, magnífica, la ciudad. Recordaron que cuarenta años atrás el mar Rojo se había separado y había dejado un paso seco para que ese pueblo pudiera cruzarlo; y que también el Jordán se había detenido para permitirles que lo vadearan sin peligro. No sabían qué otras

maravillas obraría Dios por ellos, pero mantuvieron sus puertas cuidadosamente cerradas y vigiladas por poderosos guerreros.

Durante seis días la hueste de Israel siguió el circuito alrededor de la ciudad. Llegó el séptimo y con las primeras luces del alba Josué mandó que el ejército de Dios se dispusiera en formación. En esa ocasión ordenó a los hombres que dieran siete vueltas alrededor de Jericó y que, a la señal de las trompetas, gritaran con todas sus fuerzas porque Dios les habría entregado la ciudad. La imponente formación avanzó, solemne, alrededor de los muros. La resplandeciente arca de Dios iluminaba el crepúsculo matutino; los sacerdotes, con sus pectorales y emblemas de pedrería, y los guerreros, cubiertos de resplandecientes armaduras, ofrecían un espectáculo magnífico. Avanzaban en un silencio de muerte, sólo -Oto por el mesurado paso de sus pies y el sonido de las trompetas que, de vez en cuando, traspasaba el silencio de aquella hora tan temprana. Los poderosos muros de sólida piedra se levantaban, amenazadores, desafiando el asedio de los hombres.

Súbitamente, el gran ejército se detuvo. Las trompetas estallaron en una fanfarria que sacudía hasta la misma tierra. Todas las voces de Israel al unísono cortaron el aire con un poderoso grito. Los muros de sólida piedra, las imponentes torres y fortificaciones, se tambalearon, sus cimientos cedieron y, con un estruendo semejante a mil truenos, cayeron formando un amasijo de ruinas. Los habitantes y el ejército enemigo, paralizados por el terror y el desconcierto, no ofrecieron resistencia e Israel entró y tomó cautiva la poderosa ciudad de Jericó.

¡Con qué facilidad los ejércitos del cielo derribaron unos muros que habían parecido tan formidables a los espías que dieron el informe desfavorable! La única arma que entró en combate fue la (162) palabra de Dios. El Poderoso de Israel había dicho: "Yo he entregado en tu mano a Jericó" (Josué 6:2). Habría bastado con que un solo hombre hubiera dado una muestra de fuerza contra los muros de la ciudad para que la gloria de Dios hubiese sido menoscabada y su voluntad se frustrara. Pero se dejó que el Todopoderoso se hiciera cargo de toda la obra. Aunque los cimientos de los edificios hubiesen alcanzado hasta el centro de la tierra y sus tejados la bóveda del cielo, el resultado habría sido el mismo, porque el Capitán de las huestes del Señor dirigía el ataque de los ángeles.

Durante mucho tiempo Dios había deseado entregar la ciudad de Jericó a su pueblo escogido para que las naciones de la tierra engrandecieran su nombre. Cuarenta años atrás, cuando había liberado a Israel de la esclavitud, se había propuesto hacerle entrega de la tierra de Canaán. Pero sus celos y sus perversas murmuraciones despertaron su ira y los castigó a vagar por el desierto durante cuarenta fatigosos años, hasta que todos aquellos hubieron desaparecido, todos los que lo insultaron con su insolencia e infidelidad. Con la torna de Jericó Dios declaró a los hebreos que sus padres habrían podido poseer la ciudad si hubiesen confiado en él del mismo modo en que lo hicieron sus hijos.

La historia del antiguo Israel se escribió para nuestro provecho. Pablo dice: "Pero de los más de ellos no se agradó Dios; por lo cual quedaron postrados en el desierto. Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron". "Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. Así que, el que piense estar firme, mire que no caiga" (1 Cor. 10:5-6; 11-12).

Muchos que, como el antiguo Israel, profesan guardar los mandamientos de Dios y tienen un corazón infiel. Aunque han sido favorecidos con el acceso a la gran luz y gozan de preciosos privilegios, perderán la Canaán celestial como los rebeldes israelitas tampoco entraron en la Canaán terrenal que Dios había prometido como recompensa por su obediencia.

Como pueblo nos falta fe. En estos días, son pocos los que, al igual que los ejércitos de Israel, siguen obedientes a los consejos que Dios da por medio de su sierva escogida. El Capitán de (163) las huestes del Señor no se reveló a toda la congregación. Sólo se comunicó con Josué, el cual relató su entrevista a los hebreos. A ellos les tocaba creer o dudar de las palabras de Josué, seguir los mandamientos que les daba en nombre del Capitán del ejército del Señor o rebelarse contra sus instrucciones y negar su autoridad. Ellos no podían ver la hueste de ángeles, comandada por el Hijo de Dios, que dirigía su

vanguardia. Podían haber razonado: "Estos movimientos carecen de todo sentido y esta farsa es ridícula: dar una vuelta cada día alrededor de los muros de la ciudad y hacer sonar las trompetas... Esto no tendrá ningún efecto sobre las fuertes torres y fortificaciones".
Sin embargo, continuar con la ceremonia durante tanto tiempo antes de la caída final de las murallas permitió que la fe de los Israelitas se acrecentara. Tenían que quedar fuertemente impresionados con la idea de que su fuerza no se basaba en la sabiduría humana, ni tampoco en su poder, sino que sólo Dios era su salvación. De ese modo se habituarían a mantenerse a un lado y a poner toda su confianza en su divino Director.
Quienes hoy profesan ser el pueblo de Dios, ¿se conducirían del mismo modo en circunstancias similares? Sin duda alguna, muchos desearían seguir sus propios planes y sugerirían otros modos de cumplir el fin deseado. Se mostrarían reticentes a someterse a una disposición tan sencilla y a alguien que no reflejara otra gloria que el mérito de la obediencia. También pondrían en duda a posibilidad de que una poderosa ciudad sea conquistada de ese modo. Pero la ley del deber es suprema. Debería gobernar la razón humana. La fe es la fuerza viva que es capaz de cruzar cualquier barrera, eliminar todos los obstáculos y plantar su bandera en el centro mismo del campo enemigo.
Dios obrará maravillas por aquellos que confíen en él. Si los que profesan ser su pueblo no tienen más fuerza es porque confían demasiado en su propia sabiduría y no permiten que el Señor revele su poder en su beneficio. Él ayudará a sus fieles hijos en todas las ocasiones si depositan toda su confianza en él y lo obedecen sin cuestionarlo.
La palabra de Dios esconde profundos misterios, sus providencias ocultan enigmas inexplicables, en el plan de salvación hay (164) secretos que el hombre no puede alcanzar. Sin embargo, la mente finita, ansiosa por satisfacer su curiosidad y resolver los problemas de la infinitud, se olvida de seguir el sencillo camino indicado por la voluntad revelada por Dios y se entromete en los secretos ocultos desde la fundación del mundo. Los hombres construyen sus teorías, pierden la sencillez de la verdadera fe y se vuelven tan importantes para ellos mismos que dejan de creer las declaraciones del Señor y se pierden en sus propias elucubraciones.
Muchos que profesan nuestra fe se encuentran en esta posición. Son débiles y carecen de fuerza porque confían en su propio poder. Dios obra con potencia por el pueblo que obedece su palabra sin cuestionarla ni dudar de ella. La majestad del cielo, con el ejército de los ángeles, arrasó los muros de Jericó sin la ayuda de ningún hombre. Los guerreros armados de Israel no tenían ningún motivo para vanagloriarse de sus logros. Todo se hizo por el poder de Dios. Cuando el pueblo deja de pensar en sí mismo y abandona el deseo de obrar según sus propios planes, cuando humildemente se somete a la voluntad divina, Dios reaviva su fuerza y trae la libertad y la victoria a sus hijos. (165)

JEREMÍAS REPRENDE A ISRAEL.-
El Señor dio a Jeremías un mensaje de reprensión para que lo llevara a su pueblo, que continuamente rechazaba el consejo de Dios, diciendo: "Yo os he hablado a vosotros desde temprano y sin cesar, y no me habéis oído. Y envié a vosotros todos mis siervos los profetas, desde temprano y sin cesar, para deciros: Volveos ahora cada uno de vuestro mal camino, y enmendad vuestras obras, y no vayáis tras dioses ajenos para servirles, y viviréis en la tierra que di a vosotros y a vuestros padres" (Jer. 35:14-15).
Dios les rogó que no lo provocaran a ira con la obra de sus manos y de sus corazones; pero "no me habéis oído", dijo. Entonces Jeremías vaticinó la cautividad de los judíos, como castigo por no obedecer la palabra del Señor. Los caldeos serían utilizados como instrumentos de Dios para castigar a su pueblo desobediente. Su disciplina estaría en proporción a su inteligencia y a las advertencias que despreciaron. Por largo tiempo Dios había demorado sus juicios por la renuencia que tenía de humillar a su pueblo escogido; pero ahora les mostraría su desagrado, como un último esfuerzo por enderezar sus caminos torcidos.

En estos días no ha establecido ningún nuevo plan para preservar la pureza de su pueblo. De la misma manera en que lo hizo en la antigüedad, él ruega a los errantes que profesan su nombre que se arrepientan y se vuelvan de sus malos caminos. Por boca de sus siervos escogidos de ahora, como de entonces, predice los peligros que están delante de ellos. Hace sonar su nota de advertencia, y reprende el pecado tan fielmente como en los días de Jeremías. Pero el Israel de nuestro tiempo tiene las mismas tentaciones de desdeñar los reproches y odiar los consejos que el antiguo Israel. Demasiado a menudo prestan oídos sordos a las palabras que Dios ha dado a sus siervos para beneficio de los que profesan la verdad. Sin embargo, como en los días de Jeremías, la misericordia del Señor retiene por un tiempo la retribución de su pecado, pero no siempre los protegerá, sino que visitará la iniquidad con juicio justo.

El Señor ordenó a Jeremías que se pusiese de pie en el atrio del templo, y allí hablase a todo el pueblo de Judá que acudiera para adorar. No debía quitar una sola palabra de los mensajes que se le (166) daban, a fin de que los pecadores de Sión tuviesen las más amplias oportunidades de escuchar y apartarse de sus malos caminos. Entonces Dios se arrepentiría del castigo que estaba dispuesto a infligirles a causa de su maldad.

Aquí se demuestra vívidamente la poca voluntad que el Señor tiene para castigar a su pueblo. Retuvo sus juicios y le rogó que regresara a la alianza con él. Israel había sido liberado de la esclavitud para que pudiera servir al Dios único y vivo. Sin embargo, los israelitas se desviaron y cayeron en la idolatría, tomando a la ligera las advertencias que les daban los profetas. Aun así, postergó el castigo para darles una nueva oportunidad de arrepentirse y evitar la paga de su pecado. Por medio de su profeta envió una clara y firme advertencia y puso delante de ellos la única vía para escapar del castigo que merecían: el arrepentimiento completo de su pecado y el abandono de los caminos del mal.

El Señor ordenó a Jeremías que dijera al pueblo: "Así ha dicho Jehová: 'Si no me oyereis para andar en mi ley, la cual puse ante vosotros, para atender a las palabras de mis siervos los profetas, que yo os envío desde temprano y sin cesar, a los cuales no habéis oído, yo pondré esta casa como Silo, y esta ciudad la pondré por maldición a todas las naciones de la tierra" (Jer. 26:4-6). Los israelitas entendieron la referencia a Silo y el tiempo en que los filisteos vencieron a Israel y tomaron el arca de Dios.

Elí pecó porque consideró en poco la iniquidad de sus hijos, los cuales desempeñaban funciones sagradas. Al descuidar la reprensión y la corrección de sus hijos trajo una temible calamidad a Israel. Los hijos de Elí fueron muertos, el mismo Elí perdió la vida, el arca de Dios fue robada y treinta mil cayeron muertos. Todo ello porque un pecado fue tomado a la ligera y se permitió que se perpetuara entre ellos. ¡Qué lección para los hombres que ocupan puestos de responsabilidad en la iglesia de Dios! Solemnemente, les exige que abandonen los errores que deshonran la causa de la verdad.

En los días de Samuel, Israel pensó que, aunque no se arrepintieran de sus pecados, la presencia del arca que contenía los mandamientos de Dios les garantizaría la victoria sobre los filisteos. Del mismo modo, en los días de Jeremías los judíos creían (167) que la estricta observancia de los servicios divinos establecidos en el templo los protegería del justo castigo que su mala conducta merecía.

Ese mismo peligro corre el pueblo que, en nuestros días, profesa ser depositario de la ley de Dios. Está a punto de engañarse a sí mismo con la idea de que el modo en que guarda los mandamientos de Dios lo mantendrá a salvo del poder de la justicia divina. Rechaza la reprensión por el mal y carga a los siervos de Dios con un exceso de celo en expulsar el pecado. El Dios que aborrece el pecado llama a todos los que profesan guardar sus mandamientos que salgan de toda iniquidad. Si desobedece su palabra y no se arrepiente, el pueblo de Dios sufrirá unas consecuencias tan terribles hoy como el mismo pecado trajo al antiguo Israel. Hay un límite más allá del cual el Juez de jueces no demorará su sentencia. La desolación de Jerusalén es una solemne advertencia para los ojos del moderno Israel: pasar por alto las reprensiones que llegan por medio de sus siervos no pasará impunemente.

Cuando los sacerdotes y el pueblo oyeron el mensaje que Jeremías les comunicaba en nombre de Dios se enfurecieron y declararon que el profeta debía morir. Sus protestas fueron ruidosas en extremo:

"¿Por qué has profetizado en nombre de Jehová, diciendo: 'Esta casa será como Silo, y esta ciudad será asolada hasta no quedar morador'? Y todo el pueblo se juntó contra Jeremías en casa de Jehová" (Jer. 26:9). Así menospreciaron el mensaje de Dios y amenazaron de muerte al siervo en quien él había confiado. Los sacerdotes, los profetas infieles y todo el pueblo montaron en cólera contra él porque no les decía cosas amables ni profetizaba engaños.

Es frecuente que los siervos perseverantes de Dios sufran las persecuciones más amargas de los falsos maestros de la religión. Pero los verdaderos profetas siempre preferirán el rechazo, e incluso la muerte, antes que mostrarse infieles a Dios. El Ojo Infinito está fijado en los instrumentos de reprensión divina, los cuales llevan una pesada carga de responsabilidad. Pero Dios contempla las injurias que se les infligen mediante la mistificación, la falsedad o el abuso como si fueran practicados con él mismo y las castigará de acuerdo con esa gravedad. (168)

Los príncipes de Judá habían oído las palabras de Jeremías y, subiendo desde el palacio del rey, se sentaron a las puertas del templo. "Entonces hablaron los sacerdotes y los profetas a los príncipes y a todo el pueblo, diciendo: 'En pena de muerte ha incurrido este hombre; porque profetizó contra esta ciudad, como vosotros habéis oído con vuestros oídos... (Jer. 26:11). Jeremías se levantó, valiente, ante los príncipes y el pueblo, declarando: "Jehová me envió a profetizar contra esta casa y contra esta ciudad, todas las palabras que habéis oído. Mejorad ahora vuestros caminos y vuestras obras, y oíd la voz de Jehová vuestro Dios, y se arrepentirá Jehová del mal que ha hablado contra vosotros. En lo que a mí toca, he aquí estoy en vuestras manos; haced de mí como mejor y más recto os parezca. Mas sabed de cierto que si me matáis, sangre inocente echaréis sobre vosotros, y sobre esta ciudad y sobre sus moradores; porque en verdad Jehová me envió a vosotros para que dijese todas estas palabras en vuestros oídos" (Jer. 26:12-15).

Si las amenazas de las autoridades y el griterío de la turba hubiesen atemorizado al profeta, su mensaje no habría tenido efecto y habría perdido su vida. Pero el coraje con que cumplió su doloroso deber despertó el respeto del pueblo y volvió a los príncipes de Israel a su favor. Por eso Dios hizo que se levantaran defensores de su siervo para que razonaran con los sacerdotes y los falsos profetas, mostrándoles cuán poco sabios serían si tomaban las extremas medidas que habían defendido hasta entonces.

La influencia de esas poderosas personas produjo una reacción en las mentes del pueblo. Entonces, los ancianos unidos en protesta contra la decisión que habían tomado los sacerdotes al respecto del destino de jeremías, citaron el caso de Miqueas, que había profetizado juicios sobre Jerusalén, diciendo: "Sión será arada como campo, y Jerusalén vendrá a ser montones de ruinas, y el monte de la casa como cumbres de bosque" (Jer. 26:18). Entonces plantearon la pregunta: "¿Acaso lo mataron Ezequías rey de Judá y todo Judá? ¿No temió a Jehová, y oró en presencia de Jehová, y Jehová se arrepintió del mal que había hablado contra ellos? ¿Haremos, pues, nosotros tan gran mal contra nuestras almas?" (Jer. 26:19). De este modo, la súplica de Ahicam y otros salvó la vida del profeta; aunque a muchos de los sacerdotes y los falsos profetas les (169) hubiera complacido que fuera condenado a muerte bajo acusación de sedición, porque no podían soportar las verdades que había pronunciado y que exponían su maldad.

Pero Israel se obstinó en no arrepentirse y el Señor vio que debía ser castigado por sus pecados. Por eso dio instrucciones a jeremías para que hiciera yugos y coyundas, que se los pusiera en el cuello y que los enviara a los reyes de Edom, de Moab, de los Amonitas, de Tiro y de Sidón, ordenando a los mensajeros que dijeran que Dios había entregado todas esas tierras a Nabucodonosor, rey de Babilonia, y que todas esas naciones lo servirían a él y a sus descendientes durante algún tiempo, hasta que Dios las librara. Debían declarar que si esas naciones rechazaban servir al rey de Babilonia serían castigadas con hambrunas, con la espada y con pestilencias hasta que fueran consumidas. Dijo el Señor: "Y vosotros no prestéis oído a vuestros profetas, ni a vuestros adivinos, ni a vuestros soñadores, ni a vuestros agoreros, ni a vuestros encantadores, que os hablan diciendo: 'No serviréis al rey de

Babilonia'. Porque ellos os profetizan mentira, para haceros alejar de vuestra tierra, y para que os arroje y perezcáis. 'Mas la nación que sometiere su cuello al yugo del rey de Babilonia y le sirviere, la dejaré en su tierra', dice Jehová, ‘y la labrará y morará en ella'" (Jer. 27:9-11).

Jeremías declaró que deberían cargar con el yugo de servidumbre durante setenta años y que los cautivos que ya estaban en manos del rey de Babilonia, así como los vasos del templo que habían sido llevados, también deberían permanecer en Babilonia hasta que se agotara el tiempo establecido. Al final de los setenta años Dios los libraría de su cautiverio y castigaría a sus opresores sometiendo, a su vez, al rey de Babilonia a los reyes de otras naciones.

Las naciones nombradas enviaron embajadores al rey de Judá para tratar el asunto de presentar batalla al rey de Babilonia. Sin embargo, el profeta de Dios, cargando los símbolos de sujeción, dio el mensaje del Señora esas naciones y les ordenó que lo llevaran a sus respectivos reyes. Era el castigo más liviano que el Dios de misericordia podía infligir a su pueblo rebelde; pero si se oponían a ese decreto de servidumbre conocerían todo el rigor de su castigo. Recibieron la fiel advertencia de no escuchar a los falsos maestros que profetizan mentiras. (170)

El desconcierto del concejo de naciones sobrepasó todos los límites cuando Jeremías, que llevaba el yugo de sujeción alrededor del cuello, les hizo conocer la voluntad de Dios. Pero Hananías, uno de los falsos profetas contra los cuales había advertido a su pueblo por medio de Jeremías, levantó la voz y se opuso a la profecía declarada. Con el deseo de ganarse el favor del rey y de su corte, afirmó que Dios le había dado palabras de aliento para los judíos. Dijo: "'Dentro de dos años haré volver a este lugar todos los utensilios de la casa de Jehová, que Nabucodonosor tomó de este lugar para llevarlos a Babilonia, y yo haré volver a este lugar a Jeconías hijo de Joacim, rey de Judá, y a todos los transportados de Judá que entraron en Babilonia', dice Jehová; 'porque yo quebrantaré el yugo del rey de Babilonia'" (Jer. 28:3-4).

Jeremías, en presencia de todos los sacerdotes y del pueblo, dijo que el deseo más sincero de su corazón era que Dios trajera los utensilios del templo y a los cautivos de regreso de Babilonia; pero eso sólo sucedería con la condición de que el pueblo se arrepintiera y, abandonando el camino del mal, regresara a la senda de obediencia a la ley de Dios. Jeremías amaba a su pueblo y deseaba ardientemente que la humillación del pueblo evitara la desolación predicha. Sin embargo, sabía que el deseo era vano. Tenía la esperanza de que el castigo de Israel fuera tan suave como fuera posible y por eso urgía honestamente a sus conciudadanos a someterse al rey de Babilonia durante el tiempo que el Señor había especificado.

Les urgió a escuchar sus palabras. Les citó las profecías de Oseas, Habacuc, Sofonías y otros cuyos mensajes de reprobación y advertencia eran similares al suyo. Les recordó acontecimientos de su historia que habían sido el cumplimiento de profecías de retribución por pecados de los que no se habían arrepentido. En algunas ocasiones, como sucedió en este caso, los hombres se habían levantado contra el mensaje de Dios y habían predicho paz y prosperidad para apaciguar los temores del pueblo y ganarse el favor de los gobernantes. Pero en todos y cada uno de los ejemplos del pasado el juicio de Dios había visitado a Israel tal como indicaron los verdaderos profetas. Jeremías dijo: "El profeta que profetiza de paz, cuando se cumpla la palabra del profeta, será conocido como el profeta que Jehová en verdad envió" (Jer 28:9). Si Israel escogía (171) correr el riesgo, los acontecimientos futuros decidirían cuál de ellos era el falso profeta.

Hananías, que había montado en cólera, tomó el yugo del cuello de Jeremías y lo rompió. "Y habló Hananías en presencia de todo el pueblo, diciendo: Así ha dicho Jehová: 'De esta manera romperé el yugo de Nabucodonosor rey de Babilonia, del cuello de todas las naciones, dentro de dos años". Y siguió Jeremías su camino" (Jer. 28:11). Había cumplido con su parte; había advertido al pueblo del peligro que corría; había indicado la única vía para poder recuperar el favor de Dios. Pero aunque su único delito fue referir fielmente el mensaje de Dios al pueblo infiel, sus palabras fueron objeto de

burlas y escarnio y los hombres que ocupaban cargos de responsabilidad lo acusaron e intentaron instigar al pueblo para que lo matara.

Jeremías recibió otro mensaje: "Ve y habla a Hananías, diciendo: Así ha dicho Jehová: Yugos y madera quebraste, mas en vez de ellos harás yugos de hierro'. Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Tugo de hierro puse sobre el cuello de todas estas naciones, para que sirvan a Nabucodonosor rey de Babilonia; y aun también le he dado las bestias del campo"'. Entonces dijo el profeta Jeremías al profeta Hananías: "'Ahora oye, Ananás, Jehová no te envió, y tú has hecho confiar en mentira a este pueblo'. Por tanto, así ha dicho Jehová: 'He aquí que yo te quito de sobre la faz de la tierra; morirás en este año, porque hablaste rebelión contra Jehová'. Y en el mismo año murió Hananías, en el mes séptimo" Jer. 28:13-17).

Aquel falso profeta había alimentado la falta de fe del pueblo hacia Jeremías y su mensaje. Con maldad, había declarado que él era el mensajero del Señor y sufrió la muerte como consecuencia de aquel temible delito. El quinto mes Jeremías profetizó la muerte de Hananías y en el séptimo su muerte probó las palabras de profeta verdadero.

Dios había dicho que su pueblo se salvaría, que el yugo que pondría sobre su cuello sería ligero, si se sometía sin quejas a su plan. Su servidumbre estaba representada por el yugo de madera, que era fácil de llevar; pero la resistencia se encontraría con la severidad que le corresponde, representada por el yugo de hierro. Dios (172) había decidido que el Rey de Babilonia no pudiera causar ninguna muerte ni tampoco pudiera oprimir en demasía al pueblo. Pero al hacer escarnio de su advertencia y sus mandamientos, los israelitas trajeron sobre sí todo el rigor de la esclavitud. El pueblo prefirió recibir el mensaje del falso profeta que predijo prosperidad porque era más agradable. Que constantemente les recordaran sus pecados hería el orgullo de los israelitas; habrían preferido mantenerlos escondidos. Se encontraban en unas tinieblas morales tales que no se daban cuenta de la enormidad de su culpa ni apreciaban los mensajes de reprobación y advertencia que les enviaba Dios. Si se hubieran dado cuenta de su desobediencia habrían agradecido la justicia del Señor y habrían reconocido la autoridad de su profeta. Dios los invitaba a arrepentirse y de ese modo podría librarlos de la humillación de que el pueblo escogido por Dios se viera sometido a ser vasallo de una nación idólatra. Sin embargo, se burlaron de su consejo y siguieron a los falsos profetas.

Entonces el Señor ordenó a Jeremías que escribiera cartas a los capitanes, a los príncipes, a los profetas y a todo el pueblo que había sido llevado en cautiverio a Babilonia, pidiéndoles que no cayeran en el engaño de su pronta liberación, sino que se sometieran pacíficamente a sus capturadores, que siguieran con sus vocaciones y que construyeran hogares apacibles entre sus conquistadores. El Señor les pidió que no permitieran que sus profetas y sus adivinos los engañaran con falsas esperanzas; no obstante, por medio de las palabras de Jeremías les aseguró que al cabo de setenta años de servidumbre serían liberados y regresarían a Jerusalén. Escucharía sus oraciones y les daría su favor cuando se volvieran a él de todo corazón. `Y seré hallado por vosotros', dice Jehová, 'y haré volver vuestra cautividad, y os reuniré de todas las naciones y de todos los lugares adonde os arrojé', dice Jehová; 'y os haré volver al lugar de donde os hice llevar'" (Jer. 29:14).

¡Con qué tierna compasión informó Dios a su pueblo cautivo sobre sus planes para Israel! Conocía el sufrimiento y el desastre que experimentarían y sabía que los impulsarían a creer que rápidamente serían liberados de la servidumbre y llevados de vuelta a Jerusalén, tal como habían predicho los falsos profetas. Sabía que esta creencia haría que su posición fuera muy difícil. Cualquier (173) muestra de insurrección de su parte despertaría la vigilancia y la severidad del rey y, en consecuencia, verían restringida su libertad. Deseaba que se sometieran pacíficamente a su destino para que su servidumbre fuera lo menos cargosa posible.

Había otros dos falsos profetas, Acab y Sedequías, que profetizaron mentiras en nombre del Señor. Esos hombres profesaban ser maestros santos, pero sus vidas estaban corrompidas y eran esclavos de los placeres del pecado. El profeta de Dios había condenado las malas acciones de esos hombres y los

había advertido del peligro. Aun así, en lugar de arrepentirse y emprender una reforma, se enfurecieron con el fiel reprobador de sus pecados y quisieron oponerse a su obra agitando al pueblo para que no creyera sus palabras y actuara de forma contraria al consejo de Dios, no sometiéndose al rey de Babilonia. El Señor testificó por medio de jeremías que esos falsos profetas serían librados a manos del rey de Babilonia y muertos ante sus ojos. Llegado el momento, esta predicción se cumplió.
Otros falsos profetas se levantaron y sembraron confusión en el pueblo haciendo que no obedeciera las órdenes divinas dadas a través de jeremías. Sin embargo, Dios pronunció juicio contra ellos a consecuencia del grave pecado de haber provocado la rebelión contra él.
En este tiempo también se levantan hombres de esa misma clase para traer la confusión y la rebelión al pueblo que profesa obedecer la ley de Dios. Pero, tan cierto como el juicio divino visitó a los falsos profetas, tales obreros del mal recibieron su retribución en la justa medida; el Señor es el mismo entonces y ahora. Quienes profetizan mentiras alientan a los hombres para que consideren el pecado como un asunto de poca importancia. Cuando los terribles resultados de sus crímenes sean puestos de manifiesto, si les es posible, así como los judíos culparon a Jeremías de su desgracia, querrán culpar de sus dificultades a los que los hayan advertido fielmente.
Los que llevan una vida de rebelión contra el Señor siempre encuentran falsos profetas que justifiquen sus actos y los adulan hasta la destrucción. Las palabras mentirosas, como en el caso de Acab y Sedequías, tienen muchos amigos. El pretendido celo por Dios de esos falsos profetas halló muchos más seguidores que el verdadero profeta que transmitía el sencillo mensaje del Señor. (174)

UNA LECCIÓN DE LOS RECABITAS.-
Dios ordenó a jeremías que reuniera a los recabitas en una de las estancias del templo, que sirviera vino ante ellos y que los invitara a beber. Jeremías hizo tal como el Señor le había ordenado. "Mas ellos dijeron: 'No beberemos vino; porque Jonadab, hijo de Recab nuestro padre nos ordenó diciendo: No beberéis jamás vino vosotros ni vuestros hijos'" (Jer. 35:6).
"Y vino palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: 'Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: 'Ve y di a los varones de Judá, y a los moradores de Jerusalén: '¿No aprenderéis a obedecer mis palabras?–, dice Jehová. Fue firme la palabra de Jonadab hijo de Recab, el cual mandó a sus hijos que no bebiesen vino, y no lo han bebido hasta hoy, por obedecer al mandamiento de su padre" (Jer. 25:12-14).
Dios contrasta la obediencia de los recabitas con la desobediencia y la rebelión de su pueblo, que no quería recibir sus palabras de reprensión y advertencia. Los recabitas obedecieron el mandamiento de su padre y no quisieron ser acusados de transgredir sus deseos. Pero Israel rechazó escuchar al Señor. Dijo: "Yo os he hablado a vosotros desde temprano y sin cesar, y no me habéis oído. Y envié a vosotros todos mis siervos los profetas, desde temprano y sin cesar, para deciros: 'Volveos ahora cada uno de vuestro mal camino, y enmendad vuestras obras, y no vayáis tras dioses ajenos para servirles, y viviréis en la tierra que di a vosotros y a vuestros padres; mas no inclinasteis vuestro oído, ni me oísteis. Ciertamente os hijos de Jonadab hijo de Recab tuvieron por firme el mandamiento que les dio su padre; pero este pueblo no me ha obedecido'. Por tanto, así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: 'He aquí traeré sobre Judá y sobre todos los moradores de Jerusalén todo el mal que contra ellos he hablado; porque les hablé, y no oyeron; los llamé, y no han respondido—.
"Y dijo jeremías a la familia de los recabitas: Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Por cuanto obedecisteis al mandamiento de Jonadab vuestro padre, y guardasteis todos sus mandamientos, e hicisteis conforme a todas las cosas que os mandó; por tanto, así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: 'No (175) faltará de Jonadab hijo de Recab un varón que esté en mi presencia todos los días- (Jer. 35:14-19).
Los recabitas recibieron alabanza por su pronta y dispuesta obediencia, mientras que el pueblo de Dios no quiso escuchar la reprensión de sus profetas. Puesto que les había hablado y no quisieron

escucharlo, puesto que los había llamado y no quisieron responder, Dios pronunció juicio contra los israelitas. Jeremías repitió las palabras de elogio del Señor para los fieles recabitas y los bendijo en su nombre. De este modo Dios enseñó a su pueblo que la fidelidad y la obediencia a sus peticiones se reflejaría en las bendiciones que recibirían, tal como los recabitas fueron bendecidos por su obediencia a los mandamientos de su padre.

Si los consejos de un padre bueno y sabio que designaba los mejores y más efectivos medios para asegurar su posteridad contra los males de la intemperancia tenían que ser obedecidos tan estrictamente, la autoridad de Dios debía ser guardada con mucha más reverencia porque es más santo que un hombre. Es nuestro Creador y director, de poder infinito y terrible juicio. Su misericordia establece muchos medios para que los hombres vean sus pecados y se arrepientan de ellos. Si se obstinan en no escuchar las reprensiones que les envía y se comportan contrariamente a su voluntad declarada, caerá sobre ellos la ruina; porque el pueblo de Dios sólo obtiene prosperidad gracias a su misericordia, por medio del cuidado de sus mensajeros celestiales. El Señor no cuidará y guardará un pueblo que desprecie su consejo y menoscabe sus reprensiones.

LAS ADVERTENCIAS DE DIOS SON RECHAZADAS.-

Jeremías ya había sido privado de su libertad porque había obedecido a Dios y había dado las palabras de advertencia que había recibido de boca de Dios al rey y a los otros que ocupaban puestos de responsabilidad en Israel. Los israelitas no estaban dispuestos a aceptar las reprensiones ni tampoco que su conducta fuese cuestionada. Habían manifestado un gran descontento ante las palabras de reproche y los juicios que habían sido predichos sobre ellos si continuaban en rebelión contra el Señor. Aunque (176) Israel no las escuchara, las palabras de consejo divino no tendrían menor efecto. Tampoco Dios dejaría de reprender ni amenazar con sus juicios y su ira a aquellos que rechazaran obedecer sus advertencias.

El Señor dijo a Jeremías: “Toma un rollo de libro y escribe en él todas las palabras que te he hablado contra Israel y contra Judá, y contra todas las naciones, desde el día que comencé a hablarte, desde los días de Josías hasta hoy. Quizá oiga la casa de Judá todo el mal que yo pienso hacerles, y se arrepienta cada uno de su mal camino, y yo perdonaré su maldad y su pecado" (Jer. 36:2-3).

Ésta es una prueba de que Dios se resiste a abandonar a su pueblo. Y para que Israel no descuidara tanto sus reprobaciones y sus advertencias, hasta el punto de olvidarse de ellas, demoró el juicio sobre su pueblo y le dio un registro completo de su desobediencia y graves pecados, así como de los juicios que había declarado como consecuencia de sus transgresiones, desde los días de Josías hasta aquel tiempo. De ese modo, los israelitas tendrían una nueva oportunidad para ver su maldad y arrepentirse. Esto nos demuestra que Dios no se complace en afligir a su pueblo; sino que, con un cuidado que sobrepasa el de un padre que se apiada de su hijo descarriado, ruega a su pueblo errante que regrese a la lealtad.

El profeta Jeremías, obedeciendo los mandamientos de Dios, dictó las palabras que el Señor le había dado a Baruc, su escriba, el cual las escribió en un rollo. Vea Jeremías 36:4. Ese mensaje era una reprensión por todos los pecados de Israel y una advertencia de las consecuencias que se seguirían si perseveraban en sus malos caminos. Era un sincero llamamiento para que renunciaran a sus pecados. Después de haberlo escrito, Jeremías, que estaba prisionero, envió a su escriba para que leyera el rollo a todas las personas que había reunido "en la casa de Jehová, el día del ayuno" (Jer. 36:6). El profeta dijo: "Quizá llegue la oración de ellos a la presencia de Jehová, y se vuelva cada uno de su mal camino; porque grande es el furor y la ira que ha expresado Jehová contra este pueblo" (Jer. 36:7).

El escriba obedeció al profeta y leyó el rollo ante el pueblo de Judá. Pero su tarea no acabó aquí, debía leerlo ante los príncipes, quienes escucharon con gran interés. Sus rostros tenían una expresión (177) de temor mientras preguntaban a Baruc al respecto del misterioso escrito. Prometieron referir al rey todo lo que habían oído sobre él y su pueblo, pero aconsejaron al escriba que se escondiera porque temían

que el rey rechazaría el testimonio que Dios había dado por medio de Jeremías y querría matar tanto al profeta como a su escriba.

Cuando los príncipes refirieron al rey lo que Baruc había leído, inmediatamente ordenó que trajeran el rollo y se lo leyeran. Pero en lugar de aceptar sus advertencias y temblar ante el peligro que se cernía sobre él y su pueblo, en un arrebato de furia, lo arrojó al fuego, a pesar de que algunos que gozaban de su confianza le habían suplicado que no lo quemara. Cuando la ira de aquel malvado monarca se alzó contra Jeremías y su escriba, ordenó que los aprehendieran inmediatamente; "pero Jehová los escondió" (Jer. 36:26). Después que el rey hubo quemado el sagrado rollo, la palabra de Dios vino a jeremías, diciendo: "Vuelve a tomar otro rollo, y escribe en él todas las palabras primeras que estaban en el primer rollo que quemó Joacim rey de Judá. Y dirás a Joacim rey de Judá: Así ha dicho Jehová: Tu quemaste este rollo, diciendo: ¿Por qué escribiste en él diciendo: De cierto vendrá el rey de Babilonia, y destruirá esta tierra, y hará que no queden en ella ni hombres ni animales?` (Jer. 36:28-29).

El Dios de misericordia advertía al pueblo por su bien. "Quizá", dijo el Creador compasivo, "oiga la casa de Judá todo el mal que yo pienso hacerles, y se arrepienta cada uno de su mal camino, y yo perdonaré su maldad y su pecado" (Jer. 36:3) Dios se apiada de la ceguera y la perversidad del hombre; envía luz a su entendimiento sumido en tinieblas por medio de reprobaciones y amenazas con el fin de que los poderosos se den cuenta de su ignorancia y lamenten sus errores. Hace que los que se complacen en sí mismos se sientan insatisfechos con sus logros y busquen mayores bendiciones con una unión más estrecha con el cielo.

El plan de Dios no es enviar mensajeros que complazcan y adulen a los pecadores. Sus mensajes no arrullan a los que permanecen en la seguridad carnal y no se santifican. Pone pesadas cargas sobre las conciencias de los que obran el mal y traspasa sus almas con afiladas flechas de culpabilidad. Los ángeles ministradores (178) presentan ante ellos los temibles juicios de Dios para que sientan su gran necesidad y fuerza el clamor de agonía: "¿Qué puedo hacer para ser salvo?" La misma mano que humilla hasta el polvo, que reprende el pecado y avergüenza el orgullo y la ambición, levanta al penitente y quebrantado y pregunta llena de compasión: "¿Qué quieres que te haga?" (Mar 10:51).

Cuando el hombre ha pecado contra el Dios santo y misericordioso, no hay conducta más noble que el arrepentimiento sincero y la confesión de sus errores con lágrimas en los ojos y el alma doliente. Dios sólo acepta un corazón traspasado y un espíritu contrito. Pero el rey y sus gobernantes, llenos de orgullo y arrogancia, rechazaron la invitación de Dios para que regresaran a él. No estaban dispuestos a escuchar sus advertencias y arrepentirse. Ésta fue su última oportunidad. Dios había declarado que si no escuchaban su voz les infligiría una temible retribución. No quisieron oír y fue pronunciado juicio sobre Israel y el hombre que se había enorgullecido y se había levantado contra el Todopoderoso sintió toda su ira.

"Por tanto, así ha dicho Jehová acerca de Joacim rey de Judá: `No tendrá quien se siente sobre el trono de David; y su cuerpo será echado al calor del día y al hielo de la noche. Y castigaré su maldad en él, y en su descendencia y en sus siervos; y traeré sobre ellos, y sobre los moradores de Jerusalén y sobre los varones de Judá, todo el mal que les he anunciado y no escucharon" (Jer. 36:30-31).

Quemar el rollo no acabó con el asunto. Fue más fácil arrojar las palabras escritas que la reprobación y la advertencia que contenían y el inminente castigo que Dios había pronunciado contra el rebelde Israel. El Señor ordenó que se reprodujera el rollo destruido. Las palabras del Infinito no podían ser destruidas. "Y tomó Jeremías otro rollo y lo dio a Baruc hijo de Nerías escriba; y escribió en él de boca de Jeremías todas las palabras del libro que quemó en el fuego Joacim, rey de Judá; y aun fueron añadidas sobre ellas muchas otras palabras semejantes" (Jer. 36:32).

Dios no envía juicios sobre su pueblo sin antes haberlo avisado para que se arrepienta. Usa todos los medios para hacerlo volver a la obediencia y no visita su iniquidad con juicios hasta que le ha dado amplias oportunidades de arrepentimiento. Los hombres (179) airados querían impedir la labor del profeta de Dios privándolo de libertad. Sin embargo, Dios puede hablara los hombres aun a través de

los muros de las prisiones e incrementar la efectividad de sus siervos con los mismos medios con que sus perseguidores quieren limitar su influencia.

En este tiempo muchos menosprecian las fieles reprensiones de Dios dadas en testimonio. Se me ha mostrado que algunos, tal como hizo aquel malvado rey de Israel, han llegado a quemar las palabras escritas de reprobación y advertencia. Sin embargo, la oposición a los designios de Dios no aplaza su ejecución. Desafiar las palabras que el Señor habla a través de sus instrumentos escogidos sólo provocará su ira y, finalmente, traerá la ruina segura al transgresor. A menudo, la indignación enciende el corazón del pecador contra el agente que Dios escoge para hacerle llegar sus reprensiones. Siempre ha sido así, y ese mismo espíritu que encarceló a Jeremías por haber obedecido la palabra del Señor persiste en nuestros días.

A la vez que los hombres no aceptan humildemente las repetidas advertencias se complacen con falsos maestros que adulan su vanidad y refuerzan su maldad y, sin embargo, no son capaces de ayudarlos en los días de tribulación. Los siervos escogidos de Dios deben afrontar con valor y paciencia todos los sufrimientos y las pruebas que les traen los reproches, la negligencia o las interpretaciones erróneas porque cumplen fielmente el deber que Dios les ha encomendado. Deben recordar que los profetas de la antigüedad y el Salvador del mundo también sufrieron los malos tratos y la persecución por causa de la palabra. Deben esperar la misma oposición que se manifestó al quemar el rollo que había sido escrito al dictado de Dios.

El Señor prepara un pueblo para el cielo. Los defectos de carácter, la voluntad obstinada, la idolatría soberbia, la indulgencia con las faltas, el odio y las contiendas provocan la ira de Dios; el pueblo que guarda sus mandamientos debe abandonar todas esas taras. Las argucias de Satanás engañan y enceguecen a los que viven en esos pecados. Creen que están en la luz y, sin embargo, andan a tientas en las tinieblas. En nuestros días hay murmuradores entre nosotros, como también hubo murmuradores en el antiguo Israel. (180) Los que, con una tolerancia imprudente, mueven a rebelión a los hombres, cuando su egoísmo los atenaza ante las reprensiones merecidas, no son amigos de Dios, el gran Reprensor. Dios enviará reprensión y advertencia a su pueblo mientras esté en la tierra.

Los que, valientemente, escogen el bando correcto, los que alientan la sumisión a la voluntad revelada de Dios, esforzándose por abandonar sus malas acciones, son amigos del Señor; el cual, por amor, desea corregir los errores de su pueblo para así poder limpiarlos y, tras borrar todas sus transgresiones, prepararlos para su santo reino.

Sedequías sucedió a Joacim en el trono de Jerusalén. Pero ni el nuevo rey ni su corte, ni tampoco el pueblo, escucharon las palabras del Señor habladas por medio de Jeremías. Los caldeos comenzaron el asedio a Jerusalén, pero durante un tiempo tuvieron que emplear sus armas contra los egipcios. Sedequías envió un mensajero a Jeremías pidiéndole que orara al Dios de Israel en favor de su pueblo. La temible respuesta del profeta fue que el ejército caldeo regresaría y destruiría la ciudad. El Señor mostraba así que el hombre no puede retener los juicios divinos. "Así ha dicho Jehová: 'No os engañéis a vosotros mismos, diciendo: 'Sin duda ya los caldeos se apartarán de nosotros'; porque no se apartarán. Porque aun cuando hiriereis a todo el ejército de los caldeos que pelean contra vosotros, y quedasen de ellos solamente hombres heridos, cada uno se levantará de su tienda, y pondrán esta ciudad a fuego- (Jer. 37:9-10).

Jeremías consideró que había cumplido con su tarea e intentó abandonar la ciudad. Pero se lo impidió el hijo de uno de los falsos profetas, el cual dio informes de que se iba a unir al enemigo. Jeremías negó la falsa acusación, pero fue traído de vuelta a la ciudad. Los príncipes prefirieron creer al hijo del falso profeta porque odiaban a Jeremías. Creían que él les había traído la calamidad que había predicho. Enfurecidos, lo golpearon y lo encarcelaron.

Tras haberlo retenido durante varios días en las mazmorras, el rey Sedequías mandó que lo trajeran a su presencia y, en secreto, le preguntó si había alguna otra palabra de parte del Señor. Jeremías repitió otra vez su advertencia de que la nación sería entregada en las manos del rey de Babilonia. (181)

"Dijo también Jeremías al rey Sedequías: ‘¿En qué pequé contra ti, y contra tus siervos, y contra este pueblo, para que me pusieseis en la cárcel? ¿Y dónde están vuestros profetas que os profetizaban diciendo: 'No vendrá el rey de Babilonia contra vosotros ni contra esta tierra?' Ahora pues, oye, te ruego, oh rey mi señor, caiga mi súplica delante de ti, y no me hagas volver a casa del escriba Jonatán, para que no muera allí'. Entonces dio orden el rey Sedequías, y custodiaron a Jeremías en el patio de la cárcel, haciéndole dar una torta de pan al día, de la calle de los panaderos, hasta que todo el pan de la ciudad se gastase. Y quedó Jeremías en el patio de la cárcel" (Jer. 37:18-21).

El malvado rey no se atrevió a mostrar públicamente que creía en Jeremías, sino que su temor lo llevó a querer obtener información de él. Era demasiado débil para oponerse a las acusaciones de sus gobernantes y del pueblo, sometiéndose a la voluntad de Dios tal como la había declarado el profeta. Finalmente, algunos hombres que gozaban de autoridad y estaban enfurecidos por la obstinación del profeta en predecir calamidades se acercaron al rey y le dijeron que mientras el profeta viviera no cesaría en sus predicciones de desastre. Afirmaron que era un enemigo de la nación y que sus palabras habían debilitado las manos del pueblo y atraído la desdicha; por eso querían matarlo.

El cobarde rey sabía que esos cargos eran falsos. No obstante, quería que los que ocupaban puestos de poder e influencia en la nación le fueran propicios; por lo que fingió que creía sus falsedades y les entregó a Jeremías para que hicieran con él como les pluguiera. "Entonces tomaron a Jeremías y lo hicieron echar en la cisterna de Malquías hijo de Hamelec, que estaba en el patio de la cárcel; y metieron a jeremías con sogas. Y en la cisterna no había agua, sino cieno, y se hundió Jeremías en el cieno". Sin embargo, Dios levantó a sus amigos para que intercedieran por él ante el rey y volvieron a sacarlo al patio de la cárcel.

Una vez más, el rey quiso entrevistarse secretamente con Jeremías y le pidió que le relatara fielmente los propósitos de Dios sobre Jerusalén. "Y Jeremías dijo a Sedequías: 'Si te lo declarare, ¿no es verdad que me matarás?, y si te diere consejo, no me escucharás'. Y juró el rey Sedequías en secreto a Jeremías, diciendo: (182) `Vive Jehová que nos hizo esta alma, que no te mataré, ni te entregaré en mano de estos varones que buscan tu vida" (Jer. 38:15-16). Entonces Jeremías repitió la advertencia del Señor a oídos del rey. Dijo: Así ha dicho Jehová Dios de los ejércitos, Dios de Israel: 'Si te entregas enseguida a los príncipes del rey de Babilonia, tu alma vivirá, y esta ciudad no será puesta a fuego, y vivirás tú y tu casa. Pero si no te entregas a los príncipes del rey de Babilonia, esta ciudad será entregada en mano de los caldeos, y la pondrán a fuego, y tú no escaparás de sus manos'. Y dijo el rey Sedequías a Jeremías: ‘Tengo temor de los judíos que se han pasado a los caldeos, no sea que me entreguen en sus manos y me escarnezcan'. Y dijo Jeremías: 'No te entregarán. Oye ahora la voz de Jehová que yo te hablo, y te irá bien y vivirás’” (Jer. 38:17-20).

He aquí una prueba de la sufriente misericordia de Dios. Aún a tan tardía hora, si se hubiese sometido a sus requerimientos, el pueblo habría salvado la vida y la ciudad se habría librado de la conflagración. Pero el rey pensó que había ido demasiado lejos para retractarse. Temía a los judíos, temía que lo ridiculizaran, temía por su vida. En aquel día era demasiado humillante decir al pueblo: "Acepto la palabra del Señor dicha por boca de su profeta Jeremías. No me aventuraré a guerrear contra el enemigo por causa de sus advertencias".

Con lágrimas en los ojos Jeremías suplicó al rey que se sal- vara él mismo y al pueblo. Con angustia de espíritu le aseguró que no escaparía con vida y que todas sus posesiones caerían en manos del rey de Babilonia. Tenía la oportunidad de salvar la ciudad; pero había emprendido el mal camino y no estaba dispuesto a volver sobre sus pasos. Decidió seguir el consejo de los falsos profetas y de los hombres a quienes despreciaba y ridiculizaban su debilidad de carácter porque se rendía tan prontamente a sus deseos. Cedió la noble libertad de su humanidad para convertirse en un atemorizado esclavo de la opinión pública. Aunque no tenía ningún propósito malvado, carecía de la resolución necesaria para mantenerse firme al lado de la verdad. Aunque estaba convencido de que Jeremías decía la verdad, no

poseía el talante moral para obedecer su consejo, sino que se obstinó en avanzar en la dirección equivocada. (183)

Era tan débil, sus temores humanos se habían apoderado de su alma hasta tal punto, que ni siquiera quería que sus cortesanos y el pueblo supieran que se había reunido con el profeta. Si ese cobarde gobernante se hubiese mantenido firme ante su pueblo y hubiera declarado que creía las palabras del profeta, las cuales ya se habían cumplido, habría evitado una gran desolación. Debería haber dicho: "obedeceré al Señor y salvaré la ciudad de la ruina total. No menospreciaré los mandamientos de Dios por temor a los hombres o en busca de su favor. Amo la verdad, odio el pecado y seguiré el consejo del Todopoderoso de Israel". Sólo así el pueblo habría respetado su valeroso espíritu y los que dudaban entre la fe y la infidelidad habrían tomado un firme partido por la verdad. El valor y la justicia de su conducta habrían inspirado a sus súbitos con admiración y lealtad. Habría tenido un amplio apoyo e Israel no habría sufrido la indescriptible calamidad del fuego, las matanzas y las hambrunas.

Sedequías pagó un alto precio por su debilidad. El enemigo avanzó como una avalancha irresistible y devastó la ciudad. El ejército hebreo se batió en retirada víctima de la confusión. La nación fue conquistada. Sedequías fue tomado prisionero y sus hijos murieron asesinados ante sus propios ojos. Después fue llevado cautivo fuera de Jerusalén mientras oía los alaridos de su desdichado pueblo y el rugir de las llamas que devoraban sus casas. Le arrancaron los ojos y cuando llegó a Babilonia murió en la miseria. Ésta fue la pena por haber caído en la infidelidad y haber seguido consejos impíos.

En nuestros días hay muchos falsos profetas que no consideran que el pecado sea repulsivo. Se quejan de que las reprensiones las advertencias de los mensajeros de Dios alteran innecesariamente la paz del pueblo. Arrullan las almas de los pecadores, y las suyas propias, llevándolas a una acomodación fatal con sus enseñanzas agradables y engañosas. El antiguo Israel cayó víctima de las adulaciones de los sacerdotes corruptos. Su predicción de prosperidad era más agradable que el mensaje del verdadero profeta, quien aconsejaba el arrepentimiento y la sumisión.

Los siervos de Dios deben manifestar un espíritu tierno y compasivo y mostrar a todos que en sus asuntos con el pueblo no les (184) impulsa ningún motivo personal y no se complacen en dar mensajes de furia en nombre del Señor. Sin embargo, nunca deben titubear a la hora de señalar los pecados que corrompen a los que profesan ser el pueblo de Dios ni cesar en su empeño de influir en ellos para que se vuelvan de sus errores y obedezcan al Señor.

Los que se esfuerzan por esconder el pecado y hacer que parezca menos serio a las mentes de los transgresores hacen la labor de los falsos profetas y la ira de Dios retribuirá su conducta. El Señor nunca entrará en componendas con los deseos de los hombres corruptos. El falso profeta condenó a Jeremías por haber afligido al pueblo con sus graves acusaciones; quiso tranquilizarlo prometiéndole seguridad y prosperidad, pensando que no debía recordar continuamente los pecados de las pobres gentes ni amenazarlas con el castigo. Esta conducta aumentó aún más, si cabe, la resistencia de los judíos al consejo del verdadero profeta e intensificó su enemistad hacía él.

Dios no se complace con el que obra el mal. No permite que ninguna libertad brille por encima de los pecados de su pueblo ni que se proclame "paz, paz" cuando ha declarado que los condenados no tendrán paz. Los que alientan a rebelión contra los siervos que Dios envía para dar su mensaje se rebelan contra la palabra del Señor. (185)

SON NECESARIAS LAS REPROBACIONES FIELES.-

Escribí el siguiente testimonio, recibido en la visión del 5 de Enero de 1875, en mi tienda, entre los servicios de la reunión campestre de agosto de aquél año. Se inicia con las condiciones en que se encontraba en enero de ese mismo año. Los acontecimientos del siguiente verano justificaron plenamente la aparente severidad del testimonio. En septiembre leí algunos fragmentos a esa iglesia y, bajo nuestra dirección, se inició una gran obra; por lo que, con la esperanza de que sea de utilidad para esa iglesia y otras, doy el testimonio en esta humilde obra.

Las tinieblas toman el control allí donde debería gobernar el Espíritu de Dios. Sin embargo, pocos de los que se enrolan en la obra se dan cuenta de la necesidad del esfuerzo personal y la responsabilidad individual que requieren todas las responsabilidades que asumen. La mayoría las consideran al mismo nivel que las empresas ordinarias.

La soberbia domina en muchos que deberían saber que una vida de amor sacrificado es una vida de paz y libertad. Los que buscan la felicidad mediante la autocomplacencia y cuidando principalmente sus propios intereses han emprendido el camino equivocado si desean asegurarse alguna felicidad en la tierra. Quien es infiel en los más insignificantes deberes, lo será también en los mayores. El que descuida el fiel cumplimiento de las pequeñas tareas que se le confían demuestra que es incapaz de llevar responsabilidades más pesadas e indica que no se ha entregado en cuerpo y alma a la labor y que no piensa, siquiera un momento, en la gloria de Dios.

Algunos se afanan por definir los deberes ajenos y se aperciben de toda la importancia que es inherente a las responsabilidades que tales deberes conllevan. Sin embargo, son incapaces de darse cuenta de los suyos. La fidelidad personal y la responsabilidad individual son necesarias, en especial, en el Instituto de Salud [el sanatorio], en las oficinas, en la iglesia y en la escuela. Si todos los que están relacionados con esas instituciones escucharan atentamente lo que Jesús les ordena hacer, en lugar de detenerse a preguntar qué debería hacer tal o cual hombre, seríamos testigos de (186) un gran cambio en todos los departamentos de la obra. Si en todos los corazones reinaran las palabras: "Debo escuchar las enseñanzas de Cristo y obedecer su voz, nadie puede hacer mi trabajo en mi lugar, la atención de los demás nunca puede subsanar mi negligencia", veríamos que la causa de Dios avanzaría hasta metas nunca alcanzadas.

No hacer nada, esperar a que los demás actúen, trae la debilidad espiritual. Retener las propias energías es una manera segura de perderlas. Jesús requiere una obediencia explícita y una sumisión dispuesta de todos sus siervos. En el servicio a Cristo no debe haber contención ni autoindulgencia. No hay acuerdo posible entre Cristo y Belial. ¡Cuánta falta de dedicación a la obra de Dios, cuánta falta de preocupación ha habido en !

El corazón de A no se ha consagrado a Dios. Tiene capacidades y talentos por los que tendrá que rendir cuentas al Dador de todas las cosas. Su corazón no está consagrado y su vida es indigna de su profesión; por más que haya estado vinculado con la sagrada obra de Dios durante numerosos años. ¡Cuánta luz ha tenido, qué privilegios! Ha disfrutado de las más extrañas oportunidades para desarrollar un verdadero carácter cristiano. Las palabras de Cristo, cuando lloró sobre Jerusalén, son aplicables a su caso: "¡Oh, si también tu conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos" (Luc. 19:42). A, la condena de Dios cuelga sobre su cabeza, "por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación" (Luc. 19:44).

B tiene el mismo tipo de carácter, aunque no es tan soberbio. Ambos aman más los placeres que a Dios. Su conducta contradice en todo una vida cristiana. Carecen de estabilidad, sobriedad y dedicación a Dios. En B, la obra de gracia también es muy superficial. Desea ser cristiano, pero no se esfuerza por mantener la victoria sobre el yo y actuar según sus convicciones de lo que es justo o erróneo. Dios sólo acepta acciones, no palabras ociosas o intenciones vacías.

A, ha escuchado las palabras de reprensión de Dios, sus consejos, sus advertencias, así como sus súplicas amorosas. Pero no basta con escuchar. "Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos" (Sant. 1:22). Dejarse llevar (187) por la corriente, y gritar "¡Hosanna!" con la multitud, es fácil. Pero en la tranquilidad de la vida diaria, cuando no hay ninguna excitación o exaltación, llega la prueba de la verdadera cristiandad. Es entonces cuando su corazón se enfría, su celo desfallece y los ejercicios religiosos se vuelven desagradables para usted.

Sin duda alguna, usted descuida hacerla voluntad de Dios. Cristo dice: "Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando" (Juan 15:14). Ésta es la condición que se nos impone, ésta es la prueba que pone de manifiesto el carácter de las personas. Los sentimientos son a menudo engañosos y las

emociones no son una salvaguarda segura; porque son variables y están sujetos a circunstancias externas. Muchos se pierden porque confían en las impresiones de sus sentidos. La clave es: ¿Qué hace por Cristo? ¿Cuáles son sus sacrificios? ¿Y sus victorias? El espíritu soberbio vencido, la tentación de descuidar los deberes resistida, las pasiones subyugadas y una obediencia dispuesta y alegre rendida a la voluntad de Cristo son, de largo, las mayores pruebas de que se es un hijo de Dios, libre de la piedad espasmódica y la religión emocional.

Hermanos, ambos sienten aversión a la reprensión, siempre ha despertado en sus corazones el desafecto y la murmuración contra su mejor Amigo, quien siempre ha buscado su bien y a quien ustedes le deben todo el respeto por un sinfín de razones. Se han separado de él y han ofendido al Espíritu de Dios al levantarse contra las palabras que ha dado a sus siervos al respecto de su conducta. No han escuchado a esas admoniciones y, por lo tanto, han rechazado el Espíritu de Dios y lo han alejado de sus corazones. Su comportamiento se ha vuelto despreocupado e indiferente.

Hermano A, durante los muchos años que ha sido bendecido con la gran luz que Dios ha permitido que brillara sobre su camino, usted debería haber ganado una gran experiencia. Escuché una voz que decía de usted: "Es un árbol estéril. ¿Por qué esas -amas estériles echan su sombra sobre el suelo que podría ocupar un árbol que lleva fruto? Córtalo para que no inutilice la tierra". Luego escuché la voz suplicante de la Misericordia, diciendo: "Ten un poco de paciencia. Cavaré sus raíces, lo podaré. Dale otra oportunidad; si aun así no da fruto, córtalo". A ese árbol improductivo se le ha concedido un poco más de tiempo de gracia, un poco más (188) de tiempo para que una vida malgastada florezca y lleve fruto. ¿Aprovechará la oportunidad? ¿Recibirá las advertencias del Espíritu de Dios? Las palabras que Jesús pronunció cuando Jerusalén menospreció la salvación que, por gracia, le ofrecía el Redentor también se le dicen a usted: "¡Jerusalén, Jerusalén […] cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!" (Mat. 23.37). Cristo suplicó, invitó; pero el pueblo a quien había de salvar no correspondió su amor. Usted no ha sido mejor en su tiempo que aquellos pobres, engañados y enceguecidos judíos. Podría haber aprovechado los benditos privilegios y las oportunidades que se le brindaban, perfeccionando un carácter cristiano; pero su corazón se ha vuelto rebelde y no está dispuesto a humillarse para convertirse realmente y vivir en obediencia a los designios de Dios.

Los sentimientos de rencor y murmuraciones que algunos han expresado también han encontrado abrigo en su alma, aunque no se haya atrevido a hablar claramente al respecto. Mejor habría sido para la obra y para todos aquellos que están relacionados con ella que usted hubiera sido apartado de ella ya hace años. Cuanta más luz ha recibido, cuantos más privilegios ha disfrutado, menor ha ido la sinceridad y la justicia que ha manifestado. Su corazón era carnal y ha descuidado la palabra explícita de Dios. Aunque a su alrededor han abundado las advertencias y los consejos, y ha tenido las pruebas más claras de que Dios estaba en esa obra y que le hablaba su voz, ha rechazado las solemnes reprensiones, considerándolas livianas, y ha seguido adelante con su soberbia.

A veces se han despertado sus temores; pero, aun así, nunca se dio cuenta de su desdichada condición espiritual y del absoluto peligro que corría. Una y otra vez, ha vuelto a caer en el mismo estado de indiferencia y soberbia. Su arrepentimiento nunca ha sido suficientemente profundo como para llegara una reforma total. Su tarea sólo ha sido superficial, no una transformación completa, necesaria para hacerlo aceptable a Dios. "El que me sigue", dice Jesús, "no andará en tinieblas" (Juan 8:12). Sin embargo, durante la mayor parte de su vida pretendidamente cristiana usted ha andado en tinieblas porque no se ha vinculado con el cielo y recibido la pura luz del Espíritu de Dios. (189)

Si estuviera en comunión diaria con el Señor y cultivase el amor por las almas, abandonaría el yo y sería un sincero obrero de la viña del Señor. Percibiría cómo la fiel ejecución de los deberes de la vida lo mantendría alejado del amor a sí mismo y la auto-complacencia. No ha sido diligente, no ha buscado obtener una mejor experiencia en el día a día. En este momento debería ser un hombre solvente en cualquier puesto de responsabilidad, pero la soberbia ha marcado todo cuanto ha tocado su mano. Ha

sido hábil para conseguir sus propios propósitos, pero no ha ganado sabiduría con la experiencia de tantos años.

B se ha infatuado. Podría haber avanzado con firmeza, creciendo en gracia, pero la apariencia externa le ha parecido más importante que los adornos internos, tales como el vestido de un espíritu manso y pacífico, que Dios considera de gran valor. Los no creyentes que han sido empleados por la obra, pero que no han disfrutado de la luz de la verdad presente que ustedes sí han disfrutado, han sido mucho más fieles y conscientes de su tarea que ustedes, a quienes me dirijo. Si se hubiesen reunido diligentemente con Cristo, muchos de ellos estarían ahora con nosotros en la verdad. Pero las vidas de ambos fueron para ellos piedra de tropiezo. Dios mira a esas personas con una piedad y una aprobación mayores que a aquellos que creen la verdad, pero que lo niegan con sus obras. La e que se deja a un lado según las conveniencias y se usa como si le un vestido se tratara no es la religión de Cristo, sino un artículo espurio que no resistirá las pruebas de este mundo.

La verdadera religión se muestra siempre con claridad en nuestras palabras, en nuestro comportamiento y en todas las acciones de vida. Los seguidores de Cristo no deben divorciar la religión de los negocios. Deben ir de la mano y los mandamientos de Dios deben ser estrictamente respetados en todos los detalles de los asuntos materiales. Saber que somos hijos de Dios debería elevar el tono del carácter aun en los deberes cotidianos de la vida, impidiendo que seamos perezosos para los negocios y favoreciendo un espíritu ferviente. Una religión así soporta el escrutinio del mundo con una gran conciencia integridad.

Cada obrero debería considerarse como un mayordomo de Dios desempeñar su labor con exactitud y fiel vigilancia. Constantemente (190) debería preguntarse: "¿Lo que hago está de acuerdo con la voluntad de Dios? ¿Será del agrado del Redentor?" La religión de la Biblia eleva la razón hasta el punto de que Cristo se mezcla con todos los pensamientos. Cada acción, cada palabra y cada momento de nuestras vidas deberían llevar el carácter distintivo de nuestra santa fe. El fin de todas las cosas está al alcance de la mano y no tenemos tiempo para la ociosidad o la vida de placeres, que está en franca oposición con los propósitos de Dios.

El Señor no es cosa de broma. Los que se olvidan de su misericordia y sus bendiciones en este tiempo de oportunidad traerán sobre sí tinieblas impenetrables y se convertirán en candidatos para la ira de Dios. La maldición del Todopoderoso visitó Sodoma y Gomorra por causa de sus pecados e iniquidades. En nuestros días hay quienes han abusado igualmente de la misericordia de Dios y han ridiculizado sus advertencias. Sin dejar de ser reprobable, era menos intolerable la conducta de Sodoma y Gomorra que la de aquellos que, llevando el nombre de Cristo, lo deshonran con sus vidas impías. Todos ellos se están ganando una temible condena en el día en que la ira de Dios los visite con su juicio.

Por causa de su ignorancia, la situación de los pecadores que no han gozado de la luz y de los privilegios que los adventistas del séptimo día han podido gozar será más favorable ante Dios que aquella de los que son infieles mientras están vinculados con su obra y profesan amarlo y servirlo. Cristo vertió lágrimas en el monte; su corazón estaba angustiado y roto porque su pueblo escogido no correspondía a su amor y le mostraba ingratitud. Había trabajado incansablemente para salvarlo del destino que estaba a punto de traer sobre sí, pero su pueblo rechazó su misericordia y no sabía el tiempo de su visitación. Su tiempo de privilegios llegaba a su fin, pero sus ojos estaban tan ciegos que no era capaz de verlo.

Jesús recorrió con su mirada a lo largo de los siglos hasta el fin de los tiempos y, viendo los casos de todos los que habían pagado su amor y admoniciones con soberbia y descuido, y los de todos aquellos que algún día lo harían, les dirigió esas solemnes palabras que declaran su desconocimiento del tiempo de su visitación. Los judíos juntaban sobre sus cabezas las tenebrosas nubes de la condena; muchos hoy en día, de manera similar, atraen sobre sí (191) la ira de Dios porque desaprovechan las oportunidades

que se les brindan, se mofan de los consejos y del amor de Jesús y menosprecian y odian a sus siervos porque dicen la verdad.
En ningún lugar de la faz de la tierra ha brillado tanta luz como en -----. Ni siquiera la antigua Jerusalén había sido tan favorecida con el resplandor de los rayos celestiales iluminando el camino que debía seguir su pueblo. Aun así, no anduvieron en obediencia fiel, bajo la radiante luz, sirviendo a Dios de día y de noche. El resultado de abandonar la luz revelada por el Espíritu del Señor es una religión enfermiza y enana. La energía y el amor crecen a medida que los ejercitamos. Las gracias cristianas sólo se desarrollan mediante el cultivo cuidadoso.

NECESIDAD DE DISCIPLINA EN LA FAMILIA.-
El estado de muchos dees verdaderamente alarmante; en ----- especial la mayoría de los jóvenes. Las familias se mudaron con la idea de que no debían cargar con la iglesia, sino ser una ayuda para ella. En muchos casos, el resultado ha sido el contrario. La desidia e los padres en la disciplina de sus hijos ha sido la causa de muchos males en muchas familias. Los jóvenes no han sido dirigidos como se debiera. Los padres han descuidado las instrucciones de la palabra de Diosa este respecto y los hijos han tomado las riendas del gobierno. La consecuencia es que, por lo general, han conseguido gobernara sus padres en lugar de estar bajo su autoridad.
Los padres están ciegos ante el verdadero estado de sus hijos, quienes han conseguido engañarlos completamente. Sin embargo, los que han perdido el control sobre sus hijos se muestran disgustados cuando otros intentan meterlos en vereda o indican sus defectos con el propósito de corregirlos. La causa de Dios se ha visto frenada en ----- porque los padres traen a sus indisciplinados e ingobernables hijos a esa gran iglesia. Muchos viven descuidando constantemente el deber de educar a sus hijos en los consejos y la admonición de Dios. Ellos mismos tienen mucho que decir al respecto de la maldad de los jóvenes de -----, ya que el mal ejemplo y las influencias dañinas de sus propios hijos han desmoralizado a los jóvenes que con ellos se relacionaban. (192)
Esas familias han traído sobre esa iglesia las cargas más pesadas. Llegan con falsas ideas. Parece que esperan que la iglesia sea irreprensible y se haga cargo de la responsabilidad de hacer unos buenos cristianos de aquellos mismos hijos que ellos, como padres, son incapaces de controlar y mantener sujetos. Ellos mismos se vuelven una abrumadora carga para la iglesia. Sería de gran ayuda si renunciaran a su soberbia y se esforzaran por honrar a Dios y reparar los errores que cometieron en sus vidas. Pero no sucede así, se mantienen altivos, prestos a criticar la falta de espiritualidad de la iglesia, cuya mayor calamidad es que entre sus miembros cuenta a muchos como ellos, pesos muertos, personas cuyos corazones y cuyas vidas no se han consagrado, cuya conducta es completamente errónea. Las instituciones situadas en ----- han soportado demasiados cuerpos enfermos y exangües que sólo buscaban su propia prosperidad y vitalidad espiritual.
CRÍTICAS A LOS QUE LLEVAN RESPONSABILIDADES.-
La iglesia sufre por falta de obreros cristianos abnegados. Si todos los que, por lo general, no pueden resistir a la tentación y son demasiado débiles para permanecer de pie solos, se mantuviesen alejados de -----, reinaría en aquel lugar una atmósfera espiritual mucho más pura. Los que se alimentan de las hojarascas de los fracasos y deficiencias ajenas, que juntan para sí mismos los miasmas malsanos de las negligencias y los defectos de sus vecinos, haciéndose basureros de la iglesia, no constituyen ninguna ventaja para la sociedad de la cual forman parte, sino que son, en realidad, una carga para la comunidad a la cual imponen su presencia.
Lo que necesita la iglesia no son cargas, sino obreros fervientes; no personas que censuren, sino edificadores de Sión. Se necesitan verdaderamente misioneros en el gran corazón de la obra, hombres que retengan la fortaleza, que sean tan fieles como el acero para preservar el honor de aquellos a quienes Dios ha colocado a la cabeza de su obra, y que harán cuanto puedan para sostener la causa en todos sus departamentos, aun a costa del sacrificio de sus propios intereses y vidas, si es necesario.

Pero se me mostró que son pocos los que tienen la verdad entretejida con su misma alma, (193) que pueden soportar la prueba escrutadora de Dios. Son muchos los que han aceptado la verdad, pero ésta no se ha apoderado de ellos para transformar su corazón y purificarlo de todo egoísmo. Hay quienes vienen a -----para ayudar en la obra, como también muchos que son miembros antiguos, que tendrán que rendir una terrible cuenta a Dios por el estorbo que han sido para la causa, por su amor propio y su vida no consagrada.

La religión no tiene virtud salvadora si el carácter de aquellos que la profesan no corresponde a su profesión de fe. Dios ha dado misericordiosamente mucha luz a su pueblo de -----, pero Satanás quiere realizar su obra, y ejerce con más energía su poder en el mismo corazón de ésta. Se apodera de hombres y mujeres egoístas, no consagrados, y los hace centinelas para que vigilen a los fieles siervos de Dios, pongan en duda sus palabras, sus actos y sus motivos, y critiquen y murmuren contra sus reprensiones y amonestaciones. Por su medio crea sospechas y celos y procura debilitar el valor de los fieles, agradar a los que no son santificados, y anular las labores de los siervos de Dios.

Satanás ha ejercido gran poder sobre la mente de los padres por medio de sus hijos indisciplinados. El pecado de la negligencia paterna está anotado contra muchos observadores del sábado. El espíritu de la chismografía es uno de los agentes esenciales que tiene Satanás para sembrar discordia y disensión, para separar amigos y minar la fe de muchos en la veracidad de nuestra posición. Hay hermanos y hermanas que propenden demasiado a hablar de las faltas y de los errores que creen ver en los demás, y especialmente en aquellos que han dado sin vacilar los mensajes de reprensión y amonestación que Dios les confiara.

Los hijos de estos quejosos escuchan con oídos abiertos y reciben el veneno del desafecto. Los padres están así cerrando ciegamente las avenidas por medio de las cuales se podrían alcanzar los corazones de los hijos. Cuántas familias sazonan sus comidas diarias con dudas y preguntas. Disecan el carácter de sus amigos y lo sirven como delicado postre. Circula por la mesa un precioso trozo de calumnia, para que lo comenten, no solamente los adultos, sino también los niños. Esto deshonra a Dios. Jesús dijo: En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí (194) lo hicisteis" (Mat. 25:40). Por lo tanto, desprecian y ultrajan a Cristo los que calumnian a sus siervos.

Los nombres de los siervos escogidos de Dios han sido tratados con falta de respeto y en algunos casos con absoluto desprecio por ciertas personas que debieran haberlos mantenido en alto. Los niños han oído las observaciones irrespetuosas de sus padres con referencia a las solemnes reprensiones y amonestaciones dadas por los siervos de Dios. Han comprendido las burlas escarnecedoras y expresiones despectivas que de vez en cuando cayeron en sus oídos, y la tendencia ha sido poner en su mente los intereses eternos y sagrados al mismo nivel que los asuntos comunes del mundo. ¡Qué obra están haciendo estos padres al transformar a sus hijos en incrédulos desde su infancia! Así es como se enseña a los niños a ser irreverentes y a rebelarse contra las reprensiones que el cielo envía contra el pecado. Es inevitable que prevalezca la decadencia espiritual donde existen tales males. Esos mismos padres y madres cegados por el enemigo, se preguntan por qué sus hijos se inclinan tanto a la incredulidad y a dudar de la verdad de la Biblia. Se preguntan por qué es tan difícil que los alcancen las influencias morales y religiosas. Si tuviesen percepción espiritual, descubrirían en seguida que este deplorable estado de cosas es resultado de la influencia que ellos ejercen en su hogar, de sus celos y desconfianza. Así se educan muchos incrédulos en los círculos familiares de los que profesan ser cristianos.

Muchos son los que hallan placer especial en discurrir y espaciarse en los defectos, reales o imaginarios, de aquellos que llevan pesadas responsabilidades en relación con las instituciones de la causa de Dios. Pasan por alto el bien que han realizado, los beneficios que ha producido su ardua labor y su devoción incansable a la causa, y fijan su atención en alguna equivocación aparente, en algún asunto que, una vez consumado, ellos imaginan que se podría haber hecho de una manera mejor con resultados más halagüeños, cuando la verdad es que, si ellos hubiesen tenido que hacer la obra, o se

habrían negado a dar un paso en las circunstancias desalentadoras del caso, o habrían actuado con más indiscreción que quienes la hicieron siguiendo las indicaciones de la providencia de Dios. (195)
Pero estos habladores indisciplinados se aferran a los detalles más desagradables del trabajo, como el liquen a las asperezas de la roca. Estas personas se atrofian espiritualmente al espaciarse de continuo en las faltas y los defectos de los demás. Son moralmente incapaces de discernir las acciones buenas y nobles, los esfuerzos abnegados, el verdadero heroísmo y el sacrificio propio. No se están volviendo más nobles ni más elevados en su vida y esperanza, ni más generosos y amplios en sus ideas y planes. No cultivan la caridad que debe caracterizar la vida del cristiano. Se están degenerando cada día, y sus prejuicios y opiniones se estrechan cada vez más. La mezquindad es su elemento, y la atmósfera que los rodea es venenosa para la paz y la felicidad.
El gran pecado de ----- es que no quiso recibir la luz que Dios le dio a través de sus siervos. Cristo dijo a sus apóstoles: "El que recibe al que yo enviare, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió" (Juan 13:20). Queda claro en esto que los que rechazan los mensajes de los siervos de Dios, no sólo rechazan al hijo, sino también al Padre.
Y sigue diciendo: "Mas en cualquier ciudad donde entréis, y no os reciban, saliendo por sus calles, decid: Aun el polvo de vuestra ciudad, que se ha pegado a nuestros pies, lo sacudimos contra vosotros. Pero esto sabed, que el reino de Dios se ha acercado a vosotros'. Y os digo que en aquel día será más tolerable el castigo para Sodoma que para aquella ciudad. ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Que si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotros, tiempo ha que sentadas en cilicio y en ceniza se habrían arrepentido. Por tanto, en el juicio será más tolerable el castigo para Tiro y Sidón que para vosotras. Y tú, Capernaúm, que hasta los cielos eres levantada, hasta el Hades serás batida. El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió" (Luc. 10:10-16).
¡Cuán terribles y solemnes son estas palabras! Es muy importante que no rechacemos las advertencias y admoniciones que Dios nos hace llegar por medio de sus humildes instrumentos; porque al menoscabar la luz que traen sus mensajeros menoscabamos al Salvador del mundo, al Rey de gloria. Muchos corren este terrible (196) riesgo y atraen sobre sí la condenación de Dios. El Todopoderoso no será tenido en menos ni permitirá que su voz sea despreciada sin impunidad.

LOS MALES DE LA FALTA DE DISCIPLINA.-
Los hermanos C y D no trajeron el alivio a la causa en ----- que debieran haber traído. Si humildemente, hubiesen permanecido en el temor de Dios y perseverado en hacer el bien tanto en la iglesia como en la obra, habrían sido una gran bendición para la obra de Dios. Si se hubiesen apercibido de la gran responsabilidad que tienen ante Dios por la educación y la formación de sus hijos, habrían sido valiosos ejemplos para otros. Los hijos necesitan tanto la educación que reciben en la escuela como la formación que proporciona el hogar para que su fuerza mental y moral se desarrolle en la debida proporción; por lo que cada una de ellas necesita de ejercicio. Se deben desarrollar las capacidades físicas, mentales y espirituales para que puedan formar un carácter equilibrado.
Para que esto sea así, los hijos deben ser objeto de cuidados, vigilancia, protección y disciplina. Se requieren esfuerzos pacientes y hábiles para moldeara los jóvenes de la manera correcta. Algunas tendencias malignas deben ser reprimidas cuidadosamente y rechazadas con ternura, la mente debe ser estimulada a favor de lo que es correcto. Es necesario estimular al niño con juicio para que alcance el gobierno de sí mismo; de otro modo, el propósito deseado se verá frustrado.
Los padres deben preguntarse: "¿Quién alcanza todas estas cosas?" El único capaz de alcanzar todos estos requerimientos es Dios. Si lo mantienen al margen y no buscan su consejo y su ayuda, su tarea caerá en saco roto. Pero la oración, el estudio de la Biblia y el celo sincero tendrán un noble éxito en este importante deber y su recompensa multiplicará por cien el tiempo y el cuidado dedicados. Pero las habladurías y la ansiedad referidas a la apariencia externa han usurpado el precioso tiempo que debería

haber sido dedicado a la oración para obtener sabiduría y fuerza de Dios para cumplir su más sagrado deber. Los padres sabios ordenarán (197) su entorno de tal modo que sea favorable para la formación de un carácter correcto en sus hijos. Casi siempre está en su mano conseguirlo. La fuente de sabiduría está abierta para que puedan sacar de ella todo el conocimiento necesario.

La Biblia, un libro lleno de enseñanzas, debería ser su libro de texto. Si forman a sus hijos en consonancia con sus preceptos, no sólo pondrán los pies de sus hijos en la senda adecuada, sino que los educarán en los deberes más sagrados. Las ideas que se graban en la mente de un joven son difíciles de borrar. Por tanto, es muy importante que esas ideas sean las adecuadas e inclinen las flexibles facultades de los jóvenes en la dirección correcta.

Algunos padres vinieron a ----- con sus hijos y los arrojaron a la iglesia como si, a partir de ese momento, abandonaran toda responsabilidad en su formación moral y religiosa. El hermano y la hermana C, así como el hermano y la hermana D, han cometido un gravísimo error tanto en disciplinar a sus hijos como en gobernarse a ellos mismos. Sus hijos se han vanagloriado de la libertad de que disponen para hacer lo que les place. Han sido liberados de sus deberes domésticos y menosprecian las normas. Para ellos, una vida útil es una vida de trabajos inútiles. El gobierno débil de sus hogares los ha vuelto inaptos para cualquier cargo y, la consecuencia natural es su rebelión contra la disciplina de la escuela. Sus padres han hecho caso de sus quejas, les han dado crédito Y. compadeciéndose de sus imaginarias tribulaciones, han alentado a sus hijos para que se comportaran mal. En muchos casos, esos padres han dado crédito a engaños claros urdidos por sus mentirosos hijos. Algunos de los casos de niños indisciplinados y tramposos tienen mucho que ver con la pérdida de autoridad de la escuela y la desmoralización de los jóvenes de nuestra iglesia.

En el cielo hay un orden perfecto, una concordia y un acuerdo Sin defecto. Si aquí los padres descuidan enseñara sus hijos el respeto a la autoridad, ¿cómo pueden esperar que sean considerados -compañeros adecuados para los santos ángeles en un mundo de paz y armonía? Los padres, al mostrarse indulgentes con las malas acciones de sus hijos, están creando un elemento que traerá la discordia a la sociedad y menoscabará la autoridad de la escuela y de la iglesia. (198)

Los niños necesitan una guía y un cuidado atentos, más ahora que nunca, porque Satanás quiere ganar el control de sus mentes y sus corazones para expulsar el Espíritu de Dios. El temible estado de los jóvenes de esta época constituye uno de los signos más claros de que vivimos en los últimos días. Sin embargo, la ruina de muchos puede ser imputada directamente a la mala dirección de sus padres. El espíritu de murmuración contra las reprobaciones ha echado sus raíces y está dando su fruto de insubordinación. Los padres están disgustados con el carácter que desarrollan sus hijos, a la vez que están ciegos ante los errores que comenten y los hacen ser como son.

Elí reprochaba a sus hijos su mala conducta, pero no actuaba prontamente para corregirla. Aquel padre que rehuía las dificultades y se mostraba demasiado afectuoso recibió la advertencia de Dios: su negligencia no quedaría sin retribución. Aun así, no se dio cuenta de la importancia de apartar el mal de Israel, de una vez por todas. Debería haber tomado medidas sin dilación; en cambio, con una sumisión destacable, dijo: "Jehová es; haga lo que bien le pareciere" (1 Sam. 3:18). Si se hubiera apercibido completamente de la culpa de su negligencia, Israel se habría salvado de la humillación de la derrota y el arca de Dios no habría caído en manos enemigas.

Dios condena la negligencia que flirtea con el crimen y el pecado; no deja sin castigo la insensibilidad que no se apresura a detectar su amenazadora presencia en las familias de los que profesan ser cristianos. Para él los padres son responsables en gran medida de los errores y las locuras de su descendencia. Dios visitó con su condena, no sólo a los hijos de Elí, sino a Elí mismo; este terrible ejemplo debería ser una advertencia para los padres de nuestros días.

Mientras miraba la peligrosa situación en que se encuentran sus jóvenes y se me mostraba la indiferencia de los padres respecto de su bienestar, mi corazón se afligió y desfalleció. Los ángeles estaban tristes y lloraban amargamente. Los jóvenes se van al mundo y caen en las manos de Satanás.

Se vuelven menos susceptibles a la dulce influencia de la gracia de Dios, son más y más confiados y desafiantes y muestran una creciente despreocupación por los intereses eternos. Vi cómo Satanás plantaba su bandera en los hogares (199) de los que profesan ser los elegidos de Dios y, sin embargo, los que andan en la luz deberían ser capaces de discernir la diferencia entre la bandera negra del adversario y el estandarte manchado con la sangre de Cristo.

Los niños deben ser educados con normas y ejemplo. Los padres deberían cumplir sus grandes responsabilidades con temor y emoción. Deberían ofrecer fervorosas oraciones para pedir fuerza y guía divinas en su tarea. En muchas familias se siembra la semilla de la vanidad y la soberbia en el corazón de los niños desde casi su mismo nacimiento. En su presencia, se comentan y alaban sus pequeños engaños, y se repiten a otros con exageraciones. Los pequeños toman nota de esto y se crecen; no dudan en interrumpir conversaciones y se vuelven atrevidos e impertinentes. La adulación y la indulgencia alimentan su vanidad y su obstinación, hasta el punto que el más joven alcanza a gobernar toda la familia, padre y madre incluidos.

La disposición que esta clase de formación da no puede ser dejada de lado mientras los juicios del niño crecen en firmeza. A medida que el cuerpo del niño va creciendo, crece también su intelecto; y lo que en un bebé puede parecer gracioso, en un adulto puede llegar a ser menospreciable y perverso. Quieren gobernar a los que los rodean; y si alguno no se rinde a sus deseos, se consideran insultados y ofendidos. La causa es que en su juventud se toleraron sus ofensas en lugar de enseñarles la necesaria negación del yo para soportar las duras pruebas de la vida.

A menudo, los padres, pensando que así será más fácil tratar con ellos, tratan a sus hijos con favoritismo y condescendencia. Es mucho más sencillo permitirles que hagan lo que les pazca en lugar de dirigir las inclinaciones que con tanta fuerza surgen en sus corazones. Este comportamiento es cobarde. Rehuir las responsabilidades es perverso; porque llegará el día en que esos hijos, cuyas inclinaciones no fueron dirigidas y habrán degenerado en vicios, raerán la reprensión y la desgracia sobre ellos y sobre sus familias. Salen a la vida sin estar preparados para resistir sus tentaciones, sin la fuerza necesaria para soportar las situaciones complejas y desconcertantes. Son apasionados, arrogantes, indisciplinados y quieren doblegar a los demás a su voluntad; cuando esto no sucede piensan que el mundo los desaprovecha y se vuelven contra él. (200)

Las lecciones que se aprenden en la infancia, buenas o malas, no se aprenden en vano. Para bien o para mal, el carácter se desarrolla en la juventud. Aunque en el hogar pueda haber alabanzas y adulación, en el mundo cada uno es considerado por sus propios méritos. Quienes han sido malcriados, a los cuales se ha rendido la autoridad doméstica, están sujetos a mortificación diaria porque se ven obligados a rendirse a otros. Muchos llegan a aprender su verdadero lugar por medio de estas crudas lecciones de la vida. Las broncas, los enfados y el lenguaje directo de sus superiores suelen mostrarles su verdadero estatus social y los humillan hasta que entienden y aceptan su lugar. Esta es ordalía innecesaria que podría haberse evitado con una formación adecuada en la juventud.

La mayoría de estas personas indisciplinadas pasan por la vida dándose de bruces contra el mundo, fracasando allí donde deberían tener éxito. Llegan a pensar que el mundo está resentido con ellas porque no las adula ni las trata con dulzura. Por tanto, se vengan del mundo devolviéndole resentimiento y desobediencia. A veces las circunstancias las obligan a fingir una humildad que no sienten, pero no es natural en ellos y, tarde o temprano, sus verdaderos caracteres acabarán por salir a la luz.

Si tales personas tienen familia, su gobierno se vuelve arbitrario y muestra aquella disposición soberbia e irracional que deben disimular fuera del hogar. Quienes dependen de ellas sienten hasta lo indecible los errores cometidos en su formación. ¿Por qué los padres educan a sus hijos de tal manera que lleguen a estar en constante conflicto con todos aquellos que entran en contacto con ellos?

Su experiencia religiosa está moldeada por la educación recibida en la infancia. Las tristes pruebas, tan peligrosas para la prosperidad de una iglesia porque son la causa de que la fe de muchos flaquee, se

tambalee y acabe desvaneciéndose entre la duda y la insatisfacción, suelen tener su origen en un espíritu indómito y rebelde, resultado de la indulgencia de los padres en la más tierna infancia. ¡Cuántas vidas se han perdido, cuántos delitos se han cometido, a causa de la influencia de una pasión desenfrenada que debería haber sido corregida en la infancia, cuando la mente es moldeable y el corazón fácilmente influenciable por lo que es (201) correcto y está sujeto a la voluntad de una madre amorosa! La educación ineficiente de los hijos es la base de una gran cantidad de desgracias.

Los niños a los que se les permite andar a sus anchas no son felices. El corazón indómito no posee los elementos necesarios para su sosiego y satisfacción. La mente y el corazón deben ser disciplinados y sujetos a las normas adecuadas para que el carácter esté en armonía con las sabias leyes que gobiernan nuestro ser. El desasosiego y la insatisfacción son fruto de la indulgencia y la soberbia. A menos que se siembren preciosas flores y sea objeto de esmerados cuidados, el suelo del corazón, como el de un jardín, sólo será capaz de dar espinas y cardos. Como sucede en la naturaleza visible, así también se da en el alma humana.

Los jóvenes de ----- se encuentran en una condición desconcertante. Mientras algunos miembros de la iglesia se sienten insatisfechos con los que ocupan cargos de responsabilidad, son encontrados faltos y murmuran contra las reprensiones, insinuando sus dudas y cuchicheando sobre los asuntos ajenos, sus almas están empapadas de tinieblas y sus hijos han sido impregnados con el espíritu que obra en sus padres. Esta disposición tiene como fin la destrucción de toda autoridad. Dios considera a esos padres responsables de la malicia y la rebelión de los jóvenes que están a su cuidado.

Satanás ha tenido un maravilloso éxito en sus planes. Los .nombres de experiencia, los padres de familia, que manifiestan una obstinada resistencia cuando sus planes son contravenidos muestran claramente que no pueden controlarse a sí mismos. ¿Cómo pueden, pues, controlar a sus hijos, que siguen sus mismos pasos y se rebelan contra su autoridad y cualquier otra norma, como ellos mismos se rebelan contra la autoridad de la iglesia y las instituciones con las que se relacionan? Algunos de estos pretendidos cristianos se han rendido en las manos de Satanás y han convertido en sus instrumentos. Influyen en las almas contra la verdad mostrando su insubordinación e insatisfacción.

A la vez que profesan justicia, huyen de delante del Todopoderoso y, antes de darse cuenta de la enormidad de su pecado, han cumplido el objetivo del adversario. El daño ya ha sido hecho, (202) la sombra de tinieblas ya se ha extendido, las flechas de Satanás han encontrado un blanco. Ciertamente, un poco de levadura ha bastado para fermentar toda la masa. La falta de fe se infiltra y hunde sus garras en las mentes que han aceptado completamente la verdad.

Entre tanto, esos espasmódicos obreros de Satanás miran inocentemente a los que después de haberlos arrastrado al escepticismo permanecen inamovibles ante la reprensión y las súplicas. Mientras esas personas que han recibido su influencia se han alejado de la fe más aún de lo que ellos mismos se habrían aventurado, se lisonjean de ser, en comparación, virtuosos y justos. No entienden que esos desdichados casos son hijos de sus lenguas desenfrenadas y su perversa rebelión, porque los que han cedido a la tentación han caído por culpa de su mala influencia. Ellos iniciaron el problema; ellos sembraron la semilla de la anarquía y la infidelidad.

No hay justificación para que las familias traigan a sus hijos a ----- sin que estén bajo el control de sus padres. Si los padres han desoído la palabra de Dios al respecto de la instrucción y la formación de sus hijos, ----- no es su lugar. Sólo traerán la desmoralización de los jóvenes del lugar y la discordia dominará allí donde debieran reinar la paz y la prosperidad. Que tales padres se ocupen de corregir y disciplinar a sus hijos antes de aventurarse a imponerlos a la iglesia de -----.

Muchos son tan culpables de haber descuidado a sus hijos como lo fue Elí; el castigo de Dios caerá sobre ellos con la misma certeza con que cayó sobre él. El caso del hermano E fue uno de los destacados. La mano de Dios se extendió en la ira de su condena, no sólo sobre sus hijos, sino también sobre él mismo. La palabra de Dios era clara, pero sus admoniciones cayeron en saco roto. Recibió advertencias, escuchó reprensiones, pero no hizo caso de ninguna de ellas y la maldición cayó sobre él.

Es asunto terrible descuidar la educación de los hijos. No sólo porque se perderán, sino porque también se condenan los padres, los cuales se han apartado tanto de Dios que han perdido todo sentido de su sagrada responsabilidad y permanecen en una peligrosa posición respecto de la vida eterna. (203)

Me dirijo ahora a los padres excesivamente afectuosos e indulgentes con sus hijos. Estas son las enseñanzas de la Biblia para tratar con un hijo rebelde: "Si alguno tuviere un hijo contumaz y rebelde, que no obedeciere a la voz de su padre ni a la voz de su madre, y habiéndolo castigado, no les obedeciere; entonces lo tomarán su padre y su madre, y lo sacarán ante los ancianos de su ciudad, y a la puerta del lugar donde viva; y dirán a los ancianos de la ciudad: 'Éste nuestro hijo es contumaz y rebelde, no obedece a nuestra voz, es glotón y borracho'. Entonces todos los hombres de su ciudad lo apedrearán, y morirá, así quitarás el mal de en medio de ti, y todo Israel oirá, y temerá" (Deut. 21:18-21).

Tanto los jóvenes como los adultos que están relacionados con la obra deben ser objeto de cuidadosa vigilancia, para que su influencia no se oponga directamente al objetivo designado por la obra. Si el carácter de algún empleado aleja de Dios y la verdad, no se dude en apartarlo. Debe ser separado de la obra al instante, porque aleja a las personas de Cristo en lugar de unirlas a él. Virtualmente, es un siervo de Satanás.

Sí, relacionados con la obra, hay jóvenes que no respetan la autoridad de los padres, son ingobernables en casa y menosprecian el consejo y la dirección, sobre ellos caerá la maldición de Dios; no sólo sobre ellos, sino que, en caso de que continúen ocupando su cargo y tengan más oportunidades de pervertir a los jóvenes con los que entren en contacto, también caerá sobre la obra. Quienes ocupen puestos de responsabilidad en la obra deberán dar cuenta de la influencia dominante. Si son indiferentes a la maldición de los insubordinados y los emplean de manera irresponsable, son partícipes de su pecado.

En ----- se ha colmado la medida de la iniquidad. Dios reclama otro orden de cosas. Los jóvenes relacionados con su obra deberían ser seleccionados de entre aquellos que puedan mejorar, refinarse y ennoblecerse con su relación con la causa de Dios. Es preciso que soldados fieles, prontos a entrar en acción, ocupen los puestos de responsabilidad, en especial aquellos que se encuentran en el centro de la obra. Como centinelas despiertos, los que profesan la verdad deberían salvaguardar los intereses de la causa (204) en la obra; deberían salvaguardarse a sí mismos y unos a otros de la contaminación espiritual.

Los que están empapados del espíritu de independencia y van a ----- como alumnos de nuestra escuela, pensando que podrán actuar según les plazca y a sus anchas en todos los asuntos, deben saber que deberán seguir la adecuada disciplina. En especial, los jóvenes que residen en ----- deberán ser sometidos a las más estrictas normas para proteger su integridad y su moral. Si no se someten a esas disposiciones, deberán ser expulsados de la escuela y separados de aquellos a quienes desmoralizan con su mal ejemplo.

Los padres que viven alejados envían a sus hijos a ----- para que los eduquen, confiando plenamente que recibirán la formación moral adecuada y no serán expuestos a influencias descarriadas. Por tal motivo, la atmósfera de nuestra escuela debe ser purificada. La falta de adaptación y la desconsideración de la virtud estricta se ha desarrollado entre algunos hombres y mujeres jóvenes de -----. Algunos de ellos han caído muy bajo en la escala de la moral e influyen en los jóvenes alumnos que han sido enviados desde lejos y no tienen las ventajas de la protección y el consejo de sus padres. Esta cuestión debe ser resuelta inmediatamente porque es un asunto de máxima importancia.

La influencia de algunos jóvenes de ----- es desmoralizadora. En apariencia, piensan que es digno de alabanza parecer independientes y mostrar falta de respeto por la autoridad de sus padres. Pablo da una fiel descripción de esa clase de jóvenes en estas palabras: "También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural,

implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios" (2 Tim. 11-4).

La influencia de esa clase de personas en los jóvenes de ----- está causando mucho perjuicio. Su conversación y ejemplo son despreciables. Los jóvenes de moral bien fundada, cuya mente tiene un carácter elevado, no deberían encontrar atractiva la relación (205) con esas personas y, por lo tanto, deberían permanecer alejados de su influencia. Pero hay hombres y mujeres jóvenes que encuentran placer en su compañía. Satanás se ha propuesto adormecer la sensibilidad espiritual de ciertas personas que han creído la verdad y nublar sus mentes con falsas ideas hasta que sean incapaces de discernir lo erróneo de lo correcto. Se mina con sugestiones su confianza en los siervos escogidos de Dios y desembocan en una declarada pérdida de fe.

Si los jóvenes escogiesen a aquellos cuyas vidas honran las creencias que profesan se librarían de muchos y graves peligros. Satanás busca constantemente la ruina de aquellos que, desconocedores de sus maquinaciones, no sienten la necesidad de orar y recibir consejo de los amigos experimentados y piadosos. Muchos de los jóvenes que acuden a ----- con buenas intenciones de vivir vidas cristianas se ven mezclados con una clase de jóvenes que tomándolos de la mano, bajo la falsa apariencia de una amistad, los guían directamente hacia la trampa de Satanás. El enemigo no siempre se muestra como un león rugiente; a menudo aparece como un ángel de luz, afectando maneras amistosas y presentando tentaciones especiales difíciles de resistir para los que carecen de experiencia. Algunas veces consigue engañar al imprudente excitando la piedad de su naturaleza compasiva y presentándose a sí mismo como un ser justo perseguido injustamente.

Satanás tiene instrumentos dispuestos a hacer este trabajo. En este campo su habilidad se ha perfeccionado por años de experiencia. Usa el conocimiento acumulado a lo largo de los siglos para ejecutar sus perversos designios. Los ignorantes jóvenes se ponen en las manos de Satanás para que los use como instrumentos para llevara las almas a la ruina. Los que se rinden al poder de Satanás no consiguen la felicidad. Jamás se conforman ni encuentran reposo. Están insatisfechos, son quejosos e irritables, desagradecidos y rebeldes. Uno de ellos es el joven del que se habla en estas palabras. Aun así, Dios tendrá misericordia de él si se arrepiente sinceramente y se convierte. La sangre expiatoria de _risco lavará sus pecados.

El Salvador del mundo ofrece el don de la vida eterna a los descarriados. Con una compasión aún mayor que la de un padre (206) terrenal que perdona a su hijo descarriado, arrepentido y sufriente, Jesús busca una respuesta a sus ofrecimientos de amor y perdón. Clama a los errantes: "Volveos a mi, y yo me volveré a vosotros" (Mal. 3:7). Si el pecador no escucha la voz de misericordia que lo llama con tierno y compasivo amor, su alma quedará en las tinieblas. Si desaprovecha la oportunidad que se le presenta y persiste en su mala conducta, en el momento menos esperado, la ira de Dios caerá sobre él. "El hombre que reprendido endurece la cerviz, de repente será quebrantado, y no habrá para el medicina" (Prov. 29:1). Este joven ha tomado a la ligera la autoridad de su padre y ha menospreciado la corrección. "El temor de Jehová es el principio de la sabiduría" (Prov. 9:10). Es el fundamento de la correcta educación. Los que, teniendo una oportunidad favorable, no hayan aprendido esta primera gran lección, no sólo están descalificados para el servicio en la causa del Señor, sino que son un claro perjuicio para la comunidad en que viven.

Salomón exhorta a los jóvenes: "Oye, hijo mío, la instrucción de tu padre, y no desprecies la dirección de tu madre; porque adorno de gracia serán a tu cabeza, y collares a tu cuello. Hijo mío, si los pecadores te quisieren engañar, no consientas". "La sabiduría clama en las calles, alza su voz en las plazas; clama en los principales lugares de reunión; en las entradas de las puertas de la ciudad dice sus razones. ¿Hasta cuándo, oh simples, amaréis la simpleza, y los burladores desearán el burlar, y los insensatos aborrecerán la ciencia? Volveos a mi reprensión; he aquí yo derramaré mi espíritu sobre vosotros, y os haré saber mis palabras. Por cuanto llamé, y no quisisteis oír, extendí mi mano, y no hubo quien atendiese, sino que desechasteis todo consejo mío y mi reprensión no quisisteis, también yo

me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis; cuando viniere como una destrucción lo que teméis, y vuestra calamidad llegare como un torbellino; cuando sobre vosotros viniere tribulación y angustia. Entonces me llamarán, y no responderé; me buscarán de mañana, y no me hallarán. Por cuanto aborrecieron la sabiduría, y no escogieron el temor de Jehová, ni quisieron mi consejo, y menospreciaron toda reprensión mía, comerán del fruto de su camino, y serán hastiados de sus propios consejos. Porque el desvío de los ignorantes los matará, (207) y la prosperidad de los necios los echará a perder; mas el que me oyere, habitará confiadamente y vivirá tranquilo, sin temor del mal" (Prov. 1:8-10; 20-33).

Es preciso que se mantenga el orden en las distintas instituciones de -----. Se debe erradicar la insubordinación. Nadie que habiendo sido instruido por padres observadores del sábado y gozado del privilegio de poder escuchar la vedad pero que, aun así, persista en su rebelión contra sus enseñanzas debe permanecer en la obra. Ninguna persona que hable con ligereza de ella o trate nuestra santa fe con menosprecio debe permanecer en la obra de Dios. Quienes a pesar de que han estado relacionados por tanto tiempo con la obra y han tenido múltiples oportunidades de aceptar nuestra fe, pero manifiestan oposición a la verdad deben ser apartados de la obra. Si persisten en menospreciar la luz y considerar la salvación como algo liviano, su influencia es contraria a la verdad. Esa misma indiferencia ejerce una influencia dañina cuyo resultado es el enfriamiento de la fe de los otros y su alejamiento de Dios. Los impenitentes y rebeldes no deben ocupar cargos que podrían ser desempeñados por personas que respeten la verdad y se rinden a la influencia del Espíritu de Dios porque están íntimamente vinculadas con su sagrada tarea.

La influencia de los jóvenes en la obra no es la que debiera. A y B, virtualmente, han trabajado contra la causa. La influencia de su conversación y de su comportamiento ha sido tal que ha desagradado a los que no creen y los ha alejado de nuestra fe y de Cristo. Los jóvenes que no escuchan las advertencias de la palabra de Dios y tratan con liviandad los Testimonios del Espíritu Santo no son más que una maldición viviente para la obra y deben ser apartados de ella.

Los jóvenes cuyas influencias son desmoralizadoras no tienen nada que ver con nuestro colegio. Aquellos que están poseídos por un sentimentalismo enfermizo y asisten a la escuela sólo como una oportunidad para flirtear e intercambiar atenciones inadecuadas deben ser sometidos a las más estrictas normas. Es preciso que se mantenga la autoridad. La justicia y la misericordia son hermanas gemelas e inseparables.

Si no se hacen esfuerzos para corregir el estado de cosas existente en -----, pronto se convertirá en un lugar donde reinarán (208) la inmoralidad y la disipación. ¿Los padres y los responsables de nuestras instituciones permanecerán en la inactividad mientras Satanás se apodera de las mentes de nuestros hijos? Dios aborrece los pecados alimentados y disimulados por la iglesia, aceptados en la obra y protegidos bajo el tejado paterno. Que los padres, y aquellos que tienen autoridad, se pongan manos a la obra con sinceridad y purguen este mal de entre ellos.

Vivimos en los últimos días. Juan exclama: "¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! Porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo" (Apoc. 21:12). Cristo es el único refugio en estos tiempos de peligro. Satanás está trabajando secretamente, en las tinieblas. Traicioneramente, aparta de la cruz a los seguidores de Cristo y los lleva a la autoindulgencia y a la perdición.

En ----- se encuentran intereses vitales. Satanás se opone a cualquier cosa que refuerce la causa de Cristo y debilite su poder. Se ha dedicado diligentemente a diseñar planes para socavarla obra de Dios. No descansa siquiera un momento porque ve que la justicia gana ascendencia. Tiene legiones de ángeles perversos que envía allí donde la luz del cielo brilla sobre las personas. Allí pone sus piquetes para apoderarse de todos los imprudentes, hombres, mujeres o niños, y forzarlos a servirlo.

El corazón de la obra está en -----. Al igual que el corazón humano impele la sangre de vida hacia todas las partes del cuerpo, así sucede con la gestión de ese lugar, que es el cuartel general de nuestra iglesia,

la cual afecta a todo el cuerpo de creyentes. Si el corazón físico está sano, la sangre que envía por todo el sistema también está sana; pero si esta fuente es impura, todo el organismo cae enfermo por el veneno que lleva el fluido vital. Del mismo modo sucede con la iglesia. Si el corazón de la obra se corrompe, toda la iglesia, con sus distintos departamentos e intereses esparcidos por toda la faz de la tierra, sufrirá las consecuencias.

La obra capital de Satanás se encuentra en el cuartel general de nuestra fe. No ahorra esfuerzos para corromper a los hombres que ocupan 'cargos de responsabilidad y persuadirlos para que sean infieles en sus variadas tareas. Insinúa sus sospechas y celos en las mentes de aquellos cuyo negocio es cumplir fielmente la obra de (209) Dios. Mientras Dios prueba a sus asistentes, preparándolos para sus puestos, Satanás hace lo indecible para engañarlos y tentarlos, para que no sólo se destruyan a sí mismos, sino que influyan en otros y los lleven a obrar el mal y perjudicar la gran obra. Recurre a todos los medios a su alcance para conseguir que se tambalee la confianza que el pueblo de Dios debe depositar en la voz de advertencia y reprobación por medio de la cual Dios desea purificar la iglesia y hacer prosperar su causa.

El plan de Satanás es debilitar la fe del pueblo de Dios en los Testimonios. El siguiente paso será el escepticismo al respecto de los puntos vitales de nuestra fe, los pilares de nuestra posición. Seguirá la duda aun de las mismas Sagradas Escrituras y, finalmente, el descenso a la perdición. Cuando se duda de los Testimonios en los que una vez se creyó y se abandonan, Satanás sabe que los que han sido engañados no se detendrán y redobla sus esfuerzos hasta que desencadena la rebelión abierta, la cual se vuelve incurable y desemboca en la destrucción.

Satanás ha ganado una gran ventaja en porque el pueblo de Dios no ha vigilado los destacamentos. Los mismos hombres sobre los cuales Dios había declarado que aceptaría su trabajo si se consagraban completamente, han sido víctimas del engaño, han fallado en el cumplimiento de sus deberes y se han mostrado como una terrible carga y desaliento, en lugar de la ayuda y la bendición que debieran haber sido. Ha faltado muy poco para que los hombres a los que se había confiado el campamento lo traicionaran y lo entregaran en manos del enemigo. Han abierto las puertas a un oponente astuto que ha deseado su destrucción.

Hombres de experiencia que, aunque han visto manos traicioneras que han quitado las trancas para que Satanás pueda entrar, se han mantenido impasibles, aparentemente indiferentes. Algunos se han alegrado de verlo porque parecía una atenuante de su interior descuido, el cual había hecho necesaria la concurrencia -e otros para cubrir los puestos de responsabilidad que habían sido descuidados o mal desempeñados. Esta falta de vigilancia por parte de los nuevos responsables parecía excusar la falta de fidelidad de los anteriores, a la vez que mostraba que aquellos eran - completamente negligentes en el cumplimiento de su deber. Esas (210) personas no se dan cuenta de que Dios los considera responsables de cada ventaja que obtiene el adversario, al cual se le ha permitido entrar en el campamento. La desolación y la ruina que siguen están a las puertas de los centinelas infieles, quienes, por causa de su negligencia, se convierten en agentes en manos del adversario para ganar almas para la destrucción. Los hombres que ocupan cargos de responsabilidad deben buscar la sabiduría y la dirección de Dios y no confiar en su propio juicio y conocimiento. Como Salomón, deben orar fervientemente para obtener fe y luz y Dios les dará generosas provisiones.

Dios desea que su obra sea llevada a cabo con inteligencia, no desorganizadamente. Desea que se lleve a cabo con fidelidad y cuidadosa meticulosidad; sólo así Dios podrá poner su sello de aprobación sobre ella. Bendecirá y guiará a los que lo aman y andan con temor y humildad delante de él y los vinculará con el cielo. Si los obreros depositan en él su confianza, les dará sabiduría y corregirá sus enfermedades para que puedan ser capaces de desempeñar la obra del Señor con perfección.

Debemos revestirnos de la armadura y estar preparados para resistir con éxito todos los ataques de Satanás. Su malignidad y cruel poder no están valorados en su justa medida. Cuando ve frustrados sus planes, retrocede un poco, cambia de táctica y vuelve a atacar con nuevos prodigios destinados a

seducir y destruir a los hijos de los hombres. Se debería advertir muy encarecidamente a los jóvenes contra su poder y, con paciencia y oración, enseñarles a soportar las pruebas que, sin duda, les llegarán en la vida. Deben ser guiados para que se aferren a la palabra de Dios y presten atención a los consejos. Vivir la fe según los méritos del Redentor crucificado los llevará sanos y salvos a través del horno ardiente de la aflicción y las pruebas. Al igual que sucedió con los tres amigos de Daniel, el Cuarto los acompañará en el abrasador calor del horno ardiente y ni siquiera sus vestidos serán tocados por el olor del humo. Debemos animar a nuestros hijos para que sean estudiosos de la Biblia y tengan firmes principios religiosos que resistan la prueba de los peligros que, con toda certeza, experimentarán todos los que vivan en la tierra durante los últimos días del fin de la historia del mundo. (211)

CONSAGRACIÓN COMPLETA.-

El siguiente testimonio fue escrito en enero de 1875 y su veracidad fue reconocida por el hermano C, el cual dijo que le había dado luz y esperanza.

Hermano C, se ha vuelto a alejar de Dios. Sus puntos de vista respecto de las exigencias de Dios nunca han estado demasiado bien definidos. Ello no es excusa para que sea negligente y baje la guardia porque la conducta de muchos que se declaran cristianos es errónea. No se ha consagrado a Dios. No ha sentido la necesidad de que él lo guarde y, por lo tanto, la duda lo ha vencido y lo ha esclavizado; la prisión de la falta de fe ha encadenado su alma. No glorifica a Dios con su vida. A veces, nuestra fe le parece cuestionable. La razón está en usted mismo. En el mundo, la verdad y la falsedad están tan entremezcladas que no siempre es posible discernir claramente una de otra. Y sin embargo, ¿por qué alguien que profesa la verdad es tan débil? Porque no entiende su propia ignorancia y debilidad. Si lo supiera, si desconfiara de sí mismo, se daría cuenta de la importancia de la ayuda divina para protegerlo de las argucias del enemigo. Debemos ser cristianos activos y trabajadores, humildes de corazón y vida, puesta la mirada únicamente en la gloria de Dios. ¡Cuántos naufragios vemos día tras día, cuantas bocas calladas y cuántas vidas estériles! "Esto", dijo el ángel, "es porque caen en la tentación. Nada marchita la paz del alma como la infidelidad pecaminosa".

No se desespere ni abandone, pensando que debe vivir y morir :)ajo el dominio de la duda y la falta de fe. En el Señor está nuestra justicia y nuestra fuerza. Abandónese a él y con su poder podrá apagar los ardientes dardos del adversario y salir más que vencedor. Puede elegir entre ser santificado por la verdad o andar en las tinieblas de la incredulidad, perdiendo el cielo y todo cuanto posee. Al andar en la luz y obrar según la voluntad de Dios podrá vencer su naturaleza soberbia.

No ha dudado en ser generoso con sus aportes, pero no se ha entregado a sí mismo. No ha sentido el llamamiento para hacer sacrificios que habrían requerido un cuidado; no ha estado dispuesto a hacer nada por Cristo, por humilde que fuera. Dios lo (212) arrojará al suelo una y otra vez hasta que, con corazón humilde y mente sumisa, pase la prueba que le inflige y se santifique completamente para la obra y servicio de Dios. Entonces ganará la vida inmortal. Puede ser un hombre completamente desarrollado en Jesucristo, o un enano espiritual incapaz de obtener victorias. Hermano, ¿cuál será su elección? ¿Vivir una vida de sacrificio y abnegación, cumpliendo alegremente con su tarea, perfeccionando un carácter cristiano y avanzando hacia la recompensa inmortal? No se puede engañara Dios; Cristo no acepta un servicio dividido. Lo pide todo. No retenga nada. Cristo pagó un precio infinito por usted y demanda que todo lo que usted tiene le sea rendido como una ofrenda de buena voluntad. Si se consagra completamente a él, de todo corazón y toda su vida, la fe apartará las dudas y la confianza tomará el lugar de la desconfianza y la incredulidad.

Hermano, corre un grave peligro porque ni usted ni su familia siguen más estrictamente la reforma pro salud. Su sangre es impura, usted todavía se corrompe e inflama sus pasiones con la complacencia del gusto. No se traicione siendo indulgente con el uso de estimulantes, porque esto, además de hacerle perder la fuerza física y causarle reacciones negativas en el organismo, le nublará el entendimiento. Los hábitos temperantes estrictos en la comida y en la bebida, junto con la firme confianza en Dios,

mejorarán su salud física, mental y moral. Tiene un carácter altamente irascible. Tiene muy poco autocontrol y, frecuentemente, cuando está sometido a excitación dice y hace cosas de las que más tarde se arrepiente. Debería pedir una voluntad determinada que lo ayude en su lucha contra sus propias inclinaciones y propensiones. Debe mantener abiertas las avenidas del alma para que pueda recibir la luz y la verdad. Pero cuando acontece algo que lo pone a prueba, con frecuencia, aparecen los prejuicios y usted se rebela contra lo que considera una restricción de su libertad o una violación de sus derechos.

La palabra de Dios presenta claramente ante nosotros la verdad de que nuestra naturaleza física entrará en conflicto con la espiritual. El apóstol nos encarga que nos abstengamos de los placeres carnales que guerrean contra el alma. Cada apetito pervertido es una pasión guerrera. La indulgencia ante los apetitos que perjudican (213) la fuerza física es la causa de las enfermedades del alma. Las pasiones que menciona el apóstol no se limitan solamente a la violación del séptimo mandamiento, sino a toda indulgencia en el gusto que menoscabe el vigor físico, la cual se convierte en una pasión que causa conflictos. El apóstol declara que el que desee obtener victorias y alcanzar objetivos más altos "de todo se abstiene" (1 Cor. 9:25). La temperancia en la comida y la bebida, así como el ejercicio de la temperancia en cualquier otro aspecto, es esencial si deseamos vencer como Cristo venció. Dios nos ha dado luz, no para que la tratemos con indiferencia, sino para que sea nuestra guía y ayuda.

Debe cultivar el autocontrol. La lección que debiera haber aprendido en la juventud debe ser aplicada ahora. Disciplínese para que pueda morir al yo y llevar su voluntad a sujeción con la de Cristo. A menos que se convierta profunda y completamente, hermano, perderá la vida eterna. Su servicio en la causa de Dios debe ser más voluntarioso, completo y cuidadoso. No podrá perfeccionar un carácter cristiano sirviendo a Dios y, a la vez, descuidar sus obligaciones según sus conveniencias. Debe realizar un cambio radical en su vida, obtenga una experiencia renovada de lo que ya ha vivido o Dios no aceptará su servicio.

Nuestro Padre celestial ha tenido mucha paciencia con usted. Lo ha tratado con ternura. La enfermedad lo golpeó cuando todavía no estaba preparado para morir porque no había perfeccionado un carácter cristiano y su moral no era adecuada para el cielo. Satanás estaba junto a usted, afligiéndolo y destruyéndolo, para que usted fuera contado entre los transgresores. Las oraciones fervientes y efectivas en su favor prevalecieron. Los ángeles acudieron para tener cuidado de usted, para guardarlo y protegerlo del poder de Satanás y conservar su vida. Con un amor inigualable, Dios le ha dado otra oportunidad. Ha respondido a las oraciones por causa de su misericordia, no porque haya en usted alguna virtud o bondad. Su tiempo de gracia ha sido prolongado para que tenga una oportunidad de redimir su pasado, vencer los defectos de su carácter y mostrar en su vida la dedicación a Dios que él reclama de usted. Ha tenido sentimientos de gratitud, pero no ha experimentado ese agradecimiento de todo corazón y la (214) humildad decorosa que debiera haber inspirado el insuperable amor del Salvador.

No ha sentido suficientemente sus obligaciones para con Dios por haberle salvado la vida. Sus propias razones infantiles y petulantes lo han llevado a excusarse una y otra vez de los deberes religiosos que nos son delegados en todas las ocasiones y todas las circunstancias. Dios no acepta el sentimiento de desánimo como disculpa por haber descuidado un sólo deber. Requiere de usted todo lo que sea capaz de hacer; su tiempo y sus fuerzas no son suyos, sino de Dios.

Dios indicó que podría ser educado para desempeñar un papel en su causa, pero era necesario que su mente fuera entrenada y disciplinada para trabajar en armonía con el plan de Dios. Si así lo desease, podría obtener la experiencia necesaria; ante usted se presentó el privilegio de negar sus inclinaciones siguiendo el ejemplo que el Salvador le dio con su vida. Sin embargo, no se ha mostrado dispuesto a aprender todo cuanto pudiera y fuera importante para convertirse en un correcto obrero por la causa de Dios. Había algunas cosas pendientes de reforma en usted antes de que el Señor pudiera usarlo como un instrumento efectivo.

Hermano C, para usted fue un sacrificio abandonar su granja; le gustaba la vida que gozaba ahí. Venir a ----- no fue una elección voluntaria. No tenía conocimiento alguno en relación con los asuntos de la página impresa. Aun así, estaba dispuesto a poner lo mejor de su parte y en muchos aspectos su actuación fue buena. Sin embargo, en su camino surgieron muchas piedras de tropiezo. La conducta del hermano F era errónea en muchos aspectos y usted no protegió su consagración a Dios. Se unió a él en espíritu y no se mantuvo libre. Desagradó a Dios en muchas cosas y separó su alma de él. Satanás ganaba gran poder sobre usted; sus pasos casi se habían extraviado, estuvo a un paso de caer en la incredulidad y la enfermedad detuvo su carrera. Dios tuvo misericordia de usted y lo salvó para darle una nueva oportunidad en la vida. No obstante, usted no se ha rendido completamente a él. Su terca voluntad no ha sido subyugada y dulcificada; necesita una nueva conversión. Se ha sumido fácilmente en la ansiedad y la preocupación, se ha preparado para hacer frente a cualquier cosa que usted (215) considerase que lo menoscababa; sus sentimientos se alzaron contra todo lo que le hería en el orgullo. Apreciado hermano, nada de eso está bien. Debe vencerlo o el enemigo obtendrá la victoria sobre usted.

Su corazón enfermó porque no amaba el trabajo en -----. Ha puesto su mirada en ----- porque su corazón todavía está ahí y su cuerpo debe estar donde está su corazón. Dios lo ha probado. ¿Cómo ha pasado la prueba? Era preciso que las asperezas y protuberancias de su carácter fueran limadas y pulidas para que pudiera ser refinado para el reino de los cielos. ¡Cuán duro es para la naturaleza humana negar las inclinaciones! ¡Cuán duro es para los hombres abandonar la persuasión mundana y engañosa y, con el amor del Salvador y de sus compañeros, negar su propio placer para dedicarse aún más directamente al servicio de Dios!

Hermano C, no se dedica en cuerpo y alma a la obra. Nunca ha hecho de ella un interés personal; por lo que no le es agradable. De haber estado dispuesto, podría haber entrenado su mente para entenderla; pero en cierta medida, se ha mantenido distante, no se ha vinculado estrechamente con ella y quiso familiarizarse con varias ramas.

Su conducta no es tan sociable ni cortés como debiera, sus maneras frías y distantes no son del agrado de Dios. Permite que sus sentimientos se exciten con facilidad. Nadie que desee cumplir adecuadamente una tarea relacionada con la obra de Dios debería dejarse llevar por las emociones y los impulsos. Su mente ha de estar más unida a Dios. Sus intereses y simpatías deben estar más estrechamente identificados con los que se han unido a la obra del Señor; de otro modo su participación en el avance de la causa en ----- será negativa. Es demasiado independiente y exclusivista. Debe suavizar su disposición y asimilarla a la mente y los sentimientos ajenos. Como hombre de negocios y como cristiano, su servicio puede ser de inestimable valor para la causa de Dios si usted somete su voluntad y sus maneras al Señor. Debe ser santificado por la verdad, de modo que su mente se eleve por encima de cualquier consideración personal o interés egoísta.

Tiene en la vida de Jesús un modelo perfecto. Su vida estuvo caracterizada por la benevolencia desinteresada. ¡Qué precioso (216) Salvador! ¡Qué sacrificios hizo por nosotros, para que tuviéramos vida eterna y no pereciéramos! El cielo, si abandonamos cualquier interés egoísta para obtenerlo, nos parecerá barato. ¿Pagaremos el precio de seguir nuestros propios designios y alejarnos de las manos de Dios porque ello resulta más agradable al corazón natural? Dios exige una perfecta sumisión y obediencia. La vida eterna es digna de todo cuanto podamos dar. Puede estar estrechamente vinculado a Dios si se esfuerza por entrar por la puerta estrecha.

Nunca habría sido consciente de sus defectos de no ser porque fue puesto allí donde las circunstancias los desarrollaron. No se dio cuenta de cómo debía ser hasta que llegó a No entró libre y animosamente en la obra y no la convirtió en su principal interés. Ha acariciado una independencia que no habría podido mantener si se hubiera dado verdadera cuenta de su condición, la de un aprendiza quien le falta conocer la mejor manera de trabajar por la prosperidad de la causa de Dios. Usted es un estudiante que

necesita conocer aquello con lo que no está familiarizado. Sus progresos podrían haber sido mucho mayores si usted se hubiese esforzado honestamente para servir a Dios como un obrero eficiente.

Ha sido demasiado reservado. No ha establecido ninguna relación de amistad con los hombres que estaban a cargo de los distintos departamentos de la obra; no los consultó con la misma familiaridad con que debía, por lo que su acción no era comprensible. De haber sido así, habría sido una ayuda mucho más eficiente. Se ha movido demasiado de acuerdo con su propio juicio y ha llevado adelante sus propias ideas y planes. Ha faltado la conexión armoniosa entre los obreros. Los que lo habrían podido ayudar eran reticentes a transmitirle sus conocimientos debido a su falta de cordialidad y, también, porque usted se mueve siguiendo sus impulsos y se sentían atemorizados.

El Salvador del mundo recibía la adoración de los ángeles, era el Príncipe de las cortes reales del cielo. Sin embargo, dejó a un lado su gloria y cubrió su divinidad con humanidad. Se convirtió en el manso y humilde Jesús. Dejó las riquezas y la gloria que disfrutaba en el cielo y se hizo pobre para que nosotros, mediante su pobreza, pudiésemos ser hechos ricos. Durante tres años anduvo (217) de un lugar a otro, como un vagabundo sin hogar. Los hombres soberbios refunfuñan y murmuran si se les pide que abandonen sus pequeños tesoros terrenales por Cristo o para participar en la tarea de salvar las almas por las cuales él dio su precisa vida. ¡Cuánta ingratitud! Nadie es capaz de apreciar las bendiciones de redención a menos que sienta que puede hacer todos y cada uno de los sacrificios que se le piden por amor a Cristo. Cada sacrificio hecho por Cristo enriquece al dador, y cada sufrimiento y privación que se soporta por él aumenta el gozo que el vencedor tendrá finalmente en el cielo.

Apenas si sabe qué es en realidad el sacrificio y la genuina negación del yo. Su experiencia en las privaciones y los esfuerzos es muy corta. La carga que hasta ahora ha tenido que soportar es ligera; otros, en cambio, han cargado con grandes responsabilidades. El joven que preguntó a Jesús qué debía hacer para obtener la vida eterna escuchó la respuesta: "Guarda los mandamientos" (Mat. 19:17). Confiado y orgulloso, replicó: "Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta?" (Mat. 19:20). Jesús lo miró con compasión: lo amaba y sabía que las palabras que estaba a punto de decir alejarían al joven para siempre. Con todo, Jesús puso el dedo en la llaga de su alma. Le dijo: "Anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme" (Mat. 19:21). El joven quería el cielo, pero no lo suficiente como para abandonar su tesoro terrenal. No quiso aceptar las condiciones que Dios le pedía para entrar en la vida. Se entristeció mucho, porque tenía muchas posesiones que, pensaba, eran demasiado valiosas para cambiarlas por recompensas eternas. Había preguntado qué debía hacer para ser salvo y había recibido una respuesta. Pero su corazón mundano no era capaz de sacrificar sus riquezas para convertirse en un discípulo de Cristo. Decidió abandonar el cielo y aferrarse a su tesoro terrenal. ¿Cuántos toman ahora la misma decisión que fijó el destino de ese joven?

Si cualquiera de nosotros tuviera la oportunidad de hacer algo por Cristo, con cuánta premura la aprovecharíamos y, con la mayor sinceridad, haríamos todo cuanto estuviese en nuestra mano para ser sus colaboradores. Las pruebas que ponen a prueba nuestra fe de manera tan severa y hacen que pensemos que Dios se ha (218) olvidado de nosotros están diseñadas para acercarnos cada vez más a Cristos, para que podamos depositar todas nuestras cargas a sus pies y sintamos la paz que él nos da a cambio. Usted precisa una nueva conversión, debe ser santificado con la verdad y que su espíritu se vuelva como el de un niño, manso y humilde, confiando completamente en Cristo como su Redentor. El orgullo y la independencia están cerrando su corazón a las benditas influencias del Espíritu de Dios y lo convierten en una roca tan dura como el cemento. Todavía tiene que aprender la gran lección de la fe. Cuando se rinda completamente a Dios; cuando, quebrantado, se abandone a Jesús; recibirá como recompensa la victoria y el gozo que nunca antes habrá experimentado. Mientras eche una clara mirada hacia el pasado, verá que en el momento en que para usted la vida era una paradoja y una carga, Jesús mismo estaba a su lado, queriendo llevarle a la luz. El Padre estaba junto a usted, forjándolo con un amor indecible, afligiéndolo por su bien, como el orfebre refina el oro. Cuando creyó que estaba

abandonado, él estuvo junto a usted para consolarlo y sostenerlo. Pocas veces vemos a Jesús tal como es; y nunca estamos tan dispuestos a aceptar su ayuda como él a dárnosla.
Cuando aprenda a seguir la providencia de Dios con un corazón agradecido y, tanto en la salud como en la enfermedad, en la abundancia como en la escasez, determinado a tener la vista puesta únicamente en su gloria, obtendrá una gran victoria. El yo está vivo y se agita con cada toque. Debe crucificar el yo para que pueda vencer en nombre de Jesús y recibir la recompensa de los fieles. (219)

LA NECESIDAD DE LA ARMONÍA.-
El Espíritu de Dios no habitará donde haya desunión y contención entre los creyentes en la verdad. Aun cuando no se expresen estos sentimientos, se posesionan del corazón y ahuyentan la paz y el amor que deben caracterizar a la iglesia cristiana. Son el resultado del egoísmo en su sentido más pleno. Este mal puede asumir la forma de una desordenada estima propia, o de un indebido anhelo de la aprobación ajena, aun cuando esta aprobación no sea merecida. Los que profesan amar a Dios y guardar sus mandamientos, deben renunciar a la exaltación propia, o no pueden esperar ser bendecidos por su favor divino.
La influencia moral y religiosa del Instituto de Salud debe ser elevada para recibir la aprobación del Cielo. La complacencia del egoísmo hará ciertamente que el Espíritu de Dios se retire agraviado del lugar. Los médicos, el superintendente y sus ayudantes deben trabajar armoniosamente en el espíritu de Cristo, estimando cada uno a los demás como mejores que sí mismo.
El apóstol judas dice: "Recibid a los unos en piedad, discerniendo" (Judas 22). Este discernimiento no debe ejercerse en espíritu de favoritismo. No debe apoyarse al espíritu que implica: "Si me favorece, le favoreceré también". Esta es una política mundana y profana que desagrada a Dios. Induce a hacer favores y rendir admiración por causa de la ganancia. Manifiesta parcialidad hacia algunos, con la expectativa de obtener ventajas por su medio. Nos induce a tratar de obtener su buena voluntad por la indulgencia, a fin de que seamos tenidos en mayor estima que otros tan dignos como nosotros. Es difícil para uno mismo ver sus propios errores; pero cada uno debe darse cuenta de cuán cruel es el espíritu de envidia y rivalidad, desconfianza, censura y disensión.
Llamamos a Dios nuestro Padre; aseveramos ser hijos de una misma familia; pero cuando manifestamos la disposición a disminuir el respeto e influencia de otros para elevarnos a nosotros mismos, agradamos al enemigo y agraviamos a Aquel a quien profesamos seguir. La ternura y la misericordia que Cristo ha revelado en su propia vida preciosa, deben ser para nosotros ejemplo de la (220) manera en que debemos tratar a nuestros semejantes y especialmente a los que son nuestros hermanos en Cristo.
Dios nos está beneficiando continuamente, pero somos demasiado indiferentes a sus favores. Hemos sido amados con ternura infinita; y sin embargo, muchos de los nuestros tienen poco amor unos hacia otros. Somos demasiado severos para con quienes suponemos que están en error, y somos muy sensibles a la menor censura o duda expresada respecto de nuestra propia conducta.
Se hacen inferencias y se lanzan críticas de unos a otros; pero, al mismo tiempo, los que expresan estas inferencias y críticas son ciegos respecto de sus propios fracasos. Otros pueden ver sus errores, pero ellos no los pueden ver. Estamos recibiendo diariamente las bondades del cielo, y debe brotar de nuestro corazón una amante gratitud hacia Dios que nos haga solidarizarnos con nuestros vecinos y hacer nuestros los intereses de ellos. Pensar y meditar en la bondad de Dios hacia nosotros cerraría las puertas del alma a las sugestiones de Satanás.
Diariamente queda comprobado el amor de Dios hacia nosotros; y sin embargo, no pensamos en sus favores y somos indiferentes a sus súplicas. Él trata de impresionarnos con su espíritu de ternura, su amor y tolerancia; pero apenas si reconocemos los indicios de su bondad y poco nos percatamos de la lección de amor que él desea que aprendamos. Algunos, como Amán, olvidan todos los favores de Dios, porque Mardoqueo está delante de ellos y no es castigado; porque sus corazones están llenos de

enemistad y odio, más bien que de amor, el espíritu de nuestro amado Redentor que dio su preciosa vida por sus enemigos. Profesamos tener el mismo Padre, estar dirigiéndonos a la misma patria inmortal, disfrutar de la misma solemne fe y creer el mismo mensaje de prueba; y sin embargo, muchos están en disensión unos con otros como niños rencillosos. Algunos que están trabajando en el mismo ramo de la obra tienen divergencias con otros; y, por lo tanto, están en divergencia con el Espíritu de Cristo.

El amor a la alabanza ha corrompido muchos corazones. Los que han estado relacionados con el Instituto de Salud han manifestado a veces un espíritu de censura para con los planes trazados; y Satanás les ha hecho ejercer influencia sobre otras mentes, (221) las cuales los aceptaron a ellos como sin culpa, mientras que acusaban a quienes eran inocentes de haber errado. Es un espíritu perverso el que se deleita en la vanidad de las obras propias, el que se jacta de sus excelentes cualidades, que trata de hacer aparecer a los otros como inferiores, a fin de exaltarse a sí mismo, pretendiendo más gloria que lo que el frío corazón está dispuesto a dar a Dios. Los discípulos de Cristo oirán las instrucciones del Maestro. Él nos ha ordenado que nos amemos unos a otros como él nos amó. La religión está fundada en el amor a Dios, el cual también nos induce a amarnos unos a otros. Está llena de gratitud, humildad, longanimidad. Es abnegada, tolerante, misericordiosa y perdonadora. Santifica, toda la vida y extiende su influencia sobre los demás.

Los que aman a Dios no pueden abrigar odio o envidia. Mientras que el principio celestial del amor eterno llena el corazón, fluirá a los demás, no simplemente porque se reciban favores de ellos, sino porque el amor es el principio de acción y modifica el carácter, gobierna los impulsos, domina las pasiones, subyuga la enemistad y eleva y ennoblece los afectos. Este amor no se reduce a incluir solamente "a mí y a los míos", sino que es tan amplio como el mundo y tan alto como el cielo, y está en armonía con el de los activos ángeles. Este amor, albergado en el alma, suaviza la vida entera, y hace sentir su influencia en todo su alrededor. Poseyéndolo, no podemos sino ser felices, sea que la fortuna nos favorezca o nos sea contraria. Si amamos a Dios de todo nuestro corazón, debemos amar también a sus hijos. Este amor es el Espíritu de Dios. Es el adorno celestial que da verdadera nobleza y dignidad al alma y asemeja nuestra vida a la del Maestro. Cualesquiera que sean las buenas cualidades que tengamos, por honorables y refinados que nos consideremos, si el alma no está bautizada con la gracia celestial del amor hacia Dios y hacia nuestros semejantes, nos falta verdadera bondad y no estamos listos para el cielo, donde todo es amor y unidad.

Algunos que antes amaban a Dios y vivían gozándose diariamente en sus favores, están ahora en continua agitación. Vagan en las tinieblas y una lobreguez desesperante, porque están nutriendo al yo. Se están esforzando tanto por favorecerse a sí mismos (222) que todas las demás consideraciones quedan anonadadas en este esfuerzo. Dios, en su providencia, quiso que ninguno pudiera obtener felicidad viviendo sólo para sí. El gozo de nuestro Señor consistía en soportar trabajos y oprobios por los demás, a fin de que pudiese por ello beneficiarlos. Podemos ser felices al seguir su ejemplo, y vivir para beneficiar a nuestros semejantes.

Nuestro Señor nos invita a tomar su yugo y llevar su carga. Al hacerlo, podemos ser felices. Al llevar el yugo que nos impongamos nosotros mismos y nuestras propias cargas, no hallamos descanso; pero al llevar, el yugo de Cristo, encontramos descanso para el alma. Los que quieran hacer una gran obra para el Maestro, pueden encontrarla precisamente donde están, haciendo bien y olvidándose de sí mismos, siendo abnegados, recordando a los demás y llevando alegría dondequiera que vayan.

Es muy necesario que la compasiva ternura de Cristo sea manifestada en todas las ocasiones y todos los lugares; no me refiero a aquella ciega compasión que transigiría con el pecado y permitiría que el mal obrar acarrease oprobio a la causa de Dios, sino a aquel amor que es el principio dominante de la vida, que fluye naturalmente hacia los otros en buenas obras, recordando que Cristo dijo: "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mat. 25:40).

Los que están en el Instituto de Salud están empeñados en una gran obra. Durante la vida de Cristo, los enfermos y afligidos eran objeto de su cuidado especial. Cuando él envió a sus discípulos les ordenó sanar a los enfermos, como también predicar el evangelio. Cuando mandó los setenta, les ordenó que sanasen a los enfermos, y luego les predicasen que el reino de Dios se había acercado. La salud física era lo primero que se había de cuidar, a fin de que ello preparase las mentes para ser alcanzadas por aquellas verdades que los apóstoles habían de predicar.

El Salvador del mundo dedicó más tiempo y trabajos a sanar a los afligidos por enfermedades que a predicar. Su última ordena sus apóstoles, representantes suyos en la tierra, era que impusieran las manos a los enfermos para que sanasen. Cuando venga el Maestro, elogiará a aquellos que hayan visitado a los enfermos y aliviado las necesidades de los afligidos. (223)

Somos tardos en aprender la poderosa influencia de las cosas pequeñas, y su relación con la salvación de las almas. En el Instituto de Salud, los que desean ser misioneros tienen un gran campo en el cual trabajar. Dios no quiere que algunos de nosotros constituyan una minoría privilegiada, que sean considerados con gran deferencia, mientras se descuida a los demás. Jesús era la Majestad del cielo; sin embargo, se rebajó a ministrar a los más humildes, sin consideración de personas ni posición.

Los que tienen todo su corazón en el trabajo hallarán en el Instituto de Salud bastante que hacer para el Maestro en el alivio de aquellos que sufren y se hallan bajo su cuidado. Nuestro Señor, después de realizar el trabajo más humillante por sus discípulos, les recomendó que siguiesen su ejemplo. Esto había de recordarles constantemente que no debían sentirse superiores al santo más humilde.

Los que profesan nuestra exaltada fe, que guardan los mandamientos de Dios y esperan la pronta venida, de nuestro Señor, deben ser distintos y separados del mundo que los rodea, deben ser un pueblo peculiar celoso de buenas obras. Entre las peculiaridades que deben distinguir al pueblo de Dios del mundo, en estos postreros días, se cuenta su humildad y mansedumbre. "Aprended de mí", dice Cristo, "que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mat. 11:29). Tal es el reposo que tantos anhelan y para cuya obtención gastan vanamente tiempo y dinero. En vez de albergar la ambición de ser iguales a otros en honra y posición, o tal vez superiores, debemos tratar de ser humildes y fieles siervos de Cristo. El espíritu de engrandecimiento propio creó contención entre los apóstoles aun mientras Cristo estaba con ellos. Disputaban acerca de quién era el mayor entre ellos. Jesús se sentó, y llamando a los doce, les dijo: "Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos" (Mar. 9:35).

Cuando la madre de dos hijos presentó una petición para que sus hijos fueran favorecidos de manera especial, sentándose el uno a su derecha y el otro a su izquierda en su reino, Jesús les hizo comprender que la honra y gloria de su reino iban a ser el reverso de la gloria y honra de este mundo. Cualquiera que desee ser (224) grande, debe ser un humilde siervo de los demás; y todo aquél que desee ser el principal debe ser el siervo, así como el Hijo de Dios era ministro y siervo de los hijos de los hombres.

Además, nuestro Salvador enseñó a sus discípulos a no desear posiciones y nombres. %o queráis que os llamen Rabí [...]. Ni seáis llamados maestros [...]. El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece, será humillado" (Mat. 23:8-12) Jesús citó al doctor de la ley el sagrado código dado en el Sinaí: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo' (Luc. 10:27). Dijo que sí hacía esto, entraría en la vida.

"A tu prójimo como a ti mismo". Surge la pregunta: "¿Quién es mí prójimo?" (Luc. 10:29). Su respuesta es la parábola del buen samaritano, la cual nos enseña que cualquier ser humano que necesita nuestra compasión y nuestros buenos servicios es nuestro prójimo. Los dolientes e indigentes de todas clases son nuestros prójimos; y cuando llegamos a conocer sus necesidades, es nuestro deber aliviarlas en cuanto sea posible. En esta parábola se saca a luz un principio que todos los que siguen a Cristo debieran adoptar. Suplid primero las necesidades temporales de los menesterosos, aliviad sus

menesteres y sufrimientos físicos, y luego hallaréis abierta la puerta del corazón, donde podréis implantar las buenas semillas de virtud y religión.
A fin de ser felices, debemos luchar por alcanzar aquel carácter que Cristo manifestó. Una notable peculiaridad de Cristo era su abnegación y benevolencia. Él no vino a buscar lo suyo. Anduvo haciendo bien, y esto era su comida y bebida. Siguiendo el ejemplo del Salvador, podemos estar en santa comunión con él; y tratando diariamente de imitar su carácter y seguir su ejemplo, seremos una bendición para el mundo, y obtendremos para nosotros contentamiento aquí y recompensa eterna en la otra vida. (225)

OPOSICIÓN A LAS ADVERTENCIAS FIELES.-
El 3 de Enero de 1875 se me mostró que, antes de que Dios pueda hacer algo por ellos, los que están en California y profesan creer la verdad tienen mucho trabajo por hacer. Muchos se engañan a sí mismos con la idea de que están a bien con Dios, y no ven que los principios de la verdad no habitan en sus corazones. Estas personas sólo pueden volver al orden mediante la búsqueda perseverante, diligente y sincera del consejo del Testigo Fiel. Se encuentran en una condición fría, formal y apartada de Dios. A ellos van dirigidas las palabras del Testigo Fiel: "Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojala fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: % soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad'; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete" (Apoc. 3:15-19).
Hermano G, no responde a las llamadas de Dios. Su fuerza espiritual y su crecimiento en la gracia serán proporcionales a la labor de amor y las buenas obras que haga alegremente por su Salvador, el cual no ha escatimando nada, ni siquiera su propia vida, para salvarlo. El apóstol ordena: "Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo" (Gál. 6:2). No basta con que profese fe en los mandamientos de Dios; debe participar de la labor. Usted es un transgresor de la ley de Dios. No lo ama con todo su corazón, con toda su fuerza y toda su mente; y tampoco obedece los últimos seis mandamientos porque no ama a su prójimo como a sí mismo. Su amor por sí mismo es mayor que el que siente por Dios y por su prójimo. Guardar los mandamientos de Dios nos exige más de lo que usted está dispuesto a dar. Dios le pide buenas obras, abnegación, sacrificio y dedicación a la búsqueda del bien de los demás, para que, valiéndose de usted como su instrumento, las almas puedan ser traídas a la verdad. (226)
Ciertamente, ninguno de nosotros se salvará únicamente por haber hecho buenas obras; pero sin buenas obras es imposible que alguien se salve. Después de haber hecho todo cuanto esté en nuestras manos, en nombre de la fuerza de Jesús deberemos decir: "Somos siervos inútiles". No debemos pensar que hemos hecho grandes sacrificios y que, por lo tanto, merecemos una gran recompensa por nuestros flacos servicios.
La autojustificación y la seguridad carnal se han cernido sobre usted como si de aros de acero se tratase. Debe ser celoso y arrepentirse. Se ha equivocado al mostrarse tolerante con los desafectos cuyas conductas estaban en oposición con la obra que el Señor, mediante sus siervos, estaba llevando Su corazón no estaba a bien con Dios y no recibió la luz que él le envió. Predispuso su obstinada voluntad a resistir la reprensión que el Señor le enviaba con amor. Sabía que era cierta, pero quiso cerrar los ojos a su verdadera condición. Tanto si escucha el llamado de reprensión y advertencia que Dios le ha enviado como si lo desoye, tanto si se reforma como si persiste en sus defectos de carácter, llegará un día en que se dará cuenta de lo que habrá perdido al ponerse en una posición desafiante, combatiendo en espíritu contra los siervos de Dios. Su sentimiento de amargura hacia el hermano H es

desconcertante. Él se ha esforzado, se ha desvivido y se ha sacrificado por llevara cabo la obra de Dios en aquella costa. Aun así, su ceguera, causada por una vida y un corazón sin consagrar, lo ha empujado a atreverse, junto con 1 y J, a tratar cruelmente al siervo de Dios. “No toquéis [...] a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas" (1 Crón. 16:22; Salmo 105:15), dijo Dios. No es asunto vano para usted alinearse, como así ha hecho, contra los hombres que Dios ha enviado con luz y verdad para el pueblo. Cuide que su influencia no aparte las almas de la verdad que declaran los siervos que Dios ha enviado porque una terrible desgraciase cierne sobre usted.

Satanás lo ha usado como su agente para insinuar dudas y reiterar las insinuaciones y malas interpretaciones que se originan en un corazón sin santificar que Dios habría limpiado de toda contaminación. Sin embargo, usted no quiso recibir instrucción, rehusó la corrección, rechazó las reprobaciones y obró siguiendo sus propia voluntad y su propia costumbre. Esta raíz de amargura (227) extravía las almas y, por culpa de todos esos interrogantes, se vuelven murmuradoras, por lo que se alejan tanto de Dios que el testimonio y la reprobación que él envía no puede alcanzarlas. La sangre de esas almas recaerá sobre usted y sobre los espíritus con los que ha estado en armonía.

Como siervos suyos, Dios nos ha dado una tarea por cumplir. Nos dio un mensaje para que lo lleváramos a su pueblo, durante treinta años hemos recibido las palabras de Dios y las hemos repetido a su pueblo. La responsabilidad que aceptamos con tanta oración y meditación nos ha hecho temblar. Hemos sido embajadores de Dios que, como sustitutos de Cristo, suplican a las almas que se reconcilien con Dios. Hemos advertido de los peligros que Dios nos ha mostrado que acechaban a su pueblo. Dios nos encargó una tarea. ¿Cuál será, pues, la condición de aquellos que no quieran escuchar las palabras que Dios les envía porque contrarían sus deseos o reprenden sus errores? Si usted está plenamente convencido de que no hemos hablado en nombre de Dios, ¿por qué no obra de acuerdo con su fe y corta toda relación con las personas que se encuentran sometidas a un engaño tan grande como este pueblo? Si se ha comportado de acuerdo con los dictados del Espíritu de Dios, usted tiene razón y nosotros estamos equivocados. Una de dos: o Dios enseña a su iglesia, reprende sus malas acciones y refuerza su fe, o no hace nada de eso; o esta obra es de Dios, o no lo es. Dios no entra en componendas con Satanás. ¿Mi tarea durante los últimos treinta años lleva el sello de Dios o el del enemigo? En este asunto no hay medias tintas. Los Testimonios son del Espíritu de Dios o del demonio. Al alinearse contra los siervos de Dios, ¿está trabajando para Dios o para el maligno? "Por sus frutos los conoceréis" (Mat. 7:20). ¿Qué sello lleva su obra? Valdrá la pena mirar con espíritu crítico el resultado de su conducta.

No es nada nuevo que un hombre sea engañado por el archiembaucador y se alinee contra Dios. Considere su conducta con espíritu crítico antes atreverse a ir más allá en la senda que está siguiendo. Los judíos se engañaron a sí mismos. Rechazaron las enseñanzas de Cristo porque sacaba a la luz los secretos de sus corazones y reprendía sus pecados. No quisieron acercarse a la luz por temor de que sus acciones fuesen reprobadas. Prefirieron las (228) tinieblas a la luz. Cristo dijo: "Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz porque sus obras eran malas" (Juan 3:19). Los judíos persistieron en rechazar a Cristo hasta que, víctimas de su propio engaño y desviación, pensaron que al crucificarlo le hacían un servicio a Dios. Ese fue el resultado de rechazar la luz. Usted corre el peligro de sufrir un engaño similar. Sería bueno para su alma, hermano G, que considerara dónde acaba la senda que ahora sigue. Dios puede prescindir de usted, pero usted es incapaz de hacer nada sin Dios. Él no obliga a nadie para que crea. Pone la luz delante de los hombres y Satanás presenta sus tinieblas. Mientras que el embaucador grita constantemente: "La luz está aquí, esta es la verdad", Jesús dice: "Yo soy la verdad, tengo palabras de vida eterna. Si alguno me sigue, no andará en tinieblas". Dios nos da todas las pruebas suficientes para inclinar nuestra fe hacia el lado de la verdad. Si nos rendimos a Dios escogeremos la luz y rechazaremos las tinieblas. Si deseamos mantener la independencia del corazón natural, y rechazamos la corrección de Dios, como los judíos, nos obstinaremos en llevara cabo nuestros propósitos y nuestras

ideas aun ante las más claras pruebas, y estaremos en peligro de sufrir un engaño tan grande como el que ellos sufrieron. En nuestra infatuación podemos llegar tan lejos como ellos y aun suponer que estamos haciendo la obra de Dios.

Hermano G, no seguirá en el cargo que ahora ocupa. El camino que ha iniciado se aparta de la senda verdadera y lo separa del pueblo al que Dios está probando para purificarlo para la victoria final. O se une a este cuerpo y se esfuerza honestamente para responder a las súplicas de Cristo o su incredulidad será cada vez mayor. Uno tras otro, los puntos establecidos de la fe del cuerpo serán objeto de sus cuestionamientos, su opinión se hará cada vez más independiente y se hará más y más oscura respecto de la obra de Dios para este tiempo. Finalmente, confundirá la luz con las tinieblas y las tinieblas con la luz.

Satanás tiene mucho poder para apresar las almas confundiendo las mentes de aquellos que no aceptan la luz y los privilegios que les envía la Providencia. Las mentes que se someten al control de Satanás son llevadas constantemente de la luz y la verdad al (229) error y las tinieblas. Por menor que sea la ventaja que le dé a Satanás, él seguirá exigiéndole más y estará al acecho para obtener el mayor provecho de cualquier circunstancia que favorezca su causa y la ruina de su alma.

Hermano y hermana G, ninguno de ustedes se encuentra en una posición segura. Menosprecian las reprensiones. Si en lugar de palabras duras hubiesen escuchado palabras amables, si hubiesen recibido alabanzas y adulaciones, ahora se encontrarían en una situación muy distinta respecto de su creencia en los Testimonios. En estos últimos tiempos algunos clamarán: "Decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentiras" (Isa. 30:10). Este no es mi cometido. Dios me puso para reprender a su pueblo y, tan cierto como que ha puesto sobre mi una pesada carga, considerará a todos aquellos a quienes se proclama este mensaje como responsables del modo en que lo traten. Dios no debe ser tratado con desconsideración. La paga de los que menosprecien su obra estará de acuerdo con sus actos. Yo no escogí esta desagradable tarea. No me trae la alabanza o el favor de los hombres. Es una labor que pocos serán capaces de apreciar. Todos los que, con sus tergiversaciones, celos, sospechas e incredulidad, creando en las mentes de otros prejuicios contra los Testimonios que Dios me ha dado, limitan mi labor y hacen que mi trabajo sea doblemente duro tienen un asunto pendiente con Dios. Por mi parte, yo seguiré adelante en la medida en que la Providencia y mis hermanos vayan abriéndome camino. En nombre de mi Redentor y con su fuerza haré cuanto pueda. Advertiré, aconsejaré, reprenderé y alentaré tal como dicta el Espíritu de Dios, tanto si se me escucha como si se me silencia. Mi deber no es complacerme, sino hacer la voluntad de mi Padre celestial, el cual me ha encargado la obra.

Cristo advirtió a sus discípulos: "Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis" (Mat. 7:15-20). Hermano G, tiene delante de (230) usted una prueba, puede pasarla si tal es su deseo. No es preciso que permanezca en la incertidumbre y la duda. Satanás está al alcance de la mano para sugerir una gran variedad de dudas, pero si abre los ojos a la fe encontrará suficientes pruebas para creer. Sin embargo, Dios nunca eliminará las causas de la duda. Quienes prefieren permanecer en un ambiente de dudase incredulidad pueden disfrutar de un privilegio nada envidiable. Dios da suficientes pruebas para que las mentes sinceras puedan creer. Pero quien, amparándose en la existencia de ciertas cosas que esta mente finita no puede entender, no reconoce el peso de la evidencia quedará en el ambiente frío y helado de la incredulidad y la duda; su fe naufragará. Parece que usted consideró una virtud alinearse en el bando de los que dudan en lugar de tomar partido por los que creen. Jesús jamás elogió la incredulidad, jamás planteó dudas. Sus milagros fueron prueba para su nación de que él era el Mesías; aun así, algunos consideraron que dudar de él era una virtud y, razonando según la mente humana, en todas y cada una de la buenas obras del Salvador encontraron algún aspecto digno de censura o cuestión.

El centurión que deseaba que Cristo fuera y sanara a su siervo se sentía indigno de que Jesús entrara bajo su techo; su fe en el poder de Cristo era tan fuerte que creía que bastaría con pedirle tan sólo una palabra para que el milagro fuera obrado. "Al oírlo Jesús, se maravilló y dijo a los que le seguían: Be cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe. Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes'. Entonces Jesús dijo al centurión: 'Ve, y como creíste, te sea hecho'. Y su criado fue sanado en aquella misma hora" (Mat. 8:10-13).

Jesús alabó la fe en contraste con la duda. Mostró que los hijos de Israel tropezarían a causa de su incredulidad, la cual los llevaría a rechazar la gran luz y acabaría con su condenación y rechazo. Tomás declaró que no creería sin haber puesto antes su dedo en las llagas de las manos del Señor e introducir la mano en su costado. Cristo le dio las pruebas que deseaba y luego reprendió su incredulidad: "Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron y creyeron" (Juan 20:29). (231)

En este tiempo de tinieblas y error, los hombres que profesan ser seguidores de Cristo parecen pensar que tienen la libertad de recibir o rechazara los siervos del Señor según su deseo y conveniencia sin que por ello sean considerados responsables de sus acciones. La incredulidad y la oscuridad los dominan. Sus sentidos están adormecidos por la incredulidad. Violan sus conciencias y se vuelven infieles a sus convicciones, a la vez que su fuerza moral se debilita. Ven a los demás en la misma luz que ellos están.

Cuando Cristo envió a los doce, les ordenó: "Mas en cualquier ciudad o aldea donde entréis, informaos quién en ella sea digno, y posad allí hasta que salgáis. Y al entrar en la casa, saludadla. Y si la casa fuere digna, vuestra paz vendrá sobre ella; mas si no fuere digna, vuestra paz se volverá a vosotros. Y si alguno no os recibiere, ni oyere vuestras palabras, salid de aquella casa o ciudad, y sacudid el polvo de vuestros pies. De cierto os digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma y Gomorra que para aquella ciudad" (Mat. 10:11-15). Les advirtió que se guardaran de los hombres porque serían librados a los concejos y azotados en las sinagogas.

El corazón de los hombres no es hoy menos duro que cuando Cristo vino a la tierra. Como el pueblo hizo cuando él estuvo en la tierra, harán todo cuanto esté en su poder para ayudar al gran adversario en su tarea de dificultar tanto como sea posible la labor de los siervos de Cristo. Flagearán con la lengua, difamando y esparciendo falsedades. Criticarán los esfuerzos que el siervo de Dios les pida que hagan y harán que se vuelvan en contra de él. Con sus perversas conjeturas verán fraude y doblez allí donde sólo haya perfecta integridad y justicia. Acusarán de tener motivaciones egoístas a los siervos de Dios, cuando el mismo Dios los guíe, y cuando incluso sean capaces de dar la propia vida si Dios así lo demanda, si al hacer así pueden hacer que la causa del Señor avance. Quienes menos hacen, quienes menos invierten en la causa de la verdad, son los más proclives en expresar falta de fe en la integridad de los siervos de Dios que en la gran obra ocupan una posición de responsabilidades pecuniarias. Los que confían en la obra de Dios están dispuestos a arriesgar algo por su avance, y su prosperidad espiritual estará proporcionada a sus obras de fe. La (232) palabra de Dios es nuestro modelo y, sin embargo, ¡cuán pocos la siguen! Nuestra religión tendrá escaso valor para nuestros amigos si sólo es teórica y no tiene una aplicación práctica. Muchos que profesan seguir la Biblia llevan con ellos la influencia del mundo y la soberbia. Son como una nube que hiela el aire en que otros se mueven.

OBSTINACIÓN Y NO INDEPENDENCIA.-

Hermano G, cultivar el amor puro y abnegado y la benevolencia desinteresada será para usted un trabajo fatigoso. No está acostumbrado a ceder en sus opiniones e ideas y, a veces, abandonar sus propios juicios y dejarse guiar por el consejo ajeno. Hermano y hermana G, ambos deben reducir su yo y aumentar la gracia de Dios. Ambos deben adquirir el hábito del gobierno propio para que sus pensamientos puedan sujetarse al Espíritu de Cristo. Tiene necesidad de la gracia de Dios para que sus

pensamientos puedan ser disciplinados y fluyan por el canal correcto, para que sus palabras sean palabras justas y para que sus pasiones y apetitos se sujeten al control de la razón y la lengua se refrene ante la frivolidad, la censura y las críticas mundanas. "Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo" (Sant. 3:2). El mayor triunfo que nos dio la religión de Cristo es el control sobre nosotros mismos. Debemos controlar nuestras tendencias naturales; de otro modo, jamás venceremos como Cristo venció.

Entre los que profesan seguir a Cristo hay algunos que son dispépticos espirituales. Ellos mismos se han hecho inválidos y su debilidad espiritual es el resultado directo de sus propias imperfecciones. No obedecen las leyes de Dios ni ponen en práctica los principios de sus mandamientos. Son indolentes en su causa y obra y no cumplen con ninguna de las misiones que se les encomiendan. Sin embargo, cuando creen ver algo en lo que pueden encontrar un defecto, son activos y celosos. Un cristiano que no trabaja no está sano. La enfermedad espiritual es el resultado del deber descuidado. Para que la fe de un hombre sea fuerte debe permanecer mucho tiempo con Dios, en oración secreta. ¿Cómo (233) puede la benevolencia de un hombre ser una bendición para él si nunca la ejercita? ¿Cómo podemos pedir a Dios que nos ayude en la conversión de las almas si, al mismo tiempo, no hacemos nada para traerlas al conocimiento de la verdad? Se ha hecho tan débil que se ha vuelto inútil, tanto para usted como para la iglesia. El remedio es el arrepentimiento, la confesión y la reforma. Necesita fuerza moral y el verdadero alimento de la gracia de Dios. Nada fortalecerá tanto su religiosidad como trabajar para que avance la causa que profesa amar en lugar de frenarla. Sólo hay una cura para la indolencia espiritual: el trabajo, trabajar por las almas que necesitan su ayuda. En lugar de fortalecer las almas, ha desalentado y debilitado los corazones de aquellos que veían avanzar la causa de Dios.

Dios le ha dado capacidades que puede usar para el bien o malgastarlas en perjuicio propio y ajeno. No es consciente de los cargos que Dios le imputa. Deberíamos tener siempre en la mente que vivimos en este mundo para formar caracteres para el próximo. Todas nuestras relaciones con los otros mortales deben estar en consonancia con los intereses eternos, suyos y nuestros. Si nuestros encuentros con ellos sólo están dedicados al placer y a la complacencia egoísta, si somos frívolos, si nos abandonamos a las malas acciones, no somos colaboradores de Dios, sino que trabajamos decididamente contra él. Las preciosas vidas que Dios nos ha dado no deben ser moldeadas con relatividades incrédulas para complacer la mente carnal, sino que deben ser vividas de manera que merezcan la aprobación de Dios.

Si el hermano J gozara con el amor de Dios, sería un torrente de luz. Tiene demasiada poca fuerza moral y fuertes tendencias a la incredulidad. Los ángeles del cielo se han apiadado de él porque está envuelto en tinieblas. Sus oídos sólo oyen palabras de incredulidad y tinieblas. Está lleno de dudas, la lengua es un mundo de iniquidad. "Ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal" (Sant. 3:8). Si el hermano J se aferrara con más firmeza a Dios y sintiera que debe conservar su integridad ante él aun a costa de su vida natural, recibiría fuerza del cielo. Si permite que su fe se vea afectada por las tinieblas y la incredulidad que lo rodean, las dudas y las (234) habladurías, pronto estará imbuido de tinieblas, dudas e incredulidad y no encontrará luz o fuerza en la verdad.

Que no piense que buscar el compromiso con sus amigos, resentidos con nuestra fe, le pondrá las cosas más fáciles. Si su único propósito es obedecer a Diosa toda costa, obtendrá fuerza y ayuda. Dios ama al hermano J y se apiada de él. Conoce todas sus dudas, todos sus desalientos, todas sus palabras amargas. Lo sabe todo. Si el hermano J abandona su incredulidad y permanece inamovible en Dios su fe crecerá con el ejercicio. "El justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma" (Heb. 10:38).

Vi que los hermanos J y G corren gran peligro de perder la vida eterna. No ven que entorpecen el avance de la obra de Dios en -----. Cuando se celebró la reunión campestre la primera vez que estuvimos en la costa Oeste, cientos estaban convencidos de la verdad; pero Dios conocía de qué material estaba hecha esa iglesia. Aunque las almas acudían a la verdad, no había nadie que las acogiera y las alimentara, que las guiara a una vida más elevada. El hermano 1 tenía un espíritu celoso,

acusador y envidioso. Si no podía ser el primero, no colaboraba en nada. Se consideraba a sí mismo mucho mejor de lo que Dios lo consideraba. Un hombre con ese carácter, a largo plazo, acabará por estar en desacuerdo con todos; sólo se encuentra en su líquido elemento cuando contiende y se alinea contra todo aquello que no se amolda a sus ideas. El Señor permitió que siguiera su camino y manifestara qué clase de espíritu lo guiaba. Introdujo en la iglesia el mismo espíritu que gobernaba en su familia y quiso que también allí imperara. Su amargura y sus crueles palabras contra los siervos de Dios han quedado registradas. No podrá desentenderse de ellas. Salió de nosotros porque no era de los nuestros. En ningún caso la iglesia deberá intentar su retorno; porque, con el espíritu que ahora lo domina, contendería aun con los mismos ángeles de Dios. Desearía gobernar y dictar la obra de los ángeles. Tal espíritu no puede entrar en el cielo. I y J, con quienes Dios no está satisfecho, se han atrevido a resistir a los siervos de Dios, a hablar mal de ellos, a imputarles motivos sesgados. Han intentado destruir la confianza de los hermanos en esos obreros y en los Testimonios. Pero si la obra es de Dios, no podrán destruirla. Sus esfuerzos serán vanos. (235) Hermano G, usted se encontraba en una oscuridad tan densa que llegó a pensar que esos hombres tenían razón. Ha repetido sus palabras y ha hablado del "poder unipersonal". ¡Cuán poco sabía de lo que hablaba!

Algunos no han dudado en decir algo o proferir un cargo contra los siervos de Dios y ser celosos y acusadores. Si pueden encontrar alguna ocasión en que, celosos por la causa de Dios, piensan que los ministros han dicho palabras decididas, incluso severas, se apresuran a exagerarlas y se sienten con libertad para adoptar el más amargo y perverso espíritu y culpar a los siervos del Señor con motivos equívocos. Ya quisiéramos ver qué harían tales acusadores en circunstancias similares y soportando cargas parecidas. Ya quisiéramos verlos buscar y condenar sus propias ofensas, su propia conducta arrogante y dominadora y su propia impaciencia e irritación; y, después de haber eliminado todo pecado de sus vidas, lanzar la primera piedra de censura contra los hermanos que intentan traerlos al orden. El Dios santo no llevará almas a la verdad para que caigan bajo la influencia que existe en la iglesia. Nuestro Padre celestial es demasiado inteligente para llevar almas a la verdad y permitir que sean moldeadas por la influencia de hombres que no han consagrado sus vidas y sus corazones. Esos hombres no están en armonía con la verdad. No están unidos al cuerpo, sino que son causa de pérdida para la iglesia. Sus obras se oponen a las de aquellos que Dios emplea para traer almas a la verdad.

¿Quién alimentará a los que deberían esforzarse por obedecer todos los mandamientos de Dios? ¿Quiénes serán padres y madres que tengan cuidado de los que necesitan fuerza y ayuda? ¿Saben esos hermanos lo que hacen? Se encuentran exactamente en camino de los pecadores. Cortan el paso con sus conductas pecaminosas. Sus vestiduras estarán cubiertas con al sangre de las almas, a menos que se arrepientan y cambien completamente su vida. ¿Acaso piensan tales insatisfechos que ellos tienen razón y que el cuerpo de los guardadores del sábado está equivocado? "Por sus frutos los conoceréis" (Mat. 7:20). ¿A quién bendice Dios? ¿A quién guía? ¿Quién trabaja para él? ¿Quién obra correctamente para presentar la verdad a otras mentes? ¿Acaso tales hombres piensan que (236) el cuerpo acudirá a ellos y abandonará su experiencia y puntos de vista para seguir los juicios de los que no se han consagrado? ¿0 quizá regresarán a la armonía con el cuerpo?

El hermano G se vanagloria de su independencia de criterio y juicio, y al mismo tiempo corta el paso a los pecadores con su vida disoluta y su oposición a la obra, combatiendo ciegamente a Cristo en la persona de sus siervos. Se ha engañado respecto de la calidad de la verdadera independencia. La independencia no es obstinación, aunque a menudo ésta se confunda con aquélla. Cuando el hermano G se ha formado una opinión y la expresa en la familia o la iglesia con considerable confianza y de manera pública, está inclinado a hacer que parezca que él tiene la razón valiéndose de todos los argumentos que se le ocurren. Con esa insistencia corre el peligro, el gran peligro, de cerrar los ojos y violar su conciencia; el enemigo lo tienta con fuerza. Su arrogancia en la opinión es difícil de vencer, aun cuando se enfrente a suficientes evidencias para convencerlo, si estuviera dispuesto. Piensa que admitir su error sería una mancha en su juicio y discernimiento.

Hermano G, corre el gran peligro de perder su alma. Ansia la preeminencia. A veces cree que es menoscabado. No es feliz. No será feliz si abandona el pueblo de Dios, porque considera una ofensa las palabras claras y los hechos como hicieron muchos de los seguidores de Cristo porque la verdad declarada era demasiado evidente. No será un hombre feliz porque seguirá siendo usted mismo. No está a bien consigo mismo. Su temperamento es su enemigo y, vaya donde vaya, llevará consigo su carga de infelicidad. Es un honor confesar un error tan pronto como se discierne.

Hay muchos asuntos relacionados con la obra de Dios en los que usted encuentra faltas, encontrar faltas es cosa natural en usted. Puesto que se ha vuelto contra la luz de Dios que sobre usted se le ha revelado, rápidamente pierde su discernimiento y, más que nunca, está pronto a encontrar defectos en todas las cosas. Da su opinión con confianza dictatorial y trata las consultas de los demás al respecto de sus opiniones como una crueldad personal. Ciertamente, la independencia refinada nunca desdeña pedir el consejo de los experimentados y los sabios y los trata con respeto. (237)

LA RELIGIÓN EN LA FAMILIA.-

Hermano G, si no se convierte perderá su alma. No será feliz hasta que obtenga la mansedumbre de la sabiduría. Usted y su esposa han trabajado demasiado tiempo con propósitos encontrados. Abandone la excesiva escrupulosidad, la sospecha, los celos y las desdichadas discusiones por asuntos banales. El espíritu que se ha desarrollado en su familia ha penetrado en su experiencia religiosa. Vigilen el modo en que se recriminan uno a otro los defectos en presencia de sus hijos; tengan cuidado de no permitir que su espíritu los controle. Usted sólo ve maldad en su hijo mayor; no le atribuye ninguna de las cualidades que, si muriese, no dudaría en reconocerle. Ninguno de ustedes se comporta de modo coherente con su hijo. Le recriminan sus errores en presencia de otras personas y demuestran falta de confianza en los buenos rasgos de su carácter.

Ambos están dispuestos a ver las faltas ajenas y, a la vez, están ciegos a sus muchas faltas y errores. Ambos son nerviosos y se irritan y excitan con facilidad. Necesitan la mansedumbre de la sabiduría. Se aferran tenazmente a sus propias fragilidades, sus pasiones y sus prejuicios como si el hecho de abandonarlos fuera causa de gran desgracia; y no se dan cuenta de que son espinas punzantes y dolorosas. Jesús les invita a depositar el yugo que han cargado, que ha doblegado su cerviz, y tomar el suyo, que es liviano, porque su carga es ligera. ¡Cuán abrumadora es la carga del amor propio, la codicia, el orgullo, la pasión, los celos y las suposiciones perversas! ¡Cuán firmemente agarran los hombres estas maldiciones y cuánto se resisten a abandonarlas! Cristo conoce cuán abrumadores son estos yugos autoimpuestos y nos invita a depositarlos a sus pies. Invita a las almas cargadas y apesadumbradas para que se acerquen a él y cambien los pesados yugos que ellas mismas se han puesto al cuello por el suyo, que es ligero. Dice: "Hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mat. 11:29 ú.p.-30). Las exigencias del Salvador son coherentes y armónicas, llevarlas con gozo trae la paz y el descanso al alma.

Cuando el hermano G toma una posición en el lado equivocado no le resulta fácil confesar que ha cometido un error. Pero, si (238) consigue borrar de su memoria y la de los demás su mala acción, y puede hacer cambios para rectificar sin reconocer su error, no dudará en hacerlo. Sin embargo, todos esos errores y pecados no confesados permanecen registrados en el cielo y no serán borrados hasta que cumpla las instrucciones dadas en la palabra de Dios: "Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados" (Sant. 5:16). Si el hermano G tiene otro plan distinto del que el Señor nos ha dado, ese estilo no es seguro y, al final, desembocará en su ruina. Ese otro estilo es ruinoso para la iglesia y para la prosperidad y la felicidad de su familia. Debe reblandecer el corazón y permitir que la humildad, la ternura y el amor entren en su alma. Debe cultivar cualidades abnegadas. Hermano y hermana G, deberían cultivar cualidades mentales que los purifiquen, que los impulsen a olvidarse del yo y aumenten su interés por aquellos con quienes entran en contacto. Existe una corriente de amor propio y preocupación por el yo que aumenta su infelicidad con sufrimiento y

pesadumbre. Tienen un conflicto con ustedes mismos en el que sólo ustedes pueden desempeñar un papel decisivo. Ambos deberían controlar la lengua y callarse muchas cosas. El primer mal es pensar mal; luego vienen las malas palabras. No cultivan el amor, la deferencia y el respeto mutuo. Sean considerados con los sentimientos del otro y busquen la sagrada salvaguarda de la felicidad del otro. Sólo podrán hacerlo en nombre y con la fuerza de Jesús.

La hermana G ha hecho grandes esfuerzos para obtener victorias, pero su esposo apenas la ha alentado. En lugar de buscar a Dios en oración sincera para que les diera fuerza para vencer los defectos del carácter, se han dedicado a observarse mutuamente y a debilitarse a sí mismos encontrando faltas en los demás. El jardín del corazón está descuidado.

Si, meses atrás, el hermano G hubiera recibido la luz que el Señor le enviaba y, con franqueza, se hubiese convertido junto con su esposa, si ambos hubiesen quebrantado sus corazones endurecidos ante el Señor, su situación actual sería muy distinta. Ambos consideraron livianamente las palabras de reprobación y exhortación del Espíritu de Dios y no reformaron sus vidas. Cerrar los ojos a la luz que Dios les había enviado no hizo que sus faltas (239) fueran menos graves a los ojos de Dios ni redujo su responsabilidad. Odiaron las reprensiones que, lleno de misericordia hacia ellos, les hacía el Señor. Por naturaleza, el hermano G tiene un corazón amable y tierno, pero está oprimido por el amor propio, la vanidad y la susceptibilidad. Su corazón no es desdeñoso, pero le falta fuerza moral. Se acobarda tan pronto como se enfrenta a la abnegación y el sacrificio, porque se ama a sí mismo. Controlar el yo, vigilar sus palabras, reconocer que ha obrado o hablado mal es para él una cruz demasiado humillante; y, sin embargo, para ser salvo debe cargar con esa cruz.

Hermano y hermana G, midan sus palabras. Mientras no haya un centinela que vigile sus pensamientos y sus acciones se desalentarán mutuamente y, con toda seguridad, ninguno de los dos se podrá salvar. Ambos deben protegerse del espíritu precipitado que es causa de palabras y acciones superficiales. El resentimiento, que se alimenta en su creencia de que los han maltratado, es el espíritu de Satanás y lleva a la perversión moral. Mientras permitan que tome el control la precipitación, impedirán que la razón controle sus palabras y su conducta y serán responsables de todas las malas consecuencias que esto pueda traerles. Lo que se hace con desagrado y precipitación no tiene excusa. La acción es mala. Con una sola palabra agresiva y precipitada pueden clavar un aguijón en el corazón de sus amigos que nunca será olvidado. A menos que ejerciten el autocontrol serán una pareja infeliz. Cada uno de ustedes pone la causa de su infelicidad en las faltas del otro. Dejen de hacerlo. Establezcan como norma no pronunciar jamás palabras de censura mutua sino que, siempre que sea posible, de sus bocas salgan elogios.

Algunos piensan que la locuacidad es una virtud y hablan grandezas de su franqueza diciendo las cosas desagradables que habitan en sus corazones. Permiten que su espíritu irascible se derrame como un torrente de reproches y acusaciones. Cuanto más hablan, más se excitan y Satanás aprovecha la ocasión para hacer su obra porque le es muy ventajosa. Las palabras irritan a quien las escucha y la provocación es respondida con palabras aún más duras. Finalmente, un asunto banal se convierte en un gran incendio. Ambos piensan que posiblemente sufran más pruebas (240) de las que pueden soportar y que sus vidas son muy infelices. Con resolución, empiecen la tarea de controlar sus pensamientos, sus palabras y sus acciones. Cuando uno de ustedes sienta que se aviva el resentimiento, retírese y pida humildemente la ayuda de Dios, el cual escuchará la oración que sale de labios sinceros.

La conciencia iluminada debe controlar todas las pasiones. "Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un sólo cuerpo; y sed agradecidos" (Col. 3:12-15).

Hermanos, si viven añadiendo gracia a la gracia, Dios multiplicará en ustedes su gracia. Cuando ustedes añadan, Dios multiplicará. Si retienen en sus mentes que Dios ve y oye todo cuanto hagan o digan y lleva un fiel registro de todos sus actos y sus palabras, de los cuales ustedes serán hechos responsables, entonces, en todo cuanto hagan y digan querrán seguir los dictados de una conciencia iluminada y despierta. Usarán la lengua para gloria de Dios y serán una fuente de bendición para ustedes y los demás. Pero si, tal como han hecho hasta ahora, se separan de Dios, tengan por seguro que, cuando menos, su lengua será un mundo de iniquidad y traerá sobre ustedes temible condenación, porque ustedes habrán sido la causa de la perdición de muchas almas.

EL DEBER DEL AUTOCONTROL.-

Debemos someter a rígida sujeción los apetitos de nuestra naturaleza animal. Esos apetitos nos fueron dados con fines importantes, para el bien, y no para que fueran los ministros de la muerte pervirtiéndolos y haciendo de ellos concupiscencias rebeldes. El gusto por el tabaco, que usted, hermano G, refuerza con su indulgencia, se ha convertido en una lujuria que va contra su alma. Un hombre intemperante no puede ser un hombre paciente. Una indulgencia casi imperceptible con los gustos dará lugar al gusto (241) por estimulantes más fuertes. Si los pensamientos, las pasiones y los gustos se mantienen debidamente sujetos, la lengua estará bajo control. Pida la ayuda de la fuerza moral y abandone para siempre el uso del tabaco. Ha querido ocultar a los demás que usa el tabaco, pero no se lo puede ocultar a Dios. "Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones. Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza. Humillaos delante del Señor y él os exaltará" (Sant. 4:8-10). Le comparto estas palabras en nombre de Jesús, el cual me ha encargado esta misión. No las rechace.

Si sus malas acciones no hubiesen sido objeto de reprobación, jamás habría rechazado los Testimonios. Pensó que sería más fácil sacrificar los Testimonios y cerrar los ojos a la luz que Dios le ha dado que abandonar el tabaco y dejar la vida de frívola convivencia con los incrédulos. El proceso de purificación conlleva negación y contención; y usted carece de fuerza moral para adquirirlas. Por lo tanto cree excusar sus pecados no creyendo en la luz que Dios le ha enviado. Recuerde que volverá a enfrentarse con todas estas cosas porque están escritas en un libro, junto con todas las advertencias y reprobaciones que Dios me ha encargado que le diera.

El hermano J es digno de compasión porque, por naturaleza, tiene una disposición defectuosa. Tiene poca esperanza. Su incredulidad y sus dudas controlan su juicio. Su naturaleza lo lleva a ponerse del lado de los que cuestionan y duda. La única manera de vencer este gran mal es cultivar los rasgos de carácter opuestos. Debe reprimir la incredulidad y no cultivarla. No debe expresar sus dudas. No tiene derecho a intimidar a los demás con los defectos de su carácter. Aunque ese triste mal lo afecte, no debe amargar la felicidad de los demás introduciendo su incredulidad para que enfríe la fe de sus hermanos. Su inclinación no lo lleva a tener en cuenta todo cuanto se dice en los discursos y exhortaciones de los cuales podría obtener consuelo y aliento; sino que busca en ellos motivos de excusa para continuar con sus críticas y sus cuestionamientos. Las avenidas de su alma están completamente abiertas y desprotegidas para que Satanás entre y moldee su mente conforme a sus propósitos. (242)

Se me mostró que sus reuniones están perdiendo interés porque no las visita el Espíritu de Dios. Los hermanos y hermanas están completamente esclavizados por esos dos hombres. No se atreve a ejercer su libertad y a expresar su fe con la sencillez de sus almas porque ahí está el hermano J, con su mirada severa y crítica, que observa y está pronto a atrapar cualquier palabra que le dé la oportunidad de poner en práctica las facultades de su mente incrédula. Entre ambos alejan al Espíritu de Dios de las reuniones. Cuando los hermanos manifiestan el espíritu del dragón para hacer la guerra contra aquellos que creen que Dios les ha comunicado luz y consuelo por medio de los Testimonios es tiempo de que los hermanos y las hermanas afirmen su perfecta libertad de conciencia. Dios les ha dado luz y tienen el

privilegio de aceptarla y hablar de ella para fortalecerse y alentarse mutuamente. El hermano J quiere confundir la mente haciendo que parezca que la luz que Dios da a través de los Testimonios es una añadidura a la palabra de Dios, pero así la presenta como una falsa luz. Dios ha visto que esta es una buena manera de atraer la mente de su pueblo a su palabra para que la entiendan mejor.
La iglesia de ----- se debilita cada vez más por la influencia que han recibido, la cual ha puesto impedimentos en su avance. Si así lo desea, el hermano J tiene el privilegio de dejar su incredulidad y avanzar en la luz. Sin embargo, la causa de Dios avanzará, con o sin su ayuda. Dios ha indicado que la iglesia de ----- deberá afrontar un desafío. Deberá decidirse por avanzar o retroceder. Dios es capaz de hacer más con seis almas unidas en el mismo espíritu y juicio que con multitudes de hombres que actúan como han actuado los hermanos G y J. Con ellos, los ángeles de luz no se han presentado en la reunión, sino los ángeles de las tinieblas. Las reuniones no han sido de provecho y, a veces, se han vuelto en una verdadera ofensa. Dios pide que esos hombres escojan entre ponerse del lado del Señor y unirse al cuerpo, o dejar de impedir el paso de aquellos que se han dedicado completamente al Señor.
La mayor razón por la cual muchos que profesan ser discípulos de Cristo caen en terribles tentaciones y obran arrepentimiento es que no se conocen a sí mismos. En esto el enemigo hostigaba insistentemente a Pedro. Esta es la causa de que la fe de muchos (243) naufrague. Su corazón no ve los errores y las malas acciones que han cometido y no afligen sus almas. Les recomiendo que purifiquen sus almas obedeciendo la verdad. Únanse al cielo y que el Señor los salve de su engaño. (244)

EL CARÁCTER SAGRADO DE LOS MANDAMIENTOS DE DIOS.-

Muy respetable hermano K: En Enero de 1875 se me mostró que hay impedimentos en el camino de la prosperidad espiritual de la iglesia. El Espíritu de Dios está contristado porque muchos no son como debieran ser en su corazón y su vida. La fe que profesan no está en armonía con sus obras. No observan como es debido el sagrado día de reposo del Señor. Cada semana roban a Dios usurpando los extremos de su santo tiempo; y dedican a las cosas mundanales las horas que debieran dedicar a la oración y la meditación.
Dios nos ha dado sus mandamientos, no sólo para que creamos en ellos, sino para que los acatemos. Cuando el gran Jehová echó los cimientos de la tierra y adornó el mundo entero con su manto de belleza y lo llenó de cosas útiles al hombre; cuando hubo creado todas las maravillas de la tierra y del mar, instituyó el sábado y lo santificó. Dios bendijo y santificó el séptimo día porque había descansado en él de toda su maravillosa obra de la creación. El sábado fue hecho para el hombre, y Dios quiere que en ese día dejemos de lado nuestro trabajo, así como él descansó después de trabajar seis días en la creación.
Cuando a los que reverencian los mandamientos de Jehová se les haya dado la luz con referencia al cuarto precepto del Decálogo, lo obedecerán sin cuestionar la posibilidad o conveniencia de una obediencia tal. Dios hizo al hombre a su imagen, y luego le dio ejemplo al observar el séptimo día que había santificado. Ordenó que en aquel día el hombre lo adorara y no se entregase a ninguna ocupación mundana. Nadie que desprecie el cuarto mandamiento después de haber recibido luz acerca de las exigencias del sábado puede ser tenido por inocente a la vista de Dios.
Hermano K, usted reconoce los requerimientos divinos con respecto a la observancia del sábado, pero sus obras no están en armonía con lo que declara ser su fe. En la medida en que infringe la ley de Dios, arroja el peso de su influencia en favor del bando incrédulo. Cuando sus preocupaciones temporales parecen requerir atención, usted viola el cuarto mandamiento sin escrúpulos. Hace de la observancia de la ley de Dios asunto de conveniencia, (245) obedeciendo o desobedeciendo según lo exijan sus negocios o su inclinación. Esto no es honrar el sábado como institución sagrada. Usted contrista al Espíritu de Dios y deshonra a su Redentor al seguir esta conducta temeraria.

El Señor no acepta una observancia parcial de la ley del sábado, porque ejerce peor efecto sobre la mente de los pecadores que si no profesara observar el sábado. Ellos perciben que su vida contradice su creencia y pierden la fe en el cristianismo. El Señor quiere decir precisamente lo que expresa, y el hombre no puede poner impunemente a un lado sus mandamientos. El ejemplo de Adán y Eva en el huerto nos amonesta suficientemente contra cualquier desobediencia a la ley divina. El pecado que cometieron nuestros primeros padres al escuchar las engañosas tentaciones del enemigo atrajo la culpa y el pesar sobre el mundo y obligó al Hijo de Dios a abandonar las cortes reales del cielo y ocupar un humilde lugar en la tierra. Se sometió a los insultos, al rechazo y a la crucifixión por parte de aquellos mismos a quienes venía a bendecir. ¡Qué costo infinito acompañó a aquella desobediencia en el huerto de Edén! La Majestad del cielo fue sacrificada para salvar al hombre de la condena de su crimen.

Dios no pasará por alto ninguna transgresión de su ley, ni la considerará con más ligereza ahora que en el día en que pronunció el juicio contra Adán. El Salvador del mundo alza su voz y protesta contra aquellos que consideran los mandamientos divinos indiferentemente y con negligencia. Dice: "Cualquiera que infringiere uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñare a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos: mas cualquiera que hiciere y enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos" (Mat. 5:19). La enseñanza de nuestra vida se hace sentir completamente en favor de la verdad o contra ella. Si nuestras obras parecen justificar al transgresor en su pecado, si nuestra influencia resta importancia a la violación de los mandamientos de Dios, entonces no sólo somos culpables de nuestros propios actos, sino que hasta cierto punto somos responsables de los consiguientes errores ajenos.

En el mismo principio del cuarto precepto, Dios dijo: 'Acuérdate" (Éxo. 20:8), sabiendo que el hombre, dada la multitud de sus (246) preocupaciones y dudas, se vería tentado a excusarse de satisfacer plenamente los requisitos de la ley, o, en el apremio de los negocios mundanos, se olvidaría de su importancia y santidad. "Seis días trabajarás, y harás toda tu obra" (Éxo. 20:9); es decir, los quehaceres usuales de la vida, que persiguen las ganancias mundanas o el placer. Estas palabras son muy explícitas; no puede haber error. Hermano K, ¿cómo se atreve a transgredir un mandamiento tan solemne e importante? ¿Ha hecho el Señor una excepción por la cual se lo exime de la ley que él dio al mundo? ¿Son sus transgresiones omitidas en libro de registro? ¿Ha convenido él en excusar su desobediencia cuando las naciones se presenten delante de él para el juicio? No se engañe ni por un momento con el pensamiento de que su pecado no traerá su merecido castigo. Sus transgresiones serán castigadas con la vara, porque usted tuvo la luz, y anduvo sin embargo en sentido completamente contrario a ella. "Porque el siervo que entendió la voluntad de su señor, y no se apercibió, ni hizo conforme a su voluntad, será azotado mucho" (Luc. 12:47).

Dios dio al hombre seis días para que realizara su trabajo y llevara a cabo los quehaceres comunes de la vida; pero le pide un día que él puso aparte y santificó. Lo da al hombre como día en el cual pueda descansar de su trabajo y dedicarse al culto y al mejoramiento de su condición espiritual. ¡Qué flagrante ultraje es de parte del hombre robar el día santificado de Jehová y apropiárselo para sus propios propósitos egoístas!

Para el hombre mortal la más grosera presunción es aventurarse a hacer una especie de componenda con el Todopoderoso a fin de asegurar sus propios y mezquinos intereses temporales. Emplear ocasionalmente el sábado para los negocios seculares es una violación tan evidente de la ley como rechazarla enteramente; porque es hacer de los mandamientos del Señor un asunto de conveniencia. "Yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso" (Éxo. 20:5), resuena con voz de trueno desde el Sinaí. Aquel que declara que las debilidades de los padres serán castigadas en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que le aborrecen, y que manifestará misericordia en millares de generaciones a aquellos que le aman y guardan sus mandamientos no aceptará ninguna obediencia parcial, ni ningún interés dividido. No es asunto sin (247) importancia robar a un vecino, y grande es el estigma impuesto

al culpable de semejante acto; sin embargo, el que nunca defraudaría a sus semejantes, roba sin vergüenza alguna a su Padre celestial el tiempo que ha bendecido y apartado con un propósito especial.
Estimado hermano, sus obras difieren de la fe que profesa, y su único argumento es la miserable excusa de la conveniencia. En tiempos pasados, los siervos de Dios fueron llamados a dar su vida para vindicar su fe. La conducta que lleva no armoniza con la de los mártires cristianos, que sufrieron hambre y sed, tortura y muerte, antes que renunciar a su religión o a los principios de la verdad.
Escrito está: "¿Qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?" (Sant. 2:14). Cada vez que dedica sus manos a trabajar en sábado niega virtualmente su fe. Las Sagradas Escrituras nos enseñan que la fe sin obras es muerta, y que el testimonio de la propia vida proclama al mundo si se es fiel o no a la fe que se profesa. Su conducta rebaja la ley de Dios en la estima de sus amigos mundanos. Con ella les dice: "Podéis obedecer los mandamientos o no obedecerlos. Yo creo que la ley de Dios es, en cierto modo, obligatoria para los hombres; pero al fin y al cabo, el Señor no es tan escrupuloso como para exigir una observancia estricta de sus preceptos, y una transgresión ocasional no es castigada con severidad de su parte".
Muchos, al excusarse por violar el sábado, se refieren a su ejemplo. Arguyen que si un hombre tan bueno, que cree que el séptimo día es el día de reposo, puede dedicarse a empleos mundanos en ese día cuando las circunstancias parecen requerirlo, seguramente ellos pueden hacer lo mismo sin ser condenados. Muchas almas lo enfrentarán en el día del juicio, y presentarán su influencia como argumento para explicar su desobediencia a la ley de Dios. Aunque esto no los disculpará de su pecado, será un terrible cargo en su contra.
Dios ha hablado, y quiere que el hombre obedezca. No pregunta si le es conveniente hacerlo. El Señor de la vida y la gloria no tuvo en cuenta su conveniencia o placer cuando dejó su puesto y elevada jerarquía para venir a ser varón de dolores y experimentado en quebranto, para aceptar la ignominia y la muerte a fin de (248) librar al hombre de las consecuencias de su desobediencia. Jesús murió, no para salvar al hombre en sus pecados, sino de sus pecados. El hombre ha de abandonar el error de sus caminos, seguir el ejemplo de Cristo, tomar su cruz y seguirlo, negándose a sí mismo y obedeciendo a Dios a toda costa.
Jesús dijo: "Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se llegará al uno y menospreciará al otro: no podéis servir a Dios y a Mamón" (Mat. 6:24). Si somos verdaderos siervos de Dios, no habrá en nuestra mente duda alguna al respecto de si obedeceremos sus mandamientos o haremos que prevalezcan nuestros propios intereses temporales. Si los que creen en la verdad no son sostenidos por su fe en estos días comparativamente apacibles, ¿qué los sostendrá cuando venga la gran prueba y sea promulgado el decreto contra aquellos que no quieran adorar la imagen de la bestia ni recibir su marca en la frente o en la mano? Ese tiempo solemne no está lejos. En vez de volverse débiles e irresolutos, los hijos de Dios deben cobrar fuerzas y valor para el tiempo de la tribulación.
Jesús, nuestro gran Ejemplo, enseñó mediante su vida y su muerte la más estricta obediencia. El justo murió por los injustos, el inocente por los culpables, a fin de que se preservara el honor de la ley de Dios sin que el hombre pereciese para siempre. El pecado es la transgresión de la ley. Si el pecado de Adán produjo tan indecible sufrimiento y requirió el sacrificio del amado Hijo de Dios, ¿cuál será el castigo de los que, viendo la luz de la verdad, anulan el cuarto mandamiento del Señor?
Las circunstancias no justificarán que nadie trabaje el sábado por amor a la ganancia mundana. Si Dios excusa a un hombre, puede excusarlos a todos. ¿Por qué no habría de trabajar en sábado para ganarse la vida el hermano L, que es pobre, cuando al hacerlo podría sostener mejor su familia? ¿Por qué no podrían los otros hermanos, o todos nosotros, guardar el sábado únicamente cuando fuese conveniente hacerlo? La voz de Sinaí responde: "Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día será reposo para Jehová tu Dios" (Éxo. 20:9-10).

Las malas acciones perpetradas por los que creen en la verdad causan gran debilidad a la iglesia. Son piedras de tropiezo en el (249) camino de los pecadores y les impiden venir a la luz. Hermano, Dios lo llama a ponerse completamente de su lado y a dejar que sus obras muestren que usted respeta sus preceptos y tiene por inviolable el sábado. Lo invita a despertar, a reconocer su deber y a ser fiel a las responsabilidades que le incumben. Le dirige estas solemnes palabras: "Si retrajeres del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y al sábado llamares delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no haciendo tus caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus palabras; entonces te deleitarás en Jehová; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre: porque la boca de Jehová lo ha hablado" (Isa. 58:13-14).

Como muchos de nuestros hermanos, usted se mezcla con los transgresores de la ley de Dios, mira los asuntos desde su punto de vista y cae en sus errores. Dios visitará con sus juicios a aquellos que profesan servirle y en realidad sirven a Mamón. Los que desprecian la orden expresa del Señor para obtener ventajas personales están acumulando desgracias futuras sobre sí mismos. La iglesia de debe preguntarse detenidamente si no ha hecho del templo de Dios, como los judíos, un lugar de comercio. Cristo dijo: "Mi casa, casa de oración será llamada, mas vosotros cueva de ladrones la habéis hecho" (Mat. 21:13).

¿Acaso muchos de los nuestros no caen en el pecado de sacrificar su religión a la ganancia mundana, conservando una forma de piedad y, sin embargo, dedicando toda su mente a las ocupaciones temporales? Es preciso considerar la ley de Dios por encima de todo y obedecerla en el espíritu y en la letra. Si se considera livianamente la Palabra de Dios, pronunciada con pavorosa solemnidad desde el santo monte, ¿cómo se recibirán los testimonios de su Espíritu? Las mentes que están tan entenebrecidas que no reconocen la autoridad de los mandamientos del Señor, dados directamente al hombre, pueden recibir poco beneficio del débil instrumento elegido por él para instruir a su pueblo.

Hermano, su edad no lo dispensa de obedecer los mandatos divinos. Abrahán fue probado estrictamente en su vejez. Al afligido anciano le parecían terribles é inoportunas las palabras del Señor; pero no puso en duda su justicia ni vaciló en su obediencia. Podría (250) haber alegado que era anciano y débil, y no podía sacrificar al hijo que era el gozo de su vida. Podría haber recordado al Señor que esta orden contrariaba las promesas que le había hecho respecto de su hijo. Pero Abrahán obedeció sin una queja ni un reproche. Su confianza en Dios fue absoluta.

La fe de Abrahán debe ser nuestro ejemplo; sin embargo, cuán pocos soportarán pacientemente una simple reprensión por los pecados que hacen peligrar su bienestar eterno. Cuán pocos reciben la corrección con humildad y sacan un beneficio de ella. La exigencia de Dios respecto de nuestra fe, nuestros servicios y nuestros afectos debe recibir una respuesta alegre. Tenemos una deuda infinita para con el Señor y debemos cumplir sin vacilación el menor de sus requerimientos. Para violar los mandamientos, no es necesario que pisoteemos todo el código moral. Si despreciamos un precepto, somos transgresores de la ley sagrada. Pero si queremos ser fieles observadores de los mandamientos, debemos observar estrictamente todo lo que Dios nos ha impuesto.

Dios permitió que su propio Hijo sufriese la muerte en cumplimiento de la condena por la transgresión de la ley; por tanto, ¿cómo tratará a aquellos que, frente a toda esta evidencia, se aventuran en la senda de la desobediencia después de haber recibido la luz de la verdad? El hombre no tiene derecho a presentar su conveniencia o sus necesidades en este asunto. Dios proveerá; el que alimentó a Elías a orillas del arroyo, haciendo de un cuervo su mensajero, no dejará a sus fieles sufrir por falta de alimento.

El Salvador preguntó a sus discípulos, apremiados por la pobreza, por qué se acongojaban por lo que debían comer y cómo habían de vestirse. Les dijo: "Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en alfolíes; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas?" (Mat. 6:26). Les señaló las hermosas flores, formadas y matizadas por la mano divina, diciendo: "Y por el vestido, ¿por qué os congojáis? Reparad los lirios del campo, cómo crecen; no

trabajan ni hilan; mas os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria fue vestido así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana es echada en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?" (Mat. 6:26, 28-30). (251)

¿Dónde está la fe del pueblo de Dios? ¿Por qué sienten sus miembros tanta duda y desconfianza respecto de Aquel que provee para sus necesidades y los sostiene por su fuerza? El Señor probará la fe de su pueblo; mandará reprensiones, que serán seguidas por aflicciones si no se escuchan estas advertencias. Quebrantará el fatal letargo del pecado a cualquier precio en aquellos que se han apartado de su fidelidad a él, y los despertará para que comprendan cuál es su deber.

Hermano, su alma debe ser vivificada y ampliada su fe. Ha justificado durante tanto tiempo su desobediencia por un motivo u otro, que su conciencia, arrullada en el descanso, ha cesado de recordarle sus errores. Ha seguido durante tanto tiempo su propia conveniencia respecto de la observancia del sábado, que su mente, encallecida, ya no es susceptible de ser impresionada respecto de su conducta desobediente; es más, por haberse puesto usted mismo en esa condición, es el máximo responsable. Empiece en seguida a obedecer los mandamientos divinos y a confiar en Dios. No provoque su ira, no sea que le visite con terrible castigo. Vuelva a él antes que sea demasiado tarde, y halle perdón para su desobediencia. Él es rico y abundante en misericordia; le dará su paz y aprobación si se allega a él con humilde fe. (252)

SOBERBIA EN LA IGLESIA Y EN LA FAMILIA.-

Apreciado hermano M: Se me mostró en visión que tiene algunos defectos de carácter que deben ser corregidos. Sus sentimientos hacia su esposa, así como el modo que tiene de verla, no son correctos. No la valora correctamente. No le ha dicho las palabras de afecto y amor que ella merece. Su hombría no se verá menoscabada si la elogia por el cuidado que dedica a la familia y las cargas que éste conlleva.

Usted es orgulloso y exigente. Se fija en pequeñeces y habla de los errores insignificantes de su esposa y sus hijos. En pocas palabras: ansía medir sus conciencias según el rasero de la suya propia; trata de ser su conciencia. Su esposa tiene su propia identidad y nunca se fundirá con la de usted; tiene una individualidad que debe conservar porque ella es responsable de sus propios actos ante Dios. Hermano M, no puede hacerse responsable ante Dios por el carácter que desarrolle su esposa. Sólo ella cargará con esa responsabilidad. Dios quiere tanto influir en la conciencia de su esposa temerosa de Dios como en la de usted respecto de su esposa.

Exige demasiado a su esposa e hijos. Los censura en exceso. Bastaría con que mostrara un carácter alegre y feliz, que les hablase con amabilidad y ternura, para que la luz entrara a su morada y arrojara fuera las nubes de tristeza e infelicidad. Tiene una idea demasiado elevada de sus opiniones; ha adoptado posiciones extremas y no ha permitido que el juicio de su esposa tenga el peso que debería tener en su familia. Ni siquiera la ha respetado ni tampoco ha educado a sus hijos para que respeten sus juicios. No le ha permitido ser su igual y, en lugar de eso, ha tomado en sus manos las riendas del gobierno y el control, y se ha aferrado a ellas. Su disposición no es afectuosa ni compasiva. Esos son los rasgos del carácter que es preciso que cambie si su deseo es vencer y convertirse en una bendición de Dios para su familia.

Sus opiniones son muy rígidas y esto es una dificultad para su familia. Es preciso que la gracia de Dios ablande su corazón. El mismo amor que caracterizó las obras de Cristo debe morar en su corazón. El amor proviene de Dios. Es una planta de crecimiento celestial y no puede vivir y florecer en el corazón natural. Donde (253) existe el amor hay verdad, vida y poder. Pero no puede vivir sin acciones; siempre que se ejercita aumenta y se expande. No se fija en los pequeños errores ni se apresura a reprochar las pequeñas equivocaciones. Tomará el control cuando la discusión y las palabras se muestren vanas e inútiles. El mejor método para reformar el carácter y regular la conducta de su familia es el principio del amor. Le dará fuerza y obrará lo que ni el dinero ni las potencias son capaces de obrar.

Hermano, las palabras ásperas y crueles hieren y cortan. Le resulta muy fácil censurar y reprochar, pero así sólo conseguirá infelicidad. Si esas mismas palabras se las dijeran a usted, rápidamente se indignaría. Ha pensado que ser amable, tierno y compasivo es una debilidad, que hablar a su esposa con amabilidad, ternura y cortesía menoscaba su dignidad. Su idea de la masculinidad y la dignidad está equivocada. La inclinación a abstenerse de obrar con amabilidad es una debilidad manifiesta de su carácter. Lo que piensa que es una debilidad, Dios lo considera como la verdadera cortesía cristiana que debe ser ejercida por todos los cristianos; porque ese fue el espíritu que Cristo manifestó.

Su inclinación a la soberbia es muy fuerte y su opinión sobre sí mismo es mucho más elevada de lo que debiera ser. Con frecuencia adopta puntos de vista sobre las Escrituras que son extremadamente extravagantes y especulativos y se aferra a ellos con el mismo celo que los judíos se aferraban a sus tradiciones. Al no poseer un espíritu que se deje educar, está en constante peligro de crear problemas en la iglesia, a menos que ponga manos a la obra y corrija esos errores con la fuerza del poderoso Conquistador. Su caso es inquietante porque piensa que sabe más de esas cosas que sus hermanos y es muy difícil acercarse a usted. Tiene un espíritu farisaico de autojustificación que parece decir: %o se acerque, permanezca alejado; soy más santo que usted".

No ha visto la corrupción de su propio corazón y no ha advertido que casi ha hecho de su vida un fracaso. Sus opiniones no pueden ni deben regir la iglesia de Dios. es preciso que cultive todas las gracias cristianas, en especial la caridad, que es sufrida, es benigna, que no tiene envidia, que no es jactanciosa ni se envanece, "no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, (254) no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo soporta" (1 Cor. 13:57). "Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas, vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos" (Col. 3:12-15).

Por poco que alguno se desvíe de lo que usted piensa que debe ser lo correcto, no duda en reprochárselo y querer corregir la desviación con rudeza. Por un lado, sus maneras son arrogantes y dictatoriales, pronto a observar las faltas de su hermano; por otro, en cambio, no busca cuidadosamente en su propio corazón para encontrar las iniquidades que existen en su vida. Su indulgencia con sus apetitos y pasiones muestra su gran debilidad moral. La esclavitud del apetito por el tabaco ha tomado tal control sobre usted que aunque, una y otra vez, se determinara a vencer el hábito, no lo conseguiría. Ese mal hábito ha pervertido sus sentidos. Hermano, ¿dónde está la negación de sí mismo? ¿Dónde está la fuerza moral para vencer? Cristo venció por usted el poder del apetito en el desierto de las tentaciones, haciendo posible que Usted venza. Ahora debe presentar batalla. En nombre del Conquistador tiene la oportunidad de negar su apetito y obtener una victoria. Exige mucho a los demás; ¿qué está dispuesto a hacer para obtenerla victoria sobre una concupiscencia que repugna, destruye la salud y contamina el alma? Debe presentar batalla. Nadie puede combatir por usted. Los demás pueden orar, pero la tarea es completamente suya.

El Señor le pide que abandone sus flirteos con el tentador y se purifique de toda inmundicia de la carne y el espíritu, perfeccionando la santidad de su temor de Dios. Apresúrese a eliminar los defectos de su carácter. Usted está en el taller de Dios. Si se somete al proceso de cortado, cuadrado y cepillado, para que los bordes ásperos sean eliminados y las superficies rugosas y los nudos sean desbastados y pulidos con la garlopa de Dios, su gracia le dará la forma adecuada para el edificio celestial. Pero si se aferra al yo y (255) no está dispuesto a pasar por las pruebas del proceso de refinado, no habrá lugar para usted en esa estructura que se formará sin que se oiga el sonido de un solo martillo o una sola hacha. Si no transforma su naturaleza, si no se refina y se eleva mediante la verdad santificadora para los últimos días, no será digno de tener un lugar entre los puros y santos ángeles.

¿Podrá darse el lujo de aferrarse a sus hábitos descarriados y, al fin, ser hallado entre los incrédulos sin santificar? ¿Se ve capaz de correr algún riesgo en este asunto? Hay demasiado en juego para que se aventure a proseguir con la conducta indulgente que ha seguido hasta ahora. No ha dudado en hablar de la verdad a los incrédulos, presentándola de forma agresiva y objetable, y esto ha causado muy mala influencia en sus mentes. Cuando los abogados de la verdad no son congruentes, Satanás se vale especialmente de ellos para provocar repulsa en aquellos que, de haber tenido una influencia adecuada, habrían recibido una impresión favorable. Suavice sus maneras; de modo que, cuando defienda la verdad, sea con espíritu manso.

"Estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia" (1 Pedro 3:5). La reverencia que aquí se menciona no es veneración o postración, sino comedimiento y cuidado extremo en exponer cada punto, para que no lleguemos a pronunciar una palabra necia o seamos víctimas de sentimientos enconados y, por ello, las mentes de nuestros oyentes perciban una mala impresión y se inclinen hacia la dirección equivocada. Todos tenemos gran necesidad de piadosa reverencia, humildad y mansedumbre para presentar correctamente la verdad de Dios.

Uno de los mayores peligros que corre es el espíritu de orgullo y confianza en sí mismo. La mayor infelicidad que sufren usted y su familia es el resultado inmediato del gobierno del orgullo. Un hombre con un orgullo tan exacerbado es de muy poca utilidad. Su soberbia y su amor por él mismo lo retienen en una esfera reducida. Su espíritu no es generoso. Sus esfuerzos no son amplios, sino restringidos. Si existe, ese orgullo se manifestará en su conversación y su comportamiento.

Apreciado hermano, la influencia que formó su carácter le dio un espíritu arrogante y dominador que se manifiesta en el trato (256) con su familia, sus vecinos y todos aquellos con quienes se relaciona. Para vencer esos malos hábitos vigile en oración sincera porque le queda poco tiempo. No piense que basta sólo con sus propias fuerzas. Sólo en el nombre del poderoso Conquistador podrá ganar la victoria. En conversación con otros, ande en la misericordia, la bondad y el amor de Dios en lugar de permanecer en su estricto juicio y justicia. Aférrese a sus promesas. Con sus propias fuerzas, será incapaz de hacer nada; pero con la fuerza de Jesús, podrá hacerlo todo. Si usted está en Cristo y, Cristo está en usted, será transformado, renovado y santificado. "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho" (Juan 15:7). Asegúrese de que Cristo está en usted, de que su corazón se ha quebrantado y es sumiso y humilde. Dios sólo aceptará al humilde y contrito. El cielo bien vale el esfuerzo perseverante de toda una vida. Dios lo ayudará en todos sus esfuerzos sólo si confía en él. Es preciso llevara cabo una obra en su familia y Dios lo ayudará a llevarla a cabo si actúa correctamente. Le encarezco que ponga en orden su corazón y, pacientemente, trabaje por la salvación de su familia, para que los ángeles de Dios puedan entrar en su hogar y permanecer con ustedes. (257)

UN LLAMAMIENTO A LOS MINISTROS.-

El tiempo en que vivimos es de máxima solemnidad. Todos nosotros tenemos una tarea que requiere diligencia; en especial los pastores, que deben cuidar y alimentar el rebaño de Dios. Aquel que tiene la tarea especial de dirigir al pueblo hacia la senda de la verdad debería ser un intérprete capacitado de la palabra, capaz de adaptar sus enseñanzas a las necesidades del pueblo. Ha de estar tan estrechamente vinculado con el cielo que se convirtiera en un canal vivo de luz, en la boca de Dios.

Un pastor comprenderá correctamente tanto la palabra como el carácter humano. Nuestra fe es impopular. Las personas no están dispuestas a dejarse convencer de que están tan profundamente erradas. Es preciso llevara cabo una gran obra y, ahora, hay muy pocos para hacerla. Un hombre lleva a cabo el trabajo que correspondería a dos; la labor del evangelista debe combinarse con la del pastor o de lo contrario sería una doble carga para el obrero de campo.

El ministro de Cristo debe ser un estudioso de la Biblia para que su mente pueda acumular las pruebas de la Biblia; éste sólo será fuerte cuando se fortifique con la verdad de las Escrituras. La argumentación

es buena en la justa medida, pero muchos pueden ser alcanzados con sencillas explicaciones de la palabra de Dios. Cristo ilustraba sus lecciones con tanta claridad que las mentes más sencillas podían entenderlas rápidamente. En sus discursos, Jesús no empleaba palabras largas y difíciles, sino que usaba un lenguaje sencillo y adaptado a las mentes del pueblo común. Cuando exponía un tema, jamás iba más allá del punto hasta el cual eran capaces de seguirlo.

Hay muchos hombres que tienen una buena mente y son inteligentes al respecto de las Escrituras, pero su utilidad se ve enormemente entorpecida porque tienen un método de trabajo defectuoso. Algunos ministros que se enrolaron en la obra de salvación de las almas no consiguen mejores resultados porque no completan su labor con el mismo interés con que la comenzaron. Otros no son aceptables porque se aferran tenazmente a nociones preconcebidas y las convierten en dominantes, por lo que no ajustan sus (258) enseñanzas a las necesidades reales del pueblo. Muchos no tienen idea de la necesidad de adaptarse a las circunstancias y acercarse a las personas en el lugar donde están. No se identifican con aquellos a quienes desean ayudar y elevar al verdadero modelo de cristianismo bíblico.

Para tener éxito realmente, es preciso que el ministro se consagre completamente a la tarea de salvar almas. Es imprescindible que esté estrechamente unido con Cristo, que busque continuamente su consejo y dependa de su ayuda. Algunos fracasan porque confían que bastará sólo con la argumentación y no suplican sinceramente a Dios su sabiduría, para que los dirija, y su gracia, para que santifique sus esfuerzos. Los largos discursos y las tediosas oraciones son decididamente perjudiciales para el interés religioso y no llevan convicción alguna a la conciencia de las personas. La propensión a proferir discursos, a menudo, difumina un interés religioso que habría podido dar grandes resultados.

El verdadero embajador de Cristo está en perfecta unión con Aquel a quien representa y su principal objetivo es la salvación de las almas. Las riquezas de la tierra menguan hasta la insignificancia cuando se comparan con el valor de una única alma por la cual murió nuestro Señor y Maestro. El que elevó los montes y las colinas otorga al alma humana un valor infinito.

En la obra del ministerio hay batallas por combatir y victorias por obtener. “No penséis que he venido a traer la paz a la tierra", dijo Cristo; "no he venido para traer paz, sino espada" (Mat. 10:34). Las tareas inaugurales de la iglesia cristiana fueron desempeñadas con penurias y amarguras; los sucesores de los primeros apóstoles descubrieron que se debían enfrentar a pruebas similares: privaciones, calumnias y todo tipo de oposición. Debieron ser hombres de coraje moral impenetrable y músculo espiritual.

La gran tiniebla moral domina y sólo el poder de la verdad es capaz de alejar las sombras de la mente. Estamos combatiendo los errores más gigantescos y los prejuicios más fuertes. Sin la especial ayuda de Dios nuestros esfuerzos no serán capaces ni de convertir las almas ni de elevar nuestras propias naturalezas morales. La pericia humana y las mejores capacidades, naturales o adquiridas, (259) son incapaces de estimular al alma para que discierna la enormidad del pecado y erradicarlo del corazón.

Los ministros deberían poner especial cuidado en no esperar demasiado de las personas que todavía andan a tientas en las tinieblas del error. Deben desempeñar bien su tarea, confiando en Dios para impartir a las almas interesadas la misteriosa y estimulante influencia de su Santo Espíritu, sabiendo que sin ella su labor será infructuosa. Deben ser pacientes y sabios en su trato con las mentes, recordando la multiplicidad de circunstancias que han desarrollado unos rasgos tan distintos en cada individuo. Deben guardarse estrictamente si no quieren que el yo tome la supremacía y Jesús quede fuera de la cuestión.

Algunos ministros fracasan porque no dedican todo su interés a la obra, porque mucho depende de que la labor sea persistente y bien dirigida. Muchos no son obreros; no prosiguen con su tarea fuera del púlpito. Descuidan el deber de ir de casa en casa y trabajar sabiamente en el círculo doméstico. Es preciso que cultiven esa rara cortesía cristiana que los haría amables y considerados con las almas que están a su cuidado, trabajando para ellas con verdadera sinceridad y fe, enseñándoles el modo en que deben vivir.

Los ministros pueden desempeñar un gran papel en el moldeado del carácter de aquellos con los que se relacionan. Si son ásperos, críticos y exigentes, con toda certeza descubrirán esos desdichados rasgos en las personas sobre las cuales ejercen mayor influencia. Aunque el resultado, quizá, no sea de la naturaleza que deseen, no es otra cosa que el efecto de su propio ejemplo.

No se puede esperar que las personas disfruten de la paz y la armonía a menos que sus maestros, cuyos pasos siguen hayan desarrollado ampliamente esos principios y los manifiesten en sus vidas. El ministro de Cristo tiene grandes responsabilidades que enfrentar si quiere ser un ejemplo para su pueblo y un correcto exponente de la doctrina de su Maestro. A la vez que su amor abnegado y amable benignidad ganaba sus corazones, la pureza y la dignidad moral del Salvador inspiraban reverencia a lo hombres. Era la personificación de la perfección. Si sus representantes quieren ver que los frutos de su labor son similares a los que coronaron el ministerio de Cristo deben esforzarse sinceramente para imitar (260) sus virtudes y cultivar aquellos rasgos de carácter que harán que se parezcan a él.

Se requiere mucha reflexión y sabiduría de Dios para que la labor por la salvación de los pecadores tenga éxito. Si el corazón del obrero está lleno de la gracia de Dios, sus enseñanzas no irritarán a sus oyentes, sino que impregnarán sus corazones y los abrirán para que reciban la verdad.

Los obreros de campo no se deben permitir el desaliento, sino que, sea cual fuere su entorno, deben ejercitar la fe y la esperanza. La labor del ministro no termina con la presentación de la verdad desde el púlpito. Allí sólo comienza. Debe estar familiarizado con sus oyentes. Muchos fallan estrepitosamente porque no se relacionan estrechamente con aquellos que más necesitan de su ayuda. Con la Biblia en la mano, y con cortesía, deberían conocer las objeciones que existen en las mentes de aquellos que empiezan a preguntarse: "¿Qué es la verdad?"

Deberían dirigirlos y educarlos como los alumnos de una escuela: con ternura y cuidado. Muchos deben desaprender teorías que han sido grabadas en sus vidas. A medida que se convencen de que se encontraban en el error respecto de los temas bíblicos caen en la perplejidad y la duda. Necesitan la más tierna compasión y la ayuda más juiciosa. Deben ser instruidos cuidadosamente, es preciso que se ore por ellos y con ellos, que se los vigile y se los guarde con la más amable solicitud. Los que han caído en la tentación y se han alejado de Dios necesitan ayuda. En las lecciones de Cristo los representa la oveja descarriada. El pastor dejó a las noventa y nueve en el desierto y regresó en busca de la oveja que se había perdido hasta que la encontró. Entonces regresó con gozo cargando con ella sobre sus hombros. También se les aplica la ilustración de la mujer que buscaba una moneda de plata extraviada hasta que la encontró y juntó a sus vecinos para regocijarse con ellos porque lo que había perdido había sido encontrado. Aquí se saca claramente a la luz la conexión de los ángeles del cielo con la obra cristiana. Hay más gozo en la presencia de los ángeles celestiales por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento. El Padre y Cristo se regocijan. Todo el cielo está interesado en la salvación del hombre. (261) Quien es un instrumento de salvación para un alma tiene toda la libertad para regocijarse; porque los ángeles de Dios han sido testigos de sus esfuerzos con el máximo interés y se gozan con él por su éxito.

¡Cuán cuidadosa debería ser, pues, la labor de los hombres por sus congéneres, y cuán grande la compasión! Ser colaborador de Jesucristo para la salvación de las almas es un gran privilegio, él con esfuerzos pacientes y abnegados quiso alcanzar al hombre en su condición caída y rescatarlo de las consecuencias del pecado. Por lo tanto, sus discípulos, los cuales son maestros de su palabra, deben esforzarse por imitar al gran Ejemplo.

Para proseguir con su grande y ardua labor, es preciso que los ministros de Cristo posean salud física. Para alcanzar ese fin deben tener hábitos regulares y adoptar un sistema de vida saludable. Muchos se quejan continuamente y sufren varias indisposiciones. Ello es casi siempre debido a que no trabajan sabiamente ni observan las leyes de la salud. Con frecuencia permanecen demasiado tiempo en casa, en habitaciones con calefacción y llenas de aire impuro. Allí se dedican a estudiar o escribir, apenas hacen

ejercicio físico y casi nunca varían de tarea. En consecuencia, la circulación de la sangre se hace lenta y la fuerza de la mente se debilita.

Todo el sistema necesita la influencia vigorizadora del ejercicio al aire libre. Unas pocas horas de trabajo manual al día facilitarán la renovación del vigor corporal y darán reposo y descanso a la mente. De este modo, se favorecerá la salud general. La lectura y la escritura incesantes incapacitan a muchos ministros para el trabajo pastoral. Consumen un tiempo valioso en el estudio abstracto en lugar de dedicarlo a ayudara los necesitados en el momento oportuno.

Algunos ministros se han dado a la escritura durante un período de decidido interés religioso y, frecuentemente, sus escritos han tenido poco o nada que ver con la obra que se estaba llevando a cabo. Es un error flagrante porque en tales ocasiones el deber del ministro es usar toda su fuerza en impulsar la causa de Dios. Su mente debe estar despejada y centrada en el único objetivo de la salvación de las almas. Si sus pensamientos están ocupados en otros asuntos, muchos que, con una instrucción oportuna, (262) podrían salvarse, se perderán. Muchos ministros se distraen con facilidad de sus tareas. Se desalientan o son atraídos a sus hogares y dejan que un interés creciente perezca víctima de la falta de atención. El daño que se hace a la causa de este modo es muy difícil de estimar. Cuando se empiece un esfuerzo por promulgarla verdad, el ministro al cual se le ha encargado debería sentirse responsable de llevarlo a buen fin. Si, aparentemente, su trabajo no obtiene resultados, en oración sincera, debe averiguar si son los adecuados. Deberá humillar su alma ante Dios, examinándose a sí mismo y aferrándose con fea las promesas divinas, continuando humildemente sus esfuerzos hasta que esté seguro de que ha cumplido fielmente sus deberes y hecho todo cuanto estaba en su mano para obtener el resultado deseado.

Frecuentemente, los ministros comentan que en un momento determinado pierden todo interés por la tarea que desempeñan para entrar en un nuevo campo. Esto es un error. Deben acabar la tarea que empezaron. Dejarla incompleta es más dañino que beneficioso porque arruinan el terreno para el siguiente obrero. Ningún campo es tan poco prometedor como el que ha sido cultivado suficientemente para dar a la mala hierba el más exuberante crecimiento.

Los nuevos campos necesitan mucha oración y trabajo sensato. Se necesitan hombres de Dios, no sólo hombres que sepan hablar, sino aquellos que tienen un conocimiento experimental del misterio de la piedad y son capaces de suplir las urgentes necesidades de las personas, aquellos que perciben solemnemente la importancia de su posición como siervos de Jesús y lleven con alegría la carga que él les ha mostrado.

Cuando la tentación los acecha para que se recluyan y la pasión por la lectura y la escritura requiere su inmediata atención en un momento en que debiera estar dedicada a otros deberes, deben ser suficientemente fuertes para negarse a sí mismos y dedicarse a la tarea que tienen delante. Esta es, sin duda alguna, la prueba más dura que una mente estudiosa debe soportar.

A menudo, los deberes de un pastor se descuidan vergonzantemente porque el ministro carece de la fuerza necesaria para sacrificar sus inclinaciones personales a la reclusión y el estudio. El (263) pastor debería visitar un hogar tras otro en su rebaño, enseñando, conversando y orando con cada familia, buscando el bienestar de las almas. Los que han manifestado su deseo por familiarizarse con los principios de nuestra fe no deben ser descuidados, sino que deben ser instruidos cuidadosamente en la verdad. El ministro de Dios celoso y vigilante no debe perder ninguna oportunidad de obrar el bien.

Algunos ministros que han sido invitados a las casas por el cabeza de familia han malgastado las pocas horas de su visita encerrándose en una habitación desocupada para dar rienda suelta a su gusto por la lectura y la escritura. La familia que los había acogido no obtuvo ningún provecho de la visita. Los ministros aceptaron la hospitalidad que se les ofrecía sin una contrapartida equivalente en la labor que tan necesaria era.

Las personas son alcanzables con facilidad a través de las avenidas del círculo social. Pero muchos ministros temen la obra de visitación; no han cultivado cualidades sociales, no han adquirido el espíritu

genial que se abre paso en los corazones de las personas. Es muy importante que un pastor se mezcle con su gente para que se familiarice con las distintas facetas de la naturaleza humana, entienda rápidamente el funcionamiento de la mente, adapte sus enseñanzas al intelecto de las personas y aprenda esa gran caridad que sólo poseen los que estudian detenidamente las necesidades y la naturaleza de los hombres.

Los que se recluyen y se ocultan de las personas no están en condición de ayudarlas. Un buen médico debe entender la naturaleza de varias enfermedades y tener un conocimiento minucioso de la estructura humana. Debe atender rápidamente a los pacientes. Sabe que las demoras son peligrosas. Cuando deposita su mano experta sobre el pulso del sufriente y nota la peculiar indicación de la enfermedad, su conocimiento previo lo capacita para determinar su naturaleza y el tratamiento necesario para detener su progreso. Como el médico, que trata las enfermedades físicas, el pastor debe tratar las almas enfermas de pecado. Su tarea es mucho más importante que la de aquél, en tanto que la vida eterna es mucho más valiosa que la existencia temporal. El pastor debe afrontar una variedad infinita de temperamentos; su deberes (264) familiarizarse con los miembros de las familias que escuchan sus enseñanzas para determinar cuáles serán los medios que mejor influirán para que tomen la dirección correcta.

Ante tan grande responsabilidad surge la pregunta: "¿Quién es capaz?" El corazón del obrero casi desfallece al considerar los variados y arduos deberes que se le delegan. Sin embargo, las palabras de Cristo fortalecen el alma con la promesa consoladora: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mat. 28:20). Las dificultades y los peligros que amenazan la seguridad de aquellos a quienes ama deberían hacerlo prudente y circunspecto en su trato con ellos, y debería guardarlos como quien debiese dar cuenta de ellos. Debería emplear juiciosamente su influencia para ganar almas para Cristo y grabar la verdad en las mentes interesadas. Debería cuidar que el mundo, con sus atracciones engañosas, no los aparte de Dios y endurezca sus corazones contra la influencia de la gracia.

El ministro no debe gobernar de forma imperativa sobre el rebaño que se le ha confiado para su cuidado, sino que debe ser un modelo a imitar y mostrarles el camino al cielo. Siguiendo el ejemplo de Cristo, debe interceder ante Dios por el pueblo que está a su cuidado hasta que ve que sus oraciones son respondidas. Jesús ejercitó la compasión divina y humana hacia el hombre. Es nuestro ejemplo en todas las cosas. Dios es nuestro Padre y Gobernador, el ministro cristiano es el representante de su Hijo en la tierra. Los principios que rigen en el cielo, deben regir también en la tierra, el mismo amor que anima a los ángeles, la misma pureza y santidad que reina en el cielo, en la medida de lo posible, debe ser reproducida en la tierra. Dios tiene al ministro por responsable del poder que ejerce, pero no justifica que sus siervos perviertan ese poder y lo transformen en despotismo sobre el rebaño que se les confía.

Dios ha dado a sus siervos un conocimiento precioso de su verdad y desea que se unan estrechamente a Jesús y, con compasión, se acerquen a sus hermanos para poder hacer con ellos todo el bien que esté en su poder. El Redentor del mundo no buscó su propio placer, sino que anduvo de aquí para allá haciendo el bien. Se vinculó estrechamente con el Padre para poder unir sus fuerzas (265) y así cargar con las almas de los hombres para salvarlos de la ruina eterna. De manera similar, sus siervos deberían cultivar la espiritualidad si esperan tener éxito en su labor.

Jesús se apiadó tanto de los pobres pecadores que abandonó los atrios celestiales y puso a un lado las vestiduras reales, humillándose a sí mismo hasta la humanidad, para poder familiarizarse con las necesidades del hombre y ayudarlo a levantarse sobre la degradación de la caída. Puesto que ha dado al hombre una evidencia tan incuestionable de su amor y su compasión más tierna, ¡cuán importante es que sus representantes imiten su ejemplo al acercarse a sus compañeros y ayudarlos a formar un verdadero carácter cristiano! Sin embargo, algunos se han apresurado mucho a enrolarse en pleitos de iglesia y han dado un testimonio áspero y despiadado a los que están errados. Al actuar así se han

rendido a una propensión natural que debiera haber sido firmemente dominada. Esta no es la tranquila justicia del administrador cristiano, sino la áspera crítica de un temperamento precipitado.

La iglesia necesita más educación que censura. En lugar de reprenderla con severidad por su falta de espiritualidad y negligencia en el deber, por precepto y ejemplo, el ministro debería enseñarle a crecer en gracia y en el conocimiento de la verdad. "De la cual fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, el ministerio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí" (Col. 1:25-29).

Los ministros que han alcanzado la edad de cuarenta o cincuenta años no deben creer que su labor es menos eficiente a esa edad que cuando eran más jóvenes. Los hombres entrados en años y experiencia son los que impulsan esfuerzos potentes y en la dirección correcta. Son especialmente necesarios en este tiempo. Las (266) iglesias no pueden iniciar su viaje sin ellos. Esos hombres no deben hablar de debilidad mental o física ni creer que los días de su utilidad ya pasaron.

Muchos de ellos han sufrido fuertes cargas mentales que no fueron aliviadas con el ejercicio físico. El resultado es el deterioro de sus fuerzas y una tendencia a eludir responsabilidades. Necesitan más trabajo activo. Esto no se limita sólo a aquellos cuya cabeza hay plateado el paso del tiempo, los hombres jóvenes han caído en ese mismo estado y se han debilitado mentalmente. Tienen una lista de discursos establecidos y si van más allá de sus límites pierden toda referencia.

El pastor a la antigua usanza, el que viajaba a lomos de su caballo y pasaba la mayor parte de su tiempo visitando a su rebaño, disfrutaba de mejor salud, a pesar de las dificultades y los peligros, que los actuales ministros, que evitan cualquier esfuerzo físico siempre que sea posible y se confinan en los libros.

Los ministros entrados en años y experiencia deben sentir el deber, como siervos empleados por Dios, de seguir avanzando, progresando cada día, siendo más eficientes cada día en su labor y descubriendo constantemente material fresco para presentarlo al pueblo. Cada esfuerzo para exponer el evangelio ha de ser una mejora sobre el precedente. Es necesario que año tras año desarrollen una piedad más profunda, un espíritu más tierno, una espiritualidad mayor y un conocimiento más minucioso de la verdad de la Biblia. Cuanto mayores fuesen su edad y experiencia, más habilidad tendrán de acercarse a los corazones del pueblo y tener un conocimiento más perfecto de ellos.

Se necesitan hombres para este tiempo que no tengan miedo de levantar su voz por la justicia, sin importar quién se oponga a ellos. Deberían ser de integridad fuerte y probado coraje. La iglesia los necesita, Dios trabajará con sus esfuerzos para apoyar todas las ramas del ministerio del evangelio.

NÚMERO 28: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-
EXPERIENCIAS Y TRABAJOS.-

La razón por la que en este tiempo envío otro Testimonio a mis queridos hermanos y hermanas es que el Señor se me ha manifestado y una vez más me ha revelado asuntos de máxima importancia para los que profesan guardar los mandamientos de Dios y esperan la venida del Hijo del hombre. Entre la visión que me fue dada el 3 de Junio de 1875 y la reciente manifestación del amor y el poder de Dios han trascurrido más de tres años. No obstante, antes de abordar los asuntos que se me revelaron daré un breve apunte de mi experiencia durante los últimos dos años.

El 11 de Mayo de 1877 salimos de Oakland California, y fuimos a Battle Creek, Michigan. Durante varios meses sufrí del corazón y padecí mucho a causa de dificultades en la respiración durante el viaje a través de las llanuras. Cuando llegamos a Michigan las dificultades no desaparecieron. Otras personas

habían ocupado nuestra casa en Battle Creek y, con los hijos en California, no teníamos parientes que pudieran ocuparse de nosotros. Sin embargo, unos amables amigos hicieron cuanto pudieron por mí; pero yo no me sentía bien porque me daban todos los cuidados que deberían haber dado a sus propias familias.

Mi esposo recibió un telegrama que reclamaba su presencia en Battle Creek para atender un importante asunto relacionado con la causa; más específicamente, supervisar los planos del gran edificio del sanatorio. Acudimos en respuesta a esta urgente llamada y nos dedicamos con sinceridad a predicar, escribir y reunirnos con las direcciones de la Review, el colegio y el sanatorio, casi siempre trabajando hasta bien entrada la noche. Mi esposo estaba abrumado, era consciente de la importancia de esas instituciones, en especial del edificio del sanatorio, en las cuales se habían invertido más de cincuenta mil dólares. Su ansiedad mental constante preparaba el (268) camino para una repentina caída. Ambos nos apercibimos del peligro que corríamos y decidimos viajar a Colorado para disfrutar de un retiro que nos permitiera descansar. Mientras planeábamos el viaje, pareció que una voz me decía: "Ponte la armadura. Tengo trabajo para ti en Battle Creek". La voz parecía tan clara que involuntariamente me di la vuelta para ver quién me hablaba. No vi a nadie y, al sentir la presencia de Dios, el corazón se me inundó de ternura ante él. Cuando mi esposo entró en la estancia, le referí lo sucedido. Lloramos y oramos juntos. Habíamos dispuesto la partida para pasados tres días, pero nuestros planes habían sido cambiados.

El 30 de Mayo, los pacientes y los trabajadores del sanatorio habían planeado pasar el día en una hermosa arboleda a orillas del lago Goguac, a dos millas de Battle Creek y se me pidió que asistiera y dirigiera unas palabras a los pacientes. De haber tenido en cuenta mis sentimientos, no habría acudido; pero pensé que quizá era parte de la labor que debía llevara cabo en Battle Creek. A la hora acostumbrada, se pusieron las mesas y se llenaron con alimentos higiénicos, compartidos con entusiasmo. A las tres de la tarde se dio inicio a los ejercicios después de haber orado y cantado. Gocé de gran libertad para hablara las personas. Todos escucharon con el máximo interés. Cuando terminé mi discurso, el juez Graham de Wisconsin, un paciente del sanatorio, se levantó y propuso que se imprimiera la conferencia y se distribuyera entre los pacientes y otras personas para su provecho moral y físico, para que las palabras pronunciadas en ese día nunca fuesen olvidadas o no recibiesen la atención merecida. La proposición fue aprobada por unanimidad de los presentes y la predicación se publicó en un pequeño folleto que se tituló: The Sanitarium Patients at Goguac Lake [Los pacientes del sanatorio en el Lago Goguac].

La clausura del curso académico del colegio de Battle Creek estaba cercana. Me sentía muy inquieta por los alumnos, muchos de los cuales no se habían convertido o se habían apartado de Dios. Deseaba hablarles y hacer un esfuerzo para su salvación antes de que se esparcieran de regreso a sus hogares. Sin embargo me sentía demasiado débil para trabajar por ellos. Después de la experiencia que he relatado, tenía todas las evidencias que podía (269) haber pedido para estar segura de que Dios me sostendría en la tarea de la salvación de los alumnos.

Se convocaron reuniones en la casa de adoración en beneficio de los alumnos. Durante una semana trabajé por ellos, dirigiendo reuniones cada tarde y el sábado y el primer día de la semana. Al ver que los alumnos del colegio llenaban casi por completo la casa de adoración, mi corazón fue tocado. Quise grabar en ellos que una vida de pureza y oración no sería un obstáculo para que obtuviesen un conocimiento preciso de las ciencias, sino que eh-minaría muchas trabas que obstaculizan su crecimiento en el conocimiento. Al unirse al Salvador entrarían en la escuela de Cristo y, si eran alumnos diligentes, el vicio y la inmoralidad serían expulsados de en medio de ellos. Finalmente, cuando eso sucediera, el conocimiento se acrecentaría. Todos los que son alumnos de la escuela de Cristo se destacan tanto en la calidad como en la extensión de su educación. Les presenté a Cristo como el gran Maestro, la fuente de toda sabiduría, el mayor educador que el mundo jamás haya conocido.

"El temor de Jehová es el principio de la sabiduría" (Prov. 9:10). Cuando conozca a Dios y sus exigencias el alumno abrirá su entendimiento y comprenderá sus responsabilidades para con Dios y para con el mundo. En ese momento entenderá que sus talentos deben desarrollarse de tal manera que produzcan los mejores resultados. Eso no será una realidad a menos que todos los principios y los preceptos de la religión impregnen su educación en la escuela. En ningún caso deberá separar a Dios de sus estudios. En su persecución del conocimiento busca la verdad y toda verdad viene de Dios, que es la fuente de la verdad. Los alumnos virtuosos e imbuidos del Espíritu de Cristo aprehenderán el conocimiento con todas sus facultades.

El colegio de Battle Creek fue fundado con el propósito de enseñar ciencias y, al mismo tiempo, llevara los alumnos al Salvador, origen de todo el conocimiento verdadero. La educación adquirida sin la religión de la Biblia está privada de resplandor y gloria. Quería grabar en las mentes de los alumnos el hecho de que, desde el punto de vista educacional, nuestra escuela debe adoptar una posición más elevada que otras instituciones de enseñanza, abriendo (270) ante los jóvenes visiones, metas y objetivos para la vida más nobles, educándolos para que tengan un correcto conocimiento de los deberes humanos y los intereses eternos. El gran objetivo de la fundación de nuestro colegio fue dar visiones correctas y mostrar la armonía de la ciencia con la religión de la Biblia.

El Señor me dio fuerzas y bendijo nuestros esfuerzos. Un gran número se adelantó para orar. Algunos de ellos, a causa de la negligencia y la falta de oración, habían perdido la fe y la evidencia de su vinculación con Dios. Muchos testificaron que al dar ese paso recibían la bendición de Dios. Como resultado de las reuniones un gran número se presentó para el bautismo.

Puesto que los actos de clausura del año académico de Battle Creek tendrían lugar en el lago Goguac, se decidió que el bautismo se administrara allí. La congregación que se había reunido mostró gran interés por los servicios que tuvieron lugar, los cuales fueron conducidos con la más alta solemnidad y se cerraron con la sagrada ordenación. Yo hablé al inicio y al final de los actos. Mi esposo llevó a catorce de lo preciosos jóvenes dentro del lago y los sepultó con el Señor en el bautismo. Varios de los que se presentaron como candidatos para el bautismo escogieron recibirlo en sus hogares. Así fueron los memorables servicios de clausura de ese curso académico de nuestra amada escuela.

REUNIONES DE TEMPERANCIA.-

Sin embargo, mi trabajo en Battle Creek todavía no había concluido. Inmediatamente, a nuestro regreso del lago, se me solicitó que tomara parte en una reunión pública de temperancia, un esfuerzo muy meritorio que estaba en marcha entre la clase más alta de ciudadanos de Battle Creek. Este movimiento incluía la Asociación de Reforma de Battle Creek, con seiscientos miembros, y la Unión Femenina de Temperancia Cristiana, con doscientos sesenta miembros. Dios, Cristo, el Espíritu Santo eran palabras corrientes en esos fervorosos obreros. Ya se había obrado mucho bien, y la actividad de los obreros, el método con que trabajaban y el espíritu de sus reuniones prometían un mayor beneficio en el futuro. (271)

Con motivo de la visita de la gran colección de fieras de Barnum, que tuvo lugar el 28 de Junio, las damas de la Unión Femenina de Temperancia Cristiana dieron un gran espaldarazo a la temperancia y la reforma organizando un inmenso restaurante de temperancia con el fin de acomodar a la multitud que había acudido desde muy diversos lugares para visitar la colección de fieras y, así, se evitaba que los visitantes entraran a los salones y las tabernas, donde habrían estado expuestos a la tentación. Para la ocasión se plantó la inmensa carpa con capacidad para cinco mil personas que había usado la Asociación de Michigan para las reuniones de campo. Bajo ese inmenso templo de lona se dispusieron quince o veinte mesas para acomodar a los huéspedes.

El sanatorio fue invitado a disponer una gran mesa en el centro del gran pabellón, magníficamente surtida de excelentes frutas, cereales y hortalizas. Esa mesa era la atracción principal y fue, de largo, la

más frecuentada. Aunque tenía más de diez metros de longitud, se llenó tanto de gente que fue preciso disponer otra de seis metros que, a su vez, también se llenó por completo.
Por invitación del Comité Organizador, el alcalde Austin, W. H. Skinner, cajero del First National Bank, y C. C. Peavey, la tarde del domingo 1 de julio hablé en la carpa sobre la temperancia cristiana. Esa tarde Dios me ayudó y, a pesar de que hablé durante noventa minutos, la multitud de cinco mil personas escuchó en el silencio más absoluto.

VISITA A INDIANA.-
Del 9 al 14 de Agosto asistí a la reunión de campo de Indiana en compañía de mi hija, Mary K. White. A mi esposo le resultó imposible abandonar Battle Creek. En esa reunión el Señor me fortaleció para que pudiera trabajar con mayor fervor. Me dio claridad y poder para llamar al pueblo. Al echar una mirada a los hombres y mujeres que se habían reunido, de apariencia noble y de gran influencia, y compararlos con el pequeño grupo reunido seis años antes, en su mayoría pobres e incultos, no pude menos que exclamar: "¡Qué gran obra la del Señor!"
El lunes padecí mucho a causa de mis pulmones porque me había visto afectada por un grave resfriado. Aun así, supliqué al (272) Señor que me diera fuerzas para hacer un esfuerzo más en pro de la salvación de las almas. Me levanté de la enfermedad y fui bendecida con gran libertad y poder. Urgí al pueblo para que entregara el corazón a Dios. Unas cincuenta personas se adelantaron para orar. Se manifestó un gran interés. Quince fueron sepultados con Cristo en el bautismo como resultado de la reunión.
Habíamos planeado asistir a las reuniones de campo de Ohio y de la costa este; pero nuestros amigos creyeron que, dado mi estado de salud, sería arriesgado y decidimos permanecer en Battle Creek. La garganta y los pulmones me afligieron mucho y aún padecía del corazón. Puesto que sufría la mayor parte del tiempo, ingresé como paciente del sanatorio.

EFECTOS DEL EXCESO DE TRABAJO.-
Mi esposo trabajó incesantemente para el avance de los intereses de la causa de Dios en varios departamentos de la obra centrada en Battle Creek. Sus amigos estaban atónitos ante la gran cantidad de trabajo que llevaba a cabo. La mañana del sábado 18 de agosto habló en la casa de adoración. Por la tarde, su mente se vio sometida a un esfuerzo crítico de cuatro horas consecutivas durante la lectura del manuscrito del tercer volumen del Spirit of Prophecy [Espíritu de Profecía]. La materia era de mucho interés y calculada para conmover el alma hasta sus mismos tuétanos; era una relación del juicio, la crucifixión, la resurrección y la ascensión de Cristo. Antes de que nos diéramos cuenta, ya se había fatigado. El domingo empezó a trabajar a las cinco de la madrugada y no se detuvo hasta la medianoche.
A la mañana siguiente, alrededor de las seis y media, sufrió un mareo y estuvo a punto de quedar paralítico. Esa terrible enfermedad nos asustó mucho, pero el Señor tuvo misericordia y nos libró de esa aflicción. Sin embargo, al ataque siguió una gran postración física y mental y, de hecho, parecía imposible que pudiésemos asistir a las reuniones de campo de la costa este o que yo asistiera sola, dejando a mi esposo deprimido y con la salud quebrantada.
Viendo postrado a mi esposo dije: "Es obra del enemigo. No debemos sucumbir a su poder. Dios nos ayudará". El viernes dedicamos (273) un tiempo especial de oración para que la bendición de Dios descendiera sobre él y restaurara su salud. También pedimos sabiduría para saber cuál era nuestro deber al respecto de asistir a las reuniones de campo. El Señor había fortalecido nuestra fe repetidas veces para que siguiéramos avanzando y trabajando por él aun cuando estuviésemos abatidos y enfermos. En esas ocasiones nos había mantenido y apoyado. Sin embargo, los amigos nos suplicaron que no viajáramos porque parecía carente de sentido e irrazonable que intentáramos un viaje de tal magnitud y nos expusiéramos a la fatiga y los peligros de la vida al aire libre. Nosotros mismos quisimos pensar

que la causa de Dios avanzaría aunque nosotros quedásemos a un lado y no tuviéramos parte activa en ella. Dios levantaría a otros que hicieran su obra.

No obstante, yo no tenía paz ni libertad al pensar en quedar alejada del campo de trabajo. Me parecía que Satanás se afanaba por poner obstáculos en mi camino e impedirme que diera mi testimonio e hiciera la tarea que Dios me había encomendado. Casi ya había decidido ir sola y hacer mi parte, confiando en que Dios me daría la fuerza necesaria, cuando recibimos una carta del hermano Haskell en la cual expresaba su agradecimiento a Dios porque el hermano y la hermana White asistieran a la reunión de campo de Nueva Inglaterra. El hermano Canright había escrito que no podría estar presente porque le era imposible abandonar los intereses de Danvers y que ninguno de sus acompañantes podría dejar la tienda. El hermano Haskell afirmaba en su carta que ya se habían hecho todos los preparativos para que tuviera lugar una gran reunión en Groveland y, con la ayuda de Dios, había decidido llevarla a cabo aun cuando tuviera que dirigirla él solo.

Una vez más, en oración, pusimos el asunto en manos del Señor. Sabíamos que el poderoso Sanador podría restaurar la salud de ambos, si tal era su gloria. El viaje parecía difícil; me sentía fatigada, enferma y abatida. Aun así, a veces sentía que, si confiábamos en él, Dios haría que el viaje fuese una bendición para mí y mi esposo. En mi mente surgía frecuentemente este pensamiento: "¿Dónde está tu fe? Dios prometió: 'Como tus días serán tus fuerzas' (Deut. 33:25)".

Intenté animar a mi esposo, quien pensaba que si me sentía capaz de soportar la fatiga y trabajar en la reunión de campo, sería (274) mejor para mí que fuera. Pero él no podría soportar la idea de acompañarme en su estado de debilidad, incapaz de trabajar, con la mente nublada por el desánimo y siendo objeto de la compasión de sus hermanos. Se había levantado poco desde el súbito ataque y parecía que no recuperaba las fuerzas. Una y otra vez buscamos al Señor con la esperanza de que se abriera una rendija en las nubes, pero no vinos ninguna luz. Mientras el carruaje nos esperaba para llevarnos a la estación del ferrocarril, una vez más, nos postramos en oración ante el Señor y le suplicamos que nos sostuviera durante el viaje. Mi esposo y yo decidimos andar por fe y confiar en las promesas de Dios. Tomar esa decisión requirió una gran fe por nuestra parte. Pero cuando nos sentamos en el vagón, sentimos que estábamos cumpliendo con nuestro deber. Descansamos durante el viaje y dormimos bien por la noche.

LAS REUNIONES CAMPESTRES.-

Cuando eran cerca de las ocho de la tarde del viernes llegamos a Boston. A la mañana siguiente tomaríamos el primer tren hacia Groveland. Cuando llegamos al campamento, literalmente, diluviaba. El hermano Haskell había trabajado incesantemente hasta ese momento y se esperaban unas reuniones magníficas. En el campamento había cuarenta y siete tiendas, además de tres grandes carpas, una de las cuales estaba destinada a la congregación y tenía unas dimensiones de veinticinco por treinta y ocho metros. Las reuniones del sábado eran del máximo interés. La iglesia revivía y se fortalecía y los pecadores y los que se habían apartado se hacían conscientes del peligro que corrían.

El domingo por la mañana el cielo todavía estaba nublado; pero antes de que llegara la hora para que las personas se reunieran, salió el sol. Los barcos y los trenes vertieron en el campamento su carga viviente de millares. El hermano [Urías] Smith habló por la mañana sobre la Cuestión Oriental.[1] El

[1] La Cuestión Oriental es el nombre que recibe la serie de dificultades diplomáticas y políticas, todas ellas relacionadas con el imperio otomano (turco), que durante los siglos XVIII-XX afectaron el sureste de Europa, en las cuales se vieron involucradas todas las potencias europeas. Se establece como su inicio la guerra turco-rusa de 1768-1774. La Cuestión Oriental perdió importancia definitivamente con la derrota de las potencias de la Triple Alianza (imperios alemán, austrohúngaro y otomano) al fin de la 1 Guerra Mundial en 1919, y tras la firma de los tratados de Sèvres (1920) y de Lausana (1923), que establecieron la definitiva partición del imperio otomano en varios países de nuevo cuño y algunos territorios que quedaron bajo el control de las potencias vencedoras, así como la refundación del estado turco residual en la república laica que hoy conocemos. En la fecha a la que se refiere este Testimonio la Cuestión Oriental era muy candente. N. del T.

tema era de especial (275) interés y la audiencia prestó una viva atención. Por la tarde me fue difícil abrirme paso para alcanzar el estrado entre la multitud de personas que se agolpaban. Cuando lo alcancé, ante mí se abría un mar de cabezas. La carpa estaba llena y miles se habían quedado fuera, formando un muro viviente de varios metros de grosor. Los pulmones y la garganta me afligían mucho, aunque creía que Dios me ayudaría en una ocasión tan importante como esa. Cuando empecé a hablar, me olvidé de mis dolores y fatiga porque me di cuenta de que me dirigía a unas personas que no consideraban que mis palabras fuesen historias ociosas. El discurso duró más de una hora sin que la atención decayera un instante. Cuando se hubo cantado el himno de clausura, los dirigentes del Club de Reforma y Temperancia de Haverhill me solicitaron, como también me solicitaron el año anterior, que hablara ante su Asociación el lunes por la tarde. Me vi obligada a declinar la invitación porque ya me había comprometido a hablar en Danvers.

El lunes por la mañana tuvimos una sesión de oración en la tienda para interceder por mi esposo. Presentamos su caso al gran Médico. Fue una sesión maravillosa y la paz del cielo descendió sobre nosotros. A mi mente acudieron estas palabras: "Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe" (1 Juan 5:4). Todos sentimos la bendición de Dios que descendía sobre nosotros. Luego nos reunimos en la gran tienda; mi esposo se nos unió y habló durante un corto espacio de tiempo, pronunciando preciosas palabras que provenían de su corazón, suavizado e iluminado por un profundo sentimiento de la misericordia y la bondad de Dios. Se esforzó por hacer que los creyentes de la verdad se dieran cuenta de que recibir la seguridad de la gracia de Dios en el corazón es un privilegio y que las grandes verdades que creemos deben santificar la vida, ennoblecer el carácter y ejercer una influencia salvífica en (276) el mundo. Los ojos llenos de lágrimas de los oyentes mostraban que sus consejos habían tocado e impregnado sus corazones.

Después retomamos el trabajo en el punto en que lo habíamos dejado el sábado y la mañana transcurrió dedicada al trabajo especial en favor de los pecadores y los que se habían apartado, de los cuales doscientos habían avanzado para orar; sus edades iban desde niños de diez años hasta hombres y mujeres de cabeza plateada. Más de una veintena ponían por primera vez los pies en la senda de la vida. Por la tarde se bautizaron treinta y ocho personas y un gran número demoraron el bautismo hasta su regreso a sus casas.

La tarde del lunes, en compañía del hermano Canright y otros, viajé a Danvers. Mi esposo no pudo acompañarme. Cuando desapareció la presión de la reunión de campo me di cuenta de que estaba enferma y apenas tenía fuerzas a pesar de que los coches nos llevaban rápidamente a mi cita en Danvers. Allí me recibirían personas completamente desconocidas cuyas mentes estaban sesgadas por falsos informes y perversas difamaciones. Pensé que si era capaz de recuperar la fuerza de mis pulmones y la claridad de la voz, si podía liberarme del dolor que me oprimía el pecho, estaría muy agradecida a Dios. Me guardé esos pensamientos y, llena de angustia, invoqué a Dios. Estaba demasiado fatigada para poner mis pensamientos en palabras que tuvieran sentido; pero sentía que necesitaba ayuda y la pedí de todo corazón. Pedí la fuerza física y mental que debía tener si esa noche tenía que hablar. Una y otra vez repetí mi oración silenciosa: "Pongo mi desvalida alma en ti, oh Dios, que eres mi Libertador. No me abandones en esta hora de necesidad".

A medida que transcurría el tiempo antes de la reunión, mi espíritu luchaba en una agonía de oración, pidiendo la fuerza y la energía de Dios. Mientras se cantaba el último himno, subí al estrado. Me mantuve en pie con gran esfuerzo, sabiendo que si con mi labor conseguía algún éxito, éste se debería a la fuerza del Todopoderoso. El Espíritu del Señor descendió sobre mí cuando comencé a hablar. Sentí como una descarga eléctrica en el corazón y todo el dolor desapareció al instante. Mis nervios también habían sufrido mucho para centrar la mente; ese sufrimiento también desapareció. Sentí cómo se aliviaban mi garganta irritada y mis pulmones (277) cargados. Había perdido casi por completo el gobierno del brazo izquierdo a causa del dolor de pecho, pero en ese momento las sensaciones

naturales se habían restaurado. Tenía la mente clara; mi alma estaba llena de luz y amor de Dios. Parecía que tenía a los ángeles del cielo formando un muro de fuego a mi alrededor.

La tienda estaba llena; alrededor de doscientas personas permanecían fuera de la lona porque no pudieron encontrar lugar en el interior. Hablé de las palabras de Cristo en respuesta al escriba, al respecto de cuál era el mayor mandamiento de la ley: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente" (Mat. 22:37). La bendición de Dios descendió sobre mí y el dolor y la debilidad desaparecieron. Ante mí estaban unas personas con las que nunca más me volvería a encontrar hasta el día del juicio; el deseo de su salvación me impulsó a hablar con sinceridad y temor de Dios, de modo que su sangre no recayera sobre mí. Mis esfuerzos alcanzaron gran libertad y se prolongaron durante una hora y diez minutos. Jesús me ayudó, para su nombre sea la gloria. El público estaba muy atento.

El martes regresamos a Groveland para clausurar la acampada porque ya se estaban desmontando las tiendas y los hermanos se despedían, prontos a subir a los coches para regresar a sus hogares. Fue una de las mejores reuniones de campo a las que jamás había asistido. Antes de abandonar el campamento, los hermanos Canright y Haskell, mi esposo, la hermana Ings y yo buscamos un lugar apartado y nos unimos en oración para pedir abundante bendición de salud y la gracia de Dios para mi esposo. Todos sentíamos la profunda necesidad de ayuda de mi esposo ya que de todas partes nos llegaban urgentes llamadas para predicar. Esa sesión de oración fue preciosa y la dulce paz y el gozo que invadieron nuestros corazones fue la confirmación de que Dios había escuchado nuestras peticiones. Por la tarde, el hermano Haskell nos llevó en su carruaje hasta su casa en South Lancaster para que reposáramos durante un tiempo. Preferimos esa forma de viajar porque creímos que sería beneficioso para nuestra salud.

Día tras día habíamos tenido conflictos con las potencias de las tinieblas pero no rendimos nuestra fe ni nos desalentamos en lo más mínimo. A causa de su enfermedad, mi esposo desmayaba y (278) las tentaciones de Satanás parecían alterar grandemente su mente. Sin embargo, no tuvimos ningún pensamiento de haber sido vencidos por el enemigo. No menos de tres veces al día presentábamos su caso al gran Médico que puede curar cuerpo y alma. Cada sesión de oración era preciosa; en todas las ocasiones teníamos manifestaciones especiales de la luz y el amor de Dios. Una tarde, en casa del hermano Haskell, mientras suplicábamos en favor de mi esposo, pareció que el Señor mismo estaba entre nosotros. Fue una sesión que nunca olvidaré. La estancia parecía iluminada con la presencia de los ángeles. Alabamos al Señor con todo nuestro corazón y nuestra voz. Una hermana que era ciega dijo: "¿Es una visión? ¿Es esto el cielo?" Nuestros corazones estaban en comunión tan estrecha con Dios que creímos que las horas nocturnas eran demasiado sagradas para dormir. Nos retiramos para descansar, pero pasamos casi toda la noche conversando y meditando sobre la bondad y el amor de Dios, y glorificándolo con regocijo.

Decidimos que emplearíamos un medio- de transporte privado durante una parte del viaje a la reunión de campo de Vermont. Pensábamos que sería beneficioso para la salud de mi esposo. A mediodía nos detuvimos en la cuneta, encendimos una hoguera, preparamos el almuerzo y tuvimos una sesión de oración. Nunca olvidaré esas preciosas horas transcurridas junto al hermano y la hermana .Haskell, la hermana Ings y la hermana Huntley. Nuestras oraciones ascendieron a Dios durante todo el viaje desde South Lancaster hasta Vermont. Al cabo de tres días, tomamos el ferrocarril y terminamos así nuestro viaje.

Esa reunión fue especialmente beneficiosa para la causa en Vermont. El Señor me dio fuerzas para hablara las personas al menos una vez al día. Cito la narración que el hermano Urías Smith hace de la reunión, publicada en la Review and Herald:

"Para gran regocijo de los presentes, el hermano y la hermana White y el hermano Haskell asistieron a la reunión. En el campamento se observó, el sábado 8 de septiembre, el día de ayuno establecido con especial referencia al estado de salud del hermano White. Hubo libertad en la oración y tuvimos buenas

muestras de que las oraciones no eran en vano. La bendición del Señor descendió sobre su pueblo en gran medida. La tarde del sábado, la (279) hermana White habló con mucha libertad y efecto. Alrededor de cien personas se adelantaron para orar, manifestando un profundo sentimiento y un sincero propósito de buscar al Señor".

De Vermont fuimos directamente a la reunión de campo de Nueva York. El Señor me dio gran libertad para hablar al pueblo. Sin embargo, algunos no estaban preparados para recibir los beneficios de la reunión. No se dieron cuenta de su condición y no buscaron sinceramente al Señor, confesando sus transgresiones y dejando sus pecados. Uno de los grandes objetivos de las reuniones de campo es que nuestros hermanos sientan el peligro que corren al sobrecargarse con las preocupaciones de la vida. Cuando estos privilegios no se mejoran, se produce una gran pérdida.

Regresamos a Michigan y, al cabo de unos día fuimos a Lansing para asistir a la reunión de campo que se celebraba en ese lugar y continuó durante dos semanas. Allí trabajé muy intensamente y el Espíritu del Señor me sostuvo. Fui muy bendecida al hablara los alumnos y trabajar para su salvación. Fue una reunión notable. El Espíritu de Dios estuvo presente desde el principio hasta el final. Ciento treinta personas fueron bautizadas como resultado de esa reunión. Después de pasar unas semanas en Battle Creek, decidimos cruzar las praderas y dirigirnos a California.

TRABAJOS EN CALIFORNIA.-

Mi esposo trabajó poco en California. Parecía que su recuperación se demoraba. Nuestras oraciones ascendían al cielo un mínimo de tres o incluso cinco veces al día, y la paz de Dios descendía con frecuencia sobre nosotros. Yo no me desalenté en absoluto. Puesto que por las noches no podía dormir mucho, una gran parte del tiempo transcurría en oración y alabanza agradecida a Dios por su misericordia. Sentía que la paz de Dios inundaba mi corazón constantemente y podría decirse que mi paz era como un río. Me alcanzaron pruebas inesperadas e imprevistas que, junto con la enfermedad de mi esposo, estuvieron a punto de postrarme. Pero mi confianza en Dios no se conmovió. En verdad, era una ayuda presente en todos los momentos de necesidad. (280)

Visitamos Healdsburg, St. Helena, Vacaville y Pacheco. Mi esposo me acompañaba cuando el tiempo era favorable. El invierno era muy duro y cuando la salud de mi esposo mejoró y el tiempo en Michigan se suavizó, regresó para ingresar en el sanatorio. Allí mejoró mucho y volvió a escribir para nuestras publicaciones con la fuerza y la claridad que le eran habituales.

No me atrevía acompañar a mi esposo y cruzar las praderas. Las constantes preocupaciones y ansiedad, y la incapacidad de dormir, me causaron preocupantes problemas de corazón. A medida que se acercaba la hora de separarnos nuestra inquietud aumentaba. Nos era imposible contener las lágrimas; no sabíamos si volveríamos a encontrarnos en este mundo. Mi esposo regresaba a Michigan y habíamos decidido que era aconsejable que yo visitara Oregon y diera mi testimonio a aquellos que nunca me habían oído.

Salí de Healdsburg hacia Oakland el 7 de Junio. Me reuní con las iglesias de San Francisco y Oakland en la gran tienda de San Francisco, en la cual había trabajado el hermano Healey. Sentí la carga del testimonio y la gran necesidad de esfuerzos personales perseverantes que esas iglesias tenían para atraer a otros al conocimiento de la verdad. Se me había mostrado que San Francisco y Oakland eran, y serían siempre, campos misioneros. Su crecimiento sería lento pero, si todos los que están en esas iglesias fueran miembros vivientes e hicieran lo que estuviera en su mano para llevar la luz a otros, muchos más serían atraídos a las filas de los que obedecen la verdad. Los creyentes en la verdad presente no estaban tan interesados en la salvación de los demás como debieran. La inactividad y la indolencia en la causa de Dios resultaría en que ellos mismos se apartarían de Dios y, con su ejemplo, impedirían que otros avanzaran. Las acciones abnegadas, perseverantes y activas darían el mejor resultado. Quise grabar en su mente que el Señor me ha revelado que los obreros sinceros y activos

presentarán la verdad a otros, no los que sólo profesan creerla. No deben presentar la verdad únicamente con palabras, sino con una vida prudente, siendo representantes vivos de la verdad.
Se me mostró que los miembros de esas iglesias debían ser alumnos de la Biblia. Estudiando la voluntad de Dios con sinceridad para aprender a ser obreros de la causa de Dios. Deben mostrar (281) los frutos de la verdad dondequiera que estén: en el hogar, en el taller, en el mercado y también en la casa de reunión. Para familiarizarse con la Biblia deben leerla con atención y en oración. Para depositar su carga, y ellos mismos, en Cristo deben empezar de una vez a estudiar para entender el valor de la cruz de Cristo y aprender a llevarla. Si hubieran vivido vidas santificadas, ahora tendrían ante ellos el temor de Dios.
Las pruebas nos hacen ver qué somos. Las tentaciones nos permiten atisbar nuestro carácter real y la necesidad de cultivar los buenos rasgos. Al confiar en la bendición de Dios el cristiano está a salvo de cualquier peligro. En la ciudad no será corrompido. En la tesorería será destacado por sus hábitos de estricta integridad. En el taller mecánico cada operación será llevada a cabo con fidelidad, con el ojo puesto en la gloria de Dios. Cuando los miembros de una iglesia siguen esa conducta, la iglesia tiene éxito. La prosperidad nunca alcanzará a las iglesias hasta que se unan estrechamente a Dios y tengan un interés abnegado por la salvación de los hombres. Los ministros pueden predicar sermones agradables y vigorosos y esforzarse mucho para construir la iglesia y hacer que prospere, pero si sus miembros no desempeñan su papel como siervos de Jesucristo, la iglesia siempre estará en tinieblas y sin fuerzas. Tan cierto como que el mundo es difícil y tenebroso, la influencia de un ejemplo realmente coherente será poder para el bien.
No se puede esperar una cosecha allí donde no se ha sembrado, o conocimiento allí donde no se ha buscado, como la salvación cuando se ha sido indolente. El ocioso y perezoso nunca conseguirá derrotar el orgullo ni vencer el poder de la tentación que -lo lleva a las pecaminosas complacencias que lo mantienen alejado de su Salvador. La luz de la verdad, cuando santifica la vida, descubrirá al que la recibe las pecaminosas pasiones de su corazón que luchan por el dominio y hacen necesario que para resistir a Satanás ponga en tensión todos los nervios y todas las fuerzas que ha conquistado por los méritos de Cristo. Cuando se encuentre rodeado por influencias premeditadas para apartarlo de Dios, debe pedir incesantemente ayuda y fuerza de Jesús para poder vencer los engaños de Satanás. (282)
Algunas de las iglesias de California se encuentran en constante peligro porque las preocupaciones de esta vida y los pensamientos mundanos ocupan tanto la mente que no piensan en Dios o el cielo y las necesidades de sus propias almas. Ocasionalmente salen de su estupor pero vuelven a caer en un sueño aún más profundo. A menos que salgan de su sueño, Dios retirará la luz y las bendiciones que les ha otorgado. Lleno de ira, retirará su candelabro. Dios ha hecho que esas iglesias sean depositarias de su ley. Si rechazan el pecado y, con piedad activa y sincera, demuestran firmeza y sumisión a los preceptos de la palabra de Dios, sí son fieles en el desempeño de los deberes religiosos, conseguirán que el candelabro vuelva a su sitio. Así tendrán la prueba de que el Señor de los ejércitos está con ellas y el Dios de Jacob es su refugio.

VISITA A OREGÓN.-
El domingo 10 de Junio, el día que teníamos previsto partir hacia Oregon, tuve que quedarme postrada en cama a causa de un ataque de corazón. Mis amigos creyeron que era demasiado arriesgado que tomara el vapor, pero yo pensé que podría resistir subir a bordo del barco. Hice los arreglos necesarios para poder dedicarme a escribir mucho durante la travesía.
En compañía de una amiga y del hermano J. N. Lughborough, dejé San Francisco la tarde de ese mismo día a bordo del vapor "Oregon". El capitán Conner, al mando de esa espléndida nave, era muy atento con sus pasajeros. Cuando cruzamos el Golden Gate para dirigirnos a mar abierto la mar estaba muy alterada. Teníamos viento de proa y el vapor cabeceaba terriblemente a la vez que el viento enfurecía el océano. Observé el cielo nublado, las olas gigantescas y las gotas de agua pulverizada que

reflejaban los colores del arco iris. La visión era terriblemente grandiosa y me sentí llena de temor reverencíal mientras contemplaba los misterios de las profundidades, terriblemente enfurecidas. Había una tremenda belleza en la elevación de aquellas orgullosas olas rugientes que luego se desplomaban en sollozos de congoja. Podía ver la exhibición del poder de Dios en el movimiento de las aguas inquietas, que gemían bajo la acción de los vientos despiadados, (283) los cuales arrojaban las olas hacia las alturas como si estuvieran en las convulsiones de una agonía.

Nos encontrábamos en un precioso barco, a la merced de olas siempre agitadas, pero había un poder invisible que retenía las aguas con firmeza. Sólo Dios tiene el poder de mantenerlas en sus límites establecidos. Es capaz de encerrar las aguas en la palma de su mano. El abismo obedece a la voz de su Creador: "Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, y ahí parará el orgullo de tus olas" (Job 38:11).

¡Qué maravilloso tema de reflexión era el grandioso océano Pacífico! Su aspecto era todo lo contrario a pacífico: furia y agitación. Si contemplamos la superficie de las aguas, nada parece tan terriblemente ingobernable, sin ley ni orden, como el gran abismo. Pero el océano obedece las leyes de Dios, el cual nivela sus aguas y marca su lecho. Mirando al cielo que nos cubría y a las aguas sobre las que navegábamos me dije: "¿Dónde estoy? ¿Hacia dónde voy? Estoy rodeada por las aguas sin límite. Cuántos se han embarcado para cruzar los mares y no han vuelto a ver las verdes praderas de sus felices hogares. Terminaron sus vidas arrojados al fondo del abismo como granos de arena".

Al observar el rugiente mar cubierto de espuma me acordé de la escena de la vida de Cristo en la que los discípulos, obedeciendo la orden de su Maestro, fueron en sus barcas hacia la orilla más alejada del mar. Entonces se desencadenó una terrible tormenta. Las naves no respondían a sus deseos y eran bamboleados de un lado a otro hasta tal punto que, presos de la desesperanza, dejaron de remar. Tenían la certeza de que iban a morir. Sin embargo, mientras la tormenta y el oleaje conversaban con la muerte, Cristo, que se había quedado en tierra, se les apareció, andando tranquilo sobre las turbulentas y agitadas aguas. Estaban perplejos porque sus esfuerzos habían sido vanos y su situación era, en apariencia, desesperada; por eso lo habían dado todo por perdido. Cuando vieron a Jesús, que estaba delante de ellos, encima de las aguas, su terror aumentó. Lo tomaron por un seguro precursor de su muerte inmediata. Clamaron, presa del pánico. Sin embargo, a pesar de que su aparición fuese tenida como un presagio de muerte, él acudía como mensajero de vida. Su voz se escuchó por encima del (284) fragor de los elementos: "Yo soy; no temáis" (Juan 6:20). La escena cambió rápidamente del horror y la desesperación al gozo y la esperanza. Era el amado Maestro. Los discípulos ya no sintieron más angustia ni temor de la muerte porque Cristo estaba con ellos.

¿Desobedeceremos a la Fuente de todo poder, cuya ley obedecen incluso las olas y el mar? ¿Temeré ponerme bajo la protección del que dice que ni un gorrión cae al suelo sin que lo sepa nuestro Padre celestial?

Cuando casi todos ya se hubieron retirado a sus cabinas yo permanecí en la cubierta. El capitán me había facilitado una silla reclinable y algunas mantas para protegerme del aire helado. Sabía que si me encerraba en el camarote me marearía. Llegó la noche, la oscuridad cubrió el mar y las grandes olas hacían que el barco cabeceara terriblemente. Esa gran nave era un cascarón en medio de las aguas despiadadas; aun así, los ángeles del cielo, enviados por Dios para que cumplieran sus órdenes, la guardaban y protegían su marcha. De no ser así, habríamos sido engullidos en un momento sin que quedara rastro de ese espléndido navío. Pero el Dios que alimenta a los cuervos, que cuenta los cabellos de nuestras cabezas, no nos olvidó.

El capitán pensó que hacía demasiado frío para que yo permaneciera en cubierta. Le dije que, en lo se refería a mi seguridad, prefería permanecer allí toda la noche que ir a mi camarote, en el que había dos mujeres mareadas y donde no podría respirar aire puro. Él respondió: %o le pido que vaya a su camarote. Procuraré que tenga un lugar adecuado donde dormir. Los camareros me acompañaron al salón superior y se dispuso un colchón de aire en el suelo. Aunque todo se hizo en el menor tiempo posible, no tardé en marearme. Me tumbé en la improvisada cama y no me levanté hasta el jueves por

la mañana. Durante ese tiempo sólo comí una vez; fueron unas pocas cucharadas de caldo de ternera y galletas saladas.

Durante ese viaje de cuatro días, pocas fueron las personas que, pálidas, débiles y tambaleantes, se aventuraron a salir de sus cabinas para dirigirse a la cubierta. La miseria estaba escrita en todas las caras. La vida no parecía deseable. Todos ansiábamos el reposo que no podíamos encontrar y deseábamos ver algo que se mantuviera firme e inmóvil. La importancia de las personas no (285) servía de mucho. He aquí una gran lección que podemos aprender sobre la pequeñez del hombre.

La travesía fue agitada hasta que sobrepasamos el obstáculo y entramos al río Columbia. A partir de ese momento, el agua se calmó y pareció un espejo.[2] Me condujeron a la cubierta. Era una hermosa mañana, y los pasajeros se precipitaron en cubierta como un enjambre de abejas. Al principio todos tenían un aspecto lastimoso. Pero el aire vigorizador y el sol que siguen a las tormentas pronto despertaron la alegría y las risas.

La última noche que pasamos a bordo me sentí agradecida al Padre celestial. Aprendí una lección que nunca olvidaré. En la tormenta y el oleaje, y en la calma que siguió, Dios había hablado a mi corazón. ¿Acaso lo desobedeceremos? ¿Acaso el hombre opondrá su voluntad a la de Dios? ¿Acaso desobedeceremos los mandamientos de un Gobernante tan poderoso? ¿Tendremos contienda con el Altísimo, el cual es la fuente de todo poder y de cuyo corazón fluyen amor infinito y bendiciones para todas sus criaturas?

Mi visita a Oregon fue de especial interés. Tras una separación de cuatro años, me encontré con mis queridos amigos, el hermano y la hermana Van Horn, a quienes consideramos como unos hijos. Los informes que había enviado el hermano Van Horn no eran tan completos ni favorables como, en justicia, merecían ser. Quedé muy gratamente sorprendida por ver que la causa de Dios en Oregon se encontraba en una situación tan próspera. Gracias a los infatigables esfuerzos de esos fieles misioneros ha surgido una asociación de adventistas del séptimo día, así como varios ministros que operan en tan amplio campo.

La tarde del jueves 18 de Junio me reuní con un buen número de los observadores del sábado de ese estado. El Espíritu de Dios llenó mi corazón. Di mi testimonio por Jesús y expresé mi gratitud por el dulce privilegio que tenemos de confiar en su amor y reclamar su poder para unir nuestros esfuerzos y salvar de la perdición a los pecadores. Si queremos que la obra de Dios prospere, Cristo debe permanecer en nosotros: en pocas palabras, debemos hacer las obras de Cristo. Miremos donde miremos, la mies está lista (286) para la siega pero los obreros son muy pocos. Sentí que mi corazón se llenaba de la paz de Dios y de amor por ese amado pueblo suyo con el cual yo estaba adorándolo por primera vez.

El domingo 23 de Junio hablé en la iglesia metodista de Salero sobre el tema de la temperancia. La asistencia fue inusualmente buena y gocé de libertad para tratar sobre mi tema favorito. Se me pidió que volviera a hablar en el mismo lugar el domingo siguiente a la reunión de campo, pero la afonía me lo impidió. La tarde del siguiente martes[3], sin embargo, hablé de nuevo en esa iglesia. Recibí muchas invitaciones para hablar sobre la temperancia en varias ciudades y poblaciones de Oregon, pero el estado de mi corazón me impidió dar cumplimiento a los requerimientos. Las constantes charlas y el cambio de clima me habían provocado una grave, aunque transitoria, afonía.

Entramos en la reunión de campo sintiendo un profundo interés. El Señor me dio fuerza y gracia para permanecer delante de la multitud. Al contemplar ese público inteligente, mi corazón se quebrantó ante Dios. Esa era la primera reunión de campo que tenía lugar en el estado. Quise hablar, pero la emoción quebró mi voz. Me sentía inquieta por la escasa salud de mi esposo. Mientras hablaba, me vino a la

[2] Aunque no lo explicite, es de suponer que el vapor remontó el río. N. del T.
[3] Con casi toda seguridad se refiere al 01 de Julio.

mente una reunión en Battle Creek, con mi esposo en el centro, con la suave luz del Señor que descendía sobre él y lo rodeaba. Su faz era la viva expresión de la salud y parecía muy feliz.

Quise presentar a la audiencia la gratitud que debemos sentir por la tierna compasión y el gran amor de Dios. Su bondad y su gloria impresionaron mi mente de modo muy especial. Me vencía el sentimiento de su misericordia sin parangón y la obra que llevaba a cabo, no sólo en Oregon, sino en California y en Michigan, donde se encuentran nuestras importantes instituciones, así como en el extranjero. Jamás seré capaz de describir a otros la imagen que en esa ocasión impresionó vívidamente mi mente. Por un momento se me mostró la extensión de la obra y perdí de vista mi entorno. El momento y las personas a las que me dirigía se desvanecieron. La luz, la preciosa luz del cielo, brillaba con gran esplendor (287) sobre las instituciones que se han enrolado en la solemne y elevada tarea de reflejar los rayos que el cielo envía sobre ellas.

A lo largo de toda la reunión de campo sentí que el Señor estaba muy cerca de mí. Cuando se clausuró yo me sentía excesivamente fatigada, aunque libre en el Señor. Fue un tiempo de trabajo provechoso que fortaleció la iglesia para que siguiera en su lucha por la verdad. Justo antes de que comenzara la reunión, durante la noche, muchas cosas me fueron abiertas en visión, pero se me ordenó que guardara silencio y no mencionara el asunto a nadie en ese momento. Después de que se clausurara la reunión, de noche, tuve otra importante manifestación del poder de Dios.

La tarde del domingo que siguió a la reunión de campo hablé en la plaza pública. Mi corazón estaba lleno del amor de Dios y abordé la sencillez de la religión del evangelio. Mi corazón se había fundido y rebosaba del amor de Jesús y ansiaba presentarlo de tal manera que todos pudieran quedar hechizados por la amabilidad de su carácter.

Durante mi estancia en Oregon visité la prisión de Salero acompañada del hermano y la hermana Carter y la hermana Jordan. Cuando llegó la hora del servicio de culto, fuimos conducidos a la capilla. La abundancia de luz y el aire puro y fresco hacían de ella un lugar agradable. A una señal dada por la campana, dos hombres abrieron las grandes puertas de acero y los prisioneros entraron en grupo. Tras ellos las puertas se volvieron a cerrar y quedaron atrancadas. Por primera vez en la vida estaba encerrada tras los muros de una prisión.

Esperaba ver un grupo de hombres de aspecto repulsivo pero quedé desconcertada. Muchos parecían inteligentes, y algunos parecían hábiles. Vestían el uniforme de la prisión, áspero aunque pulcro. Su cabello estaba peinado y sus botas cepilladas. A medida que contemplaba las variadas fisonomías que tenía ante mí, pensé: "Cada uno de estos hombres ha recibido dones específicos, o talentos, para que los usara para gloria de Dios y en provecho del mundo; pero ellos han menospreciado esos dones del cielo y han hecho un mal uso de ellos". Mientras miraba a los jóvenes de unos dieciocho o veinte a treinta años de edad, pensé en sus desdichadas madres y en el sufrimiento y el remordimiento que amargaban (288) sus vidas. La mala conducta de sus hijos había partido el corazón de muchas de ellas. ¿Habían cumplido con su deber ante sus hijos? ¿Acaso no se habrían abandonado a sus deseos y habían descuidado enseñarles los estatutos de Dios y sus exigencias?

Cuando se reunió toda la compañía, el hermano Carter leyó un himno. Todos tenían himnarios y se unieron al canto de corazón. Uno que era músico competente, tocaba el órgano. Entonces abrí la reunión con una oración y, una vez más, se nos unieron en el canto. Hablé de las palabras de Juan: "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no lo conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Juan 3:1-2).

Exalté el infinito sacrificio que hizo el Padre al dar a su amado Hijo por los hombres caídos, para que así ellos pudieran ser transformados por medio de la obediencia y convertirse en hijos de Dios. La iglesia y el mundo son llamados a admirar un amor que expresado de esa manera sobrepasa la comprensión, y ante el cual aun los ángeles del cielo quedan estupefactos. Ese amor es tan profundo,

tan amplio y tan alto que el apóstol inspirado, sin palabras para poder describirlo, pide a la iglesia y al mundo que lo contemplen, que hagan de él tema de contemplación y admiración.

Presenté ante mis oyentes el pecado de Adán al transgredir los mandamientos explícitos del Padre. Dios creó al hombre honorable, perfectamente santo y feliz; pero él perdió el favor divino y destruyó su felicidad desobedeciendo la ley del Padre. El pecado de Adán sumergió a toda la raza en la miseria y la desesperación. Pero Dios, movido por un amor maravilloso y compasivo, no permitió que los hombres perecieran en un estado caído y sin esperanza. Dio a su muy amado Hijo para su salvación. Cristo entró en el mundo cubriendo su divinidad de humanidad y superó la prueba que Adán no supo vencer; se sobrepuso a todas las tentaciones de Satanás y así redimió la desdichada caída de Adán.

Luego me referí al largo ayuno de Cristo en el desierto. Nunca nos apercibiremos de la influencia que el pecado de la indulgencia en el apetito ejerce sobre la naturaleza humana, a menos que estudiemos (289) y entendamos ese largo ayuno de Cristo mientras contendía mano a mano con el príncipe de los poderes de las tinieblas. La salvación del hombre estaba en juego. ¿Quién saldría vencedor, Satanás o el Redentor? Es imposible que concibamos el intenso interés con que los ángeles de Dios observaron la prueba de su amado Comandante.

Jesús fue tentado en todos los aspectos como nosotros somos tentados. De ese modo sabría cómo socorrer a los que iban a ser tentados. Su vida es nuestro ejemplo. Con su obediencia siempre dispuesta nos muestra que el hombre puede guardar la ley de Dios y que la transgresión de la ley, no su obediencia, lo lleva a la esclavitud. El Salvador estaba lleno de compasión y amor; nunca desdeñó al penitente sincero por grave que fuera su pecado aunque siempre denunció cualquier tipo de hipocresía. Conoce los pecados de los hombres, sabe todas sus acciones y lee sus motivos más secretos; aun así, no se aparta de ellos, a pesar de sus iniquidades. Suplica y razona con el pecador y, en cierto sentido, porque él mismo sufrió las debilidades de la humanidad, se pone a su mismo nivel. ... Venid luego,' dice Jehová, 'y estemos a cuenta: Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí. Vendrán a ser como blanca lana"' (Isa. 1:18).

El hombre, que en su alma, con una vida corrupta, ha desfigurado la imagen de Dios, con el esfuerzo humano no puede operar un cambio radical en sí mismo. Debe aceptar las provisiones del evangelio; se debe reconciliar con Dios con la obediencia a su ley y la fe en Jesucristo. A partir de ese momento, su vida bebe estar sometida al gobierno de un nuevo principio. Mediante el arrepentimiento, la fe y las buenas obras puede perfeccionar un carácter justo y, por los méritos de Cristo, reclamar para sí los privilegios de los hijos de Dios. Si aceptamos los principios de la verdad divina, y les damos un lugar en el corazón, nos llevarán a una altura tal de excelencia moral que jamás hubiéramos siquiera imaginado. "Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro" (1 Juan 3:2). (290)

Aquí el hombre tiene una tarea. Debe mirar de frente al espejo, la ley de Dios, discernir los defectos de su carácter moral y dejar a un lado sus pecados, lavando las vestiduras de su carácter en la sangre del Cordero. El corazón que sea un recipiente del amor de Cristo y abrigue la esperanza de ser hecho a su semejanza cuando lo vea tal como él es, será purificado de la envidia, el orgullo, la malicia, el engaño, la contienda y el delito. La religión de Cristo refina y dignifica a quien la posee, sean cuales sean sus relaciones o el momento en que se encuentre su vida. Los hombres que llegan a ser cristianos ilustrados se levantan por encima del nivel de su antiguo carácter con una fuerza moral y mental mayor. Por los méritos del Salvador, los que cayeron y se degradaron en el pecado y el crimen, pueden ser exaltados a una posición semejante a la de los ángeles, aunque un poco inferior.

Sin embargo, la influencia del evangelio de esperanza no llevará al pecador a ver la salvación de Cristo como un mero asunto de gracia gratuita que le permite seguir viviendo en la transgresión de la ley de Dios. Cuando en su mente rompa el alba de la luz de la verdad y entienda completamente las

exigencias de Dios, cuando se dé cuenta de la magnitud de sus transgresiones, reformará sus actos, se hará leal a Dios mediante la fuerza que obtenga de su Salvador y vivirá una vida nueva y más pura.
Mientras estuve en Salero entablé amistad con el hermano y la hermana Donaldson, quienes deseaban que su hija regresara a Battle Creek con nosotros y asistiera al colegio. La salud de la joven era precaria y para ellos representaba un gran esfuerzo separarse de ella, su única hija, pero las ventajas espirituales que recibiría los indujeron a hacer el sacrificio. Es para nosotros un motivo de alegría decir aquí que en la última reunión de campo de Battle Creek esa querida muchacha fue sepultada con Cristo en las aguas del bautismo. Esta es otra prueba de la importancia de que los adventistas del séptimo día envíen a sus hijos a nuestra escuela, donde pueden recibir directamente una influencia salvífica.
El viaje desde Oregon fue agitado, pero mi estado era mejor que en la anterior travesía. El barco, "el Idazo", no cabeceaba, se balanceaba. A bordo nos dispensaron un trato muy amable. Entablamos muchas y gratas amistades y distribuimos nuestras publicaciones a (291) varias personas, lo que dio origen a conversaciones muy provechosas. Cuando llegamos a Oakland descubrimos que habían plantado la tienda y que un gran número había abrazado la verdad gracias al trabajo del hermano Healey. Hablamos varias veces en la tienda. El sábado, el primer día, las iglesias de Oakland y San Francisco se reunieron y tuvimos encuentros muy provechosos e interesantes.
Estaba muy ansiosa por asistir a la reunión de campo de California pero había asuntos que debía atender en las reuniones de campo de la costa este. Cuando se me presentó el estado de cosas en la costa este supe que tenía que dar mi testimonio especial para los hermanos de la Asociación de Nueva Inglaterra y me sentí forzada a abandonar California.

DE VIAJE HACIA EL ESTE.-

El 28 de Julio, en compañía de mi hija Emma y Edith Donaldson, partimos de Oakland hacia la costa este. Ese mismo día llegamos a Sacramento y nos recibieron el hermano y la hermana Wilkinson, quienes nos dispensaron una calurosa bienvenida y nos alojaron en su casa. Allí fuimos excelentemente agasajados durante nuestra estancia. Según lo convenido, yo hablé el domingo. La casa estaba repleta de una congregación atenta y el Señor me dio libertad para hablar en su nombre. El lunes volvimos a tomar el ferrocarril y nos detuvimos en Reno, Nevada, donde teníamos una cita para hablar el martes por la tarde en la tienda en que el hermano Loughborough impartía un curso de predicación. Hablé con libertad a aproximadamente cuatrocientos oyentes atentos sobre las palabras de Juan: "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios" (1 Juan 3:1).
Mientras cruzábamos el gran desierto americano, polvoriento y calcinado, a pesar de que disfrutábamos de todas las comodidades y nos deslizábamos rápida y suavemente por los raíles, arrastrados por nuestro purasangre de acero, el paisaje yermo nos fatigó. Me acordé de los antiguos hebreos que anduvieron por roquedales y áridos desiertos durante cuarenta años. El calor, el polvo y la irregularidad del terreno arrancaron quejas y suspiros de fatiga a muchos que pisaron esa fatigosa senda. Pensé que si se nos obligara a (292) viajar a pie por el desierto yermo, pasando sed, calor y fatiga, muchos de nosotros murmuraríamos más que los mismos israelitas.
Las peculiares características del paisaje montañoso de la ruta transcontinental ya han sido más que suficientemente descritas. Quien quiera deleitarse con la grandiosidad y la belleza de la naturaleza sentirá una súbita alegría cuando contemple las grandiosas y viejas montañas, las hermosas colinas y los salvajes y rocosos cañones. Esto es especialmente cierto para el cristiano. En las rocas de granito y el murmullo de los torrentes ve la obra de la poderosa mano de Dios. Desea subir a las altas colinas, porque le parece que allí estará más cerca del cielo aunque sabe que Dios oye las oraciones de sus hijos tanto en el valle más profundo como en la cima de la más alta montaña.

COLORADO.-

De camino entre Denver y Walling's Mills, el retiro de montaña donde mi esposo pasaba los meses de verano, nos detuvimos en Boulder City y contemplamos con gozo nuestra casa de reuniones de lona. Allí el hermano Cornell dirigía una serie de reuniones. Encontramos un tranquilo retiro en la cómoda casa de la hermana Dartt. Habían plantado la tienda para celebrar reuniones de temperancia. Me invitaron a hablar y accedí. Cuando lo hice, la tienda estaba llena de oyentes atentos. Aunque el viaje me había fatigado, el Señor me ayudó a presentar con éxito la necesidad de practicar una estricta temperancia en todas las cosas.

El lunes 8 de agosto me encontré con mi esposo y vi que su salud había mejorado mucho y que estaba alegre y activo. Me sentí muy agradecida hacia Dios. Por aquellos días, el hermano Canright, que había pasado un tiempo en las montañas con mi esposo, fue llamado a casa por su afligida esposa y el domingo mi esposo y yo lo acompañamos a Boulder City para que tomara el ferrocarril. Por la tarde hablé en la tienda y a la mañana siguiente regresamos a nuestro hogar temporal en Walling's Mills. El sábado siguiente volví a hablar en la tienda. Siguiendo mis instrucciones, celebramos una asamblea. Se escucharon testimonios excelentes. Algunos guardaban por primera vez el sábado. (293) Hablé la tarde del sábado tras la puesta de sol y también la tarde del domingo.

Toda nuestra familia excepto nuestro hijo Edson estaba presente en las montañas. Mi esposo e hijos pensaron que, puesto que yo estaba demasiado fatigada por haber trabajado casi sin cesar desde la reunión de campo de Oregon, merecía el privilegio de descansar. Pero en mi mente resonaba el llamamiento a asistir a las reuniones de campo de la costa este, en especial a la de Massachussets. Mi oración era que si era la voluntad de Dios que yo asistiera a esas reuniones, mi esposo consintiera en el viaje.

Cuando regresamos de Boulder City encontré una carta del hermano Haskell pidiéndonos a ambos que asistiéramos a la reunión de campo, pero si a mi esposo le era imposible, prefería que fuera yo sola. Leí la carta a mi esposo y esperé su respuesta. Tras unos momentos de silencio, dijo: "Ellen, tendrás que asistir a la reunión de campo de Nueva Inglaterra". Al día siguiente, habíamos hecho ya el equipaje. A las dos de la madrugada, bajo la luz de la luna, nos dirigimos a la estación y a las seis y media subimos a bordo del tren. El viaje fue de todo menos placentero: el calor era intenso y yo estaba muy fatigada.

LAS REUNIONES DE LA COSTA ESTE.-

Al llegar a Battle Creek supimos que yo debía hablar la tarde del domingo en la carpa que había sido plantada en los terrenos de la facultad. Estaba llena a rebosar y mi corazón hizo llamamientos sinceros a los presentes.

Me quedé en casa muy poco tiempo y, acompañada por la hermana Mary Smith Abbey y el hermano Farnsworth, alcé otra vez el vuelo en dirección a la costa este. Cuando llegamos a Boston, estaba extenuada. Los hermanos Wood y Haskell nos recibieron en la estación y nos acompañaron hasta Balard Vale, el lugar donde se desarrollaría la reunión. Esos viejos amigos nos dieron la bienvenida con una cordialidad tal, que dadas las condiciones, me dieron reposo. Hacía demasiado calor, el cambio del clima arrullador de Colorado al calor opresivo de Massachussets hizo que éste pareciera aún más insoportable. Quise dirigirme a los asistentes, (294) a pesar de mi gran fatiga, y recibí fuerzas para dar mi testimonio. Las palabras salían directamente del corazón. En esa región se necesitó mucho trabajo. Se habían levantado nuevas iglesias desde la última reunión de campo. Muchas preciosas almas habían aceptado la verdad y necesitaban ser conducidas hacia un conocimiento de la piedad práctica aún más profundo. El Señor me dio libertad para dar mi testimonio.

En una ocasión, durante esa reunión, hice algunas observaciones sobre la necesidad de vestir con sobriedad y la economía en los dispendios. Existe el peligro de ser descuidado e irreflexivo en el uso del dinero del Señor. Los jóvenes que se unen al trabajo en las tiendas deberían poner cuidado de no permitirse gastos innecesarios. A medida que las tiendas penetran en nuevos campos y el trabajo misionero se amplía, las necesidades de la causa son mayores y, sin caer en la mezquindad, en este

asunto deberá aplicarse la más rigurosa economía. Es mucho más fácil acumular facturas que pagarlas. Hay muchas cosas que, aun siendo adecuadas y agradables, no son necesarias, por lo que prescindir de ellas no causa sufrimiento. Es muy fácil multiplicar las facturas de hotel y los gastos de ferrocarril, gastos estos que se podrían evitar o, cuando menos, reducir en gran medida. Hemos ido y regresado a California doce veces y no hemos gastado un dólar en banquetes o en el vagón restaurante. Hemos comido de lo que llevábamos en nuestras cestas. Al cabo de tres días los alimentos se vuelven un poco secos, pero esto se suple con un poco de leche o caldo caliente.

En otra ocasión me referí a la santificación genuina, que no es otra cosa que una muerte diaria al yo y la conformidad diaria a la voluntad de Dios. Mientras estuve en Oregon se me mostró que la ponzoñosa influencia de lo que se ha venido a llamar santificación ponía en peligro algunas de las jóvenes iglesias de la Asociación de Nueva Inglaterra. Algunos podrían caer víctimas del engaño de esa doctrina mientras que otros, conocedores de su influencia engañosa, podrían apercibirse de su peligro y apartarse de ella. La santificación de Pablo es un conflicto constante con el yo. Dijo: "Cada día muero" (1 Cor. 15:31). Su voluntad y sus deseos entraban en conflicto diario con la voluntad de Dios. (295) En lugar de seguir su propia inclinación, hacía la voluntad de Dios aunque no fuera agradable y crucificara su naturaleza.

Llamamos a los que deseaban ser bautizados y aquellos que guardaban por primera vez el sábado para que se adelantaran. Respondieron veinticinco, los cuales dieron un testimonio excelente, y antes de la clausura de la reunión de campo veintidós recibieron el bautismo.

Nos alegramos de encontrara los viejos conocidos de la causa con quienes establecimos amistad treinta años atrás. Nuestro muy amado hermano Hastings está hoy tan interesado en la verdad como entonces. Nos alegramos de encontrar a la hermana Temple y a la hermana Collins de Darmouth, Massachussets, y al hermano y la hermana Wilkinson, en cuya casa nos alojamos más de treinta años atrás. El peregrinaje de algunos de esos seres amados puede terminar en breve, pero si son fieles hasta el fin recibirán la corona de vida.

Nos interesamos por el hermano Timbal, el cual es mudo y fue misionero entre los mudos. Gracias a su perseverante trabajo un pequeño grupo ha aceptado la verdad. Encontramos a este fiel hermano en nuestras reuniones anuales, rodeado de varios conversos mudos. Alguien que puede oír, escribe cuanto puede de los discursos y se sienta junto a sus amigos mudos. Él lo lee y vuelve a predicar activamente valiéndose de sus manos. Ha usado libremente sus medios para avanzar en el trabajo misionero honrando a Dios con su dinero.

La mañana del martes 3 de Septiembre abandonamos Ballard Vale para asistir a la reunión de campo de Maine. Disfrutamos de un apacible descanso en casa del joven hermano Morton, cerca de Portland. Él y su buena esposa consiguieron que nuestra estancia con ellos fuera muy agradable. Antes del sábado entramos en el campamento de Maine y nos alegramos de ver a algunos amigos probados de la causa. Hay algunos que, haga sol o llueva, siempre están al pie del cañón. Pero también hay cristianos de día soleado que cuando todo anda bien y agrada a sus sentimientos, son fervientes y celosos; pero cuando hay nubarrones y asuntos desagradables que afrontar, no tienen nada que decir o hacer. La bendición de Dios descendía sobre los obreros activos, mientras que los (296) que no hacían nada no se beneficiaban de la reunión en la medida en que podían haberlo hecho. El Señor estaba con sus ministros, los cuales trabajaban fielmente presentando temas doctrinales y prácticos. Deseábamos ardientemente que muchos que no daban señales de haber sido bendecidos por Dios se pudieran beneficiar de la reunión. Ansío vera esas amadas personas alcanzando sus elevados privilegios.

Salimos del campamento el lunes sintiéndonos casi exangües. Decidimos asistir a las reuniones de campo de Iowa y Kansas. Mi esposo había escrito que se reuniría conmigo en Iowa. Puesto que nos era imposible asistir a la reunión de Vermont, de Maine nos dirigimos directamente a South Lancaster. Yo tenía muchos problemas para respirar y el corazón me afligía constantemente. Me alojé en la tranquila casa de la hermana Harris, quien hizo todo cuanto estaba en su mano para ayudarme. El jueves por la

tarde reemprendimos el viaje hacia Battle Creek. A causa de mi estado de salud, no me atreví a seguir adelante en el ferrocarril y nos detuvimos en Rome, Nueva York, donde hablé el sábado. La asistencia fue elevada.

El lunes en la mañana visitamos al hermano y la hermana Abbey en Brookfield. Tuvimos una entrevista muy fructífera con esta familia. Estábamos realmente interesados en que ellos finalmente fueran victoriosos en la vida cristiana y ganaran la vida eterna. Deseábamos profundamente que el hermano Abbey venciera su desánimo y se entregara sin reservas en los méritos de Cristo y al tener éxito en su lucha, llevara al fin la corona de la victoria.

El martes tomamos el ferrocarril hacia Battle Creek y al día siguiente llegamos a casa. Me sentía feliz de poder descansar y recibir tratamiento en el sanatorio. Sentí que era favorecida por gozar de las ventajas de esa institución. Los auxiliares eran amables y atentos, y en cualquier ocasión del día o la noche estaban prontos a hacer lo indecible para aliviar mis sufrimientos.

EN BATTLE CREEK.-

La reunión de campo general se celebró en Battle Creek, del 2 al 14 de Octubre. Fue la mayor asamblea que jamás hubieran celebrado los adventistas del séptimo día. Estaban presentes más (297) de cuarenta ministros. Nos alegró ver a los hermanos Andrews y Bourdeau de Europa y al hermano Loughborough de California. En esa reunión hubo representaciones de la causa en Europa, California, Texas, Alabama, Virginia, Dakota, Colorado y todos los estados del Norte, desde Maine hasta Nebraska.

Me sentía feliz. Me unía a mi esposo en el trabajo. Aunque estaba muy fatigada y el corazón me causaba dificultades, el Señor me dio fuerzas para hablar al pueblo casi cada día, y en algunos casos dos veces. Mi esposo trabajaba muy duro. Estuvo presente en casi todas las reuniones económicas y predicó casi cada día con su estilo claro y conciso. Por mi parte, no pensaba que necesitara fuerzas para hablar más de dos o tres veces durante la reunión; pero, a medida que avanzaba, mis fuerzas aumentaban. En varias ocasiones me mantuve en pie durante varias horas e invité a las personas a adelantarse para orar. Nunca había sentido la ayuda de Dios de manera tan evidente como en aquella reunión. A pesar de los esfuerzos, mi fuerza aumentaba de manera constante. Para gloria de Dios recojo aquí el hecho de que mi salud era mucho mejor en la clausura de la reunión que seis meses atrás.

El miércoles de la segunda semana de la reunión, algunos de nosotros nos unimos en oración por una hermana que estaba aquejada de depresión. Mientras orábamos, fue grandemente bendecida. El Señor parecía muy próximo. Fui arrebatada en visión de la gloria de Dios y se me mostraron muchas cosas. Luego regresé a la reunión y, con un solemne sentido de la condición del pueblo, di un breve resumen de las cosas que me habían sido mostradas. Desde entonces he escrito algunas en testimonios personales, en llamamientos a los ministros y en otros artículos que aparecen en este volumen.

Eran reuniones en las que imperaba un solemne poder y un profundo interés. Algunos que estaban relacionados con nuestra oficina de publicaciones se convencieron y se convirtieron a la verdad, dando testimonios claros e inteligentes. Los infieles se convencían y se alineaban bajo la bandera del Príncipe Emmanuel. La reunión fue una victoria decidida. Antes de su clausura se bautizaron ciento doce personas.

La semana siguiente a la reunión de campo mi trabajo en la predicación, la oración y la escritura de testimonios fue aún más (298) exigente que durante la reunión misma. Cada día se celebraban dos o tres reuniones en favor de nuestros ministros. Eran de gran interés y mucha importancia. Los que llevan el mensaje al mundo deberían tener una experiencia diaria en los asuntos de Dios y ser hombres convertidos en todos los sentidos, santificándose con la verdad que presentan a otros y representando a Jesucristo con sus vidas. Sólo entonces, y no antes, su trabajo tendrá éxito. Se hicieron los esfuerzos más fervientes para acercarse a Dios con confesión, humillación y oración. Muchos dijeron que habían

visto y sentido la importancia de su labor como ministros de Cristo como nunca antes. Algunos sintieron profundamente la magnitud de la tarea y su responsabilidad ante Dios, pero deseábamos ver una mayor manifestación mayor del Espíritu de Dios. Yo sabía que, como en el día del Pentecostés, cuando el camino estuviera libre el Espíritu de Dios acudiría. Pero había tantos tan alejados de Dios que no sabían como poner su fe en acción.
Los llamamientos a los ministros que aparecen en otros lugares de este número, expresan más claramente lo que Dios me ha mostrado al respecto de su pobre condición y sus elevados privilegios.

REUNIONES CAMPESTRES EN KANSAS.-
Partimos hacia la reunión de campo de Kansas el 23 de Octubre. Me acompañaba mi hija Emma. En Topeka, Kansas, dejamos el ferrocarril y recurrimos a medios de transporte privados para recorrer las doce millas que separan esa estación de Richland, el lugar donde se celebraría la reunión. Encontramos las tiendas plantadas en una arboleda. Al estar ya muy avanzada la temporada de reuniones de campo, se había tenido en cuenta el frío en los preparativos. En el campamento, junto a la gran tienda, se levantaban otras diecisiete, cada una de ellas dotada de una estufa, en las que se acomodaban varias familias.
La mañana del sábado empezó a nevar pero no se suspendió ni una reunión. Cayeron entre dos y tres centímetros de nieve y el aire era punzante y frío. Las mujeres con niños de corta edad se agolpaban alrededor de las estufas. Era impresionante ver que ciento cincuenta personas se congregaran en esas circunstancias. (299) Algunos recorrieron más de trescientos kilómetros en carruaje privado. Todos parecían hambrientos del pan de vida y sedientos del agua de salvación.
La tarde y la noche del viernes habló el hermano Haskell. La mañana del sábado me sentí llamada a pronunciar palabras de aliento a los que habían hecho tan gran esfuerzo para asistir a la reunión. La tarde del domingo la asistencia externa era muy elevada, considerando que el lugar quedaba muy apartado de las principales vías de comunicación.
El lunes por la mañana hablé a los hermanos sobre el tercer capítulo de Malaquías. Entonces llamamos a aquellos que deseasen ser cristianos y no estuvieran seguros de que Dios los hubiera aceptado para que se adelantaran. Alrededor de treinta personas respondieron. Algunos buscaban al Señor por primera vez y algunos que eran miembros de otras iglesias aceptaron el sábado. A todos les dimos la oportunidad de hablar y el libre Espíritu de Dios descendió a nuestra reunión. Después de haber elevado una oración por los que se habían adelantado, examinamos a los candidatos para el bautismo. Seis fueron bautizados.
Me sentí muy feliz al escuchar que el hermano Haskell presentaba ante la gente la necesidad de distribuir lecturas entre las familias, en especial Spirit of Prophecy y los cuatro volúmenes de los Testimonios. De ese modo, durante las largas tardes de invierno algún miembro de la familia podría leerlos en voz alta para que toda la familia pudiera ser instruida. Yo hablé de la necesidad de que los padres eduquen y disciplinen adecuadamente a sus hijos. La mayor prueba del poder del cristianismo que podemos presentar ante el mundo es una familia ordenada y bien disciplinada. Ese es el mejor modo de recomendar la verdad porque es un testimonio vivo de su poder práctico sobre el corazón.
La mañana del martes se clausuró la reunión y en compañía de mi hija Emma, el hermano Haskell y el hermano Stover regresamos a Topeka para tomar el ferrocarril hacia Sherman, Kansas, donde se iba a celebrar otra reunión de campo. Esa reunión fue interesante y provechosa. En comparación con las reuniones celebradas en otros estados, esta parecía pequeña porque sólo asistieron alrededor de cien hermanos y hermanas. Estaba destinada (300) a reunir a los miembros esparcidos. Algunos procedían del sur de Kansas, de Arkansas, de Kentucky, de Missouri, de Nebraska y de Tennessee. En esa reunión, se me unió mi esposo y desde allí, acompañados por el hermano Haskell y nuestra hija, nos dirigimos a Dallas, Texas.

LA VISITA A TEXAS.-

El jueves fuimos a casa del hermano McDearman, en Grand Prairie. Allí nuestra hija se encontró con sus padres, su hermano y su hermana, los cuales habían estado a las puertas de la muerte a causa de la fiebre que había asolado el estado la temporada anterior. Nos complació mucho ministrar las necesidades de esa afligida familia que durante años nos había asistido en nuestras aflicciones.

Después de percibir una ligera mejoría en su salud, los dejamos para asistir a la reunión de campo en Plano. Esa reunión tuvo lugar entre el 12 y el 19 de noviembre. Al principio el tiempo era agradable, pero pronto empezó a llover y esto, acompañado de un terrible viento, impidió la asistencia general del país circundante. En este punto nos alegramos de encontrara nuestros viejos amigos, el hermano R. M. Kilgore y su esposa. Estábamos muy complacidos de encontrar en el campamento un grane inteligente cuerpo de hermanos. Cualesquiera que hubieran sido los prejuicios que allí existieron contra los que proceden del Norte, nada de eso aparecía entre esos amados hermanos y hermanas.

Nunca mi testimonio fue recibido con más disposición y más entrega que por esa gente. Me interesé profundamente por la obra en el gran estado de Texas. Satanás siempre ha tenido el objetivo de dominar todos los campos importantes. Probablemente jamás estuvo más ocupado que en Texas por impedirla introducción de la verdad en un estado. Esa es la mejor prueba para mi mente de que allí hay mucho trabajo por hacer. (301)

PREPARACIÓN PARA LA VENIDA DE CRISTO.-

En la reciente visión que me fue dada en Battle Creek, durante nuestra reunión general, se me mostró el peligro que correrno como pueblo de llegar a asemejarnos al mundo más bien que a la imagen de Cristo. Estamos ahora en los mismos umbrales del mundo eterno; pero es el propósito del adversario de las almas inducirnos a postergar la terminación del tiempo. Satanás asaltará de toda manera posible a los que profesan ser el pueblo que guarda los mandamientos de Dios y espera la segunda aparición de nuestro Salvador en las nubes de los cielos con poder y grande gloria. Inducirá a tantos como pueda a postergar el día malo, a identificarse en espíritu con el mundo y a imitar sus costumbres. Me sentí alarmada al ver que el espíritu del mundo estaba dominando los corazones y las mentes de muchos que hacen alta profesión de la verdad. Albergan el egoísmo y la complacencia propia; pero no cultivan la verdadera piedad ni la estricta integridad.

El ángel de Dios me señaló a los que profesan la verdad, y con voz solemne repitió estas palabras: "Mirad por vosotros, que vuestros corazones no sean cargados de glotonería y embriaguez, y de los cuidados de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad pues, orando en todo tiempo, que seáis tenidos por dignos de evitar todas estas cosas que han de venir, y de estar en pie delante del Hijo del hombre" (Luc. 21:34-36).

Al considerar el poco tiempo que nos queda, debiéramos velar y orar como pueblo, y en ningún caso dejarnos distraer de la solemne obra de preparación para el gran acontecimiento que nos espera. Porque el tiempo se alarga aparentemente, muchos se han vuelto descuidados e indiferentes en sus palabras y acciones. No comprenden su peligro, y no ven ni entienden la misericordia de nuestro Dios al prolongar el tiempo de gracia a fin de que tengan oportunidad de adquirir un carácter digno de la vida futura e inmortal. Cada momento es del más alto valor. Se les concede tiempo, no para que lo dediquen a estudiar sus propias comodidades y a transformarse en moradores de la tierra, sino para que lo empleen en la obra de vencer todo defecto de su carácter, y en (302) ayudar a otros, por su ejemplo y esfuerzo personal, a ver la belleza de la santidad. Dios tiene en la tierra un pueblo que, con fe y santa esperanza, está siguiendo el rollo de la profecía que rápidamente se cumple, y cuyos miembros están tratando de purificar sus almas obedeciendo a la verdad a fin de no ser hallados sin manto de boda cuando Cristo aparezca.

Muchos de los que tomaron el nombre de adventistas han incurrido en el error de fijar fechas para la venida de Cristo. Lo han hecho repetidas veces, pero el resultado ha sido, cada vez, el fracaso. Se nos

declara que el tiempo definido de la venida de nuestro Señor está fuera del alcance de los mortales. Aun los ángeles que ministran a los que han de ser herederos de la salvación no conocen ni el día ni la hora. "Empero del día y hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino mi Padre solo" (Mat. 24:36). Por haber pasado repetidas veces la fecha fijada por algunos, el mundo se encuentra en un estado de incredulidad más decidida que antes con respecto al próximo advenimiento de Cristo. El mundo considera con disgusto el fracaso de los que fijaron fechas; y porque hubo hombres que se dejaron seducir de este modo, muchos se apartan de la verdad presentada por la Palabra de Dios según la cual el fin de todas las cosas está cercano.

Los que tan presuntuosamente predican una fecha definida, al hacerlo, satisfacen al adversario de las almas, porque promueven más la incredulidad que el cristianismo. Mediante textos de las Escrituras erróneamente interpretados, presentan una cadena de argumentos que aparentemente sostienen su teoría. Pero sus fracasos demuestran que son falsos profetas, que no interpretan correctamente el lenguaje de la Inspiración. La Palabra de Dios es verdad y certidumbre, pero los hombres han pervertido su significado. Esos errores han desprestigiado la verdad de Dios para estos últimos días. Los ministros de todas las denominaciones ridiculizan a los adventistas; sin embargo, los siervos de Dios no deben callar. Las señales predichas en la profecía se están cumpliendo rápidamente en derredor nuestro. Esto debe inducir a todo aquel que sigue verdaderamente a Cristo a actuar con celo.

Los que creen que deben predicar una fecha definida a fin de causar impresión sobre la gente, no actúan de acuerdo con el debido (303) punto de vista. Los sentimientos de los oyentes se pueden conmover y despertarse sus temores; pero no obran basados en buenos principios. Se crea excitación, y cuando pasa la fecha, como ha sucedido repetidas veces, los que se conmovieron por la proximidad de la misma, recaen en la frialdad, las tinieblas y el pecado, y es casi imposible despertar su conciencia sin recurrir a alguna gran excitación.

En el tiempo de Noé, los habitantes del mundo se burlaban de lo que llamaban los temores y presentimientos supersticiosos del predicador de la justicia. Se lo denunciaba como un visionario, fanático y alarmista. "Mas como los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre" (Mat. 24:37). Los hombres rechazarán en nuestra época el solemne mensaje de amonestación como lo rechazaron en el tiempo de Noé. Se referirán a esos falsos maestros que predijeron el acontecimiento y citaron la fecha definida, y dirán que no tienen más fe en nuestra advertencia que en la de ellos. Tal es la actitud del mundo hoy. La incredulidad está muy difundida y la predicación de la venida de Cristo es asunto de burla y ridículo. Esto contribuye a que sea aún más esencial que los que creen en la verdad presente manifiesten su fe por sus obras. Deben ser santificados por la verdad que profesan creer porque son en verdad sabor de vida para vida o de muerte para muerte.

Noé predicó a sus contemporáneos que Dios les daría ciento veinte años en los cuales podrían arrepentirse de sus pecados y hallar refugio en el arca. Pero ellos rechazaron la misericordiosa invitación. Les fue concedido abundante tiempo para apartarse de sus pecados, vencer sus malas costumbres y adquirir un carácter justo. Pero la inclinación al pecado, aunque débil al principio en muchos, se fortaleció por la repetida participación en el pecado, y los precipitó a una ruina irreparable. La misericordiosa amonestación de Dios fue rechazada con mofas, burlas y ridículo; y ellos fueron dejados en tinieblas para seguir el curso que su corazón pecaminoso había escogido. Pero su incredulidad no impidió que se cumpliese el acontecimiento predicho. Llegó, y grande fue la ira de Dios que se mostró en la ruina general.

Estas palabras de Cristo deben grabarse en el corazón de todos los que creen la verdad presente: "Mirad por vosotros, que vuestros (304) corazones no sean cargados de glotonería y embriaguez y de los cuidados de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día" (Luc. 21:34). Cristo mismo nos presenta el peligro que nos acecha. Él conocía los riesgos que encontraríamos en estos postreros días y quería que nos preparásemos. "Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre" (Mat. 24:37). Comían y bebían, plantaban y edificaban, se casaban y se daban en matrimonio, y no

conocieron hasta el día que Noé entró en el arca y el diluvio vino y los barrió a todos. El día de Dios encontrará a los hombres absortos igualmente en los negocios y placeres del mundo, en banquetes y glotonerías, y en la complacencia del apetito pervertido, en el consumo contaminador de bebidas y del narcótico tabaco. Tal es ya la condición de nuestro mundo, y estas prácticas se encuentran hasta en los que profesan pertenecer al pueblo de Dios, algunos de los cuales siguen las costumbres del mundo y participan de sus pecados. Abogados, mecánicos, agricultores, negociantes y aun ministros claman desde el púlpito: "Paz y seguridad" (1 Tes. 5:3), cuando la destrucción está por sobrevenirles.

Creer en la próxima venida del Hijo del Hombre en las nubes de los cielos no inducirá a los verdaderos cristianos a ser descuidados y negligentes en los asuntos comunes de la vida. Los que aguardan la pronta aparición de Cristo no estarán ociosos. Al contrario, serán diligentes en sus asuntos. No trabajarán con negligencia y falta de honradez, sino con fidelidad, presteza y esmero. Los que se lisonjean de que el descuido y la negligencia en las cosas de esta vida son evidencia de su espiritualidad y de su separación del mundo incurren en un gran error. Su veracidad, fidelidad e integridad se prueban mediante las cosas temporales. Si son fieles en lo poco, lo serán en lo mucho.

Se me mostró que es en esto donde muchos no superan la prueba. Desarrollan su verdadero carácter en el manejo de las preocupaciones temporales. Son infieles, maquinadores y deshonestos en su trato con sus semejantes. No consideran que su derecho a la vida futura e inmortal depende de cómo se conducen en los asuntos de la presente, y que la más estricta integridad es indispensable para la formación de un carácter justo. En todas nuestras filas se practica la falta de honradez; y ésta es la causa de la tibieza (305) que notamos en muchos de los que profesan creer la verdad. Éstos no están relacionados con Cristo y están engañando sus propias almas. Me duele declarar que hay una alarmante falta de honradez aun entre los observadores del sábado.

Se me llamó la atención al sermón de Cristo sobre el monte. Allí tenemos la orden del gran Maestro: "Todas las cosas que quisierais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque ésta es la ley y los profetas" (Mat. 7:12). Esta orden de Cristo es de máxima importancia, y debe ser estrictamente acatada. Es como "manzanas de oro con figuras de plata" (Prov. 25:11). ¿Cuántos cumplen en su vida el principio que Cristo ordenó allí, y obran con otros como quisieran que se obrase con ellos en circunstancias similares? Al lector le dejo la respuesta.

Un hombre honrado, según la medida de Cristo, es el que manifiesta integridad inquebrantable. El peso fraudulento y las balanzas falseadas con que muchos tratan de incrementar sus ganancias en el mundo son abominación a la vista de Dios. Sin embargo, muchos de los que profesan guardar los mandamientos de Dios trabajan con pesos y balanzas falseados. Cuando un hombre está verdaderamente relacionado con Dios y guarda su ley, su vida lo revelará, porque todas sus acciones estarán en armonía con las enseñanzas de Cristo. No venderá su honra por ganancia. ¡Sus principios se basan en el fundamento seguro, y su conducta en asuntos mundanos es un trasunto de sus principios. La firme integridad resplandece como el oro entre la escoria y la basura del mundo. Se puede pasar por alto y ocultar a los ojos de los hombres el engaño, la mentira y la infidelidad, pero no a los ojos de Dios. Los ángeles del Señor, los cuales vigilan el desarrollo de nuestro carácter y pesan nuestro valor moral, registran en los libros del cielo estas transacciones menores que revelan el carácter. Si un obrero es infiel en las vocaciones diarias de la vida, y descuida su trabajo, el mundo no lo juzgará incorrectamente si estima su norma religiosa de acuerdo con su norma comercial.

"El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel: y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto" (Luc. 16:10). No es la magnitud de un asunto lo que hace que sea justo o injusto. Así como un hombre trata con sus semejantes, tratará con (306) Dios. El que es infiel en las riquezas injustas, no recibirá nunca las riquezas verdaderas. Los hijos de Dios no deben dejar de recordar que en todas sus transacciones comerciales son probados y pesados en la balanza del santuario.

Cristo dijo: %o puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos". "Así que, por sus frutos los conoceréis" (Mat. 7:18, 20). Los hechos de la vida de un hombre son sus frutos. Si es

infiel y le falta honradez en las cosas temporales, produce espinas y cardos; será infiel en la vida religiosa y robará a Dios en los diezmos y las ofrendas.

La Biblia condena en los términos más enérgicos toda mentira, trato falso e improbidad. Lo bueno y lo malo se manifiestan claramente. Pero se me mostró que el pueblo de Dios se ha puesto en terreno del enemigo, ha cedido a sus tentaciones y ha seguido sus designios hasta que sus sentidos han quedado terriblemente embotados. Una ligera desviación de la verdad, una pequeña variación de los requisitos de Dios no se considera tan pecaminosa cuando entraña ganancia o pérdida pecuniaria. Pero el pecado es pecado, ya lo cometa el millonario o el mendigo de la calle. Los que obtienen propiedades por medio de la falsedad están trayendo condenación sobre su alma. Todo lo que se obtiene por medio del engaño y el fraude, será tan sólo una maldición para quien lo reciba.

Adán y Eva sufrieron las terribles consecuencias resultantes de desobedecer la orden expresa de Dios. Podrían haber razonado: "Éste es un pecado muy pequeño, y nunca será tenido en cuenta". Pero Dios trató el asunto como un mal temible, y la desgracia de su transgresión se sentirá a través de todos los tiempos. En la época en que vivimos los que profesan ser hijos de Dios cometen con frecuencia pecados aun mayores. En las transacciones comerciales, los que profesan ser hijos de Dios dicen y obran falsedades, y atraen sobre sí el desagrado de Dios y el oprobio sobre su causa. La menor desviación de la veracidad y la rectitud es una transgresión de la ley de Dios. Aunque participar continuamente del pecado acostumbra a la persona a hacer el mal no disminuye el carácter gravoso del pecado. Dios estableció principios inmutables que él no puede cambiar sin revisar toda su naturaleza. Si la Palabra de Dios fuese estudiada fielmente por todos los que profesan creer la (307) verdad, éstos no serían enanos en las cosas espirituales. Los que desprecian los requerimientos de Dios en esta vida no respetarían su autoridad si estuviesen en el cielo.

Toda especie de inmoralidad queda claramente delineada en la Palabra de Dios, y se nos exponen sus resultados. Ceder a las pasiones inferiores se nos presenta en su carácter más repugnante. Nadie, por oscuro que sea su entendimiento, está obligado a errar. Pero se me ha mostrado que muchos de los que profesan andar en todos los mandamientos de Dios albergan este pecado. Dios juzgará a cada hombre por su Palabra.

Dijo Cristo: "Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí" (Juan 5:39). La Biblia es una guía infalible. Exige perfecta pureza en palabras, pensamientos y acciones. Únicamente los que tengan un carácter virtuoso y sin mancha podrán entrar en la presencia del Dios puro y santo. Si se estudia y obedece la Palabra de Dios, guiará a los hombres, así como los israelitas fueron conducidos por una columna de fuego de noche y una columna de nube de día. La Biblia es la voluntad de Dios expresada al hombre. Es la única norma perfecta de carácter y señala el deber del hombre en todas las circunstancias de la vida. En ella hay muchas responsabilidades que recaen sobre nosotros, cuyo descuido no sólo nos ocasionará sufrimientos a nosotros mismos, sino que causará pérdida a otros.

Hombres y mujeres que profesan reverenciar la Biblia y seguir sus enseñanzas, dejan de cumplir en muchos aspectos lo que ella exige. En la educación de los niños siguen su propia naturaleza perversa antes que la revelada voluntad de Dios. Este descuido del deber entraña la pérdida de millares de almas. La Biblia traza reglas para la correcta disciplina de los niños. Si los hombres siguiesen estos requerimientos de Dios, veríamos hoy en escena una clase de jóvenes muy diferente. Pero los padres que profesan creer la Biblia y seguirla obran de una manera totalmente opuesta a sus enseñanzas. Oímos el clamor de tristeza y angustia de parte de padres y madres que lamentan la conducta de sus hijos sin darse cuenta de que ellos están trayendo esa tristeza y angustia sobre sí mismos y arruinando a sus hijos por su erróneo cariño. No se (308) percatan de las responsabilidades que Dios les dio para que inculcasen en sus hijos hábitos correctos desde la infancia.

Padres, sois en gran medida responsables de las almas de vuestros hijos. Muchos descuidan su deber durante los primeros años de la vida de éstos, pensando que cuando lleguen a ser mayores tendrán

entonces mucho cuidado para reprimir lo malo y educarlos en lo bueno. Pero la época en que deben llevara cabo esta obra es cuando los niños son tiernos lactantes en sus brazos. No es correcto que los padres mimen y echen a perder a sus hijos; ni tampoco es correcto que los maltraten. Una conducta firme, decidida y recta producirá los mejores resultados. (309)

PARA LOS MINISTROS.-

Se nos ha confiado una grande y solemne verdad. Somos responsables de su difusión. Demasiado a menudo, esta verdad se presenta con la forma de una fría teoría. Uno tras otro, los sermones sobre los puntos doctrinales llegan a la gente que va y viene; algunos nunca tendrán una oportunidad tan favorable para convencerse y convertirse a Cristo. Se pierden oportunidades de oro al pronunciar discursos elaborados que dicen más del yo que de la grandeza de Cristo. La teoría de la verdad, sin una vida de piedad, no puede disipar las tinieblas morales que envuelven el alma.

Las más preciosas gemas de la verdad a menudo se debilitan por envolverlas con palabras de erudición, a la vez que falta el poder del Espíritu de Dios. Cristo presentaba la verdad con toda su simplicidad; consiguió alcanzar no sólo a los de posición elevada, sino también a las personas más humildes de la tierra. El ministro que es embajador de Dios y representante de Cristo en la tierra, que se humilla a sí mismo para que Dios sea exaltado, poseerá la genuina cualidad de la elocuencia. La verdadera piedad, el estrecho vínculo con Dios y una experiencia vivida diariamente en el conocimiento de Cristo harán que aun el tartamudo sea elocuente.

Cuando veo las carencias que sufren las iglesias jóvenes, cuando veo y percibo su gran necesidad de piedad vital y su deficiente experiencia religiosa, mi corazón se entristece. Sé bien que aquellos que les llevan el mensaje de la verdad no los instruyen con propiedad al respecto de los puntos esenciales para alcanzar la perfección de un carácter que se refleja en Jesucristo. Hace ya demasiado tiempo que los maestros de la verdad descuidan estos asuntos. Hablando del evangelio, Pablo dice: "De la cual fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo (310) hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí" (Col. 1:25-29). Nótese la explicación que da del misterio.

Aquí los ministros de Cristo tienen claramente definida su tarea, su calificación y el poder de la gracia de Dios obrando en ellos. No hace mucho Dios se complació en revelarme la gran deficiencia de muchos que profesan ser representantes de Cristo. En pocas palabras, si su fe y su conocimiento de la piedad vital son deficientes, no sólo se engañan a sí mismos, sino que no llevan a cabo la tarea de presentar la perfección en Cristo a todos los hombres. Muchos de los que traen a la verdad carecen de verdadera piedad. Quizás tengan una teoría de la verdad pero no están profundamente convertidos. Sus corazones son carnales; no permanecen en Cristo ni Cristo en ellos. Es deber del ministro presentar la teoría de la verdad; pero no debe detenerse aquí. Debe adoptar el lenguaje de Pablo: "También trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí" (Col. 1:29).

El vínculo vital con el Mayoral hará del rabadán un vivo representante de Cristo, una luz para el mundo. La comprensión de todos los puntos de nuestra fe es esencial, pero es de máxima importancia que el ministro se santifique con la verdad que presenta con el propósito de iluminar la conciencia de sus oyentes. En una serie de reuniones ningún discurso debe consistir sólo de teoría. Las oraciones tampoco deben ser largas y tediosas; Dios no las escucha. He oído oraciones tediosas y sermoneadoras que no venían a cuento y estaban fuera de lugar. Una oración con la mitad de palabras, ofrecida con fervor y fe habría tocado el corazón de los oyentes; sin embargo, he visto cómo se impacientaban y

deseaban que cada palabra fuese la última de la oración. Si el ministro hubiese peleado con Dios en su cámara hasta sentir que su fe se puede aferrar a la promesa eterna: "Pedid y se os dará" (Mat. 7:7), habría llegado de inmediato al centro de la cuestión pidiendo con sinceridad y fe lo que necesitara.

Necesitamos ministros convertidos; de otro modo, las iglesias que surjan de sus esfuerzos, al carecer de sus propias raíces, no serán capaces de avanzar solas. El fiel ministro de Cristo tomará la (311) carga sobre su alma. No ansiará popularidad. El ministro cristiano nunca debería subir al púlpito sin antes haber buscado a Dios en privado y haber llegado a una estrecha conexión con él. Antes de hablar al pueblo deberá elevar humildemente su sedienta alma a Dios y refrescarse con el rocío de la gracia. Con la unción del Espíritu Santo, la cual lo llevará a interesarse por las almas, no despedirá la congregación sin antes presentar ante ella a Jesucristo, el único refugio del pecador, haciendo un fervoroso llamamiento que llegue al corazón de los oyentes. Debe estar convencido de que no volverá a vera esos oyentes hasta el gran día de Dios.

El Maestro que lo ha escogido, que conoce el corazón de todos los hombres, le dará elocuencia para que pueda decir las palabras adecuadas en el momento y con la fuerza justos. Todos aquellos que se convenzan realmente del pecado y cedan al Camino, la Verdad y la Vida, descubrirán que no necesitan las loas y las alabanzas. Cristo y su amor serán exaltados por encima de cualquier instrumento humano. El hombre desaparecerá de la vista porque Cristo es magnificado y es el tema central del pensamiento. Muchos deciden abrazar el ministerio sin antes haberse convertido verdaderamente a Cristo. Nos maravillamos ante el estupor que embota los sentidos espirituales. Falta poder vital. Se ofrecen oraciones muertas y se presentan testimonios que no edifican ni fortalecen a los oyentes. A cada uno de los ministros de Cristo le atañe esclarecer las causas de todo esto.

Pablo escribe a sus hermanos colosenses: "Como lo habéis aprendido de Epafras, nuestro consiervo amado, que es un fiel ministro de Cristo para vosotros, quien también nos ha declarado vuestro amor en el Espíritu. [No un amor profano por la inteligencia, las habilidad o la oratoria del predicador, sino un amor nacido del Espíritu de Dios, a quien su Siervo representó mediante sus palabras y carácter.] Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad; con (312) gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz" (Col. 1:7-12).

Los ministros que trabajan en los pueblos y las ciudades al presentar la verdad no deben sentirse satisfechos, ni creer que su tarea ha concluido, hasta que los que han aceptado la teoría de la verdad lleguen a comprender el efecto de su poder santificador y se conviertan realmente a Dios. Que seis personas se conviertan realmente a la verdad como resultado de sus esfuerzos es más agradable a Dios que sesenta hagan una profesión nominal sin convertirse completamente. Los ministros deberían dedicar menos tiempo a predicar sermones y reservar una porción de sus fuerzas para visitar y orar con los que muestran interés, dándoles una instrucción piadosa hasta el punto de que puedan "presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre" (Col. 1:28).

El amor de Dios debe morar en el corazón del maestro de la verdad. Su corazón debe estar imbuido de ese profundo y ferviente amor que poseía Cristo. Sólo así se derramará sobre los otros. Los ministros deben enseñar que todo aquél que acepta la verdad tiene la obligación de dar frutos para gloria de Dios. Deben enseñar que la abnegación es una práctica diaria, que muchas cosas que han sido codiciadas deben ser abandonadas y que se deben cumplir muchos deberes, por desagradables que parezcan. Los intereses en los negocios, las muestras de afecto de carácter social, la comodidad, el honor, la reputación –en una palabra, todo-, debe ser sometido a las exigencias superiores y siempre supremas de Cristo. Los ministros que no son hombres de piedad vital, que despiertan el interés del pueblo pero no acaban de pulir la tarea, dejan un campo extremadamente difícil para los que deseen entrar y finalizar el

trabajo que ellos dejaron incompleto. Esos hombres serán juzgados; si no desempeñan su labor con más fidelidad, después de una última prueba, serán arrojados como piedras del camino y vigías infieles.

Dios desea que los hombres que se presenten como maestros, previamente hayan aprendido la lección y luego estudien todos los puntos de la verdad presente de manera inteligente y aceptable. Con el conocimiento de la teoría deberían adquirir continuamente un conocimiento más preciso de Jesucristo. Las normas y los estudios (313) son necesarios, pero no suficientes. A ellos el ministro debe unir la oración sincera pidiendo fidelidad para que, de ese modo, no construya con madera, paja o rastrojos, los cuales se consumirán con el fuego del último día. La oración y el estudio deben ir de la mano. Que un ministro sea aplaudido y alabado no es prueba alguna de que sus palabras estén influidas por el Espíritu Santo.

Demasiado a menudo se da el caso de que los jóvenes conversos, a menos que se los proteja, ponen más afectos en el ministro que en el Redentor. Consideran que la labor del ministro los ha beneficiado en gran manera. Se imaginan que posee dones y gracias sumamente excelsos y que nadie excepto él puede hacer las cosas tan bien como él las hace; por lo que otorgan una importancia indebida al hombre y su tarea. Esta confianza los predispone a idolatrar al hombre y a mirar más hacia él que hacia Dios. Al obrar así, no complacen a Dios ni crecen en gracia. Son causa de gran perjuicio para el ministro, en especial si es joven y está en proceso de desarrollo para convertirse en un prometedor obrero del evangelio.

Si realmente son maestros de Dios, estos maestros recibirán las palabras de Dios. Aun cuando sus maneras y su discurso sean defectuosos y sean susceptibles de grandes mejoras, si Dios pronuncia palabras de inspiración a través de ellos, su poder no será humano, sino de Dios. La gloria y el amor del corazón deben ser para Dios; para el ministro quedan la estima, el afecto y el respeto por su tarea porque es el siervo de Dios que lleva el mensaje de misericordia a los pecadores. A menudo, el hombre eclipsa al Hijo de Dios interponiéndose entre él y su pueblo. El hombre es objeto de alabanzas, lisonjas y exaltación, y pocas veces el pueblo puede vislumbrara Jesús, el cual, mediante los preciosos rayos de luz que irradia, debería eclipsar todo lo que lo rodea.

El ministro de Cristo que está imbuido del Espíritu y el amor por su Maestro trabajará para que el carácter de Dios y de su Hijo amado se manifieste en toda su plenitud y de la manera más clara. Se esforzará para que sus oyentes tengan una idea precisa del carácter de Dios, de modo que se reconozca su gloria en la tierra. Un hombre no se ha convertido si en su corazón no ha nacido el deseo de compartir con los demás el precioso amigo que ha descubierto en Jesús; la verdad que salva y santifica no puede permanecer callada (314) en su corazón. El Espíritu de Cristo que ilumina el alma se representa con la luz que disipa todas las tinieblas; es comparado a la sal, porque como ella, tiene propiedades conservadoras, y a la levadura, la cual ejerce su poder transformador en secreto.

Aquellos a quienes Cristo ha unido consigo mismo trabajarán, en la medida que a ellos concierne, diligentemente y de manera perseverante, siguiendo su modelo, para salvar las almas que perecen a su alrededor. Alcanzarán a las personas con oración ferviente y sincera, y esfuerzo personal. Para los que se han convertido completamente a Dios, que disfrutan la comunión con él, es imposible ser negligentes ante los intereses vitales de aquellos que perecen apartados de Cristo.

El ministro no debe cargar con toda la tarea, sino que debe unir a su persona a todos los que se han afianzado en la verdad. De ese modo los capacitará para que puedan trabajar una vez él se haya ido. Una iglesia que trabaja siempre será una iglesia en crecimiento. Ayudar a los demás será para sus miembros un estímulo y un tónico que los fortalecerá y los alentará.

Una vez leí sobre un hombrea quien, estando de viaje un día de invierno, andando en medio de la nieve amontonada por el viento, el frío lo había paralizado tanto que casi había perdido la vida. Cuando casi había perecido congelado, víctima del abrazo del viento helado y estaba a punto de abandonar la lucha por la vida, escuchó los gemidos de otro viajero que, como él, también estaba a punto de perecer víctima del frío. Su humanidad se levantó para rescatarlo. Frotó las extremidades cubiertas de escarcha

del desdichado hasta que, tras un gran esfuerzo, consiguió ponerlo en pie y, puesto que no se podía tener derecho, le pasó los brazos alrededor del cuerpo y cargó con él a través de los montones de nieve que, unos momentos antes, había pensado que no conseguiría cruzar. Cuando hubo llevado a su compañero a un lugar seguro, su mente se iluminó con el destello de la verdad: al salvar a su vecino también se había salvado a sí mismo. Sus sinceros esfuerzos para salvar a otro aceleraron la sangre que se estaba helando en sus venas y creó un saludable calor en las extremidades del cuerpo.

Estas lecciones deben ser repetidas continuamente a los jóvenes creyentes, no como un precepto, sino como un ejemplo de que (315) en su experiencia cristiana pueden alcanzar resultados similares. Los que están desfallecidos y piensan que el camino a la vida está lleno de fatigas y dificultades deben ponerse manos a la obra para ayudar a otros. Con esos esfuerzos, mezclados con oraciones pidiendo luz divina, la vivificante influencia de la gracia de Dios hará palpitar sus corazones; sus emociones brillarán con más fervor divino y toda su vida cristiana será más real, más sincera y estará más consagrada.

El ministro de Cristo ha de ser un hombre de oración, un hombre piadoso; optimista, y nunca áspero o brusco, ni tampoco chistoso o frívolo. El espíritu frívolo puede ser adecuado para la profesión de payaso o actor de teatro, pero siempre rebajará la dignidad del hombre que ha sido escogido para estar entre los vivos y los muertos y para ser la boca de Dios.

La labor diaria se registra fielmente en los libros de Dios. Como hombres que piden iluminación espiritual daréis tono moral al carácter de todos aquellos con los que os relacionéis. Como fieles ministros del evangelio, debéis dirigir todas vuestras energías mentales y todas las oportunidades de vuestra vida hacia el completo éxito de vuestro trabajo y presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre. Con tal fin, debéis orar con sinceridad. Los ministros del evangelio deben poseer ese poder que obró tan grandes maravillas con los humildes pescadores de Galilea.

Necesitáis fuerza moral y espiritual para desempeñar las responsabilidades que se os delegan. Podéis poseerlas y, aun así, sufrir de una gran falta de piedad. El don del Espíritu Santo es indispensable para tener éxito en la gran tarea. Cristo dijo: "Separados de mí nada podéis hacer" (Juan 15:5). Pero con Cristo fortaleciéndoos podéis hacerlo todo. (316)

COMPASIÓN POR LOS DESCARRIADOS.-

Apreciado hermano A: Me he levantado temprano para escribirle. Soy responsable de la luz que se me ha dado últimamente. Durante mi estancia en ese estado el Señor se me ha revelado dos veces. En la noche, mientras le suplicaba, se me mostraron muchas cosas relacionadas con la causa de Dios. Se me presentó el estado de la iglesia, el colegio, el sanatorio y las casas editoras de Battle Creek, y la obra de Dios en Europa e Inglaterra, en Oregon, en Texas y en otros nuevos campos. En los nuevos campos que se han abierto hace poco y llevan la marca divina hay una gran necesidad de obreros. Muchos de los que están en ellos corren el peligro de aceptar la verdad o expresar su aceptación sin una genuina conversión del corazón. Cuando sean probados por la tormenta y la tempestad descubrirán que su casa no estaba construida sobre la roca sino sobre arenas movedizas. El ministro debe poseer una piedad práctica y desarrollarla con su vida diaria y su carácter. Sus discursos no deben ser exclusivamente teóricos.

Se me mostraron algunos aspectos que no son favorables para la prosperidad de la causa de la verdad en Texas. Los hermanos B y sus familias, hasta el momento, no han sido una bendición o una ayuda para la causa de Dios en ningún lugar. Su influencia no es un perfume agradable. No pueden participar en la edificación de la causa de Dios porque carecen de los elementos necesarios para ejercer una influencia saludable en favor de Dios y la verdad. Si usted tuviera la mente de Dios no habría sido tan corto de discernimiento, en especial después de las fieles advertencias que le hicieron quienes deberían ser depositarios de su confianza. Las palabras amables y los discursos agradables lo han confundido. Aunque esos hermanos no son iguales, los caracteres de todos son defectuosos. Con la constante

vigilancia sobre sí mismos y la sincera oración de fea Dios podrían conseguir que el yo se mantenga en su correcto lugar. Por medio de Jesucristo podrían llegar a transformar el carácter y ganar la idoneidad moral para encontrarse con el Señor cuando regrese. Sin embargo, Dios no les confiará ninguna responsabilidad de importancia porque las almas estarían en peligro. Esos hombres no son adecuados para (317) dirigir el rebaño de Dios. Siempre que sus palabras deberían ser parcas y bien escogidas, modestas y humildes, los rasgos naturales de su carácter se superponen en todo cuanto dicen o hacen y la obra de Dios se malogra.

Usted y el hermano C no tienen un verdadero discernimiento. Han confiado demasiado en las capacidades de esos hombres. Aunque un barco sea seguro en casi todos sus aspectos, si en uno solo es defectuoso, si está un poco carcomido, las vidas de todos lo que están a bordo corren peligro. Por más que casi todos los eslabones de una cadena sean perfectos, uno solo defectuoso hace que pierda todo su valor. Las personas que poseen excelentes cualidades pueden tener algunos rasgos de carácter que las hacen inadecuadas para que se les confíe la solemne y sagrada obra de Dios. Los hermanos B son deficientes en casi todo lo que se refiere al carácter cristiano. Su ejemplo no es digno de ser imitado.

Hermano, le queda mucho por hacer antes de que sus esfuerzos lleguen a ser lo que pueden y deben ser. Su entendimiento se ha ofuscado. Relacionarse con aquellos cuyos caracteres se han forjado con un molde inferior no lo elevarán ni lo ennoblecerán, sino que oxidarán y corroerán su espíritu, y echarán a perder su utilidad y lo alejarán de Dios. Usted tiene una naturaleza impulsiva. Las cargas de la vida doméstica y la causa no lo abruman demasiado. A menos que se ponga constantemente bajo la influencia refinadora del Espíritu de Dios, sus maneras corren el peligro de volverse ásperas. Para representar correctamente el carácter de Cristo es necesario que aumente su espiritualidad y se vincule aún más estrechamente con Dios en la gran tarea que ha emprendido. Sus pensamientos deben elevarse y su corazón debe santificarse; así será colaborador de Jesucristo. "Purificaos los que lleváis los utensilios de Jehová" (Isa. 52:11).

La obra de Dios en Texas gozaría hoy de una condición mejor si los hermanos B no estuvieran relacionados con ella. Podría mencionar más causas específicas, pero no lo haré en este momento. Baste decir que esos hombres no se encuentran a bien con Dios, se sienten autosuficientes y competentes para casi cualquier ocupación y no se han esforzado para corregir los rasgos objetables de unos caracteres que les fueron transmitidos como herencia de (318) familia pero que la educación, la cultura y la formación podrían haber sometido. Han mejorado en algunos aspectos, pero si fueran pesados en la balanza, todavía serían encontrados faltos.

La palabra de Dios abunda en principios generales para la formación de hábitos de vida correctos; los testimonios, tanto generales como personales, se han calculado para llamar aún más específicamente su atención sobre esos principios. Sin embargo, no han causado la suficiente impresión sobre sus corazones y sus mentes para que lleguen a percibir la necesidad de una reforma decidida. Si se vieran correctamente a sí mismos en contraste con el Modelo perfecto recibirían la fe que obra por amor y purifica el alma. Esos hermanos, excepto A B, son, por naturaleza, arbitrarios, dictatoriales y autosuficientes. No consideran a los demás mejores que ellos mismos. Profesan ser ecuánimes pero son capaces de colar el mosquito y tragar el camello en su trato con aquellos de sus hermanos que temen, serán considerados superiores a ellos. Fijan su atención en pequeñeces y hablan sobre las personas fundándose sólo en chismes y palabrerías. Esto es así en particular para dos de esos hermanos.

Esos hombres, en especial A B, son buenos conversadores. Sus maneras refinadas de relacionar las cosas tiene tal apariencia de honradez y genuino interés por la causa de Dios que tienden a engañar y nublar las mentes de los que los escuchan. Mientras escribo el corazón me duele de pena porque conozco el resultado de la influencia de esa familia allí donde la ha ejercido. No quería volver a hablar de esas personas, pero la solemne revelación que se me ha hecho de esos asuntos me impele a escribir una vez más. Si los ministros de la palabra, los cuales profesan estar unidos a Dios, no pueden discernir la influencia de esos hombres, no son idóneos para levantarse como maestros de la verdad de Dios.

Bastaría con que esas personas supieran aceptar su posición y nunca intentaran ser maestros o dirigentes para que yo me mantuviera en silencio; pero cuando veo que la causa de Dios corre peligro no puedo permanecer inactiva ni un minuto más.

No se debería permitir que esos hermanos residan en un mismo lugar y formen el núcleo o el elemento director de la iglesia. Carecen de afecto natural. No se manifiestan mutuamente compasión, (319) amor, ni sentimientos elevados, sino que son envidiosos, celosos, murmuradores y se pelean unos con otros. Sus conciencias no son compasivas. El amor, la amabilidad y la mansedumbre de Cristo no forman parte de su experiencia. Dios no permita que un elemento así exista en la iglesia. A menos que se conviertan, esas personas no podrán ver el reino de los cielos. Sus sentimientos se complacen más en destruir con críticas, destacando los errores y buscando las manchas y las impurezas ajenas que en lavar las vestiduras de su propio carácter y quitar la contaminación del pecado blanqueándolas en la sangre del Cordero.

Ahora abordo el punto más doloroso de esta historia, el que concierne al hermano D. El Señor hizo que supiera de una investigación en la que tanto usted como el hermano C aparecían con mucha frecuencia. Dios sufría por ambos. Vi y escuché cosas que me causaron pena y dolor. Cabría esperar que los hermanos B se comportaran con una conducta tan poco razonable e impía como la que se seguía en esa investigación; sin embargo, mi mayor sorpresa y tristeza fue que hombres como el hermano C y usted mismo tuvieran parte activa en esa vergonzosa y sesgada investigación.

Al hermano C, quien desempeñó el papel del abogado para interrogar y sacar a la luz las minucias, le diría que ni por todo el oro del mundo habría aceptado una tarea como esa. Usted fue víctima de un engaño que no tiene ni un atisbo de respeto. La envidia, los celos, las suspicacias perversas y las disputas dudosas organizaron ese carnaval.

Quizá piensen que soy demasiado severa, pero la transacción merece toda la severidad. Al condenar al inocente, ¿pensaron que Dios es como todos ustedes? La subsiguiente condición del hermano D fue la consecuencia de la posición que ustedes tomaron en tal ocasión. Si hubiesen mostrado amabilidad y compasión, hoy él estaría todavía en un lugar en el que su influencia hablaría en favor de la verdad con el poder que ejerce un espíritu manso y pacífico. El hermano D no era un orador elocuente y las palabras suaves y los discursos amables de A B, pronunciados con una aparente calma y honestidad, hicieron su efecto. Ese hombre pobre y ciego debería haber sido considerado con piedad y ternura; y, sin embargo, se lo puso en las peores circunstancias posibles. Dios lo (320) vio y no considerará libre de culpa a ninguno de los que tomaron parte en esa desagradable investigación. Aprendan la lección de esta experiencia; en particular, aprendan a cerrar los oídos a aquellos que puedan alimentar sus prejuicios contra aquellos a quienes Dios ha puesto ante ustedes para que los sostengan, se compadezcan de ellos y los fortalezcan.

El hermano C y usted no podían ver los defectos de los hermanos B; ni tampoco podían discernir los rasgos de carácter opuestos del hermano D. Sin embargo, su influencia, santificada por el Espíritu de Dios, hablaría sobre la causa de Dios con un poder diez veces mayor que el de los hermanos B. Han perjudicado mucho al hermano D; les aconsejo que se arrepientan de esa ofensa con la misma pasión con la que se entregaron a ella. En nombre del Maestro, les encarezco para que sacudan las influencias humanas y cierren los oídos a los rumores. Que nadie ponga un testimonio ajeno en sus bocas; antes permitan que Dios, y no los hombres sin consagrar, deposite en ustedes la causa.

El hermano C necesita que el Espíritu de Dios que suaviza y refina more en su corazón. Debe ejercitarlo en el hogar. "El amor sea sin fingimiento" (Rom. 12:9). Que el espíritu arbitrario, dictatorial y censurador sea arrojado de su casa, así como toda la malicia. El mismo espíritu exigente y acusador se manifestará en la iglesia. Si con el tiempo, suaviza sus sentimientos, actuará de manera más amable; pero si por el contrario, sus sentimientos se endurecen, se comportará del mismo modo. El control de sí mismo y la disciplina no han sido objeto de sus ejercicios. Allí donde el hermano D tiene un defecto, sus jueces y los que lo condenaron tienen diez.

Hermano A, ¿por qué no se puso completamente de parte del oprimido? ¿Por qué no intentó llegar a un compromiso? ¿Por qué no levantó su voz y, como el Salvador, dijo: "El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra" (Juan 8:7)? Ha cometido un terrible error que traerá como consecuencia la pérdida de más de una alma, por más que obrara desde la ignorancia. Si de su boca hubiera salido una sola palabra amable y de genuina compasión para con el hermano D, se habría registrado en el cielo. Pero el sentido que usted tenía de la tarea que lleva a cabo para el tiempo de la eternidad no era mayor que el de aquellos que condenaron (321) a Cristo. Usted juzgó y condenó a Cristo en la persona de su santo. "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mat. 25:40). Jesús siempre reprendió la hipocresía con la máxima severidad, a la vez que recibía, perdonaba y consolaba a los mayores pecadores que acudían a él con arrepentimiento sincero.

¿Alguna vez pensó que el hermano D podría llegara creer que lo erróneo era correcto y lo correcto erróneo porque así se lo hicieran creer sus hermanos? Estaba inquieto y nervioso. Todo le parecía tenebroso e incierto. Su confianza en usted y el hermano C se había desvanecido. ¿En quién confiaría? Recibía censuras una vez tras otra hasta que quedó confuso, desconcertado y desesperado. Quienes lo llevaron a ese estado cometieron el pecado más execrable.

¿Dónde estaba la compasión, aun desde el punto de vista más básico del común de la humanidad? d? Las personas mundanas, por regla general, no habrían sido tan descuidadas, tan faltas de misericordia y cortesía; habrían mostrado más compasión hacia un hombre ante su grave enfermedad, considerándolo merecedor de las más tiernas atenciones y el afecto de buena vecindad. Sin embargo, era un hombre ciego, un hermano en Cristo, y varios de sus hermanos se erigieron en jueces de su caso.

Más de una vez durante el progreso del juicio, mientras el hermano era perseguido como si se tratara de dar caza a un conejo para matarlo, usted estallaba en una estentórea carcajada. Ahí estaba el hermano C, naturalmente tan amable y compasivo que censuraba a sus hermanos por su persistencia en el juego asesino, aunque se tratase de un pobre ciego, cuyo valor es mucho más elevado que un simple pájaro porque se trata de un ser creado a imagen y semejanza de Dios y puesto por encima de las criaturas mudas que él protege. De haberse escuchado su voz en la asamblea, el veredicto de Aquel que habló como jamás ningún hombre ha hablado podría ser: "Coláis el mosquito, y tragáis el camello' (Mat. 23:24).

El que tuviera tan tierna compasión por los pájaros podría haber ejercido una compasión digna de alabanza y un amor por Cristo en la persona de su afligido santo. Sin embargo, ustedes tenían los ojos cubiertos por una venda. El hermano B presentó un discurso (322) agradable y habilidoso. El hermano D no era orador preparado. Sus pensamientos no podían revestirse de un lenguaje adecuado para su defensa. Además, estaba demasiado sorprendido como para dar la vuelta a la situación. Sus agudos y críticos hermanos se volvieron en fiscales y pusieron al ciego en gran desventaja. Dios vio y anotó las transacciones de ese día. Aquellos hombres, versados en disipar nieblas y resolver casos, aparentemente, obtuvieron un triunfo, a la vez que el hermano ciego, maltratado y vilipendiado, sintió que la tierra se hundía bajo sus pies. La confianza depositada en aquellos que había creído que eran los representantes de Cristo se vio terriblemente zarandeada. El impacto moral que recibió ha estado a punto de causar su ruina, física y espiritual. Todos los que se vieron mezclados en esa obra deberían sentir el más profundo remordimiento y arrepentimiento ante Dios.

El hermano D ha cometido un error al hundirse bajo el peso de los reproches y las críticas inmerecidas que debieran haber recaído sobre otras cabezas antes que la suya. Ha amado la causa de Dios con toda su alma. Dios ha demostrado su cuidado por el ciego al darle prosperidad y, aun esto se ha vuelto contra él por causa de sus envidiosos hermanos. Dios ha puesto en los corazones de los incrédulos la facultad de ser amables y compasivos con él porque es ciego. El hermano D fue un caballero cristiano que incluso supo reconciliarse con sus enemigos mundanos. Dios fue para él un tierno padre y allanó su camino. Él debió haber sido fiel a su conocimiento de la verdad y servir a Dios con sencillez de

corazón, sin tener en cuenta la censura, las envidias y las falsas acusaciones. Hermano A, la posición que usted tomó fue el golpe definitivo para el hermano D. Sin embargo, él no debió abandonar su firmeza en Dios aunque los ministros y el pueblo siguieran un rumbo que él considerara injusto. Si se hubiera aferrado a la Roca eterna, se habría mantenido firme desde el principio y habría mantenido la fe y la verdad contra viento y marea. ¡Cuánto necesitaba el hermano D aferrarse aún con más fuerza al Brazo que es poderoso para salvar!

Todo el valor y la grandeza de su vida se derivan de su conexión con el cielo y la vida futura e inmortal. El brazo eterno de Dios rodea al alma que se vuelve a él en busca de ayuda, y no tiene (323) en cuenta su debilidad. Las bellezas de las colinas perecerán; pero el alma que vive por Dios, que no es conmovida por la censura, que no se corrompe con el aplauso, vivirá por siempre con él. La ciudad de Dios abrirá sus puertas de oro para recibir al que mientras estuvo en la tierra aprendió a inclinarse ante Dios buscando su guía y sabiduría, su consuelo y esperanza en medio de la pérdida y la aflicción. Los cánticos de los ángeles le darán la bienvenida y el árbol de la vida dará para él sus frutos.

El hermano D ha fracasado cuando tenía que haber salido victorioso. Pero el compasivo ojo de Dios no lo ha abandonado. Aunque la compasión humana pueda desvanecerse, Dios sigue amando y apiadándose, y alarga su mano ayudadora. Si el hermano D es humilde, manso y sencillo de corazón, Dios levantará su cabeza y pondrá sus pies firmes sobre la Roca de la Eternidad. -Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará', dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti" (Isa. 54:10).

Sometidos a juicio, ninguno de nosotros sería excusado por permitir que nuestro vínculo con Dios se pierda. Él es la fuente de nuestra fuerza, nuestro baluarte en el juicio. Cuando clamamos pidiendo ayuda, su mano se extiende poderosamente para salvarnos. El hermano D debió haber sentido que, teniendo a Dios como su padre, podía esperar y gozarse aun cuando todos sus amigos humanos lo abandonaran. Le ruego que no abandone el servicio a Dios porque un hombre débil lo haya juzgado mal, sino que se apresure y se consagre a Dios y lo sirva con todas sus fuerzas. Dios lo ama y él ama a Dios; sus obras deben estar en concordancia con su fe, no importa cómo se comporten los hombres con él. Sus enemigos pueden indicar que su posición actual es la prueba de que su juicio era correcto. La conducta del hermano D ha sido precipitada e irreflexiva. Su alma ha sido víctima del desengaño y piensa que la herida es demasiado profunda para ser sanada. Sobre los que lo persiguieron tan encarnizadamente recae una gran culpa. Si Dios hubiese tratado sus retorcidos caminos y sus imperfectos caracteres como ellos han tratado al hermano D, años ha que habrían perecido. Pero el Dios de compasión se apiadó de ellos y no los trató según merecen sus pecados. (324)

Dios fue fiel al hermano D, y éste debería responder a su misericordia, aunque el hombre haya mostrado tan poca ternura y los sentimientos de la humanidad común. El hermano D tiene el privilegio de refugiarse en Cristo ante la rivalidad de las lenguas y sentir que las inagotables fuentes de gratitud, satisfacción y paz están abiertas para él y son accesibles en cualquier momento. Aunque tuviera todos los tesoros terrenales, no sería tan rico como ahora puede ser al poder estar junto a los justos y beber hasta la saciedad de los torrentes de salvación.

¿Qué no hizo Dios por el hermano D al dar a su Hijo para que muriera por él? Y con él, ¿no le dará todo de balde? ¿Hay alguna razón por la que el hermano D tendría que ser infiel a Dios a causa de la infidelidad humana? El amor que une el corazón de una madre a su hijo afligido es mucho más poderoso que la muerte; y sin embargo, Dios declara que aunque una madre pueda olvidar a su hijo, "yo nunca me olvidaré de ti" (Isa. 49:15). No, ni una sola alma que deposite en él su confianza será olvidada. Dios piensa en sus hijos con la más tierna solicitud y tiene ante sí un libro de memoria para no olvidar nunca a los hijos que están bajo su cuidado.

Se romperán todos los vínculos,
los amigos infieles serán,
las madres a los suyos olvidarán,

cielo y tierra se desvanecerán
pero la mudanza no alcanza
al amor del Eterno.

El hermano y la hermana D podrían haber sido una preciosa ayuda para la iglesia si se los hubiera acercado a una posición de mejor comprensión donde la iglesia hubiera aceptado sus esfuerzos. Las envidias, las habladurías y los celos los han apartado de la iglesia. Abandonar el escenario del juicio con mayor prontitud habría sido beneficioso para ellos.

Salem, Oregon, 08 de Julio de 1878. (325)

LA CAUSA EN TEXAS.-

Dios me ha mostrado muchas cosas sobre la obra de Satanás en Texas y la conducta anticristiana de algunos que se han mudado desde Michigan. Se me mostró que los hermanos B no han aceptado de corazón el testimonio que se les dio. Confían más en ellos mismos que en el espíritu de profecía. Han creído que la luz que les fue dada no procedía del cielo, sino que tenía su origen en informes que me fueron dados por otros. Esto no es así. Sin embargo, permítaseme preguntar: "¿Acaso no había base para tales informes? ¿Acaso la historia de su vida no condena su conducta?"

Ningún miembro de esa familia ha pasado por una experiencia religiosa que lo cualifique para asumir una posición de dirección en la enseñanza de la verdad a otros. "Purificaos los que lleváis los utensilios de Jehová" (Isa 52:11) son las palabras pronunciadas por el ángel de Dios. %o sois utensilios escogidos de Jehová para tomar parte en la sagrada obra. Marchitáis y corroéis en lugar de purificar y bendecir". Hermanos B, siempre han puesto muy bajo el listón del cristianismo. Durante un tiempo, cuando no se los conocía del todo, tuvieron influencia. Una vez la obtuvieron bajaron la guardia y se comportaron según las inclinaciones naturales del corazón, hasta que los que aman la verdad se dieron cuenta de que ustedes son un gran obstáculo para el avance de la obra de Dios. No son habladurías, sino los hechos reales.

Si siempre manifestasen amabilidad, respeto, amor noble y generosidad hacia los más desdichados, su servicio a Cristo sería efectivo. Si el espíritu de Cristo morara en ustedes lo representarían con sus palabras, con sus acciones y aun con la expresión de su rostro. Su conversación iría acompañada de mansedumbre, no de orgullo y vanagloria. No querrían enaltecerse y glorificarse ustedes mismos. La humildad es una gracia cristiana con la que ustedes no están en absoluto familiarizados. Han aspirado a la supremacía y han querido que los otros sintieran su superioridad en el gobierno y las ordenes que les dirigían. Este ha sido el caso de A B. Él y su esposa no pueden valerse de su influencia para avanzar en su posición moral y espiritual en la causa de Dios. Cuanto más limitada sea su esfera de influencia con respecto a la causa de Dios tanto mejor será para (326) la causa. Sus palabras y sus acciones en materia de equidad no son dignas de confianza. Es el caso general de A B y sus hermanos. El mundo y la iglesia tienen todo el derecho de decir que su religión es vana. Son mundanos e intrigantes, y no desaprovechan ninguna oportunidad de obtener ganancia. Son severos y exigentes con los que los rodean. Son envidiosos, celosos y vanidosos.

Los que presentan así la verdad levantan una poderosa barrera para la salvación de los otros. A menos que se transformaran, sería mejor que nunca hubieran abrazado la verdad. Sus mentes están más bajo el control de Satanás que del Espíritu de Dios. La esposa del hermano A B posee, por naturaleza, un corazón amable pero su esposo la ha moldeado. Es charlatana. Su lengua, a menudo, está inflamada con el fuego del infierno; es indomable. "En las muchas palabras", dice Salomón, "no falta pecado" (Prov. 10:19). Esto es especialmente cierto en su caso. Exagera y da falsos testimonios y, de ese modo, transgrede constantemente el mandamiento de Dios a la vez que profesa ser una guardadora de los mismos. No desea ofender, pero la verdad no santifica su corazón.

Mientras usted, hermano B, se ha apresurado a entablar controversias con otros sobre algunos puntos de la fe, sin excepción, ha permanecido dormido a aquellas cosas que son adecuadas al cristianismo.

Usted no tiene idea, ni por ensueño, de la condición en la que se encuentra. Esa apatía se extiende por la iglesia y sobre todos los que, profesando a Cristo como usted lo ha profesado, lo niegan con sus acciones. Está arrastrando a otros a la misma senda de irreflexión que usted pisa. La palabra de Dios declara que sin santidad ningún hombre verá a Dios. Jesús murió para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo especial, celoso de las buenas obras.

"Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente" (Tito 2:11). Cristo dijo: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mat. 5:48). ¿Cuántas son sus oraciones si en sus corazones dan cobijo a la iniquidad? A menos que cambien completamente, en no mucho tiempo, como los hijos de Israel, estarán cansados de tanta reprensión y, (327) como ellos, apostatarán de Diosa Algunos de ustedes reconocen de palabra las reprobaciones, pero no las aceptan de corazón. Persisten en su conducta y se vuelven menos susceptibles a la influencia del Espíritu de Dios, se vuelven cada vez más ciegos, su sabiduría se reduce, pierden el control de sí mismos y les flaquea la fuerza moral, a la vez que se reduce su celo y su gozo por los ejercicios religiosos. A menos que se conviertan, ustedes acabarán por desasirse completamente de Dios. Cuando han sido objeto de reprensión no han llevado a cabo cambios decididos en su vida porque no han visto ni han percibido los defectos que afean su carácter ni el gran contraste que hay entre su vida y la vida de Cristo. Su política ha sido ponerse a ustedes mismos en una posición en la que no llegasen a perder completamente la confianza de sus hermanos.

Se me mostró que la condición de la iglesia de es deplorable. Su influencia, hermano A B, y la de su esposa, como usted y cualquiera otro podrá ver, ha causado discordia y disensión, y será una terrible ruina para la iglesia a menos que cambie o se convierta. La relación con usted carcome y corroe a las personas. Tiene simpatizantes porque no todos ven lo que Dios ve. La percepción que ellos tienen de usted está pervertida por su mucha palabrería y discursos agradables. Con cosas así, no puedo por menos que sentirme descorazonada.

Se me mostró que en lo que se refiere a la oratoria, A B está cualificado para dirigir las reuniones; pero es encontrado falto en cuanto la adecuación moral es sometida a la balanza. Su corazón no está a bien con Dios. Cuando otros son puestos en una posición de mando se enfrentan al espíritu de oposición de A B y su esposa. Ese espíritu sin santificar no se manifiesta abiertamente, sino que se vale de palabras pronunciadas en secreto con el fin de obstaculizar, desorientar y desalentar a aquellos que desempeñan sus funciones del mejor modo que pueden. Dios lo ve y, a su debido tiempo, estas acciones recibirán la justa recompensa. Mandar o matar es la política de ese hermano. Por lo que a su esposa se refiere, la situación no es mejor; sus sentidos están pervertidos y no está a bien con Dios.

Hermano A B, en el cielo se lleva un registro de su desdichada historia. Su corazón está dividido en una lucha contra los testimonios de reprensión. La familia E fue, y todavía es, víctima de sus (328) engaños. Otros están más o menos desconcertados porque usted habla bien cuando presenta la verdad. En la iglesia de ----- no hay armonía y unidad. No ha recibido la luz que le fue dada ni actúa según ella. De haber prestado la debida atención a las palabras de Salomón, hoy no se encontraría pisando un terreno tan resbaladizo. Dice: Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia" (Prov. 35). La entera sumisión a la voluntad y los deseos de Dios y la profunda desconfianza de su propia sabiduría, lo habrían conducido por una senda más segura.

La confianza que tenía en sí mismo era muy grande. Si a un hermano se le sugería que dirigiera las reuniones o que aceptara una posición de confianza en detrimento de usted, a usted le faltaba tiempo para determinarse a contribuir en su fracaso y, junto a su perversa voluntad, disponía su espíritu de oposición.

Su conducta hacia el hermano D fue extremadamente insultante y ofensiva. Su corazón estaba conmovido por la más sincera simpatía por usted. Fue su amigo, pero el hecho de que se apartara de usted bastó para que en su corazón se abriera paso un espíritu de celos tan cruel como el mismísimo

sepulcro. Por si fuera poco, ese espíritu actuó contra un hombre ciego, alguien que debería haber gozado de los cuidados más amables y la más profunda compasión de todos. Su perverso y engañoso espíritu empujó a otros para que simpatizaran más con usted que con él. Cuando él vio que los hermanos no sacarían nada en claro del caso y se convenció plenamente de que el mal triunfaba sobre la justicia, su espíritu quedó tan herido que se desesperó. Fue entonces cuando abandonó a Dios. Sufrió un ataque parcial de parálisis. Su situación estaba al borde de la ruina, mental y física. En las reuniones de la iglesia se habló de asuntos de escasa o nula trascendencia, los rumores se perpetuaron y se exageró la dimensión de las cosas. Como consecuencia, las mentes de los presentes recibieron una mala, muy mala impresión.

Desear así la destrucción de alguien que está en plena posesión de sus facultades es un gran pecado, pero ese mismo comportamiento referido a alguien que es ciego, que debería ser tratado de modo que sienta que su pérdida de visión es una nimiedad; es un pecado de magnitud mucho más grave. Si sus sentimientos fuesen los correctos, hermano, o si fuese un cristiano como profesa ser, (329) no podría haberlo maltratado como lo maltrató. Sin embargo, el hermano D tiene un Amigo en el cielo que ha defendido por él su causa y le ha dado fuerzas para aferrarse de nuevo a las promesas de Dios. Cuando el hermano D era víctima del gran dolor que le causó el trato recibido, perdió la razón. Esa circunstancia fue usada contra él para demostrar que su espíritu era maligno. Pero el Juez que todo lo ve conoce los motivos y dará su recompensa según las obras.

Hermano A B, se ha envanecido y se ha considerado competente para desempeñar cualquier tarea. Ha abandonado los Testimonios del Espíritu de Dios y, de serle posible, habría forjado todas las cosas según un nuevo molde. ¡Cuánto le cuesta ver las cosas con la luz correcta cuando el deber va en una dirección y sus inclinaciones en otra! Sus ideas sobre el carácter de Cristo y de la necesaria preparación para la vida venidera son limitadas y perversas.

Se me mostró que los hermanos B y sus familias siguen un camino descendente. "Éstos son [...] nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos; árboles otoñales, sin fruto", que, si persisten en la conducta que han llevado hasta ahora, finalmente serán "dos veces muertos y desarraigados" (Judas 12). Al inclinarse ante su propio entendimiento, han descendido hasta un punto en el que han sido desposeídos de piedad práctica, del cielo y de Dios como su Dios.

Si el pueblo de Dios estuviera unido a él, discerniría las limitadas capacidades de esos hombres, sus prejuicios, su envidia, sus celos y su confianza en ellos mismos. Las objeciones que sus perversos corazones plantean a los Testimonios del Espíritu de Dios, según la providencia de Dios, no serán borradas. Tropezarán y caerán en cuestiones que ellos mismos habrán originado. No obstante, el pueblo de Dios debería ver que sus orgullosos corazones nunca se han humillado y que sus altivas miradas nunca se han rebajado. La Biblia es clara en lo que se refiere a todos los puntos del deber cristiano. Todos los que hacen la voluntad de Dios deben conocer la doctrina. Pero esas personas buscan la luz de sus propias candelas y no del Sol de Justicia.

Nadie que no exprese los sentimientos reales de su corazón merece ser llamado veraz. La falsedad consiste, virtualmente, en la intención de engañar y se puede demostrar con una simple mirada o una palabra. Incluso los hechos pueden ser dispuestos y narrados (330) de modo que constituyan una falsedad. Algunos son verdaderos maestros en estas lides y querrán justificar su alejamiento de la estricta veracidad. Algunos, con el fin de destruir o dejar maltrecha la reputación de alguien, con malicia calculada, maquinarán falsedades que la perjudiquen. Se miente en beneficio propio en la compra y la venta de bienes, ganado o cualquier tipo de mercancía. Los hombres que desean aparentar lo que no son mienten por exageración. Una historia no puede pasar por sus manos sin que la adornen. ¡Cuánto se ha hecho en el mundo cuyos autores quisieron luego haber podido deshacerlo! Pero el registro de las palabras y los hechos en los libros del cielo contará la triste historia de falsedades dichas y hechas.

La falsedad y el engaño de cualquier clase es un pecado contra el Dios de verdad. La palabra de Dios es clara respecto de estos puntos. "No hurtaréis, y no engañaréis ni mentiréis el uno al otro" (Lev. 19:11). "Todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda" (Apoc. 21:8). Dios es el Dios de la sinceridad y la verdad. La palabra de Dios es un libro de verdad. Jesús es el testigo fiel y verdadero. La iglesia es testigo y campo de verdad. Todos los preceptos del Altísimo son completamente verdaderos y justos. Así pues, ¿cómo verá la prevaricación y la exageración o el engaño? La lepra, que sólo podía acabar con la muerte, fue el castigo para el siervo de Eliseo que mintió porque codiciaba los dones que el profeta había rechazado.

Ni siquiera la vida debe ser mercadearla con mentiras. Los mártires podrían haber negado la verdad con una simple palabra o una inclinación de la cabeza y así salvar sus vidas. Habría bastado con que consintieran en que se arrojara un solo grano de incienso en el altar de los ídolos para que se hubieran salvado del potro de tortura, el catafalco o la cruz. Aun así, no quisieron que hubiera falsedad en sus palabras y sus actos, por más que hacerlo les hubiera garantizado la vida. Con la mente clara, prefirieron la prisión, la tortura y la muerte antes que librarse de ellas con el engaño, la falsedad y la apostasía. Mediante la fidelidad y la fe en Cristo obtuvieron vestiduras inmaculadas y coronas de piedras preciosas. A ojos de Dios sus vidas fueron ennoblecidas y elevadas porque, en las peores circunstancias, se mantuvieron firmes por la verdad. (331)

Los hombres son mortales. Pueden ser piadosos con sinceridad y aun así cometer muchos errores en su comprensión y tener muchos defectos de carácter. Sin embargo, no pueden ser seguidores de Cristo y permanecer junto al que "ama y hace mentira" (Apoc. 22:15). Una vida tal es fraudulenta, una falsedad perpetua, un engaño fatal. Los hombres y las mujeres tendrán que enfrentarse a sus pecados y reconocerlos abiertamente. Ésa será la prueba definitiva de su valentía. Decir: "Soy responsable de ese error" requiere una fuerza de introspección que el mundo sólo posee en muy escasa medida. Pero quien tenga el valor de decir esto con sinceridad obtiene una decidida victoria sobre sí mismo y cierra efectivamente la puerta al enemigo.

La adherencia a los más estrictos principios de la verdad, con frecuencia, será la causa de incomodidades presentes, incluso de pérdidas temporales, pero aumentará la recompensa en la vida futura. La religión no consiste en un mero sistema de doctrinas estériles, sino en la fe práctica que santifica la vida y corrige la conducta en el círculo familiar y en la iglesia. Muchos diezman la menta y la ruda y, al mismo tiempo, descuidan asuntos de mayor importancia: la misericordia y el amor de Dios. Para la perfección del carácter cristiano es esencial andar humildemente con Dios. Dios exige los principios más rectos en los más minuciosos detalles de las transacciones de la vida. Cristo dijo: "El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel" (Luc. 16:10).

La magnitud o la aparente insignificancia de una transacción comercial no decide su justicia o injusticia, su honestidad o su deshonestidad. La menor desviación de la rectitud nos sitúa en el campo del enemigo y, si persiste, paso a paso, nos hace reos de injusticia. Una gran parte del mundo cristiano divorcia la religión de los negocios. En el trato con otros se ponen en práctica miles de pequeñas artimañas y engaños de poca importancia que revelan el verdadero estado del corazón y muestran su corrupción.

Usted, hermano A B, no honra la causa de la verdad. Es preciso limpiar la fuente para que la corriente sea pura. Su esposa está demasiado ocupada buscando la mancha y la suciedad en el carácter de sus hermanos y hermanas. Mientras buscaba la cizaña en el jardín ajeno ha descuidado el suyo propio. Debe esforzarse diligentemente (332) para construir un carácter sin mácula. Corre el temible peligro de no conseguirlo. Si pierde el cielo, lo perderá todo. Ambos deben hacer limpieza en el templo del alma porque se ha ensuciado terriblemente. Sus mentes están pervertidas. "El temor de Jehová es el principio de la sabiduría" (Prov. 9:10). Desconfíen de ustedes mismos y sean celosos, pero nunca usen sus lenguas para expresar los celos que sus corazones sienten hacia otros. Tienen ante ustedes una gran tarea por hacer, humillarse tanto ante Dios que él acepte su arrepentimiento. Hasta este momento

ustedes han sido oyentes pero no han pasado a la acción perseverante ante el mundo. Una y otra vez han admitido que estaban equivocados, pero la mente carnal ha permanecido inamovible. Los sentimientos han provocado pequeños cambios, pero no ha habido una reforma del principio. Vi que ha llegado el momento en su caso en que es preciso pasar a la acción para que se produzca un cambio radical en sus vidas. La iglesia de Dios no puede aceptar sus maneras ásperas y su cristianismo poco exigente.

Hermanos, con uno de ustedes en un lugar basta. Entre ustedes hay contiendas y disensiones constantes. Están llenos de odio y se detestan mutuamente. Pero, aunque son notables para los que están en el mundo y se relacionan con ustedes, se encuentran tan lejos de Dios que no pueden pensar otra cosa que no sea que tienen razón. Cada uno necesita una visión más cercana de Cristo para poder discernir con más claridad en qué consiste ser como él. A menos que cambien sus maneras, y venzan completamente su comportamiento pomposo, dictatorial y descortés, deshonrarán la causa dondequiera que vayan. Habría sido mejor que nunca hubiesen nacido. Ha llegado el momento en que deberán escoger entre ir a la derecha o a la izquierda. "Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él" (1 Reyes 18:21). El deforme carácter que han desarrollado es una deshonra para el cristianismo. Ninguna iglesia prosperará bajo su gobierno y guía porque no están unidos a Dios. Son vanidosos, orgullosos, pagados de sí mismos, y harán que los demás se amolden al mismo patrón.

La iglesia de Dios ha cargado durante mucho tiempo con sus acciones y maneas anticristianas. Que Dios los ayude a ver y sentir que sus intereses eternos demandan una transformación completa. (333)

Su ejemplo aleja a otros de la pura y elevada senda de la santidad. Los grandes hombres de verdad son, invariablemente, modestos. La humildades una gracia que los adorna de manera natural. Los que en sus mentes han almacenado conocimientos útiles y detentan genuinos logros y refinamiento son los que estarán más dispuestos a admitir la debilidad de su entendimiento. No confían en ellos mismos ni son vanidosos, sino que, puestos ante los altos logros hasta los cuales se puede elevar su grandeza intelectual, piensan de sí mismos que no han hecho más que empezar la ascensión. Aquel cuyo pensamiento es superficial y sólo ha adquirido un conocimiento preliminar y escaso, se tiene por sabio y afecta aires de importancia.

Hoy podrían ser hombres de honor y confianza, pero todos ustedes se han sentido tan satisfechos con ustedes mismos que no han aumentado la luz ni los privilegios que graciosamente les habían sido concedidos. Sus mentes no se han expandido con las gracias cristianas ni sus aficiones se han santificado con la comunión con el Dador de la vida. La pequeñez, la mundanalidad, pone su sello en el carácter externo y revela, sin lugar a dudas, el hecho de que han andado según los dictados de su corazón, guiándose por sus propios ojos y siguiendo sus propios designios.

Cuando se une a Dios y busca sinceramente su aprobación, el hombre se eleva, se ennoblece y se santifica. El hombre, por medio de Jesucristo, debe llevara cabo la obra de elevación. El cielo le dará todas las ventajas en la medida en que se refiera a asuntos temporales o espirituales pero todo será vano a menos que esté dispuesto a apoderarse de esas bendiciones y ayudarse a sí mismo. Debe poner en juego todas sus fuerzas o, finalmente, será pesado en la balanza y encontrado falto. Será considerado un fracaso en la medida que lo sea su vida y perderá la vida futura.

Todos los que, con un esfuerzo determinado, busquen la ayuda de lo alto y subyuguen y crucifiquen al yo tendrán éxito en este mundo y ganarán la vida futura e inmortal. Este mundo es el campo de labor del hombre. Su preparación para el mundo venidero depende del modo en que desempeñe sus deberes aquí. Dios ha destinado que sea una bendición para la sociedad; si de él depende, no puede vivir y morir por sí mismo. Dios nos ha unido como miembros de una familia y todos estamos obligados a aceptar esta (334) relación. Hay servicios mutuos que no podemos pasar por alto sin transgredir los mandamientos de Dios. Si vivimos, pensamos y actuamos para nosotros mismos somos inútiles como siervos de Dios. Los títulos altisonantes y los grandes talentos no son esenciales para ser buenos ciudadanos o cristianos ejemplares.

Hay en nuestras filas demasiados agitadores, charlatanes y complacidos de sí mismos que se toman la libertad de adelantarse, carentes de la necesaria reverencia por la edad, la experiencia o el oficio. Hoy la iglesia sufre la carencia de un carácter opuesto: hombres modestos, pacíficos, temerosos de Dios, que lleven las desagradables cargas que se depositen sobre sus espaldas, no por el nombre, si no por prestar un servicio al Maestro que murió por ellos. Las personas que tienen este carácter no piensan que sea una ofensa a su dignidad levantarse ante un anciano y tratar las canas con respeto. Debemos eliminar la cizaña de nuestras iglesias. Entre los miembros hay demasiada autoexaltación y autosuficiencia.

Los que temen y reverencian a Dios recibirán las delicias del honor. El hombre puede elevarse hasta ser el vínculo entre el cielo y la tierra. Salió de la mano de su Creador con un carácter que refleja el suyo y una capacidad de mejora tal que, combinando la influencia divina y el esfuerzo humano, le permitieran elevarse hasta casi alcanzar la esfera de los ángeles. Y, sin embargo, puede no apercibirse de su bondad y su grandeza.

Dios dio al hombre facultades intelectuales capaces de alcanzar los más altos grados de educación. Si los hermanos B hubiesen visto la aspereza y la brusquedad de su carácter y, con perseverancia, hubiesen cultivado y formado la mente, fortaleciéndola allí donde el carácter es débil y venciendo sus más flagrantes defectos, algunos de ellos habrían sido aceptados como mensajeros de Cristo. Pero, tal como son ahora, Dios no puede aceptar a ninguno de ellos como representante suyo. No se han apercibido suficientemente de su necesidad de mejora, de modo que no la desean. Sus mentes no han sido formadas con el estudio, la observación, la reflexión y el constante esfuerzo para disciplinarse y afrontar los deberes de la vida. Todos tienen a su alcance los medios necesarios para mejorar. Con la ayuda de Jesús, ninguno es tan pobre ni está tan ocupado como para no poder mejorar su vida y su carácter. (335)

ADVERTENCIA A UN MINISTRO.-

Hermano y hermana F: Se me ha mostrado la gran misericordia y el infinito amor de Dios al darles una nueva oportunidad. Será muy necesario que se aferren firmemente al poderoso Sanador para que puedan recibir fuerza física y espiritual. Su salud es escasa, pero corren el peligro de pensar que su situación es peor de lo que en realidad es. No han tenido fuerzas para resistir porque no han forjado un carácter fuerte, esperanzado y paciente. Se rinden a la enfermedad en lugar de levantarse sobre ella. Aunque las tentaciones los asalten por todos lados, la persistencia paciente en las buenas acciones hará que venzan los defectos de sus caracteres. Se me mostró que, a pesar de que sus pies hayan emprendido el camino de la perdición, Dios no los ha rechazado completamente. Su inigualable misericordia, la cual les da una nueva oportunidad de probar su lealtad hacia él, requiere de ustedes que anden con mucha humildad y vigilen al yo. Se han consentido y se abandonado tanto a los placeres que ahora deben actuar en la dirección opuesta.

Usted, hermano F, ha sido muy orgulloso y esto ha desagradado a los ojos de Dios. Usted y su esposa han tropezado una y otra vez con este defecto. La complacencia y la indulgencia hacia ustedes mismos han minado sus fuerzas. Ninguno de ustedes es deficiente por lo que a razonamiento y juicio naturales se refiere, pero han preferido seguir las inclinaciones antes que la senda del deber, por lo que no han podido reprimir los rasgos defectuosos del carácter y fortalecer su escaso poder moral.

Hermano F, es impaciente, inquieto y exigente en casa y, tras un corto tiempo, también se muestra así con las nuevas amistades. A menudo habla de manera impaciente y arrogante. Abandone y arrepiéntase de esa actitud. Ahora puede comenzar de nuevo. Dios, en su misericordia infinita, le ha dado una nueva oportunidad. Su esposa tiene que combatir muchos defectos, vigile que no la arroje a los brazos de Satanás. Deben abandonar la agitación, las críticas y las frases altisonantes. ¿Cuánto tiempo han dedicado a obtener la victoria sobre su perversa voluntad y los defectos de su carácter? Si siguen por ese camino, se acabará su tiempo de gracia (336) antes de que hayan hecho esfuerzos decididos y esenciales para obtener la victoria sobre el yo. La providencia de Dios los pondrá en situaciones en las

que, de existir, se mostrarán sus peculiares rasgos de carácter. No ven ni se imaginan las consecuencias de sus irreflexivas, impacientes, quejosas y llorosas palabras.

Usted y su esposa tienen otra oportunidad de oro para sufrir por Cristo. Si su respuesta es la queja, no obtendrán recompensa. Si, al contrario, muestran la misma actitud que Pedro mostró tras su apostasía y su espíritu está dispuesto, serán vencedores. Toda su vida Pedro sintió la cobardía de su negación de Cristo. Cuando fue llamado para sufrir el martirio, todavía tenía presente ese hecho humillante y pidió que no lo crucificaran exactamente del mismo modo en que sufrió su Señor porque estaba convencido de que ese era un honor demasiado grande para alguien que había apostatado como él. Su petición fue que lo crucificaran cabeza abajo. ¡Qué gran sentido de su pecado tenía Pedro por haber negado a su Señor! ¡Qué maravillosa conversión fue la suya! Toda su vida posterior fue una vida de arrepentimiento y humillación.

Es probable que tiemblen cuando vean a Dios a través de su ley. Cuando Moisés vio la majestad de Dios, exclamó: "Estoy espantado-y temblando" (Heb. 12:21). La ley sentenciaba a muerte al transgresor. Más tarde, se presentó el sacrificio expiatorio ante Moisés. La sangre purificadora de Cristo se revelaba como la purificación del pecador y sus temores se desvanecieron como la niebla matutina se disipa con los rayos del sol naciente. Así vio que el pecador, mediante el arrepentimiento ante Dios y la fe en el Señor Jesucristo, recibe el perdón; y el Sol de Justicia extiende sus resplandecientes y salvadores rayos sobre él, disipando las dudas y los temores que enturbian el alma. Moisés bajó del monte en el que había mantenido una conversación con Dios con el rostro resplandeciente con un fulgor celestial que se reflejaba sobre el pueblo. Se les apareció como un ángel que viniera directamente de la gloria. Esa claridad divina era dolorosa para los pecadores; huyeron de Moisés y suplicaron que esa gloria fuera velada para que no murieran al acercarse a él.

Moisés había estudiado. Fue educado en todas las ciencias de los egipcios, pero esto no bastó para cualificarlo para la obra (337) que debía realizar. La providencia de Dios determinó que debía aprender a ser paciente y templar sus pasiones. En la escuela de las privaciones y la negación de sí mismo debía recibir una educación que sería de la máxima importancia para él. Esas pruebas lo prepararían para ejercer un cuidado paternal sobre todos los que necesitasen su ayuda. Ni el conocimiento, ni el estudio, ni la elocuencia podrían sustituir esa experiencia en las dificultades si debía tener cuidado de las almas y tenía que dar cuenta de ellas. Al trabajar como un humilde pastor, al olvidarse de su yo e interesarse por el rebaño que le había sido encomendado, se preparaba para la más alta tarea jamás confiada a un mortal, ser el pastor de las ovejas del Señor. Los que temen a Dios y están en el mundo deben estar unidos a él. Cristo es el más perfecto maestro que el mundo haya conocido jamás. Recibir su conocimiento y su sabiduría fue más valioso para Moisés que toda la ciencia de los egipcios.

Hermano y hermana F, les encomiendo que se sinceren y se acerquen a Dios por medio de Jesucristo. %o os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará" (Gál. 6:7). El que malgasta sus talentos y sus medios en su propia satisfacción, en la gratificación de las más bajas pasiones, segará corrupción. Tiene la cosecha segura. Su mente perderá su predisposición y sus fuerzas. Verá quebrantado su intelecto y acortada su vida. Dios exige de ustedes que hagan esfuerzos más decididos para subyugarse y controlarse. Se me mostró que Dios y los ángeles esperan prontos a ayudarlos en esta importante tarea. Si ustedes se demoran, si buscan medidas dilatorias, quizá no lleguen a tiempo. Su tiempo de gracia se ha alargado, su carácter está en proceso de formación y pronto, queridos hermano y hermana, quedará fijado para siempre. El trabajo dejado a medias no favorecerá su avance hacia el cielo. La indecisión pronto lleva en la mala dirección. Muchos deciden servirse a sí mismos y a Satanás porque no hacen esfuerzos determinados para vencer sus defectos de carácter. Muchos, al acariciar inclinaciones pecaminosas, esperando vencerlas alguna vez, se deciden por la perdición. Hermano v hermana F, en el nombre de Jesucristo pueden ser victoriosos incluso ahora, "en este día". No hagan planes ni estudien para sí. (338) No pueden ser enteramente del Señor mientras den pábilo a algún tipo de soberbia. Un amor tan grande como el que mostró el Redentor por

ustedes debe ser recibido con mucha humildad y continuo regocijo. Para ser felices deben controlar sus pensamientos y sus palabras. Ello requerirá un esfuerzo supremo; sin embargo, para que sean reconocidos como hijos de Dios, es imprescindible. No desfallezcan. Satanás presenta batalla por sus almas y no puede vencer.

Cuando usted, hermano F, empieza a trabajar en un lugar, por lo general, suele ganarse la confianza de las personas. Pero después de un tiempo de relación, sus defectos se hacen tan evidentes que muchos desconfían de su piedad. Así, todos los ministros de la denominación son juzgados por el mismo rasero. Una corta estancia en un lugar no pondría en peligro su reputación. Cuando está ocupado en el trabajo sincero, sometido a presión por influencias opuestas, su mente se abstrae en el trabajo y no tiene ni tiempo ni oportunidad de pensar y reflexionar sobre usted mismo. Pero cuando el trabajo se acaba y usted empieza a pensar en usted mismo, como es natural en usted, se abandona a sus caprichos y se vuelve infantil y brusco, y su carácter se agria; y así se malogra la obra de Dios. En la iglesia manifiesta el mismo espíritu y por lo tanto su influencia es sumamente dañina para la comunidad; tanto, que en algunos casos no hay remedio posible. A menudo ha mostrado un comportamiento infantil, incluso cuando trabajaba para convertir almas a la verdad. Los que eran testigos se llevaron una terrible impresión. Ahora puede escoger entre ser un hombre consagrado, tanto en casa, en la familia, como en la iglesia, siempre tierno y paciente; o puede escoger no establecerse por mucho tiempo en ninguna iglesia, ya que, de lo contrario, sus defectos se harían evidentes y el Redentora quien usted profesa amar y servir se vería deshonrado.

La fe de Moisés lo condujo a mirara las cosas que no se ven, las cuales son eternas. Abandonó los espléndidos atractivos de la vida en la corte porque allí estaba el pecado. Abandonó los aparentes bienes presentes que sólo podían conducir a la ruina y la destrucción. Los verdaderos atractivos, los eternos, tenían gran valor para él. Los sacrificios de Moisés, en realidad, no eran sacrificios. (339) Para él era cambiar unos bienes presentes de aspecto engañoso por otros seguros, elevados e inmortales.

Moisés soportó la reprensión de Cristo porque la consideraba una riqueza mayor que todos los tesoros de Egipto. Creyó lo que Dios había dicho y no cedió a las influencias que querían desviarlo de su integridad valiéndose de reproches mundanos. Anduvo en la tierra como un hombre de Dios libre. En su alma guardaba el amor de Cristo, el cual, además de convertirlo en un hombre digno, añadió el brillo de las verdaderas gracias cristianas a la dignidad del hombre. Moisés anduvo por un peligroso y escarpado sendero. Sin embargo, miró las cosas invisibles y no flaqueó. Para él la recompensa era atractiva. También puede serlo para nosotros. Él estaba familiarizado con Dios.

Ante ustedes tienen la tarea de mejorar el resto de su vida reformando y elevando el carácter. Con la renovación del alma empieza una nueva vida. Cristo es el Salvador eterno. Aquello que pueda ser visto como difícil de abandonar se rendirá. Las palabras altivas y dictatoriales no serán dichas y así se obtendrá una preciosa victoria. La verdadera felicidad será el resultado de todas las negaciones y todas las crucifixiones del yo. Una vez que se ha obtenido una victoria, la siguiente es más fácil de conseguir. Si Moisés hubiera desaprovechado las oportunidades y los privilegios que Dios le prometía, habría desaprovechado la luz celestial y se habría convertido en un hombre vencido y miserable. El pecado viene de abajo y cuando es acariciado Satanás se apodera del alma para atizar en ella hasta el mismo fuego del infierno. Dios no dio su ley para impedir la salvación de las almas, sino que quiere que todas se salven. El hombre tiene la luz y las oportunidades; si las aprovecha, vencerá. Mediante su vida pueden mostrar el poder vencedor de la gracia de Dios. Satanás quiere establecer su trono en el templo del alma. Cuando reina, se hace oír y sentir por medio de pasiones desenfrenadas y palabras amargas que hieren y apesadumbran. Así pues, ya que la luz no tiene comunión con las .nieblas y Cristo no se une a Belial, el hombre debe estar completamente por uno o por otro. Al rendirse a la propia complacencia, la avaricia, el engaño, el fraude o el pecado de cualquier clase, alienta en su alma los principios de Satanás y cierra la puerta al (340) cielo. Por causa del pecado Satanás fue arrojado del

cielo y nadie que consienta y acaricie el pecado podrá entrar al cielo porque entonces Satanás tendría otra vez un pie dentro.

Cuando un hombre se esfuerza día a día, con sinceridad, por vencer los defectos de su carácter, recibe a Cristo en el templo de su alma y la luz de Cristo está en él. Los brillantes rayos de la luz del rostro de Cristo elevan y ennoblecen todo su ser. La paz del cielo invade su alma. Muchos dan rienda suelta a las pasiones, a la avaricia, a la soberbia y al engaño, excusándose constantemente y echando la culpa sobre las circunstancias que les trajeron la prueba. Tal ha sido su caso, hermano. Dios permitió que existiera su entorno para que usted desarrollara su carácter. Pero usted pudo haber creado su entorno; porque resistiendo y soportando la tentación se controlan las circunstancias con la fuerza de voluntad, en nombre de Jesús. Así se vence como Cristo venció. "Ésta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe" (1 Juan 5:2).

Hermano F, Dios tiene misericordia de usted. Su vida ha sido un error, no se parece en nada a lo que pudiera o debería haber sido. En su genuina humanidad no ha habido elevación y pureza de sentimientos. No se ha respetado a usted mismo y, por lo tanto, tampoco ha respetado a los demás. No ha engrandecido a Cristo ni el poder de su gracia. Toda su vida ha necesitado guardianes para que lo vigilaran. La frivolidad y volubilidad, la desconsideración y falta de control de sí mismo, la soberbia e impaciencia que se vieron en su conducta en un período temprano de su vida ahora que ya ha cruzado el meridiano de la vida se han desarrollado de manera extremada. No habría sido así si usted hubiera puesto a un lado sus sentimientos y su temperamento infantiles y se hubiese revestido de la firmeza del hombre adulto. Justificarse ha sido su total ruina. Sus sufrimientos y enfermedades se han magnificado. Usted mira a ellas y se queja, pero no mira más allá, a Jesús. Piense cuán poco sufre, cuán poco soporta, en comparación con los sufrimientos de Cristo, el cual estaba libre de pecado. El justo sufría por el injusto.

Un buen árbol no dará frutos corruptos. Tan cierto como que el buen árbol da buenos frutos, la buena conversación acompañará a la buena conciencia. Si un hombre es descortés y grosero con su (341) familia y otras personas relacionadas con él, no es difícil imaginar cómo se comportará en la iglesia. Mostrará la misma disposición petulante y altanera que muestra en casa. Nadie puede tener el espíritu y la mente de Cristo sin que ello lo mejore en todas sus relaciones y deberes de la vida. La murmuración, las quejas y las pasiones agitadas no son fruto de los buenos principios. Hermano, le será preciso apresurarse a orar porque no ha fortalecido los rasgos morales de carácter que son altos y nobles. Ésta es ahora su tarea. Será difícil, pero es extremadamente necesario.

Mientras estuvo en Texas, usted se sentía desesperado y olvidado de Dios y los hombres. Ahora que vuelve a empezar, permita que la obra de reforma sea completa y su arrepentimiento perfecto. Por lo que al vigor y la salud se refiere, sus mejores días ya pasaron. Sin embargo, con hábitos adecuados, una mente dispuesta y la clara conciencia respecto de su presente comportamiento, es posible que vuelva en victoria lo que pudiera ser una derrota. No tiene tiempo que perder. Su esposa puede ayudarlo en sus esfuerzos en el campo de la siega. Si se santifica con la verdad, ella puede ser una bendición para usted y para la causa de Dios conversando con otros y mostrándose sociable. Muchos fracasan y caen por causa de la indulgencia de un carácter perverso. A Alejandro Magno y a César les fue más fácil subyugar reinos que dominar su propio espíritu. Después de haber conquistado naciones enteras, los que fueron tenidos por grandes hombres del mundo, cayeron; uno, víctima de la concupiscencia y la intemperancia; el otro, de la presuntuosidad y la ambición desbocada.

Dios les exige que dominen el orgullo, la obstinación y permitan que su paz gobierne sus corazones. Deben abrigar un espíritu manso y pacífico, lleven la mansedumbre de Cristo con ustedes y en todas las tareas que desempeñen. Un carácter agitado y la censura tajante no causarán la impresión adecuada en las personas ni ganarán sus simpatías. Si tenemos la verdad, podremos ser calmados y pacíficos. Nuestro lenguaje debe ser modesto y elevado. El espíritu que ustedes han abrigado ha dejado sus huellas en el rostro. Con Cristo entronizado en el alma, esa mirada inquieta, irritable e infeliz se

borrará. Cuando la multitud de testigos miran al hombre que refleja la imagen de Cristo se dan cuenta de que está rodeado de una (342) atmósfera apacible. El mundo verá que, aun en medio de las tormentas de los abusos, él se muestra inamovible, como un alto cedro. Ese hombre es un héroe de Dios. Ha vencido sobre sí mismo.

La mayor parte de las preocupaciones de la vida, sus corrosivas cuitas diarias, sus quebraderos de cabeza, su irritación, son el resultado de un carácter sin control. La armonía del círculo doméstico se rompe a menudo por una palabra apresurada y el lenguaje violento. ¡Cuánto mejor sería callar! Una sonrisa de satisfacción y una tranquila palabra de aprobación dicha con espíritu de mansedumbre serían potencia que suaviza, consuela y bendice. El gobierno de sí mismo es el mejor gobierno del mundo. Noventa y nueve de cada cien problemas que amargan tan terriblemente la vida podrían haberse ahorrado con el ornamento de un espíritu manso y pacífico. Muchos excusan sus palabras precipitadas y temperamentos apasionados diciendo: "Soy sensible, tengo un carácter precipitado". Así nunca se sanarán las heridas causadas por las palabras apresuradas y apasionadas. Es cierto que hay quien es más apasionado que otro, pero ese espíritu nunca puede estar en armonía con el espíritu de Dios. El hombre natural debe morir y el nuevo hombre, en Cristo Jesús, debe apoderarse del alma para que el seguidor de Jesús pueda decir en verdad: "Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (Gál. 2:20).

El yo es difícil de conquistar. No es fácil traer la depravación humana en todas sus formas a la sujeción del Espíritu de Cristo. Aun así, todos deberían quedar impresionados con el hecho de que, a menos que ganen la victoria por medio de Cristo, no tienen esperanza. La victoria es alcanzable porque con Dios nada es imposible. Con su gracia ayudadora, es posible vencer todo mal temperamento y toda la depravación humana. Los cristianos deben aprender de Cristo, "quien cuando le maldecían, no respondía con maldición" (1 Pedro 2:23).

La tarea que tienen ante ustedes no es liviana, no es un juego de niños. No han avanzado hacia la perfección pero ahora pueden volver a empezar. Con su vida pueden mostrar qué pueden hacer el poder y la gracia de Dios para transformar al hombre natural en un hombre espiritual en Cristo Jesús. Pueden ser vencedores si, en nombre de Cristo, se aplican decididamente a la tarea. (343)

Me gustaría escribir en sus corazones una solemne declaración: Cuando las personas se han rendido a las maquinaciones de Satanás y se han puesto bajo su influencia, si desean salir de sus trampas mediante la misericordia de Dios, deben unirse estrechamente a él, crucificando diariamente al yo* y transformándose completamente, para así ganar la victoria y obtener la vida eterna. Ambos se han alejado mucho de Dios. Han traído muchos reproches a su causa. Ahora deben ser aún más celosos y sinceros para vencer todos los defectos de sus caracteres y llevar una vida de humillación y oración confiada y suplicante. Con fe, pidan a Dios que, por Cristo, borre su pasado para que las semillas del mal que sembraron no puedan extenderse y acumularse contra ustedes en el día de la ira.

Si persisten en mostrarse con un espíritu irritable, consintiéndose a sí mismos, hablando de manera infantil sobre sus enfermedades, explayándose en sus sentimientos y quedándose en el lado oscuro, ustedes se debilitarán y perderán aliento. Esas cosas los convirtieron en presas fáciles para las maquinaciones de Satanás. Si emprenden el mismo camino que emprendieron cuando sus pies empezaron a resbalar, sus respectivas situaciones serán desesperadas. Si reprimen sus pecados con arrepentimiento y evitan las temibles consecuencias refugiándose en la intercesión del Salvador, suplicando sinceramente a Dios que les envíe su Espíritu para que los guíe y les enseñe a la vez que los estimula, segarán vida eterna. Juntos, depositen humildemente sus desdichadas almas en los méritos de Cristo. (344)

EQUIDAD EN LOS NEGOCIOS.-

Hermano G, en mi última visión se me mostró su caso. Vi que ama la verdad que profesa pero que ésta no lo santifica. Sus afectos están divididos entre el servicio a Dios y el servicio a Mamón. Esta división se levanta como una barrera en su camino para convertirse en un misionero de Dios. A la vez que

profesaba servir a Dios, sus propio interés ha echado a perder su tarea y ha perjudicado grandemente su influencia. Dios no puede trabajar con usted porque su corazón no está a bien con él.

De palabra, usted se ha mostrado profundamente interesado en la verdad; sin embargo, a la hora de mostrar su fe con las obras, ha habido un gran abismo. No ha presentado correctamente nuestra fe. Ha perjudicado la causa de Dios con su manifiesto amor por las ganancias económicas. Su afición al comercio y las disputas banales no le ha hecho ningún bien; y tampoco ha sido beneficiosa para la salud espiritual de aquellos con los que entró en contacto. Usted es un hombre de negocios tramposo, y no es extraño que recurra a la estafa. Tiene una habilidad especial para descubrir la mejor manera de cerrar un trato de forma que sea más beneficioso para usted que para los demás. Si permitiendo que un hombre se estafara a sí mismo, obtuviera una ventaja, no lo dudaría ni un minuto. Así no se cumple la regla de oro: Hacer con los demás como desee que los demás hagan con usted.

Cuando participaba en el trabajo misionero, ha manifestado sus tendencias maquinadoras en asuntos de compra y venta. Esta es una triste combinación. Debe ser una cosa u otra. "Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él" (1 Rey. 18:21). "Escogeos hoy a quién sirváis" (Josué 24:15). Dios no aceptará sus obras en la extensa obra misionera mientras maquina para obtener ventajas para usted. Corre el peligro de considerar las ganancias como piadosas. El tentador pondrá ante usted alicientes engañosos para embaucarlo y tentarlo con el fin de que permita que el espíritu de maquinación acabe con su espiritualidad.

El mundo, los ángeles y los hombres lo ven como un estafador, como un hombre que busca su propio interés y se asegura ventajas sin mirar cuidadosamente y a conciencia por el interés de aquellos (345) con quienes tiene tratos. En su vida de hombre de negocios hay una vena de deshonestidad que empaña el alma y empequeñece la experiencia religiosa y el crecimiento en la gracia. Su astuto ojo para los negocios está siempre al acecho para aprovechar las mejores oportunidades de asegurarse un trato favorable para usted. Esta tendencia malévola se ha convertido en una segunda naturaleza para usted, por lo que no se da cuenta del mal que causa al favorecerla.

Los negocios en los cuales otros, además de usted mismo, obtuvieran ganancias justas y sin desviación serían correctos siempre y cuando fuesen honorables. El Señor habría aceptado sus servicios y usado su capacidad y su astuta percepción, para asegurar la salvación de las almas si usted se hubiese santificado con la verdad. El ansia de ganancias ha combatido contra el Espíritu. Los hábitos y la cultura de años han dejado su huella deforme en su carácter y lo han hecho inapto para la obra de Dios. Siente un deseo irrefrenable por el comercio. Si estuviera santificado para el servicio de Dios, usted sería un obrero sincero y perseverante para el Maestro; pero el mal uso que ha dado a su talento ha puesto en peligro su alma. Otros también se encuentran en peligro de perderse por causa de su influencia.

Algunas veces, la razón y la conciencia protestan enérgicamente y se siente desdichado a causa de su comportamiento. Su alma ansía la seguridad y la santidad del cielo. El griterío del mundo le parece repulsivo y lo aleja y abriga al Espíritu de Dios. Entonces, su tendencia mundana entra de nuevo en acción y toma el control. Con toda seguridad, usted deberá enfrentarse a los asaltos de Satanás. Prepárese para resistir firmemente su inclinación.

Mientras el apóstol Pablo estaba entre los muros pestilentes y húmedos de la prisión, víctima de la enfermedad, deseaba mucho ver a Timoteo, su hijo en el evangelio, y dejarle su testamento. No esperaba la liberación de las cadenas sin antes haber entregado el alma. El corazón del perverso Nerón era satánico; bastaría una palabra suya o un simple gesto para que la vida del apóstol fuese segada. Pablo urgió la presencia inmediata de Timoteo, aunque temía que no llegaría a tiempo de recibir el último testimonio de sus labios. Por eso repitió a uno de sus colaboradores, al cual le había (346) sido permitido ser su compañero de celda, las palabras que diría a Timoteo. Ese fiel sirviente escribió el testamento de Pablo, una porción del cual reproducimos aquí: "Los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se

extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores. Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos" (1 Tim. 6:9-12). "A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna" (1 Tim. 6:17-19). "Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros. Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo. Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradara aquel que lo tomó por soldado. Y también el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente" (2 Tim. 2:2-5). Un hombre puede ser avaricioso y excusarse diciendo que trabaja por la causa de Dios; pero no obtendrá ninguna recompensa de Dios, porque Dios no acepta el dinero que se obtiene con engañoso cualquier sombra de deshonestidad.

Pablo sigue urgiendo a Timoteo: "Procura venir pronto a verme, porque Demas me ha desamparado, amando este mundo, y se ha ido a Tesalónica" (2 Tim. 4:9-10). Estas palabras que Pablo dictó justo antes de su muerte fueron escritas por Lucas en beneficio y advertencia para nosotros.

Cristo, en su enseñanza a sus discípulos, les dijo: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, le quitará: y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto" (Juan 15:1,2). El que está unido a Cristo (347) y participa de la savia y la nutrición de la vid realizará las obras de Cristo. En él debe estar el amor de Cristo, o no podrá estar en la Vid. El amor supremo hacia Dios y el amor hacia nuestro prójimo, igual al que tenemos para con nosotros mismos, es la base de la verdadera religión.

Cristo pregunta a cada uno de los que profesan su nombre: "¿Me amas?" (Juan 21:16-17) Si amamos a Jesús, amaremos las almas por las cuales murió. Puede ser que alguien no tenga un aspecto muy agradable, tal vez sea deficiente en muchos aspectos; pero si tiene fama de honrado e íntegro, conquistará la confianza de los demás. El amor a la verdad y la confianza que los hombres pueden depositar en él superarán los rasgos objetables de su carácter. Ser dignos de confianza en nuestro puesto y vocación, estar dispuestos a negarnos a nosotros mismos para beneficio de los demás, impartirá paz al espíritu y nos brindará el favor de Dios.

Los que quieran andar detenidamente en las pisadas de su abnegado Redentor reflejarán en su manera de ser la de Cristo. La pureza y el amor de Cristo resplandecerán en su vida diaria y su carácter y la mansedumbre y la verdad guiarán sus pies. Toda rama fructífera se podará para que dé más fruto. Aun las ramas fructíferas pueden ostentar demasiado follaje y aparentar lo que en realidad no son. Los seguidores de Cristo pueden hacer alguna obra para el Maestro, y sin embargo no estar haciendo ni la mitad de lo que podrían hacer. Así pues, él los poda, porque la mundanalidad, la indulgencia propia y el orgullo se manifiestan en su vida. Los viñadores cortan los pámpanos sobrantes de las vides y los zarcillos que se aferran a la maleza de la tierra, y así las hacen más fructíferas. Estas causas de estorbo deben eliminarse y cortarse todo lo defectuoso que ha crecido de más para dejar lugar a los rayos sanadores del Sol de justicia.

Dios quiso que por medio de Cristo el hombre caído tuviese otra oportunidad. Muchos no entienden el propósito para el cual fueron creados. Lo fueron para beneficiar a la humanidad y glorificar a Dios, más bien que para glorificarse y gozar de sí mismos. Dios poda constantemente su pueblo y corta las ramas que se extienden profusamente, a fin de que lleven frutos para su gloria y no produzcan solamente hojas. Dios nos poda mediante el pesar, (348) las desilusiones y la aflicción, a fin de que disminuya el desarrollo de los rasgos perversos del carácter y para que los rasgos superiores tengan oportunidad de desarrollarse. Debemos renunciara los ídolos, se nos debe enternecer la conciencia, las meditaciones del corazón deben convertirse en espirituales, y todo el carácter debe adquirir simetría. Los que

realmente desean glorificar a Dios agradecerán que todos los ídolos y pecados queden expuestos, a fin de poder ver estos males y desecharlos; pero el corazón dividido deseará la complacencia antes que la abnegación.

La rama aparentemente seca, al conectarse con la vid viviente, llega a formar parte de ella. Una fibra tras otra fibra y una vena tras otra vena se van adhiriendo a la vid, hasta que su vida y nutrición derivan de la cepa madre. El injerto brota, florece y fructifica. El alma, muerta en sus delitos y pecados, debe experimentar un proceso similar a fin de quedar reconciliada con Dios y participar de la vida y del gozo de Cristo. Así como el injerto recibe vida cuando se une a la vid, el pecador participa de la naturaleza divina cuando se relaciona con Dios. El hombre finito queda unido con el Dios infinito. Cuando estamos así unidos, las palabras de Cristo moran en nosotros y no somos ya impulsados por sentimientos espasmódicos, sino por principios vivos y permanentes. Debemos meditar en las palabras de Cristo, apreciarlas y atesorarlas en el corazón. No debemos repetirlas como loros, sin darles cabida en la memoria ni dejarles ejercer influencia sobre el corazón y la vida.

Así como el pámpano debe permanecer en la vid para obtener la savia vital que lo hace florecer, los que aman a Dios y guardan todos sus dichos deben permanecer en su amor. Sin Cristo no podemos subyugar un solo pecado ni vencer la menor tentación. Muchos necesitan el Espíritu de Cristo y su poder para iluminar su entendimiento, tanto como el ciego Bartimeo necesitaba su vista natural. "Como el pámpano no puede llevar fruto de por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros, si no permanecéis en mi" (Juan 15:4). Todos los que están realmente en Cristo experimentarán el beneficio de esta unión. El Padre los acepta en el Amado y se transforman en el objeto de su solícito, tierno y amante cuidado. Esta relación con Cristo traerá la purificación del corazón, así como una vida circunspecta y un (349) carácter sin tacha. El fruto que lleva el árbol cristiano es "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gál. 5:22-23).

Hermano, es preciso que se una estrechamente a Dios. Hay rasgos en su carácter de los que usted es responsable. Ha dado un mal uso a sus facultades. Dios no puede aprobar su comportamiento. Su modelo es mundano y no el que Cristo nos dio con su vida. Ha mirado con los ojos del mundo y ha discernido con su juicio impuro. Debe eliminar de su alma la contaminante influencia del mundo. Repetidamente se ha desviado de la estricta integridad y lo que usted consideró engañosamente como una ganancia, en realidad es una pérdida. Cada estafa practicada en el comercio lo aleja de la recompensa del cielo. El hombre recibirá su recompensa según hayan sido sus actos.

No le queda tiempo. Haga diligentes esfuerzos para vencer esos malos rasgos de su carácter que, si son consentidos, le cerrarán las puertas de la gloria. No pierda el cielo. Le es preciso un decidido cambio en sus palabras y sus actos para vencer su espíritu avaricioso y poner sus pensamientos en el canal de la verdad santificada. En pocas palabras, necesita ser transformado. Sólo entonces Dios aceptará su colaboración en su causa. Es necesario que sea un hombre con una veracidad tan íntegra que el amor por el beneficio económico no pudiera seducirlo ni vencerlo la tentación. El Señor exige a todos los que profesan su nombre una estricta adherencia a la verdad. Serán como sal que no ha perdido su sabor, como una luz en medio de las tinieblas morales y el engaño del mundo.

"Vosotros sois la luz del mundo" (Mat. 5:14), dijo Cristo. Quienes están realmente unidos a Dios, reflejando la luz del cielo, tendrán un poder salvífico en la iglesia y también en el mundo; porque el perfume de las buenas acciones y los actos fieles hará de ellos hombres y mujeres de reputación intachable, aun para aquellos que no tienen nuestra fe. Los temerosos de Dios respetarán y honrarán ese carácter; e incluso los enemigos de nuestra fe, al ver reflejados el espíritu y la vida de Cristo en sus actos diarios, glorificarán a Dios, la fuente de su fuerza y su honor.

Hermano, debería haberse convertido realmente a la verdad y entregado a la obra de Dios ya hace años. Se han perdido unos (350) años preciosos que habrían sido ricos en experiencia en las cosas de Dios y en el trabajo práctico en su causa. Por más que ahora sea capaz de enseñar a otros, no ha llegado al completo conocimiento de la verdad. Le es preciso tener un conocimiento práctico de la verdad y estar

cualificado para llevar el mensaje de advertencia al mundo. Sus servicios han estado a punto de perderse para la causa de Dios porque su mente está dividida. Ha hecho planes y maquinaciones, ha comprado y vendido, ha puesto mesas.

El moho del mundo ha nublado su percepción y ha pervertido su intelecto, de modo que sus débiles esfuerzos no han sido ofrendas agradables a Dios. Si se hubiera divorciado de sus tendencias especulativas y hubiera trabajado en la dirección opuesta, se habría enriquecido con el conocimiento divino y tendría ganancias en los asuntos espirituales en general; mientras que ahora ha perdido poder espiritual y ha empequeñecido su experiencia religiosa.

Hacer compañía con el Padre y su Hijo Jesucristo nos ennoblece y eleva y nos convierte en partícipes de gozos indecibles y gloriosos. Los alimentos, la ropa, la posición social y la riqueza pueden ser valiosos, pero estar unidos a Dios y ser partícipes de su naturaleza divina es de un valor incalculable. Nuestras vidas deberían estar escondidas con Cristo en Dios y, a pesar de que "aún no se ha manifestado lo que hemos de ser" (1 Juan 2:2), "cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste" (Col. 3:4), "seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Juan 3:2). La dignidad principesca del carácter cristiano brillará como el sol y los rayos de luz que salen de la faz de Cristo se reflejarán sobre aquellos que se hayan purificado como él es puro. El sacrificio de todo cuanto poseemos, incluso la propia vida, es un precio irrisorio para pagar el privilegio de ser hijos de Dios.

Apreciado hermano, debería estar dispuesto a ser un hombre según el corazón de Dios. Lo que otros quieran hacer o decir que no esté en estricta concordancia con el modelo cristiano no es excusa para usted. Deberá presentarse ante e juez de toda la tierra, no para responder por otro, sino por usted mismo. Nuestra responsabilidad es individual y ningún defecto del carácter humano nos eximirá de la culpa. En su carácter, Cristo nos dio un modelo perfecto y una vida sin mancha. (351)

Los ataques más persistentes del enemigo de las almas se dirigen a la verdad que profesamos y cualquier desviación de lo que es correcto arroja sobre ella una sombra de deshonor. Nuestro mayor peligro reside en distraer la mente de Cristo. El nombre de Jesús tiene el poder de repeler las tentaciones de Satanás y levantar un estandarte que nos protege contra él. Mientras el alma permanezca inamovible y confiada en la virtud y el poder de la expiación, se mantendrá firme como una roca y todos los poderes de Satanás serán incapaces de apartarla de su integridad. La verdad que se nos muestra en Jesús es un muro de fuego que rodea el alma que se aferra a él. Sobre nosotros lloverán tentaciones porque debemos ser probados mediante ellas durante el tiempo de gracia que nos ha sido asignado. Es la prueba de Dios, la revelación de nuestros corazones. No hay pecado en resistir las tentaciones, sino que el pecado aparece cuando cedemos a ellas.

Si hubiera empleado sus aptitudes y sus habilidades en la salvación de las almas y en esparcir la verdad entre los que se encuentran en las tinieblas, del mismo modo en que las empleó para aumentar sus posesiones terrenales, tendría muchas estrellas en la corona de su gozo en el reino de gloria. Sin embargo, pocos son los que se mantienen tan fieles en sus intereses temporales como en el servicio a Dios. El propósito resuelto conseguirá el fin deseado. Muchos no sienten que la prudencia, la corrección y la destreza sean esenciales tanto en la obra de Dios como en sus negocios temporales. La mente y el corazón de los que profesan creer la verdad debe ser elevada, refinada, noble y espiritual. La obra de educación de la mente para este gran e importante propósito se descuida terriblemente. La obra de Dios se lleva a cabo con negligencia, pereza e incompetencia porque demasiado a menudo se deja al capricho de los sentimientos antes que se someta a unos principios y a un objetivo santos.

Es muy necesario que los hombres y las mujeres que conocen la voluntad de Dios aprendan a ser obreros de éxito en su causa. Deben ser personas de maneras pulcras, con entendimiento, sin el engañoso brillo externo y la risueña afectación mundanas, sino que deben poseer el refinamiento y la verdadera cortesía que lleva el perfume del cielo, los cuales poseerá el cristiano que participe (352) de la naturaleza divina. La carencia de verdadera dignidad y refinamiento cristiano que se da entre las filas de los observadores del sábado nos es contraria como pueblo y hace que la verdad que profesamos sea

insulsa. La tarea de educación de la mente y las maneras debe ser orientada hacia la perfección. Si los que profesan la verdad no aprovechan los privilegios y las oportunidades que se les presentan para crecer hasta la total estatura de hombres y mujeres en Jesucristo, no honrarán la causa de la verdad ni honrarán a Cristo.

Hermano, si usted hubiese estudiado las Sagradas Escrituras con la misma prontitud con que estaba al acecho para obtener ganancias, ahora sería un hombre conocedor de la palabra de Dios y capaz de enseñar a otros. Su falta lo ha inhabilitado para enseñar la verdad a otros. No ha cultivado esas facultades que harían de usted un obrero inteligente, espiritual y de éxito para el Maestro. Ha ejercitado tanto, rasgos de carácter como la codicia y la sagacidad en los negocios mundanos que su mente se ha desarrollado ampliamente en la dirección de la compra y la venta y en la obtención de los mejores resultados de un negocio. En lugar de fomentar la confianza de sus hermanos y hermanas, así como la de sus amigos, para que lo consideraran como un hombre de carácter noble que se eleva por encima de toda insignificancia y avaricia, ha fomentado en ellos su temor hacia usted. Ha usado su fe religiosa para asegurarse la confianza de sus hermanos de manera que pudiera practicar sus sucios negocios y obtener un beneficio. Tanto ha sido así que se ha convertido en su segunda naturaleza y no se da cuenta de cómo ven los otros su conducta. En el futuro, si usted desea contrarrestar la influencia que ha ejercido, la cual ha llevado a otros a alejarse de Cristo y de la verdad, la piedad debe marcar su vida y su conducta.

Su relación con Dios y los otros hombres exige un cambio de vida. En el Sermón de la Montaña el Redentor del mundo ordenó: "Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas" (Mat. 7:12). Estas palabras tienen el máximo valor para nosotros, son la regla de oro por la que se medirá nuestra conducta. Ésta es la verdadera norma de honestidad. Estas palabras están (353) cargadas de significado. Se nos pide que tratemos al prójimo del mismo modo que queremos que el prójimo nos tratase si nosotros estuviésemos en su situación.

Plano, Texas, 24 de Noviembre de 1878 (354)

LA RELIGIÓN EN LA VIDA DIARIA.-

Hermano H: Se me mostró que usted ama realmente la verdad pero que la verdad no lo santifica. Tiene una gran tarea por hacer. "Todo aquél que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro" (1 Juan 3:3). No le queda mucho tiempo. Se me mostró que su vida ha sido tormentosa. No ha actuado correctamente, pero también es cierto que estaba profundamente equivocado y sus motivos fueron mal interpretados. Sin embargo, por su bien, la providencia de Dios no ha permitido que sus fracasos y pérdidas pecuniarias fueran mayores.

Le ha costado sentir que su Padre celestial es todavía su tierno protector. Sus dilemas y tribulaciones tendían a desalentarlo y sintió que la muerte era preferible a la vida. Aun así, en cierto momento, de haber podido abrir los ojos, habría visto a los ángeles de Dios que intentaban salvarlo de usted mismo. Los ángeles de Dios lo llevaron donde pudiera recibir la verdad y afirmar los pies sobre unos cimientos aún más firmes que los montes eternos. Allí vio y aceptó la luz. Su vida floreció con una fe renovada. La providencia de Dios lo unió a su obra en las oficinas de la Pacific Press. Intervino en su favor y ahí debió ver su mano guiadora. Ha sufrido mucho, pero usted ha sido la causa de la mayoría de sus quebraderos de cabeza porque no sabe controlarse. En ocasiones ha sido muy severo. Tiene un carácter irritable que debe ser vencido. En la vida se ha puesto en peligro tanto por abandonarse a su exceso de confianza en usted mismo como por rendirse al abatimiento. La continua dependencia de la palabra y la providencia de Dios lo cualificará para ejercitar todos sus potenciales por su Redentor, quien lo llamó diciendo: "Sígueme" (Mat. 19:21). Le es preciso cultivar un espíritu de entera sumisión a la voluntad de Dios, buscando sincera y humildemente conocer sus caminos y seguir las directrices de su Espíritu Santo. No confíe en su propio entendimiento. Recele de su propia sabiduría y supuesta prudencia. Su

condición exige esa precaución. Para el hombre es arriesgado confiar en su propio juicio. En el mejor de los casos, sus capacidades son limitadas; muchos han recibido en herencia rasgos fuertes y débiles de carácter que, decididamente, son defectos. Esas particularidades condicionan la vida. (355)

La sabiduría que da Dios llevará a los hombres a su propio examen. La verdad los convencerá de sus errores y ofensas. El corazón debe abrirse para ver, apercibirse y reconocer esas ofensas y, así, con la ayuda de Jesús, cada uno debe iniciar la tarea de vencerlas. Al fin y al cabo, el conocimiento obtenido por los sabios del mundo, por más diligentes que sean en adquirirlo, es limitado e inferior. Muy pocos entienden los caminos y las obras de Dios en los misterios de su providencia. Avanzan unos pasos y se desorientan porque pierden toda referencia. El pensador superficial se tiene por sabio. Los hombres de sólidos valores y altos logros están más dispuestos a admitir la debilidad de su propio entendimiento. Dios exige que todo aquél que afirme ser su discípulo sea más un alumno que un maestro y esté más inclinado a aprender que a enseñar.

Cuántos hombres de nuestro tiempo no profundizan suficientemente. Sólo acarician la superficie. No pensarán con suficiente detenimiento para ver las dificultades y combatirlas, y tampoco examinarán todos los temas importantes que encuentren con estudio reflexivo y en oración, con suficiente interés y precaución para ver dónde reside el verdadero punto importante. Hablan de materias que no han sopesado cuidadosa y completamente. A menudo las personas sinceras e inteligentes tienen ideas sobre sí mismas que deben ser rechazadas pues, de otro modo, los que tienen menor fuerza mental correrán el peligro de formarse una opinión errónea. Los prejuicios forman los hábitos y las costumbres, los sentimientos y los deseos tienen una influencia variable. A veces, día a día y con persistencia, se sigue una conducta porque es un hábito y no porque la aprueba la mente. En estos casos, la desviación proviene más de los sentimientos que del deber.

Si pudiésemos entender nuestras propias flaquezas y ver los rasgos engañosos de nuestro carácter que necesitan ser reprimidos, veríamos cuánto nos queda por hacer; por lo que humillaríamos nuestros corazones y los pondríamos en la poderosa mano de Dios. Al unir nuestras desvalidas almas a Cristo supliríamos nuestra ignorancia con su sabiduría, nuestra debilidad con su fuerza y nuestra flaqueza con su poder. Unidos a Dios, seríamos luces en el mundo. (356)

Apreciado hermano, Dios lo ama y es muy paciente con usted, aun a pesar de sus errores y equivocaciones. Tenga en cuenta el tierno y el misericordioso amor que Dios muestra en su favor; ¿no debería usted mostrarse con sus hijos más amable, contenido, paciente y dispuesto a perdonar? Su severidad y aspereza aleja sus corazones. No puede darles lecciones de paciencia, contención, mansedumbre y amabilidad cuando usted mismo se muestra arrogante y violento en su trato con ellos. Llevan en el carácter el sello que sus padres han puesto en él. Si desea aconsejarlos y dirigirlos, e impedir que sigan algún camino equivocado, el objetivo no se conseguirá con aspereza y lo que a ellos les parece tiranía. Cuando, con temor de Dios, pueda advertirlos y aconsejarlos con toda la solicitud y el tierno amor que un padre debe mostrar por su hijo descarriado, les demostrará que en la verdad hay poder para transformara los que la reciben. Cuando sus hijos actúan en desacuerdo con sus ideas, en lugar de mostrarse afligido por sus errores, y orar fervientemente con y por ellos, se deja llevar por la pasión y se comporta de manera que no les hace ningún bien, sino que sólo consigue que su afecto se debilite y, finalmente, se separen de usted.

Su hijo menor es perverso. No obra correctamente. Su corazón está en rebelión contra Dios y la verdad. Se encuentra sometido a influencias que lo vuelven brusco, áspero y descortés. Es una prueba para usted y, a menos que se convierta, será un gran lastre para su paciencia. Sin embargo, la brusquedad y la severidad dominante no lo reformarán. Haga cuanto pueda por él siguiendo el espíritu de Cristo, no el suyo propio; ni se deje llevar por la influencia de la pasión. Le es preciso controlarse en el trato con sus hijos. Recuerde que la Justicia tiene una hermana gemela, la Misericordia. Cuando ejerza la justicia, muéstrese misericordioso, tierno y amoroso y sus esfuerzos no serán vanos.

Su hijo tiene una voluntad perversa y necesita la disciplina más juiciosa. Considere cómo ha sido el entorno de sus hijos, cuán desfavorable para la formación de un buen carácter. Necesitan compasión y amor. El menor se encuentra en el período más crítico de la vida. El intelecto está en proceso de formación y las aficiones se están grabando. Toda la futura carrera de este joven (357) quedará determinada por el rumbo que ahora tome. Está a punto de entrar en una senda que puede llevarlo a la virtud o, en cambio, emprender la vía que lo lleve al vicio. Pido al joven que llene su mente con imágenes de verdad y pureza. No hay ninguna ventaja en consentir con el pecado. Acaso se engaña a sí mismo pensando que pecar y seguir su propio camino es muy agradable; pero, a fin de cuentas, es un camino terrible. Si ama la sociedad de los que prefieren el pecado y hacen mal, sus pensamientos fluirán por un canal muy bajo y no encontrará nada atractivo en la pureza y la santidad. Pero si pudiera ver el fin del transgresor, que la paga del pecado es la muerte, lo embargaría la alarma y clamaría: "¡Padre, guía mi juventud!"

Su éxito en esta vida depende en extremo de la dirección que ahora escoja. Deberá afrontar las responsabilidades de la vida. Hasta ahora no ha sido un joven prometedor. Es impaciente y carece de control sobre sí mismo. Esta es la simiente que siembra su padre y dará la cosecha que segará el sembrador. "Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará" (Gál. 6:7). Con cuánto cuidado debiéramos plantar la semilla, porque sabemos que segaremos lo que sembremos. Jesús aún ama a ese joven. Murió por él y lo invita a acercarse a sus brazos y encontrar en él la paz y la felicidad, el descanso y el reposo. Ese muchacho forja relaciones que moldearán toda su vida. Es preciso que se una a Dios y, sin demora ni reserva, le entregue su afecto. No puede dudar. Satanás lo asaltará con toda su furia, pero no debe ceder a la tentación.

Se me han mostrado los peligros que acechan a los jóvenes. Sus corazones están llenos de altas aspiraciones y ven la carretera descendente sembrada de tentadores placeres de aspecto atractivo, pero la muerte es su final. La estrecha senda hacia la vida quizá les parezca desprovista de atractivos, llena de cardos y espinas, pero no es así. Es la senda que requiere la negación de los placeres pecaminosos; es estrecha, para que los que el Señor rescató puedan andar por ella. Nadie puede andar por esa senda y cargar con el fardo del orgullo, la obstinación, el engaño, la falsedad, la deshonestidad, las pasiones y las concupiscencias carnales. La senda es tan estrecha que quienes anden por ella deberán dejar esas cosas. Sin embargo, la carretera ancha y cómoda tiene la suficiente amplitud (358) para que los pecadores viajen por ella con todas sus tendencias pecaminosas.

Joven, si rechazas a Satanás y todas sus tentaciones podrás andar sobre las huellas del Redentor y gozar la paz del cielo y el gozo de Cristo. La concupiscencia del pecado no traerá consigo la felicidad. Podrás engañarte y creer que eres feliz, pero no podrás conocer la verdadera felicidad. El carácter se deforma con la complacencia en el pecado. El peligro está al acecho en cada escalón que se desciende y los que podrían ayudar a los jóvenes no se dan cuenta de ello. No se manifiesta el tierno y amable interés que debiera mostrarse por, los jóvenes. Muchos podrían ser protegidos de influencias pecaminosas si estuvieran rodeados de buenas amistades y escucharan palabras amables y amorosas.

Apreciado hermano, tengo la esperanza de que no se desalentará porque sus sentimientos lo dominen tan a menudo cuando surge un obstáculo a sus deseos. No desfallezca. Acuda al Baluarte. Vele y ore, e inténtelo otra vez. "Resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros" (Sant. 4:7, 8).

Otro punto debe ser abordado. No siempre tiene la suficiente prudencia para apartarse de la aparición del mal. Corre el peligro de ser demasiado familiar con las hermanas, de hablar con ellas de manera liviana e irreflexiva. Eso perjudicará su influencia. Observe cuidadosamente todos esos puntos. Esté atento al primer ataque del tentador. Usted es muy nervioso y excitable. El té excita los nervios y el café embota el cerebro, ambos son muy perjudiciales. Tenga cuidado con su dieta. Ingiera alimentos saludables y nutritivos y mantenga su mente en un estado de calma, de manera que no se excite ni se apodere de usted el apasionamiento.

Usted puede ser de gran ayuda en la oficina porque puede ocupar un puesto importante si se transforma. Pero tal como es ahora no alcanzará a hacer lo que debiera. Se me ha mostrado que sus sentimientos son rudos y violentos. Es preciso que los suavice, los refine y los eleve. En todo cuanto haga disciplínese y adopte hábitos que favorezcan el control de sí mismo. Con el carácter que ahora posee nunca podrá entrar en el cielo.

"Amados, ahora somos hijos de Dios" (1 Juan 3:2). ¿Hay alguna dignidad humana que iguale a esta? ¿Qué posición puede haber (359) más alta que ser llamados hijos del Dios infinito? Usted estaría dispuesto a hacer grandes cosas por el Maestro; pero aquellas que lo complacerían más, esas no las hace. ¿No será fiel y vencerá al yo para que pueda tener la paz de Cristo y el Salvador more en usted?

Su afligido hijo necesita que lo traten con calma y ternura; necesita su compasión. No lo exponga a su carácter enfermizo y a sus exigencias irracionales. Hermano, es preciso que reforme el espíritu que manifiesta. Las pasiones ingobernables no se subyugarán de la noche a la mañana. Ante usted tiene la tarea de toda una vida consistente en eliminar del jardín del corazón todas las hierbas venenosas de la impaciencia, la crítica y la disposición dominante. "El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gál. 5:22, 23). Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus aficiones y concupiscencias; pero el lado brutal de su naturaleza toma las riendas del control y guía a la parte espiritual, invirtiendo el orden de Dios.

Hermano, su fidelidad en la tarea es digna de alabanza. Otras personas que también están en la oficina harían bien en imitar su ejemplo de fidelidad, diligencia y minuciosidad. Usted es un hombre inteligente, pero ha hecho un mal uso de sus facultades. Jesús le ofrece su gracia, su paciencia y su amor. ¿Aceptará el don? Tenga cuidado con sus palabras y acciones. En su vida diaria, cada pensamiento, cada palabra pronunciada y cada acción es una semilla sembrada que brotará y dará fruto para vida eterna o para miseria y corrupción. Piense, hermano, en cómo los ángeles de Dios ven su triste estado cuando permite que las pasiones lo controlen. Esto se escribe en los libros del cielo. Según sea la simiente, así será la cosecha. No segará más que lo que haya sembrado.

Controle el apetito y, en el nombre de Jesús, será un vencedor en este aspecto. Su salud mejorará con los hábitos correctos. Su sistema nervioso está muy alterado, pero el Gran Médico puede sanar su cuerpo y su mente. Hágase dependiente de ese poder, que su gracia sea su fuerza y sus facultades físicas, morales y espirituales mejorarán sobremanera. Usted deberá vencer en más aspectos que otros y, por lo tanto, deberá afrontar más conflictos; (360) pero Jesús recompensará sus sinceros esfuerzos. Él sabe cuán duro debe trabajar para mantener al yo bajo el control de su Espíritu. Póngase en manos de Jesús. Cuidar de usted mismo debería ser su tarea principal, cuyo objetivo es convertirse en una bendición para sus hijos y para todos aquellos que se relacionen con usted. El cielo verá con agrado cada victoria que obtenga en la obra de triunfo. Si abandona la ira y la pasión y mira a Jesús, el Autor y Perfeccionados de su fe, mediante sus méritos, podrá desarrollar un carácter cristiano. Decídase a cambiar definitivamente y desempeñe un papel digno del intelecto con quedo ha dotado Dios.

Cuando se me mostró la condición actual del hombre con respecto a sus facultades físicas, mentales y morales y lo que podría ser por los méritos de Cristo, quedé estupefacta por el bajo nivel que él mostraba. El hombre puede crecer en Cristo, su cabeza viviente. No es tarea de un momento, sino de toda una vida. Creciendo diariamente en la vida divina, no alcanzará la completa estatura de un hombre perfecto en Cristo hasta que cese su tiempo de prueba. El crecimiento es una tarea continua. Los hombres con pasiones encendidas están constantemente en conflicto consigo mismos, pero cuanto más dura sea la batalla tanto más gloriosas serán la victoria y la recompensa eterna.

Hermano, usted está relacionado con la oficina de publicaciones. En ese cargo se desarrollarán sus particulares rasgos de carácter. Debe recibir con alegría las pequeñas cortesías de la vida. Un temperamento plácido y amigable, mezclado con un firme principio de justicia y honestidad, harán de usted un hombre de influencia. Ahora es tiempo de obtener la idoneidad moral para el cielo. La iglesia a la cual pertenece debe tener la refinadora y elevadora gracia de Cristo. Dios exige a sus seguidores

que sean hombres de buena reputación, a la vez que son puros, elevados y honestos; amables y fieles a un tiempo. Es esencial ser justo en los asuntos primordiales, pero no hay excusa para mostrarse indulgente en las cosas aparentemente menos importantes. Los principios de la ley de Dios se deben desarrollar en la vida y en el carácter. Un temperamento amigable, combinado con una firme integridad y fidelidad, constituirá la idoneidad moral para cualquier cargo. El apóstol Pedro nos exhorta: "Sed [...] amigables" (1 Pedro 3:8). (361)

Debemos ser alumnos de la escuela de Cristo. No podremos imitar su ejemplo a menos que nuestra disposición sea placentera y nuestro comportamiento sea benigno. Debemos cultivar la verdadera cortesía cristiana. Nadie más puede disminuir nuestra influencia como nosotros mismos mediante la indulgencia y el temperamento incontrolable. Un hombre de naturaleza petulante no conoce la verdadera felicidad y raramente se siente satisfecho. Siempre ansía alcanzar una posición más favorable para conseguir paz y reposo para la mente. Su vida parece cargada con pesadas cruces y pruebas cuando, si hubiese controlado su temperamento y puesto una brida a su lengua, podría haber evitado muchas de esas insatisfacciones. "La blanda respuesta quita la ira" (Prov. 15:1). La venganza nunca ha vencido a un enemigo. Un carácter equilibrado ejerce una buena influencia en todos los que se encuentran alrededor; pero "como ciudad derribada y sin muro es el hombre cuyo espíritu no tiene rienda" (Prov. 25:28).

Piense en la vida de Moisés. La mansedumbre en medio de murmuraciones, reproches y provocaciones constituía el rasgo más destacado de su carácter. Daniel tenía un espíritu humilde. Aunque estaba rodeado de desconfianza y sospechas y sus enemigos habían puesto precio a su vida, él nunca se desvió de sus principios. Mantuvo una serena y tranquila confianza en Dios. Por encima de todo, permita que Cristo sea su maestro. Cuando fue ultrajado, no respondió con otro ultraje. Cuando sufrió, no amenazó. Aprenda esta lección o, de otro modo, nunca entrará en el cielo. Haga de Cristo su fuerza. En su nombre será más que un conquistador. No prevalecerá ningún encantamiento contra Jacob ni ninguna adivinación contra Israel. Si su alma está engarzada en la Roca eterna, estará seguro. Ni viento ni marea lo apartarán de la justicia.

Ha andado a la deriva por el mundo pero la verdad eterna será un ancla para usted. Debe guardar su fe. No se mueva por impulsos ni se entretenga en teorías vagas. La experiencia de fe en Cristo y la sumisión a la ley de Dios son de la mayor importancia para usted. Esté dispuesto a aceptar el consejo y las advertencias de los que tienen experiencia. No se demore en la tarea de conquista. Sea fiel a usted mismo, a sus hijos y a Dios. Su afligido hijo necesita que lo trate con ternura. Como padre debería recordar que los (362) nervios que se estremecen de placer también pueden estremecerse por el más agudo dolor. El Señor se identifica con la humanidad sufriente.

Muchos padres olvidan que son responsables ante Dios por educar a sus hijos para que sean útiles y cumplan con sus deberes, de modo que sean una bendición para ellos y los demás. A menudo se consiente a los hijos desde su más tierna infancia, por lo que los malos hábitos quedan fijados. Los padres han torcido el retoño. Durante la formación, el carácter se desarrolla; ya sea de manera deforme, ya sea de manera simétrica y bella. Mientras muchos se equivocan siendo demasiado indulgentes, otros van en la dirección opuesta y gobiernan a sus hijos con mano de hierro. Ninguna de estas opciones sigue las directrices de la Biblia, sino que ambas llevan a cabo una obra terrible. Están moldeando la mente de sus hijos y en el día de Dios deberán rendir cuentas por el modo en que lo hayan hecho. La eternidad revelará los resultados del trabajo hecho en esta vida. "Si el retoño está doblado, el árbol crecerá torcido".

Su estilo de gobierno es erróneo, decididamente erróneo. Usted no es tierno y compasivo. ¡Qué triste ejemplo da a sus hijos con sus enfermizas explosiones de apasionamiento! ¿Cómo será su situación cuando tenga que rendir cuentas a Dios por su perversa disciplina? Si amara y respetara a sus hijos manifestaría afecto por ellos. Abandonarse a la pasión nunca es excusable, siempre es ciega y perversa.

Dios le pide que cambie su manera de actuar. Puede llegar a ser un hombre útil y eficiente en la oficina si hace esfuerzos decididos para vencer. No establezca sus puntos de vista como criterio de decisión. El Señor lo puso en relación con su pueblo para que pudiera aprender en la escuela de Cristo. Sus ideas se han pervertido; no confíe en su propio entendimiento. No se salvará a menos que cambie su espíritu. A pesar de que Moisés era el más manso que jamás vivió en la tierra, en una ocasión atrajo el disgusto de Dios sobre sí. Las murmuraciones de los hijos de Israel exigiendo agua lo habían molestado mucho. Los inmerecidos reproches del pueblo lo empujaron a olvidar por un momento que su murmuración no era contra él, sino contra Dios. En lugar de apesadumbrarse (363) porque el Espíritu de Dios era objeto de insulto, se irritó, se sintió ofendido y con maneras impacientes y soberbias, golpeó la roca dos veces diciendo: "¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?" (Núm. 20:10). Moisés y Aarón quisieron ocupar el lugar de Dios pretendiendo que el milagro fue obrado por ellos. No exaltaron a Dios ante el pueblo, sino a ellos mismos. Al final, muchos no podrán entrar en la vida eterna porque se comportan de manera parecida.

Moisés mostró gran debilidad ante el pueblo. Evidenció una notable falta de control de sí mismo, un espíritu parecido al de los murmuradores. Debió haber sido un ejemplo de contención y paciencia para la multitud, la cual estuvo pronta a excusar sus faltas, sus desafectos y sus irracionales murmuraciones como respuesta a esta exhibición errónea de su parte. Su mayor pecado consistió en querer suplantar a Dios. La posición de honor que Moisés había gozado hasta entonces no disminuía su culpa, sino que aún la aumentaba más. El hombre que hasta entonces era intachable, cayó. Muchos que se encuentran en una posición parecida aducirán que su pecado podría ser omitido a causa de su larga vida de resuelta fidelidad. Pero no, que un hombrea quien Dios había honrado mostrara debilidad de carácter en esa exhibición de ira era mucho más grave que si hubiese ocupado una posición de menor responsabilidad. Moisés era el representante de Cristo y su imagen quedó tristemente malograda. Moisés había pecado y su fidelidad pasada no podía expiar el pecado presente. Toda la compañía de Israel estaba haciendo historia para las generaciones futuras. La pluma infalible de la inspiración debía trazar esta historia con fidelidad exacta. Los hombres de todas las épocas futuras debían ver que el Dios del cielo es un gobernante firme que en ningún caso justifica el pecado. Moisés y Aarón debían morir sin entrar en Canaán, sujetos al mismo castigo que cayó sobre aquellos que se encontraban en una posición más baja. Se inclinaron sumisos aunque con el corazón presa de una angustia indecible. Sin embargo, su amor por Dios y su confianza en él se mantuvieron inquebrantables. Su ejemplo es una lección que muchos leen por encima sin sacar ninguna enseñanza de ella. El pecado no parece pecaminoso. La propia exaltación no les parece grave. (364)

Muy pocos se aperciben de la pecaminosidad del pecado. Y, sin embargo, se engañan pensando que Dios es demasiado bueno para castigar al transgresor. Los casos de Moisés y Aarón, de David y muchos otros, muestran que pecar de pensamiento, palabras o acciones no es asunto seguro. Dios es un Ser de infinita compasión y amor. En el discurso de despedida que Moisés dirigió a los hijos de Israel dijo: "Porque Jehová tu Dios es fuego consumidor, Dios celoso" (Deut. 4:24). La conmovedora súplica de Moisés pidiendo que se le permitiera entrar en Canaán fue firmemente rechazada. La transgresión en Cades fue pública y notoria. Cuanto más elevada era la posición del transgresor, cuanto más distinguido era el hombre, tanto más firme era el decreto y más cierto el castigo.

Apreciado hermano, tenga cuidado. Sea fiel a la luz que brilla sobre su senda. Pablo dijo: "Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado" (1 Cor. 9:27). (365)

CONSAGRACIÓN EN LOS MINISTROS.-

Hace tres años el Señor me dio una visión de cosas pasadas, presentes y futuras. Vi hombres jóvenes predicando la verdad. En ese tiempo, algunos de ellos aún no la habían recibido. Desde entonces se han asido de ella e intentan llevara otros hacia ella. Se me mostró su caso, hermano I. Su vida pasada no ha

sido la de un carácter que lo aleje y lo eleve por encima del yo. Su naturaleza es soberbia y autosuficiente y confía totalmente en sus fuerzas. Esto le impedirá adquirir la experiencia necesaria para convertirlo en un humilde y eficiente ministro de Cristo.

En el campo hay muchos que se encuentran en una situación similar. Son capaces de presentar la teoría de la verdad pero carecen de piedad. Si los ministros que ahora trabajan en el campo evangélico, incluyéndolo a usted, sintiesen la necesidad de examinarse diariamente y de la comunión diaria con Dios, se encontrarían en disposición de recibir las palabras de Dios para transmitirlas al pueblo. Sus palabras y su vida serán perfume de vida para vida o de muerte para muerte.

Podrá creer la verdad de manera intelectual; pero aun así, tendrá ante usted la tarea de poner cada acto de su vida y cada emoción del corazón en armonía con su fe. La oración de Cristo por sus discípulos inmediatamente anterior a su crucifixión fue: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad" (Juan 17:17). La influencia de la verdad debe afectar no sólo el entendimiento, sino el corazón y la vida. La religión genuina y práctica empujará a quien la posee para que controle sus pasiones. Su conducta externa se santificará con la verdad. Le aseguro ante Dios que usted es gravemente deficiente en lo que a piedad práctica se refiere. Los ministros no deberían asumir la responsabilidad de ser maestros para el pueblo, imitando a Cristo, el gran Ejemplo, a menos que se santifiquen para la gran tarea y, de esa manera, puedan ser ejemplos para la grey de Dios. Un ministro no santificado puede causar un daño incalculable. Puesto que profesa ser embajador de Cristo, otros copiarán su ejemplo. Si carece de las características de un cristiano, reproducirán sus errores y deficiencias. (366)

Hermano, corre el peligro de repetir con fluidez las grandes verdades expresadas con tanta exactitud y perfección en nuestras publicaciones, de hablar fervientemente y de manera racional del declive de la religión en las iglesias, de presentar el modelo evangélico al pueblo de manera muy hábil y, al mismo tiempo, considerar que los deberes diarios de la vida cristiana, que requieren acción y sentimiento, no se encuentran entre los asuntos de más importancia. La religión práctica tiene exigencias similares para el corazón, la mente y la vida diaria. Nuestra sagrada fe no consiste únicamente en sentimiento o en acción, sino que ambos deben combinarse en la vida cristiana. La religión práctica no tiene una existencia independiente de la acción del Espíritu Santo. Usted necesita su dirección, como también todos los que participan en la labor de convencer a los transgresores de su condición perdida. La acción del Espíritu Santo no elimina la necesidad de que ejercitemos nuestras facultades y talentos, sino que nos enseña cómo usar cada uno de los dones para gloria de Dios. Las facultades humanas, puestas bajo la dirección especial de la gracia de Dios, son susceptibles de ser usadas con el mejor objetivo en la tierra y se ejercitarán en la vida futura e inmortal.

Hermano se me ha mostrado que usted podría ser un maestro de éxito si se santificara profundamente para la obra. Sin embargo, si no consagra, será un obrero de escasos resultados. A diferencia del Redentor del Mundo, usted no aceptará las obligaciones, la parte de esfuerzo laborioso de los deberes del predicador del evangelio. Como usted, hay muchos otros que aceptan el salario sin apenas pensar si sus servicios iban más destinados a sí mismos o a la causa, si han entregado todo su tiempo y todos sus talentos a la obra de Dios, o si sólo han hablado desde el púlpito y dedicado su tiempo a sus propios intereses, tendencia o placer.

Cristo, la Majestad del cielo, dejó a un lado sus vestiduras de realeza y vino a este mundo, abrasado y malogrado por la maldición, para enseñar cómo vivir una vida de abnegación y sacrificio, y mostramos cómo se ejerce la religión práctica en la vida diaria. Vino para dar un correcto ejemplo de cómo es un ministro del evangelio. Constantemente trabajó con un único objetivo, empleó todas sus facultades para la salvación de los hombres y cada acto (367) de su vida iba dirigido a ese fin. Viajó a pie, enseñando a sus seguidores. Sus vestiduras estaban polvorientas y sucias por el viaje. Su aspecto no prometía una experiencia agradable. Sin embargo, las sencillas y precisas verdades que salían de sus divinos labios hacían que sus oyentes olvidaran pronto su aspecto y quedasen hipnotizados, no por el hombre, sino por la doctrina que enseñaba. A menudo, después de haber enseñado durante todo el día, dedicaba la

noche a la oración. Suplicaba a su Padre con llanto y lágrimas. Oraba, no por él mismo, sino por aquellos a los cuales vino a redimir.

Pocos son los ministros que, como nuestro Salvador, oran toda la noche o dedican horas del día a la oración para poder ser ministros del evangelio capaces y efectivos a la hora de traer a los hombres para que vean las bellezas de la verdad y se salven por los méritos de Cristo. Daniel oraba tres veces al día. Y, sin embargo, muchos de los que ejercen la profesión más elevada no humillan sus almas en oración ante Dios ni siquiera una vez al día. Jesús, el amado Salvador, ha dado a todos notables lecciones de humildad, pero especialmente al ministro evangélico. En su humillación, cuando su obra en la tierra estaba casi terminada y estaba por volver al trono de su Padre, de donde había venido con toda la potestad en sus manos y con toda la gloria sobre su frente, entre las últimas lecciones que dio a sus discípulos una trataba de la importancia de la humildad. Mientras éstos contendían en cuanto a quién sería el mayor en el reino prometido, se ciñó como siervo y lavó los pies de aquellos que le llamaban Señor y Maestro.

Casi había terminado su ministerio; le quedaban tan sólo unas pocas lecciones más por impartir. Y a fin de que nunca olvidasen la humildad del Cordero de Dios, puro y sin mancha, el que, en favor del hombre, iba a ofrecer el sacrificio más grande y eficaz se humilló y lavó los pies a los discípulos. Nos beneficiará a todos, pero especialmente a nuestros ministros en general, recordar frecuentemente las escenas finales de la vida de nuestro Redentor. Aquí, asediados por tentaciones como él, todos podemos aprender lecciones de la mayor importancia para nosotros. Sería bueno que dedicásemos una hora de meditación cada día para repasar la vida de Cristo desde el pesebre hasta el Calvario. Debemos considerarla punto por (368) punto, y dejar que la imaginación capte vívidamente cada escena, especialmente las finales de su vida terrenal. Al contemplar así sus enseñanzas y sus sufrimientos, y el sacrificio infinito que hizo para la salvación de la familia humana, podemos fortalecer nuestra fe, vivificar nuestro amor e imbuirnos más profundamente del espíritu que sostuvo a nuestro Salvador. Si queremos ser salvos, todos debemos aprender al pie de la cruz, la lección de penitencia y fe. Cristo sufrió la humillación para salvarnos de la desgracia eterna. Consintió en que sobre él recayesen el desprecio, las burlas y los ultrajes a fin de protegernos. Nuestra transgresión aglutinó alrededor de su alma divina el velo de las tinieblas y le arrancó un clamor como de quien fuese herido y abandonado de Dios. Llevó nuestros pesares; fue afligido por nuestros pecados. Se hizo ofrenda por el pecado, a fin de que pudiésemos ser justificados delante de Dios por medio de él. Todo lo noble y generoso que hay en el hombre responderá a la contemplación de Cristo en la cruz.

Anhelo vera nuestros ministros espaciándose más en la cruz de Cristo, mientras sus propios corazones se enternecen y subyugan ante el amor incomparable del Salvador, quien realizara el sacrificio infinito. Si en relación con la teoría de la verdad, nuestros ministros se detuviesen más en la piedad práctica, hablando con el corazón impregnado del espíritu de la misma, veríamos a muchas más almas agolpándose alrededor del estandarte de la verdad; sus corazones se conmoverían gracias a las súplicas de la cruz de Cristo, la generosidad infinita y la compasión de Jesús al sufrir por el hombre. Estos temas vitales, en relación con los puntos doctrinales de nuestra fe, harían mucho bien a la gente. El corazón del maestro debe rebosar de un conocimiento experimental del amor de Cristo.

El poderoso argumento de la cruz convencerá de pecado. El amor divino de Dios hacia los pecadores, expresado en el don de su Hijo para que sufriese la vergüenza y la muerte, a fin de que ellos pudiesen ser ennoblecidos y dotados de la vida eterna, es digno de ser estudiado toda la vida. Le ruego, hermano, que estudie de nuevo la cruz de Cristo. Si todos los orgullosos y vanagloriosos, cuyo corazón anhela recibir el aplauso de los hombres y alcanzar distinción por encima de sus semejantes, pudiesen estimar (369) correctamente el valor de la más alta gloria terrenal en contraste con el valor del Hijo de Dios, rechazado, despreciado y escupido por aquellos mismos a quienes había venido a redimir, ¡cuán insignificantes parecerían todos los honores que puede conceder el hombre finito!

Apreciado hermano, aun a pesar de la imperfección de sus logros, usted piensa que está cualificado para desempeñar cualquier función. Sin embargo, todavía le falta el fundamento suficiente para controlarse. Se cree competente para dictar órdenes a hombres experimentados mientras usted mismo debería desear que lo guíen y lo instruyan. Cuanto menos medite en Cristo y su inigualable amor y cuanto menos se parezca a él, mejor concepto tendrá de usted mismo en sus propios ojos y su autoconfianza y autosuficiencia se acrecentarán. El correcto conocimiento de Cristo y el mirar constantemente al Autor y Fin de nuestra fe, le dará una visión del carácter del verdadero cristiano; sólo así conseguirá valorar en su justa medida su propia vida y su carácter en contraste con los del gran Ejemplo. Entonces verá sus propias flaquezas, su ignorancia, su amor por la comodidad y su rebeldía para negar el yo.

Apenas ha empezado el estudio de la Sagrada Palabra de Dios. Ha recogido, aquí y allá, algunas gemas de verdad que otros han sacado a la luz tras muchos esfuerzos. Sin embargo, la Biblia está llena de ellas; haga que ese Libro sea su estudio más sincero y la norma de su vida. El peligro está siempre en que menosprecie el consejo y ponga en usted mayor valor que el que Dios le da. Muchos están siempre dispuestos a adular y a alabar a un ministro que sabe hablar. Un ministro joven siempre corre el peligro de ser víctima de los perjuicios de los aplausos y los favoritismos, al tiempo que carece de lo esencial que Dios exige de todos los que profesan ser su boca. Usted tan sólo ha entrado en la escuela de Cristo. La tarea de adecuación de su obra dura toda la vida. Es una lucha mano a mano, diaria y laboriosa, con hábitos establecidos, inclinaciones y tendencias hereditarias. Exige un esfuerzo constante, sincero y vigilante para observar y controlar al yo, manteniéndolo apartado de la vista y poniendo a Jesús en un lugar prominente.

Hermano, es preciso que observe los puntos débiles de su carácter, poniendo freno a las malas tendencias y fortaleciendo y (370) desarrollando las facultades nobles que no han sido correctamente ejercitadas. El mundo jamás conocerá el trabajo secreto que Dios y el alma llevan a cabo, ni la amargura de el espíritu interior, ni la aversión por el yo o los esfuerzos constantes por controlarlo. Aun así, muchos serán capaces de apreciar el resultado de esos esfuerzos. Verán a Cristo revelado en su vida diaria. Será una epístola viviente, conocida y leída por todos los hombres, y poseerá un carácter simétrico y noblemente desarrollado. "Aprended de mí", dijo Cristo, "que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mat. 11:29). Él instruirá a todos los que acudan a él en busca de conocimiento. En el mundo hay multitud de falsos maestros. El apóstol declara que en los últimos días los hombres, "teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros" (2 Tim. 4:3), a causa de su deseo de oír palabras agradables. Contra ellos, Cristo nos advirtió: "Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis" (Mat. 7:15-16). Los maestros religiosos de la clase que aquí se describe profesan ser cristianos. Tienen una piedad formal y aparentan trabajar por el bien de las almas y, sin embargo, son de corazón avaricioso, soberbio y amante de la comodidad; siguen los dictados de sus propias corazones sin consagrar. Están en conflicto con Cristo y sus enseñanzas y están destituidos de su espíritu manso y humilde.

El predicador que lleva la sagrada verdad para estos últimos días debe ser todo lo contrario a esto y, mediante su vida de piedad práctica, debe manifestar claramente la distinción que existe entre el pastor falso y el verdadero. El Buen Pastor vino a buscar y salvar lo que se había perdido. Sus obras manifiestan su amor por sus ovejas. Todos los pastores que trabajan a las órdenes del Pastor supremo poseerán sus características; serán mansos y humildes de corazón. La fe semejante a la de los niños trae reposo al alma, trabaja por amor y siempre se interesa por los otros. Si el Espíritu de Cristo mora en ellos, serán semejantes a Cristo y harán las obras de Cristo. Muchos que profesan ser ministros de Cristo se han equivocado de amo. Afirman que sirven a Cristo y no se dan cuenta de que se están reagrupando bajo la bandera de Satanás. Quizá tengan sabiduría mundana y ansíen la contienda y la vanagloria, (371) por lo que harán que sus esfuerzos se conviertan en espectáculo; sin embargo, son

inútiles para Dios. Los motivos que empujan a la acción imprimen carácter a la obra, aunque los hombres no disciernan la deficiencia, Dios se da cuenta de ella.

La letra de la verdad puede convencer a algunas almas que, al fin, se aferrarán firmemente a la fe y se salvarán. Pero para el predicador soberbio que les presentó la verdad su conversión no será ningún crédito. Será juzgado por ser infiel mientras profesaba ser un vigía en los muros de Sión. Un corazón orgulloso es un temible rasgo de carácter. "Antes del quebrantamiento es la soberbia" (Prov. 16:18). Esto es así en la familia, la iglesia y la nación. El Salvador, como cuando estuvo en la tierra, busca hombres sencillos y los enseña para que lleven al mundo su verdad, bella en su simplicidad, especialmente a los pobres. El Pastor Supremo reunirá junto a sí a los pastores de su rebaño. No desea que esos hombres sin formación permanezcan ignorantes mientras lleven a cabo su labor; recibirán sabiduría de él, la Fuente de toda sabiduría, luz y poder.

La ausencia del Espíritu Santo y de la gracia de Dios priva al ministro del evangelio del poder para convencer y convertir. Después de la ascensión de Jesús, los doctores, los abogados, los sacerdotes, los gobernantes, los escribas y los teólogos escucharon con asombro palabras de sabiduría y poder que salían de la boca de hombres sin formación y humildes. Esos sabios se maravillaron ante el éxito de los sencillos discípulos y, finalmente, para su propia satisfacción, descubrieron que la causa era que habían estado con Jesús y habían aprendido de él. Su carácter y la sencillez de sus enseñanzas eran similares al carácter y las enseñanzas de Cristo. El apóstol lo describe con estas palabras: 'Lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzara los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia" (1 Cor. 1:27-29).

Los que hoy enseñan la verdad impopular deben recibir poder de lo alto y combinarlo con su doctrina; de otro modo, sus esfuerzos serán de poca ayuda. El ministro y la iglesia carecen tristemente de la preciosa gracia de la humildad. Los hombres que predican la verdad tienen en demasiada estima sus propias capacidades. (372) La verdadera humildad llevará al hombrea exaltar a Cristo y la verdad y a darse cuenta de su total dependencia del Dios de verdad. Aprender lecciones de humildad es doloroso, aunque del máximo provecho, al fin y al cabo. El dolor que causan las lecciones de humildad es la consecuencia de nuestro enorgullecimiento por causa de una falsa valoración de nosotros mismos, de manera que somos incapaces de ver nuestra enorme necesidad. La vanidad y el orgullo llenan el corazón de los hombres. Sólo la gracia de Dios puede llevar a cabo una obra de reforma.

Hermano, su tarea es humillarse a sí mismo y no esperar que Dios lo humille. A veces, la mano de Dios puede ser dura cuando humilla a lo hombres y los pone en una posición correcta ante él. Mejor sería mantener el corazón humillado día a día ante Dios. Podemos rebajarnos o crecernos con orgullo y - esperar que Dios nos rebaje. Hoy los ministros del evangelio sufren poco por causa de la verdad. Si como los apóstoles de Cristo y otros santos varones que los siguieron, fueran objeto de persecución, se acercarían más a Cristo y esa unión aún más estrecha con el Salvador haría que sus palabras fuesen potencia en la tierra. Cristo fue varón de dolores y experimentado en quebrantos. Soportó la persecución y la contradicción de los pecadores; era pobre y sufría hambre y fatiga; el diablo lo tentó, y sus obras y enseñanzas atrajeron sobre él las más furiosas iras. ¿Qué nos negamos por causa de Cristo? ¿Dónde está nuestra dedicación a la verdad? Huimos de aquello que no nos complace y evitamos las preocupaciones y la responsabilidad. ¿Acaso podemos esperar que el poder de Dios actúe junto con nuestros esfuerzos estando tan poco consagrados a la obra?

Hermano, se me mostró que su modelo de piedad es bajo. Le es preciso tener un sentido de su responsabilidad ante Dios y la sociedad más profundo. Así no se sentirá satisfecho con usted mismo ni intentará excusarse indicando las deficiencias ajenas. Su conocimiento de la verdad no es tan profundo como para poder disminuir sus esfuerzos para cualificarse para la instrucción de otros. Necesita pasar por una nueva conversión. Sólo así será un ministro del evangelio capaz y entregado, un hombre piadoso y santo. Dedicar todas sus energías a la causa de Dios no sería un gesto demasiado generoso de

su parte. Ésta, todavía es una ofrenda (373) pobre que muchos de ustedes pueden hacer. Si continuamente sigue a Dios y busca consagrarse aún más a él, obtendrá nuevas ideas buscando en las Escrituras.

Para comprender la verdad debe disciplinar y formar la mente y buscar constantemente las gracias de la genuina piedad. Ahora apenas sabe en qué cosiste. Cuando Cristo esté en usted tendrá algo más que una teoría de la verdad. No sólo repetirá las lecciones que Cristo dio cuando estuvo en la tierra, sino que, con su vida de abnegación y entrega a la causa de Dios, educará a otros. Su vida será un sermón viviente y será más poderosa que cualquier discurso pronunciado desde el púlpito.

Cultive el espíritu humilde, la gracia abnegada y la entrega que desea ver en la vida de los demás. Para aumentar la inteligencia espiritual y ser cada vez más eficiente, debe cultivar hábitos útiles en los deberes menores que surjan en su camino. No espere la oportunidad de hacer una gran tarea, sino que aproveche la primera oportunidad de demostrar su fidelidad en lo menor y de ese modo avanzará de una posición segura hasta otra. Si se habitúa a pensar que su conocimiento no es deficiente y descuida la oración secreta, la vigilancia y el cuidadoso estudio de las Escrituras, en consecuencia, el enemigo lo vencerá. Probablemente sus caminos parezcan perfectos a sus ojos mientras que, en realidad, usted tenga muchos defectos. No tiene mucho tiempo para negociar con el enemigo de las almas. Ahora es tiempo de mantenerse firme y vencer al enemigo. Debe criticarse a sí mismo con celo y detenimiento. Estará tentado de establecer su propia opinión como modelo y no respetará las opiniones y el juicio de otros hombres más experimentados, a los cuales Dios ha usado para hacer que su causa avance. Los jóvenes que ejercen el ministerio ahora saben poco de pruebas y dificultades y muchos no conseguirán ser tan útiles como pudieran haber sido por la razón de que las cosas les han sido puestas muy fáciles.

Usted tiene responsabilidades en la familia que no comprende, sino que apenas sabe una pequeña parte de lo que debería saber. Se ha vanagloriado de saber muchas cosas que, en realidad desconocía. Se me mostró que se ha formado ideas que usted piensa que son la verdad y que están en oposición directa a la Biblia. Pablo (374) tuvo que enfrentarse y combatir esas mismas cosas en los jóvenes ministros de su tiempo. Con demasiada facilidad, usted ha aceptado como luz las afirmaciones y las posiciones de los hombres, pero tenga cuidado en cómo exprese sus ideas como verdad bíblica. Vigile sus pasos. Abrigaba la esperanza de que en su vida se hubiera producido una reforma tal que nunca se me pidiera que escribiera estas palabras.

Si desea ser fiel a Dios y a la verdad que él le confió, tiene obligaciones en casa que no deben ser rehuidas. Ahora me refiero a algo que no se me ha mostrado únicamente en su caso, sino en centenares de casos parecidos. Por lo tanto, cuando lo veo caer en el mismo error en el que caen muchos padres del mundo que tienen su misma edad, no puedo excusar su negligencia del deber. Tiene una hija, una alma confiada a su cuidado. Pero cuando, formando a esa única hija, muestra una debilidad y una falta de sabiduría tan manifiestas siguiendo sus propias ideas en lugar de la norma bíblica, ¿cómo puede esperar que se confíe en usted para enseñar y dirigir asuntos en los que están involucrados los intereses eternos de muchos?

Me dirijo a ambos, a usted y a su esposa. Mi responsabilidad en la causa y la obra de Dios me exige que hable en cuestiones de disciplina. Su ejemplo en los asuntos domésticos serán causa de un gran perjuicio para la causa de Dios. El campo del evangelio es el mundo. Desean sembrar el campo con la verdad del evangelio, esperando que Dios riegue la simiente para que la siembra dé fruto. Se han comprometido a ocuparse de una pequeña parcela de terreno, pero han permitido que en el jardín de su propia casa crezcan zarzas y espinas mientras estaban ocupados en desbrozar los jardines ajenos. No es tarea liviana, sino de mucha importancia. Hermano, usted predica el evangelio a los demás, practíquelo en casa. Está permitiendo las pasiones y los caprichos de una hija perversa y al hacerlo cultiva rasgos de carácter que Dios detesta y harán que su hija sea infeliz. Satanás se aprovecha de su negligencia y controla la mente. Le queda mucho por hacer para demostrar que entiende los deberes que recaen sobre un padre cristiano que desea moldear el carácter de sus hijos según el Modelo divino. Si hubiera

empezado esa obra en su más tierna infancia ahora le sería (375) fácil y la niña sería mucho más feliz. Pero sometida a su disciplina, la voluntad y la perversidad de su hija se han fortalecido. Ahora será precisa una gran severidad y un esfuerzo más constante y perseverante para deshacer lo que han hecho. Si es incapaz de gobernar a una niña pequeña, que es su deber especial, no dispondrá de la sabiduría necesaria para gobernar los intereses espirituales de la iglesia de Cristo.

En los mismos cimientos de su experiencia hay errores que deben ser erradicados. Sea alumno de la escuela de Cristo. Abra los ojos para discernir dónde reside la dificultad y luego apresúrese a arrepentirse de esas cosas y empiece a trabajar desde un punto de partida correcto. No trabaje para usted, sino para Dios. Deje a un lado el orgullo, la exaltación del yo y la vanidad y aprenda de Cristo las dulces lecciones de la cruz. Entréguese sin reservas a la tarea. Sea un sacrificio viviente en el altar de Dios.

Si los hijos de un ministro manifiestan apasionamiento y se les permiten casi todos sus deseos, esto es una influencia es contraria a los testimonios que Dios me ha dado para los padres al respecto de la manera adecuada de gobernar a sus hijos. Hermano, va en dirección totalmente opuesta a la luz que Dios se ha complacido en dar y escoge sus propias teorías de origen desconocido. Sin embargo, este experimento, tan directamente opuesto a las instrucciones de la palabra de Dios, no debe ser llevado a cabo y perjudicar a aquellos a quienes Dios quiso que instruyamos en referencia a la formación de sus hijos.

No centre su interés en su propia familia, en detrimento de los demás. Si comparte la hospitalidad de sus hermanos, es razonable que ellos esperen lo mismo de usted. Identifique sus intereses con los de los padres y los hijos; instruya y bendiga. Santifíquese para la obra de Dios y sea una bendición para los que se relacionen con usted, conversando con los padres nunca se olvide de los niños. No piense que su pequeña es más preciosa a los ojos de Dios que los otros niños. Usted es culpable de haber descuidado a los demás mientras consentía y mimaba a su pequeña. Esa misma niña es la prueba de su deficiente gobierno. Su hija es culpable de actos de desobediencia y apasionamiento tan frecuentes como veces en el día se tuercen sus propósitos. Esta es una mala influencia para las (376) familias que Dios desea instruir y reformar, apartándolas de las ideas poco exigentes sobre la disciplina.

Su ciego e insensato afecto los ha rendido, a ambos, a la voluntad de su hija. Le han permitido que tome las riendas en sus pequeñas manos y los ha gobernado antes de ser capaz de andar. ¿Qué se puede esperar del futuro viendo un pasado así? No permitan que el ejemplo de esta niña consentida y mimada dé lecciones que testifiquen contra ustedes, cuyo juicio mostrará que habrán sido la causa de la pérdida de muchos otros niños. Si los hombres y las mujeres lo aceptan como maestro de Dios, ¿acaso no se sentirán inclinados a seguir su pernicioso ejemplo y serán indulgentes con sus hijos? ¿Cometerá usted el mismo pecado que Elí? ¿Recibirá su misma retribución? Su hija nunca verá el reino de Dios con sus actuales hábitos y disposición. Y ustedes, sus padres, serán los que habrán cerrado las puertas del cielo ante ella. ¿Cómo, pues, influirá esto en su propia salvación? Recuerden que segarán lo que sembraron.

NUMERO 29: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-
EL JUICIO.-

En la mañana del 23 de Octubre de 1879, a eso de las dos, el Espíritu del Señor descansó sobre mí, y contemplé escenas del juicio venidero. Las palabras me faltan para describir adecuadamente las cosas que pasaron delante de mí y el efecto que tuvieron sobre mi espíritu.

Parecía haber llegado el gran día de la ejecución del juicio de Dios. Diez mil veces diez millares estaban congregados delante de un gran trono, sobre el cual estaba sentado un personaje de majestuosa apariencia. Delante de él había varios libros y sobre las tapas de cada uno de ellos estaba escrito en letras de oro semejantes a llamas de fuego El libro mayor del cielo. Uno de estos libros, el cual contenía los nombres de los que aseveran creer en la verdad, fue abierto entonces. Inmediatamente perdí de vista los incontables millones que rodeaban el trono y mi atención se dedicó únicamente a los

que profesan ser hijos de la luz y la verdad. A medida que se nombraba una tras otra a estas personas, y se mencionaban sus buenas acciones, sus rostros se iluminaban con un gozo santo que se reflejaba en todas direcciones. Pero esto no pareció ser lo que impresionó con más fuerza mi espíritu.

Se abrió otro libro en el cual estaban anotados los pecados de los que profesan la verdad. Bajo el encabezamiento del egoísmo venían todos los demás pecados. Había también encabezamientos en cada columna, y debajo de ellos, junto a cada nombre, estaban registrados en sus respectivas columnas los pecados menores.

Bajo la codicia venían la mentira, el robo, los hurtos, el fraude y la avaricia; bajo la ambición venían el orgullo y la extravagancia; los celos encabezaban la lista de la malicia, la envidia y el odio; y la intemperancia, otra larga lista de crímenes terribles, como la (378) lascivia, el adulterio, la complacencia de las pasiones animales, etc. Mientras contemplaba esto me sentía abrumada de angustia indecible, y exclamé: "¿Quién puede salvarse? ¿Quién puede ser justificado delante de Dios, cuyas vestiduras están sin mancha? ¿Quién está sin defecto a la vista de un Dios puro y santo?"

Mientras el Ser santo que estaba sobre el trono hojeaba lentamente las páginas del libro mayor y sus ojos se posaban un momento sobre las personas, su mirada parecía penetrar como fuego hasta sus mismas almas y en ese momento todas las palabras y las acciones de sus vidas pasaba delante de sus mentes tan claramente como si hubiesen sido escritas ante su visión en letras de fuego. El temblor se apoderó de aquellas personas y sus rostros palidecieron. Al principio, mientras rodeaban el trono, aparentaban una indiferencia negligente. Pero ¡cuán cambiadas estaban! Había desaparecido la sensación de seguridad y en su lugar reinaba un terror indecible. Cada alma se sentía presa de espanto, no fuese que se hallara entre los que eran hallados faltos. Todo ojo se fijaba en el rostro de Aquel que estaba sentado sobre el trono; y mientras sus ojos escrutadores recorrían solemnemente la compañía, los corazones temblaban porque se sentían condenados sin que se pronunciase una palabra. Con angustia en el alma, cada uno declaraba su propia culpabilidad, y de forma terriblemente vívida veían que al pecar habían desechado el precioso don de la vida eterna.

Una clase de personas estaba anotada por haber estorbado la siembra. A medida que el ojo escrutador del juez se posaba sobre ellos, se les revelaban distintamente sus pecados y negligencia. Con labios pálidos y temblorosos reconocían que habían traicionado su santo cometido. Habían recibido advertencias y privilegios, pero no los habían escuchado ni aprovechado. Podían ver ahora que habían presumido demasiado de la misericordia de Dios. En verdad, no tenían que hacer confesiones como las de los viles bajos y corrompidos; pero, como la higuera, eran malditos porque no llevaron frutos, porque no aprovecharon los talentos que se les habían confiado.

Esta clase había hecho de su yo algo supremo, y había trabajado solamente en favor de sus intereses egoístas. No eran ricos para (379) con Dios ni habían respondido a sus derechos sobre ellos. Aunque profesaban ser siervos de Cristo, no le llevaron almas. Si la causa de Dios hubiese dependido de sus esfuerzos, habría languidecido; porque no solamente retuvieron los recursos que Dios les había prestado, sino que se retuvieron a sí mismos. Pero ahora podían ver y sentir que al mostrarse irresponsables con la obra de Dios, se habían colocado a la izquierda. Habían tenido una oportunidad, pero no quisieron hacer lo que podían y debían haber hecho.

Se mencionaron los nombres de todos los que profesan la verdad. Se reprendió a algunos por su incredulidad y a otros por haber sido perezosos. Habían dejado que otros hiciesen la obra de la viña del Señor y llevasen las más pesadas responsabilidades, mientras que ellos servían egoístamente a sus propios intereses temporales. Si hubiesen cultivado la capacidad que Dios les había dado, habrían llevado fielmente las responsabilidades y habrían trabajado en favor de los intereses del Maestro. El juez dijo: "Todos serán justificados por su fe, y juzgados por sus obras". ¡Cuán vívidamente aparecía entonces su negligencia, y cuán prudente el arreglo de Dios al dar a cada uno una obra que hacer para promover la causa y salvar a sus semejantes! Cada uno debía manifestar una fe viva entre su familia y su vecindario, revelando bondad hacia los pobres, compasión hacia los afligidos, dedicándose a la obra

misionera y ayudando a la causa de Dios con sus recursos. Pero, como en el caso de Meroz, la maldición de Dios recaía sobre ellos por lo que no habían hecho. Habían amado el trabajo que les producía el mayor provecho en esta vida; y frente a sus nombres, en el libro mayor dedicado a las buenas obras, había un lamentable espacio en blanco.

Las palabras que se dirigieron a estas personas fueron muy solemnes: "Sois pesados en la balanza y se os ha hallado faltos. Habéis descuidado las responsabilidades espirituales en favor de las actividades temporales, mientras que vuestra misma posición de confianza hacía necesario que tuvieseis sabiduría más que humana y un juicio superior al juicio finito. Lo necesitabais incluso para cumplir la parte mecánica de vuestro trabajo; y cuando separasteis a Dios y su gloria de vuestros quehaceres, os apartasteis de su bendición". (380)

Se hizo luego la pregunta: "¿Por qué no lavasteis las vestiduras de vuestro carácter y no las emblanquecisteis en la sangre del Cordero? Dios envió a su Hijo al mundo, no para condenarlo, sino para que por él pudiese salvarse. Mi amor hacia vosotros fue más abnegado que el amor de una madre. Para que pudiese borrarse vuestro sombrío registro de iniquidad, y ofrecerse a vuestros labios la copa de la salvación, sufrí la muerte de la cruz, llevando el peso y la maldición de vuestra culpabilidad. Soporté los dolores de la muerte y los horrores de las tinieblas de la tumba para vencer a aquél que tenía el poder de la muerte, abrir su cárcel y franquearon las puertas de la vida. Me sometí a la vergüenza y la agonía porque os amaba con amor infinito, y quería hacer volver al paraíso de Dios, al árbol de la vida, a mis ovejas extraviadas. Habéis despreciado esta vida de bienaventuranzas que compré para vosotros a un precio tan elevado. Habéis rehuido la vergüenza, el oprobio y la ignominia que llevó vuestro Maestro por vosotros. No habéis apreciado los privilegios que fueron puestos a vuestro alcance por su muerte. No quisisteis participar de sus sufrimientos, y no podéis ahora participar de su gloria".

Entonces se pronunciaron estas palabras solemnes: "El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía" (Apoc. 22:11). El libro se cerró luego, y cayó el manto de la persona que estaba sentada sobre el trono, revelando la terrible gloria del Hijo de Dios.

La escena se disipó después y me encontré nuevamente en la tierra, inefablemente agradecida de que el día de Dios no había venido todavía, y que aún se nos concede un precioso tiempo de gracia en el cual podemos prepararnos para la eternidad. (381)

NUESTRAS PUBLICACIONES.-

Nuestras agencias de publicación no se han ocupado con la debida atención de algunos asuntos de gran importancia. Los hombres que detentan cargos importantes deberían haber diseñado Planes para que nuestros libros circularan en lugar de permanecer en las estanterías, muriendo nada más al salir de la prensa. Nuestra gente está perdiendo la iniciativa y no siguen la creciente providencia de Dios.

Muchas de nuestras publicaciones han sido lanzadas al mercado con unas cifras tan bajas que los beneficios no son suficientes para sostener la agencia y mantener un nivel continuo de ingresos. Además, los miembros de nuestro pueblo que no están encargados especialmente de ninguna de las ramas de la obra en Battle Creek y Oakland no reciben información respecto de las necesidades de la causa y del capital necesario para mantener activo el negocio. No entienden las obligaciones financieras por pérdidas ni los gastos diarios que se dan en esas instituciones. Aparentemente piensan que las cosas se mueven sin excesivas preocupaciones ni grandes inversiones, por lo que piden precios bajos para nuestras publicaciones, lo que reduce alarmantemente los márgenes económicos. Por añadidura, después de la reducción de precios a cifras casi ruinosas, manifiestan un escasísimo interés por incrementar las ventas de los mismos libros para los que ellos han pedido precios económicos. Una vez conseguido el objetivo, se olvidan de la carga, cuando deberían mostrar un sincero interés y una

preocupación real por impulsar la venta de publicaciones, sembrando mediante ellas las semillas de verdad y llevando ingresos a las agencias para que los inviertan en nuevas publicaciones.

Ha habido una gran desatención del deber por parte de los ministros, al no interesar a las iglesias de las localidades en las que trabajan con respecto a este asunto. Una vez se han reducido los precios, es muy difícil volver a incrementarlos porque los hombres de mente estrecha clamarán: "¡Especulación!" sin discernir que nadie obtiene un beneficio económico y que los instrumentos de Dios no deben ser inmovilizados por falta de capital. Los libros que deberían tener una amplia difusión, permanecen inútiles, en (382) las agencias de publicación porque no se ha manifestado interés suficiente para distribuirlos.

La prensa es un poder, pero si sus productos perecen por falta de hombres que quieran ejecutar los planes para distribuirlos ampliamente, ese poder se pierde. Mientras que, por un lado hubo una pronta previsión para discernir la necesidad de invertir en instalaciones para multiplicar los libros y los opúsculos, por otro se han descuidado los planes para recuperar las inversiones de manera que fuera posible producir más publicaciones. El poder de la palabra impresa, con todas sus ventajas, está en sus manos. Pueden usarlo para obtener los mejores resultados o pueden permanecer semidormidos y a merced de la inactividad, y perder las ventajas que podrían haber ganado. Con un juicioso cálculo pueden extender la luz vendiendo libros y folletos. Pueden enviarlos a millares de familias que ahora se encuentran en las tinieblas del error.

Otros editores tienen sistemas regulares para introducir en el mercado libros de interés superfluo. "Los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz" (Luc. 16:8). Casi a diario se presentan oportunidades de oro para que los silenciosos mensajeros de la verdad fuesen presentados a las familias y a las personas. Sin embargo, los indolentes e irreflexivos no aprovechan ninguna de esas oportunidades. Los predicadores vivos son pocos. Donde tendría que haber cien sólo hay uno. Muchos cometen un grave error al no empeñar sus talentos en la búsqueda de la salvación de las almas de sus congéneres. Cientos de hombres deberían enrolarse en la tarea de llevar la luz por todas las ciudades, pueblos y aldeas. Debemos agitar la conciencia pública. Dios dice: "Enviad la luz a todos los rincones del campo". Él ha dispuesto que los hombres sean canales de luz y la lleven a aquellos que están en tinieblas.

En todas partes se necesitan misioneros. Los colportores deben ser seleccionados no entre el elemento sobrante de la sociedad, no entre los hombres y mujeres que no son buenos para nada y de ello han hecho una ventaja, sino entre los que tienen un buen trato, tacto, visión de futuro y capacidad. Quienes deseen tener éxito como colportores deben tener esas cualidades. Algunos hombres adecuados para esta labor se enrolan en ella, pero algunos ministros (383) carentes de juicio los adulan diciéndoles que su don debería emplearse en el púlpito en lugar de llevara cabo la labor del colportor. Por lo tanto, esta obra se empequeñece. Se los influye para que obtengan la licencia de predicador y los mismos que podrían haber sido formados para ser buenos misioneros visitando familias en sus casas, hablando y orando con ellas, son capturados para convertirlos en ministros fracasados. Así, se descuida el campo, en el que tanta mano de obra se necesita, y en el que se podría llevara cabo tanto bien por la causa. El colportor eficiente, al igual que el ministro, debería recibir una remuneración suficiente por sus servicios si desempeña fielmente su tarea.

Si hay una tarea más importante que otra es la de presentar al público nuestras publicaciones, induciendo así a las personas para que investiguen en las Escrituras. La labor misionera —la presentación de nuestras publicaciones a las familias, la conversación y la oración con y por ellas— es una buena tarea que educará a los hombres y las mujeres para la labor pastoral.

No todos están dotados para este trabajo. Los seleccionados deben ser los que demuestren un mayor talento y capacidad, que aborden la tarea de manera razonable y sistemática y puedan desempeñarla con energía perseverante. Debe trazarse un plan con la máxima minuciosidad y se debe seguir con toda

fidelidad. Las iglesias de cada lugar deben sentir el más profundo interés por la obra misionera de la palabra impresa.

Los volúmenes de Spirit of Prophecy, y también de los Testimonios deben ser presentados a todas y cada una de las familias de los observadores del sábado y éstos deberían conocer su valor y sentir la necesidad de leerlos. La idea de reducir al máximo el precio de esos libros y disponer de sólo un ejemplar en las iglesias no fue la ocurrencia más acertada. Deberían estar en la biblioteca de todas y cada una de las familias, quienes deberían leerlos una y otra vez. Es preciso que estén allí donde muchos puedan leerlos y donde estén al alcance de todos los vecinos, de manera que se desgasten por su uso continuo.

Debería haber lecturas vespertinas en las que uno leyera en voz alta a los reunidos junto al hogar. Hay poco interés en dar la máxima importancia a la luz dada por Dios y esto tiene mucho (384) que ver con los deberes familiares, por lo que se dan instrucciones adecuadas en todos los casos y circunstancias. Se gasta dinero en té, café, cintas, fruncidos y adornos, se invierte mucho tiempo y esfuerzos en la preparación del emperifollamiento, mientras se descuida la obra interna del corazón. Dios ha hecho que las publicaciones lleven luz preciosa y las familias deberían poseerlas y leerlas. Padres, vuestros hijos corren el peligro de andar en dirección opuesta a la luz que da el cielo; adquiera y lea los libros de manera que sean una bendición para vosotros y los vuestros. Prestad vuestros ejemplares de Spirit of Prophecy a vuestros vecinos y conseguid que luego ellos adquieran otros para sí. Misioneros de Dios, debéis ser obreros honestos, activos y vigorosos.

Muchos van en dirección contraria a la luz que Dios ha dado a su pueblo porque no leen los libros que contienen la luz y el conocimiento en forma de avisos, reprensiones y advertencias. Las preocupaciones del mundo, el amor por la moda y la falta de religión han captado la atención de las personas, desviándola de la luz que Dios ha dado tan misericordiosamente, mientras los libros y las publicaciones periódicas que contienen el error circulan libremente por todo el país. El escepticismo y la infidelidad aumentan en todas partes. La luz tan preciosa, procedente del trono de Dios, es escondida debajo de un almud. Dios tendrá a su pueblo por responsable de esta negligencia. Debemos rendir cuentas ante él por cada rayo de luz que él ha hecho brillar sobre nuestro camino, tanto si ha sido empleado para nuestro avance en los asuntos divinos como si lo hemos rechazado porque era más agradable seguir nuestra propia inclinación.

Ahora disponemos de grandes instalaciones para esparcir la verdad, pero nuestro pueblo no acude a los privilegios que se le conceden. En ninguna iglesia se ve ni se siente la necesidad de usar sus capacidades para salvar almas. No se aperciben del deber de conseguir suscriptores para nuestras publicaciones periódicas, incluida nuestra revista de salud, y presentar nuestros libros y folletos. En la obra se necesitan hombres que deseen que se les enseñe la mejor manera de aproximarse a las personas y a las familias. Su indumentaria debería ser pulcra, pero no presuntuosa, y sus modales no deberían desagradar al público. Como pueblo, (385) tenemos una gran carencia en cuanto a las buenas maneras se refiere. Todos los que se enrolan en el trabajo misionero deberían cultivarlas.

Nuestras casas publicadoras deben mostrar prosperidad en las ventas. Nuestro pueblo puede sostenerlas si muestran un decidido interés por introducir nuestras publicaciones en el mercado. Pero si el próximo año se manifiesta un interés tan escaso como el que se mostró en el anterior, el margen de maniobra será mínimo. Cuanto más amplia sea la distribución de nuestras publicaciones, tanto mayor será la demanda de libros que expliquen las Escrituras de verdad. Muchos se disgustan por causa de las incongruencias, los errores y la apostasía de las iglesias, así como con los festivales, las ferias, las loterías y numerosas invenciones que desvían fondos de los objetivos de la iglesia. Hay muchos que buscan la luz en las tinieblas. Si nuestros folletos y libros, que expresan la verdad en claro lenguaje bíblico, pudieran circular ampliamente, muchos descubrirían que son lo que desean. Sin embargo, muchos de nuestros hermanos actúan como si las personas debieran acudir a ellos o a nuestras oficinas para obtener unas publicaciones que miles ni siquiera sospechan que existen.

Dios exige a su gente que actúen como personas vivas y no sean indolentes, perezosas ni indiferentes. Debemos llevar las publicaciones a las personas y urgirles que las acepten, mostrándoles que recibirán mucho más que el valor de su dinero. Ensalzad el valor de los libros que ofrecéis. Jamás será demasiado elevado.

Mi alma agonizaba mientras veía la indiferencia de nuestro pueblo que, a la vez, tiene una creencia tan elevada. Se me mostró que la sangre de muchos caerá sobre las vestiduras de aquellos que ahora se sienten cómodos y no se aperciben de su responsabilidad por las almas que perecen a su alrededor por falta de luz y conocimiento. Han establecido contacto con ellas, pero nunca las han advertido, jamás han orado con y por ellas y jamás han hecho sinceros esfuerzos por presentarles la verdad. Se me mostró que en este punto ha habido una terrible negligencia. Los ministros no hacen ni la mitad de lo que podrían, por enseñar todos los puntos de verdad y deber a las personas por quienes trabajan y en consecuencia, las personas carecen de espíritu y permanecen inactivas. (386) La hoguera y el catafalco no son medios de poner a prueba al pueblo de Dios de nuestro tiempo. Por esta misma razón, el amor de muchos se ha enfriado. Cuando surgen las pruebas, se proporciona gracia para suplir la urgencia. Debemos consagrarnos individualmente en el mismo momento en que Dios ha dicho que quiere encontrarnos. (387)

LOS EMBAJADORES DE Cristo.-

Los embajadores de Cristo tienen una obra solemne e importante que algunos consideran con demasiada ligereza. Cristo es ministro del santuario celestial, a la vez que, por medio de sus delegados, es ministro de su iglesia en la tierra. Habla al pueblo por medio de hombres elegidos y lleva a cabo su obra por medio de ellos como cuando, en los días de su humillación, andaba visiblemente en la tierra. Aunque han pasado siglos, el transcurso del tiempo no ha cambiado la promesa que hizo al separarse de sus discípulos: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mat. 28:20). Desde la ascensión de Cristo hasta el presente, hombres ordenados por Dios, que reciben autoridad de él, han sido maestros de la fe. Cristo, el verdadero Pastor, dirige su obra por intermedio de esos pastores subalternos; de modo que la posición de los que trabajan en el ministerio de la Palabra y enseñan la doctrina, viene a ser muy importante. Urgen a la gente, en lugar de Cristo, para que se reconcilie con Dios.

El pueblo no debe considerar a sus ministros como meros oradores, sino como embajadores de Cristo, los cuales reciben su sabiduría y poder de la gran Cabeza de la iglesia. Pasar por alto y despreciar la palabra hablada por el representante de Cristo no sólo es manifestar falta de respeto al hombre, sino también al Maestro que lo envió. Él está en el lugar de Cristo; y la voz del Salvador debe ser oída en su representante.

Muchos de nuestros ministros han cometido un grave error pronunciando discursos completamente dedicados a la argumentación. Hay almas que escuchan la teoría de la verdad y quedan impresionadas por las evidencias que se presentan, y luego, si una parte del discurso revela a Cristo como Salvador del mundo, la semilla sembrada puede brotar y llevar fruto para gloria de Dios. Pero en muchos discursos no se presenta la cruz de Cristo ante la gente. Tal vez algunos estén escuchando el último sermón de su vida y algunos no volverán a estar en condiciones que permitan volver a presentarles la cadena de verdad y dar una aplicación práctica a sus corazones. Esta oportunidad de oro se habrá perdido para siempre. Si Cristo y su amor redentor hubiesen sido ensalzados (388) en relación con la teoría de la verdad, esto podría haberlos hecho inclinarse hacia su lado.

Más almas de las que nos imaginamos anhelan comprender cómo pueden acudir a Cristo. Muchos escuchan los sermones que se predican desde los púlpitos de las iglesias populares, y al salir no saben mejor que antes de escucharlos cómo encontrara Jesús y la paz y el descanso que desean sus almas. Los ministros que predican el último mensaje de misericordia deben tener presente que Cristo ha de ser ensalzado como refugio del pecador. Muchos ministros piensan que no es necesario predicar el

arrepentimiento y la fe con un corazón completamente subyugado por el amor de Dios; dan por sentado que sus oyentes están perfectamente familiarizados con el Evangelio, y que deben presentarles asuntos de una naturaleza diferente para retener su atención. Si sus oyentes están interesados, lo consideran como evidencia de éxito. La gente ignora mucho de lo que respecta al plan de salvación, y necesita más instrucción acerca de este asunto de suma importancia que acerca de cualquier otro.

De aquellos que se congregan para escuchar la verdad debe esperarse que deseen ser beneficiados, como lo expresaron Cornelio y sus amigos: "Ahora pues, todos nosotros estamos aquí en la presencia de Dios, para oír todo lo que Dios te ha mandado" (Hechos 10:33).

Los discursos teóricos son esenciales para que todos conozcan la forma de la doctrina y vean la cadena de la verdad, eslabón tras eslabón, unida en un conjunto perfecto. Pero jamás debe presentarse un discurso sin presentar a Cristo, y Cristo crucificado, como fundamento del Evangelio, aplicando de forma práctica las verdades presentadas y grabando en la mente el hecho de que la doctrina de Cristo no es "sí y no", sino "sí y amén" en Cristo Jesús.

Después que se ha presentado la teoría de la verdad, viene la parte ardua del trabajo. No se debe dejar a la gente sin instrucción referente a las verdades prácticas que se relacionan con su vida diaria. Los oyentes deben ver y sentir que son pecadores y que necesitan convertirse a Dios. Lo que Cristo dijo, lo que hizo y lo que enseñó, debe presentárseles de la manera más impresionante.

La obra del ministro apenas empieza cuando se presenta la verdad al entendimiento de la gente. Cristo es nuestro Mediador (389) y Sumo Sacerdote en presencia del Padre. Se reveló a Juan como el Cordero inmolado, como si hubiera estado en el mismo acto de derramar su sangre en favor del pecador. Cuando al oyente se le presenta la ley de Dios, mostrándole la profundidad de sus pecados, debe señalársele el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Debe enseñársele el arrepentimiento para con el Padre y la fe para con nuestro Señor Jesucristo. Así estará la labor del representante de Jesús en armonía con la obra que nuestro Salvador realiza en el santuario celestial.

Los ministros alcanzarían muchos más corazones si se detuvieran más en la piedad práctica. Con frecuencia, cuando se hacen esfuerzos para introducir la verdad en campos nuevos, la labor es casi completamente teórica. La gente queda perturbada. Ve la fuerza de la verdad y anhela obtener un fundamento seguro. Cuando se han serenado sus sentimientos es el momento, más que en ningún otro, de presentar con insistencia la religión de Cristo a la conciencia; pero demasiado a menudo se ha permitido que la serie de conferencias termine sin que se hiciera esta obra a favor de las personas que la necesitaban. Aquel esfuerzo resultó demasiado parecido a la ofrenda de Caín: No tenía la sangre expiatoria para hacerlo aceptable para Dios. Caín obraba bien al presentar una ofrenda, pero dejó a un lado todo lo que le daba valor: la sangre de la expiación.

Es un hecho triste que muchos se entretengan tanto en la teoría y tan poco en la piedad práctica debido a que Cristo no mora en su corazón. No tienen relación viva con Dios. Muchas almas se deciden en favor de la verdad por el peso de la evidencia, sin haberse convertido. No se dieron discursos prácticos en relación con los doctrinales para que los oyentes viesen la hermosa cadena de la verdad, se enamoraran de su Autor y se santificaran por la obediencia. El ministro no ha consumado su obra hasta no haber convencido a sus oyentes de la necesidad de cambiar de carácter de acuerdo con los puros principios de la verdad que han recibido.

Debemos sentir pánico ante la religión formal porque en ella no hay Salvador. Cristo pronunció discursos claros, íntimos, escrutadores y prácticos. Sus embajadores deben seguir su ejemplo en cada discurso. Cristo y su Padre eran uno; a todos los requerimientos (390) del Padre, Cristo daba alegremente su aquiescencia. Él tenía el sentir de Dios. El Redentor era el modelo perfecto. Jehová se manifestaba en él. El cielo estaba envuelto en la humanidad, y la humanidad estaba encerrada en el seno del Amor Infinito. Si los ministros están dispuestos a sentarse con mansedumbre a los pies de Jesús, pronto obtendrán una visión correcta del carácter de Dios y podrán también enseñar a otros. Algunos entran en el ministerio sin amar profundamente a Dios y a sus semejantes. En la vida de los

tales se manifestará egoísmo y complacencia propia. Mientras estos centinelas faltos de consagración y fidelidad se están sirviendo a sí mismos en vez de alimentar la grey y atender a sus deberes pastorales, el pueblo perece por falta de la debida instrucción.

En todos los discursos deben hacerse llamamientos fervientes a la gente para que abandone sus pecados y se vuelva a Cristo. Deben condenarse los pecados y complacencias populares de nuestra época y debe darse vigor a la piedad práctica. El ministro debe ser profundamente sincero consigo mismo; debe sentir en el fondo del corazón las palabras que pronuncia, y debe verse incapacitado para reprimir su preocupación por las almas de los seres humanos por los cuales Cristo murió. Del Maestro se dijo: "El celo de tu casa me consume" (Juan 2:17). Y sus representantes deben sentir el mismo fervor.

Se ha hecho un sacrificio infinito en favor del hombre, pero habrá sido en vano para toda alma que no acepte la salvación. ¡Cuán importante es que el que presenta la verdad lo haga comprendiendo plenamente la responsabilidad que recae sobre él! ¡Cuán tierno, compasivo y cortés debe ser en su conducta al tratar con las almas de los hombres, siendo que el Redentor del mundo demostró que las apreciaba tan altamente! Cristo pregunta: "¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa?" (Mat. 24:45). Jesús pregunta: "¿Quién?", y cada ministro del Evangelio debe repetir la pregunta en su propio corazón. Al considerar las verdades solemnes, y al contemplar el cuadro trazado con respecto al mayordomo fiel y prudente, su alma debe conmoverse hasta lo más profundo.

A cada hombre le ha sido dada su obra; a nadie se disculpa. Cada uno tiene una parte que hacer, según su capacidad; y al que (391) presenta la verdad le incumbe desentrañar cuidadosamente y con oración la capacidad de todos los que aceptan la verdad y luego instruirlos y conducirlos paso a paso, dejándoles sentir la carga de responsabilidad de hacer la obra que Dios les reserva que recae sobre ellos. Se debe insistir una y otra vez acerca del hecho de que nadie podrá resistir a la tentación, responder al propósito de Dios, y vivir la vida de un cristiano, a menos que asuma su obra, sea grande o pequeña, y haga ese trabajo con fidelidad consciente. A todos les corresponde cierta obra además de ir a la iglesia y escuchar la Palabra de Dios. Deben practicar la verdad oída llevando a cabo sus principios en su vida diaria. Deben trabajar constantemente para Cristo, no por motivos egoístas, sino con el deseo sincero de glorificar a Aquel que hizo todo sacrificio para salvar al hombre de la ruina.

Los ministros deben inculcar a todos los que aceptan la verdad que deben tener a Cristo en sus hogares; que necesitan su gracia y sabiduría para guiar y dominar a sus hijos. Parte de la obra que Dios les ha dejado es educar y disciplinar a estos hijos, trayéndolos a sujeción. Manifiéstense la bondad y la cortesía del ministro en su trato con los niños. Siempre deben tener presente que son hombres y mujeres en miniatura, miembros jóvenes de la familia del Señor. Pueden estar muy cerca del Maestro y serle muy caros y, si se los instruye y disciplina debidamente, le prestarán servicio aun en su juventud. Cristo se siente entristecido por cada palabra dura, severa y desconsiderada que se dirija a los niños. No se respetan siempre sus derechos y se los trata con frecuencia como si no tuviesen un carácter que necesita desarrollarse debidamente a fin de que no se tuerzan y fracase el propósito de Dios en su vida.

Desde niño, Timoteo conocía las Escrituras; este conocimiento le salvaguardó de las malas influencias que lo rodeaban y de la tentación a escoger el placer y la complacencia egoísta antes que el deber. Todos nuestros hijos necesitan una salvaguardia semejante; y debe ser parte de la obra de los padres y de los embajadores de Cristo cuidar de que los niños estén debidamente instruidos en la Palabra de Dios.

Si el ministro quiere recibir la aprobación de su Señor, debe trabajar con fidelidad para presentar a cada hombre perfecto en (392) Cristo. Por su manera de trabajar, no debe dar la impresión de que poco le importa si los hombres aceptan o no la verdad y practican la piedad verdadera; al contrario, la fidelidad y la abnegación manifestadas en su vida deben ser tales que convenzan al pecador de que hay intereses eternos en juego y que su alma está en peligro, a menos que responda a la ferviente labor realizada en favor suyo. Los que han sido llevados del error y las tinieblas a la verdad y la luz tienen que

experimentar grandes cambios y, a menos que la necesidad de una reforma cabal se grabe en la conciencia, serán como el hombre que se miró en el espejo, la ley de Dios, y descubrió los defectos de su carácter moral, pero luego se fue y olvidó qué clase de hombre era. La mente debe conservar un vivo sentido de la responsabilidad. De otro modo, recaerá en un estado de negligencia más completa que antes de que se la despertara.

La obra de los embajadores de Cristo es mucho mayor y de más responsabilidad de lo que muchos sueñan. Aquellos no deben quedar satisfechos con su éxito a menos que puedan, por sus fervientes labores y la bendición de Dios, presentarle cristianos útiles, que tengan un verdadero sentido de su responsabilidad y que hagan la obra que se les ha señalado. La debida labore instrucción tendrán por resultado poner en condición de trabajar a aquellos hombres y mujeres cuyo carácter es fuerte y cuyas condiciones son tan firmes que no permiten que nada de un carácter egoísta los estorbe en su trabajo, disminuya su feo los aparte del deber. Si el ministro ha instruido debidamente a los que estaban bajo su cuidado, cuando él salga rumbo a otros campos de trabajo, la obra no se disgregará, sino que quedará firmemente unida y segura. A menos que quienes reciban la verdad se conviertan cabalmente y haya un cambio radical en su vida y su carácter, el alma no estará firmemente ligada a la Roca eterna; y después que cese el trabajo del ministro y haya pasado la novedad, la impresión se borrará, la verdad perderá su poder fascinante y dichas personas no ejercerán ya ninguna influencia santa, ni serán mejores por profesar la verdad.

Me asombra que teniendo delante de nosotros los ejemplos de lo que el hombre puede ser y hacer no nos sintamos estimulados a esforzarnos para emular más las buenas obras de los justos. Todos no pueden ocupar una posición eminente; pero todos pueden (393) ocupar puestos de utilidad y confianza, y pueden, por su fidelidad perseverante, hacer mayor bien de lo que se imaginan. Los que abrazan la verdad deben buscar una clara comprensión de las Escrituras y un conocimiento experimental de un Salvador vivo. El intelecto debe cultivarse, la memoria debe ponerse a contribución. Toda pereza intelectual es pecado y el letargo espiritual es muerte.

!Oh, si pudiese disponer de un lenguaje suficientemente vigoroso para causar la impresión que deseo en mis colaboradores en el Evangelio! Hermanos míos, estáis manejando las palabras de vida; estáis tratando con mentes que son capaces del más alto desarrollo si se las dirige en el debido cauce. En los discursos que se presentan hay demasiada exhibición del yo. El Cristo crucificado, el Cristo que ascendió a los cielos, el Cristo que va a volver, debe enternecer, alegrar y llenar la mente del ministro del Evangelio de tal manera que presente estas verdades a la gente con amor y fervor profundo. El ministro se perderá entonces de vista y Jesús será magnificado. La gente quedará impresionada con estos temas absorbentes, y hablará de ellos y los alabará en vez de alabar al ministro, el mero instrumento. Si la gente, mientras alaba al predicador, tiene poco interés en la Palabra, éste puede saber que la verdad no está santificando su propia alma. No habla a sus oyentes de manera que honre a Cristo y magnifique su amor.

Dijo Cristo: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. 5:16). Dejad resplandecer vuestra luz de tal manera que la gloria sea para Dios en lugar de ser para vosotros mismos. Si se os dirigen alabanzas, bien podéis temblar y avergonzaron, porque se ha frustrado el gran propósito; no se ensalza a Dios sino al siervo. Así brille vuestra luz; tened cuidado ministros de Cristo de qué manera brilla vuestra luz. Si refulge hacia el cielo revelando la excelencia de Cristo, brilla correctamente. Si se vuelve hacia vosotros, si os exhibís a vosotros mismos, e inducís a la gente a miraron, sería mejor que os callaseis, porque vuestra luz brilla falsamente.

Ministros de Cristo, podéis estar relacionados con Dios si veláis y oráis. Sean vuestras palabras sazonadas con sal; rijan vuestra (394) conducta la cortesía cristiana y la verdadera elevación. Si la paz de Dios reina en el corazón, su poder no sólo fortalecerá, sino que enternecerá vuestro corazón y seréis representantes vivos de Cristo. El pueblo que profesa la verdad está apartándose de Dios. Jesús va a

venir pronto, y dicho pueblo no está listo. El mismo ministro debe alcanzar una norma más alta, una fe señalada con mayor firmeza, una experiencia viva, no árida y vulgar, como la de los que profesan nominalmente la religión. La Palabra de Dios os presenta un blanco muy alto. ¿Queréis, con ayuno y oración, alcanzar la plenitud y solidez del carácter cristiano? Debéis trazar sendas rectas para vuestros pies, no sea que los cojos se aparten del camino. Una relación estrecha con Dios os proporcionará en vuestras labores un poder vital que despierta confianza y convence de pecado al pecador, induciéndolo a clamar: "¿Qué debo hacer para ser salvo?" (Hechos 16:30).

La comisión dada por Cristo a sus discípulos, precisamente antes de su ascensión al cielo, era: "Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mat. 28:19-20). La comisión alcanza a aquellos que crean en su Palabra por medio de sus discípulos. Y todos los que son llamados por Dios a ocupar el puesto de embajadores suyos deben recibir las lecciones de piedad práctica que dio Cristo en su Palabra, y enseñarlas a la gente.

Cristo abrió las Escrituras a sus discípulos, empezando por Moisés y los profetas, y los instruyó en todas las cosas relativas a él mismo, y también les explicó las profecías. En su, predicación, los apóstoles se remontaron hasta el día de Adán, y llevaron a sus oyentes a través de la historia profética y, terminando con Cristo y Cristo crucificado, invitaron a los pecadores a apartarse de sus pecados y volverse a Dios. Los representantes de Cristo en nuestra época deben seguir su ejemplo, y en todo discurso deben ensalzar a Cristo como el Ser exaltado, como el que lo es todo en todos.

No sólo el formalismo se está apoderando de las iglesias nominales, sino que está aumentando en grado alarmante entre aquellos que profesan observar los mandamientos de Dios y esperar la (395) pronta aparición de Cristo en las nubes de los cielos. No debemos ser estrechos en nuestras miras y limitar nuestras posibilidades de hacer bien, sino que, mientras extendemos nuestra influencia y ampliamos nuestros planes a medida que la Providencia nos prepara el camino, debemos ser más fervientes para evitar la idolatría del mundo. Mientras redoblamos esfuerzos para aumentar nuestra utilidad, debemos hacer esfuerzos correspondientes para obtener sabiduría de Dios a fin de llevar adelante todos los ramos de la obra según su orden, y no desde un punto de vista mundano. No debemos amoldarnos a las costumbres del mundo, sino sacar el mejor partido de las posibilidades que Dios ha puesto a nuestro alcance para presentar la verdad a la gente.

Cuando, como pueblo, nuestras obras correspondan a nuestra profesión, veremos el cumplimiento de mucho más que ahora. Cuando tengamos hombres tan consagrados como Elías, poseedores de la fe que él poseía, veremos que Dios se nos revelará como se manifestó a los santos hombres de antaño. Cuando tengamos hombres que, aunque reconociendo sus deficiencias, intercedan ante Dios con fe ferviente como Jacob, veremos los mismos resultados. El poder de Dios descenderá sobre el hombre en respuesta a la oración de fe. Hay poca fe en el mundo. Son pocos los que viven cerca de Dios. ¿Y cómo podemos esperar recibir más poder y que Dios se revele a los hombres, cuando se maneja su Palabra con negligencia y los corazones no se santifican por la verdad? Hay hombres que no están siquiera convertidos a medias, que confían en si mismos y se creen suficientes por su carácter, y predican la verdad a otros. Pero Dios no obra con ellos, porque no son santos en su corazón ni en su vida. No andan humildemente con Dios. Debemos tener un ministerio consagrado y entonces veremos la luz de Dios y su poder favorecerá todos nuestros esfuerzos.

Los centinelas colocados antaño sobre los muros de Jerusalén y otras ciudades ocupaban una posición de máxima responsabilidad. De su fidelidad dependía la seguridad de todos los habitantes de aquellas ciudades. Cuando se temía un peligro, ellos no debían callar ni de día ni de noche. A intervalos debían llamarse uno a otro, para ver si estaban despiertos, no fuese que le ocurriese daño a alguno de ellos. Se colocaban centinelas sobre alguna prominencia (396) que dominaba los lugares importantes que debían

guardarse, y de ellos se elevaba el clamor de amonestación o de buen ánimo. Este clamor se transmitía de una boca a otra; cada uno repetía las palabras, hasta que daba la vuelta entera a la ciudad.
Estos atalayas representan el ministerio, de cuya fidelidad depende la salvación de las almas. Los dispensadores de los misterios de Dios deben ser como atalayas sobre los muros de Sión; y si ven llegar la espada, deben dar la amonestación. Si son centinelas dormidos y sus sentidos espirituales están tan embotados que no ven el peligro ni se dan cuenta de él y la gente perece, Dios les demandará la sangre de ésta.
"Hijo de hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel; oirás, pues, tú la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte" (Eze. 3:17). Los atalayas necesitan vivir muy cerca de Dios, oír su palabra y ser impresionados por su Espíritu, para que la gente no confíe en vano en ellos. "Cuando yo dijere al impío: De cierto morirás; y tú no le amonestares ni le hablares, para que el impío sea apercibido de su mal camino a fin de que viva, el impío morirá por su maldad, pero su sangre demandaré de tu mano. Pero si tú amonestares al impío, y él no se convirtiere de su impiedad y de su mal camino, él morirá por su maldad, pero tú habrás librado tu alma" (Eze. 3:18,19). Los embajadores de Cristo deben cuidar de no perder, por su infidelidad, su propia alma y la de aquellos que los oyen.
Se me han mostrado las iglesias de diferentes estados que profesan guardar los mandamientos de Dios y esperar la segunda venida de Cristo. Se advierte en ellas una indiferencia alarmante, como también orgullo, amoral mundo y una fría formalidad. Constituyen el pueblo que se está volviendo rápidamente como el antiguo Israel en cuanto concierne a la falta de espiritualidad. Muchos hacen alta profesión de piedad, y sin embargo carecen de dominio propio. En ellos rigen los apetitos y las pasiones, y predomina el yo. Muchos son arbitrarios, intransigentes, intolerantes, orgullosos, jactanciosos y sin consagración. Sin embargo, algunas de estas personas son ministros que manejan verdades sagradas. A menos que se arrepientan, su candelero será quitado de su lugar. La maldición que el Salvador pronunció sobre la higuera estéril es un sermón dirigido (397) a todos los formalistas e hipócritas jactanciosos que se presentan ante el mundo cubiertos de hojas engañosas pero que no dan fruto. ¡Qué reprensión para los que tienen la forma de la piedad, mientras que en su vida sin cristianismo niegan su eficacia! El que trató con ternura al principal de los pecadores, el que nunca despreció la verdadera mansedumbre y penitencia, por grande que fuese la culpa, hizo caer severas acusaciones sobre los que hacían gran profesión de piedad a la vez que negaban su fe con sus obras.

CÓMO HABLAR EN PÚBLICO.-

Algunos de nuestros ministros de más talento se causan un gran daño por causa de su manera defectuosa de hablar. Mientras enseñan a la gente el deber de obedecer la ley moral de Dios, se les descubre violando las leyes de Dios al respecto de la vida y la salud. Los ministros deben permanecer erguidos y hablar lenta, firme y claramente, tomando una inspiración completa antes de cada frase y pronunciando las palabras ayudándose de los músculos abdominales. Con la observancia de esta sencilla norma, prestando atención a las leyes de salud en otros aspectos, conservarán su vida y serán útiles durante mucho más tiempo que los hombres de cualquier otra profesión.
El pecho se ensanchará y con la educación de la voz, serán raras las veces que el orador sufra de afonía, aun hablando constantemente. En lugar de padecer tisis a causa de las constantes charlas y discursos, nuestros ministros, gracias al cuidado, vencerán la tendencia a padecer enfermedades de los pulmones. Desearía decir a mis hermanos ministros: "A menos que os eduquéis para hablar de acuerdo con las leyes físicas, sacrificaréis la vida y muchos lamentarán la pérdida de los mártires por la causa de la verdad', cuando los hechos son que al descuidar los hábitos correctos hicisteis injusticia con vosotros mismos y con la verdad que representabais, y robasteis a Dios y al mundo el servicio que debierais haber rendido. Dios habría deseado que vivieseis, pero vosotros os suicidasteis lentamente.
La manera de presentar la verdad a menudo tiene mucho que ver con determinar si se aceptará o se rechazará. Todos los que trabajan (398) en la gran causa de la reforma deberían estudiar cómo ser

obreros eficientes, de manera que puedan cumplir la mayor cantidad posible de bien sin quedar apartados del ejército de la verdad por causa de sus propias deficiencias.
Los ministros y los maestros deberían disciplinarse para articular las palabras clara y firmemente, dando a cada una de ellas todo el sonido. Quienes hablan rápidamente, con voz engolada, amontonando las palabras y elevando el tono de la voz hasta niveles antinaturales no tardarán en sufrir afonía y las palabras perderán la mitad de la fuerza que habrían tenido de ser dichas lentamente, con claridad y sin gritar. Los oyentes se compadecen del orador porque saben que se está causando daño y temen que en cualquier momento se venga abajo. Que un hombre se enzarce en un frenesí de gesticulación no es prueba de celo por Dios; "porque el ejercicio corporal para poco es provechoso" (1 Tim. 4:8), dice el apóstol.
El Salvador del mundo desea que sus colaboradores lo representen y cuanto más cercano anda un hombre de Dios tanto menos defectuosas serán su forma de dirigirse a los demás, sus maneras, su actitud y sus gestos. Nuestro Modelo, Jesucristo, nunca se mostró áspero ni rudo. Era un representante del cielo y sus seguidores deben ser como él.
Algunos razonan que el Espíritu del Señor seguirá sus designios para cualificar a un hombre; pero el Señor no se propone hacer el trabajo que ha dado al hombre para hacer. Nos ha dado facultades de razonamiento y oportunidades para educar la mente y las maneras. Después de que nosotros hayamos hecho todo cuanto esté en nuestra mano, esforzándonos para dar el mejor uso a las ventajas de que disponemos, podremos mirara Dios en sincera oración para que por medio de su Espíritu haga cuanto escapa a nuestras facultades. Siempre obtendremos poder y eficiencia de nuestro Salvador.

CUALIDADES PARA EL MINISTERIO.-
A menudo se causa un gran daño a nuestros jóvenes permitiéndoles que empiecen a predicar cuando aún no tienen suficiente conocimiento de las Escrituras para presentar nuestra fe de manera (399) inteligente. Algunos que entran en el campo son simples novicios en las Escrituras. También son incompetentes e ineficientes en otros aspectos. No saben leer las Escrituras sin titubeos, sin pronunciar mal algunas palabras y amontonándolas de tal modo que la palabra de Dios sale gravemente perjudicada. Los que no están calificados para presentar la verdad de manera adecuada no deben quedar desconcertados con su deber. Su lugar no es el de maestros, sino alumnos. Aunque los jóvenes que desean prepararse para el ministerio obtienen un gran provecho asistiendo a nuestro colegio, también es preciso que adquieran cualidades de oradores aceptables. Por eso es necesaria la presencia de un profesor que eduque a los jóvenes y les enseñe a hablar sin fatigar los órganos vocales. También deben ser objeto de atención los modales.
Algunos jóvenes que entran en la obra no tienen éxito enseñando la verdad a otros porque ellos mismos carecen de educación. Los que no sepan leer correctamente deberían aprender a hacerlo para así comenzar a ser aptos para la enseñanza antes de presentarse ante el público. Los maestros de nuestras escuelas están obligados a aplicarse ellos mismos al estudio, de manera que puedan estar preparados para instruir a otros. Esos maestros no son aceptados hasta que han superado un examen crítico y un tribunal competente ha comprobado sus capacidades de enseñanza. El examen de los ministros no debería ser objeto de precauciones menores. Los que están a punto de entrar en la sagrada tarea de enseñar la verdad bíblica al mundo deberían ser examinados por personas fieles y experimentadas.
Después de haber conseguido experiencia, todavía queda otra tarea por cumplir. Deben ser presentados ante el Señor en sincera oración para que él indique por medio de su Espíritu Santo si le son aceptables. El apóstol dice: %o impongas con ligereza las manos a ninguno" (1 Tim. 5:22). En los tiempos de los apóstoles los ministros de Dios no osaban confiar en su propio juicio para seleccionar o aceptar a los hombres que tomaban la solemne y sagrada responsabilidad de ser la boca de Dios. Escogían a los hombres que su juicio aceptaba y luego los presentaban ante Dios para ver si los aceptaría para que fuesen sus representantes. No hay razón para que ahora no sea como entonces. (400)

En muchos lugares nos encontramos con hombres a los cuales se ha puesto apresuradamente en responsabilidades como ancianos de la iglesia sin estar cualificados para detentar ese cargo. Su influencia es dañina. La iglesia tiene problemas constantemente como consecuencia del carácter defectuoso de su dirigente. La imposición de manos sobre esos hombres no ha sido meditada.
Los ministros de Dios deben gozar de buena reputación, deben ser capaces de dirigir un interés después de haberlo despertado. Tenemos gran necesidad de hombres competentes que traigan honor en lugar de desgracia sobre la causa que representan. Los ministros deberían ser objeto de examen destinado especialmente para descubrir si comprenden de manera racional la verdad para este tiempo con el fin de que su discurso sobre las profecías o las cuestiones prácticas sea coherente. Si no son capaces de presentar los temas bíblicos con claridad deben permanecer en su condición de oyentes y alumnos. Deberán escudriñar las Escrituras con sinceridad y oración y familiarizarse con ellas para ser maestros de la verdad bíblica para otros. Antes de que alguien sea empujado de manera apresurada a entrar en la obra, es preciso considerar todas estas cosas con reflexión y oración.
El plan que se ha adoptado, según el cual el hermano Smith dirige institutos bíblicos en algunos estados tiene la aprobación de Dios. Esos institutos han sido fuente de grandes bienes pero no todo el tiempo se dedica a la tarea que sería tan provechosa para nuestros jóvenes ministros y para la causa de Dios. Nunca en esta vida veremos todos los frutos de los esfuerzos que ya se han hecho, sino en la eternidad. (401)

MINISTROS DEL EVANGELIO.-
Hermano A: Se me ha mostrado que usted no está preparado para trabajar con éxito en el ministerio. Hubo un tiempo en que sus esfuerzos obtuvieron cierto grado de éxito. Sin embargo, en lugar de inspirar en usted una honestidad y un celo mayores, causó el efecto contrario. El sentido de la bondad de Dios debiera haberlo empujado a continuar trabajando humildemente y a desconfiar de usted mismo. No obstante, especialmente después de su ordenación, empezó a sentir que ya era un ministro maduro, capaz de presentar la verdad ante grandes auditorios, y se volvió indolente, dejó de sentir la carga de las almas y su labor desde entonces ha sido de muy escaso valor para la causa de Dios. Goza de fuerza física y, sin embargo, no ve que es tan responsable del uso que le da, como el hombre con recursos económicos es responsable del uso que da a su dinero. No siente inclinación por el trabajo manual a pesar de que su constitución requiere un gran desgaste físico para conservar la salud y activar las facultades mentales. En cuanto a la salud se refiere, el ejercicio físico sería de gran valor para nuestros ministros y siempre que sean liberados del servicio activo en el ministerio deberían sentir como un deber llevar a cabo trabajos físicos para el sostenimiento de sus familias.
Hermano A, ha perdido el tiempo durmiendo, por lo que en lugar de favorecer su salud ha sido perjudicial para ella. Las preciosas horas que ha perdido sin hacer el bien ni a usted ni a otros, lo acusan en el libro maestro del cielo. Se me mostró su nombre inscrito en el epígrafe de los siervos perezosos. Su labor no superará la prueba del juicio. Ha pasado tanto tiempo durmiendo que todas sus facultades se han paralizado. La salud se obtiene con hábitos de vida adecuados y se puede aumentara interés fijo 0 compuesto. Pero este capital, más precioso que ningún depósito bancario, puede ser destruido por la intemperancia en la comida y la bebida, o permitiendo que los órganos se oxiden por la inactividad. Es preciso abandonar la complacencia y vencer la pereza.
La razón por la que muchos ministros se quejan de enfermedad es que no hacen ejercicio suficiente y se abandonan a los excesos en la comida. No ven que esa conducta pone en peligro aun (402) a la constitución más fuerte. Quienes, como usted, son de carácter indolente deberían comer muy frugalmente y no rehuir el ejercicio físico. Muchos de nuestros ministros están cavando sus tumbas con sus propios dientes. Por causa de la carga que deben soportar los órganos digestivos, todo el sistema sufre y el cerebro paga la factura. Cada transgresión de las leyes de la salud tiene su repercusión en el cuerpo.

Cuando no predicaba activamente, el apóstol Pablo se dedicaba al ejercicio de su oficio fabricando tiendas. Se vio obligado a hacerlo por haber aceptado una verdad impopular. Antes de abrazar el cristianismo, había ocupado un cargo elevado y no dependía de su trabajo para subsistir. Entre los judíos era costumbre que los niños, independientemente de lo elevado de la posición social que se esperaba que alcanzasen, aprendieran algún oficio como precaución para evitar que un cambio de circunstancias los pusiera en situación de no poder sostenerse por ellos mismos. De acuerdo con esta costumbre, Pablo aprendió a hacer tiendas. Una vez que sus posesiones se hubieron gastado en el avance de la causa de Cristo y para su propio sostenimiento, recurrió a su oficio para ganarse la vida.

No hubo hombre vivo que fuera un discípulo de Cristo más honesto, enérgico y abnegado que Pablo. Fue uno de los mayores maestros del mundo. Cruzó el mar y viajó aquí y allá hasta que una gran porción del mundo hubo aprendido de sus labios la historia de la cruz de Cristo. Sentía un ardiente deseo de llevar a los hombres caídos hacia el conocimiento de la verdad por medio del amor del Salvador. Su alma estaba imbuida de la obra del ministerio y sintió dolor cuando tuvo que retirarse de su tarea para trabajar por sus necesidades corporales. Sin embargo, se sometió a la esclavitud del artesano para no convertirse en una carga para las iglesias que estaban dominadas por la pobreza. A pesar de que había fundado muchas iglesias, rechazó que lo sostuvieran porque temía que su utilidad y éxito como ministro del evangelio pudiera verse interferida por cualquier sospecha referente a sus motivaciones. Evitaba dar ocasión a sus enemigos para que lo difamaran y, así, destruyeran la fuerza de su mensaje.

Pablo pide a sus hermanos corintios que entiendan que, como obrero del evangelio, podría haber exigido su sostenimiento en (403) lugar de recurrir a sus propios medios. Pero estaba decidido a renunciar a ese derecho por temor de que, al aceptarlos, esos medios de sostenimiento se convirtieran en un obstáculo para su utilidad. Aunque su salud era débil, trabajaba durante el día sirviendo a la causa de Cristo y por la noche pasaba largas horas, a veces la noche entera, trabajando para suplir sus necesidades y las de otros. El apóstol también daba ejemplo a sus hermanos porque dignificaba y honraba la industria. Cuando nuestros ministros sientan que sufren dificultades y privaciones por causa de Cristo, visiten con la imaginación el taller del apóstol Pablo y tengan presente que mientras ese hombre elegido por Dios cose la lona, trabaja para pagar un pan que justamente se ganó trabajando como apóstol de Jesucristo. Cuando el deber lo llamaba, ese apóstol dejaba sus asuntos para enfrentarse a los oponentes más violentos y reprender su soberbia y su jactancia para luego volver a su humilde empleo. Su industria religiosa es una reprensión a la indolencia de algunos de nuestros ministros. Cuando tengan oportunidad de trabajar para contribuir a su propio sostenimiento deben hacerlo con disposición.

Dios nunca quiso que el hombre viviera en la ociosidad. Cuando Adán estaba en el Edén, se dispusieron medios para su empleo. Aunque no siempre ganan la carrera los más rápidos ni los más fuertes vencen en la batalla, el que se ocupa de sus negocios con mano descuidada se empobrecerá. Los que en los negocios son diligentes no siempre prosperarán; pero la indolencia y el letargo, con toda certeza, apesadumbran al Espíritu de Dios y destruyen la verdadera piedad. El agua estancada se vuelve pútrida; pero un arroyuelo de aguas cristalinas esparce salud y alegría en el paisaje. Un hombre de industria perseverante será una bendición allí donde se encuentre. El ejercicio de las facultades mentales y físicas del hombre es necesario para su desarrollo completo y correcto.

Los ministros jóvenes deberían estudiar la manera de ser útiles allí donde vayan. Cuando se les invite a hacer visitas a domicilio, no deberían sentarse ociosos, sin hacer ningún esfuerzo por ayudar a aquéllos que les ofrecen su hospitalidad. Las obligaciones son mutuas. Si el ministro disfruta de la hospitalidad de sus amigos, su deber es responder a su amabilidad siendo considerado y prudente (404) en su conducta hacia ellos. El anfitrión puede ser un hombre que necesita cuidados y trabajo por él. Al manifestar disposición no sólo a recibir sino a prestar asistencia temporal, a menudo, el ministro encontrará una vía de acceso al corazón y podrá abrir la puerta para la recepción de la verdad.

Los perezosos no tienen lugar en la causa de Dios. Se necesitan obreros honestos, afectuosos, amables y sensatos. El esfuerzo activo será un bien para nuestros predicadores. La indolencia es prueba de depravación. Todas y cada una de las facultades de la mente, cada uno de los huesos del cuerpo, cada músculo de las extremidades, muestra que Dios deseaba que esas facultades fuesen usadas y no permanecieran inactivas. El hermano A es demasiado indolente para poner a trabajar sus energías de manera perseverante. Los hombres que roban las precisas horas de luz diurna para dormir carecen del sentido del valor de esos momentos preciosos y dorados. Esos hombres serán sólo una maldición para la causa de Dios. El hermano A está autoinfatuado. No es un estudioso de la Biblia fiel. No es lo que debiera ser ni tampoco lo que podría llegara ser con un esfuerzo sincero. De vez en cuando se levanta para hacer algo; sin embargo, su pereza, su natural tendencia a la comodidad, hace que vuelva a caer en el mismo canal ocioso. Las personas que no han adquirido hábitos de trabajo regular y de administración del tiempo deberán atenerse a normas que las fuercen a ser regulares y enérgicas.

Washington, el padre de la nación, era capaz de llevara cabo una gran cantidad de trabajo porque era muy cuidadoso con el orden y la regularidad. Fechaba todos los documentos y cada uno tenía su lugar, de manera que no se perdía tiempo buscando algo que se hubiese traspapelado. Los hombres de Dios deben ser diligentes en el estudio, honestos en la adquisición de conocimientos y buenos administradores del tiempo. Mediante los esfuerzos perseverantes podrán alcanzar casi cualquier grado de preeminencia como cristianos, como hombres poderosos e influyentes. Sin embargo, muchos nunca alcanzarán un rango superior en el púlpito o en los negocios a causa de su volubilidad y la laxitud de hábitos adquirida en la juventud. En todo aquello que emprenden se ve la marca del descuido y la desatención. Un súbito impulso ocasional (405) no basta para reformara los amantes de la comodidad e indolentes. Esa tarea requiere persistencia continuada haciendo el bien. Los hombres de negocios sólo tendrán éxito verdadero si tienen un horario regular para levantarse, para la oración, para las comidas y para el reposo. Si el orden y la regularidad son esenciales para los negocios mundanos, cuánto más no lo serán para hacer la obra de Dios.

Muchos despilfarran las brillantes horas matutinas en la cama. Una vez ya se han perdido, esas precisas horas son irrecuperables. Se han perdido para ahora y para la eternidad. Si sólo se pierde una hora al día, ¡qué despilfarro de tiempo al cabo de un año! Que el perezoso piense en esto y se detenga a considerar cómo responderá ante Dios por las oportunidades perdidas.

Los ministros deberían dedicar tiempo a la lectura, al estudio, a la meditación y a la oración. Deberían almacenar en la mente conocimientos útiles, memorizando pasajes enteros de las Escrituras, identificando el cumplimiento de las profecías y aprendiendo las lecciones que Cristo dio a sus discípulos. Lleve con usted un libro para poder leerlo durante sus viajes en ferrocarril o mientras espera en la estación. Emplee cada momento que le quede libre en hacer algo. De esta manera se cerrará una puerta a miles de tentaciones. Si el rey David hubiese estado ocupado en algún empleo útil no habría sido culpable del asesinato de Urías. Satanás siempre está al acecho para emplear a aquél que no se emplea a sí mismo. La mente que continuamente lucha por alcanzar la altura de la grandeza intelectual no tendrá tiempo para perder en pensamientos fútiles, padres de las malas acciones. Entre nosotros hay hombres muy capaces que, con un cultivo adecuado, serían de gran utilidad. Sin embargo, no se esfuerzan y, puesto que no ven delito en descuidar poner en buen uso las facultades con que el Creador los ha dotado, se dejan llevar por la comodidad de manera que su mente permanece sin cultivar. Muy pocos cumplen los deseos de Dios. A esos siervos perezosos Dios les preguntará: "¿Qué hiciste con los talentos que te di?" Ese día se descubrirá que muchos, después de haber recibido un talento, lo envolvieron en un paño y lo escondieron bajo tierra. Esos siervos improductivos serán arrojados a las tinieblas exteriores. Mientras tanto, otros que (406) entregaron sus talentos a los cambistas y los doblaron recibirán el aplauso: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor" (Mat. 25:23).

Cuando es preciso confiar responsabilidades a una persona, no se trata de saber si es elocuente o rica, sino de si es honrada, fiel y trabajadora. Porque, sean cuales sean sus logros, sin esas calificaciones es altamente inadecuada para cualquier cargo de confianza. Muchos que han empezado la vida con previsiones halagüeñas fracasan porque les falta laboriosidad. Los jóvenes que habitualmente se reúnen en pequeños grupos en la calle o los almacenes, incluso discutiendo o cuchicheando, nunca llegarán a crecer hasta la talla de hombres de juicio. La dedicación continua logrará por un hombre lo que nada más puede hacer por él. Los que son conscientes de que crecen día a día tendrán una verdadera vida de éxito.

Muchos han fracasado, estrepitosamente, allí donde debieran haber tenido éxito. No han sentido la carga del trabajo; se han tomado las cosas con la misma tranquilidad de quien dispone de mil años para trabajar por la salvación de las almas. A causa de esta falta de honestidad y de celo, muy pocos recibirán la impresión de querer decir lo que decían. La causa de Dios no tiene tanta necesidad de predicadores como de obreros perseverantes y honestos para el Maestro. Sólo Dios puede medir las facultades de la mente humana. No deseaba que el hombre se contentara con permanecer en las tierras bajas de la ignorancia, sino que se apoderara de todas las ventajas de un intelecto ilustrado y cultivado. Todo hombre y toda mujer debería sentir que tiene sobre sí la obligación de alcanzar las cotas más elevadas de grandeza intelectual, al tiempo que nadie debiera infatuarse por el conocimiento adquirido. Es privilegio de todos disfrutar de la satisfacción de saber que con cada paso adelante se es más capaz de honrar y glorificar a Dios. Podemos beber de la fuente inagotable: la Fuente de toda sabiduría y conocimiento.

Después de haber entrado en la escuela de Cristo, el alumno está preparado para iniciarla búsqueda del conocimiento sin que se maree a causa de la altura a la cual está trepando. A medida que va de una a otra verdad, obteniendo visiones más claras y precisas (407) de las maravillosas leyes de la ciencia y la naturaleza, queda extasiado ante las maravillosas muestras del amor de Dios por el hombre. Con ojos inteligentes ve la perfección, el conocimiento y la sabiduría de Dios extendiéndose más allá del infinito. A medida que su mente se amplía y expande, su alma se inunda de puros rayos de luz. Cuanto más bebe de la fuente del conocimiento, tanto más pura y feliz es su contemplación de la infinitud de Dios y mayor es su ansia por obtener suficiente sabiduría para entender las profundas cosas de Dios.

Como pueblo necesitamos cultivar la mente para suplir las exigencias de nuestra época. La pobreza, el origen humilde y el entorno desfavorable no deben impedir el cultivo de la mente. Las facultades mentales deben ser puestas bajo el control de la voluntad y no se debe permitir que la mente divague o sea distraída con multitud de temas a la vez, sin que se centre en uno solo. En todos los estudios surgirán dificultades; pero no desfallezca. Busque, estudie y ore; enfréntese a las dificultades con hombría y vigor; pida la ayuda de la fuerza de la voluntad y la gracia de la paciencia; y siga cavando aún más honestamente hasta que la gema de la verdad aparezca ante usted, clara, bella y preciosa a causa de las dificultades que ha entrañado descubrirla. No se entretenga en el mismo punto ni concentre todas las energías de la mente en él, llamando constantemente la atención de otros, sino que aborde otro tema y examínelo cuidadosamente. De esa forma un misterio tras otro se irán revelando a su comprensión. Con este modo de actuar ganará dos victorias. No sólo habrá conseguido un conocimiento útil, sino que el ejercicio de la mente habrá incrementado la fuerza y las facultades mentales. La clave que abre un misterio puede desarrollar también otras preciosas gemas de conocimiento hasta entonces ocultas.

Muchos de nuestros ministros sólo son capaces de presentar al pueblo unos pocos discursos doctrinales. El mismo esfuerzo y la misma aplicación que los familiarizaron con esos puntos los capacitarán para ganar la comprensión de otros. Todos ellos deberían comprender plenamente las profecías y otros temas doctrinales. No obstante, algunos que hace ya años que predican están satisfechos de confinarse a unos pocos temas porque son demasiado (408) indolentes para escudriñar las Escrituras diligentemente y con oración para convertirse en gigantes de la comprensión de las doctrinas bíblicas y

las lecciones prácticas de Cristo. Todos deberían almacenar en la mente el conocimiento de las verdades de la palabra de Dios para que puedan estar preparados en cualquier momento, cuando sea necesario, para presentar las cosas viejas y nuevas del almacén. La falta de celo y esfuerzo duro y sincero ha paralizado y empequeñecido sus mentes. Ha llegado la hora en que Dios dice: "Ve y cultiva las habilidades que te di".

El mundo está repleto de fábulas y errores. Continuamente aparecen novedades en forma de espectáculos sensacionales con el fin de absorber toda la atención de la mente, así como abundan absurdas teorías destructivas para el avance moral y espiritual. La causa de Dios necesita intelectuales, pensadores, hombres versados en las Escrituras que se enfrenten a la marea de oposición. No debemos dar pábilo a la arrogancia, la estrechez de miras y a la incongruencia, aun a pesar de que puedan estar revestidas de piedad profesa. Los que tienen el poder santificador de la verdad en sus corazones ejercerán una influencia persuasiva. Puesto que saben que los abogados del error no pueden crear ni destruir la verdad son capaces de mantenerse tranquilos y considerados.

No basta con que nuestros ministros tengan un conocimiento superficial de la verdad. Constantemente se abren a la investigación temas manejados por hombres que, con el fin de destruir la verdad, han pervertido las facultades que Dios les dio. Es preciso dejar a un lado el fanatismo. Los engaños satánicos de nuestro tiempo deben ser rebatidos con claridad e inteligencia mediante la espada del Espíritu, la palabra de Dios. La misma mano invisible que guía los planetas a lo largo de sus órbitas y sostiene los mundos con su poder ha provisto para el hombre hecho a la imagen y semejanza de Dios, que sea un poco menos que los ángeles de Dios mientras desempeña sus deberes en la tierra. Los hombres a quienes se ha confiado la verdad más solemne jamás dada a un hombre no han respondido a los objetivos de Dios. Él desea que nos elevemos cada vez a mayor altura, hacia un estado de perfección, viendo y percibiendo en cada paso el poder y la gloria de Dios. El hombre no se conoce. Nuestras responsabilidades son exactamente (409) proporcionales a la luz, las oportunidades y los privilegios que tenemos. Somos responsables del bien que podamos haber hecho pero que no hicimos porque fuimos demasiado indolentes para usar los medios de mejora que teníamos a nuestro alcance.

El precioso libro de Dios contiene normas de vida para los hombres de toda clase y vocación. En él se encuentran ejemplos cuyo estudio e imitación serían un bien para todos. "El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir" (Mat. 20:28). El verdadero honor y la verdadera gloria del siervo de Cristo no reside en el número de sermones predicados, ni tampoco en la cantidad de texto escrito, sino en la obra de fiel servicio a las necesidades del pueblo. Si descuida esta parte de su trabajo no tiene derecho a llamarse misionero.

Para este tiempo se necesitan hombres que sean capaces de entender las carencias de la gente y servir sus necesidades. El fiel ministro de Cristo está atento en todos los puestos de avanzada para advertir, reprobar, aconsejar, reprender y alentar a sus semejantes, trabajando con el Espíritu de Dios que obra poderosamente en él para que pueda presentar a todo hombre perfecto en Cristo. El cielo reconoce a estos hombres como ministros que siguen las huellas de su gran Ejemplo.

Nuestros predicadores no son suficientemente constantes al respecto de sus hábitos alimenticios. Ingieren cantidades demasiado grandes de alimentos y demasiada variedad en cada una de las comidas. Algunos sólo son reformadores de nombre. No siguen normas mediante las cuales regulen su dieta, sino que se muestran descuidados comiendo fruta fresca o seca entre comidas. Así imponen una carga demasiado pesada a sus órganos digestivos. Algunos comen tres veces al día, cuando dos sería más provechoso para la salud física y espiritual. La violación de las leyes que Dios ha puesto para gobernar el sistema vendrá seguida, con toda seguridad, del pago de la pena.

A causa de la imprudencia en la comida, los sentidos de algunos parecen estar medio paralizados y se muestran lentos y somnolientos. Tales ministros de rostro pálido que sufren como consecuencia de su indulgencia en el apetito no son recomendación alguna para la reforma pro salud. Cuando se siente fatiga por (410) el exceso de trabajo, sería mucho mejor que, ocasionalmente, se ingiriera una comida

completa y se permita que la naturaleza reagrupe sus fuerzas. Nuestros obreros deberían hacer más por la reforma pro salud mediante su ejemplo que predicándola. Cuando sus bienintencionados amigos preparan para ellos platos elaborados, están tentados a transgredir el principio. Rehusando los platos delicados, los condimentos ricos, el te y el café ellos mismos probarán ser verdaderos reformadores pro salud. Algunos sufren ahora por haber transgredido las leyes de la vida por lo que son un estigma para el resto al respecto de la reforma pro salud.

La excesiva indulgencia en la comida, la bebida, el sueño o la vista es pecado. La armoniosa y saludable acción de todas las facultades del cuerpo y la mente da como resultado la felicidad. Cuanto más elevadas y refinadas son las facultades, tanto más pura y limpia será la felicidad. Una vida sin objetivos es una muerte en vida. Es preciso ejercitar las facultades mentales con temas relacionados con nuestros intereses eternos. Esto será beneficioso para la salud del cuerpo y la mente. Muchos, incluso algunos de nuestros ministros, quieren progresar en el mundo sin tener que esforzarse. Ambicionan hacer alguna gran obra de filantropía, mientras que descuidan los pequeños deberes diarios que los harían útiles ministros según el orden de Cristo. Desean hacer el trabajo que otros hacen, pero no sienten satisfacción ante la necesaria disciplina que los habilitaría para ello. Este deseo abrasador que tanto hombres como mujeres sienten por hacer algo que supera con creces sus capacidades actuales provoca decididos fracasos ya desde su mismo inicio. De manera indignante, no quieren subir la escalera pero desean ser elevados valiéndose de un proceso menos laborioso. (411)

EL COLEGIO.-

La educación y la formación de la juventud es una importante y solemne tarea. El gran objetivo debería ser el adecuado desarrollo del carácter, para que la persona pueda desempeñar adecuadamente los deberes de la vida presente y, finalmente, entrar en la vida inmortal futura. La eternidad revelará la manera en que se haya llevado a cabo la tarea. Si los ministros y los maestros pudieran entender su responsabilidad en toda su plenitud, el mundo hoy sería totalmente distinto. Pero su visión y sus propósitos son demasiado estrechos. No se dan cuenta de la importancia de su labor o sus resultados.

Dios no pudo hacer nada más que lo que hizo por el hombre al dar a su Hijo amado, ni tampoco pudo hacer menos por asegurar la redención del hombre y mantener la dignidad de la ley divina. Entregó en favor nuestro todos los tesoros del cielo. Al dar a su Hijo nos abrió las puertas de oro del cielo, haciendo un regalo infinito a aquellos que acepten el sacrificio y regresen a la fidelidad a Dios. Cristo vino al mundo con un amor tan ancho como la eternidad en su corazón, con la oferta de hacer que el hombre fuese heredero de toda su riqueza y su gloria. En ese acto reveló al hombre el carácter de su Padre, mostrando a todos los seres humanos que Dios puede ser justo y también justificar al que cree en Jesús.

La Majestad del cielo no actuó con autocomplacencia. Todo cuanto hizo estaba relacionado con la salvación del hombre. La soberbia en todas sus formas era rechazada en su presencia. Asumió nuestra naturaleza para poder sufrir en nuestro lugar, haciendo de su alma una ofrenda por el pecado. Fue quebrantado de Dios y afligido para salvar al hombre del vendaval que merecía por causa de la transgresión de la ley de Dios. Mediante la luz que brilla desde la cruz, Cristo se propuso atraer a todos los hombres hacia sí. Su corazón humano suspiraba por la raza. Sus brazos estaban abiertos para recibir a todos e invitó a todos para que acudieran a él. Su vida en la tierra fue un acto de continua abnegación y condescendencia.

Puesto que el precio pagado por el hombre es tan alto, el amado Hijo de Dios, ¡cuánto cuidado debieran poner los ministros, los (412) maestros y los padres en el trato con las almas de aquellos que están bajo su influencia! bella tarea es la de tratar con las mentes y debería ser desempeñada con temor y reverencia. Los educadores de los jóvenes deberían observar un perfecto control de sí mismos. Destruir la apropiada influencia sobre un alma humana o mantener una dignidad y una supremacía indebidas mediante la impaciencia, es un terrible error porque puede ser el medio por el cual esa alma se pierda

para Cristo. Las mentes de los jóvenes pueden ser tan deformadas por el gobierno sin juicio que es posible que el perjuicio causado nunca llegue a ser vencido del todo. La religión de Cristo debería tener una influencia controladora sobre la educación y la formación de los jóvenes. El ejemplo de abnegación, amabilidad universal y amor paciente del Salvador es una reprensión para los ministros y maestros impacientes. A esos impetuosos instructores les pregunta: ¿Es esta la manera en que tratas las almas de aquellos por los que di mi vida? ¿Acaso no das más valor al infinito precio pagado por su redención?"

Todos los que están relacionados con nuestro colegio deben ser hombres y mujeres temerosos de Dios, así como estar llenos de su amor. Deberían conseguir que su religión sea atractiva para los jóvenes que acceden a la esfera de su influencia. Los profesores y los maestros deberían sentir constantemente su dependencia de Dios. Su labor está en este mundo, pero la Fuente de la sabiduría y el conocimiento de quien deben beber constantemente está en lo alto. El yo no debe obtener el dominio. El Espíritu de Dios debe estar al control. Deben andar humildemente con Dios y deben sentir su responsabilidad, la cual no es menor que la del ministro. La influencia que los profesores y los maestros ejercen sobre los jóvenes de nuestro colegio los acompañará allí donde vayan. De ese colegio debería salir una sagrada influencia que combatiera la tiniebla moral que existe en todas partes. Cuando el ángel de Dios me mostró que era preciso fundar una institución para la educación de nuestros jóvenes, vi que sería uno de los mayores medios ordenados por Dios para la salvación de las almas.

Quienes deseen tener éxito en la educación de los jóvenes deben aceptarlos como son, no tratarlos según lo que debieran ser o lo que serán cuando su formación haya terminado. Los alumnos (413) obtusos serán una prueba para ellos y deberán soportar pacientemente su ignorancia. Su trato con los alumnos sensibles y nerviosos deberá ser tierno y muy amable, recordando que más adelante deberán encontrarse con ellos ante el trono del juicio de Cristo. El sentido de sus propias imperfecciones debería empujar constantemente a los profesores para que acaricien sentimientos de tierna comprensión e indulgencia para con los que están luchando con esas mismas dificultades. Podrán ayudar a sus alumnos no reprimiendo sus defectos, sino corrigiendo fielmente los errores de tal manera que el reprendido se una aún más estrechamente al corazón del maestro.

Dios ha unido a los jóvenes y a los viejos con la ley de la mutua dependencia. Los educadores de los jóvenes deberían sentir un interés abnegado por los corderos del rebaño siguiendo el ejemplo que Cristo nos dio con su vida. Hay muy poca ternura compasiva y demasiada dignidad rígida de juez severo. Todos deberían recibir justicia exacta e imparcial, porque esta es la exigencia de la religión de Cristo. Pero siempre se debería recordar que la firmeza y la justicia tienen una hermana que se llama misericordia. Mostrarse distante ante los alumnos, tratarlos con indiferencia, ser inaccesible, arisco y censurador es contrario al espíritu de Cristo.

Cada uno de nosotros necesita abrir el corazón al amor de Dios para vencer la soberbia y la aspereza y permitir que Jesús entre para tomar posesión del alma. El educador de jóvenes hará bien en recordar que a pesar de todas las ventajas que le otorgan la edad, la educación y la experiencia sigue sin ser un perfecto vencedor. Él mismo se equivoca y comete errores. Como Cristo lo trata, así debería él esforzarse por tratar a los jóvenes que están a su cuidado, que han gozado de menos facilidades y han sufrido un entorno menos favorable que el suyo. Cristo ha tenido paciencia con los descarriados y toda su manifiesta perversidad y rebelión. Su amor por el pecador no se enfría, sus esfuerzos no cesan y no lo abandona a los azotes de Satanás. Ha abierto los brazos para volver a dar la bienvenida al descarriado, al rebelde e incluso al apóstata. De palabra y de acción, los maestros deben representar a Cristo en la educación y la formación de los jóvenes; así, en el día del juicio no (414) serán avergonzados al encontrarse ante sus alumnos y la historia del gobierno que ejercieron en ellos.

Una y otra vez, el educador ha introducido en el aula la sombra de tinieblas que ha juntado sobre su alma. Se ha fatigado en demasía y está nervioso, o la dispepsia lo ha teñido todo con un tono sombrío. Entra en el aula con los nervios desquiciados o el estómago irritado. Nada parece que le complazca,

piensa que sus alumnos sólo son capaces de ser irrespetuosos con él y reparte ásperas críticas y censuras a diestra y siniestra.

Los hombres y las mujeres de experiencia deben entender que esta es una época de especial peligro para los jóvenes. Las tentaciones los rodean por todas partes, y si bien es fácil navegar a favor de la corriente, se requiere un gran esfuerzo para remar contra la marea de maldad. Satanás se esfuerza de manera calculada para mantener a la juventud en el pecado porque así está más seguro de ganar al hombre. El enemigo de las almas está lleno de un intenso odio contra todos los que se ponen en una situación favorable para recibir la luz del cielo. Sabe que cualquier movimiento que hagan para ponerse en contacto con Dios les dará poder para resistir sus maquinaciones. Los que se sienten cómodos con sus pecados están seguros bajo su bandera. Pero tan pronto como hacen esfuerzos para romper su poder, se enciende su furor y empieza a trabajar para torcer, si es posible, los propósitos de Dios.

Si la influencia de nuestro colegio es la que debería ser, los jóvenes que están en él estarán capacitados para discernir a Dios y glorificarlo en toda su obra. Mientras estén ocupados cultivando las facultades que Dios les ha dado se prepararán para rendirle un servicio aún más eficaz. El intelecto santificado, abrirá los tesoros de la palabra de Dios y juntará sus preciosas gemas para presentarlas a otras mentes y moverlas también a buscar las profundas cosas de Dios. El conocimiento de la riqueza de su gracia ennoblecerá y enaltecerá el alma humana y mediante la conexión con Cristo será partícipe de la naturaleza divina y obtendrá poder para resistir los envites de Satanás.

El hecho de que el conocimiento solo, puesto en manos del enemigo de todo bien, puede ser un poder que los destruya debe quedar grabado en la mente de los alumnos. Quien finalmente (415) se declaró en rebeldía fue un ser muy inteligente que ocupó una posición muy elevada entre la multitud de ángeles y más de una mente privilegiada está ahora cautiva de su poder. El conocimiento santificado que Dios imparte es de la mejor calidad y hablará de su gloria.

La labor de los maestros de nuestro colegio será ardua. Entre los que asisten a la escuela habrá algunos que no son sino agentes de Satanás. No tienen respeto por las normas de la escuela y desmoralizan a todos los que se relacionan con ellos. Después de que los maestros hayan hecho todo cuanto puedan para reformar a esta clase de alumnos, después de que, mediante el esfuerzo personal, las súplicas y la oración, se hayan esforzado por acceder a ellos y aun así rechazan todos los esfuerzos hechos en su favor y persisten en su conducta pecaminosa, será necesario separarlos de la escuela para que otros no se contaminen con su perversa influencia.

Para mantener una disciplina adecuada y, al mismo tiempo, ejercer un amor compasivo y la ternura por las almas de los que estén a su cuidado, el maestro necesita un aporte constante de sabiduría y gracia de Dios. Es preciso mantener el orden. Pero los que aman a las almas, la adquisición de la sangre de Cristo, deberían hacer lo indecible por salvara los descarriados. A menudo, esos pobres pecadores están perdidos en las tinieblas y el engaño siguiendo su propio camino y los que deberían ayudarlos les permiten que avancen solos hacia su ruina. Muchos excusan su descuido de esos despreocupados e incontrolados refiriéndose a los privilegios religiosos de Battle Creek. Dicen que si tales privilegios no los llaman al arrepentimiento nada será capaz de hacerlo. Las oportunidades de asistir a la escuela sabática y escuchar los sermones pronunciados desde el púlpito son, de hecho, preciosos privilegios. Aun así es posible que pasen inadvertidos, mientras que si alguien verdaderamente interesado se acercase a esas almas con amor y compasión podría conseguir alcanzarlas. Se me ha mostrado que el esfuerzo personal, llevado a cabo con juicio, tendrá una influencia elocuente sobre esos casos considerados tan rebeldes. Es probable que no todos tengan un corazón tan duro como aparentan. Nuestra gente de Battle Creek debería interesarse profundamente por los jóvenes (416) que la providencia de Dios ha puesto bajo su influencia. Hemos visto que se ha hecho un buen trabajo por la salvación de muchos que han acudido a nuestro colegio; con todo, es posible conseguir más con el esfuerzo personal.

El amor egoísta al "yo y lo mío" impide que muchos cumplan sus deberes con respecto a otros. ¿Acaso piensan que toda la tarea que se les ha encomendado es en beneficio de ellos mismos y de sus hijos? Cristo dice: "En cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis" (Mat. 25:45). ¿Acaso vuestros hijos son más valiosos a los ojos de Dios que los hijos de vuestros vecinos? Dios no hace acepción de personas. Debemos hacer todo cuanto podamos para salvar las almas. Ninguna debe ser olvidada por causa de su cultura o su formación religiosa defectuosas, o porque sus hijos son menos favorecidos. Si esos descarriados y olvidados hubiesen disfrutado de los mismos privilegios domésticos podrían haber mostrado mucha más nobleza de alma y un mayor talento para la utilidad que muchos de los que han sido protegidos día y noche con los cuidados más exquisitos y el amor más desbordante. Los ángeles se apiadan de esas ovejas descarriadas; los ángeles lloran mientras los ojos humanos están secos y los corazones humanos se cierran contra ellos. Si Dios no me hubiera dado otra tarea, la ocupación de mi vida habría sido preocuparme por aquellos por los cuales los demás no se molestan en salvar. En el día de Dios alguien será considerado responsable de la pérdida de estas queridas almas.

Los padres que han descuidado las responsabilidades que Dios les ha encomendado se enfrentarán a su descuido en el juicio. Entonces el Señor preguntará: "¿Dónde están los hijos que os di para que los formarais para mí? ¿Por qué no están a mi derecha?" Muchos padres verán entonces que el amor insensato cegó sus ojos ante las faltas de sus hijos y permitió que desarrollaran caracteres deformes, inadecuados para el cielo. Otros verán que no prestaron atención a sus hijos ni les dedicaron tiempo, amor y ternura; su desidia hizo de sus hijos lo que son. Los maestros verán dónde pudieron haber trabajado por el Maestro intentando salvar los casos aparentemente incorregibles que desecharon en los tiernos años de la juventud. Y los miembros de iglesia verán que podrían haber hecho un buen servicio al Maestro ayudando a aquellos que más (417) lo necesitaban. Mientras prodigaban su interés y su amor a sus familias había muchos jóvenes inexpertos que podrían haber sido llevados a sus corazones y sus casas y cuyas preciosas almas se podrían haber salvado con interés y un cuidado amable.

Los educadores deberían saber cómo salvaguardar la salud de sus alumnos. Deberían disuadirlos de fatigar la mente con demasiados estudios. Si dejan el colegio conociendo mucha ciencia pero con una constitución debilitada, sería mejor que jamás hubiesen ingresado en la escuela. Algunos padres piensan que la educación de sus hijos es muy cara y los presionan para que estudien. Los alumnos están deseosos de estudiar mucho para completar su formación en el menor tiempo posible. Los profesores han permitido que algunos avancen demasiado deprisa. Mientras algunos necesitan que se los empuje, otros precisan que se los frene. Los alumnos deben ser siempre diligentes pero no deben embutir sus mentes de manera que se conviertan en dispépticos intelectuales. Los estudios no deben presionarlos tanto que descuiden el cultivo de las buenas maneras; y, por encima de todo, no deben permitir que nada interfiera en el tiempo que dediquen a la oración porque los pone en contacto con Jesucristo, el mejor maestro que jamás haya conocido el mundo. En ningún caso deben privarse de los privilegios religiosos. Muchos alumnos han hecho de sus estudios el primer gran objetivo y han descuidado la oración, a la vez que se han ausentado de la escuela sabática y las reuniones de oración. Al descuidar sus deberes religiosos han regresado a sus casas alejados de Dios. Se ha descuidado una de las partes más importantes de su educación. La base de todo conocimiento verdadero no debería ser considerada como algo secundario. “El temor de Jehová es el principio de la sabiduría" (Prov. 9:10). "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia" (Mat. 6:33). Esto no debe ocupar el último lugar, sino el primero. El alumno debe tenerla posibilidad de familiarizarse con su Biblia. Necesita tiempo para ello. Un alumno que haga de Dios su fuerza, que es inteligente en el conocimiento de Dios revelado en su palabra, pone los cimientos de una buena educación.

Dios ha establecido que el colegio de Battle Creek alcance una cota más elevada de cultura moral e intelectual que cualquier otra institución del mismo tipo en nuestro país. Los jóvenes deben (418) aprender la importancia de cultivar sus facultades físicas, mentales y morales para que sean capaces de

alcanzar los más altos logros en la ciencia, y por medio del conocimiento de Dios, se puedan educar para glorificarlo, de manera que puedan desarrollar caracteres simétricos y así estar totalmente preparados para ser útiles en este mundo y ganar la adecuación moral para la vida inmortal.

Ojala pudiera encontrar las palabras para expresar la importancia de nuestro colegio. Todos deberíamos sentir que es uno de los instrumentos por medio de los cuales Dios se revela al hombre. Los maestros pueden hacer un trabajo mayor de lo que hasta ahora habían calculado. La mente se moldea y el carácter se desarrolla con maestros de experiencia interesados. Aun cuando estén marcados con la mayor de las imperfecciones, con temor de Dios, se deberían favorecer y fortalecer todos los esfuerzos para desarrollar las más altas facultades. Las mentes de muchos de los jóvenes son ricas en talentos que permanecen inútiles porque no se les ha dado oportunidad de desarrollarlos. Sus facultades físicas se han fortalecido con el ejercicio; pero las cualidades de la mente permanecen ocultas porque el discernimiento y el tacto dado por Dios al educador no las han sabido poner en funcionamiento. Es preciso que los jóvenes reciban ayudas para el desarrollo; es necesario que se los estimule, se los aliente y se les mueva a acción.

Se necesitan obreros en todo el mundo. La verdad de Dios debe ser llevada a otros países para que pueda iluminara los que están en tinieblas. Dios exige que en este aspecto se muestre un celo infinitamente mayor que el que se ha mostrado hasta ahora. Como pueblo, estamos casi paralizados. No hacemos ni la vigésima parte de bien que podríamos hacer porque el egoísmo y la soberbia dominan a la mayor parte de nosotros. La causa de Dios necesita ahora un intelecto cultivado porque los novicios no pueden hacer el trabajo aceptablemente. Dios ha diseñado nuestro colegio como un instrumento para desarrollar obreros que no lo avergüencen. Hasta ahora no se ha imaginado la altura que puede alcanzar un hombre con una cultura adecuada. Entre nosotros se encuentran hombres cuyas capacidades son superiores a la media. Si sus talentos se pusieran a trabajar tendríamos veinte ministros donde ahora tenemos uno. (419)

Los maestros no deben pensar que su deber ha terminado cuando sus alumnos han recibido instrucción en las ciencias. Deben darse cuenta de que tienen el más importante campo misionero del mundo. Si las capacidades de todos los que se han alistado como instructores se usan de la manera en que Dios desea, serán los misioneros de más éxito. Es preciso recordar que los jóvenes forman hábitos que, en nueve de cada diez casos, decidirán su futuro. La influencia de las compañías con que se rodeen, las amistades que entablen y los principios que adopten los acompañarán a lo largo de toda la vida.

Es un hecho terrible que debería hacer temblar el corazón de los padres que los colegios a los cuales se envía a los jóvenes de nuestro tiempo para que cultiven la mente pongan en peligro la moral. Como un joven inocente que es puesto con delincuentes reincidentes aprende lecciones de criminalidad que jamás se habrían soñado, los jóvenes de mente pura, por medio de su relación con compañeros del colegio cuyos hábitos están corrompidos, pierden su pureza de carácter y se vuelven viciosos y degradados. Los padres deberían apercibirse de sus responsabilidades y entender lo que hacen al enviar a sus hijos a colegios de los que no pueden esperar nada más que vuelvan sin moral. El colegio de Battle Creek debe tener un tono moral más elevado que cualquier otro colegio del país, de manera que la seguridad de los hijos que se le confíen para su cuidado no corra peligro. Si los maestros desempeñan su labor con temor de Dios, trabajando con el espíritu de Cristo por la salvación de las almas de los alumnos, Dios coronará sus esfuerzos con el éxito. Los padres temerosos de Dios estarán más preocupados por el carácter que sus hijos se lleven a casa que por el éxito y el avance en los estudios.

Se me mostró que Dios había designado nuestro colegio para cumplir la gran tarea de la salvación de las almas. Sólo cuando están bajo el control total del Espíritu de Dios, los talentos de una persona son útiles en su totalidad. Los preceptos y los principios de la religión son los primeros pasos en la adquisición de conocimiento y son la base misma de la educción. El Espíritu de Dios debe vitalizar el conocimiento y la ciencia para que sirvan a los objetivos más nobles. Sólo un cristiano puede hacer un

uso correcto (420) del conocimiento. Para que pueda ser apreciada completamente, la ciencia debe ser contemplada desde un punto de vista religioso. El corazón que está ennoblecido por la gracia de Dios puede comprender mejor el valor real de la educación. Los atributos de Dios, tal como se ven en las obras que él creó, sólo se pueden apreciar si conocemos al Creador. Para llevar a los jóvenes a la fuente de la verdad, al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, los maestros además de estar familiarizados con la teoría de la verdad, deben tener un conocimiento empírico de la vía de santidad. El conocimiento es potencia cuando se une con la verdadera piedad.

DEBERES DE LOS PADRES PARA CON EL COLEGIO.-

Nuestros hermanos y hermanas de todas partes deben sentir que es su deber sostener esta institución que Dios ha ideado. Algunos de los alumnos regresan a casa murmurando y quejándose, y ciertos padres y miembros de la iglesia prestan oído atento a sus declaraciones exageradas y unilaterales. Sería bueno que considerasen que la historia tiene dos fases; pero en vez de hacerlo así, permiten que estos informes parciales levanten una valla entre ellos y el colegio. Empiezan luego a expresar temores, dudas y sospechas acerca de la manera en que se dirige el mismo. Una influencia tal ocasiona gran daño. Las palabras de descontento se difunden como una enfermedad contagiosa, y es difícil contrarrestar la impresión causada en el espíritu. La historia se amplia con cada repetición, hasta que adquiere proporciones gigantescas, cuando una investigación revelaría el hecho de que no hubo culpa de parte de los maestros o profesores. Simplemente estaban cumpliendo su deber al poner en vigencia las reglas que deben practicarse en la escuela para que ésta no se desmoralice.

Los padres no actúan siempre con prudencia. Muchos exigen que los demás sigan sus ideas, y se impacientan si no lo consiguen; pero cuando se requiere que sus propios hijos observen los reglamentos de la escuela, y estos niños se impacientan bajo la necesaria restricción, con demasiada frecuencia esos padres, que profesan amar y temer a Dios, se ponen de parte de los hijos en vez de reprenderlos y corregir sus defectos. A menudo esto resulta (421) ser el punto decisivo en el desarrollo del carácter de sus hijos. Se violan las reglas y el orden, y se pisotea la disciplina. Los niños desprecian la restricción, y se les permite hablar despectivamente de las instituciones de Battle Creek. Bastaría con que los padres reflexionaran para que pudieran ver el mal resultado de su conducta. Sería de veras algo admirable si en una escuela de cuatrocientos alumnos, dirigidos por hombres y mujeres sujetos a las flaquezas de la humanidad, cada paso que se diera fuese tan perfecto y exacto que no se lo pudiera criticar.

Si los padres quisieran ponerse en la situación de los maestros y ver cuán difícil resulta dirigir y disciplinar una escuela de centenares de alumnos de todos los grados y diversas mentalidades, es posible que, al reflexionar, verían las cosas de forma diferente. Deberían considerar que algunos niños nunca han sido disciplinados en sus hogares. Puesto que siempre se les consintieron todos los gustos y no se les enseñó a obedecer, sería muy ventajoso para ellos que se los alejara de sus padres insensatos y fueran colocados bajo reglamentos y adiestramiento tan severos como los que rigen para los soldados en un ejército. A menos que se haga algo por estos hijos que han sido tan tristemente descuidados por unos padres infieles, nunca serán aceptados por Jesús; a menos que se llegue a ejercer cierto dominio sobre ellos, serán inútiles en esta vida y no tendrán parte en la venidera.

En el cielo hay obediencia y paz, armonía y orden perfectos. Los que no respetan el orden o la disciplina en esta vida, no respetarían el orden que se observa en el cielo. Nunca podrán ser admitidos allí; porque todos los que sean dignos de entrar en el cielo amarán el orden y respetarán la disciplina. Los caracteres formados en esta vida determinarán el destino futuro. Cuando Cristo venga no cambiará el carácter de ninguna persona. El precioso tiempo de gracia nos es dado para que lo aprovechemos lavando las vestiduras del carácter y emblanqueciéndolas en la sangre del Cordero. La eliminación de las manchas del pecado requiere la obra de toda una vida. Cada día se necesita hacer esfuerzos renovados para refrenar al yo y negarlo. Cada día hay nuevas batallas que pelear y victorias que ganar.

Cada día el alma debe ejercitarse en fervientes súplicas ante Dios por las grandes victorias de la (422) cruz. Los padres no deben descuidar ningún deber de su parte para beneficiar a sus hijos. Deben educarlos de tal manera que sean una bendición para la sociedad aquí, y puedan cosechar la recompensa de la vida eterna. (423)

LA CAUSA EN IOWA.-

Se me ha mostrado que en Iowa la causa se encuentra en un estado deplorable. Ha habido algunos jóvenes, relacionados con las distintas ramas de la obra, cuya condición espiritual no beneficiaba al pueblo. Un gran número de hombres inexpertos e ineficientes que necesitan que se haga una gran labor por ellos, están trabajando en la causa.

LOS ALUMNOS DEL COLEGIO.-

La influencia del hermano B no ha sido, en absoluto, la que debiera. Mientras estuvo en el colegio de Battle Creek, en muchos aspectos fue un hombre ejemplar; pero él, en compañía de otros jóvenes, muchachos y muchachas, en secreto, participó en una excursión a -----. Esto no fue noble, franco ni justo. Todos sabían que quebrantaban las normas pero se adentraron por la senda de la transgresión. Esos jóvenes, con este acto y su actitud posterior referida a su conducta errónea, han arrojado acusaciones sobre el colegio que son de la máxima injusticia.

Cuando los hermanos en Iowa aceptaron que el hermano B trabajara con ellos en estas circunstancias cometieron un error. Si en otros casos actúan de manera similar, serán causa de un gran desagrado para Dios. El hecho de que el hermano B hubiese sido un joven de excelente conducta lo dotó de mayor influencia sobre los otros y su ejemplo al desafiar las normas y la autoridad que sostienen y controlan la escuela influyeron en otros para que hicieran del mismo modo. Las leyes y las reglas perderán su poder de gobierno en la escuela si nuestros hermanos permiten tales cosas. Introducir una influencia desmoralizadora en una escuela es fácil. Muchos estarán dispuestos a participar del espíritu de rebelión y desafío a menos que continuamente se hagan esfuerzos para vigilar y corregir con el fin de mantener el modelo de la escuela mediante normas estrictas que regulen la conducta de los alumnos.

La labor del hermano B no será aceptable para Dios hasta que vea y reconozca en su plenitud su ofensa al violar las normas del colegio y se esfuerce por contrarrestar la influencia que ha ejercido (424) para perjudicar su reputación. Muchos más alumnos habrían venido de Iowa si no se hubiera dado esta desdichada circunstancia. Hermano B, si usted pudiera ver las consecuencias de ese único paso erróneo y los sentimientos de pasión, celos y odio que se apoderaron de su corazón porque el profesor Brownsberger cuestionó su conducta, temblaría al verse a usted mismo y el triunfo de los que no soportan las restricciones y declaran la guerra a las reglas que les impiden seguir su propio camino. Puesto que es un discípulo profeso del manso y humilde Jesús, su influencia y su responsabilidad son aún mayores.

Hermano B, espero que ande con cuidado y considere su primera tentación de alejarse de las normas del colegio. Estudie con mentalidad crítica el carácter del gobierno de nuestra escuela. Ninguna de las normas era demasiado estricta. Sin embargo, acarició la ira y, llegado el momento, la razón cayó del trono y el corazón se convirtió en presa de pasiones ingobernables. Antes de que usted se diera cuenta, dio un paso que unas horas antes no habría dado en ninguna circunstancia. El impulso venció a la razón y no pudo evitar el daño que se hizo a sí mismo y a una institución de Dios. En cualquier circunstancia, nuestra única seguridad está en el dominio propio con la fuerza de Jesús, nuestro Redentor.

Nuestro colegio no goza de la influencia de la opinión pública que tienen otras instituciones para apoyar el ejercicio del gobierno y reforzar sus normas. En un aspecto se trata de una escuela denominacional; pero a menos que se salvaguarde, recibirá la influencia y el carácter mundanos. Los alumnos que observan el sábado deben poseer un coraje moral mayor del que hasta ahora han manifestado para conservar la influencia moral y religiosa de la escuela o lo único que la distinguirá de otros colegios de otras denominaciones será el nombre. Dios diseñó y fundó este colegio con el

propósito de que fuera moldeado con altos intereses religiosos y que en cada curso los alumnos no conversos que llegan a Battle Creek regresaran a sus casas como soldados de la cruz de Cristo.

Los profesores y los maestros deben reflexionar sobre la mejor manera de mantener el especial carácter de nuestro colegio; todos deberían tener en alta estima el privilegio que disfrutamos por tener una escuela así y deberían sostenerla fielmente y guardarla (425) de cualquier atisbo de reproche. La soberbia puede enfriar las energías de los alumnos y el elemento mundano puede ganar influencia sobre toda la escuela. Esto traería la desaprobación de Dios a la institución.

Los alumnos que profesan amar a Dios y obedecer la verdad, deben poseer un grado de dominio propio y fuerza de principios religiosos que los habiliten para permanecer inconmovibles en medio de las tentaciones, y destacarse por Jesús en el colegio, en la casa de pensión, o dondequiera que estén. La religión no ha de ser llevada simplemente como un manto en la casa de Dios, sino que los principios religiosos deben caracterizar toda la vida. Los que están bebiendo de la fuente de la vida no manifestarán, como los mundanos, un anhelante deseo de variedad y placer. En su comportamiento y carácter se verá el descanso, la paz y la felicidad que han hallado en Cristo al deponer diariamente sus perplejidades y cargas a sus pies. Mostrarán que hay contentamiento y aun gozo en la senda del deber y la obediencia. Los tales ejercerán sobre sus condiscípulos una influencia que se hará sentir sobre toda la escuela. Los que componen ese fiel ejército refrigerarán y fortalecerán a los maestros y profesores en sus esfuerzos, procurando vencer toda especie de infidelidad, discordia y negligencia de los reglamentos. Su influencia será salvadora y sus obras no perecerán en el gran día de Dios, sino que los seguirán en el mundo futuro; y la influencia de su vida aquí se hará sentir a través de las incesantes edades de la eternidad. Un joven ferviente, concienzudo y fiel en la escuela es un tesoro inestimable. Los ángeles del cielo le consideran con amor. Su precioso Salvador le ama, y en el libro mayor del cielo quedará registrada toda obra de justicia, toda tentación resistida, todo mal vencido. Así estará echando un buen fundamento para el tiempo venidero, para asirse de la vida eterna.

La conducta que siguió el hermano C en el colegio, al buscar la compañía de las jovencitas, era incorrecta. Ese no era el fin con el cual había sido enviado a Battle Creek. Los alumnos no son enviados para formar parejas ni para abandonarse al flirteo o al cortejo, sino para obtener una educación. Si se les permitiera seguir sus tendencias al respecto, pronto el colegio perdería la moral. Algunos han usado sus preciosos días de escuela para flirteos y cortejos furtivos (426) a pesar de la vigilancia de los profesores y los maestros. Que un maestro de cualquiera de las materias se aproveche de su posición para ganarse el afecto de sus alumnas con la vista puesta en el matrimonio, es una conducta digna de la censura más severa.

La influencia de los hijos del hermano D y algunos otros de Iowa, así como la del Sr. E de Illinois, ha sido perjudicial para nuestra escuela. Los parientes y amigos de esos alumnos los han apoyado al arrojar acusaciones sobre el colegio. Los hijos del hermano D son capaces e inteligentes, lo que para sus padres es una satisfacción; pero que esos jóvenes pongan en práctica sus capacidades para quebrantar las normas y reglas del colegio no es motivo de complacencia para el corazón de nadie. En el día en que todos los hombres deban pasar revista a sus obras ante Dios, la lectura del documento que contiene esa crítica aguda e hiriente respecto de alguien que enseña en el colegio no será tan gratificante. El hermano y la hermana D se enfrentarán entonces al registro de la labor que hicieron al dar a su hijo una justificación tan evidente en este asunto. Entonces deberán responder por la influencia que han ejercido contra la escuela, uno de los instrumentos de Dios, y por haber hecho las exageradas declaraciones que han impedido que los jóvenes acudan al colegio, donde podrían haber sido puestos bajo la influencia de la verdad. Algunas almas se perderán como consecuencia de esta influencia errónea. El gran día del juicio de Dios revelará la influencia de las palabras dichas y la actitud asumida. El hermano y la hermana D tienen deberes domésticos que han descuidado. Se han embriagado con las preocupaciones de esta vida. El trabajo, las prisas y la ambición están a la orden del día y su intensa

mundanalidad ha ejercido su influencia moldeadora sobre sus hijos, sobre la iglesia y sobre el mundo. El ejemplo de los que abrazan la verdad con justicia condenará al mundo.

De la juventud cristiana depende en gran medida la conservación y perpetuidad de las instituciones que Dios ha designado como medios para adelantar su obra. Esta grave responsabilidad descansa sobre la juventud que entra hoy en escena. Nunca ha habido una época en que resultados tan importantes dependiesen de una generación de hombres. ¡Cuán importante es, pues, que los jóvenes lleguen a estar capacitados para la gran obra, a fin de que (427) Dios pueda usarlos como instrumentos suyos! Su Hacedor tiene sobre ellos derechos que superan a todos los demás.

Dios es quien ha dado la vida y toda cualidad física y mental que los jóvenes poseen. Les ha conferido capacidad para que la aprovechen sabiamente, a fin de confiarles una obra que será tan duradera como la eternidad. En recompensa de sus grandes dones, él pide que cultiven y ejerzan debidamente sus facultades intelectuales y morales. No les dio esas facultades para su diversión o para que abusasen de ellas obrando contra su voluntad y su providencia, sino para que las empleasen en fomentar el conocimiento de la verdad y santidad en el mundo. Exige su gratitud, su veneración y amor, por su continua bondad e infinita misericordia. Requiere con justicia que se obedezcan sus leyes y todos los sabios reglamentos que restringirán y guardarán a los jóvenes de los designios de Satanás y los conducirán por sendas de paz. Si los jóvenes vieran que al cumplir con las leyes y reglamentos de nuestras instituciones están haciendo algo que mejorará su posición en la sociedad, elevará su carácter, ennoblecerá su mente y aumentará su fidelidad, no se rebelarían contra las reglas justas y los requerimientos sanos, ni se dedicarían a crear sospechas y prejuicios contra estas instituciones. Nuestros jóvenes deben tener un espíritu de energía y fidelidad para hacer frente a las demandas que se les hacen, y les será una garantía de éxito. El carácter malo y temerario de muchos de los jóvenes de esta época del mundo es descorazonador. Mucha de la culpa incumbe a los padres en el hogar. Sin el temor de Dios nadie puede ser verdaderamente feliz.

Para poder recibir la aprobación de Dios, los alumnos a los cuales ha irritado la autoridad y han regresado a sus casas para arrojar reproches sobre el colegio deberán ver su pecado y contrarrestar la influencia que han ejercido. Los creyentes de Iowa han desagradado a Dios con su credulidad al aceptar los informes que recibieron. Siempre deberían haber tomar partido por el orden y la disciplina en lugar de alentar un gobierno débil.

Un joven es enviado a Battle Creek desde un estado lejano para que comparta los privilegios del colegio. Sale de su casa con la bendición de sus padres. Día tras día ha escuchado las sinceras oraciones que se ofrecían en el altar familiar y, en apariencia, acaba (428) de empezar una vida de noble resolución y pureza. Sus convicciones y objetivos al dejar el hogar son correctos. En Battle Creek se encontrará con personas de todas las clases. Entablará amistad con algunos cuyo ejemplo es una bendición para todos los que entran en su esfera de influencia. Así mismo, se topa con los que aparentemente son amables e interesantes y queda prendado de su inteligencia. Sin embargo, el rasero moral de estos jóvenes es bajo y su fe religiosa, nula. Durante un tiempo, resiste todas las persuasiones para ceder a la tentación; pero cuando ve que los que profesan ser cristianos disfrutan en compañía de estos elementos irreligiosos, sus objetivos y alta resolución empiezan a tambalear. Le gustan las salidas vivaces y el espíritu jovial de estos jóvenes y, de manera casi imperceptible, es atraído, más y más a su compañía. Parece que su fortaleza está abriendo una vía; su, hasta entonces, valiente corazón se debilita. Lo invitan a acompañarlos en un paseo y lo llevan a una taberna. Se piden ostras u otros refrigerios y se siente avergonzado de rechazar las atenciones. Piensa que una jarra de cerveza no es motivo de objeción y la acepta; pero, con todo, todavía siente las agudas punzadas de la conciencia. No se manifiesta abiertamente del lado de Dios, la justicia y la verdad; le agrada la compañía de esa clase de personas, engañosas y sagaces y va un paso más allá. Sus tentadores le sugieren que no es perjudicial, en absoluto, jugar una partida de cartas y observara los jugadores de billar; una y otra vez cede a la tentación.

A nuestro colegio asisten jóvenes que, sin sospecharlo sus padres, frecuentan las tabernas, beben cerveza y juegan a las cartas y otros juegos en los salones de billar. Los alumnos intentan mantener estas cosas en secreto entre ellos, a la vez que los profesores y los maestros permanecen en la ignorancia de la obra satánica que se desarrolla ante sus ojos. Cuando este joven es tentado a seguir una conducta malvada que debe ser mantenida en secreto, entabla una batalla con su conciencia; pero el triunfo es para la inclinación. Estaba destinado a ser un cristiano cuando llegó a Battle Creek, pero es llevado con constancia y firmeza por la vía descendente. Las malas compañías y los seductores que se encuentran entre los jóvenes de padres observadores del sábado, algunos de ellos habitantes de Battle Creek, descubren que puede ser tentado (429) y, secretamente, exultan a causa de su poder y el hecho de que sea débil y se rinda tan fácilmente a sus seductoras influencias. Descubren que quienes han tenido la luz y han endurecido sus corazones en el pecado son capaces de avergonzarlo y confundirlo. Influencias como esas se darán allí donde se reúnen los jóvenes.

Llegará el día en que ese joven que salió puro y fiel, y con nobles propósitos, de casa de sus padres se arruinará. Habrá aprendido a amar el mal y rechazar el bien. No se apercibió del peligro porque no estaba armado con la vigilancia y la oración. No se puso inmediatamente bajo el cuidado guardián de la iglesia. Se le hizo creer que ser independiente y no permitir que se pusiera límites a su libertad, era signo de hombría. Se le enseñó que no tener en cuenta las normas y desafiar las leyes era disfrutar de verdadera libertad y que temer y temblar constantemente por temor a cometer un error era de esclavos. Cedió a la influencia de personas impías que, a la vez que mostraban un exterior grato a la vista, practicaban el engaño, la vileza y la iniquidad. Además, lo menospreciaron por la facilidad con que había sido engañado. Fue donde no podía encontrar lo puro y lo bueno. Aprendió estilos de vida y hábitos de habla que no elevaban ni ennoblecían. Muchos corren el peligro de ser atraídos de manera tan imperceptible hasta que su autoestima se degrada. Para obtener el aplauso de los despiadados e impíos, corren el peligro de ceder la pureza y la nobleza de la humanidad y convertirse en esclavos de Satanás.

LOS JÓVENES MINISTROS.-

Se me ha mostrado que Iowa está muy por detrás de otros estados en cuanto a la piedad pura se refiere si se permite que los jóvenes tengan influencia sobre su asociación, cuando es evidente que no están unidos a Dios. Siento que tengo el más solemne deber de decir que Iowa se encontraría hoy en una situación mejor si los hermanos F y G hubiesen permanecido en silencio. Puesto que no tienen piedad práctica, ¿cómo pueden dirigir al pueblo a una Fuente con la que ni ellos mismos están familiarizados?

El escepticismo con respecto a los Testimonios del Espíritu de Dios aumenta constantemente. Esos jóvenes alientan las dudas y (430) las preguntas en lugar de disiparlas porque ignoran el espíritu, el poder y la fuerza de los Testimonios. Mientras estos hombres de corazón no santificado permanezcan en la obra no harán ningún bien al pueblo. Aparentemente podrán convencer a las almas de que tenemos la verdad, pero, ¿dónde están el Espíritu y el poder de Dios para despertar y grabar en el corazón esta convicción de pecado? ¿Dónde está el poder que llevará a los convictos a un conocimiento real de la piedad vital? Si ni tan sólo se conocen a sí mismos, ¿cómo pueden presentar la religión de Cristo? Si los jóvenes desean entrar en la obra, no se los desaliente, pero antes deberán aprender el oficio.

El hermano G pudo haber unido sus esfuerzos con los de los médicos del sanatorio pero no le fue posible estar en armonía con ellos. Era demasiado autosuficiente para ser un aprendiz. Era vanidoso y egoísta. Sus perspectivas eran similares a las de otros jóvenes. Sin embargo, a diferencia de ellos, que estaban dispuestos a recibir instrucción y a ocupar una posición en la que pudieran ser de máxima utilidad, no se adaptó a la situación. Pensó que sabía demasiado para ocupar un puesto de segunda línea. No se entregó' a los pacientes. Sus maneras eran tan dominantes y dictatoriales que su influencia en el sanatorio no era admisible. No le faltaban capacidades y, de haber estado dispuesto a que le

enseñaran, podría haber obtenido un conocimiento práctico del trabajo médico. Si hubiera conservado un espíritu manso y humilde habría tenido éxito. Pero no vio los defectos de carácter naturales y no los venció. Tenía inclinación al engaño y a la prevaricación. Eso destruye la utilidad de la vida de cualquiera y, con toda seguridad, le cerrará las puertas del ministerio. Es preciso cultivar la veracidad más estricta y evitar el engaño como quien evita una leprosería. Su corta estatura lo acomplejaba. Para eso no hay remedio; pero, si lo desea, en su mano está remediar su carácter defectuoso. La mente y el carácter, con cuidado, se pueden moldear según el Modelo divino.

La elevación de la mente hace al hombre, no la afectación de superioridad. El cultivo adecuado de las facultades mentales hace del hombre lo que es. Esas facultades que lo ennoblecen son una ayuda para la formación del carácter para la vida futura e inmortal. Dios creó al hombre para un estado de felicidad más elevado (431) y santo de lo que este mundo puede dar. Lo creó a su imagen con fines tan nobles y elevados como atraer la atención de los ángeles.

Los jóvenes de hoy en día, por lo general, no tienen pensamientos profundos ni actúan de manera sensata. Si se dieran cuenta de los peligros que acechan a cada paso, se moverían cautelosamente y escaparían a muchas de las trampas que Satanás ha puesto ante sus pies. Hermano, tenga cuidado de no aparentar lo que no es. Una imitación dorada pronto se distinguirá del metal puro. Ponga el máximo cuidado en examinarse a usted mismo y a la posición que cada miembro de su familia ocupa. Trace la historia de cada uno de ellos y medite en el resultado del comportamiento seguido. Considere por qué algunas personas gozan de la estimación de los que realmente son buenos y otras se ven menospreciadas y evitadas. Contemple esas cosas a la luz de la eternidad y allí donde descubra que otros han fracasado, evite con sumo cuidado el comportamiento que ellos siguieron. Será bueno que recuerde qué tendencias de carácter transmiten los padres a los hijo. Medite profundamente sobre estas cosas y, con temor de Dios, revístase de la armadura pronto a enfrentarse a una vida de conflictos con las tendencias hereditarias e imite únicamente al Modelo divino. Deberá trabajar con perseverancia, constancia y celo si desea tener éxito. La batalla más dura será la conquista de usted mismo. La oposición determinada a sus propios designios y sus malos hábitos le garantizará preciosas victorias eternas. Pero mientras acaricie sus rasgos de carácter duros, mientras desee dirigir en lugar de estar dispuesto a seguir, no tendrá éxito alguno. Sus sentimientos se encienden con rapidez y, a menos que se lo sujete, no controla el temperamento. Los jóvenes deberán soportar importantes deberes y asumir responsabilidades. ¿Se prepara para desempeñar su parte en el temor de Dios?

El hermano F no es adecuado para su trabajo. Apenas sabe nada. Tiene un carácter defectuoso. Desde la infancia no recibió una educación que lo capacitara para aceptar responsabilidades, trabajar o soportar cargas. No se ha apercibido del trabajo que es preciso hacer por él mismo y, por lo tanto, no está preparado para apreciar la labor que es preciso hacer por los demás. Es autosuficiente. Cree saber más de lo que realmente sabe. Cuando el Espíritu (432) de Dios lo consagre y se dé perfecta cuenta de la solemnidad y responsabilidad de un ministro de Cristo, él mismo se sentirá insuficiente para la tarea. En muchos aspectos tiene defectos; defectos que se podrán reproducir en otros, dando al mundo una impresión desfavorable del carácter de nuestra obra y de los ministros que de ella se ocupan. Antes de poder ocuparse de la obra de mayor responsabilidad jamás dada a un mortal, debe aprender a sobrellevar cargas y deberes. Todos los jóvenes ministros deben ser aprendices antes de ser maestros. Además de alentar a los jóvenes para que entren en el ministerio, me gustaría decir que tengo la autorización de Dios para recomendarles y urgirles que adopten unas formas que los hagan adecuados para el trabajo en el cual están a punto de ingresar.

Los hermanos F no están inclinados a soportar cargas ni a aceptar responsabilidades. La despreocupación y la imperfección manchan todo cuanto tocan. Su conversación y su conducta son irreflexivas. La solemne, elevadora y ennoblecedora influencia que debiera caracterizar a un ministro del evangelio no podrá ejercerse en ellos hasta que se hayan transformado y moldeado según la imagen divina. Aunque unos mucho más que otros, todos ellos son soberbios. En esos jóvenes mora un espíritu

de autosuficiencia y engreimiento que los hace inadecuados para la obra de Dios. Deberán disciplinarse muy severamente ellos mismos antes de poder ser aceptados por Dios como obreros de su causa. Su indolencia natural debe ser vencida. Sus asuntos temporales deberían ser objeto de un fiel desbastado. Deben ser aprendices y cuando se demuestre que tienen éxito en las responsabilidades menores serán adecuados para que se les confíen otras mayores. Las distintas asociaciones saldrían ganando sin estos obreros ineficientes. Un bebé está más capacitado para ocuparse de las almas que un hombre que no se haya consagrado. Desconocen la piedad vital y precisan una conversión profunda antes incluso de poder ser llamados cristianos.

El hermano A F necesita un profundo pulido en el colegio. Su lenguaje es defectuoso. Su conducta es brusca y falta de refinamiento. Con todo, es autosuficiente y está completamente confundido al respecto de sus capacidades. No tiene una verdadera fe en (433) los Testimonios del Espíritu de Dios. No los ha estudiado detenidamente ni ha practicado las verdades que en ellos se muestran. Mientras tenga tan poca espiritualidad no entenderá el valor de los Testimonios ni su objetivo real. Esos jóvenes leen la Biblia pero su experiencia en la oración y escudriñamiento sincero y humilde de las Escrituras para que puedan ser cuidadosamente equipados para toda buena obra es escasa.

Se corre un gran peligro al animar a entrar en la obra a una clase de hombres que no sienten un genuino amor por las almas. Podrán ser capaces de interesarse por las personas y enzarzarse en una controversia; pero, al mismo tiempo y de ninguna manera, son hombres de ideas que mejoren y aumenten sus capacidades. Tenemos un ministerio enano y deforme. A menos que Cristo more en los hombres que predican la verdad, allí donde se los tolere, la moral y el modelo religioso se reducirán. Tienen un ejemplo: el mismo Cristo. "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Tim. 3:16, 17). En la Biblia encontramos el infalible consejo de Dios. Sus enseñanzas, cuando se ponen en práctica, hacen que los hombres sean adecuados para todas las situaciones de responsabilidad. Es la voz de Dios que habla al alma cada día. ¡Con cuánta atención deberían estudiar los jóvenes la palabra de Dios y atesorar sus pensamientos en el corazón para que sus preceptos puedan llegara gobernar toda la conducta! Nuestros jóvenes ministros, y aquellos que durante un tiempo han predicado, muestran una notable deficiencia en la comprensión de las Escrituras. La obra del Espíritu Santo debe consistir en iluminar el entendimiento oscurecido, fundir el corazón soberbio y de piedra, subyugar al transgresor rebelde y salvarlo de las influencias corruptoras del mundo. La oración de Cristo por sus discípulos fue: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad" (Juan 17:17). La espada del Espíritu, la palabra de Dios, traspasa el corazón del pecador y lo corta en pedazos. La teoría de la verdad, cuando se repite sin que su sagrada influencia se sienta en el corazón del orador, no tiene fuerza sobre los oyentes, sino que la rechazan como un error y el orador es responsable de (434) la pérdida de almas. Debemos asegurarnos de que nuestros ministros sean hombres convertidos, sencillos, mansos y de corazón humilde. El ministerio necesita un cambio decidido. Es preciso un examen crítico al respecto de las cualidades de un ministro. Dios dirigió a Moisés para que adquiriera experiencia en la asunción de responsabilidades, aprendiera a reflexionar, fuera tierno y solícito con su rebaño, de manera que, como fiel pastor, pudiera estar listo para cuando Dios lo llamase para hacerse cargo de su pueblo. Es esencial que los que entran en la gran obra de predicar la verdad, tengan una experiencia similar. Para llevar las almas a la fuente de la vida el predicador debe beber antes de esa agua. Debe ver el infinito sacrificio del Hijo de Dios para salvar al hombre caído y su propia alma debe estar imbuida del espíritu de amor inmortal. Si Dios nos asigna una dura tarea debemos llevarla a cabo sin murmurar. Si la senda es difícil y peligrosa, es el plan de Dios que la sigamos humildemente y clamemos a él para que nos dé fuerza. Debemos aprender una lección de la experiencia de algunos de nuestros ministros que no han conocido nada que se pueda comparar a dificultades y tribulaciones, aunque ellos mismos se consideren mártires. Todavía deben aprender a aceptar con gratitud el camino escogido por Dios, recordando al Autor de nuestra salvación.

La obra del ministro debe ser llevada a cabo con más honestidad, energía y celo que las depositadas en los negocios ya que esta es tarea más sagrada y el resultado más importante. El trabajo diario debería registrarse en los libros del cielo como "bien hecho"; de manera que si no se dispusiese de un nuevo día para trabajar, la obra estuviese perfectamente acabada. Nuestros ministros, en especial los jóvenes, deberían llevara cabo la preparación necesaria para poder desempeñar correctamente la solemne obra y prepararse para la compañía de los ángeles puros. Para que estar en el cielo sea estar en casa, aquí debemos atesorar el cielo en nuestros corazones. Si este no es nuestro caso, será difícil que tengamos nuestra parte en la obra de Dios.

El ministerio está corrompido por ministros que no se han santificado. A menos que el modelo para el ministerio sea más elevado y más espiritual, la verdad del evangelio se debilitará más y más. El rico suelo de un jardín representa la mente humana. A menos (435) que se cultive adecuadamente, la cizaña y las zarzas de la ignorancia se apoderarán de ella. Es preciso cultivar la mente y el corazón a diario. Descuidarlos abrirá el camino al mal. Cuantas más capacidades naturales otorga Dios a una persona, tanto mayor es la mejora que se le exige y mayor es su responsabilidad en el uso del tiempo y sus talentos para honra y gloria de Dios. La mente no debe permanecer adormecida. Sino se ejercita en la adquisición de nuevos conocimientos, se hundirá en la ignorancia, la superstición y la fantasía. Si no se cultivan las facultades intelectuales como se debiera para la honra y gloria de Dios, serán poderosas ayudas para llevar a la perdición.

Al mismo tiempo que los jóvenes deben guardarse de ser pomposos e independientes, también deben esforzarse continuamente por mostrar notables mejoras. Deben aceptar cualquier ocasión que se les presente para cultivar los rasgos de carácter más nobles y generosos. Si, a cada momento, los jóvenes sintiesen su dependencia de Dios y abrigaran un espíritu de oración, una exhalación del alma en todo momento y todo lugar, conocerían mejor la voluntad de Dios. Pero se me ha mostrado que los hermanos F y G apenas conocen la acción del Espíritu de Dios. Han trabajado basándose en su propia fuerza y han estado tan imbuidos de sí mismos que no se han apercibido de su gran necesidad. Hablan con frivolidad de los Testimonios que Dios da en beneficio de su pueblo y los juzgan dando sus opiniones y criticando esto o aquello, en lugar de cubrirse la boca y postrarse con la cara en el polvo; porque conocen tan poco los Testimonios como al Espíritu de Dios.

Son principiantes en la verdad y enanos en la experiencia religiosa. Las mayores victorias ganadas para la causa no se obtienen con argumentos elaborados, grandes instalaciones, influencias ni gran cantidad de medios; sino que se obtienen en la sala de audiencias de Dios, cuando la fe sincera y agonizante se apoya en el poderoso brazo. Cuando Jacob se vio postrado y en una condición desesperada, vertió sinceramente su alma agonizante en Dios. El ángel de Dios suplicó que lo dejara ir pero Jacob no soltó su presa. El hombre abatido, que sufría dolor corporal, presentó su sincera súplica con la entereza que imparte la fe viva. "No te dejaré", dijo, "si no me bendices" (Gen. 32:26). (436)

En la palabra de Dios hay profundos misterios que las mentes que no están ayudadas por el Espíritu de Dios serán incapaces de descubrir. También hay insondables misterios en el plan de la redención que las mentes finitas jamás podrán comprender. Los jóvenes inexpertos deberían ejercitar sus mentes y sus capacidades para poder entender los asuntos que son revelados. Porque, a menos que posean mayor luz espiritual que ahora, les llevará toda una vida aprenderla voluntad revelada de Dios. Cuando hayan recibido la luz y hagan un uso práctico de ella estarán listos para dar un paso adelante. La providencia de Dios es una escuela continua en la que él siempre guía a los hombres para que vean los verdaderos objetivos de la vida. Ninguno es demasiado joven o demasiado viejo para aprender en esta escuela prestando diligente atención a las lecciones que enseña el divino Maestro. Él es el Pastor verdadero, y llama a sus ovejas por su nombre. Los vagabundos oyen su voz que dice: "Éste es el camino; síguelo".

Los jóvenes que nunca han tenido éxito en los deberes temporales de la vida tampoco estarán preparados para ocuparse de deberes más elevados. La experiencia religiosa sólo se alcanza mediante el conflicto, la derrota, la disciplina severa del yo y la oración sincera. La fe viva debe aferrarse

resueltamente a las promesas; entonces muchos regresarán de la comunión con Dios con el rostro resplandeciente y diciendo, como Jacob: "Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma" (Gén. 32:30).

Los pasos hacia el cielo deben ser dados de uno en uno. Cada paso nos da fuerzas para el siguiente. El poder transformador de la gracia de Dios sobre el corazón humano es una obra que muy pocos llegan a entender porque son demasiado indolentes para hacer el esfuerzo necesario. Las lecciones que los jóvenes ministros aprenden yendo de un lado para otro y siendo objeto de cuidados cuando no son adecuados para la tarea, ejercen una influencia desmoralizadora sobre ellos. No conocen cuál es su lugar ni saben ocuparlo. No tienen puestos los pies en principios firmes. Hablan con autoridad de asuntos que desconocen y, por lo tanto, quienes los aceptan como maestros son conducidos a error. Una persona así inspirará tanto escepticismo que hará falta la intervención de varias para contrarrestarlo, si es posible. Los hombres de mente (437) estrecha se deleitan en las objeciones fútiles, en las críticas, en la búsqueda de algo que cuestionar, pensando que es signo de agudeza. Pero en lugar de eso, es una muestra de falta de refinamiento y estatura mental. ¡Cuánto mejor no sería que se dispusieran a cultivarse a sí mismos y a ennoblecer y elevar sus mentes! Así como la flor se vuelve hacia el sol para que los brillantes rayos puedan contribuir a perfeccionar su belleza y simetría, el joven debería volverse hacia el Sol de justicia para que la luz del cielo pueda brillar sobre él, perfeccionando su carácter y dándole una profunda y permanente experiencia en los asuntos de Dios. Entonces podrá reflejar los divinos rayos de luz sobre otros. Los que escogen unir las dudas y la incredulidad al escepticismo no crecerán en la gracia o la espiritualidad y no son adecuados para la solemne responsabilidad de llevar la verdad a otros.

Es preciso advertir al mundo de la condena que se avecina. El sueño y el error de los que permanecen en el pecado son tan profundos, tan parecidos a la muerte, que es necesario que los despierte la voz de Dios por medio de un ministro muy enérgico. A menos que los ministros no se conviertan la gente tampoco se convertirá. El frío formalismo que ahora prevalece entre nosotros debe dejar paso a la vivificante energía de la piedad práctica. No hay ningún error en la teoría de la verdad; es perfectamente clara y armoniosa. Pero los jóvenes ministros pueden hablar con fluidez de la verdad y, aun así, no entender el sentido real de las palabras que pronuncian. No aprecian el valor de la verdad que presentan y poco se aperciben del precio que han pagado los que, con oración y lágrimas, superando pruebas y oposiciones, la han buscado como quien busca un tesoro oculto. Cada nuevo eslabón de la cadena de la verdad era para ellos como oro de ley. Esos eslabones están unidos ahora en un todo perfecto. Las verdades fueron excavadas de la basura de la superstición y el error con oración sincera, pidiendo luz y conocimiento y han sido presentadas al pueblo como perlas preciosas y de valor incalculable.

El evangelio es la revelación al hombre de rayos de luz y esperanza del mundo eterno. No recibimos toda la luz de una vez, sino que llega a medida que podemos aceptarla. Las mentes interrogadoras que están hambrientas de conocer la voluntad de Dios jamás (438) están satisfechas; cuanto más profunda es su búsqueda, más conscientes son de su ignorancia y más lamentan su ceguera. El hombre no es capaz de concebir los nobles y altos logros que se encuentran a su alcance si combina el esfuerzo humano con la gracia de Dios, la Fuente de toda sabiduría y poder. Más allá hay una medida eterna de gloria. "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le amad' (1 Cor. 2:9).

Tenemos el mensaje de verdad más solemne que jamás se haya llevado al mundo. Los incrédulos respetan cada vez más esta verdad porque es incontrovertible. A la vista de este hecho, nuestros jóvenes, cada vez más, confían en sí mismos y se envanecen. Toman las verdades que han sido descubiertas por otras mentes y sin estudiarlas en sincera oración se enfrentan a los opositores y se enzarzan en contiendas, complaciéndose en discursos ingeniosos y comentarios ocurrentes, engañándose a sí mismos al pensar que esto es tarea de un ministro del evangelio. Para poder ser adecuado para la obra de Dios, esos hombres necesitan una conversión tan profunda como la que Pablo

experimentó. Los ministros deben ser representantes vivos de la verdad que predican. Deben tener una vida espiritual mayor, caracterizada por una mayor sencillez. Deben recibir las palabras de Dios y transmitirlas a las personas. Deben captar la atención. Nuestro mensaje es perfume de vida para vida o de muerte para muerte. El destino de todas y cada una de las almas pende de un hilo. Multitudes se encuentran en el valle de la decisión. Se escucha una voz que dice: "Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él" (1 Reyes 18:21).

La acción decidida, enérgica y sincera puede salvar una alma indecisa. Nadie podrá decir jamás cuánto se ha perdido por querer predicar sin la unción del Espíritu Santo. En cada congregación hay almas que dudan y casi están persuadidas de inclinarse por Dios. La decisión es para ahora y la eternidad. Pero, demasiado a menudo, se da el caso de que el ministro no posee el espíritu ni el poder del mensaje de verdad en su corazón. Por tanto, esas almas que se encuentran inseguras en el fiel de la balanza no escuchan un llamamiento directo. El resultado es que los corazones de los que se han convencido no se graban aún más profundamente y (439) salen de la reunión sintiendo que están menos inclinados a aceptar el servicio de Cristo que cuando entraron. Deciden esperar una ocasión más favorable que nunca llegará. En ese discurso sin Dios, como en la ofrenda de Caín, no se encuentra el Salvador. Se ha perdido una oportunidad de oro y el destino de esas almas queda decidido. ¿Acaso no hay demasiado en juego para predicar de manera indiferente y sin sentir el peso de las almas?

En esta época de tinieblas morales se necesita algo más que la teoría pura para mover a las almas. Los ministros deben tener una conexión viva con Dios. Deben predicar creyendo lo que dicen. Las verdades vivas, pronunciadas por los labios de un hombre de Dios, harán que los pecadores tiemblen y los convictos clamen: "Jehová es Dios; estoy resuelto a ponerme de su lado". El mensajero de Dios jamás debería cesar en su empeño por recibir más luz y poder de lo alto. Debe esforzarse, orar y esperar en medio del desaliento y la oscuridad, determinado a obtener un profundo conocimiento de las Escrituras y desarrollar todos los dones. Mientras haya una alma por la que se pueda trabajar, deberá avanzar con ánimos renovados en cada esfuerzo. Hay trabajo por hacer, trabajo sincero. Las almas por las que Cristo murió están en peligro. Sabiendo que Jesús dijo: "No te desampararé, ni te dejaré" (Heb. 13:5), sabiendo que al que venza se le dará la corona de justicia, sabiendo que nuestro Abogado intercede por el pecador, los ministros de Cristo deben trabajar con esperanza, infatigables y con fe perseverante.

Pero mientras la verdad de Dios sea llevada por hombres inexpertos y jóvenes cuyos corazones apenas han sido tocados por la gracia de Dios, la causa de Dios languidecerá. Los hermanos F y G están más prontos a discutir que a predicar; están más prontos a contender que a persuadir esforzándose por impresionar a las personas con el solemne carácter de la obra para este tiempo. Los hombres que se atreven a asumir la responsabilidad de recibir la palabra de la boca de Dios y darla al pueblo se hacen responsables de la verdad que presentan y de la influencia que ejercen. Si son verdaderos hombres de Dios, su esperanza no está en ellos mismos, sino en lo que él hará por ellos y con ellos. No se vanaglorian ni llaman la atención de las personas hacia su inteligencia (440) y sus aptitudes. Sienten la responsabilidad y trabajan con energía espiritual, siguiendo la senda de abnegación que trazó el Maestro. En cada paso que dan hay sacrificio y se lamentan porque no son capaces de hacer más por la causa de Dios. El Pablo de la oscura mazmorra, esperando la sentencia que sabía que pronunciaría el cruel Nerón, es el mismo Pablo que habló en el Areópago. El hombre cuyo corazón permanece en Dios en la hora de sus pruebas más duras y en el entorno más descorazonador es el mismo de la prosperidad, cuando parecía gozar de la luz y el favor de Dios. La fe ve lo invisible y se aferra a la eternidad.

En Iowa hay muchos que, más que construir, destruyen, arrojando incredulidad y tinieblas en lugar de luz. La causa de Dios languidece cuando debería florecer. Los ministros deben ser fieles. Pablo escribió a Timoteo: "Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza" (1 Tim. 4:12). "Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos. Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren" (1 Tim. 4:15-16). La palabra y la

voluntad de Dios están expresadas en las Escrituras por autores inspirados. Deberíamos atarlas sobre nuestras frentes y andar según sus preceptos; así andaríamos seguros. Cada capítulo y cada versículo es un comunicado de Dios para el hombre. Al estudiar la palabra, las declaraciones divinas se grabarán en el alma hambrienta y sedienta de justicia. El escepticismo pierde todo su poder sobre el alma que escudriña humildemente las Escrituras. (441)

NUESTRAS CASAS PUBLICADORAS.-

Dios quiere que todos los que están relacionados con sus instituciones muestren aptitud, discernimiento y previsión. Desea que sean hombres y mujeres cultos que se destacan en todas las cualidades. Al mismo tiempo que cada uno de ellos sientan esta necesidad y trabajen para conseguirla, Jesús los ayudará en sus esfuerzos. En tanto que ellos trabajen para añadir las gracias del Espíritu, Dios obrará en su favor multiplicándolas. La unión con Dios dará expansión al alma, la elevará, la transformará y la hará sensible a sus propios poderes; al mismo tiempo dará un sentido aún más claro a la responsabilidad individual de hacer un sabio uso de las facultades que Dios ha otorgado.

Cada uno debería estudiar la estricta economía en la inversión de medios y ejercitar una fidelidad en la administración de aquellos que pertenecen a otros, aún mayor que en la gestión de los propios asuntos. Sin embargo, raramente se hace. Nadie se beneficia personalmente con las ganancias de nuestras agencias o sufre las consecuencias de sus pérdidas; sin embargo, la propiedad es del Señor y su causa se ve afectada materialmente por el modo en que se lleva a cabo la tarea. Si la causa de Dios ve sus recursos limitados, se descuida una importante obra que podría y debería ser hecha.

Si bien siempre es preciso practicar el ahorro, nunca deberá degenerar en mezquindad. Todos los que trabajan en nuestras agencias deberían sentir que administran las propiedades de Dios, que son responsables del aumento del capital invertido y que, en el día de Dios, serán considerados responsables si, por falta de diligencia y reflexión atenta, se reduce en sus manos. A todos se pide que eviten el despilfarro de tiempo y medios. La fidelidad o infidelidad de los obreros a su responsabilidad presente determinará su aptitud para que se les confíen riquezas eternas. Dios exige de cada uno que ejecute la tarea que se le ha asignado con meticulosidad y prontitud. El ejemplo de cada uno debería servir para incitar la diligencia y la sensatez en otros. Con fidelidad sincera y consciente en todo, es posible acercar la tierra al cielo y traer preciosos frutos para ambos mundos. (442)

Las manos empleadas en los distintos departamentos de nuestras agencias de publicación no cumplen con todo el trabajo que se les podría exigir en cualquier otra agencia del mismo tipo. Se malgasta mucho tiempo en conversaciones innecesarias, y se pierden horas en visitas mientras se pierde el ritmo de trabajo. En varios departamentos, se ocasionan pérdidas a la agencia porque las personas que se ocupan de la tarea no han ejercitado el cuidado y el ahorro. Si esas personas llevaran a cabo un trabajo para ellas mismas, algunas rendirían al día una tercera parte más de lo que están rindiendo. Otros no trabajarían más de lo que ya trabajan.

Las horas de trabajo deben ser empleadas fielmente. El despilfarro de tiempo y material es deshonestidad ante Dios. Unos momentos escatimados aquí, otros allá, y al cabo de la semana se ha perdido casi un día e incluso más. "El tiempo es oro" y despilfarrar el tiempo es despilfarrar dinero de la causa de Dios. Si los que profesan la fe se demoran y son descuidados con el tiempo, mostrando que no están vivamente interesados en la prosperidad de la obra, los incrédulos que están empleados en ella seguirán su ejemplo. Si todos usaran su tiempo para obtener el mejor rendimiento de él, la causa de la verdad se ahorraría muchos gastos. Cuando se pone el corazón en la tarea, ésta se lleva a cabo con honestidad, energía y prontitud. Todos deben estar atentos para ver qué es preciso hacer y ejecutarlo con prontitud y destreza, trabajando como si se estuviera bajo la supervisión del gran Propietario, Jesucristo.

Una vez más, las pérdidas se dan por la falta de atención en el uso de los materiales y la maquinaria. No se presta atención a los asuntos mayores y menores para que nada se malgaste o se dañe a causa de

la negligencia. Un poco de despilfarro aquí y allí al cabo de un año alcanza sumas importantes. Algunos nunca aprendieron a ejercitar sus facultades para aprovechar los restos, a pesar de la orden dada por Cristo: "Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada" (Juan 6:12). Los materiales no deberían ser reducidos a pedazos de pequeño tamaño. Un poco de cuidado permitiría reunir y usar los pedazos que ahora se desechan y se malgastan. Es preciso prestar atención y aprovechar incluso algo tan insignificante como un papel desechado porque puede ser transformado en dinero. (443)

Por falta de interés personal, muchas cosas que van al desecho, con un poco de atención en el momento justo, se podrían aprovechar. El "Me olvidé" es causa de muchas pérdidas en nuestras oficinas. Algunos no sienten interés por ninguna tarea o nada que no esté relacionado con su área específica de trabajo. Es un error. La soberbia sugerirá el pensamiento: "no es asunto mío ocuparme de eso"; pero la fidelidad y el deber empujarán a cada uno a ocuparse de todo cuando cae bajo su vista. El ejemplo de los oficiales de la encuadernadora es seguido por las manos empleadas; todos son descuidados y despreocupados. Se malgasta una suma igual a sus sueldos. En ese único departamento, con una persona cuidadosa a la cabeza del taller, la agencia ahorraría centenares de dólares al año.

En toda la agencia debería imperar el principio de la economía. Para ahorrar un dólar es preciso contar centavos. Los hombres que han tenido éxito en los negocios siempre han sido ahorradores, perseverantes y enérgicos. Que todos los que están relacionados con la obra de Dios empiecen ahora mismo a educarse como administradores. Aun cuando su trabajo no sea apreciado en la tierra, nunca deben degradarse a sus propios ojos con la infidelidad en nada de lo que se ocupen. Para que una persona se habitúe a una conducta de vida determinada, así como alcanzar la felicidad siguiéndola, es preciso que transcurra un tiempo. Cada uno de nosotros será, aquí y por toda la eternidad, lo que nuestros hábitos hagan que seamos. Las vidas de los que cultivan hábitos correctos y son fieles en todos sus deberes serán como luces brillantes que cubren la senda de otros. Pero si se toleran los hábitos de la infidelidad, si se permite que se refuercen los hábitos laxos, indolentes y negligentes, una nube más densa que las tinieblas de medianoche cubrirá las perspectivas de esta vida y cerrará el paso de la persona a la vida futura.

Un pensamiento egoísta tolerado, un deber desatendido, prepara el camino para otro. Lo que hagamos una vez, estaremos dispuestos a hacerlo otra. Los hábitos de la sobriedad, el dominio propio, el ahorro, la aflicción atenta, la conversación sensata, la paciencia y la verdadera cortesía no se obtienen sin la estrecha y diligente vigilancia de la propia persona. Es mucho más fácil perder (444) la moral y ser depravado que vencer los defectos manteniendo al yo bajo control y favoreciendo las verdaderas virtudes. Si deseamos perfeccionar las gracias cristianas en la vida se precisarán esfuerzos perseverantes.

En nuestras agencias se necesitan importantes cambios. Posponer un trabajo que necesita una atención inmediata para ocuparnos de él cuando nos resulte más cómodo es un error que causa pérdidas. A veces reparar las demoras cuesta el doble de lo que habría costado si se hubiese actuado en el momento adecuado. Muchas pérdidas y espantosos accidentes se han debido al hecho de posponer asuntos que debieran haber sido objeto de atención inmediata. El momento de actuar se malgasta entre dudas, pensando que mañana será otro día; pero con frecuencia mañana es demasiado tarde. Nuestras agencias padecen dificultades financieras a diario por causa de la indecisión, la lentitud, el descuido, la indolencia y, en algunos casos, la deshonestidad manifiesta. Algunos empleados de esas agencias actúan con tanta indiferencia que parece como si Dios no les hubiera dado facultades mentales para que las ejercieran en la administración. Tales son inadecuados para una función de responsabilidad. Nunca se deberá depender de ellos. Los hombres y las mujeres que evitan los deberes en los que puedan surgir dificultades serán siempre débiles e ineficientes.

Los que se educan a sí mismos para hacer su labor con prontitud, con espíritu ahorrativo, dirigirán sus negocios en lugar de permitir que sus negocios los dirijan a ellos. No estarán constantemente

apremiados y desconcertados porque su trabajo es una confusión. La diligencia y la sincera fidelidad son indispensables para alcanzar el éxito. Dios revisa cada hora de trabajo y la registra para fidelidad o infidelidad. Cuando el juez se siente y los libros sean abiertos, todos serán juzgados según lo escrito en los libros y deberán enfrentarse al registro de los momentos despilfarrados y las ocasiones desaprovechadas. La soberbia, la envidia, el orgullo, los celos, la ociosidad o cualquier otro pecado que es acariciado en el corazón será causa de exclusión de la bendición del cielo. "Si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquél a quien obedecéis" (Rom. 6:16). (445)

Nuestras agencias sufren por falta de hombres firmes y estables. A medida que se me fueron mostrando las distintas salas, vi que el trabajo se hacía con indiferencia. En cada cargo de confianza hay pérdidas sostenidas. La falta de meticulosidad es evidente. Mientras unos soportan cargas de responsabilidad, otros, en lugar de compartir esas cargas, siguen una conducta que aumenta la ansiedad y la preocupación. Quienes en su infancia y su juventud no han aprendido la lección de economía ni han adquirido el hábito de aprovechar al máximo su tiempo no serán prudentes ni ahorradores en ningún negocio en que participen. Descuidar la mejora de nuestras facultades para que puedan ser usadas para la gloria de Dios es un pecado. Todos deben cargar con responsabilidades, nadie está excusado.

Las mentes son muy distintas unas de otras y todas necesitarán más o menos formación o entrenamiento. Cada momento relacionado con la causa de Dios debería caracterizarse por la prudencia y la decisión. Sin decisión, la persona que es voluble e inestable como el agua, jamás obtendrá un verdadero éxito. Todos los que profesan a Cristo deben ser trabajadores. En la casa de la fe no hay lugar para vagos. Cada miembro de la familia tiene asignada una tarea, una porción del viñedo del Señor en la que trabajar. El único modo de cumplir la demanda de Dios es perseverar constantemente en nuestros esfuerzos por conseguir una utilidad más elevada. Aunque lo que podamos conseguir en el mejor de los casos sea muy poco, el esfuerzo de cada día aumentará nuestra capacidad para trabajar de manera efectiva y llevar fruto para gloria de Dios.

Algunos no ejercen control sobre sus apetencias, sino que sacrifican la salud por satisfacer el gusto. Como resultado, el cerebro se nubla, sus pensamientos son superficiales y no cumplen con lo que deberían cumplir si fueran abnegados y abstemios. Esas personas roban a Dios la fuerza física y mental que debería ser dedicada a su servicio si observaran la temperancia en todas las cosas. Pablo, quien era un reformador pro salud, dijo: "Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado" (1 Cor. 9.27). Sintió que sobre él reposaba la responsabilidad de conservar todas sus facultades de modo que pudiera usarlas para gloria de Dios. Si (446) Pablo corría el peligro de ser intemperante, nosotros lo corremos aún más porque no sentimos ni vemos como él, la necesidad de glorificar a Dios en cuerpo y espíritu, los cuales le pertenecen. Comer en exceso es el pecado de nuestro tiempo.

La palabra de Dios pone el pecado de la glotonería al mismo nivel que la embriaguez. Este pecado era tan ofensivo a los ojos de Dios que dio instrucciones a Moisés para que los padres cuyos hijos, en lugar de reprimir el apetito, se atiborrasen con cualquier cosa que se pudiesen llevar a la boca, los trajeran ante los gobernantes de Israel y fueran apedreados hasta matarlos. La condición de glotón era considerada sin esperanza. No podía ser responsable de nada. Su influencia contaminaría siempre a otros. El mundo sería mejor sin un carácter así porque sus terribles defectos se perpetuarían. Nadie que sea consciente de su responsabilidad ante Dios permitirá que las tendencias animales controlen la razón. Quienes así hacen no son cristianos; no importa quienes sean ni lo elevado de su profesión. La orden de Cristo es: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mat. 5: 48). Aquí nos muestra que en nuestro ámbito podemos ser tan perfectos como Dios es perfecto en el suyo.

Los que están empleados en nuestras casas publicadoras no mejoran como Dios desearía. Falta interés sincero y generoso por la obra en la que participan. Dios requiere que esos obreros de su causa avancen

diariamente en conocimiento. Deben mejorar con sabiduría las facultades que Dios les dio para poder ser obreros eficientes y meticulosos y desempeñar su tarea sin pérdidas para la agencia.

Los hombres más sabios aprenden lecciones útiles de los modos y hábitos de las pequeñas criaturas de la tierra. La industriosa abeja da a los hombres inteligentes un ejemplo que harían bien en imitar. Esos insectos observan un perfecto orden y en el enjambre no se tolera la ociosidad. Ejecutan la tarea asignada con una inteligencia y una actividad que sobrepasan nuestro entendimiento. Las hormigas, a las cuales consideramos como una plaga que debe ser aplastada con el pie, en muchos aspectos son superiores a los hombres porque éstos son inteligentes y no mejoran los dones de Dios. El hombre sabio atrae nuestra atención hacia las pequeñas (447) cosas de la tierra: "Ve a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos, y sé sabio; la cual no teniendo capitán, ni gobernador, ni señor, prepara en el verano su comida, y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento". "Las hormigas, pueblo no fuerte, y en el verano preparan su comida" (Prov. 6:6; 30:25). De esos pequeños maestros podemos aprender una lección de fidelidad. Si con la misma diligencia, nos aplicásemos a mejorar las facultades que el Creador omnisciente nos ha otorgado, ¡cuánto aumentarían nuestras capacidades para ser útiles! Dios tiene puesto sus ojos en la menor de sus criaturas; ¿acaso no contemplará al hombre creado a su imagen y le exigirá que corresponda a todos los favores que le ha concedido?

Es preciso poner en orden las agencias publicadoras. Quienes trabajan en esas instituciones deberían tener objetivos elevados y una profunda y rica experiencia en el conocimiento de la voluntad de Dios. Siempre deberían estar de parte de lo que es justo y ejercer una influencia salvífica. Cada alma que pronuncia el nombre de Cristo debería sacar el mayor provecho de los privilegios que disfruta y desempeñar fielmente los deberes que se le asignen sin murmullos ni quejas. Las conversaciones deberían ser de carácter elevado, calculadas para llevara otras mentes en la dirección correcta. La poca mención que se hace de la bondad divina y del amor de Dios demuestra una notable ingratitud y que Cristo no mora en el corazón.

Las agencias nunca prosperarán a menos que haya más obreros desinteresados y altruistas, que sean verdaderos hombres y mujeres abnegados y conscientemente independientes por Dios y la justicia. El editor local de la Review ano Herald tendrá ocasión de hablar con sinceridad y firmeza. Debería salir en defensa de lo correcto, ejerciendo toda la influencia que su posición le otorga. El hermano Waggoner ha sido puesto en una posición envidiable, pero no está solo. Dios lo ha ayudado y, dadas las circunstancias, ha actuado con nobleza. El Señor no lo ha apartado de su posición; todavía debe trabajar en Oakland y San Francisco.

A quienes Dios ha confiado mucho, les exige mucho; mientras que quienes tienen poco deben responder con poco. Sin embargo, todos pueden entregarse y con sus acciones pueden mostrar su (448) fidelidad a la preciosa causa de Cristo. Muchos pueden reducir sus gastos y así aumentar su generosidad por Cristo. La abnegación por causa de Cristo es la batalla que debemos librar.

"El amor de Cristo", dijo Pablo, "nos constriñe" (2 Cor. 5:14). Fue el principio activo de su conducta; fue su fuerza motriz. Si alguna vez flaqueaba su ardor en la senda del deber, una mirada a la cruz y al maravilloso amor de Cristo revelado en su sacrificio inigualable bastaba para ceñirse de nuevo los lomos de la mente y avanzar en la senda de la abnegación. En su trabajo por sus hermanos depositaba mucha confianza en la exhibición de infinito amor de la maravillosa condescendencia de Cristo, con todo su poder subyugador y dominador.

¡Cuán sincero y emotivo es su llamamiento! "Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos" (2 Cor. 8:9). Sabéis de qué altura descendió, conocéis la profundidad de la humillación a la que se rebajó. Sus pies entraron en la senda de abnegación y sacrificio y no se desviaron hasta que hubo dado su vida. No hubo reposo para él entre el trono del cielo y la cruz. Su amor por el hombre lo llevó a aceptar todas las indignidades y a sufrir todos los abusos. "Por ellos yo me santifico a mí mismo" (Juan 17:19). Pongo toda mi gloria, todo lo que soy, a trabajar por la redención del hombre. ¡Cuán poco son

movidos los hombres de hoya santificarse para la obra de Dios de manera que las almas puedan salvarse por ellos!

Pablo nos advierte: "No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros" (Fil. 2:4). Nos encarece para que imitemos la vida del gran Ejemplo y nos exhorta para que poseamos el sentir "que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil. 2:5-8). El apóstol se detiene en todos y cada uno de los puntos para que nuestras mentes puedan captar y entender por completo la maravillosa condescendencia que el Salvador mostró por los pecadores. Presenta a Cristo como (449) igual a Dios, recibiendo la adoración de los ángeles y traza su descenso hasta que alcanza las más bajas profundidades de la humillación para, con su brazo humano, poder alcanzar al hombre caído y levantarlo de su degradación hasta la esperanza, el gozo y el cielo.

Pablo ansiaba profundamente que se viera la humillación de Cristo. Estaba convencido de que, si las mentes humanas pudieran llegara comprender el maravilloso sacrificio hecho por la Majestad del cielo, desaparecería toda soberbia del corazón. Primero dirige la mente hacia la posición que Cristo ocupaba en el cielo, en el seno de su Padre, después lo revela abandonando su gloria, sujetándose voluntariamente a todas las condiciones humillantes de la naturaleza humana, asumiendo las responsabilidades de un siervo y haciéndose obediente hasta la muerte, la muerte más ignominiosa y desagradable, la más vergonzante, la más angustiosa: la muerte en la cruz. ¿Es posible que los cristianos contemplen esta maravillosa muestra del amo r de dios por el hombre sin sentirse conmovidos ni ver el sentido del hecho de que no nos pertenecemos? Un Maestro así no debería ser servido por resentimiento, codicia o egoísmo.

"Fuisteis rescatados", dice Pedro, " no con cosas corruptibles, como oro o plata" (1 Pedro 1:18). Si hubiesen sido suficientes para comprarla salvación del hombre, cuán fácil habría sido para Aquel que dice: "Tu plata y tu oro son míos" (1 Rey. 203). Pero el transgresor de la santa ley de Dios sólo podía ser redimido con la preciosa sangre del Hijo de Dios. Los que, no apreciando el maravilloso sacrificio que hizo por ellos, escatiman sus medios y sus facultades físicas, mentales y morales al servicio de Cristo perecerán víctima de su orgullo.

"Al que no tiene [puestos en buen uso sus capacidades y sus medios], aun lo que tiene le será quitado" (Mat. 13:12). Los que son demasiado indolentes para ver sus responsabilidades y ejercitar sus facultades no recibirán la bendición de Dios y las capacidades que posean les serán retiradas y serán dadas a los obreros activos y celosos que aumentan sus talentos con el uso constante. "¿Has visto hombre solícito en su trabajo? Delante de los reyes estará; no estará delante de los de baja condición" (Prov. 22:29). Una persona (450) que trabaja diligentemente bajo la dirección del Espíritu de Dios poseerá poder e influencia porque en él todos pueden ver un espíritu de devoción infatigable por la causa de Dios en cualquier departamento que lo llame el deber.

Todas las manos de nuestras agencias deberían disponerse en la condición más favorable para la formación de hábitos buenos y correctos. Cada día, varias veces, se deberían consagrar unos momentos dorados y preciosos a la oración y el estudio de las Escrituras, ni que sea sólo memorizar un texto, para que en el alma haya vida espiritual. Los múltiples intereses de la causa nos dan alimento para reflexionar e inspirar nuestras oraciones. La comunión con Dios es esencial para la salud espiritual y es la única vía de adquisición de la sabiduría y el correcto juicio tan necesarios en el desempeño de cada deber.

La fortaleza adquirida mediante la oración a Dios, unida al esfuerzo individual por formar lamente en la reflexión y las responsabilidades, prepara a la persona para los deberes diarios y mantiene el espíritu en paz en cualquier situación, por más dura que sea. Las tentaciones a las que estamos expuestos diariamente hacen de la oración una necesidad. Para que el poder de Dios pueda guardarnos por la fe,

los deseos de la mente deberían ascender continuamente en oración silenciosa pidiendo ayuda, luz, fuerza y sabiduría. Pero la meditación y la oración no deben ocupar el tiempo del aprovechamiento fiel y honesto del tiempo. La oración y el trabajo son precisos para perfeccionar el carácter cristiano.

Debemos vivir una vida de doble aspecto. Debe ser una vida de meditación y acción, de oración silenciosa y de trabajo honesto. Todos los que han recibido la luz de la verdad deberían sentir que es su deber extender los rayos de luz sobre la senda del impenitente. Deberían ser testigos de Cristo en nuestras agencias así como en la iglesia. Dios nos exige que seamos epístolas vivientes, conocidas y leídas por todos los hombres. El alma que se vuelve a Dios en busca de fuerza, apoyo y poder mediante la oración diaria y sincera tendrá nobles aspiraciones, claras percepciones de la verdad y el deber, elevados propósitos de acción y un hambre y una sed de justicia continuas. Al mantener la unión con Dios seremos capaces de difundir a otros, mediante nuestras relaciones con (451) ellos, la luz, la paz, y la serenidad que gobiernan nuestro corazón y seremos para ellos un ejemplo de fidelidad inquebrantable a los intereses de la obra en la que participamos.

En muchos que trabajan en nuestras agencias hay una ausencia casi absoluta del amor y el temor de Dios. El yo gobierna, el yo controla y Dios y el cielo apenas entran en la mente. Si esas personas pudieran ver que se encuentran en el límite mismo del mundo eterno y que sus intereses futuros se determinarán por sus acciones presentes, habría un notable cambio en todas las manos empleadas en esas agencias.

Pero muchos que participan de la sagrada tarea de Dios están paralizados por los engaños de Satanás. Duermen un sueño hipnótico. Los días y los meses pasas y ellos permanecen despreocupados como si no hubiera Dios, ni futuro, ni cielo, ni castigo por el abandono del deber o por evitar las responsabilidades. Pero se acerca el día en que se decidirán todos los casos según las obras. Muchos tienen un registro terriblemente destacado en el Libro Mayor del Cielo.

Cuando esos obreros acepten su responsabilidad, cuando pongan sus almas contaminadas ante Dios y su clamor se aferre sinceramente a su fuerza, sabrán por ellos mismos que Dios escucha y responde las oraciones. Cuando se despierten verán qué han perdido con su indiferencia y su infidelidad. Entonces sabrán que sólo habrán alcanzado un nivel muy bajo cuando, de haber cultivado y aprovechado la mente y sus capacidades, podrían haber tenido una experiencia rica y podrían haber sido instrumentos de salvación de sus semejantes. Y, aun cuando se lleguen a salvar, verán por toda la eternidad las oportunidades perdidas durante el tiempo de gracia.

Los que están empleados en las agencias han descuidado demasiado los privilegios religiosos. Nadie que trate esos privilegios con indiferencia debería entrar en la obra de Dios porque todas esas personas se unen a los ángeles malvados y son una nube de tinieblas, una piedra de tropiezo para otros. Para conseguir que la obra sea un éxito, cada departamento de las agencias debe gozar de la presencia de ángeles celestiales. Cuando el Espíritu de Dios obre en el corazón, limpiando el templo del alma de su desviación (452) mundana y amor del placer, todos asistirán a la reunión de oración, fieles en el cumplimiento de su deber y ansiosos por cosechar las ganancias que puedan obtener. El obrero fiel por el Maestro aprovechará cada oportunidad para ponerse bajo los rayos de luz que descienden del trono de Dios y esa luz se reflejará sobre otros.

No sólo es preciso asistir fielmente a la reunión de oración, sino que, con una frecuencia semanal, se debería llevara cabo una reunión de alabanza. En ella se debería hablar de la bondad y las múltiples gracias de Dios. Si expresásemos nuestro agradecimiento por las bendiciones recibidas con la misma libertad con que hablamos de nuestros pesares, de nuestras dudas y de la incredulidad, traeríamos el gozo al corazón de otros en lugar de arrojar sobre ellos el desaliento y la tiniebla. Los quejosos y murmuradores, que siempre ven el desaliento en el camino y hablan de pruebas y dificultades deberían contemplar el infinito sacrificio que Cristo hizo por ellos. Entonces podrán valorar todas las bendiciones a la luz de la cruz. Mientras miren a Jesús, Autor y Fin de nuestra fe, que ha sido

traspasado por nuestros pecados y cargado con nuestro sufrimiento, encontraremos una causa para la gratitud y la alabanza y nuestros pensamientos y deseos se someterán a la voluntad de Cristo.
En las bendiciones que nuestro Padre celestial nos ha otorgado podemos discernir innumerables pruebas de un amor que es infinito y una tierna compasión que sobrepasa el amor suspirante de una madre por su hijo descarriado. Cuando estudiemos el carácter divino a la luz de la cruz veremos misericordia, ternura y perdón mezcladas con equidad y justicia. Como el apóstol Juan exclamaremos: "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios" (1 Juan 3:1). En medio del trono veremos las marcas en las manos, en los pies y en el costado del sufrimiento que reconcilió al hombre con Dios y a Dios con el hombre. La misericordia inigualable nos revela un Padre infinito, que mora en una luz inalcanzable, y sin embargo, nos recibe por los méritos de su hijo. La nube de venganza que sólo amenazaba con miseria y desesperación, a la luz reflejada de la cruz revela la escritura de Dios: "Vive, pecador, vive. Almas penitentes y creyentes, vivid. He pagado el rescate". (453)
Debemos reunirnos entorno a la cruz. Cristo crucificado debe ser el tema de nuestra contemplación, de nuestra conversación y de nuestra emoción más jubilosa. Debemos tener estas citas especiales con el propósito de mantener fresco en nuestro pensamiento todo aquello que recibimos de Dios y expresar nuestra gratitud por su gran amor y nuestro deseo de confiarlo todo en la mano que fue clavada en la cruz por nosotros. Aquí debemos aprender a hablar la lengua de Canaán, a cantar los cánticos de Sión. Por el misterio y la gloria de la cruz podemos valorar en su justa medida al hombre y ver y sentir la importancia de trabajar por el prójimo para que pueda ser elevado al trono de Dios. (454)

EL CARÁCTER SAGRADO DE LOS VOTOS.-
La breve pero terrible historia de Ananías y Safira ha sido registrada por la pluma inspirada para beneficio de todos los que profesan seguir a Cristo. Esta lección importante no ha pesado lo suficiente en la mente de nuestro pueblo. Será provechoso para todos considerar reflexivamente la naturaleza de la grave ofensa por la cual aquellos culpables recibieron un castigo ejemplar. Esta señalada evidencia de la justicia retributiva de Dios es terrible, y debe inducir a todos a temer repetir el pecado que produjera semejante castigo. El egoísmo era el gran pecado que había torcido el carácter de esa pareja culpable.
Juntamente con otros, Ananías y su esposa Safira habían tenido el privilegio de oír el evangelio predicado por los apóstoles. El poder de Dios acompañaba la palabra hablada, y una profunda convicción se apoderó de todos los presentes. La influencia enternecedora de la gracia de Dios los indujo, en su corazón, a renunciar a su egoísta posesión de bienes terrenales. Mientras se hallaban bajo la influencia directa del Espíritu de Dios hicieron la promesa de dar al Señor ciertas tierras; pero cuando ya no estaban bajo esa influencia celestial, la impresión era menos fuerte y empezaron a dudar y a rehuir el cumplimiento de la promesa que habían hecho. Pensaron que se habían apresurado demasiado y desearon reconsiderar el asunto. Así abrieron una puerta por la cual Satanás entró en seguida, y obtuvo el dominio de su mente.
Este caso debe ser una advertencia a todos para que se guarden contra el primer ataque de Satanás. Primero albergaron la codicia. Luego, avergonzados de que sus hermanos supiesen que su alma egoísta lloraba lo que habían dedicado y prometido solemnemente a Dios, practicaron el engaño. Hablaron del asunto entre sí, y deliberadamente decidieron retener una parte del precio de la tierra. Cuando se los declaró culpables de su mentira, su castigo fue la muerte instantánea. Sabían que el Señor a quien habían defraudado los había escudriñado, pues Pedro dijo: "¿Por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad? Reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti? y vendida, (455) ¿no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios" (Hechos 5:3-4).

Era necesario un ejemplo especial para guardar a la joven iglesia contra la desmoralización; porque su número aumentaba rápidamente. De este modo se dio una advertencia a todos los que profesaban a Cristo en aquel entonces, y a todos los que más tarde habían de profesar su nombre, respecto de que Dios requiere fidelidad en el cumplimiento de los votos. Pero a pesar de este notable castigo del engaño y la mentira, los mismos pecados han sido con frecuencia repetidos en la iglesia cristiana, y están muy difundidos en nuestra época. Se me ha mostrado que Dios dio ese ejemplo como amonestación a todos los que se viesen tentados a actuar de manera similar. El egoísmo y el fraude se practican diariamente en la iglesia, al retener ésta los recursos que Dios exige, robándole así y poniéndose en conflicto con los arreglos que él ha hecho para difundir la luz y el conocimiento de la verdad por toda la anchura y longitud de la tierra.

Dios, en sus sabios planes, hizo depender el avance de su causa de los esfuerzos personales de su pueblo, y de sus ofrendas voluntarias. Aceptando la cooperación del hombre en el gran plan de redención, le confirió señalada honra. El ministro no puede predicar a menos que se lo envíe. La obra de dispensar luz no incumbe sólo a los ministros. Cada persona, al llegar a ser miembro de la iglesia, se compromete a ser representante de Cristo y a vivir la verdad que profesa. Los que siguen a Cristo deben llevar adelante la obra que él les dejó cuando ascendió al cielo.

Las instituciones que son instrumentos de Dios para llevar a cabo su obra en la tierra deben ser sostenidas. Deben erigirse iglesias, establecerse escuelas y proporcionarse a las casas editoras las cosas necesarias para hacer una gran obra en la publicación de la verdad que ha de ser proclamada a todas partes del mundo. Estas instituciones son ordenadas por Dios y deben ser sostenidas por los diezmos y las ofrendas generosas. A medida que la obra se amplía, se necesitarán recursos para hacerla progresar en todos sus ramos. Los que han sido convertidos a la verdad y han sido hechos participantes de su gracia, pueden colaborar con Cristo dándole ofrendas y sacrificios voluntarios. (456) Cuando los miembros de la iglesia desean que no se hagan más pedidos de recursos, dicen virtualmente que se conformarían con que la causa no progresase.

"E hizo Jacob voto, diciendo: 'Si fuere Dios conmigo, y me guardare en este viaje en que voy, y me diere pan para comer y vestido para vestir, y si volviere en paz a casa de mi padre, Jehová será mi Dios. Y esta piedra que he puesto por señal, será casa de Dios; y de todo lo que me dieres, el diezmo apartaré para ti'" (Gén. 28:20-22). Las circunstancias que indujeron a Jacob a hacer un voto al Señor eran similares a las que inducen a los hombres y las mujeres a hacerle votos en nuestro tiempo. Mediante un acto pecaminoso había obtenido la bendición que le había prometido la segura palabra de Dios. Al hacer esto había mostrado gran falta de fe en el poder de Dios para ejecutar sus propósitos por desalentadoras que fuesen las apariencias del momento. En lugar de obtener el puesto que codiciaba, se vio obligado a huir para salvar su vida de la ira de Esaú. Con sólo el bastón que tenía en la mano, tenía que viajar centenares de kilómetros por un país desolado. Había perdido el valor, y se sentía lleno de remordimiento y timidez, y trataba de evitar a los hombres, no fuese que su hermano airado pudiese seguirle el rastro. No tenía la paz de Dios para consolarlo; porque le acosaba el pensamiento de que había perdido el derecho a la protección divina.

El segundo día de su viaje se acerca a su fin. Se siente cansado, hambriento y sin hogar, y le parece que Dios le ha abandonado. Sabe que ha traído todo esto sobre sí mismo por su mala conducta. Le rodean sombrías nubes de desesperación, y le parece ser un paria. Su corazón está lleno de un terror sin nombre y apenas se atreve a orar. Pero está tan completamente solo que siente la necesidad de la protección divina como nunca antes. Llora y confiesa sus pecados ante Dios, y suplica que le dé alguna evidencia de que no le ha abandonado completamente. Pero su cargado corazón no halla alivio. Ha perdido toda confianza en sí mismo, y teme que el Dios de sus padres lo haya rechazado. Pero ese Dios misericordioso se compadece del pobre hombre desamparado y pesaroso, que allega las piedras para formar su almohada y tiene tan sólo el pabellón de los cielos como tejado. (457)

En una visión nocturna ve una escalera mística, cuya base descansa en la tierra, y cuya cúspide alcanza a la hueste estrellada, a los más altos cielos. Los mensajeros celestiales suben y bajan por esta escalera de brillo deslumbrante, mostrándole la senda que comunica el cielo con la tierra. Oye una voz que le renueva la promesa de misericordia, protección y bendiciones futuras. Cuando Jacob despierta de este sueño dice: "Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía" (Gén. 28:16). Mira en derredor suyo como esperando vera los mensajeros celestiales; pero únicamente ve las borrosas líneas de los objetos de la tierra; y los cielos, que resplandecen con las gemas de luz, responden a su ferviente y asombrada mirada. La escalera y los brillantes mensajeros han desaparecido y sólo en su imaginación puede ver la gloriosa Majestad que se hallaba en su cumbre.

Jacob quedó abrumado por el profundo silencio de la noche, y con la vívida impresión de que se encontraba en la inmediata presencia de Dios. Su corazón estaba lleno de gratitud por no haber sido destruido. Ya no pudo dormir esa noche; llenaba su alma una profunda y ferviente gratitud, mezclada con santo gozo. "Y se levantó Jacob de mañana, y tomó la piedra que había puesto de cabecera, y la alzó por señal, y derramó aceite encima de ella" (Gén. 28:18). Y allí hizo su solemne voto a Dios.

Jacob hizo ese voto mientras se hallaba refrigerado por los rocíos de la gracia y vigorizado por la presencia y la seguridad de Dios. Después que hubo pasado la gloria divina, tuvo tentaciones, como los hombres de nuestra época, pero fue fiel a su voto y no quiso albergar pensamientos referentes a la posibilidad de quedar libre de la promesa que había hecho. Podría haber razonado de manera muy similar a como lo hacen los hombres de hoy, diciéndose que esta revelación era tan sólo un sueño, que estaba muy excitado cuando formuló ese voto y por tanto no necesitaba cumplirlo; pero no obró así.

Transcurrieron largos años antes que Jacob se atreviera a volver a su país; pero cuando lo hizo, cumplió fielmente su deuda para con su Señor. Había llegado a ser rico, y una suma muy grande de sus propiedades pasó a la tesorería del Señor.

En nuestra época, muchos fracasan donde Jacob tuvo éxito. Aquellos a quienes Dios concedió más riquezas se inclinan con (458) más intensidad a retener lo que tienen, porque deben dar una suma proporcional a su propiedad. Jacob dio el diezmo de todo lo que tenía y luego, reconociendo que antes lo había empleado para su uso personal, dio al Señor el beneficio de lo que había usado para sí durante el tiempo que había estado en un país pagano y no podía pagar su voto. Esto sumaba una cantidad elevada, pero no vaciló; no consideraba suyo, sino como del Señor, lo que había consagrado a Dios.

Según la cantidad concedida será la requerida. Cuanto mayor sea el capital confiado, más valioso es el don que Dios requiere que se le devuelva. Si un cristiano tiene diez o veinte mil dólares, las exigencias de Dios son imperativas para él, no sólo en cuanto a dar la proporción de acuerdo con el sistema del diezmo, sino en cuanto a presentar sus ofrendas por el pecado y agradecimiento a Dios. La dispensación levítica se distinguía de una manera notable por la santificación de la propiedad. Cuando hablamos del diezmo como norma de las contribuciones judaicas a los propósitos religiosos, no lo hacemos con pleno conocimiento de causa. El Señor mantenía sus requerimientos por encima de todo lo demás, y en casi todo hacía que los israelitas se acordaran de su Dador, pidiéndoles que le devolviesen algo. Se les pedía que pagasen rescate por su primogénito, por las primicias de sus rebaños y por las primeras gavillas de su mies. Se les requería que dejasen las esquinas de sus campos para los indigentes. Cuanto caía de su mano al segar debía quedar para los pobres, y una vez cada siete años debían dejar que las tierras produjesen espontáneamente para los menesterosos. Luego, había ofrendas de sacrificio, ofrendas por el pecado, y la remisión de todas las deudas cada séptimo año. Había también numerosos gastos destinados a la hospitalidad y los donativos para los pobres, y además, pesadas contribuciones sobre las propiedades.

En épocas fijas, a fin de conservar la integridad de la ley, se le preguntaba al pueblo si había cumplido fielmente sus votos o no. Unos pocos, de conciencia sensible, devolvían a Dios alrededor de la tercera parte de todos sus ingresos para beneficio de los intereses religiosos y para los pobres. Estas exigencias no se hacían a una clase particular de gente, sino a todos, siendo lo requerido (459) proporcional a la

cantidad que se poseía. Además de todos estos donativos sistemáticos y regulares, había objetos especiales que exigían ofrendas voluntarias, como cuando se edificó el tabernáculo en el desierto, y el templo en Jerusalén. Dios hacía esas substracciones tanto para beneficiar al pueblo mismo como para sostener el servicio del culto.

Entre nuestro pueblo debe haber un despertar acerca de este asunto. Son sólo pocos los hombres que sienten remordimiento de conciencia si descuidan su deber en cuanto a la beneficencia. Muy pocos sienten remordimiento de alma por robar diariamente a Dios. Si un cristiano, deliberada o accidentalmente, paga a su vecino menos de lo que le debe o se niega a cancelar una deuda honorable, su conciencia lo perturbará, a menos que esté cauterizada; no podrá descansar aun cuando nadie sepa del asunto sino él. Hay muchos votos descuidados y promesas que no han sido pagadas, y sin embargo, cuán pocos afligen sus ánimos pensando en el asunto; cuán pocos sienten la culpabilidad de esta violación de sus deberes. Debemos sentir nuevas y más profundas convicciones al respecto. La conciencia debe ser despertada, y el asunto debe recibir sincera atención, porque habrá que dar cuenta de ello a Dios en el último día, y sus exigencias han de ser cumplidas.

Las responsabilidades del negociante cristiano, por grande o pequeño que sea su capital, estarán en exacta proporción con los dones que haya recibido de Dios. El engaño de las riquezas ha arruinado a millares y decenas de millares. Estos ricos se olvidan de que son mayordomos y de que se acerca rápidamente el día en que se les dirá: "Da cuenta de tu mayordomía" (Luc. 16:2). Según se demuestra en la parábola de los talentos, cada uno es responsable del sabio empleo de los dones que le han sido concedidos. El pobre de la parábola, por haber recibido el don menor, sentía menos responsabilidad y no empleó el talento a él confiado; por lo tanto fue echado a las tinieblas de afuera.

Dijo Cristo: "¡Cuán difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas!" (Mar. 10:24). Y sus discípulos se quedaron asombrados de su doctrina. Cuando un ministro que ha trabajado con éxito en ganar almas para Jesucristo abandona su obra sagrada para obtener ganancias temporales, se le llama (460) apóstata y habrá de dar cuenta a Dios por los talentos a los cuales dio mala aplicación. Cuando hombres de diferentes vocaciones: agricultores, mecánicos, abogados, etc., se hacen miembros de la iglesia, vienen a ser siervos de Cristo; y aunque sus talentos sean completamente diferentes, su responsabilidad en cuanto a hacer progresar la causa de Dios por el esfuerzo personal y con sus recursos, no es menor que la que descansa sobre el predicador. El ay que caerá sobre el ministro si no predica el evangelio, caerá tan seguramente sobre el negociante, si él, con sus diferentes talentos, no coopera con Cristo en lograr los mismos resultados. Cuando se le presente esto a cada individuo, algunos dirán: "Dura es esta palabra" (Juan 6:60); sin embargo, es veraz aunque sea contradicha continuamente por la práctica de hombres que profesan seguir a Cristo.

Dios proveyó pan para su pueblo en el desierto mediante un milagro de misericordia, y podría haber provisto todo lo necesario para el servicio religioso, pero no lo hizo, porque en su infinita sabiduría veía que la disciplina moral de su pueblo dependía de su cooperación con él, de que cada uno de ellos hiciese algo. A medida que la verdad vaya progresando, pesarán sobre los hombres las exigencias de Dios respecto a dar de lo que les ha confiado con este mismo fin. Dios, el Creador del hombre, al instituir el plan de la benevolencia sistemática, ha distribuido el peso de la obra igualmente sobre todos según sus diversas capacidades. Cada uno ha de ser su propio asesor, y se le deja dar según se propone en su corazón. Pero hay algunos que son culpables del mismo pecado que cometieron Ananías y Safira, pues piensan que si retienen una porción de lo que Dios pide en el sistema del diezmo, los hermanos no lo sabrán nunca. Así pensaba la pareja culpable cuyo ejemplo se nos da como advertencia. En este caso Dios demostró que escudriña el corazón. No pueden ocultársele los motivos y propósitos del hombre. Dejó a los cristianos de todas las épocas una amonestación perpetua a precaverse del pecado al cual los corazones humanos están continuamente inclinados.

Aunque no hayan ahora indicios visibles del desagrado de Dios a la repetición del pecado de Ananías y Safira, éste es igualmente odioso a su vista, y el transgresor será castigado con toda seguridad (461) en

el día del juicio; y muchos sentirán la maldición de Dios aun en esta vida. Cuando se hace una promesa a la causa, es un voto hecho a Dios y debe ser cumplido como cosa sagrada. A la vista de Dios, no es menos que un sacrilegio el apropiarnos para nuestro uso particular de lo que una vez fue prometido para fomentar su obra sagrada.

Cuando se ha hecho, en presencia de nuestros hermanos, la promesa verbal o escrita de dar cierta cantidad, ellos son los testigos visibles de un contrato formalizado entre nosotros y Dios. La promesa no se hace al hombre, sino a Dios, y es como un pagaré dado a un vecino. Ninguna obligación legal tiene más fuerza para el cristiano en cuanto al desembolso de dinero, que una promesa hecha a Dios.

Las personas que hacen tales promesas a sus semejantes, no piensan generalmente en pedir que se los libre de sus compromisos. Un voto hecho a Dios, el Dador de todos los favores, es de importancia aun mayor; por lo tanto, ¿por qué habríamos de quedar libres de nuestros votos a Dios? ¿Considerará el hombre su promesa como de menos fuerza porque ha sido hecha a Dios? Por el hecho de que su voto no será llevado a los tribunales, ¿es menos válido? ¿Habrá de robara Dios un hombre que profesa ser salvado por la sangre del infinito sacrificio de Jesucristo? ¿No resultan sus votos y sus actos pesados en las balanzas de justicia de los ángeles celestiales?

Cada uno de nosotros tiene un caso pendiente en el tribunal del cielo. ¿Inclinará nuestra conducta la balanza de las evidencias contra nosotros? El caso de Ananías y Safira era de lo más grave. Al retener parte del precio, mintieron al Espíritu Santo. Del mismo modo, la culpa pesa proporcionalmente sobre cada individuo que cometa ofensas semejantes. Cuando los corazones de los hombres han sido enternecidos por la presencia del Espíritu de Dios, son más sensibles a las impresiones del Espíritu Santo, y se resuelven a negarse a sí mismos y sacrificarse por la causa de Dios. Al brillar la divina luz en las cámaras de la mente con claridad y fuerza inusitadas, es cuando los sentimientos del hombre natural quedan vencidos y el egoísmo pierde su poder sobre el corazón y se despiertan los deseos de imitar al Modelo, Jesucristo, en la práctica (462) de la abnegación y la generosidad. La disposición del hombre naturalmente egoísta se impregna entonces de bondad y compasión hacia los pecadores perdidos, y él formula una solemne promesa a Dios como la hicieron Abrahán y Jacob. En tales ocasiones los ángeles celestiales están presentes. El amor hacia Dios y las almas triunfa sobre el egoísmo y el amor al mundo. Esto sucede especialmente cuando el predicador, con el Espíritu y el poder de Dios, presenta el plan de redención, trazado por la Majestad celestial en el sacrificio de la cruz. Por los siguientes pasajes podemos ver cómo Dios considera el asunto de los votos:

"Habló Moisés a los príncipes de las tribus de los hijos de Israel, diciendo: 'Esto es lo que Jehová ha mandado. Cuando alguno hiciere voto a Jehová, o hiciere juramento ligando su alma con obligación, no quebrantará su palabra; hará conforme a todo lo que salió de su boca'" (Núm. 30:1, 2). %o dejes que tu boca te haga pecar, ni digas delante del ángel, que fue ignorancia. ¿Por qué harás que Dios se enoje a causa de tu voz, y que destruya la obra de tus manos?" (Ecle. 5:6). "Entraré en tu casa con holocaustos; te pagaré mis votos, que pronunciaron mis labios y habló mi boca, cuando estaba angustiado" (Salmo 66:13-14). "Lazo es al hombre hacer apresuradamente voto de consagración, Y después de hacerlo, reflexionar" (Prov. 20:25). "Cuando haces voto a Jehová tu Dios, no tardes en pagarlo; porque ciertamente lo demandará Jehová tu Dios de ti, y sería pecado en ti. Mas cuando te abstengas de prometer, no habrá en ti pecado. Pero lo que hubiere salido de tus labios, lo guardarás y lo cumplirás, conforme lo prometiste a Jehová tu Dios, pagando la ofrenda voluntaria que prometiste con tu boca" (Deut. 23:21-23).

"Prometed, y pagad a Jehová vuestro Dios; Todos los que están alrededor de él, traigan ofrendas al Temible" (Salmo 76:11). "Y vosotros lo habéis profanado cuando decís: Inmunda es la mesa de Jehová, y cuando decís que su alimento es despreciable. Habéis además dicho: ¡Oh, qué fastidio es esto! y me despreciáis, dice Jehová de los ejércitos; y trajisteis lo hurtado, o cojo, o enfermo, y presentasteis ofrenda. ¿Aceptaré yo eso de vuestra mano? dice Jehová. Maldito el que engaña, el que teniendo

machos en su rebaño, promete, y sacrifica a Jehová lo dañado. Porque yo soy Gran (463) Rey, dice Jehová de los ejércitos, y mi nombre es temible entre las naciones" (Mal. 1:12-14).

"Cuando a Dios haces promesa, no tardes en cumplirla; porque él no se complace en los insensatos. Cumple lo que prometes. Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas" (Ecle. 5:4-5).

Dios le ha dado al hombre algo que hacer para que logre la salvación de sus semejantes. Puede obrar en relación con Cristo haciendo actos de misericordia y de beneficencia. Pero no puede redimirlos porque es incapaz de satisfacer las exigencias de la justicia insultada. Esto lo pudo hacer sólo el Hijo de Dios, poniendo a un lado su honra y gloria, revistiendo de humanidad su divinidad, y viniendo a la tierra para humillarse y derramar su sangre en favor de la familia humana.

Al comisionar a sus discípulos para que fuesen "por todo el mundo" a predicar "el evangelio a toda criatura", Cristo encomendó a los hombres la obra de difundir las buenas nuevas. Pero mientras algunos salen a predicar, invita a otros a que satisfagan sus demandas en cuanto a los diezmos y ofrendas con que sostener el ministerio y difundir la verdad en forma impresa por toda la tierra. Tal es el medio que Dios tiene para exaltar al hombre, es precisamente la obra que él necesita, pues conmoverá las más profundas entrañas de su corazón y ejercitará su más alta capacidad mental.

Toda cosa buena de la tierra fue puesta aquí por la mano bondadosa de Dios, como expresión de su amor hacia el hombre. Los pobres son suyos, como lo es la causa de la religión. El ha puesto recursos en manos de los hombres para que sus dones divinos fluyan por conductos humanos y hagan la obra que nos ha sido señalada en cuanto a salvara nuestros semejantes. Cada uno tiene su obra asignada en el gran campo; sin embargo, nadie debe concebir la idea de que Dios depende del hombre. El podría decir una palabra y enriquecer a cada hijo de la pobreza. En un momento podría sanar al género humano de todas sus enfermedades. Podría prescindir completamente de los ministros y hacer a los ángeles embajadores de su verdad. Podría haber escrito la verdad en el firmamento o haberla impreso en las hojas de los árboles y las (464) flores del campo; o podría haberla proclamado desde el cielo con voz audible. Pero el Dios omnisciente no eligió ninguno de esos métodos. Sabía que el hombre debía tener algo que hacer a fin de que la vida le resultara una bendición. El oro y la plata son del Señor, y él podría hacerlos llover del cielo si quisiera, pero en vez de esto ha hecho al hombre su mayordomo y le ha confiado recursos, no para que los atesore, sino para que los use beneficiando a otros. De este modo convierte al hombre en el medio por el cual distribuye sus bendiciones en la tierra. Dios ideó el sistema de la beneficencia a fin de que el hombre pudiese llegar a ser generoso y abnegado como su Creador y al fin recibir de él la recompensa eterna y gloriosa.

Dios obra por medio de instrumentos humanos; y quienquiera que despierte la conciencia de los hombres y los induzca a realizar buenas obras y a tener real interés en el adelantamiento de la causa de la verdad, no lo hace de sí mismo, sino por el Espíritu de Dios que obra en él. Las promesas hechas en tales circunstancias tienen un carácter sagrado, por ser el fruto de la obra del Espíritu de Dios. Cuando estas promesas se saldan, el Cielo acepta la ofrenda, y a estos obreros generosos se les acredita ese tesoro invertido en el banco del cielo. Los tales están echando buen fundamento para el tiempo venidero, y echan mano de la vida eterna.

Pero cuando la presencia inmediata del Espíritu de Dios no se siente tan vívidamente, y la mente se preocupa por las cosas temporales de la vida, entonces algunos se sienten tentados a dudar de la fuerza de la obligación que asumieron voluntariamente; y, cediendo a las sugestiones de Satanás, razonan que se ejerció una presión indebida sobre ellos, y que obraron bajo el entusiasmo del momento; que la necesidad de recursos para la causa de Dios fue exagerada; y que se los indujo a prometer bajo falsos motivos, sin comprender plenamente el asunto, y por lo tanto quieren que se les libre del compromiso. ¿Tienen los ministros poder para aceptar sus excusas, y decir: %o se os obligará a cumplir vuestra promesa; quedáis libres de vuestro voto"? Si acaso lo hiciesen, se hacen partícipes del pecado del que retiene su donativo.

De todos nuestros ingresos debemos primero dar a Dios lo suyo. En el sistema de beneficencia ordenado a los judíos, se les (465) requería que trajesen al Señor las primicias de todos sus dones, ya fuese en el aumento de sus rebaños, o en el producto de sus campos, huertos y viñas; o bien habían de redimirlo substituyéndolo por un equivalente. ¡Cuán cambiado es el orden de las cosas en nuestra época! Los requisitos y las exigencias del Señor, si reciben atención alguna, quedan para lo último. Sin embargo nuestra obra necesita diez veces más recursos ahora que los necesitados por los judíos. La gran comisión dada a los apóstoles fue de ir por todo el mundo y predicar el evangelio. Esto muestra la extensión de la obra y el aumento de la responsabilidad que descansa sobre los que siguen a Cristo en nuestra época. Si la ley requería diezmos y ofrendas hace miles de años, ¡cuánto más esenciales son ahora! Si en la economía judaica, tanto los ricos como los pobres habían de dar cantidades proporcionales a los bienes que poseían, ello es doblemente esencial ahora.

La mayor parte de los que profesan ser cristianos se separan de sus recursos de muy mala gana. Muchos de ellos no dan ni una vigésima parte de sus ingresos a Dios, y numerosos son los que dan aún menos que esto; mientras que hay una numerosa clase que roba a Dios el poco diezmo que le pertenece, y otros que dan solamente el diezmo. Si todos los diezmos de nuestro pueblo fluyesen a la tesorería del Señor como debieran, se recibirían tantas bendiciones que los dones y ofrendas para los propósitos sagrados quedarían multiplicados diez veces y así se mantendría abierto el conducto entre Dios y el hombre. Los que siguen a Cristo no deben aguardar para obrar hasta que los despierten los conmovedores llamados misioneros. Si están espiritualmente despiertos oirán en los ingresos de cada semana, sean pocos o muchos, la voz de Dios y de la conciencia, que con autoridad les exige las ofrendas y los diezmos debidos al Señor.

No sólo se desean los dones y labores de los que siguen a Cristo, sino que en cierto sentido son indispensables. Todo el Cielo está interesado en la salvación del hombre y aguarda que los hombres se interesen en su propia salvación y en la de sus semejantes. Todas las cosas están listas, pero la iglesia está aparentemente hechizada. Cuando sus miembros despierten, y pongan sus oraciones, sus riquezas y todas sus energías y recursos a los pies de Jesús, la (466) causa de la verdad triunfará. Los ángeles se asombran de que los cristianos hagan tan poco cuando Jesús les ha dado tal ejemplo, no rehuyendo la muerte ignominiosa. Les asombra que cuando los que profesan ser cristianos entran en contacto con el egoísmo del mundo, no retroceden a sus estrechas miras y motivos egoístas.

Uno de los mayores pecados del mundo cristiano moderno lo constituye la hipocresía y la codicia al tratar con Dios. Hay un creciente descuido de parte de muchos respecto de cumplir con sus promesas a las diversas instituciones y empresas religiosas. Muchos consideran el acto de prometer como si no les impusiese obligación de pagar. Si piensan que su dinero les reportará considerable ganancia invertido en bonos bancarios o en mercaderías, o si hay, relacionadas con la institución a la cual han prometido ayudar, personas que no son de su agrado, se sienten perfectamente libres para emplear los recursos como les place. Esta falta de integridad prevalece bastante extensamente entre los que profesan guardar los mandamientos de Dios y esperar la próxima aparición de su Señor y Salvador.

El plan de la benevolencia sistemática fue ordenado por Dios mismo; pero el pago fiel de lo exigido por Dios es a menudo rehusado o postergado como si las promesas solemnes no tuviesen significado. Porque los miembros de las iglesias descuidan de pagar sus diezmos y cumplir sus compromisos, nuestras instituciones no están libres de trabas. Si todos, ricos y pobres, trajesen sus diezmos al alfolí, habría abundante provisión de recursos para aliviar la causa de trabas financieras y para llevara cabo noblemente la obra misionera en sus diversos departamentos. Dios invita a todos los que creen la verdad a devolverle lo suyo. Los que han pensado que retener lo que pertenece a Dios es ganancia, experimentarán finalmente su maldición como resultado de su robo al Señor. Nada que no sea la completa incapacidad de pagar puede disculparnos por descuidar de satisfacer prontamente nuestras obligaciones con el Señor. La indiferencia en este asunto demuestra que se está en ceguera y engaño y se es indigno del nombre de cristiano.

Una iglesia es responsable de las promesas hechas por sus miembros individualmente. Si ve que algún hermano descuida el cumplimiento de sus votos, debe trabajar con él bondadosa pero (467) abiertamente. Si está en circunstancias tales que le resulta imposible pagarlo, si es un miembro digno, de corazón voluntario, entonces ayúdele compasivamente la iglesia. Así pueden sus miembros salvar la dificultad y recibir ellos mismos una bendición.
Dios quiere que los miembros de su iglesia consideren que sus obligaciones hacia él son tan válidas como sus deudas con el negociante o el mercado. Repase cada uno su vida y vea si hay promesas que no han sido pagadas ni redimidas por descuido y luego haga esfuerzos extraordinarios para pagar hasta "la última blanca" (Luc. 12:59); porque todos habremos de hacer frente al arreglo final de un tribunal cuya prueba podrán soportar sólo quienes hayan sido íntegros y veraces. (468)

LOS TESTAMENTOS Y LEGADOS.-
"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan" (Mat. 6:19-20). El egoísmo es un pecado destructor del alma. Bajo este encabezamiento se incluye la codicia, o avaricia, que es idolatría. Todas las cosas pertenecen a Dios. Toda la prosperidad de que disfrutamos es resultado de la beneficencia divina. Dios es el grande y bondadoso Dador. Si él requiere alguna parte de la provisión generosa que nos ha concedido, no es para enriquecerse con nuestros dones, porque él nada necesita de nuestra mano; sino que es para que tengamos oportunidad de practicar la abnegación, el amor y el interés hacia nuestros semejantes, y así seamos sumamente exaltados. En toda dispensación, desde el tiempo de Adán hasta el nuestro, Dios ha exigido la propiedad del hombre, diciendo: "Yo soy el dueño legítimo del universo; por lo tanto conságrame tus primicias, trae un tributo de lealtad, entrégame lo mío, reconociendo así mi soberanía, y quedarás libre para retener y disfrutar mis bondades, y mi bendición estará contigo". "Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos" (Prov. 19).
Los requerimientos de Dios ocupan el primer lugar. No estamos haciendo su voluntad si le consagramos lo que queda de nuestros ingresos después que han sido suplidas todas nuestras necesidades imaginarias. Antes de consumir cualquier parte de nuestras ganancias, debemos sacar y presentar a Dios la porción que él exige. En la antigua dispensación, se mantenía siempre ardiendo sobre el altar una ofrenda de gratitud, para demostrar así la infinita obligación del hombre hacia Dios. Si nuestros negocios seculares prosperan, ello se debe a que Dios nos bendice. Una parte de estos ingresos debe consagrarse a los pobres, y una gran porción debe dedicarse a la causa de Dios. Cuando se le devuelve a Dios lo que él pide, el resto será santificado y bendecido para nuestro propio uso. Pero cuando un hombre roba a Dios reteniendo lo que él requiere, su maldición recae sobre el conjunto. (469)
Dios ha hecho que los hombres sean conductos por medio de los cuales sus dones deben fluir, para sostener la obra que él quiere que se lleve a cabo en el mundo. Él les ha dado propiedades para que las empleen sabiamente, no para que las atesoren egoístamente o las malgasten en lujos y en la complacencia propia, sea en vestidos o en el embellecimiento de sus casas. Les ha confiado recursos con que sostener a sus siervos en sus labores como predicadores y misioneros, y para sostener las instituciones que él ha establecido entre nosotros. Los que se regocijan en la preciosa luz de la verdad deben sentir un ardiente deseo de que se la difunda por doquiera. Hay algunos pocos fieles portaestandartes que nunca rehuyen el deber o las responsabilidades. Sus corazones y bolsillos están siempre abiertos a todo pedido de recursos para adelantar la causa de Dios. A la verdad, algunos parecen listos a sobrepasar su deber, como si temiesen perder la oportunidad de invertir su porción en el banco del cielo. Hay otros que harán lo menos que puedan. Atesoran sus recursos, o malgastan medios en su propia persona, dando a regañadientes una ofrenda escasa para sostener la causa de Dios. Si hacen una promesa a Dios, se arrepienten luego y evitan su pago mientras pueden, si no dejan de

pagarla por completo. Disminuyen el diezmo tanto como pueden como si temiesen que lo devuelto a Dios se perdiera. Nuestras diversas instituciones pueden estar abrumadas por falta de recursos, pero estas personas obran como sino les importara que prosperen o no. Sin embargo, dichas instituciones son instrumentos de Dios para iluminar al mundo.

Estas instituciones no han recibido, como otras por el estilo, asignaciones o legados; sin embargo Dios las ha prosperado y bendecido grandemente y las ha convertido en medios de grandes beneficios. Hay entre nosotros ancianos cuyo tiempo de gracia se acerca a su fin; pero por falta de hombres que estén alerta y aseguren para la causa de Dios los recursos que poseen, éstos pasan a las manos de los que sirven a Satanás. Estos recursos sólo les fueron prestados por Dios para que se los devolviesen; pero en nueve casos de cada diez, estos hermanos, cuando están por desaparecer del escenario de acción, disponen de la propiedad de Dios de una manera que no le puede glorificar, porque ni un solo peso llegará (470) jamás a la tesorería del Señor. En algunos casos, estos hermanos aparentemente buenos tuvieron consejeros que no eran consagrados, quienes los aconsejaron desde su punto de vista, y no según el parecer de Dios. Con frecuencia se legan propiedades a hijos y nietos para perjuicio suyo solamente. Ellos no sienten amor hacia Dios ni hacia la verdad, y por lo tanto estos recursos, que son todos del Señor, pasan a las filas de Satanás para ser manejados por él. Este es mucho más vigilante, avizor y hábil que nuestros hermanos en lo que se refiere a idear medios para asegurarse los recursos del Señor para su causa. Algunos testamentos se hacen de manera tan precaria que no resisten la prueba de la ley, y así se han perdido para la causa miles de pesos. Nuestros hermanos deben considerar que sobre ellos, como fieles siervos en la causa de Dios, descansa la responsabilidad de ejercitar su intelecto, respecto de este asunto, y asegurar para el Señor lo que le pertenece.

Muchos manifiestan una delicadeza innecesaria al respecto. Creen que están pisando en terreno prohibido cuando introducen el tema de la propiedad al conversar con ancianos e inválidos, a fin de saber cómo piensan disponer de ella. Pero este deber es tan sagrado como el de predicar la Palabra para salvar almas. He aquí, por ejemplo, un hombre que tiene dinero o propiedades de Dios en sus manos. Está por cambiar su mayordomía. Los recursos que Dios le prestó para que fueran usados en su causa, ¿los colocará en las manos de hombres perversos, sólo porque son parientes suyos? ¿No sentirán interés y ansiedad los cristianos por el bienestar futuro de este hombre tanto como por el interés de la causa de Dios, para que disponga debidamente del dinero de su Señor, de los talentos que le fueron prestados para que los aprovechase sabiamente? ¿Permanecerán impasibles sus hermanos, y le verán perder su asidero en esta vida, robando al mismo tiempo a la tesorería de Dios? Esto sería una terrible pérdida para él y para la causa, porque, al colocar sus recursos en las manos de aquellos que no tienen consideración por la verdad de Dios, estaría, por así decirlo, envolviendo ese talento en un pañuelo para enterrarlo.

El Señor quiere que los que le siguen dispongan de sus recursos mientras pueden hacerlo ellos mismos. Algunos preguntarán: "¿Debemos despojarnos realmente a nosotros mismos de todo (471) lo que llamamos nuestro?" Tal vez no se nos exija esto ahora; pero debemos estar dispuestos a hacerlo por amor a Cristo. Debemos reconocer que nuestras posesiones son absolutamente suyas, y hemos de usarlas generosamente siempre que se necesiten recursos para adelantar su causa. Algunos cierran sus oídos cuando se pide dinero que se ha de emplear en enviar misioneros a países extranjeros, y en publicar la verdad y diseminarla por todo el mundo como caen hojas de los árboles en el otoño. Los tales disculpan su codicia informándonos de que han hecho arreglos para hacer obras caridad después de su muerte. Han considerado la causa de Dios en sus testamentos. Por tanto, viven una vida de avaricia robando a Dios en los diezmos y las ofrendas, y en sus testamentos devuelven a Dios tan sólo una pequeña porción de lo que él les ha prestado, mientras asignan una gran parte a parientes que no tienen interés alguno en la verdad. Esta es la peor clase de robo. Roban a Dios lo que le deben, no sólo durante toda su vida, sino también al morir.

Es completa insensatez posponer la preparación para la vida futura hasta llegar casi a la última hora de la actual. Es también un grave error postergar la respuesta a las exigencias de Dios en cuanto a la generosidad debida a su causa hasta el tiempo de transferir la mayordomía a otros. Aquellos a quienes confiáis vuestros recursos pueden no manejarlos tan bien como vosotros. ¿Cómo se atreven los ricos a correr tan grandes riesgos? Los que aguardan hasta el momento de morir para disponer de su propiedad, la entregan a la muerte más bien que a Dios. Al hacerlo así, muchos están obrando en forma directamente contraria al plan de Dios bosquejado claramente en su Palabra. Si ellos quieren hacer bien, deben aprovechar los áureos momentos actuales y trabajar con toda su fuerza, temiendo perder la oportunidad favorable.

Los que descuidan un deber conocido, no contestando a los requerimientos que Dios les hace en esta vida, y calman su conciencia calculando hacer sus testamentos cuando estén por morir, no oirán palabras de elogio del Maestro ni tampoco recibirán recompensa. No practicaron la abnegación, sino que retuvieron egoístamente sus recursos tanto como pudieron, entregándolos únicamente cuando la muerte los requirió. Aquello que muchos se (472) proponen postergar hasta que estén por morir, si fuesen verdaderos cristianos lo harían mientras están gozando plenamente de la vida. Se consagrarían ellos mismos y su propiedad a Dios, y mientras actuasen como mayordomos suyos tendrían la satisfacción de cumplir su deber. Haciéndose sus propios ejecutores, satisfarían los requerimientos de Dios ellos mismos antes de pasar la responsabilidad a otros. Debemos considerarnos administradores de la propiedad del Señor, y tener a Dios como el propietario supremo, a quien debemos devolver lo suyo cuando lo requiera. Cuando venga para recibir lo suyo con interés, los codiciosos verán que en vez de multiplicar los talentos que se les confiaron, atrajeron sobre sí mismos la maldición pronunciada sobre el siervo inútil.

El Señor quiere que la muerte de sus siervos sea considerada como una pérdida, por causa de la influencia benéfica que ejercieron y las muchas ofrendas voluntarias que dieron para alimentar la tesorería de Dios. Los legados que se dejan al morir son un mísero substituto de la benevolencia que uno podría hacer mientras vive. En verdad, los siervos de Dios deben hacer sus testamentos cada día en buenas obras y ofrendas generosas a Dios. No deben permitir que la cantidad dada a Dios sea desproporcionadamente pequeña cuando se la compara con la cantidad dedicada a su propio uso. Al hacer así su testamento diariamente, recordarán aquellos objetos y amigos que ocupan el mayor lugar en sus afectos. Su mejor amigo es Jesús. El no les privó de su propia vida, sino que por amor a ellos se hizo pobre, a fin de que por su pobreza fuesen enriquecidos. Merece todo el corazón, toda la propiedad, todo lo que ellos tienen y son. Pero muchos de los que profesan ser cristianos postergan los requerimientos de Jesús en la vida, y le insultan dejándole una mínima donación al morir. Recuerden todos los que pertenecen a esta clase que este robo a Dios no es una acción impulsiva sino un plan bien considerado, en cuyo prefacio dicen: "En pleno goce de mis facultades". Después de haber defraudado la causa de Dios en vida, perpetúan el fraude después de muertos, y esto con el pleno consentimiento de sus facultades mentales. Un testamento tal es lo que muchos se conforman con tener por almohada mortuoria. Su testamento es parte de su preparación para la muerte, y está preparado de manera que sus posesiones no (473) perturben sus horas finales. ¿Pueden los tales pensar con placer en lo que se requerirá de ellos cuando hayan de dar cuenta de su mayordomía?

Debemos todos ser ricos en buenas obras en esta vida, si queremos obtener la vida futura e inmortal. Cuando el juicio sesione, y los libros se abran, cada uno será recompensado según sus obras. Hay matriculados en el registro de la iglesia, muchos nombres al frente de los cuales está anotado el robo en el libro mayor del cielo. Y a menos que esas personas se arrepientan y obren por el Maestro con generosidad desinteresada, participarán ciertamente de la condenación del mayordomo infiel.

Sucede con frecuencia que un activo negociante muere repentinamente, y al examinar sus negocios se los encuentra muy enredados. Cuando se procura poner sus cosas en orden, los honorarios de los abogados consumen gran parte de la propiedad, si no toda, mientras que su esposa e hijos y la causa de

Cristo quedan despojados. Los que son fieles mayordomos de los recursos del Señor, conocerán exactamente la situación de sus negocios, y como hombres prudentes estarán preparados para cualquier emergencia. Si hubiese de terminar repentinamente su tiempo de gracia, no dejarían en una perplejidad tan grande a aquellos que se viesen en la necesidad de ordenar sus bienes.

Muchos no se preocupan de hacer su testamento mientras gozan aparentemente de salud. Pero nuestros hermanos debieran tomar esa precaución; debieran conocer su situación financiera y no dejar que sus negocios se enreden. Deben ordenar su propiedad de manera que puedan dejarla en cualquier momento. Los testamentos deben hacerse de una manera que resistan la prueba de la ley. Después de haber sido formulados, pueden permanecer durante años, y no causar ningún perjuicio, aunque se continúe haciendo donativos de vez en cuando, según la causa los necesite. La muerte no llegará un día más temprano, hermanos, porque hayáis hecho vuestro testamento. Al legar vuestra propiedad por testamento a vuestros parientes, cuidad de no olvidar la causa de Dios. Sois sus agentes, conservadores de su propiedad; y debéis considerar primero sus requerimientos. Vuestra esposa y vuestros hijos no han de ser dejados en la indigencia; debéis proveer (474) para ellos, si lo necesitan. Pero no introduzcáis en vuestro testamento, simplemente porque es costumbre hacerlo, una larga lista de parientes que no sufren necesidad.

Téngase siempre presente que el egoísta sistema actual de disponer de la propiedad no es un plan ideado por Dios, sino por el hombre. Los cristianos deben ser reformadores y romper el sistema actual, dando un aspecto completamente nuevo a la elaboración de los testamentos. Téngase también presente la idea de que es la propiedad del Señor la que estamos manejando. La voluntad del Señor en este asunto es ley. Si un hombre os hubiese hecho albaceas suyos, ¿no estudiaríais detenidamente la voluntad del testador, para que ni siquiera la más pequeña cantidad recibiese mala aplicación? Vuestro Amigo celestial os ha confiado una propiedad, y os ha indicado su voluntad acerca de cómo debe usarse. Si se estudia esta voluntad con corazón abnegado, lo que pertenece a Dios no se empleará para malos fines. La causa del Señor ha sido vergonzosamente descuidada, cuando él ha otorgado a ciertos hombres recursos suficientes para satisfacer toda emergencia y éstos no tienen corazones agradecidos y obedientes.

Los que hacen testamento no deben pensar que habiendo hecho esto no tienen ya ningún deber; sino que, por el contrario, deben estar trabajando constantemente, usando los talentos que se les han confiado para fortalecer la causa de Dios. El ha ideado planes para que todos puedan trabajar inteligentemente en la distribución de sus recursos. No se propone sostener su obra mediante milagros. Tiene unos pocos mayordomos fieles que economizan y usan sus recursos para adelantar su causa. En vez de ser la abnegación y la generosidad una excepción, debieran ser la regla. Las crecientes necesidades de la causa de Dios requieren recursos. Constantemente llegan pedidos de hombres de nuestro país y del extranjero para solicitar que vayan mensajeros con la luz y la verdad. Esto requerirá más obreros y recursos para sostenerlos.

Fluyen a la tesorería del Señor muy pocos recursos para ser dedicados a la salvación de las almas, y eso mismo se consigue tras arduo trabajo. Si se pudiesen abrir los ojos de todos para que vieran cómo la codicia prevaleciente ha impedido el adelanto de la obra de Dios, y cuánto más podría haberse hecho si todos hubiesen (475) seguido el plan de Dios en los diezmos y las ofrendas, muchos se reformarían, porque no se atreverían a estorbar el progreso de la causa de Dios como lo han hecho. La iglesia no se da cuenta de la obra que podría hacer si lo entregase todo para Cristo. Un verdadero espíritu de abnegación seria un argumento en favor de la realidad y el poder del Evangelio que el mundo no podría contradecir ni interpretar falsamente, y abundantes bendiciones se derramarían sobre la iglesia.

Invito a nuestros hermanos a dejar de robar a Dios. Algunos están en una situación tal que deben hacer sus testamentos. Pero al hacerlos, deben tener cuidado de no dar a sus hijos e hijas recursos que deberían fluir a la tesorería de Dios. Estos testamentos son con frecuencia motivos de rencillas y disensiones. Para alabanza de los hijos de Dios en la antigüedad, se registra que él no se avergonzaba

de ser llamado su Dios; y la razón dada es que en vez de buscar y codiciar egoístamente las posesiones terrenales, o buscar su felicidad en los placeres mundanales, se colocaban ellos mismos y todo lo que tenían en las manos de Dios. Vivían sólo para su gloria, declarando abiertamente que buscaban una patria mejor, a saber, la celestial. Dios no se avergonzaba de un pueblo tal. No le deshonraba a los ojos del mundo. La Majestad del cielo no se avergonzaba de llamarlos hermanos.

Son muchos los que insisten en que no pueden hacer más para la causa de Dios de lo que hacen ahora; pero no dan según su capacidad. El Señor abre a veces los ojos cegados por el egoísmo, reduciendo simplemente sus ingresos a la cantidad que están dispuestos a dar. Se encuentran caballos muertos en el campo o el establo; el fuego destruye casas o granjas, o fracasan las cosechas. En muchos casos, Dios prueba al hombre con bendiciones, y si manifiesta infidelidad al devolverle los diezmos y las ofrendas, retira su bendición. “El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará" (2 Cor. 9:6). A vosotros los que seguís a Cristo, os rogamos, por las misericordias de Cristo y las riquezas de su bondad, y por la honra de la verdad y de la religión, que os dediquéis vosotros mismos y vuestras propiedades nuevamente a Dios. En vista del amor y de la compasión de Cristo, que le hicieron descender (476) de los atrios reales para sufrir abnegación, humillación y muerte, pregúntese cada uno: "¿Cuánto debo a mi Señor?" y luego traed vuestras ofrendas de agradecimiento de acuerdo con vuestro aprecio por el gran don del cielo en el amado Hijo de Dios.

Al determinar la proporción que debe darse a la causa de Dios, cuidad de exceder las exigencias del deber más bien que substraer de ellas. Considerad para quién es la ofrenda. Este recuerdo ahuyentará la codicia. Consideremos tan sólo el gran amor con que Cristo nos amó, y nuestras ofrendas más generosas nos parecerán indignas de su aceptación. Cuando Cristo sea el objeto de sus afectos, los que hayan recibido su amor perdonador no se detendrán a calcular el valor del vaso de alabastro ni del precioso ungüento. El codicioso judas podía hacerlo; pero el que haya recibido el don de la salvación, lamentará tan sólo que la ofrenda no tenga más rico perfume y mayor valor. Los cristianos deben considerarse como conductos por medio de los cuales las misericordias y bendiciones han de fluir de la Fuente de toda bondad hacia sus semejantes. Por medio de la conversión de estos últimos pueden enviar al cielo ondas de gloria en las alabanzas y ofrendas de los que han llegado así a ser sus copartícipes del don celestial. (477)

LA RELACIÓN DE LOS MIEMBROS DE IGLESIA.-

Cada hombre que lucha para vencer, tendrá que contender con sus propias debilidades; pero como es mucho más fácil ver las faltas ajenas que las propias, debiera manifestar más diligencia y severidad consigo mismo que con los demás.

Todos los miembros de la iglesia, si son hijos e hijas de Dios, pasarán por un proceso de disciplina antes de poder ser luces en el mundo. Dios no convertirá a los hombres y las mujeres en conductos de luz, mientras estén en las tinieblas y se conformen con permanecer en ellas, sin hacer esfuerzos especiales para relacionarse con la Fuente de la luz. Los que sientan su propia necesidad y se inciten a sí mismos a la reflexión más profunda y a la oración y acción más fervientes y perseverantes, recibirán ayuda divina. Cada uno tiene mucho que desaprender respecto de sí mismo, y también mucho que aprender. Debe deshacerse de antiguas costumbres, y la victoria se puede obtener únicamente mediante empeñosas luchas para corregir estos errores y la plena recepción de la verdad para poner en práctica sus principios, por la gracia de Dios.

Desearía poder hablar palabras que nos convenciesen a todos de que nuestra única esperanza como individuos consiste en relacionarnos con Dios. Debe obtenerse pureza de alma; y debemos escudriñar mucho nuestros corazones y vencer mucha obstinación y amor propio, lo cual requerirá oración ferviente y constante.

Los hombres duros y criticones con frecuencia se disculpan o tratan de justificar su falta de cortesía cristiana porque algunos de los reformadores obraron con un espíritu tal, y sostienen que la obra que debe hacerse en este tiempo requiere el mismo espíritu; pero tal no es el caso. Un espíritu sereno y perfectamente controlado es el que más conviene en cualquier lugar, aun en la compañía de los más toscos. Un celo furioso no hace bien a nadie. Dios no eligió a los reformadores porque eran hombres apasionados e intolerantes. Los aceptó como eran, a pesar de estos rasgos de carácter; pero les habría impuesto responsabilidades diez veces mayores si hubiesen sido de ánimo humilde, si hubiesen sometido su espíritu al dominio de la razón. Aunque los ministros de Cristo (478) deben denunciar el pecado y la impiedad, la impureza y la mentira, aunque son llamados a veces a reprender la iniquidad, tanto entre los encumbrados como entre los humildes, y a mostrarles que la indignación de Dios caerá sobre los transgresores de su ley, no deben ser intolerantes ni tiránicos; deben manifestar bondad y amor, y un espíritu deseoso de salvar más bien que de destruir.

La longanimidad de Jehová enseña inequívocas lecciones de tolerancia y amor a los ministros y a los miembros de la iglesia que aspiran a colaborar con Cristo. Cristo relacionó consigo a Judas y al impulsivo Pedro, no porque Judas fuese codicioso y Pedro apasionado, sino para que pudiesen aprender de él, su gran Maestro, y llegasen a ser como él, abnegados, mansos y humildes de corazón. El vio en ambos hombres buen material. Judas poseía capacidad financiera, que habría sido valiosa para la iglesia si hubiese recibido en su corazón las lecciones que Cristo daba al reprender todo egoísmo, fraude y avaricia, aun en los asuntos pequeños de la vida. Estas lecciones eran repetidas con frecuencia: "El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto" (Luc. 16:10).

Nuestro Salvador trataba de convencer a sus oyentes de que un hombre que se aprovechase de su vecino en el más pequeño detalle, lo haría en asuntos mayores si la oportunidad le fuese favorable. La menor desviación de la rectitud estricta quebranta las vallas y prepara el corazón para hacer mayor injusticia. Por precepto y ejemplo, Cristo enseñó que la más estricta integridad debe gobernar las acciones que ejecutamos al relacionarnos con nuestros semejantes. "Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos" (Mat. 7:12). Cristo estaba continuamente describiendo la vida defectuosa de los fariseos y reprendiéndolos. Ellos profesaban guardar la ley de Dios, mas en sus actos diarios practicaban la iniquidad. Robaban a muchas viudas y huérfanos lo poco que tenían, para satisfacer un avariento deseo de ganancia.

Judas podría haber sacado beneficio de todas estas lecciones si hubiese albergado en su corazón el deseo de ser recto; pero su afán de adquirir riquezas y el amor al dinero llegaron a ser una fuerza que lo dominaba. Llevaba la bolsa que contenía los recursos destinados (479) a llevar a cabo la obra de Cristo, y de vez en cuando se apropiaba de pequeñas sumas para su propio uso. Su corazón egoísta lamentó la ofrenda hecha por María cuando ofreció el vaso de alabastro lleno de ungüento, y la reprendió por su imprudencia. Así, en vez de aprender, quería enseñar e instruir a nuestro Señor acerca de cuál era el verdadero carácter de la acción de María.

Esos dos hombres tuvieron iguales oportunidades de aprender las continuas lecciones del ejemplo de Cristo para corregir los rasgos pecaminosos de su carácter. Mientras oían sus eficaces reprensiones y denuncias contra la hipocresía y la corrupción, veían que los que eran tan terriblemente denunciados eran objeto de la labor solícita e incansable de Cristo para reformarlos. El Salvador lloraba por sus tinieblas y error. Manifestaba anhelos, ilimitada compasión y amor, y exclamó sobre Jerusalén: "¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!" (Mat. 23: 37).

Pedro era celoso y estaba pronto para obrar, audaz e intransigente; y Cristo vio en él material que sería de gran valor para la iglesia. Por lo tanto, relacionó a Pedro consigo a fin de que todo lo que era bueno y valioso pudiera conservarse, y para que, mediante sus lecciones y ejemplos, pudiese suavizar lo que era duro en su temperamento y conducta. Si su corazón se transformaba verdaderamente por la gracia

divina, el cambio se vería en la auténtica bondad, simpatía y cortesía que manifestaría. Jesús no era nunca frío e intratable. Con frecuencia los afligidos penetraban en su retiro cuando él necesitaba refrigerio y descanso; pero; tenía para todos una mirada bondadosa y una palabra alentadora. Era un modelo de verdadera cortesía. Pedro negó a su Señor, pero más tarde se arrepintió y se humilló profundamente por su gran pecado; y Cristo demostró que perdonaba a su discípulo errante al condescender en mencionarlo por nombre después de su resurrección.

Judas cedió a las tentaciones de Satanás y traicionó a su mejor amigo. Pedro aprendió y aprovechó las lecciones de Cristo, y llevó a cabo la obra de reforma que se les encomendó a los discípulos cuando su Señor ascendió al cielo. Estos dos hombres representan las dos clases de personas que Cristo relaciona consigo, dándoles (480) las ventajas de sus lecciones y el ejemplo de su vida abnegada y compasiva a fin de que aprendan de él.

Cuanto más considere el hombre a su Salvador, y llegue a conocerle, tanto más se asemejará a su imagen y hará las obras de Cristo. La época en que vivimos requiere una acción reformadora. La luz de la verdad que resplandece sobre nosotros requiere hombres de acción resuelta y valor moral íntegro, para que trabajen diligente y perseverantemente en la salvación de todos aquellos que quieran oír la invitación del Espíritu de Dios.

El amor que debe existir entre los miembros de la iglesia es con frecuencia reemplazado por críticas y censuras; y éstas se manifiestan hasta en los servicios religiosos, en reproches y severas alusiones personales. Los ministros, los ancianos o los hermanos no deben apoyar estas cosas. Los servicios de la iglesia deben llevarse a cabo con un sincero deseo de glorificar a Dios. Cuando los hombres, con sus peculiaridades, se reúnen en la iglesia, a menos que la verdad de Dios suavice y subyugue los rasgos duros del carácter, aquélla quedará afectada y su paz y armonía serán sacrificadas a causa de estos rasgos egoístas no santificados. Muchos, al tratar de descubrir las faltas de sus hermanos, descuidan la investigación de su propio corazón y la purificación de su propia vida. Esto desagrada a Dios. Cada miembro de la iglesia debe ser celoso de su propia alma y debe vigilar atentamente sus propias acciones, no sea que obre por motivos egoístas y sea una causa de tropiezo para sus hermanos débiles.

Dios toma a los hombres tal como son, con el elemento humano de su carácter, y luego los educa para su servicio si quieren dejarse disciplinar y aprender de él. La raíz de amargura, de envidia, de desconfianza, de celos y aun de odio que existe en el corazón de algunos miembros de la iglesia, es obra de Satanás. Tales elementos tienen una influencia perniciosa sobre la iglesia. "Un poco de levadura leuda toda la masa" (Gál. 5:9). El celo religioso que se manifiesta al acusar a los hermanos, es un celo que no es conforme al conocimiento. Cristo no tiene nada que ver con un testimonio tal. (481)

DESHONESTIDAD EN LA IGLESIA.-

"Raíz de todos los males es el amor al dinero" (1 Tim. 6:10). Algunos que profesan la verdad no resisten la tentación en este punto. Entre los mundanos de esta generación, los mayores delitos se perpetran por amor al dinero. Si no pueden obtener riqueza con la actividad honesta, los hombres recurren al fraude, al engaño, y al delito. La copa de la iniquidad está casi llena y la justicia retributiva de Dios está a punto de descender sobre los culpables. Los jueces y los supuestamente interesados amigos roban el alimento a las viudas y los pobres son obligados a sufrir por lo que es necesario a causa de la deshonestidad que se practica para agradar a la extravagancia. El terrible registro de delitos de nuestro mundo bastaría para helar la sangre y horrorizar el alma, pero el hecho de que incluso entre los que profesan creer la verdad se arrastran los mismos males y los mismos pecados se consienten en mayor o menor grado exige una profunda humillación del alma.

Un hombre que tema sinceramente a Dios se esforzará día y noche, sufrirá privaciones y comerá el pan de la pobreza antes que abandonarse a la pasión por la ganancia, que oprima a la viuda y al huérfano o conculque el derecho del extranjero. Los delitos cometidos por amor a la ostentación y al dinero constituyen en este mundo una ladronera y son causa del llanto de los ángeles. Pero los cristianos no

son moradores profesos de la tierra, se encuentran en un país extraño, como si se detuvieran sólo por una noche. Nuestro hogar está en las mansiones que Jesús fue a preparar para nosotros. Esta vida no es más que un vapor que se desvanece.

Para algunos, la adquisición de propiedades se convierte en una obsesión. Cada vez que se viola la regla de oro, Cristo es insultado en la persona de sus santos. Cada vez que nos aprovechamos del prójimo, sea un santo o un pecador, se registra como un fraude en el Libro Mayor del Cielo. Dios quiere que nuestras vidas representen la vida de nuestro gran Modelo haciendo el bien a otros y desempeñando un papel santo en la elevación del hombre. Sobre esta obra se sostiene la verdadera dignidad y la gloria que nunca se verán en esta vida, sino que se apreciarán en la vida futura. El registro de los actos amables y las acciones generosas perdurará (482) hasta la eternidad. En la misma medida en que el hombre obtenga beneficio a costa de sus semejantes su alma se endurecerá ante la influencia del Espíritu de Dios. Las ganancias así obtenidas son una terrible pérdida.

Algunos hombres de posición importante no han sido guardianes de los intereses de otros. Sus propios intereses los han absorbido completamente y han sido negligentes en la conservación de la reputación de la iglesia, han sido egoístas y avariciosos, no tenían puesta la mirada en la gloria de Dios. En cierto grado, toda la iglesia es responsable de las ofensas de esos miembros porque consiente el mal al no levantar la voz contra ellos. No se disfruta del perfume de Dios por variadas razones. Su Espíritu se entristece por el orgullo, la extravagancia, la deshonestidad y la explotación que se permiten algunos que profesan ser piadosos. Todo esto atrae el descontento de Dios sobre su pueblo.

Se me presentaron la incredulidad y los pecados del antiguo Israel y vi que en el moderno Israel se cometen delitos similares. La pluma inspirada recogió sus crímenes para que los que viven en los últimos tiempos pudieran aprender de ellos, para que podamos evitar su mal ejemplo. Acán codiciaba un lingote de oro y un manto babilonio que habían sido tomados como botín y los guardó en secreto para sí. Pero el Señor había maldecido la ciudad de Jericó y ordenó al pueblo que no tomara botín del enemigo para su uso personal. "Pero vosotros guardaos del anatema; ni toquéis, ni toméis alguna cosa del anatema, no sea que hagáis anatema al campamento de Israel, y lo turbéis. Mas toda la plata y el oro, y los utensilios de bronce y de hierro, sean consagrados a Jehová, y entren en el tesoro de Jehová" (Josué 6:18-19).

Pero Acán, de la tribu de Judá, tomó una parte del botín maldito y atrajo la ira del Señor sobre los hijos de Israel. Cuando el ejército de Israel salió para luchar contra el enemigo fue derrotado y algunos murieron. El pueblo cayó presa del desaliento. Josué, su dirigente, estaba perplejo y confundido. Con gran humillación se postró sobre su rostro y oró: "¡Ah, Señor Jehová! ¿Por qué hiciste pasar a este pueblo el Jordán, para entregarnos en las manos de los amorreos, para que nos destruyan? ¡Ojala nos hubiéramos quedado al otro lado del Jordán! ¡Ay, Señor! ¿Qué diré, ya que Israel ha (483) vuelto la espalda delante de sus enemigos? Porque los cananeos y todos los moradores de la tierra oirán, y nos rodearán, y borrarán nuestro nombre de sobre la tierra; y entonces, ¿qué harás tú a tu grande nombre?" (Josué 7:7-9).

La respuesta del Señor a Josué fue: "Levántate; ¿por qué te postras así sobre tu rostro? Israel ha pecado, y aun han quebrantado mi pacto que yo les mandé; y también han tomado del anatema, y hasta han hurtado, han mentido, y aun lo han guardado entre sus enseres" (Josué 7:10-11). Acán había robado algo que estaba reservado para Dios y lo había guardado con su tesoro. Cuando vio que el campamento de Israel estaba atribulado disimuló y no confesó su culpa porque sabía que Josué había repetido al pueblo las palabras del Señor según las cuales, si se apropiaban de lo que Dios había reservado, el campamento de Israel sería atribulado.

Mientras gozaba de su ganancia ilícita, su seguridad se vio destruida. Oyó que se llevaría a cabo una investigación. Eso lo incomodó. Una y otra vez se repitió: "¿Qué les importa? Soy responsable de mis actos". Endureció su rostro y, con maneras muy exageradas condenó al único culpable. Si hubiese confesado se habría podido salvar, pero el pecado le endureció el corazón y continuó declarándose

inocente. Pensaba que, en medio de una multitud tan grande, no lo encontrarían. Se echaron suertes para buscar al transgresor. Y la suerte cayó sobre la tribu de Judá. Entonces el corazón de Acán empezó a latir lleno de temor porque él pertenecía a esa tribu; pero siguió engañándose pensando que escaparía. De nuevo se echaron suertes que señalaron a la su familia. Josué leyó la culpa en su pálida cara. Se echaron suertes por tercera vez y señalaron al infeliz. Ahí estaba, señalado por el dedo de Dios como el culpable que había causado el desastre.

Cuando Acán cedió a la tentación, si le hubieran preguntado si deseaba traer la desgracia y la muerte al campamento de Israel, él habría respondido: "¡No, no! ¿Acaso tu siervo es un perro capaz de cometer tal maldad?" Pero se recreó en la tentación de satisfacer su codicia y, cuando se presentó la ocasión, fue más allá de lo que se había propuesto. Exactamente de esa misma manera los miembros de la iglesia afligen el Espíritu de Dios, estafan a sus vecinos y atraen la ira de Dios sobre la iglesia. Nadie vive para sí. (484) La vergüenza, la derrota y la muerte cayeron sobre Israel por el pecado de un hombre. La protección que cubría sus cabezas en la batalla se retiró. Varios pecados acariciados y practicados por cristianos profesos atraen la ira de Dios sobre la iglesia. En el día en que el Libro Mayor del Cielo sea abierto el Juez no expresará con palabras la culpa de los hombres, sino que echará una penetrante y acusadora mirada, y todas las acciones, todas las transacciones de la vida quedarán vivamente impresas en la memoria del transgresor. No será preciso que, como en tiempos de Josué, se busque a la persona entre la tribu y la familia; sus propios labios confesarán su vergüenza, su egoísmo, su codicia, su deshonestidad, su disimulo y su fraude. Sus pecados, ocultos al conocimiento de los hombres serán proclamados como si estuviesen en medio de la plaza pública.

La influencia que más debe temer la iglesia no es la de los oponentes, infieles y blasfemos declarados, sino la de los que profesan a Cristo de manera inconsistente. Son los que obstaculizan las bendiciones del Dios de Israel y traen debilidad sobre la iglesia, un reproche difícil de borrar. Mientras Josué estaba postrado sobre su rostro, vertiendo su alma ante Dios, con lágrimas y agonía, la orden de Dios fue una reprensión: "Levántate; ¿por qué te postras así sobre tu rostro?" (Josué 7:10).

Las iglesias populares están llenas de hombres que, pretendiendo servir a Dios, son ladrones, asesinos, adúlteros y fornicadores; pero quienes profesan nuestra humilde fe deben seguir un modelo más elevado. Deben ser cristianos bíblicos y deben ser diligentes en el estudio del Mapa de la vida. En oración, deben examinar cuidadosamente los motivos que los empujan a actuar. Los que desean poner su confianza en Cristo deben empezar a estudiar ahora la belleza de la cruz. Si quieren ser cristianos vivos deben empezar a temer y obedecer a Dios ahora. Si lo desean, pueden salvar sus almas de la ruina y ganar la vida eterna.

La costumbre de explotar en el comercio, tan habitual en el mundo, no es ejemplo para los cristianos. No se deben apartar de la perfecta integridad, ni aun en los asuntos más pequeños. Vender un artículo por más de lo que vale, aprovechando la ignorancia del comprador, es un fraude. Los beneficios desleales, las (485) pequeñas argucias en el comercio, la exageración, la competencia, el menosprecio a un hermano que intenta llevara cabo un negocio honrado son causa de corrupción de la pureza de la iglesia y arruinan su espiritualidad.

El mundo de los negocios no escapa al gobierno de Dios. El cristianismo no debe ser exhibido únicamente en sábado y en el santuario. Es asunto de todos los días de la semana y todos los lugares. Sus exigencias deben ser reconocidas y obedecidas en el taller, en el hogar y en los negocios con los hermanos y con el mundo. En muchos, una mundanalidad absorbente eclipsa el verdadero sentido de la obligación cristiana. La religión de Cristo tendrá tal influencia sobre el corazón que llegará a controlar la vida. Los hombres que poseen la genuina religión verdadera, mostrarán en todos sus negocios la misma clara percepción de la justicia que cuando ofrecen sus súplicas ante el trono de gracia. La vida, con todas sus capacidades, pertenece a Dios y debe ser usada para promover su gloria en lugar de pervertirla para el servicio de Satanás defraudando a los semejantes.

Algunos tienen a Satanás como consejero. Les dice que si quieren prosperar deberán escuchar sus consejos: %o seas tan estricto con el honor y la honradez, mira por tu propio interés y no permitas que la piedad, la generosidad y la amabilidad te retengan. No te preocupes por la viuda los huérfanos. Que no dependan de ti; sino que se ocupen de ellos mismos. No te preguntes si tienen o no alimentos o si puedes bendecirlos con una atención. Cuida de ti mismo. Acumula cuanto puedas. Roba a las viudas y a los huérfanos, estafa al extranjero y tendrás recursos suficientes para suplir tus muchas necesidades". Algunos han escuchado este consejo y menospreciado a Aquel que dijo: "La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo" (Sant. 1:27).
Satanás ofrece a los hombres los reinos del mundo a cambio de que ellos le entreguen la supremacía. Muchos sacrifican así el cielo. Mejor es morir que pecar, mejor es necesitar que defraudar, mejor es pasar hambre que mentir. Que todos los que son tentados se enfrenten a Satanás con estas palabras: "Bienaventurado todo (486) aquel que teme a Jehová, que anda en sus caminos. Cuando comieres el trabajo de tus manos, bienaventurado serás, y te irá bien" (Salmo 128:1-2). Esta es la condición y la promesa que se cumplirá inequívocamente. La felicidad y la prosperidad serán el resultado de servir al Señor. (487)

IMPORTANCIA DEL DOMINIO PROPIO.-
Hermana H: Sé muy poco de su vida antes de que profesara a Cristo; pero desde ese momento usted no ha sido una mujer verdaderamente convertida, no ha representado correctamente a Cristo, su Maestro. Aceptó la teoría de la verdad, pero no se santificó con ella. No ha practicado el dominio propio y ha satisfecho sus deseos a expensas de la salud y la religión. Se irrita fácilmente y, en lugar de vigilar estrictamente sus palabras y sus acciones, ha dado rienda suelta a sus pasiones. La mente sólo puede estar controlada por Satanás o por Jesús. Cuando usted no practica el dominio propio, Satanás señorea y gobierna sobre usted de manera que hace cosas totalmente satánicas. Esto se ha repetido tan a menudo que ya es habitual.
En la relación con su actual esposo usted ha permitido que los asuntos más triviales la exasperaran. En tales ocasiones parece ser víctima de una pasión desenfrenada y Satanás de pie, a su lado, se ríe de la miseria que atrae sobre sí y sobre los que tiene el deber de hacer felices. Sus hijos han recibido sus rasgos de carácter y además, día a día copian su ejemplo de pasión, impaciencia y agitación ciegas e irracionales.
En el corazón humano el egoísmo y la corrupción son naturales y sólo se pueden vencer con la más estricta disciplina y las restricciones más severas. Aun así, serán necesarios años de paciente esfuerzo y sincera resistencia. Dios nos permite que suframos las enfermedades de la pobreza y nos pone en situaciones difíciles para que los defectos de nuestro carácter se revelen y sus asperezas se pulan. Pero después de que Dios haya dado privilegios y oportunidades, después de que la luz y la verdad hayan entrado en el hogar del que entiende, si las personas persisten en excusarse por su deformidad de carácter y continúan siendo celosas y egoístas, sus corazones se vuelven como el granito, haciendo imposible que se reformen sin tener que recurrir al cincel, el martillo y al pulido del Espíritu de Dios.
Se me recordó su vida y su experiencia cuando llegó por primera vez a Su conducta no era adecuada y sus relaciones no eran correctas. Su costumbre de visitar las cervecerías con sus (488) hijos no era una influencia favorable para otros al respecto de su situación moral. Esos son capítulos tristes de su experiencia. Tenía luz y conocimientos, pero su inclinación e insensatez la separaban de Dios.
Se me mostraron muchas situaciones que se dieron mientras usted vivía en Su fuerte y perversa voluntad la llevó a menospreciar la verdad que profesaba. Su conducta ante el mundo era injustificable. El castigo que su hija recibió en la escuela a causa de su obstinada desobediencia le pareció tan exagerado que se convirtió en una ofensa tan terrible que buscó la protección de los tribunales. El engaño que allí practicó, su exageración de la verdad, fue una de las más peligrosas lecciones de moral.

Esas cosas están registradas contra usted en los libros del cielo. Su disposición es obstinada y no humillará su corazón para confesar una ofensa, sino que justificará su conducta ante los hombres sin referirse a cómo aparece a los ojos de Dios. Pregúntese si esa formación tan engañosa no hizo que su hija sea como es. ¿Qué otra influencia podría tener un formación así sobre una mente joven si no hacerle sentir que nadie tiene derecho a controlar su perversa voluntad? La semilla que usted misma plantó ha dado un fruto aún más amargo.

Mi amor hacia su alma me induce a escribirle en este momento. Me siento oprimida por la responsabilidad que asumo al escribirle estas cosas. Por su propia conducta está cerrando las puertas del cielo para usted y sus hijos; porque ninguno de ustedes entrará allí con sus actuales caracteres deficientes. Hermana, está perdiendo tristemente en el juego de la vida. Los ángeles santos la observan con tristeza, y los malos espíritus miran con expresión de triunfo al ver cómo pierde rápidamente las gracias que adornan el carácter cristiano, mientras que en su lugar Satanás implanta sus propios malos rasgos.

Se ha dedicado tanto a la lectura de novelas y cuentos que vive en un mundo imaginario. La influencia de una lectura tal perjudica tanto la mente como el cuerpo; debilita el intelecto e impone una terrible carga sobre la fuerza física. A veces apenas podría considerarse que su mente está sana, porque la imaginación se ha sobreexcitado y ha enfermado por causa de la lectura de historias (489) ficticias. La mente debe disciplinarse de tal manera que todas sus facultades se desarrollen simétricamente. Cierto curso de preparación puede vigorizar las facultades especiales, y al mismo tiempo dejar rezagadas otras, de manera que se estorba su utilidad. La memoria sufre grave perjuicio debido a la lectura mal escogida, que tiende a desequilibrar las facultades del raciocinio, y a crear nerviosismo, cansancio del cerebro y postración de todo el organismo. Si constantemente se alimenta con exceso la imaginación, y se la estimula mediante las ficciones, no tarda en volverse tiránica, en dominar todas las otras facultades de la mente y en tornar caprichoso el gusto y pervertir las tendencias.

Usted es una dispéptica mental. Su mente rebosa de conocimientos de toda clase: política, historia, teología y anécdotas, de lo cual solamente una parte puede ser retenida por una memoria recargada. Sería de mucho más valor tener menos información en un cerebro bien disciplinado. También ha descuidado la tarea de adiestrar su mente para la acción vigorosa; por lo tanto, su voluntad y su inclinación la han dominado en vez de servirla. El resultado es la pérdida de poder físico y mental.

Durante años su mente ha sido como un arroyo susurrante casi lleno de rocas y malezas, cuya agua se desperdicia. Si sus facultades estuviesen controladas por propósitos elevados no sería inválida como es ahora. Se le antoja que sus caprichosos apetitos deben ser complacidos, así como su deseo de leer excesivamente. Vi arder la lámpara a la medianoche en su pieza mientras usted leía alguna historia fascinante, aguijando así su ya sobreexcitado cerebro. Esta conducta ha estado disminuyendo su vitalidad, y debilitándola física, mental y moralmente. La irregularidad ha causado desorden en su casa y, si esto continúa, hundirá su espíritu en la imbecilidad. Ha abusado del tiempo de gracia que Dios le concedió y lo ha despilfarrado.

Dios nos concede talentos para que los aprovechemos sabiamente, no para que abusemos de ellos. La educación es tan sólo una preparación de las facultades físicas, intelectuales y morales para el mejor cumplimiento de todos los deberes de la vida. La lectura impropia imparte una educación falsa. El poder de resistencia, así como la fuerza y actividad del cerebro pueden ser reducidos (490) o aumentados de acuerdo con la manera en que se emplean. Usted tiene mucho que hacer para deshacerse de sus lecturas livianas. Elimínelas de su casa. No conserve delante de sí la tentación de pervertir su imaginación, desequilibrar su sistema nervioso y arruinar a sus hijos. Por la mucha lectura se está incapacitando para los deberes de esposa y madre, y de hecho se está descalificando para hacer el bien en cualquier lugar.

No estudia la Biblia como debiera; por lo tanto, no se hace sabia en las Escrituras, ni se capacita cabalmente para toda buena obra. La lectura liviana fascina la mente y quita interés a la lectura de la

Palabra de Dios. Procura hacer creer a otros que conoce las Escrituras; pero esto no puede ser porque su mente está llena de escoria. La Biblia requiere reflexión y escudriñamiento con oración. No basta con recorrerla superficialmente. Aunque algunos pasajes son demasiado claros para que se los entienda mal, otros son más intrincados y exigen estudio cuidadoso y paciente. Como el metal precioso oculto en las colinas y las montañas, es necesario buscar sus gemas de verdad y almacenarlas en la mente para uso futuro. ¡Ojala que todos ejercitasen sus mentes tan constantemente en la búsqueda del oro celestial como en la del oro que perece!

Cuando escudriñe las Escrituras con el ferviente deseo de aprender la verdad, Dios impartirá su Espíritu a su corazón e impresionará su mente con la luz de su Palabra. La Biblia es su propio intérprete, pues un pasaje explica otro. Comparando los textos que se refieren a los mismos temas, verá usted una belleza y una armonía que nunca soñó. No hay otro libro cuya lectura fortalezca, amplíe, eleve y ennoblezca la mente como la lectura del Libro -de los libros. Su estudio imparte nuevo vigor a la mente, que así es puesta en contacto con temas que requieren reflexión fervorosa y es impulsada a orar a Dios para poder comprender las verdades reveladas. Si se deja que la mente trate temas comunes en vez de problemas difíciles y profundos, se estrechará hasta el nivel de los asuntos que contemple y perderá finalmente su poder de expansión.

Lo más lamentable de su conducta es que sus errores y equivocaciones se reproducen en sus hijos. Su hija 1 está absorta en la lectura, sus facultades mentales están siendo perjudicadas, permanentemente (491) perjudicadas, por seguir su ejemplo. Nunca sentirá gusto por los estudios ni será apta para ellos. Al principio de la vida la mente es moldeable. Siémbrese entonces la buena semilla en terreno abonado y dará fruto para vida eterna.

Los hábitos formados en la juventud, aunque luego puedan ser modificados de algún modo, raramente cambian en esencia. La herencia de carácter que recibió al nacer ha moldeado toda su vida. El temperamento perverso de su padre se ve en sus hijos. La gracia de Dios puede vencer esas malas tendencias, pero será una batalla terrible. Así mismo sucede con sus hijos. Los consiente como se consiente a sí misma. No tiene fuerza para negar el apetito que desea y así carga terriblemente sus órganos digestivos. Nadie puede gozar de buena salud y tolerar sus caprichos como usted.

Y lo mismo es cierto en el caso de sus hijos. La mala disciplina de su madre que, en lugar de ocuparse de ellos, los privó tanto tiempo de los cuidados de una madre, ha estado a punto de arruinarlos. Aun así, una dirección firme y recta todavía puede mejorarlos de manera importante. Aún no están fuera de control aunque sea más difícil conseguir hacer de ellos lo que podrían haber sido si sus padres hubieran obrado correctamente. Si lo desea, la madre puede ver el resultado de sus acciones o se puede reformar e intentar contrarrestar el mal hecho. La senda por la que sus hijos empiecen a andar ahora puede llevar al vicio o la virtud, al honor o a la infamia, al cielo o al infierno. La influencia de una madre que ora, que teme a Dios, durará toda la eternidad. Aunque muera, su obra resistirá el paso del tiempo.

Hermano y hermana H, ninguno de ustedes se da cuenta de la triste condición de sus hijos. Hermano H, ha sido negligente a la hora de adoptar una posición firme para controlarlos. En gran medida, el menor de sus hijos gobierna toda la casa. La dirección de sus dos hijos mayores fue totalmente errónea. Mientras que algunas veces, el hermano H era demasiado severo y les exigía lo que no les habría exigido a sus propios hijos, su conducta, hermana H, era aún peor. Se ponía de parte de los niños en su presencia y encendía sus jóvenes corazones con deseos de venganza. Les dio lecciones de insubordinación y habló irrespetuosamente de su esposo delante de ellos. Esa conducta estaba calculada para conducirlos (492) al menosprecio por la corrección. Así se dejó una huella indeleble en sus mentes.

Ahora usted empieza a ver en sus hijos mayores los resultados de esta educación. Aun así, continúa la misma tarea con los hijos que Dios a partir de entonces le confió para que los cuidara. Su espíritu contradictorio e incontrolable es como un veneno insidioso introducido en el sistema y sus amargos

resultados saldrán a la luz, tarde o temprano. Está dejando una marca no sobre la arena, sino en la roca, que, añosa venir, testificará de su obra.

Hermana, no tiene una conciencia sensible. Considere detenidamente qué hábitos forma y ore sinceramente para que la sangre del Cordero libere su perverso carácter de su desviación. Antes de que usted pueda ver el reino de Dios, es preciso que la conciencia reciba luz, que las pasiones se contengan y que el alma dé cobijo al amor de la verdad.

Toda su vida le han sido precisos principios fijos y estables. Satanás todavía está al acecho. Su única esperanza ahora es una profunda conversión a Dios. No se engañe, porque es imposible burlar a Dios. Si hoy se acabara su tiempo de gracia, no tengo esperanza de que usted se salvase. Su salud, física, mental y moral, depende del correcto gobierno de su temperamento. Sin duda alguna, se enfrentará a cosas que la irritarán y la pondrán a prueba; pero con la fuerza de Jesús podrá dominarse. Salomón pone al que se controla por encima del vencedor de una batalla: "Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad" (Prov. 16:32).

Al permitirse excitaciones indebidas ha establecido un estado de cosas en su sistema que, a menos que se cambie, le costará la vida. Maltrata a su esposo, le dice cosas que ninguna esposa responsable diría a su marido. Ha prevaricado una y otra vez y ha llegado tan lejos como ser culpable de falsedades deliberadas para conseguir sus fines. La característica principal de su familia es la determinación de salirse con la suya a toda costa.

La conducta del hermano H no ha sido la debida. Sus cambios de humor son muy fuertes y no ha sido capaz de mantener sus sentimientos bajo el control de la razón. Hermano H, su salud está gravemente perjudicada por el exceso de comida y comer en horas (493) no adecuadas. Esto causa un acceso excesivo de sangre al cerebro. La mente se confunde y usted no tiene un control adecuado sobre usted mismo. Parece un hombre de mente desequilibrada. Sus movimientos son bruscos, se irrita con facilidad y ve las cosas de manera exagerada y distorsionada. Mucho ejercicio al aire libre y una dieta abstemia son esenciales para su salud. No coma más de dos veces al día. Si siente que debe comer por la noche, beba agua fresca y por la mañana se sentirá mucho mejor por no haber comido.

No permitan que sus hijos coman caramelos, fruta o frutos secos, o ningún otro alimento, entre las horas de las comidas. Para ellos, dos comidas al día es mejor que tres. Si los padres predican con el ejemplo, y siguen sus principios, los hijos pronto los seguirán. Las irregularidades en la comida destruyen el tono saludable de los órganos digestivos y cuando los niños se sienten a la mesa los alimentos que ingieren no son saludables; sus apetencias exigen lo que es más perjudicial para ellos. En muchas ocasiones sus hijos han sufrido fiebres y temblores, causados por comidas inadecuadas, cuyos responsables eran sus padres: Es deber de los padres procurar que sus hijos adquieran hábitos que favorezcan la salud y, así, eviten muchos problemas.

El hermano H corre peligro de padecer apoplejía y, si continúa desobedeciendo las leyes de la salud, su vida puede acabar súbitamente. En sus manos está ser una familia feliz o miserable. Sus propias acciones determinarán el futuro. Ambos necesitan suavizar las asperezas de sus caracteres y decir palabras de las que no se tengan que avergonzar en el día de Dios. Establezcan como norma de vida avanzar en la senda del deber. Desafíen las múltiples tentaciones que los asaltarán y sean fieles a la conciencia y a Dios; así su camino será fácil para sus pies. Si discuten por cosas que no merecen discusión todo cuanto obtendrán serán problemas. La senda de justicia es senda de paz. Es tan llana que el humilde y temeroso de Dios puede andar por ella sin tropiezo ni giros retorcidos. Aunque es un camino estrecho, los hombres de distinto temperamento pueden andar uno al lado del otro si sólo siguen al Capitán de su salvación. Los que quieran seguir cargando con los malos rasgos de carácter y los hábitos egoístas no pueden andar por este sendero porque, para ellos, es demasiado estrecho. (494)

El Gran Pastor se esfuerza lo indecible por llamar por su nombre a sus ovejas e invitarlas a seguir sus pasos. Busca al errante. Enciende el faro de su palabra para advertirlos del peligro. Les habla desde el cielo con advertencias y reprensiones y los invita a regresar a la senda correcta. Quiere ayudar al

descarriado con su presencia y levantarlo cuando cae. Sin embargo, muchos se han adentrado tanto en la senda del pecado que no escuchan la voz de Jesús. Abandonan todo cuanto puede darles paz y seguridad, se rinden a un falso guía y, presuntuosamente, corren víctimas de una ciega confianza en ellos mismos y se alejan cada vez más de la luz y la paz, de la felicidad y el sosiego.
Les imploro que acojan la luz que Dios les ha dado y se reformen. La cruz de Cristo es nuestra única esperanza. Nos revela la grandeza del amor de nuestro Padre y el hecho de que la Majestad del cielo se sometió al insulto, la burla, la humillación y el sufrimiento por el gozo de ver que las almas que perecen se salvan en su reino. Si ustedes aman a sus hijos, que sea su principal estudio cómo prepararlos para la vida futura e inmortal. Con las desdichadas disposiciones que ahora poseen, nunca verán el paraíso de Dios. Trabajen mientras es tiempo, rediman el tiempo y ganen la corona de gloria inmortal. Sálvense ustedes mismos y salven su familia, porque la salvación de las almas es preciosa. (495)

CASAMIENTOS ANTIBÍBLICOS.-
Estamos viviendo en los postreros días, cuando la locura referente al matrimonio constituye una de las señales de la próxima venida de Cristo. No se consulta a Dios en estos asuntos. La religión, el deber y los principios son sacrificados para seguir los impulsos del corazón no consagrado. No debiera haber mucha ostentación y regocijo por la unión de los cónyuges. Ni siquiera hay un matrimonio de cada cien que resulte feliz, que lleve la sanción de Dios y coloque a los cónyuges en una posición que les permita glorificarlo mejor. Las malas consecuencias de los casamientos mal concertados son innumerables. Se contraen por impulso. Rara vez se piensa en considerar sinceramente el asunto y se tiene por anticuado consultar a los que tienen experiencia.
En lugar del amor puro imperan el impulso y la pasión no santificada. Muchos ponen en peligro sus propias almas y atraen sobre sí la maldición de Dios al entablar relaciones matrimoniales simplemente para satisfacer su fantasía. Me han sido mostrados los casos de algunos de los que profesan creer la verdad y han cometido el gran error de casarse con personas incrédulas. Tenían la esperanza de que el cónyuge incrédulo aceptaría la verdad; pero éste después de alcanzar su objeto se halla más lejos de la verdad que antes. Y luego empiezan los trabajos sutiles, los esfuerzos continuos del enemigo para apartar al creyente de la fe.
Muchos están perdiendo ahora su interés y confianza en la verdad porque se han relacionado íntimamente con la incredulidad. Respiran una atmósfera de duda y descreimiento. Ven y oyen la incredulidad y, finalmente, la aprecian. Algunos tienen el valor de resistir a estas influencias, pero en muchos casos su fe queda imperceptiblemente minada y finalmente destruida. Satanás ha tenido éxito en sus planes. Obró por medio de sus agentes de manera tan silenciosa que las vallas de la fe y la verdad han sido vencidas antes que los creyentes tuviesen la menor sospecha del lugar adonde iban.
Es algo peligroso aliarse con el mundo. Satanás sabe muy bien que la hora del casamiento de muchos jóvenes, tanto de un sexo como del otro, cierra la historia de su experiencia religiosa y de su (496) utilidad. Quedan perdidos para Cristo. Tal vez hagan durante un tiempo un esfuerzo para vivir una vida cristiana; pero todas sus luchas se estrellan contra una constante influencia en la dirección opuesta. Hubo un tiempo en que era para ellos un privilegio y un gozo hablar de su fe y esperanza; pero luego llegan a no tener deseo de mencionar el asunto, sabiendo que la persona a la cual han ligado su destino no se interesa por ello. Como resultado, la fe en la preciosa verdad muere en el corazón, y Satanás teje insidiosamente en derredor de ellos una tela de escepticismo.
Llevar a los excesos lo legítimo constituye un grave pecado. Los que profesan la verdad pisotean la voluntad de Dios al casarse con incrédulos; pierden su favor y hacen obras amargas, de las que habrán de arrepentirse. La persona incrédula puede poseer un excelente carácter moral; pero el hecho de que no haya respondido a las exigencias de Dios y haya descuidado una salvación tan grande, es razón suficiente para que no se verifique una unión tal. El carácter de la persona incrédula puede ser similar

al del joven a quien Jesús dirigió las palabras: "Una cosa te falta" (Mar. 10:21), y esa cosa era la esencial.

A veces se arguye que el no creyente favorece la religión, y que como cónyuge es todo lo que puede desearse, excepto en una cosa, que no es creyente. Aunque el buen juicio indique al creyente lo impropio que es unirse para toda la vida con una persona incrédula, en nueve de cada diez casos triunfa la inclinación. La decadencia espiritual comienza en el momento en que se formula el voto ante el altar; el fervor religioso se enfría y se quebranta una fortaleza tras otra, hasta que ambos están lado a lado bajo el negro estandarte de Satanás. Aun en las fiestas de boda, el espíritu del mundo triunfa contra la conciencia, la fe y la verdad. En el nuevo hogar no se respeta la hora de oración. El esposo y la esposa se han elegido mutuamente y han despedido a Jesús.

Al principio el cónyuge no creyente no se opondrá abiertamente; pero cuando se presenta la verdad bíblica a su atención y consideración, surge en seguida el sentimiento: "Te casaste conmigo sabiendo lo que era, y no quiero que se me moleste. De ahora en adelante quede bien entendido que la conversación sobre tus opiniones particulares queda prohibida". Si el cónyuge creyente manifiesta (497) algún fervor especial respecto de su propia fe, ello puede ser interpretado como falta de bondad hacia el que no tiene interés en la experiencia cristiana.

El cónyuge creyente razona que, dada su nueva relación, debe conceder algo al compañero que ha elegido. Asiste a diversiones sociales y mundanas. Al principio lo hace de muy mala gana; pero el interés por la verdad disminuye, y la fe se trueca en duda e incredulidad. Nadie habría sospechado que esa persona que antes era un creyente firme y concienzudo que seguía devotamente a Cristo pudiese llegar a ser la persona vacilante y llena de dudas que es ahora. ¡Oh, qué cambio realizó ese casamiento imprudente!

¿Qué debe hacer todo creyente cuando se encuentra en esa penosa situación que prueba la integridad de los principios religiosos? Con firmeza digna de imitación debe decir francamente: "Soy cristiano a conciencia. Creo que el séptimo día de la semana es el día de reposo bíblico. Nuestra fe y principios son tales que van en direcciones opuestas. No podemos ser felices juntos, porque si yo sigo adelante para adquirir un conocimiento más perfecto de la voluntad de Dios, llegaré a ser más diferente del mundo y semejante a Cristo. Si usted continúa no viendo hermosura en Cristo ni atractivos en la verdad, amará al mundo, al cual yo no puedo amar, mientras yo amaré las cosas de Dios que usted no puede amar. Las cosas espirituales se disciernen espiritualmente. Sin discernimiento espiritual usted no podrá ver los derechos que Dios tiene sobre mí, ni podrá comprender mis obligaciones hacia el Maestro a quien sirvo; por lo tanto le parecerá que yo le descuido por los deberes religiosos. Usted no será feliz; sentirá celos por el afecto que entrego a Dios; y yo igualmente me sentiré aislado por mis creencias religiosas. Cuando sus opiniones cambien, cuando usted responda a las exigencias de Dios y aprenda a amar a mi Salvador, podremos reanudar nuestras relaciones".

El creyente hace así un sacrificio por Cristo que su conciencia aprueba, y demuestra que aprecia demasiado la vida eterna para correr el riesgo de perderla. Siente que sería mejor permanecer soltero que ligar sus intereses para toda la vida a una persona que prefiere el mundo a Cristo, y que lo apartaría de su cruz. Pero muchos no reconocen el peligro que entraña el conceder los afectos (498) a personas incrédulas. En las mentes juveniles el matrimonio está revestido de romanticismo y es difícil despojarlo de ese carácter que le presta la imaginación, para hacer que la mente comprenda cuán pesadas responsabilidades entraña el voto matrimonial. Liga los destinos de dos personas con vínculos que sólo la muerte puede cortar.

¿Podrá aquél que busca gloria, honra, inmortalidad y vida eterna unirse con otra persona que rehúsa alistarse con los soldados de la cruz de Cristo? Vosotros, los que profesáis elegir a Cristo como vuestro Maestro y obedecerlo en todas las cosas, ¿habréis de unir vuestros intereses con personas regidas por el príncipe de las potestades de las tinieblas? "¿Andarán dos juntos, sí no estuvieron de acuerdo?" "Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra, de toda cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre

que está en los cielos" (Amós 3:3; Mat. 18:19). ¡Pero cuán extraño es el espectáculo! Mientras una de las personas tan íntimamente unidas se dedica a la oración, la otra permanece indiferente y descuidada; mientras una busca el camino que lleva al cielo a la vida eterna la otra se encuentra en el camino anchuroso que lleva a la muerte.

Centenares de personas han sacrificado a Cristo y el cielo al casarse con personas inconversas. ¿Pueden conceder tan poco valor al amor y a la comunión de Cristo que prefieren la compañía de pobres mortales? ¿Estiman tan poco el cielo que están dispuestos a arriesgar sus goces uniéndose con una persona que no ama al precioso Salvador?

La felicidad y prosperidad de la vida matrimonial dependen de la unidad de los cónyuges. ¿Cómo puede armonizar el ánimo carnal con el ánimo que se ha asimilado el sentir de Cristo? El uno siembra para la carne, piensa y obra de acuerdo con los impulsos de su corazón; el otro siembra para el Espíritu, tratando de reprimir el egoísmo, vencer la inclinación propia y vivir en obediencia al Maestro, cuyo siervo profesa ser. Así que hay una perpetua diferencia de gusto, inclinación y propósito. A menos que el creyente gane al impenitente por su firme adhesión a los principios cristianos, lo más común es que se desaliente y venda esos principios por la compañía de una persona que no está relacionada con el Cielo. (499)

Dios prohibió estrictamente que su antiguo pueblo formase alianzas matrimoniales con otras naciones. Se arguye ahora que esta prohibición tenía por objeto evitar que los hebreos se casasen con idólatras y se relacionasen con familias paganas. Pero los paganos estaban en una condición más favorable que los impenitentes de esta época quienes, teniendo la luz de la verdad, se niegan, sin embargo, con persistencia, a aceptarla. El pecador moderno es mucho más culpable que los paganos, porque la luz del Evangelio resplandece claramente en derredor de él. Viola su conciencia y es deliberadamente enemigo de Dios. La razón que Dios alegó al prohibir estos casamientos era: "Porque desviará a tu hijo de en pos de mí" (Deut. 7:4). Los antiguos hijos de Israel que se atrevieron a despreciar la prohibición de Dios lo hicieron sacrificando los principios religiosos. Tomemos por ejemplo el caso de Salomón. Sus esposas apartaron su corazón de su Dios. (500)

LOS POBRES DEL SEÑOR.-

Se me mostró que los hermanos que viven fuera de Battle Creek no valoran las cargas y preocupaciones que reposan sobre los que se encuentran en el corazón mismo de la obra. Permiten que los miembros de sus iglesias que no son capaces de sostenerse por sí mismos vengan a Battle Creek con la esperanza de poder obtener empleo en nuestras instituciones. Vienen sin antes escribir y averiguar si hay algún empleo libre para ellos y, de ese modo, se amontonan en la iglesia y descubren por sí mismos que ya hay demasiados empleados, muchos de las cuales están tan necesitados como ellos mismos. Se les admitió por compasión y todavía permanecen en sus puestos, no porque presten un servicio a las instituciones, sino porque están muy necesitados.

Hay familias que viven en Battle Creek que han visto crecer esas instituciones, por lo cual son merecedoras y necesitan de un puesto en ellas pero que, sin embargo, no pueden conseguirlo porque muchos que vienen de fuera sufrirían si no se los empleara. Esto es causa de que las instituciones y la iglesia estén desorientadas y no sepan cómo tratar todos esos casos con sabiduría, sin perjudicar a nadie y mostrando misericordia para todos. Nuestras instituciones han soportado pérdidas por querer ayudar en esos casos, porque la salud de los candidatos es muy frágil y, por consiguiente, no rinden lo que debieran. Si sus puestos pudiesen estar ocupados por personas capaces y eficientes, la causa de Dios se ahorraría una gran cantidad de dinero.

Cada iglesia tiene el deber de interesarse por sus pobres. Sin embargo, muchos egoístas han obligado a los miembros pobres de su iglesia a que se mudaran a Battle Creek para que, de esa manera, no se les pida que los sostengan. La iglesia de Battle Creek gasta cada año entre cien y quinientos dólares para el sostenimiento de los pobres y los enfermos cuyas familias deberían pasar privaciones de no ser porque

reciben caridad.[4] No es del agrado de Dios que esa iglesia permita que los pobres que se encuentran entre sus (501) miembros sufran necesidades. Por lo tanto, los que se encuentran en el corazón de la obra soportan un sobrecosto continuo.

Nuestros hermanos deberían mantener sus pobres en sus casas y hacerse cargo de aquellos que ya están en Battle Creek. Podrían hacer mucho más de lo que ahora hacen por los pobres si les proporcionaran empleo, ayudándolos a salir del atolladero por sus propios medios. Sería mucho mejor que esas personas fueran empleadas en asuntos temporales que enviarlas al gran corazón de la obra, cargando la causa de Dios con obreros ineficientes. En Battle Creek sólo son útiles los hombres y las mujeres con formación, que gozan de fuerza física y mental, responsables, acostumbrados a usar su propio cerebro antes que el de los demás. Hermanos, ¿consideraríais que es aconsejable confiar unos cargos de responsabilidad a personas que son incapaces de obtener sus propios medios de subsistencia en los asuntos comunes de la vida?

Hay hombres y mujeres, y jóvenes, a los cuales es preciso enseñar a emplear sus capacidades allí donde se encuentren. No es tarea agradable, pero cada iglesia es responsable de sus miembros y no debería promover que las personas que no pueden ganarse la vida en su lugar de residencia se muden a Battle Creek. Los hermanos que viven en el campo tienen granjas y pueden conseguir sus propios aprovisionamientos. Por lo tanto, es mucho menos costoso sostener a los pobres en el campo, donde las provisiones son más baratas, que enviarlos a Battle Creek donde, en lugar de ayudar a la iglesia y sus instituciones, obligan constantemente a retirar recursos de la tesorería para ayudarlos. A quienes viven en la ciudad les es costoso comprar casi todas sus provisiones y también hacerse cargo de los pobres.

Hermanos que asistís a iglesias pequeñas, si Dios os ha encomendado la tarea de cuidar a sus pobres, consolar a los desfallecidos, visitar a los enfermos y proveer a los necesitados, no seáis tan generosos e impedid que la iglesia de Battle Creek se quede con todas las bendiciones de esa tarea. La codicia de las bendiciones que Dios ha prometido a aquellos que se ocupen de los pobres y se compadezcan de los que sufren será vuestra justificación.

Es preciso que se establezca un fondo de caridad para cubrir las necesidades de los pobres a los que se permite que acudan a (502) Battle Creek. Cada año el sanatorio soporta una carga de miles de dólares por atender a los pacientes de beneficencia. ¿Y quién valora correctamente esta gran carga que soporta la institución? Nadie cuyo nombre se encuentre en los libros de la iglesia debería sufrir la enfermedad un año tras otro cuando unos pocos meses en el sanatorio le darían alivio y una valiosa experiencia de cómo cuidarse de si mismo y de otros cuando estén enfermos. Todas las iglesias deberían sentir como un deber bíblico hacerse cargo de sus propios pobres y enfermos.

Cuando un valioso hijo de Dios necesita los servicios del sanatorio y sólo puede hacerse cargo de una pequeña parte de los costos, la iglesia ha de jugar un noble papel al hacerse cargo del resto de la suma. Algunos serán incapaces de pagar ni siquiera una pequeña parte, pero no permitáis que continúen sufriendo a causa de vuestro egoísmo. Enviadlos al sanatorio, junto con sus peticiones y vuestro dinero para sufragar los gastos. Al hacer esto obtendréis preciosas bendiciones. Mantener en funcionamiento una institución de ese tipo tiene un costo y no se le debería pedir que trate a los enfermos a cambio de nada. Si fuese posible restituir a la institución la suma que ha gastado en pacientes de beneficencia, sería una gran ayuda para aliviar su situación actual.

Hermanos, no depositéis la carga de vuestros pobres sobre las personas y las instituciones de Battle Creek, sino que haceos cargo de la tarea y cumplid con vuestro deber. Privaos de algunas cosas en vuestros vestidos o vuestros hogares y depositad en algún lugar seguro una suma destinada a los pobres y necesitados. No permitáis que vuestros diezmos y vuestras ofrendas de gratitud a Dios se reduzcan, sino que haced esto en añadidura. No es propósito de Dios que lluevan recursos del cielo para sostener

[4] El lector deberá tener en cuenta que se trata de un escrito redactado en 1880 y que, por aquel entonces, un dólar era una suma importante de dinero. Baste con saber que dos pavos vivos podían valer esa cantidad. N. del E.

a los pobres, sino que ha puesto sus bienes en manos de administradores. Deben reconocer a Cristo en la persona de sus santos. Todo aquello que hagan por sus hijos que sufren, por él lo hacen, porque identifica su interés con el de la humanidad sufriente.
Dios pide a los jóvenes que se priven de ornamentos y artículos de vestimenta innecesarios, aun cuando cuesten muy poco, y depositen esa cantidad en el cesto de la caridad. También pide a los de edad madura que, cuando examinen un reloj o una cadena de (503) oro, se detengan y se pregunten si sería correcto gastar una cantidad tan grande de dinero por algo que no necesitamos o si hay otro artículo más barato que pueda suplir las mismas necesidades. Al negarnos a nosotros mismos y cargar la cruz de Jesús, el cual se hizo pobre por nosotros, podemos hacer mucho para aliviar el sufrimiento de los pobres que se encuentran entre nosotros. Al imitar el ejemplo de nuestro Señor y Maestro recibiremos su aprobación y sus bendiciones. (504)

LA CAUSA EN BATTLE CREEK.-
Muchos de los que han acudido a Battle Creek no tenían el propósito de llevar ninguna carga. No han venido porque sentían una ansia especial por la prosperidad de la causa, sino por su propio interés, porque desean sacar provecho personal. Esperan gozar de los beneficios que se derivan de las instituciones allí ubicadas sin cargar con ninguna responsabilidad.
Algunos que se han instalado en Battle Creek para conseguir oportunidades más favorables y sacar provecho personal son culpables de egoísmo y hasta de fraude en el trato con nuestros hermanos venidos de lejos. Si hay algo de qué sacar provecho, debe beneficiar nuestras instituciones, no a los individuos que no han hecho nada para hacerlas crecer y cuyo interés por ellas es egoísta. Muchos de los que vienen a Battle Creek no fortalecen la causa desde el punto de vista religioso. Su corazón es como el de Coré, el de Datán y el de Abiram; de modo que si se presenta una ocasión favorable seguirán el ejemplo de esos hombres perversos. Es cierto que sus fraudulentas acciones, por lo general, pueden ser ocultadas de los ojos de sus hermanos, pero Dios ve su conducta y, finalmente, los recompensará según sus obras.
Algunos que han vivido durante mucho tiempo en Battle Creek, deberían ser hombres responsables, pero ocupan cargos de confianza sólo de palabra. Se los puso como guardianes de nuestras instituciones pero sus actos demuestran que no sienten ningún interés especial ni se preocupan por ellas. Sus pensamientos se centran tan sólo en ellos mismos. Si debiéramos juzgarlos por sus acciones deberíamos convencerlos de que consideraran sus propias energías también valiosas para ser ejercitadas en las agencias de Dios. Son negligentes en la conservación de la puesto, no porque no puedan hacerlo, sino porque se ocupan de sí mismos y están satisfechos de arrullarse en la cuna de la seguridad carnal.
Los hombres que hacen que el objetivo y el centro de su vida sean su propio placer y beneficio no deberían permanecer en ese puesto tan importante. No tienen derecho de estar aquí. Se interponen en el camino de la obra de Dios. Los que descuidan a los pobres del Señor y no sienten ninguna responsabilidad hacia las (505) viudas y los huérfanos, ni se identifican con ellos, ni trabajan para traer justicia y equidad entre los hombres, son culpables de descuidar a Cristo en la persona de sus santos, porque conociendo la causa, no la buscan. No sienten la carga ni hacen esfuerzos para sostenerla. Si en el gran corazón de la obra nos se manifiesta más vigilancia, toda la iglesia se corromperá como las de otras denominaciones.
Todos los que viven en Battle Creek rendirán una terrible cuenta a Dios si han cometido pecado sobre algún otro hermano. Es alarmante que la indiferencia, el adormecimiento y la apatía hayan sido características de hombres que ocupan cargos de responsabilidad y que, constantemente aumenten el orgullo y la alarmante desconsideración por las advertencias del Espíritu de Dios. Las barreras que la palabra de Dios sitúa alrededor de su pueblo están siendo derribadas. Los hombres que conocen el modo en que Dios guió a su pueblo en el pasado, en lugar de buscar las antiguas sendas y defender nuestra posición como pueblo peculiar, han unido sus manos con el mundo. La característica más

alarmante del caso es que no han sido escuchadas las voces de advertencias, de reprensiones y recomendaciones. Los ojos del pueblo de Dios parecen ciegos y la iglesia es arrastrada rápidamente por la corriente de la mundanalidad.

Dios no desea que quienes velan por los intereses de sus instituciones sean hombres de madera, sino que quiere hombres trabajadores —hombres capaces y perspicaces— hombres que tengan ojos y los abran para poder ver, y corazones sensibles a la influencia de su Espíritu. Necesita hombres de estricta integridad que guarden los intereses de su causa en Battle Creek.

En Battle Creek hay quienes nunca se ha sometido completamente a la reprensión. Esas personas han seguido la conducta de su propia elección. Siempre, en mayor o menor grado, han ejercido una influencia contraria a la de los que se han levantado para defender lo justo y reprender el error. La influencia de tales personas sobre los que llegan y entran en contacto con ellos en calidad de huéspedes o internos de la escuela es nefasta. Llenan la mente de los recién llegados con dudas y preguntas sobre los testimonios del Espíritu de Dios. Hacen falsas especulaciones sobre los Testimonios (506) y, en lugar de motivara las personas para que se consagren a Dios y escuchen la voz de la iglesia, les enseñan a ser independientes y no tener en cuenta las opiniones y los juicios ajenos. La influencia de esa clase de personas ha trabajado secretamente. Algunos no son conscientes del daño que están causando; sino que, siendo ellos mismos orgullosos y rebeldes y no habiéndose consagrado, llevan a otros en una dirección equivocada. Están envueltos de una atmósfera ponzoñosa. La sangre de las almas mancha sus vestiduras. En el día del juicio final Cristo les dirá: "Apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad" (Luc. 13:27). Por más que queden atónitos, sus vidas pretendidamente cristianas habrán sido un fraude y un engaño.

Si todos los que están en Battle Creek fuesen fieles a la luz que Dios les ha dado y a los intereses de la iglesia, si sintiesen el valor de las almas por las cuales murió Cristo, la influencia que se ejercería sería otra. No obstante, vemos que, en gran medida, se repite la conducta de los hijos de Israel. El pueblo estaba ante el monte Sinaí, escuchando la voz de Dios, fuertemente impresionado por su sagrada presencia, y presas del terror, los israelitas dijeron a Moisés: "Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos" (Éxo. 20:19). Ante el monte Sinaí pronunciaron solemnes votos de adhesión a Dios; pero, apenas hubieron cesado los truenos, la trompeta y la voz de Dios, se arrodillaron ante un ídolo. Su dirigente había sido llamado y ocultado de su vista por una densa nube para conversar con Dios.

El colaborador de Moisés, a quien se le había encomendado la solemne carga de cuidar del pueblo durante su ausencia, escuchó cómo se quejaban de que Moisés los había abandonado y expresaron el deseo de regresar a Egipto; y sin embargo, por miedo a ofender al pueblo, permaneció en silencio. No permaneció firme a Dios sino que, para complacer al pueblo fundió un becerro de oro. Parecía estar adormecido ante el comienzo del mal. Cuando escuchó la primera palabra de rebelión, Aarón debía haberla reprimido; pero temía tanto ofender al pueblo que, aparentemente, se unió a los israelitas y finalmente, fue persuadido de fundir un becerro de oro para que lo adoraran. (507)

Los ministros tienen que ser guardas fieles que ven el mal y advierten a los fieles. Deben expresarles constantemente los peligros e insistir para que puedan verlos con claridad. La exhortación de Pablo a Timoteo fue: "Redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina" (2 Tim. 4:2).

Ha habido relaciones matrimoniales formadas en Battle Creek con las que Dios nada tiene que ver. En algunos casos han sido uniones enfermizas, en otros, inmaduras. Cristo nos advirtió que este estado de cosas se daría inmediatamente antes de su segunda venida. Es una de las señales de los últimos días. Es un estado parecido al que se dio previo al Diluvio. La mente de la gente estaba hechizada por el tema del matrimonio. Si hay tanta incertidumbre, tanto peligro, no hay razón para hacer una gran ostentación, ni siquiera cuando las partes son perfectamente adecuadas, sino que es preciso pasar la prueba.

Que los que profesan ser reformadores, los que viven una vida humilde, adopten las costumbres y las modas de los ricos del mundo es un reproche para nuestra fe. Algunos recibieron palabra de advertencia de parte de Dios; ¿acaso eso los detuvo? No, no temieron a Dios porque el embrujador poder de Satanás los dominaba. Algunos en Battle Creek han influido sobre esos pobres infatuados a hacer caso de su propio juicio y al hacerlo han maltrecho su utilidad y han sido causa del desagrado de Dios.

Dios quiere que los hombres cultiven la fuerza de carácter. Los que son meros servidores del tiempo no recibirán la rica recompensa que viene dentro de poco. Necesita que lo que trabajan en su causa sean hombres perspicaces y astutos. Deben ser moderados en las comidas; los alimentos ricos y lujosos no deberían tener lugar en su mesa. Cuando constantemente se somete el cerebro a esfuerzos importantes y el ejercicio físico es escaso, es preciso que coman con frugalidad, incluso alimentos sencillos. La claridad de pensamiento de Daniel, su firmeza de propósito y su destreza intelectual al adquirir conocimientos, se debían en gran medida a la sencillez de su dieta unida a su vida de oración.

Elí era un buen hombre, de moral pura; pero era demasiado indulgente. Causó el desagrado de Dios porque no fortaleció los puntos débiles de su carácter. No quería herir los sentimientos (508) de nadie y no tuvo el valor moral de reprender y reprobar el pecado. Sus hijos eran hombres viles y, aun así, no los apartó de sus responsabilidades. Profanaron la casa de Dios. Él lo supo y se sintió triste porque amaba la pureza y la justicia. Pero carecía de la fuerza moral necesaria para suprimir el mal. Amaba la paz y la armonía y se volvió más y más insensible a la impureza y al delito. Pero Dios se encargó del asunto con sus propias manos. Cuando la reprensión llegó a él a través de un niño, la aceptó y sintió que era lo que merecía. No mostró resentimiento hacia Samuel, el mensajero de Dios; lo amó como hasta ahora lo había hecho pero se condenó a sí mismo.

Los hijos culpables de Elí murieron en la batalla. Pudo soportar la noticia de la muerte de sus hijos, pero no resistió saber que el arca de Dios había sido tomada. Sabía que había pecado por descuido al no defender la justicia ni reprender el mal y que, finalmente, había privado a Israel de su fuerza y su gloria. Su cara palideció de muerte y, tras caer de espaldas, murió.

¡Qué lección encontramos aquí para los padres y los guardianes de la juventud, así como los que ministran en el servicio de Dios! Cuando no se corrigen los males porque los hombres tienen muy poco valor para reprender el error, o porque están poco interesados o son demasiado indolentes para invertir sus propias facultades en esforzarse honestamente para purificar la familia o la iglesia de Dios, son responsables del mal que pueda resultar como consecuencia de su abandono del deber. Somos tan responsables de los males que hubiésemos podido corregir en los demás mediante la reprensión, la advertencia o el ejercicio de la autoridad paterna o pastoral como si nosotros mismos hubiésemos cometido tales actos.

Elí debería haber intentado refrenar el mal primero con medidas suaves, pero si eso no hubiera bastado, debería haber subyugado el error con las medidas más severas. El honor de Dios es sagrado y debe ser preservado, incluso si esto nos separa del familiar más cercano. Un único defecto en un hombre que goza de muchos talentos puede destruir su utilidad en esta vida y ser causa de que en el día de Dios escuche las desagradables palabras: "Apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mat. 7:23). (509)

Elí era amable, amoroso y cortés; sentía un verdadero interés por el servicio de Dios y la prosperidad de su causa. Su oración era poderosa. Nunca se levantó en rebelión contra las palabras de Dios. Pero tenía un defecto, le faltaba firmeza de carácter para reprender el pecado y ejecutar la justicia contra el pecador. Por eso Dios no podía confiar en él para mantener la pureza de Israel. No añadió a su fe el coraje y la fuerza de decir "no" en el momento y el lugar justos. El pecado es pecado y la justicia es justicia. Es preciso que suene la trompeta de alerta. Vivimos en una edad terriblemente malvada. La adoración de Dios se corromperá a menos que haya hombres despiertos en cada posición de responsabilidad. Ahora no es tiempo de que nadie quede absorto en las comodidades egoístas. No se debe permitir que ninguna de las palabras pronunciadas por Dios caigan en tierra baldía.

Si bien algunos en Battle Creek han profesado creer los Testimonios, no es menos cierto que los han pisoteado. Muy pocos los han leído con interés y muy pocos les han hecho caso. La autoindulgencia, el orgullo, la moda y la ostentación se mezclan con la adoración a Dios. Él necesita hombres valientes y de acción, que no acepten la erección de ídolos y la entrada de abominaciones sin levantar la voz como una trompeta, mostrando al pueblo sus transgresiones y los pecados a la casa de Jacob.

Tan pronto como Samuel empezó a juzgar a Israel, a pesar de su juventud, reunió una asamblea del pueblo para ayunar y orar y humillarse profundamente ante Dios. Dio el solemne testimonio que había recibido de boca de Dios. Entonces el pueblo empezó a aprender dónde se encontraba su fuerza. Los israelitas pidieron a Samuel que no dejase de rogar a Dios por ellos. Sus enemigos se habían levantado para presentarles batalla, pero Dios escuchó la oración en su favor. Actuó por ellos y la victoria fue para Israel.

Es preciso hacer un gran trabajo en Battle Creek. Se han descuidado deberes y se han traicionado las confianzas. Han llegado hombres que no han aportado nada que fortalezca la causa, sino que constantemente se esfuerzan por acumular en sus manos las pocas posesiones de los otros. Así roban el tesoro de Dios. El natural egoísmo de sus corazones se muestra siempre que se les presenta una ocasión favorable para sacar provecho para sí a costa del (510) infortunio ajeno. Han actuado así con tanta impunidad que se ha alcanzado el nivel mundano y hay muy poca diferencia entre su trato y el del mundo.

Las responsabilidades que debe soportar nuestro pueblo en Battle Creek son mayores que en ningún otro lugar. Todos los que decidan vivir aquí deben hacerlo no sólo por su propia conveniencia y en provecho propio, sino poniendo la vista en la gloria de Dios. Deberían estar completamente preparados para soportar las cargas cuándo y donde deben ser soportadas y, con devoción abnegada, sostener las que Dios ha puesto entre ellos. Quienes no estén dispuestos a seguir esta conducta deberán ir allí donde las cargas sean más ligeras. En este puesto tan importante, el cual depende tanto del esfuerzo personal, todos deben desempeñar su papel sin vacilación; deben estar despiertos para que la causa del Maestro no sufra la pérdida de una sola alma. Muchos no consiguen alcanzar el modelo del evangelio; son egoístas y sólo consideran sus propios intereses y no se preocupan por ver qué pueden hacer para ser una bendición para sus prójimos. Cristo no quiere ociosos en su viña. Exige que todos trabajen ahora y por la eternidad. (511)

EL APROVECHAMIENTO DE LOS TALENTOS.-

Dios quiere que aquellos que le siguen dediquen su vida al mejoramiento y progreso propios y que sean guiados y regidos por una experiencia correcta. El hombre verdadero es aquél que está dispuesto a sacrificar su propio interés por el beneficio de los demás, y aquél que se ejercita en aliviar a los de corazón quebrantado. El verdadero objeto de la vida apenas comenzó a ser entendido por muchos; pero ese deseo real y substancial de sus vidas queda sacrificado por causa de los errores que albergan.

Nerón y César eran conocidos por el mundo como grandes hombres; pero, ¿los consideraba Dios así? No; no estaban unidos por una fe viva al gran Corazón de la humanidad. Estaban en el mundo, y comían, bebían y dormían como hombres del mundo pero eran satánicos en su crueldad. Dondequiera que fueran esos monstruos de la humanidad, su senda quedaba señalada por el derramamiento de sangre y la destrucción. El mundo los alabó mientras vivieron; pero cuando fueron sepultados, el mundo se regocijó. En contraste con la vida de estos hombres, podemos poner la de Lutero. Él no nació príncipe, no llevó corona real. Su voz se dejó oír desde la celda de un monasterio, y se sintió su influencia. Tenía un corazón humano, que palpitaba para bien de los hombres. Defendió valientemente la verdad y lo recto, e hizo frente a la oposición del mundo para beneficiara sus semejantes.

El intelecto solo no hace al hombre de acuerdo a la norma divina. Habrá poder en el intelecto, si está santificado y regido por el Espíritu de Dios. Es superior a las riquezas y al poder físico; pero debe ser

cultivado a fin de beneficiar al hombre. El derecho que uno tiene a ser tenido por hombre queda determinado por el uso que ha hecho del intelecto. Byron tenía concepto intelectual y profundidad de pensamiento, pero no era hombre según la norma divina. Era agente de Satanás. Sus pasiones eran feroces e indomables. Durante toda su vida estuvo sembrando semillas que florecieron para la corrupción. La obra de su vida rebajó la norma de la virtud. Este hombre era uno de los hombres distinguidos por el mundo; sin embargo, el Señor no le reconocería como hombre, sino como uno que abusó de los talentos que Dios le dio. El escéptico (512) Gibbon y muchos otros a quienes Dios dotó de mentes portentosas y a quienes el mundo llamó grandes, se alistaron bajo la bandera de Satanás y emplearon los dones de Dios para pervertir la verdad y destruir las almas humanas. Un gran intelecto, cuando es hecho esclavo del vicio, es una maldición para su poseedor y para todos los que caen dentro del círculo de su influencia.

Lo que bendecirá a la humanidad es la vida espiritual. Si el hombre está en armonía con Dios, dependerá continuamente de él para tener fuerza. "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mat. 5:48). La obra de nuestra vida consiste en buscar la perfección del carácter cristiano, luchando continuamente para sujetarnos a la voluntad de Dios. Los esfuerzos empezados en la tierra, continuarán durante toda la eternidad. La medida que Dios tiene para el hombre es tan elevada como el más alto significado del término, y si él obra colocándose a la altura de la virilidad que Dios le ha dado, favorecerá en esta vida una felicidad que le conducirá a la gloria y la recompensa eterna en la vida venidera.

Los miembros de la familia humana tienen derecho al título de hombres y mujeres únicamente cuando emplean sus talentos, en toda manera posible, en beneficio de los demás. La vida de Cristo está delante de nosotros como modelo, y tan sólo cuando atendemos, como ángeles de misericordia, a las necesidades de los demás, quedamos íntimamente aliados con Dios. La naturaleza del cristianismo tiende a hacer feliz a la familia y a la sociedad. Todo hombre y mujer que posea el verdadero espíritu de Cristo, apartará de sí la discordia, el egoísmo y la disensión.

Los que participan del amor de Cristo no tienen derecho a pensar que pueden fijar límite a su influencia y obra, al tratar de beneficiar a la humanidad. ¿Se cansó Cristo en sus esfuerzos para salvar a los hombres caídos? Nuestra obra ha de ser continua y perseverante. Hallaremos una obra que hacer hasta que el Maestro nos invite a deponer la armadura a su pies. Dios es un gobernante moral, y debemos aguardar, sumisos a su voluntad, listos y dispuestos a cumplir nuestro deber donde quiera que haya trabajo por hacer.

Los ángeles están dedicados noche y día en el servicio de Dios para elevación del hombre de acuerdo con el plan de salvación. Se (513) requiere del hombre que ame a Dios supremamente; es decir, con toda su fuerza, mente y corazón, y a su prójimo como a sí mismo. Esto no lo puede hacer a menos que se niegue a sí mismo. Dijo Cristo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame" (Mat. 16:24).

La abnegación, es el gobierno del espíritu cuando la pasión quiere predominar; es resistir a la tentación de censurar y de criticar; es tener paciencia con el niño torpe, cuya conducta agravia e impacienta; es permanecer en el puesto del deber cuando otros fracasan; es llevar responsabilidades cuándo y donde quiera que se pueda, no con el fin de recibir aplausos, ni por política, sino por amor al Maestro, el cual nos encomendó una obra para que la hiciéramos con fidelidad inquebrantable; es guardar silencio y dejar que otros labios nos alaben, cuando podríamos alabarnos nosotros mismos. Negarnos a nosotros mismos es hacer bien a otros cuando nuestra inclinación nos induciría a servirnos y agradarnos a nosotros mismos. Aun cuando nuestros semejantes no hayan de apreciar nunca nuestros esfuerzos, ni reconocerlos, debemos seguir trabajando.

Escudriñemos cuidadosamente y veamos si la verdad que hemos aceptado ha llegado a ser un firme principio para nosotros. ¿Llevamos a Cristo con nosotros cuando salimos de la cámara de oración? ¿Está nuestra religión de guardia a la puerta de nuestros labios? ¿Se siente nuestro corazón atraído con

simpatía y amor por los demás fuera de los de nuestra propia familia? ¿Estamos tratando diligentemente de obtener una comprensión más clara de la verdad bíblica para que podamos dejar resplandecer nuestra luz en los demás? ¿Podemos contestar estas preguntas en nuestras propias almas? Sea nuestra conversación sazonada con gracia y revele nuestra conducta elevación cristiana.

Ha comenzado un nuevo año. ¿Qué ganó nuestra vida cristiana el año pasado? ¿Cuál es nuestro registro en el cielo? Os ruego que hagáis una entrega sin reserva a Dios. ¿Han estado divididos nuestros corazones? Démoslos completamente al Señor ahora. Hagamos de la historia del año próximo, algo diferente de la del año pasado. Humillemos nuestras almas delante de Dios. Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido (514) la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman" (Sant. 1:12). Despojémonos de toda pretensión y afectación. Actuemos con sencillez y naturalidad. Sed veraces en todo pensamiento, palabra y acción, y "con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo" (Fil. 2:3). Recordemos que la naturaleza moral necesita ser fortalecida por la vigilancia y la oración constantes. Mientras miremos a Cristo estamos seguros; pero en cuanto pensemos en nuestros sacrificios y dificultades, y empecemos a simpatizar con nosotros mismos y a mimarnos, perderemos nuestra confianza en Dios y estaremos en grave peligro.

Muchos limitan la Providencia divina, y divorcian la misericordia y el amor de su carácter. Ellos insisten en que la grandeza y majestad de Dios les impiden que se interesen en las preocupaciones de las más débiles de sus criaturas. "¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos" (Mat. 10:29).

Es difícil para los seres humanos prestar atención a los asuntos menores de la vida mientras la mente se concentra en negocios de vasta importancia. Pero, ¿debe existir esta unión? El hombre formado a la imagen de su Hacedor debe unir las mayores responsabilidades con las menores. Puede estar enfrascado en ocupaciones abrumadoras y descuidar la instrucción que sus hijos necesitan. Puede considerar estos deberes como los menores de la vida, cuando en realidad constituyen el mismo cimiento de la sociedad. La felicidad de las familias y de las iglesias depende de las influencias que se sienten en el hogar. Los intereses eternos dependen del debido cumplimiento de los deberes de esta vida. El mundo no necesita tanto grandes intelectos como hombres buenos que sean una bendición en sus hogares. (515)

NÚMERO 30: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA.-
LOS SIERVOS DE DIOS.-

Dios eligió a Abraham como mensajero suyo para comunicar por su medio la luz al mundo. La palabra de Dios no llegó a él presentándole perspectivas halagüeñas de un salario elevado en esta vida, o un gran aprecio y honores mundanales. "Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré", fue el mensaje divino enviado a Abraham. El patriarca obedeció, y "salió sin saber a dónde iba" (Heb. 11:8) como portador de la luz de Dios, para mantener el nombre del Dios vivo en la tierra. Abandonó su país, su hogar, sus parientes y todas las gratas compañías de la primera parte de su vida, para hacerse peregrino y advenedizo en la tierra.

Con frecuencia, es más esencial de lo que muchos creen que las relaciones sostenidas en la primera parte de la vida queden rotas, a fin de que aquellos que han de hablar "en nombre de Cristo" (2 Cor. 5:20) estén en situación de poder ser educados por Dios y de prepararse para su gran obra. A menudo los parientes y amigos tienen una influencia que, a la vista de Dios, estorbaría grandemente las instrucciones que él se propone dar a sus siervos. Los que no están en relación con el cielo harán

sugestiones que si se escuchan apartarán de su obra santa a aquellos que debieran ser portadores de la luz divina.

Antes que Dios pudiese usarlo, Abraham debía separarse de sus asociados anteriores, a fin de no ser dominado por la influencia humana, y dejar de fiar en la ayuda humana. Una vez que se hubo relacionado con Dios, este hombre debía morar entre extraños. Su carácter debía ser peculiar, diferente de todo el mundo. No podía siquiera explicar su conducta de manera comprensible para sus amigos, porque eran idólatras; las cosas espirituales deben discernirse (516) espiritualmente; por lo tanto sus motivos y sus actos no podían ser comprendidos por sus deudos y amigos.

La incondicional obediencia de Abraham fue uno de los casos más notables de fe y confianza en Dios que se encuentran en los anales sagrados. Con la sola promesa de que sus descendientes poseerían Canaán, sin la menor evidencia externa, siguió adonde Dios le llevaba, cumpliendo plena y sinceramente las condiciones de su parte y confiando en que el Señor cumpliría fielmente su palabra. El patriarca fue adonde Dios le indicó que era su deber ir; pasó por el desierto sin terror; vivió entre naciones idólatras, con el único pensamiento: "Dios habló; obedezco su voz; él me guiará y me protegerá".

Los mensajeros de Dios necesitan hoy una fe y una confianza como la que tuvo Abraham. Pero muchos de aquellos a quienes el Señor podría usar no quieren avanzar oyendo y obedeciendo su voz sobre todas las demás. La relación con sus deudos y amigos, las antiguas costumbres y compañías, tienen a menudo tanta influencia sobre los siervos de Dios que él sólo puede darles poca instrucción, comunicarles poco conocimiento de sus propósitos; y con frecuencia después de un tiempo los pone a un lado y llama en su lugar a otros, a quienes prueba de la misma manera. El Señor haría mucho por sus siervos si ellos estuviesen completamente consagrados a él, estimando sus servicios por encima de los vínculos de la parentela y toda otra asociación terrenal.

Los ministros del evangelio tienen una obra sagrada. Tienen que dar al mundo un solemne mensaje de amonestación, un mensaje que será sabor de vida para vida, o de muerte para muerte. Son mensajeros de Dios al hombre, y nunca deben perder de vista su misión ni sus responsabilidades. No son como los mundanos; ni pueden ser como ellos. Si fuesen fieles a Dios, conservarían su carácter separado y santo. Si dejan de estar relacionados con el cielo, están en mayor peligro que otros, y pueden ejercer una intensa influencia en la mala dirección; porque Satanás tiene constantemente su ojo sobre ellos, esperando que manifiesten alguna debilidad, con la cual pueda hacer un ataque con éxito. ¡Cómo se regocija cuando tiene éxito! Porque cuando el que es embajador de (517) Cristo no está en guardia, el gran adversario lo usa como medio para asegurarse muchas almas.

Los que están íntimamente relacionados con Dios pueden no prosperar en las cosas de esta vida; con frecuencia son afligidos y probados. José fue vilipendiado y perseguido porque conservó su virtud e integridad. David, el mensajero elegido de Dios, fue acechado como una fiera por sus perversos enemigos. Daniel fue arrojado al foso de los leones, porque era firme e íntegro en su fidelidad a Dios. Job fue privado de sus posesiones mundanales, y tan afligido en su cuerpo que le aborrecían sus parientes y amigos; sin embargo, conservó su fidelidad e integridad a Dios. Jeremías habló las palabras que Dios había puesto en su boca, y su sencillo testimonio enfureció de tal manera al rey y a los príncipes que le arrojaron a una repugnante mazmorra. Esteban fue apedreado porque predicaba a Cristo, y Cristo crucificado. Pablo fue encarcelado, azotado, apedreado, y finalmente muerto, porque era fiel mensajero en llevar el evangelio a los gentiles. El amado Juan fue desterrado a la isla de Patmos, "por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo" (Apoc. L9).

Estos ejemplos de firmeza humana, mediante la fuerza del poder divino, son para el mundo un testimonio de la fidelidad de las promesas de Dios, de su permanente presencia y de su gracia sostenedora. Cuando el mundo mira a estos hombres humildes, no puede discernir el valor moral que tienen para Dios. Es obra de fe reposar serenamente en Dios en la hora más sombría y sentir que

nuestro Padre está al timón, por severamente probado y agitado por la tempestad que uno esté. Sólo el ojo de la fe puede ver más allá del tiempo y de los sentidos para estimar el valor de las riquezas eternas. Un gran jefe militar conquista naciones, sacude los ejércitos de medio mundo; pero muere vencido y en el destierro. El filósofo que recorre el universo encontrando por doquiera las manifestaciones del poder de Dios y deleitándose en su armonía, con frecuencia deja de contemplar en estas admirables maravillas la mano que las formó. “El hombre que está en honra y no entiende, semejante es a las bestias que pereced' (Salmo 49:20). Ninguna esperanza de inmortalidad gloriosa alumbra el futuro de los enemigos de Dios. (518)

Pero los héroes de la fe tienen la promesa de una herencia más valiosa que cualquier riqueza terrenal, una herencia que satisfará los anhelos del alma. Pueden ser desconocidos por el mundo, pero son anotados como ciudadanos en los libros de registro del cielo. Una grandeza exaltada, un eterno peso de gloria, será la recompensa final de aquellos a quienes Dios ha hecho herederos de todo.

Los ministros del evangelio deben hacer de la verdad de Dios el tema de su estudio, meditación y conversación. La mente que se espacia mucho en la voluntad de Dios revelada al hombre, será fuerte en la verdad. Los que leen y estudian con el ferviente deseo de tener luz divina, sean ministros o no, no tardarán en descubrir en las Escrituras una belleza y armonía que cautivarán su atención, elevarán sus pensamientos y les darán una inspiración y una energía de argumentos que les harán poderosos para convencer y convertir las almas.

Hay peligro de que los ministros que profesan creer la verdad presente se queden satisfechos con presentar la teoría solamente, mientras que sus propias almas no sienten su poder santificador. Algunos no tienen el amor de Dios en el corazón para suavizar, amoldar y ennoblecer su vida. El salmista declara del hombre bueno: "En la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche" (Salmo 1:2). Se refiere a su propia experiencia, y declara: "¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación" (Salmo 119:97). "Se anticiparon mis ojos a las vigilias de la noche, para meditar en tus mandatos" (Salmo 119:148).

Ningún hombre está calificado para levantarse en el púlpito sagrado a menos que haya sentido la influencia transformadora de la verdad de Dios sobre su propia alma. Entonces, y no antes, puede, por precepto y ejemplo, representar debidamente la vida de Cristo. Pero muchos, en su trabajo, se ensalzan a sí mismos más bien que a su Maestro; y sus conversos se han convertido al ministro, en vez de a Cristo.

Me duele saber que algunos de los que predican la verdad presente no son hombres verdaderamente convertidos. No están relacionados con Dios. Tienen una religión mental, pero ninguna conversión del corazón; y estos son los que mas confían en sí (519) mismos y creen bastarse a sí mismos; y esta confianza propia les impedirá adquirir la experiencia esencial para ser obreros eficaces en la viña del Señor. ¡Ojala pudiese despertar a los que aseveran ser atalayas en los muros de Sión, para que comprendiesen su responsabilidad! Se despertarían y asumirían una posición más elevada por Dios; porque hay almas que perecen por su negligencia. Deben tener una devoción sincera hacia Dios que los conducirá a ver como Dios ve, y a recibir de él las palabras de amonestación y hacer oír la alarma a los que están en peligro. El Señor no ocultará su verdad del centinela fiel. Los que hacen la voluntad de Dios conocerán de su doctrina. "Los impíos procederán impíamente, y ninguno de los impíos entenderá, pero los entendidos comprenderán" (Dan. 12:10).

Jesús dijo a sus discípulos: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mat. 11:29). Ruego a los que han aceptado la responsabilidad de ser maestros que primero aprendan humildemente, y permanezcan siempre como alumnos en la escuela de Cristo para recibir del Maestro lecciones de mansedumbre y humildad de corazón. La humildad de espíritu, combinada con la actividad ferviente, resultará en la salvación de las almas compradas a tan alto precio por la sangre de Cristo. El ministro puede comprender y creer la teoría de la verdad, y aun puede presentarla a otros; pero esto no es todo lo que se requiere de él. "La fe, si no tiene obras, es muerta" (Sant. 2:17). Él necesita aquella fe que obra

por amor y purifica el alma. Una fe viva en Cristo pondrá toda acción de la vida y toda emoción del alma en armonía con la verdad y con la justicia de Dios.

La inquietud, la exaltación propia, el orgullo, la pasión y cualquier otro rasgo de carácter que difiera de nuestro Dechado santo, debe ser vencido; y entonces la humildad, la mansedumbre y la sincera gratitud a Jesús por nuestra salvación, fluirán continuamente del manantial puro del corazón. La voz de Jesús debe oírse en el mensaje que cae de los labios de su embajador.

Debemos tener un ministerio convertido. La eficiencia y el poder que acompañan a un ministro verdaderamente convertido harían temblar a los hipócritas de Sión y harían temer a los pecadores. El estandarte de la verdad y de la santidad está siendo (520) arrastrado en el polvo. Si los que hacen oír las solemnes notas de amonestación para este tiempo pudiesen comprender cuán responsables son ante Dios, verían la necesidad que tienen de la oración ferviente. Cuando las ciudades eran acalladas en el sueño de la medianoche, cuando cada hombre había ido a su casa, Cristo, nuestro ejemplo, se dirigía al monte de los Olivos, y allí, en medio de los árboles que le ocultaban, pasaba toda la noche en oración. El que no tenía mancha de pecado, el que era alfolí de bendición; Aquel cuya voz oían a la cuarta vigilia de la noche, cual bendición celestial, los aterrorizados discípulos, en medio de un mar tormentoso, y cuya palabra levantaba a los muertos de sus sepulcros, era el que hacía súplicas con fuerte clamor y lágrimas. No oraba por sí mismo, sino por aquellos a quienes había venido a salvar. Al convertirse en suplicante, y buscar de la mano de su Padre nueva provisión de fuerza, salía refrigerado y vigorizado como substituto del hombre, identificándose con la humanidad doliente y dándole un ejemplo de la necesidad de la oración.

Su naturaleza era sin mancha de pecado. Como Hijo del hombre, oró al Padre, mostrando que la naturaleza humana requiere todo el apoyo divino que el hombre puede obtener a fin de quedar fortalecido para su deber y preparado para la prueba. Como Príncipe de la vida, tenía poder con Dios y prevaleció por su pueblo. Este Salvador, que oró por los que no sentían la necesidad de la oración, y lloró por los que no sentían la necesidad de las lágrimas, está ahora delante del trono, para recibir y presentar ante su Padre las peticiones de aquellos por quienes oró en la tierra. Nos toca seguir el ejemplo de Cristo. La oración es una necesidad en nuestro trabajo por la salvación de las almas. Sólo Dios puede dar crecimiento a la semilla que sembramos.

Fracasamos muchas veces porque no comprendemos que Cristo está con nosotros por medio de su Espíritu, tan ciertamente como cuando, en los días de su humillación, vivía en la tierra. El tiempo transcurrido no ha obrado cambio alguno en la promesa que hiciera a sus discípulos al separarse y ser alzado de ellos al cielo: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mat. 28:20). Él ordenó que debía haber una sucesión de hombres herederos de la autoridad de los primeros maestros (521) de la fe, para que continuasen predicando a Cristo y a Cristo crucificado. El gran Maestro ha delegado potestad en sus siervos que tienen "este tesoro en vasos de barro" (2 Cor. 4:7). Cristo dirigirá la obra de sus embajadores, si ellos aguardan sus instrucciones y su dirección.

Los ministros que son verdaderamente representantes de Cristo serán hombres de oración. Con fervor y fe innegable, rogarán a Dios para que sean fortalecidos para el deber y la prueba, y para que sus labios sean santificados mediante el toque del carbón vivo del altar, a fin de que puedan pronunciar las palabras de Dios a la gente. "Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado; despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios" (Isa. 50:4). Cristo dijo a Pedro: "Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearon como a trigo; pero yo he rogado por ti para que tu fe no falte" (Luc. 22:31-32). ¿Quién puede calcular el resultado de las oraciones del Salvador del mundo? Cuando Jesús vea el fruto del trabajo de su alma y quede satisfecho, entonces comprenderá el valor de sus fervientes oraciones mientras su divinidad estaba velada con humanidad.

Jesús oró no sólo por uno, sino por todos sus discípulos: "Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, ellos estén también conmigo" (Juan 17:24). Su ojo atravesó el oscuro velo del futuro, y

leyó la biografía de cada hijo e hija de Adán. Sintió las cargas y tristezas de toda alma agitada por la tempestad; y esta oración ferviente incluyó al mismo tiempo que a sus discípulos vivos, a todos los que le siguiesen hasta el fin del mundo. "Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos" (Juan 17:20). Sí; esa oración de Cristo nos abarca aúna nosotros. Debemos ser consolados por el pensamiento de que tenemos un gran Intercesor en el cielo, que presenta nuestras peticiones ante Dios.

"Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo" (1 Juan 2:1). En la hora de mayor necesidad, cuando el desaliento quiera abrumar el alma, es cuando el vigilante ojo de Jesús verá que necesitamos su ayuda. La hora de la necesidad humana es la hora de la oportunidad de Dios. Cuando todo (522) apoyo humano fracasa, entonces Jesús acude en nuestro auxilio, y su presencia despeja las tinieblas y disipa la nube de lobreguez.

En su barquichuelo, sobre el mar de Galilea, en medio de la tempestad y las tinieblas, los discípulos luchaban para alcanzar la orilla, pero todos sus esfuerzos eran infructuosos. Cuando la desesperación se estaba apoderando de ellos, vieron a Jesús que andaba sobre las ondas espumosas. Pero al principio no reconocieron la presencia de Cristo, y su terror aumentó hasta que su voz diciendo: "Yo soy, no temáis" (Juan 6:29), disipó sus temores y les infundió esperanza y gozo. Entonces, ¡cuán voluntariamente los pobres y cansados discípulos cesaron en sus esfuerzos y lo confiaron todo al Maestro!

Este sorprendente incidente ilustra la experiencia de los que siguen a Cristo. ¡Con cuánta frecuencia nos aferramos a los remos, como si nuestra propia fuerza y sabiduría bastaran, hasta que encontramos inútiles nuestros esfuerzos. Entonces, con manos temblorosas y fuerza desfalleciente, entregamos el trabajo a Jesús y confesamos que no podemos cumplirlo. Nuestro misericordioso Redentor se compadece de nuestra debilidad; y cuando, en respuesta al clamor de la fe, él asume la obra que le pedimos que haga, ¡cuán fácilmente realiza lo que nos parecía tan difícil!

La historia del antiguo pueblo de Dios nos proporciona muchos ejemplos en los que prevaleció la oración. Cuando los amalecitas atacaron el campamento de Israel en el desierto, Moisés sabía que su pueblo no estaba preparado para el encuentro. Mandó a Josué con un puñado de soldados para hacer frente al enemigo, mientras él mismo, con Aarón y Hur, se situaron en una colina que dominaba el campo de batalla. Allí, el hombre de Dios presentó el caso al Único que podía darles la victoria. Con manos extendidas hacia el cielo, Moisés oró fervientemente por el éxito de los ejércitos de Israel. Se observó que mientras sus manos permanecían elevadas, Israel prevalecía contra el enemigo; pero cuando por el cansancio las dejaba caer, Amalec prevalecía. Aarón y Hur sostuvieron las manos de Moisés, hasta que la victoria, plena y completa, fue de Israel, y sus enemigos fueron ahuyentados del campo.

Este ejemplo había de ser hasta el fin del tiempo una lección para todo Israel, de que Dios es la fortaleza de su pueblo. Cuando (523) Israel triunfaba, era porque Moisés alzaba las manos hacia el cielo, e intercedía en su favor; de manera que cuando todo el Israel de Dios prevalece, es porque el Poderoso asume su caso y pelea sus batallas por ellos. Moisés no pidió ni creyó que Dios vencería a sus enemigos mientras Israel permanecía inactivo. Ordenó todas sus fuerzas y las mandó tan bien preparadas como se lo permitían sus medios, y luego llevó todo el asunto a Dios en oración. Moisés, en el monte, rogaba al Señor, mientras que Josué, con sus valientes soldados, estaba abajo haciendo cuanto podía para rechazar a los enemigos de Israel y de Dios. La oración que proviene de un corazón sincero y creyente es la oración eficaz y fervorosa que puede mucho. Dios no contesta siempre nuestras oraciones como nosotros lo esperamos, porque tal vez no pedimos lo que será para nuestro mayor beneficio. Pero en su sabiduría y amor infinitos, él nos dará las cosas que más necesitamos. Feliz el ministro que tenga un Aarón y Hur que fielmente fortalezcan sus manos cuando se cansan, y le sostengan por la fe y la oración. Un apoyo tal es una ayuda poderosa para el siervo de Dios en su obra, y con frecuencia hará triunfar gloriosamente la causa de la verdad.

Después de la transgresión de Israel, cuando éste se hizo el becerro de oro, Moisés volvió a interceder ante Dios en favor de su pueblo. Él tenía cierto conocimiento de aquellos que habían sido confiados a su cuidado; conocía la perversidad del corazón humano, y comprendía las dificultades con que debía contender. Pero había aprendido por experiencia que a fin de tener influencia sobre el pueblo, debía tener primero poder con Dios. El Señor leyó la sinceridad y el propósito abnegado del corazón de su siervo, y condescendió en comunicarse con este débil mortal cara a cara, como un hombre habla con un amigo. Moisés se confió a Dios a sí mismo junto con todas sus cuitas, y abrió libremente su alma delante de él. El Señor no reprendió a su siervo, sino que condescendió en escuchar sus súplicas.

Moisés tenía un profundo sentimiento de su indignidad y de su falta de capacidad para la gran obra a la cual Dios le había llamado. Suplicó con intenso fervor que el Señor fuese con él. La respuesta que recibió fue: "Mi presencia irá contigo, y te daré descanso" (Éxo. 33:14). Pero Moisés no creía que podía conformarse con esto. Había (524) ganado mucho, pero anhelaba acercarse más a Dios, y obtener mayor seguridad de su permanente presencia. Había llevado la carga de Israel; había soportado un peso abrumador de responsabilidad; cuando el pueblo pecaba, él sufría intenso remordimiento, como si él mismo fuese culpable; y ahora oprimía su alma un sentimiento de los terribles resultados que se producirían si Dios abandonaba a los hijos de Israel a la dureza e impenitencia de su corazón. No vacilarían en matara Moisés, y por su propia temeridad y perversidad, no tardarían en caer presa de sus enemigos, y así deshonrarían el nombre de Dios ante los paganos. Moisés insistía en su petición con tanto fervor y sinceridad, que le llegó la respuesta: "También haré esto que has dicho, por cuanto has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre" (Éxo. 33:17).

Al llegara este punto esperaríamos que el profeta dejase de interceder; pero no, envalentonado por su éxito, se atrevió a acercarse más a Dios, con una santa familiaridad que casi supera nuestra comprensión. Hizo luego una petición que ningún ser humano hizo antes: "Te ruego que me muestres tu gloria" (Éxo. 33:18). ¡Qué petición de parte de un ser mortal finito! Pero, ¿es rechazado? ¿Lo reprende Dios por su pretensión? No; oímos las misericordiosas palabras: "Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro" (Éxo. 33:19).

Ningún hombre podía ver la gloria revelada de Dios y sobrevivir; pero a Moisés se le asegura que él contemplará tanto de la gloria divina como puede soportar su estado mortal actual. Esa Mano que hizo el mundo, que sostiene las montañas en sus lugares toma a este hombre del polvo, este hombre de poderosa fe; y, misericordiosa, lo oculta en la hendidura de la peña, mientras la gloria de Dios y toda su benignidad pasan delante de él. ¿Podemos asombrarnos de que "la magnífica gloria" (2 Pedro 1:17) resplandeciera en el rostro de Moisés con tanto brillo que la gente no lo pudiera mirar? La marca de Dios estaba sobre él, haciéndolo aparecer como uno de los resplandecientes ángeles del trono.

Este incidente, y sobre todo la seguridad de que Dios oiría su oración, y de que la presencia divina le acompañaría, eran de más valor para Moisés como caudillo, que el saber de Egipto, o todo lo que alcanzara en la ciencia militar. Ningún poder, habilidad o saber (525) terrenales pueden reemplazar la inmediata presencia de Dios. En la historia de Moisés podemos ver cuán íntima comunión con Dios puede gozar el hombre. Para el transgresor es algo terrible caer en las manos del Dios viviente. Pero Moisés no tenía miedo de estar a solas con el Autor de aquella ley que había sido pronunciada con tan pavorosa sublimidad desde el monte Sinaí; porque su alma estaba en armonía con la voluntad de su Hacedor.

Orar es el acto de abrir el corazón a Dios como a un amigo. El ojo de la fe discernirá a Dios muy cerca, y el suplicante puede obtener preciosa evidencia del amor y del cuidado que Dios manifiesta por él. Pero, ¿por qué sucede que tantas oraciones no son nunca contestadas? Dice David: "A él clamé con mi boca, Y fue exaltado con mi lengua. Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado" (Sal. 66:17). Por otro profeta, el Señor nos ha dado la promesa: "Y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón" (Jer. 29:13). Y en otro lugar habla de

algunos que "no clamaron a mí con su corazón" (Ose. 7:14). Esas peticiones son oraciones de forma, servicio de labios solamente, que el Señor no acepta.

La oración que Natanael ofreció mientras estaba debajo de la higuera, provenía de un corazón sincero, y fue oída y contestada por el Maestro. Cristo dijo de él: "He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño" (Juan 1:47). El Señor lee el corazón de cada uno y comprende sus motivos y propósitos. "La oración de los rectos es su gozo" (Prov. 15:8). El no será tardo en oír a aquellos que le abren su corazón, sin exaltarse a sí mismos, sino sintiendo sinceramente su gran debilidad e indignidad.

Hay necesidad de oración, de oración muy ferviente, sincera, como en agonía, de oración como la que ofreció David cuando exclamó: "Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía" (Salmo 42:1). "Yo he anhelado tus mandamientos" (Sal. 119:40); "he deseado tu salvación" (Salmo 119:174). "Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Jehová; mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo" (Salmo 84:2). "Quebrantada está mi alma de desear tus juicios en todo tiempo" (Salmo 119:20). Tal es el espíritu de la oración que lucha, como el que poseía el real salmista. (526)

Daniel oró a Dios, sin ensalzarse a sí mismo ni pretender bondad alguna: "Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío" (Dan. 9:19). Esto es lo que Santiago llama la oración eficaz y ferviente. De Cristo se dice: "Estando en agonía oraba más intensamente" (Luc. 22:44). ¡Qué contraste presentan con esta intercesión de la Majestad celestial las débiles y tibias oraciones que se ofrecen a Dios! Muchos se conforman con el servicio de los labios, y pocos tienen un anhelo sincero, ferviente y afectuoso por Dios.

La comunión con Dios imparte al alma un íntimo conocimiento de su voluntad. Pero muchos de los que profesan la fe, no saben lo que es la verdadera conversión. No han experimentado la comunión con el Padre por medio de Jesucristo y no han sentido el poder de la gracia divina para santificar el corazón. Orando y pecando, pecando y orando, viven llenos de malicia, engaño, envidia, celos y amor propio. Las oraciones de esta clase son abominación delante de Dios. La verdadera oración requiere las energías del alma y afecta la vida. El que presenta así sus necesidades delante de Dios, siente el vacío de todo lo demás bajo el cielo. "Delante de ti están todos mis deseos", dijo David, "y mi suspiro no te es oculto" (Salmo 38:9). "Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿Cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?" (Salmo 42:2). "Me acuerdo de estas cosas, y derramo mi alma dentro de mí" (Salmo 42:4).

A medida que nuestro número aumenta, deben hacerse planes más amplios para satisfacer las demandas de los tiempos; pero no vemos aumento especial de la ferviente piedad, de la sencillez cristiana y de la devoción sincera. La iglesia parece conformarse con dar tan sólo los primeros pasos en la conversión. Sus miembros están más listos para la labor activa que para la devoción humilde, más listos para dedicarse al servicio religioso externo que a la obra interna del corazón. La meditación y la oración son descuidadas por el bullicio y la ostentación. La religión debe empezar vaciando y purificando el corazón, y debe ser nutrida por la oración diaria.

El progreso constante de nuestra obra y el aumento de las instalaciones llenan el corazón y la mente de muchos de nuestros hermanos con satisfacción y orgullo que tememos hayan de reemplazar el amor de Dios en el alma. La actividad intensa en la (527) parte mecánica de la obra de Dios puede ocupar de tal manera la mente, que la oración sea descuidada, y la importancia y suficiencia propia, tan dispuestas a abrirse paso, reemplacen la verdadera bondad, mansedumbre y humildad de corazón. Puede oírse el clamor: "Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es éste" (Jer. T4). "Ven conmigo, y verás mi celo por Jehová" (2 Rey. 10:16). Pero, ¿dónde están los que llevan las cargas? ¿Dónde están los padres y las madres de Israel? ¿Dónde están los que llevan en el corazón la preocupación por las almas, y se acercan con íntima simpatía a sus semejantes, listos a colocarse en cualquier posición para salvarlos de la ruina eterna?

%o con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos" (Zac. 4:6). "Vosotros sois", dijo Cristo, "la luz del mundo" (Mat. 5:14). ¡Qué responsabilidad! Hay necesidad de ayuno, humillación y oración sobre nuestro decadente celo y espiritualidad lánguida. El amor de muchos se está enfriando. Los esfuerzos de muchos de nuestros predicadores no son lo que debieran ser. Cuando algunos de los que carecen del Espíritu y del poder de Dios entran en un nuevo campo, empiezan denunciando a las demás denominaciones, pensando que pueden convencer a la gente de la verdad presentando las inconsistencias de las iglesias populares. En algunas ocasiones, puede parecer necesario hablar de estas cosas, pero en general ello no hace sino crear prejuicios contra nuestra obra, y cierra los oídos de muchos que de otra manera podrían haber escuchado la verdad. Si estos maestros estuviesen íntimamente relacionados con Cristo, tendrían sabiduría divina para saber cómo acercarse a la gente. No se olvidarían tan pronto de las tinieblas y del error, la pasión y el prejuicio que los separaban a ellos mismos de la verdad.

Si estos maestros trabajasen con el espíritu del Maestro, obtendrían resultados muy diferentes. Con mansedumbre y longanimidad, gentileza y amor, aunque con fervor decidido, tratarían de conducir a estas almas errantes a un Salvador crucificado y resucitado. Cuando hagan esto, veremos a Dios obrar en los corazones de los hombres. Dice el gran apóstol: "Nosotros somos colaboradores de Dios" (1 Cor. 3:9). ¡Qué obra para los pobres mortales! Se nos suministran las armas espirituales para pelear la (528) "buena batalla de la fe" (1 Tim. 6:12); pero algunos parecen haber sacado de la panoplia del cielo solamente los rayos y los truenos. ¿Hasta cuándo persistirán estos defectos?

En medio del interés religioso, algunos descuidan la parte más importante de la obra. Dejan de visitar a aquellos que han mostrado interés al presentarse noche tras noche para escuchar la explicación de las Escrituras y no llegan a familiarizarse con ellos. La conversación sobres temas religiosos, y la oración ferviente con los tales al debido tiempo, podría encaminar a muchas almas en la debida dirección. Los ministros que descuidan su deber al respecto no son verdaderos pastores del rebaño. Mientras debieran ser más activos en conversar y orar con los interesados, algunos se dedicarán a escribir cartas innecesariamente largas a personas lejanas. ¡Oh!, ¿qué estamos haciendo por el Maestro? Cuando termine el tiempo de gracia, ¡cuántos verán las oportunidades que descuidaron en cuanto a prestar servicio para su amado Señor que murió por ellos! Y aun los que son tenidos como más fieles, verán que podrían haber hecho mucho más si sus mentes no hubiesen sido distraídas por el ambiente mundano.

Suplicamos a los heraldos del evangelio de Cristo, que nunca se desalienten en la obra y nunca consideren ni aun al pecador más empedernido fuera del alcance de la gracia de Dios. Los tales pueden aceptar la verdad con amor, y llegara ser la sal de la tierra. El que desvía los corazones de los hombres como se desvían los ríos de agua, puede hacer que el alma más egoísta y endurecida por el pecado se entregue a Cristo. ¿Hay algo demasiado difícil para Dios? "Así será mi palabra", dice él, "que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié" (Isa. 55:11).

Dios no pondrá su bendición sobre los que son negligentes, egoístas y amantes de la comodidad; los que no quieren llevar cargas en su causa. El "Bien, buen siervo" (Mat. 25:21) será pronunciado solamente sobre aquellos que hayan hecho bien. Cada hombre ha de ser recompensado "según sea su obra" (Apoc. 22:12). Queremos un ministerio activo, hombres de oración que luchen con Dios como lo hiciera Jacob, y digan: "No te dejaré, si no me bendices" (Gén. 32:26). Si queremos obtener la corona del vencedor, (529) debemos ejercitar todo nervio y toda facultad. Nunca podremos ser salvos en la inactividad. El ser ocioso en la viña del Señor es renunciara todo derecho a la recompensa de los justos. (530)

ADVERTENCIAS Y ADMONICIONES.-

El 23 de Noviembre de 1879 se me mostraron algunas cosas relacionadas con nuestras instituciones y los peligros y deberes de aquellos que ocupan cargos de responsabilidad relacionados con ellas. Vi que aquellos hombres habían sido levantados para desempeñar una tarea especial como instrumentos de Dios de manera que los controlara, los guiara, y los moviera su Espíritu. Tienen el deber de responder a las exigencias de Dios y jamás deben sentir que son dueños de sí mismos y pueden emplear su facultades como mejor y más provechoso les parezca para ellos mismos. Aunque su propósito sea obrar con justicia es más que probable que se equivoquen a menos que sean aprendices constantes de la escuela de Cristo. Su única seguridad es andar humildemente con Dios.

Los peligros acechan a cada paso y aquél cuyo porte sea el de un conquistador podrá cantar un canto de triunfo en la ciudad de Dios. Algunos tienen fuertes rasgos de carácter que deberán reprimir. Si se mantienen bajo el control del Espíritu de Dios, esos rasgos serán una bendición; si no, serán una maldición declarada. Que aquellos que ahora están montados sobre la ola de popularidad no se vuelvan frívolos y excitables, será un milagro de la misericordia. Si se rinden a su propia sabiduría, como muchos otros que han gozado de su posición, esa sabiduría se transformará en insensatez. Pero mientras se entreguen abnegadamente a la obra de Dios, sin desviarse en lo más mínimo, el Señor extenderá sobre ellos su brazo poderoso y será una ayuda igualmente poderosa. "Yo honraré a los que me honrad' (1 Sam. 2:30).

Esta es una época peligrosa para cualquiera que tenga talentos que puedan ser útiles para la obra de Dios. Satanás despliega sus tentaciones constantemente ante las personas, intentando que caigan víctimas del orgullo y la ambición; de manera que, cuando Dios desea usarlas, a menudo se han vuelto independientes y autosuficientes y se sienten capaces de resistir solos. Ese será vuestro peligro, hermanos, a menos que viváis una vida de fe y oración constantes. Podéis tener un profundo y permanente sentido de las cosas eternas y el amor por la humanidad que Cristo mostró en su vida. La estrecha unión con el cielo dará el tono justo a vuestra (531) fidelidad y será la base de vuestro éxito. Vuestro sentimiento de dependencia os llevará a orar y vuestro sentido del deber os empujará a esforzaron. La oración y el esfuerzo, serán el centro de vuestra vida. Orad como si la eficiencia y los elogios se debieran únicamente a Dios; trabajad como si sólo a vosotros correspondieran todos los deberes. Si necesitáis poder, podéis obtenerlo porque está a la espera que lo pidáis. Basta con que creáis en Dios, os apoderéis de él en su palabra y actuéis por fe para que venga la bendición.

En este asunto, el genio, la lógica y la elocuencia no son de provecho. Dios acepta a quienes tienen un corazón humilde, confiado y contrito y escucha sus oraciones y cuando los ayuda vencen todos los obstáculos. Cuántos hombres de grandes capacidades naturales y alta formación han fracasado cuando han sido puestos en cargos de responsabilidad; y, sin embargo, quienes tenían un intelecto débil, cuyo entorno era más desfavorable, tuvieron un éxito maravilloso. El secreto reside en que los primeros confiaban en ellos mismos mientras que los segundos se unían a Aquel cuyo consejo es maravilloso y es poderoso para conseguir sus deseos.

Puesto que su trabajo siempre es urgente, a algunos les resulta difícil encontrar tiempo para meditar y orar. Cometen un error. Las bendiciones del cielo obtenidas mediante las súplicas diarias serán como pan de vida para el alma y aumentarán su potencia moral y espiritual, como un árbol plantado junto a las aguas de un río, cuyas hojas estarán siempre verdes y cuyos frutos madurarán a su tiempo.

Algunos han cometido un terrible error al descuidar la adoración pública de Dios. Los privilegios del servicio de culto son tan provechosos para ellos como para otros y son esenciales. A menudo, son tan incapaces de aprovecharlos como muchos otros. Con frecuencia, los médicos son llamados en sábado para visitar a los enfermos y se les obliga a hacer de ese día una jornada extenuante. Nuestro Salvador dijo que la labor de alivio de los sufrientes es una obra de misericordia y que, en ningún modo, profana el sábado. Pero quienes dedican regularmente sus sábados a la escritura o al trabajo, sin hacer ningún

cambio especial perjudican sus propias almas, dan a los otros un ejemplo indigno de imitación y no honran a Dios. (532)

Algunos no han visto la importancia real, no sólo de asistir a las reuniones religiosas, sino también de dar testimonio de Cristo y la verdad. Si esos hermanos no adquieren fuerza espiritual mediante el cumplimiento de todas y cada una de las obligaciones cristianas, estableciendo así una relación más estrecha y sagrada con su Redentor, sus facultades morales se debilitarán. A menos que cambien su conducta, con toda seguridad, se marchitarán espiritualmente.

Los hombres que están a cargo de nuestras instituciones ocupan puestos de gran responsabilidad. No deben ser distraídos de sus responsabilidades, pero tampoco pensar que son imprescindibles. Dios puede trabajar sin ellos, pero ellos no pueden trabajar sin Dios. Es necesario que aprendan a trabajar en armonía. Si desempeñan su función de manera honorable, cada uno de ellos podrá velar por los intereses financieros de la institución que se le ha confiado. Tales hombres deberán ser extremadamente cautos para que su departamento no sea el único que se tenga en cuenta y, así no perjudiquen a otros departamentos de igual importancia.

Hermanos, corréis el peligro de cometer graves errores en los negocios que emprendéis. Dios os advierte para que estéis vigilantes si no queréis invadir el terreno de vuestros colegas. Cuidad de no cultivarla estafa porque no resistiréis la prueba del día de Dios. Es preciso que seáis perspicaces y cuidadosos en vuestros cálculos porque deberéis tratar con todo tipo de personas; debéis vigilar los intereses de nuestras instituciones o miles de dólares irán a parar a manos de hombres deshonestos. Sin embargo, no permitáis que esos rasgos se conviertan en fuerza dominante. Sometidos a un control adecuado, son elementos esenciales para el carácter; si conserváis el temor de Dios ante vosotros y su amor en el corazón estaréis seguros.

Es mucho mejor renunciara algunos beneficios que cultivar un espíritu avaricioso y, de ese modo, convertirlo en parte de nuestra naturaleza. La ruindad es indigna de un cristiano. La gran cuchilla de la verdad nos ha separado del mundo. Aunque puedan ser muy evidentes para los demás, no siempre podemos ver los malos rasgos de nuestro carácter. Sin embargo, el tiempo y las circunstancias, con toda seguridad, sacarán a la luz el oro o descubrirán (533) el vil metal de nuestro carácter. Los hombres no nos conocen hasta que el crisol de Dios nos pone a prueba. Cada pensamiento bajo, cada mala acción, revela algún defecto del carácter. Los rasgos ásperos deben ser desbastados por el bisel y el martillo del gran taller de Dios, y la gracia de Dios debe pulirnos antes de que podamos ocupar un lugar en el glorioso templo.

Dios puede hacer que esos hermanos sean más preciosos que el oro fino, más aún que el oro de Ofir, si se abandonan a su mano transformadora. Deben estar decididos a dar el uso más noble a cada facultad y cada ocasión. La palabra de Dios debería ser su estudio y su guía para decidir qué es lo más elevado y lo mejor en todos los casos. El único carácter sin mancha, el Modelo perfecto que pone ante ellos el evangelio debería ser objeto de su estudio más interesado. La única lección esencial que deben aprender es que la verdadera grandeza sólo llega por medio de la bondad. Que Dios nos libre de la filosofía de los sabios mundanos. Su única esperanza está en la insensatez para que puedan ser sabios.

El más débil seguidor de Cristo ha establecido una alianza con un poder infinito. En muchos casos Dios puede hacer poco con los hombres instruidos porque no sienten necesidad de inclinarse ante él, la Fuente de toda sabiduría; por lo tanto, después de una prueba, los aparta y los sustituye por hombres de menos talento que hayan aprendido a confiar en él, cuyas almas están fortificadas con la bondad, la verdad y una fidelidad inquebrantable y no tropiecen con nada que pueda manchar su conciencia.

Hermanos, si unís vuestras almas a Dios con una fe viva, él hará de vosotros hombres poderosos. Si confiáis en vuestra propia sabiduría y vuestras fuerzas, fracasaréis indefectiblemente. Dios está disgustado por vuestro escaso interés en el servicio religioso. Sois hombres distinguidos y, como tales, ejercéis una influencia mayor que otras personas que ocupan cargos de menor relevancia. "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia" (Mat. 6:33). Debéis ser obreros de la iglesia activos e

interesados, que cultivan sus facultades religiosas y mantienen el alma en el amor de Dios. En este aspecto, el Señor tiene derechos sobre vosotros que no podéis considerar a la ligera; debéis crecer en gracia o, de lo contrario, os convertiréis en enanos para las cosas espirituales. (534) Dar testimonio de Cristo cuando y donde se pueda no sólo es un privilegio, sino un deber. Al ejercitar la mente de este modo cultivaréis el amor por las cosas sagradas.

Corremos el peligro de considerara los ministros de Cristo como simples hombres y no reconocerlos como sus representantes. Todas las consideraciones personales deben ser puestas a un lado, debemos escuchar la palabra de Dios que nos llega por medio de sus embajadores. Cristo siempre envía mensajes a aquellos que escuchan su voz. La noche de la agonía de nuestro Salvador, en el huerto de Getsemaní, los discípulos, dormidos, no escucharon la voz de Jesús; tenían un tenue atisbo de la presencia de los ángeles, pero la somnolencia y el sopor les impidieron recibir la prueba que habría fortalecido sus almas, preparándolas para las terribles escenas que se les avecinaban. Así pues, los mismos hombres que más necesitan la instrucción divina, a menudo, no la reciben porque no establecen comunicación con el cielo. Satanás siempre busca controlar la mente y nadie está a salvo a menos que tenga una conexión constante con Dios. En algunos momentos debemos recibir provisiones del cielo y si queremos que el poder de Dios nos guarde debemos obedecer sus exigencias.

La condición para que llevéis fruto es que permanezcáis en la Vid verdadera. "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden" (Juan 15:4-6).

Todos vuestros buenos propósitos y vuestras buenas intenciones no os capacitarán para resistir la prueba de la tentación. Es preciso que seáis hombres de oración. Vuestras peticiones no deben ser vagas, ocasionales e intermitentes, sino sinceras, perseverantes y constantes. Para orar no es preciso que estéis solos o que os arrodilléis; en medio del trabajo el alma se puede elevara Dios y aferrarse a su fuerza. Entonces seréis hombres con propósitos santos y elevados, de noble integridad, a los cuales ninguna consideración los desviará de la verdad, lo correcto y la justicia. (535)

Las urgencias, las cargas y las obligaciones os apremian; pero cuanto mayor sea la presión que soportéis, cuanto mayor sea la carga que debáis soportar, tanto más necesitáis la ayuda divina. Jesús será vuestro auxilio. Constantemente necesitáis que la luz de la vida ilumine vuestros pasos y, así, sus rayos divinos se reflejarán sobre los otros. La obra de Dios es un todo perfecto, porque es perfecta en todas sus partes. La atención consciente a lo que el mundo llama pequeñeces es la causa de la gran belleza y el éxito de la vida. Las pequeñas acciones de caridad, las palabras amables, los pequeños actos de abnegación, el sabio aprovechamiento de las pequeñas oportunidades y el cultivo diligente de los pequeños talentos hacen que el hombre sea grande a los ojos de Dios. Si fielmente, prestáis la debida atención a esas pequeñas cosas, si esas gracias están en vosotros y son abundantes os harán perfectos en la menor de las buenas acciones.

No basta con estar dispuestos a dar generosamente una parte de vuestros recursos a la causa de Dios. Es precisa una consagración sin reservas de todas vuestras facultades. Haberos retenido a vosotros mismos ha sido el error de vuestra vida. Si pensáis que vuestro cargo dificulta que mantengáis una estrecha unión con Dios, vuestro trabajo será diez veces más duro si no lo hacéis. Satanás jalonará vuestra senda con tentaciones y sólo por medio de Cristo podéis obtener la victoria. La misma voluntad indomable que da el éxito en los objetivos intelectuales es esencial para la vida cristiana. Debéis ser representantes de Jesucristo. Vuestra energía y perseverancia deberían ser aún mayores que las mostradas en cualquier otro objetivo porque los asuntos de la eternidad son más importantes que los temporales.

Si alguna vez alcanzáis el éxito en la vida cristiana deberéis estar convencidos que sois hombres según el corazón de Dios. El Señor necesita vuestra influencia sobre la iglesia y sobre el mundo para elevar el

modelo de cristianismo. El verdadero carácter cristiano debe estar marcado con la firmeza de propósito y la determinación indomable que no puede ser sometida ni moldeada por la tierra o el infierno. Quien no sea ciego a la atracción de los honores mundanos, indiferente a las amenazas e insensible a la fascinación será víctima de los engaños de Satanás. (536)

Dios exige una consagración completa y no acepta nada menor. Cuanto más difícil es vuestra responsabilidad, más necesitáis a Jesús. El amor y el temor de Dios mantuvieron a José puro y sin mácula en la corte del faraón. Fue elevado con grandes riquezas, al alto honor de sentarse junto al faraón. Esa elevación fue tan repentina como grande. Es imposible permanecer en un lugar elevado sin correr peligro. La tormenta deja incólume la pequeña flor del valle, pero estremece al árbol que está en la elevada cumbre de las montañas. Hay muchos hombres a quienes Dios podría haber usado con maravillosos éxitos cuando se encontraban en la pobreza extrema —podría haberlos hecho útiles y haberlos coronado con la gloria— pero la prosperidad los arruinó; el olvido de la humildad los arrastró al abismo, olvidaron que Dios era su fuerza y se hicieron independientes y autosuficientes.

José pasó la prueba de carácter en la adversidad y el oro de la prosperidad le llegó en abundancia. Mostró el mismo sagrado cuidado por seguir la voluntad de Dios cuando estuvo junto al trono que cuando se encontraba prisionero en una celda. José llevaba su religión a todas partes y ese fue el secreto de su fidelidad inquebrantable. En vuestra condición de representantes debéis tener el poder que todo lo impregnó de la verdadera piedad. Temerosa de Dios, os digo que vuestros pasos están jalonados de peligros ocultos. Refugiaos en Jesús. No estaréis seguros a menos que toméis la mano de Cristo. Guardaos contra todo cuanto se parezca a la presunción y acoged el espíritu que prefiere sufrir antes que pecar. No obtendréis ninguna victoria tan preciosa como la que se obtiene venciendo al yo. (537)

CULTURA MORAL E INTELECTUAL.-

En la visión que se me concedió el 9 de Octubre de 1878, se me mostró la posición que nuestro sanatorio de Battle Creek debiera ocupar, y el carácter y la influencia que debieran ejercer todos los que se relacionan con él. Esta importante institución ha sido establecida por la providencia de Dios, y su bendición es indispensable para el éxito. Los médicos no son curanderos ni infieles, sino hombres que comprenden el organismo humano y los mejores métodos de tratar la enfermedad, hombres temerosos de Dios con profundo interés por el bienestar moral y espiritual de sus pacientes. Los administradores no debieran realizar ningún esfuerzo por ocultar este interés por el bienestar físico y el espiritual. Mediante una vida de integridad cristiana auténtica pueden dar al mundo un ejemplo digno de imitarse; y no debieran vacilar en dar a conocer que además de su habilidad para el tratamiento de la enfermedad, están continuamente obteniendo sabiduría y conocimiento de Cristo, el Maestro más grande que el mundo ha conocido. Deben poseer esta conexión con la Fuente de toda sabiduría para que su trabajo tenga éxito.

La verdad tiene poder para elevar al que la recibe. Si la verdad de la Biblia ejerce su influencia santificadora en el corazón y el carácter, hará más inteligentes a los creyentes. Un cristiano comprenderá su responsabilidad ante Dios y sus semejantes, si se encuentra debidamente relacionado con el Cordero de Dios, el cual dio su vida por el mundo. Sólo mediante un mejoramiento continuo de las facultades intelectuales tanto como de las morales, podemos esperar satisfacer el propósito de nuestro Creador.

Dios siente desagrado hacia los que son demasiado descuidados o indolentes hasta el punto de no llegar a ser obreros eficientes y bien informados. Los cristianos debieran poseer más inteligencia y un discernimiento más agudo que los mundanos. El estudio de la Palabra de Dios expande constantemente la mente y fortalece el intelecto. No hay nada que refine y eleve más el carácter y dé más vigora toda facultad como el ejercicio continuo de la mente para captar y comprender graves e importantes verdades. (538)

La mente humana se empequeñece y debilita cuando trata únicamente asuntos comunes, sin elevarse nunca por encima del nivel de las cosas temporales para percibir y captar los misterios de lo invisible. La comprensión disminuye gradualmente hasta el nivel de los temas que le resultan constantemente familiares. Las facultades de la mente disminuirán y su habilidad se perderá si no se la ejercita para adquirir conocimiento adicional y sí no se la esfuerza para comprender las revelaciones del poder divino en la naturaleza y en la Palabra Sagrada.

Pero el conocimiento de hechos y teorías, por muy importantes que estos sean en sí mismos, son de escaso valora menos que se pongan en práctica. Existe el peligro de que los que han obtenido su educación principalmente de libros, dejen de comprender que son novicios en lo que concierne al conocimiento experimental. Esto es especialmente válido para los que se relacionan con el sanatorio. Esta institución necesita hombres pensadores y hábiles. Los médicos, los administradores, las comadronas y los auxiliares debieran ser personas de cultura y experiencia. Pero algunos no logran comprender lo que se requiere de un establecimiento como éste, de modo que siguen lentamente adelante, año tras año, sin realizar ninguna mejora evidente. Parecen estar estereotipados; cada día es para ellos una repetición del día anterior.

Las mentes y los corazones de estos obreros mecánicos se encuentran empobrecidos. Tienen frente a ellos buenas oportunidades. Si estuvieran inclinados al estudio, podrían obtener una educación del valor más elevado, pero no aprecian sus privilegios. Ninguno debiera quedar satisfecho con su educación actual. Capacítense diariamente para llenar algún puesto de confianza.

Es de gran importancia que el elegido para ocuparse de los intereses espirituales de los pacientes y los auxiliares sea un hombre de sano juicio y principios firmes, con influencia moral y sepa tratar las mentes. Debería ser una persona experimentada y sabia, afectuosa e inteligente a la vez. Quizá al principio no sea eficiente en todos los aspectos, pero con reflexión honesta y mediante el ejercicio de sus capacidades debería adquirir las cualidades necesarias para esta importante tarea. Para servir aceptablemente en esta función se necesita la máxima sabiduría y amabilidad, además (539) de una integridad inflexible, porque el prejuicio, la intolerancia y el error de cualquier tipo deben ser combatidos.

Ese puesto no debería ser ocupado por un hombre de temperamento irritable y combativo. Es preciso poner cuidado en no hacer que la rudeza y la impaciencia vuelvan repulsiva la religión de Cristo. Mediante la mansedumbre, la amabilidad y el amor, el siervo de Dios debería representar correctamente nuestra santa fe. Aunque la cruz nunca debe ser ocultada, también debería presentar el amor inigualable del Salvador. El obrero debe estar imbuido del espíritu de Jesús. Sólo así se presentarán los tesoros del alma con palabras que lleguen al corazón de los que oigan. La religión de Cristo, ejemplificada por la vida diaria de sus seguidores, ejercerá una influencia diez veces mayor que el más elocuente de los sermones.

Los obreros inteligentes y temerosos de Dios pueden realizar un bien enorme en lo que concierne a reformar a quienes acuden al sanatorio como inválidos para recibir tratamiento. Estas personas están enfermas, no sólo físicamente, sino también mental y moralmente. La educación, los hábitos y la vida entera de muchas personas han sido un error. No pueden, en pocos días, realizar los cambios necesarios para adoptar hábitos correctos. Deben disponer de tiempo para considerar este asunto y para aprender los métodos acertados. Si todos los que trabajan en el sanatorio son representantes adecuados de la verdad de la reforma de la salud y de nuestra santa fe, ejercerán una influencia para moldear las mentes de sus pacientes. El contraste de los hábitos erróneos con los que armonizan con la verdad de Dios tiene un poder convincente.

Los seres humanos no son lo que podrían ser y lo que la voluntad de Dios se propone que sean. El poder de Satanás sobre la humanidad los mantiene en un nivel inferior, pero esto no debe ser así, porque entonces Enoc no habría podido elevarse y ennoblecerse de tal manera que llegara a caminar con Dios. Los seres humanos no pueden dejar de crecer intelectual y espiritualmente durante toda la

vida. Pero muchos tienen la mente de tal manera ocupada consigo mismos y con sus propios intereses que no les queda lugar para pensamientos más elevados y nobles. Y la norma de los logros intelectuales tanto como espirituales es demasiado (540) baja. Para muchos, cuanto mayor responsabilidad tiene el puesto que ocupan, tanto más complacidos se encuentran con ellos mismos; y abrigan la idea de que el cargo es el que da carácter a la persona. Pocos comprenden que tienen ante ellos la tarea constante de desarrollar la paciencia, la simpatía, la caridad, la escrupulosidad y la fidelidad, que son rasgos de carácter indispensables para quienes ocupan puestos de responsabilidad. Todos los que trabajan en el sanatorio debieran poseer una consideración sagrada por los derechos de los demás, lo cual no es otra cosa sino obedecer los principios de la ley de Dios.

Algunos, en esta institución, carecen, tristemente, de las cualidades indispensables para la felicidad de todos los que se relacionan con ellos. Los médicos y los auxiliares de los diversos ramos de trabajo debieran cuidarse mucho contra la manifestación de una frialdad egoísta, de una disposición distante y antisocial, porque esto enajenaría los afectos y la confianza de los pacientes. Muchos que acuden al sanatorio son personas refinadas y sensibles, de tacto y agudo discernimiento. Estas personas descubren tales defectos inmediatamente y los comentan. Las personas no pueden amar supremamente a Dios y a su prójimo como a sí mismos y al mismo tiempo ser fríos como témpanos. No sólo privan a Dios del amor que se le debe dar, sino también al mismo tiempo privan a sus semejantes de ese amor. El amor es una planta de crecimiento celestial, y se debe cultivar y alimentar. Los corazones afectuosos y las palabras veraces y amantes, harán felices a las familias y ejercerán una influencia elevadora sobre todos los que entran en contacto con la esfera de su influencia.

Los que aprovechan al máximo sus privilegios y oportunidades serán, en el sentido bíblico, personas de talento y educadas; no tendrán solamente conocimientos, sino que serán educadas tanto intelectualmente, como en sus maneras y en su comportamiento. Serán refinadas, tiernas, compasivas y afectuosas. Se me mostró que esto es lo que exige el Dios del cielo de las instituciones de Battle Creek. Dios nos ha dado facultades para que las usemos, las desarrollemos y las fortalezcamos con la educación. Es preciso que razonemos y reflexionemos, indicando cuidadosamente la relación que existe entre las causas y los efectos. Cuando esto se (541) practique la mayoría pondrá más cuidado en sus palabras y sus acciones, de manera que puedan dar una mejor respuesta al propósito de la creación de Dios.

Debiéramos recordar siempre que no sólo somos alumnos sino también profesores en este mundo, mientras nos capacitamos personalmente y enseñamos también a otras personas nos colocamos en una esfera de acción más elevada para la vida futura. La medida de la influencia del hombre se encuentra en el conocimiento de la voluntad de Dios y en su realización. Tenemos la capacidad de mejorar tanto en la mente como en el comportamiento, de manera que Dios no se avergüence de poseernos. En el sanatorio deben existir normas elevadas. Si en nuestras filas hay hombres con poder cultural e intelectual, han de ser llamados al frente para ocupar cargos en nuestras instituciones.

Los médicos no debieran ser deficientes en muchos sentidos. Ante ellos se abre un amplio campo de utilidad, y si no se capacitan en su profesión la culpa es únicamente suya. Deben ser alumnos diligentes. Mediante una estrecha aplicación y fiel atención a los detalles, han de convertirse en obreros responsables. No debiera ser necesario que nadie los vigile para comprobar que han hecho su trabajo sin cometer errores.

Los que ocupan posiciones de responsabilidad han de ser tan educados y disciplinados, que todos los que entran en contacto con su esfera de influencia logren ver lo que el ser humano puede llegar a ser, y puede realizar, cuando se relaciona con el Dios de sabiduría y poder. ¿Y por qué un hombre que tiene este privilegio no podría llegara poseer un poderoso intelecto? La gente del mundo se ha burlado repetidamente diciendo que los que creen en la verdad presente poseen una mente débil, son deficientes en la educación y carecen de posición e influencia. Sabemos que esto no es así; ¿pero no existirá alguna razón para esas aseveraciones? Muchos han considerado que la ignorancia y la falta de cultura son una

señal de humildad. Tales personas están engañadas en el significado de la verdadera humildad y la mansedumbre del cristiano. (542)

DEBER HACIA LOS POBRES.-

Los administradores del sanatorio no debieran estar gobernados por los principios que controlan otras instituciones de esta clase, en las cuales los dirigentes, actuando por conveniencia, demasiado a menudo tratan con deferencia a los ricos mientras que descuidan a los pobres. Los pobres con frecuencia tienen gran necesidad de simpatía y consejo, lo cual no siempre reciben, aunque desde el punto de vista del valor moral, pueden estar mucho más alto en la estima de Dios que los más ricos. El apóstol Santiago ha dado un consejo definido con respecto a la manera como debemos tratar a los pobres.

"Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y con ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso, y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre: Estate tú allí en pie, o siéntate aquí bajo mi estrado; ¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos, y venís a ser jueces con malos pensamientos? Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?" (Sant. 2:2-5).

Aunque Cristo era rico en las cortes celestiales, se hizo pobre para que mediante su pobreza nosotros pudiéramos ser hechos ricos. Jesús honró a los pobres compartiendo su condición humilde. De la historia de su vida debemos aprender la forma de tratar a los pobres. Algunos llevan a extremos el deber de la beneficencia, y en realidad perjudican a los pobres al hacer demasiado por ellos. Los pobres no siempre se esfuerzan como debieran hacerlo. Si bien es cierto que no se los debe descuidar y hacerlos sufrir, es necesario enseñarles a ayudarse a sí mismos.

No se debe descuidar la causa de Dios prestando a los pobres toda la atención. Cristo cierta vez dio a sus discípulos una lección muy importante acerca de este punto. Cuando María derramó el ungüento sobre la cabeza de Jesús, el codicioso Judas hizo un ruego en favor de los pobres y se quejó por lo que consideró un desperdicio de dinero. Pero Jesús vindicó el acto diciendo: "Dejadla, ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho". "De cierto os digo (543) que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella" (Mar. 14:6, 9). Con esto se nos enseña que Cristo debía ser honrado por medio de la consagración de lo mejor de nuestros bienes. Si dirigiéramos toda nuestra atención a aliviar las necesidades de los pobres, la causa de Dios sería descuidada. Ninguna de las dos debería verse afectada si sus mayordomos cumplen su deber, pero la causa de Cristo debe venir primero.

Los pobres debieran tratarse con tanto interés y atención como los ricos. La práctica de honrar a los ricos y despreciar y descuidar a los pobres es un delito a la vista de Dios. Los que están rodeados por todas las comodidades de la vida, o que reciben atenciones especiales del mundo porque son ricos, no experimentan la necesidad de compasión y de tierna consideración como las personas cuyas vidas han sido una larga lucha con la pobreza. Estos últimos tienen muy poco en esta vida que los haga felices o alegres, debido a lo cual apreciarían las manifestaciones de afecto y amor. Los médicos y sus colaboradores en ningún caso debieran descuidar a esta clase, porque al hacerlo pueden descuidar a Cristo en la persona de sus santos.

Nuestro sanatorio fue levantado para beneficiar a la humanidad doliente, tanto a los ricos como a los pobres, en todo el mundo. Muchas de nuestras iglesias tienen muy poco interés en esta institución, a pesar de que cuentan con evidencia suficiente de que es uno de los instrumentos designados por Dios para llevara hombres y mujeres bajo la influencia de la verdad y para salvar muchas almas. Las iglesias que tienen pobres en su congregación no debieran descuidar su mayordomía y arrojar la carga de los pobres y enfermos sobre el sanatorio. Todos los miembros de las diversas iglesias son responsables delante de Dios por los afligidos. Llevarán también sus cargas. Si tienen enfermos entre ellos y desean

que reciban el beneficio de algún tratamiento, envíenlos al sanatorio si es posible. Al hacerlo, no sólo utilizarán la institución que Dios ha establecido, sino que ayudarán a los que necesitan ayuda, y se preocuparán de los pobres de la forma que Dios requiere.

No era el propósito de Dios que la pobreza desapareciera del mundo. Las clases de la sociedad nunca debían ser igualadas; porque (544) que la diversidad de condiciones que caracteriza a la humanidad es uno de los medios por los que Dios ha determinado probar y desarrollar el carácter. Muchos han urgido con gran entusiasmo que todos los seres humanos debieran tener una parte igual en las bendiciones temporales de Dios; pero éste no era el propósito del Creador. Cristo ha dicho que siempre debemos tener a los pobres con nosotros. Los pobres, tanto como los ricos, han sido adquiridos con su sangre; y entre sus seguidores profesos, en la mayor parte de los casos, los pobres le sirven con determinación, mientras que los ricos están constantemente depositando sus afectos sobre los tesoros terrenales y olvidan a Cristo. Las preocupaciones de esta vida y la codicia por las riquezas eclipsan la gloria de un mundo eterno. Si todos tuvieran la misma cantidad de posesiones mundanas, eso sería la peor desgracia que hubiera caído sobre la humanidad. (545)

SALUD Y RELIGIÓN.-

El temor de Dios hará más por los pacientes del sanatorio que cualquier otro método que se emplee para la restauración de la salud. En ningún caso la religión debería quedar relegada a la última fila, como si fuera perjudicial para aquellos que acuden para ser tratados. Al contrario, ha de resaltarse que las leyes de Dios, manifestadas tanto en la naturaleza como en la revelación, "son vida a los que las hallan, y medicina a todo su cuerpo" (Prov. 4:22).

El orgullo y las modas convierten a los hombres y mujeres en esclavos de hábitos fatales para la salud y aun para la vida misma. Los apetitos y las pasiones, que claman indulgencia, pisotean la razón y la conciencia. Esta es la cruel obra de Satanás, que constantemente se esfuerza con determinación para reforzar las cadenas con que ha atado a sus víctimas. Los que durante toda su vida han consentido malos hábitos no siempre se aperciben de la necesidad de cambio. Muchos persisten en la gratificación a cualquier precio de sus deseos de placeres pecaminosos. Despertando la conciencia se habrá ganado mucho. Sólo la gracia de Dios puede convencer y convertir el corazón. Sólo así los esclavos de las costumbres podrán obtener poder para romper los grilletes que los sujetan. Será preciso que el indulgente llegue a ver y sentir que precisa de una gran renovación moral si quiere cumplir las exigencias de la ley divina. El templo del alma se ha contaminado y Dios le pide que despierte y se esfuerce al máximo por recuperar la humanidad dada por Dios y sacrificada con la indulgencia pecaminosa.

La verdad divina puede causar poco efecto sobre el intelecto mientras las costumbres y los hábitos están en oposición a sus principios. Los que se informan al respecto de los efectos de la indulgencia pecaminosa sobre la salud e inician la obra de reforma, aun por motivos egoístas, se ponen en el lugar donde la verdad de Dios puede encontrar acceso a sus corazones. Y, por otra parte, aquellos a quienes alcanza la presentación de la verdad de las Escrituras se encuentran en una situación en la que sus consciencias se despiertan a los temas relacionados con la salud. Se hacen conscientes de la necesidad de romper con los hábitos y los apetitos tiránicos que durante tanto tiempo los han gobernado. (546) Muchos recibirían las verdades de la palabra de Dios si la clara evidencia hubiera convencido sus juicios. Pero los deseos carnales, que claman su complacencia, controlan el intelecto y rechazan la verdad como una falsedad porque entra en colisión con sus aficiones concupiscentes.

"El temor de Jehová es el principio de la sabiduría" (Prov. 9:10). Cuando los hombres con malos hábitos y prácticas pecaminosas se rinden al poder de la verdad divina, la entrada de la palabra de Dios da luz y comprensión a los sencillos. Se aplica la verdad al corazón; la fuerza moral, que parecía muerta, revive. El que la recibe es poseído por una comprensión de las cosas más fuerte y clara que

antes. Ha unido su alma a la Roca eterna. La salud mejora en la misma dirección que su seguridad en Cristo. Por eso la religión y las leyes de salud van de la mano. (547)

OBREROS FIELES.-

La dirección de una institución tan grande e importante como un sanatorio, necesariamente conlleva una gran responsabilidad, tanto en los asuntos temporales como espirituales. Es de la mayor importancia que este asilo para los enfermos del cuerpo y de la mente sea de tal naturaleza que Jesús, el poderoso Sanador pueda presidir entre ellos, y que todo lo que se hace se haga bajo el control de su Espíritu. Todos los que se relacionan con esta institución estarán calificados para cumplir fielmente las responsabilidades que Dios les ha dado. Cumplirán hasta los deberes más pequeños con tanta fidelidad como la que dedican a los asuntos de mayor importancia. Todos han de estudiar con oración la forma como pueden llegar a ser más útiles a fin de convertir este retiro para los enfermos en una empresa de gran éxito.

No comprendemos con cuánta ansiedad los pacientes afectados por diversas enfermedades vienen al sanatorio, todos ellos deseando encontrar ayuda, pero algunos con dudas y desconfianzas, mientras que otros vienen llenos de confianza en que serán aliviados. Los que no han visitado la institución observan con interés toda manifestación de los principios que sus administradores han adoptado.

Todos los que profesan ser hijos de Dios, al llevar a cabo sus labores que los ponen en contacto con todas clases de mentes, han de recordar constantemente que son misioneros. Se encontrarán con gente refinada y vulgar, con humildes y orgullosos, con religiosos y escépticos, con gente confiada y sospechosa, con dadivosos y avaros, con los puros y los corrompidos, con los educados y los ignorantes, con los ricos y los pobres; en realidad, casi todos los grados de carácter y condición se encontrarán entre los pacientes del sanatorio. Los que vienen a este lugar, lo hacen porque necesitan ayuda; por eso, cualquiera que sea su condición, reconocen que no pueden ayudarse a sí mismos. Estas mentes de diversas clases no se pueden tratar de la misma forma; y sin embargo, todas estas personas, ya sean ricas o pobres, encumbradas o humildes, dependientes o independientes, necesitan bondad, simpatía y amor. Mediante la relación con los demás, nuestras mentes debieran (548) pulirse y refinarse. Dependemos unos de otros, y nos encontramos estrechamente vinculados por la fraternidad humana.

"El cielo hizo que uno de otro dependiera,
un amo, un siervo, o un amigo,
se apoyan unos en otros en busca de ayuda,
hasta que la debilidad de uno se convierte en la fortaleza de todos".

Los cristianos se ponen en contacto con el mundo por medio de las relaciones sociales. Cada hombreo mujer que haya probado el amor de Cristo y recibido en el corazón la iluminación divina, tiene el deber delante de Dios de arrojar luz sobre la senda oscura de los que no están familiarizados con un camino mejor. Todo obrero de este sanatorio ha de convertirse en testigo de Jesús. El poder social, santificado por el Espíritu de Cristo, debe ser aprovechado para ganar almas para el Salvador.

Los que tienen que tratar con personas que difieren tan ampliamente en carácter, disposición y temperamento, experimentarán luchas, perplejidades y choques, aun cuando hagan lo mejor que pueden. Puede ser que la ignorancia, el orgullo y la independencia que encontrarán les causen disgusto; pero esto no los desanimará. Se colocarán donde puedan influir en el ánimo de otros en lugar de que otros influyan en ellos. Firmes como una roca a los principios, con fe inteligente, permanecerán sin dejarse corromper por las influencias que imperan en el ambiente. El pueblo de Dios no se dejará transformar por las diversas influencias a las que necesariamente se verá expuesto; sino que permanecerá firme por Jesús, y mediante la ayuda de su Espíritu ejercer un poder transformador sobre las mentes alteradas por los hábitos falsos y contaminadas por el pecado.

No hay que ocultar a Cristo en el corazón y encerrarlo como un tesoro codiciado, sagrado y dulce, para ser disfrutado únicamente por el que lo posee. Tengamos a Cristo en nuestro corazón como una fuente de agua que salta para vida eterna, que refresca a todos los que se ponen en contacto con nosotros. Confesemos a Cristo abiertamente y con valor, y demostremos en nuestro carácter su humildad, mansedumbre y amor, hasta que los hombres experimenten el encanto de la hermosura de la santidad. La mejor forma (549) de preservar nuestra religión no es colocarla en una botella, como si fuera perfume, para que no se escape su fragancia.

Los conflictos y rechazos que experimentemos nos harán más fuertes y darán estabilidad a nuestra fe. No nos inclinemos como un bejuco delante del viento, impulsados por toda influencia pasajera. Nuestras almas, entibiadas y vigorizadas por las verdades del Evangelio y refrescadas por la gracia divina, han de abrirse, expandirse y derramar su fragancia sobre otros. Vestidos con toda la armadura de la justicia, podemos hacer frente a cualquier influencia sin que se manche nuestra pureza.

Todos han de considerar que los derechos que Dios tiene sobre ellos desatan a todos los demás. Dios ha dado a toda persona capacidades que debe mejorar haciendo reflejar la gloria del Dador. Cada día hay que realizar un progreso. Si los obreros se van del sanatorio tal como llegaron, sin haber realizado una mejora definida, sin haber aumentado sus conocimientos y poder espiritual, han experimentado una pérdida. Dios se propone que los cristianos crezcan continuamente, que se desarrollen hasta alcanzar la estatura plena de hombres y mujeres en Cristo. Todos los que no se tornan más fuertes ni quedan más firmemente arraigados en la verdad, están retrocediendo continuamente.

Hay que realizar un esfuerzo especial para conseguir los servicios de obreros cristianos cuidadosos. Dios tiene el propósito de que se organice una institución que beneficie la salud, controlada exclusivamente por adventistas del séptimo día; y cuando se trae a incrédulos para que ocupen puestos de responsabilidad, habrá allí una influencia que pesará considerablemente contra el sanatorio. No es el propósito de Dios que esta institución se dirija de acuerdo a la modalidad con que se administran las demás instituciones de salud del país; en cambio se propone que sea uno de los instrumentos más eficaces en sus manos para dar la luz al mundo. Debe contar con habilidad científica, con poder moral y espiritual, y debe ser un fiel centinela de la reforma en todo sentido. Y todos los que participan en el trabajo, serán reformadores, respetarán sus reglamentos y obedecerán la luz de la reforma pro salud que ahora brilla sobre nosotros como pueblo.

Todo esto puede ser una bendición para otros, si ellos se colocan en un lugar donde puedan representar correctamente la religión de Cristo. Pero ha habido más empeño en poner énfasis en la apariencia de las cosas materiales, para satisfacer la mente de los pacientes mundanos, que en mantener una conexión viviente con el cielo, y orar y velar, para que este instrumento de Dios pueda tener éxito total en la obra de hacer bien al cuerpo y también al alma de los seres humanos.

¿Qué podría decirse y qué podría hacerse, para detectar la convicción en los corazones de todos los que se relacionan con esta importante institución? ¿Cómo podrían ser inducidos a ver y sentir el peligro de tomar decisiones equivocadas, a menos que diariamente tengan una experiencia viviente en las cosas de Dios? Los médicos se encuentran en una posición desde la que pueden ejercer influencia de acuerdo con su fe, y así pueden manifestar un poder modelador sobre todos los que se relacionan con la institución. Este es uno de los mejores campos misioneros que hay en el mundo, y todos los que ocupan puestos de responsabilidad han de familiarizarse con Dios y recibir constantemente la luz del Cielo. Nunca en la historia del sanatorio hubo un período tan importante como el presente, jamás hubo tanto en juego[5]. Nos rodean los peligros de los últimos días. Satanás ha descendido con gran poder y trabaja con todo el engaño y la injusticia de los que perecen porque sabe que le queda poco tiempo. Ahora

[5] El lector deberá recordar que el presente Testimonio fue escrito a inicios de la década de los años ochenta del siglo XIX. N. del T.

debe brillar la luz de nuestras palabras y comportamiento, con un resplandor mayor aún si cabe, sobre la senda de los que se encuentran en tinieblas.

Hay algunos que no son lo que el Señor desearía que fueran. Son bruscos y duros, por lo que necesitan la influencia suavizadora y subyugadora del Espíritu de Dios. Nunca parece conveniente tomar la cruz y seguir por la senda de la abnegación, y sin embargo esto debe hacerse. Dios desea que todos reciban su gracia y su Espíritu para que sus vidas despidan fragancia. Algunos son demasiado independientes, demasiado autosuficientes, y no buscan el consejo de los demás como es necesario. (551)

Hermanos, vivimos en un tiempo solemne. Es preciso llevar a cabo una importante obra por nuestras propias almas y las de los demás o nos enfrentaremos ante una infinita pérdida. Es preciso que la gracia de Dios nos transforme o perderemos el cielo y arrastraremos a otros en nuestra caída. Os aseguro que los conflictos y las cuitas que debemos soportar en el cumplimiento de nuestras obligaciones movidos por nuestra fidelidad a Cristo no son obra suya. No nos las impone un mandamiento arbitrario o innecesario; no proceden de la severidad de la vida que nos exige que llevemos en su servicio. La cantidad y la fuerza de las pruebas serán mayores si no obedecemos a Cristo y nos convertimos en siervos de Satanás y esclavos del pecado.

Jesús nos invita a acudir a él para que pueda aliviar nuestras cargadas espaldas del peso que nos abruma y poner sobre nosotros su yugo, que es fácil y su carga, que es ligera. La senda que nos invita a seguir no nos causará dolor alguno siempre que estemos dispuestos a andar por ella. Cuando nos desviamos de la senda del deber el camino se vuelve difícil y espinoso. Los sacrificios que debemos hacer al seguir a Cristo son sólo los pasos necesarios para regresar a la senda de luz, de paz y de felicidad. La indolencia acrecienta las dudas y los temores. Cuanto más se los consiente, más difíciles de vencer se vuelven. La seguridad está en abandonar todo apoyo terrenal y aferrarnos a la mano del que levantó y salvó al discípulo que se hundía en el mar tormentoso.

Dios os pide que mezcléis la confiada sencillez del niño con la fuerza y la madurez del hombre. Así y por medio de los méritos de Cristo desarrollaréis el verdadero oro del carácter. Mi alma está afligida por aquellos que no sienten la necesidad de unión constante con el cielo para hacer la obra que se les ha encomendado como fieles centinelas de Dios.

La religión es necesaria. Debemos comer del pan de vida y beber del agua de salvación. Debemos acoger el amor, no el que recibe el falso nombre de caridad, que nos llevaría a amar el pecado y a recibir a los pecadores, sino la caridad y la sabiduría de la Biblia que es, ante todo, pura, pacífica, fácil de pedir y está llena de misericordia y buenos frutos. (552)

Todos los que ejercen alguna influencia en el sanatorio han de conformarse a la voluntad de Dios, humillarse personalmente y abrir el corazón a la influencia preciosa del Espíritu de Cristo. El oro probado en fuego representa amor y fe. Muchos carecen casi completamente de amor. La autosuficiencia enceguece sus ojos a su gran necesidad. Existe una necesidad positiva de una conversión diaria a Dios, y de una experiencia renovada, profunda y diaria en la vida religiosa.

Especialmente en los corazones de los médicos debiera surgir un deseo muy ferviente de recibir la sabiduría que únicamente Dios puede impartir; porque en cuanto se llenan de confianza propia quedan abandonados a sí mismos, para seguir los impulsos de un corazón no santificado. Cuando veo lo que estos médicos podrían llegar a ser si se mantuvieran conectados con Cristo, y lo que no llegarán a ser si no se relacionan diariamente con él, me lleno de aprensión al ver que podrían conformarse con alcanzar una norma mundanal sin tener anhelos ardientes e intensos de alcanzar la hermosura de la santidad, el adorno del espíritu manso y humilde, lo cual es de gran valor ante la vista de Dios.

La paz de Cristo, esa paz que el dinero no puede comprar, que el talento no puede conseguir, que el intelecto no puede obtener, es el don de Dios. La religión de Cristo: ¿cómo podría hacer que todos comprendieran su gran pérdida si dejaran de obedecer sus principios santos en su vida diaria? La mansedumbre y humildad de Cristo son el poder del cristiano. Son en realidad más preciosos que todas las cosas que el genio pueda crear o la riqueza pueda adquirir. De todas las cosas que se buscan, que se

anhelan y se cultivan, no hay nada tan valioso ante la vista de Dios como un corazón puro, una disposición llena de agradecimiento y de paz.

Si la armonía divina de la verdad y el amor existe en el corazón, se convertirá en palabras y acciones. El cultivo más cuidadoso de las cualidades externas y las cortesías de la vida no tienen poder suficiente para eliminar el mal humor, el juicio severo y las palabras impropias. El espíritu de benevolencia genuina debe morar en el corazón. El amor imparte al que lo posee gracia, decoro y un comportamiento digno. El amor ilumina el rostro y suaviza la voz; (553) refina y eleva en todo sentido. Pone a la persona en armonía con Dios, porque es un atributo divino.

Muchos corren el peligro de pensar que por causa de las preocupaciones del trabajo, al practicar la medicina y al escribir sobre temas médicos, o al llevara cabo los deberes en los diversos departamentos, pueden ser excusados por descuidar la oración, el sábado y los servicios religiosos. Así es como las cosas sagradas se degradan para que satisfagan su conveniencia, mientras se descuidan los deberes, los actos de abnegación y las cargas. Ni los médicos ni los auxiliares debieran tratar de llevara cabo su trabajo sin dedicar tiempo a la oración. Dios está dispuesto a ayudar a todos los que le profesan amor, si ellos acuden a él y, conscientes de sus propias debilidades, buscan ansiosamente su poder. Cuando se separan de Dios, su sabiduría queda fundada en la necedad. Cuando se consideran pequeños ante sus propios ojos y dependen en gran medida de Dios, entonces él se transforma en el brazo poderoso y el éxito coronará sus esfuerzos; pero cuando permiten que la mente se aparte de Dios, entonces Satanás se presenta y controla los pensamientos y pervierte el juicio.

Nadie está en mayor peligro que el que considera segura su montaña. Entonces es cuando sus pies empezarán a resbalar. Vendrán las tentaciones una .tras otra, y tan imperceptible será su influencia sobre la vida y el carácter, que a menos que sea guardado por el poder divino, será corrompido por el espíritu del mundo y no llevará a cabo el propósito de Dios. Todo lo que el hombre tiene se lo ha dado Dios, y el que aprovecha su capacidad para gloria del Señor, será instrumento que haga bien; pero nos es tan imposible vivir una vida piadosa sin orar constantemente y cumplir los deberes religiosos, como lo sería obtener fuerzas físicas sin ingerir alimento temporal. Debemos sentarnos diariamente a la mesa de Dios. Debemos recibir fuerza de la Vid viviente si queremos nutrirnos.

La conducta que han seguido algunos al practicar métodos mundanos para lograr sus propósitos, no está en armonía con la voluntad de Dios. Ven males que es necesario corregir, pero no desean atraer oprobio sobre sus propias cabezas y, en vez de arrostrar valientemente estas cosas, echan la carga a otro y le dejan arrostrar las dificultades (554) que ellos mismos han rehuido; y en muchos casos, el que usa un lenguaje claro es considerado como grave ofensor.

Hermanos, os ruego que obréis con el sincero deseo de glorificar a Dios. Depended de su poder; sea su gracia vuestra fuerza. Por el estudio de las Escrituras y la oración ferviente, tratad de obtener un claro concepto de vuestro deber y luego cumplidlo fielmente. Es esencial que cultivéis, la fidelidad en las cosas pequeñas, y al hacerlo adquiriréis costumbres de integridad en las responsabilidades mayores. Los pequeños incidentes de la vida diaria pasan con frecuencia sin que los notemos; pero son estas cosas las que forman el carácter. Cada acontecimiento de la vida es grande para bien o para mal. La mente necesita ser educada por las pruebas diarias, a fin de adquirir fuerza para resistir en cualquier situación difícil. En los días de prueba y peligro, necesitaréis ser fortalecidos para permanecer firmes de parte de lo recto, independientes de toda influencia opositora.

Dios quiere hacer mucho por vosotros, basta con que sintáis vuestra necesidad de él. Jesús os ama. Tratad siempre de andar en la luz de la sabiduría de Dios. Y en todos los variados escenarios de la vida, no descanséis hasta saber que vuestra voluntad está en armonía con la voluntad de vuestro Creador. Por la fe en él podéis obtener fuerza para resistir a toda tentación de Satanás, y así crecer en fuerza moral con cada prueba que Dios os envíe.

Podéis convertiros en personas de responsabilidad e influencia si por el poder de vuestra voluntad, unida con la fortaleza divina, os dedicáis fervientemente a la realización del trabajo. Ejercitad las

facultades mentales y no descuidéis en ningún caso las facultades físicas. Que la pereza intelectual no cierre el camino hacia mayores conocimientos. Aprended a reflexionar tanto como a estudiar, para que vuestras mentes puedan expandirse, fortalecerse y desarrollarse. No penséis nunca que habéis aprendido suficiente y que ahora podéis aflojar en vuestro esfuerzo. La mente cultivada es la medida del hombre. Vuestra educación debiera continuar durante toda la vida; cada día debierais aprender y practicar los conocimientos obtenidos.

Estáis progresando en la verdadera dignidad y en el valor moral a medida que practicáis la virtud y albergáis la rectitud en vuestro (555) corazón y en la vida. Que vuestro carácter no quede afectado por la mancha de la lepra del egoísmo. Un alma noble, unida a un intelecto cultivado, os convertirá en hombres que Dios puede utilizar en puestos de responsabilidades sagradas.

El primer deber de todos los que se relacionan con esta institución debiera ser enderezar su camino delante de Dios y luego mantenerse con la fortaleza de Cristo, sin dejarse afectar por las influencias erróneas a las que pudieran quedar expuestos. Si convierten los amplios principios de la Palabra de Dios en el fundamento del carácter, pueden soportar cualquier situación que el Señor en su providencia les envíe, rodeada por cualquier influencia perjudicial, sin que por eso se aparten de la senda correcta.

Muchos fracasan allí donde debieran haber tenido éxito porque no son conscientes de hasta qué punto tienen influencia sus palabras y sus acciones. Los afectan las circunstancias y parecen pensar que sus vidas son de su propiedad, que pueden seguir cualquier conducta que les parezca más agradable, aunque sea irrespetuosa con los demás. Tales personas son autosuficientes y de poco fiar. No consideran en oración su responsabilidad y sus deberes y no se dan cuenta de que el desempeño fiel de las obligaciones de la vida presente es la única esperanza para ganar la vida futura e inmortal.

Si tales personas hicieran de la palabra de Dios el objeto de su estudio y su guía verían que nadie "vive para sí" (Rom. 14:7). Del Relato Inspirado aprenderían que para Dios tiene un gran valor la familia humana. Las obras de su creación en los sucesivos días recibieron el calificativo de bueno, pero del hombre, formado a la imagen de su Creador, se dijo que era "bueno en gran manera" (Gén. 1:31). Ninguna otra criatura de Dios ha recibido tantas muestras de su amor. Cuando el pecado lo echó todo a perder, Dios dio a su Hijo amado para redimir la raza caída. Su voluntad era que no pereciesen por sus pecados, sino que viviesen para usar sus facultades bendiciendo al mundo y honrando a su Creador. Los cristianos profesos que no viven para beneficio de los demás y siguen su propia y perversa voluntad en lugar de la de Dios, el Maestro los llamará para que le rindan cuentas por el mal uso de las bendiciones que les ha dado. (556) Jesús, el gran Capitán del cielo, abandonó los atrios celestiales para venir a un mundo calcinado y marchito por la maldición. Tomó sobre sí nuestra naturaleza para, abrazar toda la raza con su brazo humano, a la vez que con su brazo divino se aferró a la omnipotencia y, de ese modo, ligó el hombre finito al Dios infinito. Nuestro Redentor vino al mundo para mostrar cómo debe vivir el hombre para asegurarse la vida inmortal. Nuestro Padre celestial hizo un sacrificio infinito al dar a su Hijo para que muriera en lugar del hombre caído. El precio pagado por nuestra redención nos debería dar visiones elevadas de lo que podemos llegara ser por medio de Cristo.

Mientras Juan contemplaba la altura, la profundidad y la amplitud del amor del Padre hacia nuestra raza feneciente, se llenó de admiración y reverencia. No pudo encontrar las palabras adecuadas para expresar ese amor, sino que pide al mundo que lo contemple: "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios" (1 Juan 3:1). ¡Qué valor se le concede al hombre! Por la transgresión los hijos de los hombres quedaron sujetos a Satanás. Pero por el infinito sacrificio de Cristo y la fe en su nombre, los hijos de Adán son hechos hijos de Dios. Al asumir la naturaleza humana, Cristo elevó la humanidad. A los hombres caídos se les concede otra oportunidad y se les permite, mediante la unión con Cristo, que se eduquen, se mejoren y se eleven para, de ese modo, ser dignos de ser llamados "hijos de Dios".

Tal amor no tiene parangón. Jesús exige que todos los que fueron comprados con el precio de su vida hagan el mejor uso de los talentos que les dio. Deben aumentar su conocimiento de la voluntad divina y

mejorar constantemente su intelecto y su moral hasta alcanzar una perfección de carácter un poco inferior a la de los ángeles.

Si los que profesan creer la verdad presente fuesen verdaderos representantes de la verdad, viviendo según toda la luz que ilumina sus pasos, ejercerían constantemente sobre los demás una buena influencia y así dejarían un rastro luminoso que guiaría hacia el cielo a aquellos que entrasen en contacto con ellos. Sin embargo, la falta de fidelidad e integridad de sus pretendidos amigos es un grave tropiezo para la prosperidad de la causa de Dios. Satanás (557) trabaja por medio de los hombres que están bajo su control. El sanatorio, la iglesia y otras instituciones de Battle Creek deben temer menos al infiel y al blasfemo declarado que a los que profesan a Cristo de manera inconsistente. Son los Acán del campamento que traen la deshonra y la derrota. Son los que retienen las bendiciones de Dios y desalientan a los obreros celosos abnegados de la causa de Cristo.

Su conducta hacia los pacientes debería estar dirigida por motivos más altos que el interés egoísta. Cada uno de ellos debería sentir que esa institución es uno de los instrumentos de Dios para aliviar la enfermedad del cuerpo y orientar el alma enferma de pecado hacia Aquel que puede sanar alma y cuerpo. Además de cumplir con los deberes que se les asigna, todos deberían mostrar interés por el bienestar ajeno. El egoísmo es contrario al espíritu del cristianismo. Tanto su naturaleza como su desarrollo son satánicos.

En una de sus preciosas lecciones a los discípulos, nuestro Salvador describió el cuidado de Dios por sus criaturas con estas palabras: "¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos? Con todo, ni uno de ellos está olvidado delante de Dios. Pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados" (Luc. 12:6). Aquel que se inclina para observar aun a los pajarillos cuida de manera especial de todas las ramas de su obra. Todos los que están empleados en nuestras instituciones están bajo la atenta mirada del Dios infinito. Él ve si cumplen con sus deberes con estricta integridad o con despreocupación deshonesta. Los ángeles andan invisibles por todas las estancias de las instituciones y constantemente ascienden al cielo para llevar los informes con alegría o tristeza. Cada acto de fidelidad se registra, así como cada acción deshonesta, y finalmente toda persona recibirá la recompensa según hayan sido sus obras. (558)

INFLUENCIA CRISTIANA.-

En su relación con otros, todos los que en el sanatorio son seguidores de Cristo deberían buscar la elevación del modelo de cristianismo. He dudado de hablar de esto porque algunos extremistas llegarán a la conclusión de que es preciso discutir con los pacientes sobre puntos de doctrina y hablar en las reuniones religiosas que tienen lugar en el sanatorio como si estuvieran entre los hermanos en nuestra propia casa de adoración. Algunos manifiestan ausencia total de sabiduría al dar su testimonio en esas pequeñas reuniones destinadas más específicamente al provecho de los pacientes y atizan su celo hablando del mensaje del tercer ángel u otros puntos peculiares de nuestra fe, mientras los enfermos no entienden nada de lo que están hablando porque les suena a griego.

Está bien que esas personas participen en una reunión de oración de creyentes, pero no en aquella cuyo objetivo es beneficiar a aquellos que desconocen nuestra fe. Debemos adaptar nuestras oraciones y nuestros testimonios a la ocasión y a las personas presentes. Quienes sean incapaces de hacer esto no deben asistir a esas reuniones. Hay algunos temas sobre los que los cristianos pueden hablar provechosamente en cualquier ocasión, entre los que se encuentra la experiencia cristiana, el amor de Cristo y la sencillez de la fe, y, si sus corazones están imbuidos del amor de Jesús, este resplandecerá en cada oración y exhortación. Que los frutos de la verdad santificadora se vean en la vida, en un ejemplo piadoso, y causará un efecto que ninguna influencia opuesta podrá contrarrestar.

Es una vergüenza para el nombre cristiano que se vea tan poca estabilidad y verdadera piedad en la vida de muchos que profesan a Cristo. Cuanto entran en contacto con las influencias mundanas su corazón se divide. Se rinden al mundo en lugar de a Cristo. A menos que una fuerte excitación

despierte los sentimientos, su comportamiento jamás induciría a pensar que aman la verdad o son cristianos.

Algunos reconocerán la veracidad de lo que escribo, pero no se dará en ellos ningún cambio radical; no pueden discernir las (559) engañosas maquinaciones del corazón carnal y a causa de su ceguera espiritual las influencias que corrompen y arruinan el alma los seducirán. El hechizo de la tentación atrapa con sus encantos a los que no se aperciben del peligro. En cada ocasión favorable el adversario de las almas los usará como sus agentes y agitará todos los elementos de depravación que existen en sus naturalezas impías. Manifestarán una tendencia continua hacia lo que es maligno. Los apetitos y las pasiones clamarán indulgencia. Los hábitos de años se revelarán bajo las poderosas tentaciones de Satanás. Si tales personas se encontraran a muchas millas de distancia de nuestras instituciones de Battle Creek, la causa de Dios sería mucho más próspera.

Esas personas se reformarían si tuvieran el más mínimo sentido de su condición y la perniciosa influencia que ejercen, a la vez que se esforzarían decididamente por corregir sus errores. Pero no meditan, ni oran, ni leen las Escrituras como debieran. Son frívolos y volubles. No están anclados en ninguna parte. Los que desean ser fieles y ejercer una influencia salvífica sobre los demás encuentran en estas personas un tropezadero para sus pasos y su trabajo es diez veces más duro de lo que sería de otro modo.

Se me ha mostrado que los médicos deberían estar más estrechamente unidos a Dios y permanecer y trabajar sinceramente en su fuerza. Su papel es de responsabilidad. No están en juego las vidas de sus pacientes, sino también sus almas. Muchos a quienes se proporcionan beneficios físicos también podrían recibir una gran ayuda espiritual. Tanto la salud del cuerpo como la salvación del alma dependen en gran medida de la conducta de los médicos. Es de la máxima importancia que obren correctamente; que no sólo tengan conocimientos científicos, sino que también conozcan la voluntad y las maneras de Dios. Sobre ellos descansan grandes responsabilidades.

Hermanos, debéis ser conscientes de vuestra responsabilidad y, por causa de ella, humillar vuestras almas ante Dios y pedirle sabiduría. No os habéis dado cuenta de hasta qué punto la salvación de las almas de aquellos cuyo sufrimiento corporal queréis aliviar depende de vuestras palabras, vuestras acciones y vuestra conducta. Vuestro trabajo deberá resistir la prueba del juicio. Debéis (560) guardar vuestras propias almas del pecado de la soberbia, la autosuficiencia y la confianza en sí mismo.

Conservad una verdadera dignidad cristiana pero evitad cualquier fingimiento. Que vuestro corazón y vuestra vida sean estrictamente honrados. Que la fe, como la palmera, hinque sus raíces por debajo de las cosas aparentes y obtenga alimento espiritual de las fuentes vivas de la gracia y la misericordia de Dios. Hay una corriente de agua que fluye hacia la vida eterna. Tomad vuestra vida de esa fuente oculta. Y si os despojáis de la soberbia y fortalecéis el alma por medio de la comunión constante con Dios, promoveréis la felicidad de todos aquellos que entren en contacto con vosotros. Os apercibiréis del olvidado, informaréis al ignorante, alentaréis al oprimido y abatido y, en la medida de lo posible, aliviaréis al que sufre. Emprenderéis el camino hacia el cielo además de indicarlo.

No os satisfagáis con el conocimiento superficial. Que las adulaciones no os obnubilen ni os desaliente la crítica. Satanás intentará que llevéis una conducta tal que seáis objeto de admiración y adulación, alejaos de tales engaños. Sois siervos del Dios vivo.

La relación con los enfermos es un proceso extenuante y acabaría por secar las fuentes mismas de la vida si no tuvierais ocasión ni oportunidad de recreo y los ángeles de Dios no os guardaran y protegiesen. Si pudieseis ver de cuántos peligros os libran esos mensajeros del cielo, el corazón os rebosaría de gratitud y los labios no cesarían de expresarla. Si hacéis que Dios sea vuestra fuerza, aun en las circunstancias más desalentadoras, podréis alcanzar una altitud y una amplitud de perfección cristiana que apenas podríais imaginar que fuese posible alcanzar. Vuestros pensamientos se elevarán, vuestras aspiraciones serán nobles, la percepción de la verdad será clara y los propósitos de acción os levantarán por encima de los motivos sórdidos.

Tanto el pensamiento como la acción serán necesarios para que alcancéis la perfección de carácter. Mientras estéis en contacto con el mundo debéis guardaron de no buscar con demasiada vehemencia el aplauso de los hombres y vivir según su opinión. Si queréis andar sobre lo seguro, sed prudentes, cultivad la gracia de la humildad y aferrad vuestras almas a Cristo. En todos los sentidos podéis ser hombres de Dios. En medio de la confusión y la tentación (561) de la multitud mundana, con perfecta dulzura, podéis conservar la independencia del alma.

Si estáis en comunión diaria con Dios aprenderéis a valorar a los hombres como él los valora y la obligación que tenéis de bendecir a la humanidad sufriente tendrá una pronta respuesta. No os pertenecéis; el Señor tiene sagrados derechos sobre vuestros afectos más supremos y los más altos servicios de vuestra vida. Tiene el derecho de usaros, en cuerpo y mente, hasta el grado sumo de vuestras capacidades para su honra y gloria. Cualquiera que sea la cruz que debáis cargar, cualquiera que sean los sufrimientos y trabajos que su mano os imponga, tenéis la obligación de aceptarlos sin murmurar.

Aquellos por quienes trabajáis son vuestros hermanos que se encuentran en la desesperanza, que sufren trastornos físicos y la lepra espiritual del pecado. Si sois mejores que ellos lo acreditará la cruz de Cristo. Son culpables, corruptos y degradados, son esclavos de los engaños de Satanás. Aun así, Cristo bajó del cielo para redimirlos. Son merecedores de la más tierna piedad, compasión y esfuerzo infatigable porque están al límite mismo de la ruina. Sufren a causa de sus deseos no satisfechos, sus pasiones desordenadas y la condena de sus propias conciencias; son miserables en todos los sentidos de la palabra porque pierden su afecto por esta vida y no tienen perspectivas para la vida futura.

Vuestro campo de trabajo es importante, debéis estar activos y vigilantes, prestando pronta e incondicional obediencia a los llamamientos del Maestro. Tened siempre en mente que vuestros esfuerzos por reformar a los otros deben ser hechos en el espíritu de una firme amabilidad. Nada ganaréis si os mantenéis fríos y distantes de aquellos a quienes ayudáis. Debéis hacer que los pacientes vean que al sugerirles que reformen sus hábitos y costumbres les presentáis algo que no los arruinará, sino que los salvará, y que a la vez que abandonan lo que hasta entonces habían tenido por bueno, deben construir sobre una base más segura. Si bien la reforma debe ser defendida con firmeza y resolución, toda apariencia de rudeza o espíritu dominador debe ser cuidadosamente evitada. Cristo nos dio preciosas lecciones de paciencia, longanimidad y amor. La rudeza no es signo de energía, tampoco (562) lo es la dominación ni el heroísmo. El Hijo de Dios era persuasivo. Atraía a los hombres hacia sí. Sus seguidores deben estudiar su vida con mayor detenimiento y andar en la luz de su ejemplo, aun a costa de cualquier sacrificio del yo. La reforma continua, debe estar presente ante la gente; vuestro ejemplo reforzará vuestras enseñanzas.

Se me presentó el caso de Daniel. Aunque sus pasiones eran similares a las nuestras, la pluma inspirada nos lo presenta con un carácter sin mancha. Su vida es un ejemplo vivo de que se puede llegara ser un hombre íntegro, aun en esta vida, si se hace de Dios la fuente de nuestra fuerza y se aprovechan sabiamente las ocasiones y los privilegios que estén a nuestro alcance. Daniel era un gigante intelectual; y aun así, constantemente buscaba aumentar su conocimiento y alcanzar logros más elevados. Otros jóvenes tenían las mismas oportunidades; pero, a diferencia de él, no dedicaron todas sus energías a buscar la sabiduría, el conocimiento de Dios tal como se revela en su palabra y en su obra. Aunque Daniel era uno de los mayores hombres del mundo, no era orgulloso ni autosuficiente. Sentía la necesidad de alimentar su alma con la oración y cada mañana suplicaba sinceramente ante Dios. Nada lo habría privado de este privilegio, ni siquiera la amenaza del foso de los leones impidió que continuara orando.

Daniel amaba, temía y obedecía a Dios. Y aun así no huyó del mundo para evitar su influencia corruptora. La providencia de Dios lo puso en el mundo aunque no era del mundo. Rodeado de todas las tentaciones y las fascinaciones de la vida cortesana, conservó la integridad de su alma, con una

adherencia a los principios que era firme como una roca. Hizo de Dios su fuerza y él no lo olvidó en el momento de mayor necesidad.
Daniel era fiel, noble y generoso. A la vez que ansiaba estar en paz con todos los hombres no permitía que ninguna potencia lo desviara del camino del deber. Estaba dispuesto a obedecer a aquellos que eran sus gobernantes, en la medida que ello no entrara en contradicción con la verdad y la justicia. No había reyes ni decretos que lo apartaran de su fidelidad al Rey de reyes. Daniel sólo tenía dieciocho años cuando fue llevado a una corte pagana para entrar al servicio del rey de Babilonia. Su juventud hace que (563) su noble resistencia al error y su firme adhesión a la justicia sean aún más admirables. Su noble ejemplo debería dar fuerza a los que, aún hoy, sufren pruebas y tentaciones.
El estricto cumplimiento de las exigencias de la Biblia será una bendición, no sólo para el alma, sino también para el cuerpo. El fruto del Espíritu no sólo es amor, gozo y paz, también es la templanza. Se nos urge a no descuidar el cuerpo porque es templo del Espíritu Santo. El caso de Daniel nos muestra que, a través de los principios religiosos, los jóvenes pueden triunfar sobre la concupiscencia de la carne y permanecer fieles a las exigencias de Dios, aun a pesar de un gran sacrificio. ¿Qué habría sucedido si hubiese entrado en componendas con los oficiales idólatras y hubiese cedido a la presión del momento comiendo y bebiendo según era costumbre entre los babilonios? Ese único paso en falso habría bastado para llevarlo a dar otros, hasta que su vínculo con el cielo se dañara y se alejara de él víctima de la tentación. Pero, puesto que se aferró a Dios con una confianza firme, el espíritu del poder profético descendió sobre él. A la vez que los hombres lo instruían en los deberes de la vida de la corte, Dios le enseñaba a leer los misterios de las edades futuras. (564)

ECONOMÍA Y ABNEGACIÓN.-
La economía en el empleo de los recursos financieros es un ramo excelente de la sabiduría cristiana. Este asunto no es considerado suficientemente por los que ocupan posiciones de responsabilidad en nuestras instituciones. El dinero es un don excelente de Dios. En las manos de sus hijos es alimento para los hambrientos, bebida para los sedientos y vestido para los desnudos; es una defensa para los oprimidos y un medio de dar saluda los enfermos. Los recursos financieros no debieran gastarse innecesariamente ni en forma extravagante para la gratificación del orgullo o la ambición.
Con el fin de satisfacer las necesidades reales de la gente, los rígidos motivos de los principios religiosos deben constituir un poder controlador. Cuando los cristianos y los mundanos se reúnen, el elemento cristiano no debe asimilarse con el no santificado. El contraste entre ambos debe mantenerse claro y definido. Son siervos de dos señores. Una clase se esfuerza por mantener una actitud humilde y de obediencia a los requerimientos de Dios, en el sendero de la sencillez, de la mansedumbre y la humildad, imitando al Modelo, Cristo Jesús. La otra clase se encuentra en oposición en todo sentido a la primera. Son siervos del mundo y sienten el anhelo y la ambición de seguir sus modas en la forma de vestir extravagante y en la gratificación del apetito. Este es el campo en el cual Cristo ha dado su obra específica a los que trabajan en el sanatorio. No debemos acortar la distancia entre nosotros y los que tienen una orientación mundana aceptando sus normas, descendiendo de la senda elevada abierta para que los rescatados por el Señor anden por ella. Pero los encantos de la vida cristiana, los principios practicados en nuestro trabajo diario, el control sobre el apetito sometido a la razón, la sencillez en el vestir y la conversación santificada, serán una luz que brillará continuamente en el camino de los que practican hábitos equivocados.
Hay personas débiles y vanas que carecen de profundidad de mente o fuerza en sus principios, que son tan insensatas que pueden ser influidas y corrompidas, alejándose de la sencillez del evangelio, por los devotos de las modas. Si ven que los que (565) profesan ser reformadores son, en la medida en que las circunstancias lo permitan, indulgentes con los apetitos, se visten según las costumbres del mundo y son esclavos de la autocomplacencia, serán confirmados en sus perversos hábitos. Llegan a la conclusión de que, a fin de cuentas, tampoco están tan alejados del buen camino y que no es preciso

que hagan ningún gran cambio. El pueblo de Dios debería mantener firmemente el modelo de aquello que es correcto y ejercer una influencia tal que rectifique los malos hábitos de los que han adorado en el templo de la moda y rompan el hechizo que Satanás ha ejercido sobre esas pobres almas. Los mundanos deberían ver un claro contraste entre su extravagancia y la sencillez de los reformadores que siguen a Cristo.

El secreto para tener éxito en la vida reside en prestar una meticulosa y consciente atención a las pequeñas cosas. Dios pone ahora el mismo cuidado en crear una sencilla hoja, una delicada flor y el brote de hierba, que puso cuando creó el mundo. La estructura simétrica de un carácter fuerte y bello se construye con todos y cada uno de los actos de responsabilidad. Todos deberían aprender a ser tan fieles en el más pequeño como en el mayor de los deberes. El trabajo no resistirá la inspección de Dios a menos que incluya un fiel y diligente cuidado económico por las pequeñas cosas.

Todos los que tienen laguna relación con nuestras instituciones deberían poner el máximo cuidado en que nada se malgaste, aun cuando el asunto no caiga en su área de trabajo. Todos pueden participar en el ahorro. Todos deberían desempeñar su tarea, no para ganar la alabanza de los hombres, sino para que resista el escrutinio de Dios.

Cristo dio una vez a sus discípulos una lección de economía que merece toda nuestra atención. Obró un milagro para alimentar a miles de hambrientos que habían escuchado sus enseñanzas. Aunque al fin todos comieron y quedaron satisfechos, no permitió que se echaran a perder los fragmentos. Él, que con su poder podía alimentar la vasta multitud de necesitados, pidió a sus discípulos que reunieran los fragmentos para que nada se perdiera. Esta lección se dio para nuestro bien así como para el bien de los (566) que vivieron en tiempos de Cristo. El Hijo de Dios tiene cuidado de las necesidades de la vida temporal. No se olvidó de los fragmentos que quedaron después del festín, aun cuando pudiese hacer un banquete cuando le apeteciera. Los obreros de nuestras instituciones harían bien en aprender esta lección: "Recoged los pedazos que sobraron para que no se pierda nada" (Juan 6:12). Todos tenemos este deber, quienes ocupan un cargo de dirección deberían ser ejemplo.

Aquellos cuyas manos están abiertas para responder a las peticiones de recursos para sostener la causa de Dios y aliviara los sufrientes y los necesitados, son ahorrativos, rigurosos y prontos en la gestión de sus negocios. Siempre ponen cuidado en no permitir que sus gastos superen sus ingresos. Economizan por principio y sienten que es su deber ahorrar para poder tener algo que dar.

Algunos de los obreros, como los hijos de Israel, permiten que las apetencias pervertidas y los hábitos de indulgencia antiguos clamen victoria. Como el antiguo Israel, añoran los puerros y las cebollas de Egipto. Todos los que están relacionados con estas instituciones deberían adherirse estrictamente a las leyes de vida y salud y así, con su ejemplo, no dar tregua a los malos hábitos de los otros.

La transgresión en las pequeñas cosas es lo primero que aleja el alma de Dios. Con el único pecado de participar del fruto prohibido, Adán y Eva abrieron las compuertas del infortunio sobre el mundo. Algunos considerarán que esa transgresión es muy poca cosa, pero vemos que sus consecuencias fueron catastróficas. Los ángeles del cielo tienen una esfera de acción más elevada y amplia que nosotros, pero para ellos y para nosotros, lo bueno y correcto son la misma cosa.

Un espíritu miserable y perverso no deberá conducir a los dirigentes a que reprendan los errores y pidan que todos los obreros actúen con justicia, espíritu ahorrativo y abnegación. Guardar los intereses de nuestras instituciones en esos asuntos no es rebajar la dignidad debida. Los que son fieles por naturaleza, buscan la fidelidad en los demás. La estricta integridad gobernará la gestión de los administradores y será objeto del favor de todos aquellos que trabajan bajo sus órdenes. (567)

Los hombres con principios no necesitan la restricción de los candados y las llaves, no es preciso que se los vigile y se los guarde. Sus tratos serán fieles y honorables en todo momento, tanto cuando están solos, sin que nadie los observe, como cuando están en público. No mancharán sus almas con ninguna ganancia o provecho egoísta. Menosprecian las malas acciones. Aun cuando nadie lo supiera, lo sabrían

ellos y esto destruiría su respeto por sí mismos. Los que no son conscientes y fieles en lo pequeño no se reformarán aun cuando haya leyes, restricciones y penalizaciones al respecto.

Pocos tienen el aplomo moral para resistir la tentación, en especial la del apetito, y practicar la abnegación. Para algunos ver a otros que comen a la hora de la cena es una tentación demasiado difícil de resistir. Imaginan que están hambrientos, pero lo que sienten no es que el estómago les pida alimentos, sino un deseo de la mente que no se ha fortalecido con firmes principios y la disciplina de la abnegación. Un simple incidente no debe debilitar los muros del dominio propio y la autodisciplina. Pablo, el apóstol de los gentiles, dijo: "Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado" (1 Cor. 9:27).

Los que no vencen en lo pequeño no tendrán fuerza moral para resistir tentaciones mayores. Todos los que desean hacer de la honradez el principio rector de sus negocios diarios en la vida deberán cuidar de no codiciar "ni plata, ni oro, ni vestido de nadie" (Hechos 20:33). Mientras se sientan satisfechos con los alimentos y los vestidos adecuados, será fácil encontrar la manera de mantener alejados el corazón y las manos de la desviación de la codicia y la deshonestidad.

Los hábitos formados en la infancia y la juventud ejercen mayor influencia que cualquier facultad natural en el crecimiento o empequeñecimiento intelectual de los hombres y mujeres; los más excelentes talentos, con malos hábitos, se debilitan y acaban por desaparecer. En gran medida, el carácter formado en la juventud marcará, generalmente, la conducta que la persona seguirá en la vida. En la mayoría de los casos, los que reverencian a Dios y honran lo correcto habrán aprendido esta lección antes de que el mundo (568) pueda grabar sus imágenes de pecado en el alma. Los hombres y las mujeres de edad madura son, por lo general, tan insensibles a las nuevas impresiones como la dura roca. La juventudes impresionable, a esa edad es posible formar un carácter correcto.

Los que están empleados en nuestras instituciones tienen, en muchos aspectos, las mejores oportunidades para formar hábitos correctos. Nadie queda fuera del alcance de las tentaciones, porque todos los caracteres tienen puntos débiles que corren peligro de ser asaltados. Los que profesan el nombre de Cristo, a diferencia del vanidoso fariseo, no deberían encontrar placer en el recuento de sus buenas obras, sino que deberían sentir la necesidad de conservar la norma moral ciñéndola con la vigilancia constante. Como si de fieles centinelas se tratase, deberían guardar la ciudadela del alma, no pensando jamás que pueden bajar la guardia, ni por un momento. Su seguridad está sólo en la oración sincera y la fe viva.

Los que empiezan a despreocuparse de sus pasos descubrirán que, antes de darse cuenta, sus pies se habrán enmarañado en una telaraña de la que les es imposible salir por sus propios medios. La fidelidad y la honestidad deberían ser principio fijo para todos. Ya sean ricos o pobres, tengan amigos o estén solos, en cualquier circunstancia, con la fuerza de Dios deberían decidir que ninguna influencia los empuje a cometer una mala acción, aunque sea de poca importancia. Todos y cada uno deberían darse cuenta de que la prosperidad de las instituciones que Dios ha establecido entre nosotros depende, en cierta medida, de cada uno de ellos. (569)

CONDICIÓN Y OBRA DEL SANATORIO.-

No hace mucho, viajando por el estado de Maine, conocimos a la hermana A, una dama que aceptó la verdad mientras estaba en el sanatorio. Su esposo había sido un rico industrial; pero la fortuna cambió y se vio reducido a la pobreza. La hermana A perdió la salud y fue a nuestro sanatorio para recibir tratamiento. Allí recibió la verdad presente, la cual adorna con una vida cristiana coherente. Tiene cuatro hijos, inteligentes y educados, que son firmes reformadores pro salud por convencimiento propio. Una familia así puede hacer mucho bien en la comunidad. Ejercen una fuerte influencia en la dirección correcta.

Muchos que acuden al sanatorio para recibir tratamiento tienen la oportunidad de conocer la verdad y de ese modo, no sólo se sana su cuerpo, sino que las oscurecidas estancias de la mente se iluminan con

la luz del amor del Salvador. Con todo, ¡cuánto más bien se podría hacer si todos los que están relacionados con esa institución estuvieran unidos ante todo con el Dios de la sabiduría y, así, se convirtiesen en torrentes de luz para otros! Los hábitos y las costumbres del mundo, el orgullo y las apariencias, la soberbia y la vanidad, se inmiscuyen demasiado a menudo y esos pecados de los que profesan ser sus seguidores son tan ofensivos para Dios que no puede obrar poderosamente por medio de ellos.

Los que son infieles en los asuntos temporales, del mismo modo, serán infieles en los asuntos espirituales. Por otra parte, el descuido de los deberes de Dios lleva a descuidar las necesidades de la humanidad. La infidelidad domina esta era degenerada, se extiende en nuestras iglesias y nuestras instituciones. Su grasiento rastro está por todas partes. Este es uno de los pecados que condena esta época y llevará a la perdición a millares y a decenas de millares. Si los que profesan la verdad y están en nuestras instituciones de Battle Creek fuesen representantes vivos de Cristo, de ellos manaría un poder que se sentiría en todas partes. Satanás lo sabe bien y trabaja con todo su poder y engaño de maldad en los que perecen para que el nombre de Cristo no sea engrandecido por aquellos que profesan ser sus seguidores. Se me parte el corazón de dolor cuando veo cómo se deshonra a Jesús con las vidas (570) indignas y los caracteres defectuosos de quienes-podrían ser adorno y honra para su causa.

Las tentaciones a las que fue sometido Cristo en el desierto —apetito, amor por el mundo y presunción— son las grandes desviaciones por las cuales son vencidos los hombres. Los administradores del sanatorio serán tentados a menudo para que se aparten de los principios que deberían gobernar esa institución. Será necesario que no se desvíen de la conducta correcta para satisfacer las inclinaciones o ejercer su ministerio según las depravadas apetencias de los pacientes ricos o sus amigos. El resultado de tal conducta es, únicamente, el mal. Las desviaciones de las enseñanzas que dan las lecturas mundanales o recibidas por la prensa tienen el efecto más desfavorable sobre la influencia y la moral de la institución y, en gran medida, contrarrestarán todos los esfuerzos por instruir y reformar a las víctimas de las pasiones y los apetitos depravados y llevarlas a Cristo, el único refugio seguro.

El mal no acaba aquí. Una influencia negativa no sólo afecta a los pacientes, también a los trabajadores. Una vez han caído las barreras, el avance en la dirección errónea no cesa. Satanás presenta perspectivas mundanas aduladoras a los que se apartan de los principios y sacrifican la integridad y el honor cristiano para obtener la aprobación de los impíos. Con demasiada frecuencia, sus esfuerzos alcanzan el éxito. Obtiene la victoria cuando todo cuanto debiera encontrar es la repulsa y la derrota.

Cristo resistió a Satanás por nosotros. Tenemos el ejemplo de nuestro Salvador para fortalecer nuestros débiles propósitos y resoluciones; pero, aun así, algunos caerán en las tentaciones de Satanás, arrastrando a otros tras de sí. Todas las almas que no consiguen ganar la victoria, con su influencia, arrastran consigo a otras. Los que no se unen a Dios y no reciben sabiduría y gracia para refinar y elevar sus vidas, serán juzgados por el bien que pudieron haber hecho y no hicieron porque estaban satisfechos con la mente terrena y la amistad con los que no están santificados.

Todo el cielo esta interesado en salvar al hombre y está dispuesto a verter sobre él sus beneficiosos dones si cumple la condición que Cristo estableció: "Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo" (2 Cor. 6:17). Los que son responsables (571) del sanatorio deberían guardarse en extremo de que las diversiones no sean de carácter demasiado bajo para el modelo de cristianismo y rebajen esa institución al nivel de otras y debiliten el poder de la verdadera piedad en la mente de los que están relacionados con Cristo. Los entretenimientos mundanos o teatrales no son esenciales para la prosperidad del sanatorio o la salud de sus pacientes. Cuantas más diversiones de esta clase tengan, menor será su satisfacción y será preciso continuar con ellas. La mente busca enfebrecidamente todo lo que es nuevo y excitante, exactamente aquello que no debería tener. Si tales diversiones se permiten, aun tan sólo una vez, se esperará que se repitan y los pacientes perderán el

placer de una simple disposición para ocupar el tiempo. Por otra parte, los pacientes necesitan reposo y no excitación.

Tan pronto como se introducen esas diversiones, de muchas mentes desaparecen las objeciones para asistir al teatro y la exigencia de que se representen en el escenario escenas morales de tono elevado, rompe la última barrera. Los que permitan tal clase de diversiones en el sanitario deberían buscar, ante todo, la sabiduría de Dios para dirigir a las pobres, hambrientas y sedientas almas a la Fuente de gozo, paz y felicidad.

Cuando se ha abandonado la senda correcta es difícil regresar a ella. Se han derribado las barreras y se han roto las salvaguardas. Un paso en la dirección errónea allana el camino para otro. Una simple copa de vino puede abrir la puerta a la tentación que llevará a hábitos de embriaguez. Bastará con que se permita un único sentimiento vengativo para que se dé vía libre a un tren de sentimientos que acaben con un asesinato. La más mínima desviación de los principios y lo que es correcto llevará a la separación de Dios y es probable que acabe en la apostasía. Lo que hacemos una vez, a la siguiente lo haremos con más naturalidad y disposición; continuar avanzando por una senda, sea ésta la correcta o no, es más fácil que empezar a andar por ella. Cuesta menos tiempo y trabajo corromper nuestros caminos ante Dios que engarzar en el carácter los hábitos de la justicia y la verdad. A un hombre le resulta difícil abandonar aquello a lo que se ha acostumbrado, independientemente de que su influencia sea buena o mala. (572)

Los administradores del sanatorio deben también llegar a la conclusión de que jamás serán capaces de satisfacer esa clase de mentes que sólo encuentra la felicidad en algo nuevo y excitante. Para muchas personas esta ha sido su dieta intelectual durante toda su vida; así como hay dispépticos físicos, también hay dispépticos mentales. Para muchos, sus enfermedades son del alma antes que del cuerpo y no encontrarán alivio a menos que se acerquen a Cristo, la abundante fuente de vida. Entonces dejarán de quejarse de tristeza, soledad o insatisfacción. Las alegrías darán vigor a la mente y salud y energía vital al cuerpo.

Si los médicos y los empleados se engañan queriendo encontrar la panacea para las múltiples enfermedades de sus pacientes aportándoles una gran cantidad de diversiones parecidas a las que los han acompañado durante toda la vida, fracasarán. No permitáis que esos entretenimientos ocupen el lugar que le corresponde a la Fuente viva. El alma hambrienta y sedienta seguirá padeciendo hambre y sed mientras participe de esos placeres insatisfactorios. Pero los que beben del agua viva no pasarán más sed de diversiones excitantes, sensuales y frívolas. Los principios ennoblecedores de la religión fortalecerán las facultades mentales y destruirán el gusto por tales placeres. La carga del pecado, con su agitación y sus deseos insatisfechos, es la base misma de una gran cantidad de enfermedades que sufren los pecadores. Cristo es el poderoso sanador del alma enferma de pecado. Esos pobres afligidos necesitan un conocimiento claro de Aquel cuyo correcto conocimiento es vida eterna. Es preciso que se les enseñe con paciencia y amabilidad, así como con sinceridad, a abrir de par en par las ventanas del alma y permitir que la luz del sol del amor de Dios entre e ilumine las estancias oscurecidas de la mente. Las maravillas de la naturaleza pueden llevar al corazón las más elevadas verdades espirituales. Los pájaros, las flores del campo, de belleza deslumbrante, la germinación de las semillas, los sarmientos llenos de fruto de la parra, los árboles rompiendo las tiernas yemas, la gloriosa puesta de sol, las nubes rojizas que predicen una bella mañana, el ciclo de las estaciones, todas estas cosas pueden enseñarlos preciosas lecciones de confianza y fe. Éste es un fértil campo en que nutrir la imaginación. La mente inteligente puede (573) contemplar con la máxima satisfacción esas lecciones de verdad divina que el Redentor del mundo ha asociado a las maravillas de la naturaleza.

Cristo reprendió duramente a los hombres de su época porque no habían aprendido de la naturaleza las lecciones espirituales. Todas los elementos de la naturaleza, animados o inanimados, expresan al hombre el conocimiento de Dios. La misma mente divina que obra en estos elementos habla a las mentes y los corazones de los hombres y crea un deseo inexpresable de algo que no tienen. Las cosas

del mundo no pueden satisfacer sus ansias. Este mensaje es para todas esas almas sedientas: "Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ved. Y el que oye, diga: 'Ven'. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente" (Apoc. 22:17).

El Espíritu de Dios constantemente conmueve la mente de los hombres para que busquen aquellos elementos que son los únicos que pueden dar paz y reposo, los gozos del cielo más elevados y santos. Cristo, el señor de la vida y la gloria, dio su vida para redimir al hombre del poder de Satanás. Nuestro Salvador obra constantemente, valiéndose de influencias visibles e invisibles, para alejar las mentes de los hombres de los placeres fatuos de esta vida y atraerlas al tesoro inapreciable que puede ser suyo en el futuro inmortal.

Dios quiere que su pueblo, de palabra y acción, declare al mundo que ninguna atracción terrena o posesión mundana tiene valor suficiente para compensar la pérdida de la herencia celestial. Los que son verdaderos hijos de la luz y del día no son vanos ni frívolos en la conversación, en el vestir o en la conducta, sino que son sobrios, contemplativos y ejercen una influencia constante para atraer las almas al Redentor. El amor de Cristo, reflejado desde la cruz, intercede en favor del pecador, atrayéndolo con cuerdas de amor infinito a la paz y la felicidad que se encuentran en el Salvador. Dios ordena a todos sus seguidores que den testimonio vivo, con el lenguaje inequívoco de su conducta, su vestido y su conversación, en todos los objetivos de la vida, de que el poder de la verdadera piedad es beneficioso para todo en esta vida y la vida venidera y es lo único que puede satisfacer el alma de quien lo recibe. (574)

La gloria de Dios se muestra en la obra de sus manos. La mente se fortalecerá buscando los misterios que hay en ella. Las mentes que se han divertido y debilitado leyendo ficciones pueden encontrar un libro abierto en la naturaleza y leer la verdad en las obras de Dios que los rodean. Todos pueden encontrar temas de estudio en la sencilla hoja de un árbol del bosque, los brotes de hierba que cubren la tierra con una alfombra de terciopelo verde, las plantas y las flores, los grandes árboles del bosque, las altas montañas, las rocas de granito, el cambiante océano, las preciosas gemas de luz que salpican del cielo y adornan la noche, las inagotables riquezas de la luz del sol, la solemne gloria de la luna, el frío del invierno, el calor del verano, las estaciones cambiantes y cíclicas en perfecto orden y armonía, controladas por un poder infinito, son temas que suscitan un pensamiento profundo y refuerzan la imaginación.

Si los frívolos y amantes del placer permitiesen que sus mentes se entretuvieran en lo que es real y verdadero, el corazón no podría hacer otra cosa que llenarse de reverencia y adorarían al Dios de la naturaleza. La contemplación y el estudio del carácter de Dios tal como se revela en su obra creada abre un campo de pensamiento que alejará la mente de las diversiones bajas, degradantes y enervantes. En este mundo sólo podemos iniciar a aprender el conocimiento de las obras y los caminos de Dios. El estudio durará toda la eternidad. Dios ha previsto para el hombre temas de reflexión que activarán todas las facultades de la mente. Podemos leer el carácter del Creador en el cielo y en la tierra y llenar de gratitud el corazón. Cada nervio y sentido responderá a la expresión del amor de Dios en sus maravillosas obras. Satanás inventa artimañas terrenales para que la mente carnal se centre en cosas que no pueden elevar, refinar y ennoblecer. De esa manera, sus poderes se empequeñecen y paralizan y los hombres y las mujeres que podrían alcanzar la perfección de carácter se vuelven estrechos, débiles y defectuosos. Dios estableció que el sanatorio se levantara como un faro que advierte y reprende. De ese modo probaría al mundo que una institución como un asilo para enfermos dirigida según principios religiosos podría sostenerse sin sacrificar su carácter peculiar y santo; podría mantenerse libre de características objetables que se encuentran en otras instituciones (575) del mismo tipo. Tenía que ser un instrumento en su mano para esparcir grandes reformas. Era preciso corregir los malos hábitos de vida, elevar la moral, cambiar el gusto y reformar el vestido.

El estilo de vestido a la moda e insano atrae sobre el cuerpo todo tipo de enfermedades. Es preciso que se ponga de manifiesto que, antes de que el tratamiento tenga efecto, se deberá dar una reforma. Se ha

consentido la permanencia de apetitos pervertidos hasta el punto que la enfermedad era el único resultado posible. Las facultades y los órganos atrofiados y paralizados no se pueden fortalecer y vigorizar sin reformas decididas. Si todos los que están relacionados con el sanatorio no son, en todos los aspectos, correctos representantes de las verdades de la reforma pro salud, precisan una reforma decidida para ser lo que debieran; de lo contrario, deberán ser separados de la institución.

La mente de muchos se encuentra en un nivel tan bajo que Dios no puede trabajar por o con ellos. La corriente de pensamiento debe cambiar, la sensibilidad moral debe despertar y sentir las exigencias de Dios. El todo de la religión es reconocer continuamente, con las palabras, el vestido y el comportamiento, nuestra relación con Dios. La humildad debe tomar el lugar del orgullo; la sobriedad, el de la liviandad; y la devoción, el de la irreligiosidad y la indiferencia despreocupada.

Los que han gozado de muchos años de experiencia en la causa de Dios deberían, más que los otros, dar el uso más elevado a los talentos que su Señor les ha confiado. Sin embargo, el ejemplo de algunos se ha inclinado demasiado hacia la conformidad con el mundo en lugar de mantener distinto y separado el carácter del pueblo especial de Dios. Su influencia ha favorecido la indulgencia en lugar de la negación de los apetitos y la inclinación a vestirse según el modelo mundano. Todo esto está en franca oposición a la obra que Dios y los ángeles desean hacer por nosotros como pueblo para sacarnos, separarnos y distinguirnos del mundo. Debemos santificamos como pueblo y buscar la fuerza de Dios para suplir las necesidades de este tiempo. Cuando la iniquidad domina el mundo, el pueblo de Dios debe buscar una unión más estrecha con el cielo. La marea de maldad moral viene sobre nosotros con tal poder que la corriente hará que perdamos el equilibrio (576) y seamos barridos, a menos que nuestros pies estén firmemente anclados en la Roca que es Cristo Jesús.

La prosperidad el sanatorio no depende sólo de la inteligencia y los conocimientos de sus médicos, sino del favor de Dios. Si su dirección es tal que Dios puede bendecirla, tendrá un gran éxito y aventajará a cualquier otra institución parecida del mundo. Hemos recibido una gran luz, muchos conocimientos y privilegios superiores. La condena será de acuerdo con la luz que se nos ha dado, que permanece desaprovechada y, por lo tanto, no es esparcida sobre otros.

La mente de algunos se ha adentrado en la vía de la incredulidad. Esas personas creen que hay razones para dudar de la palabra y la obra de Dios porque la conducta de algunos que profesan ser cristianos les parece cuestionable. ¿Es razón para que tambaleen los cimientos? No. No debemos hacer que la conducta de otros sea la base de nuestra fe. Debemos imitara Cristo, el Modelo perfecto. Si alguno permite que su unión con él se debilite por causa de los defectos que se ven en los caracteres de los que profesan la verdad, siempre se encontrará sobre arenas movedizas. Debe dirigir sus ojos al Autor y Sustentador de la fe; debe fortalecer el alma con la promesa del gran apóstol: "Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: 'Conoce el Señora los que son suyos (2 Tim. 2:19). No podemos engañara Dios. Lee correctamente el carácter. Conoce los motivos. Nada escapa al ojo que todo lo ve; los pensamientos, las intenciones y los propósitos del corazón. Lo discierne todo.

No hay excusa para la duda o el escepticismo. Dios ha hecho amplia provisión para fortalecer la fe de todos los hombres, si quieren decidir por el peso de las evidencias. Pero si antes de creer, esperan que cada objeción aparente sea eliminada, nunca se fortalecerán, arraigarán ni afirmarán en la verdad. Dios no eliminará nunca todas las aparentes dificultades de nuestra senda. Los que deseen dudar, podrán hallar oportunidad para ello; los que deseen creer, tendrán suficientes evidencias en las cuales basar su fe. La actitud de algunos es inexplicable, aun para ellos mismos. Van a la deriva, sin anclas, debatiéndose en la niebla de la incertidumbre. Pronto se apodera Satanás del timón, y lleva su frágil embarcación (577) doquiera le place. Pasan a estar sujetos a su voluntad. Si estos espíritus no hubiesen escuchado a Satanás, no habrían sido engañados por sus sofismas; si se hubiesen inclinado del lado de Dios, no habrían quedado confundidos y aturdidos.

Dios y los ángeles observan con intenso interés el desarrollo del carácter y pesan el valor moral. Los que resisten las maquinaciones de Satanás saldrán como oro probado en el fuego. Los que son

arrebatados por las olas de la tentación se imaginan, como Eva, que se vuelven maravillosamente sabios, que superan su ignorancia y estrecha conciencia; pero, como ella, descubrirán que se han engañado lamentablemente. Han estado persiguiendo sombras, trocando la sabiduría celestial por el frágil juicio humano. Un poco de conocimiento los ha engreído. Un conocimiento más profundo y cabal de sí mismos y de Dios los volvería cuerdos y sensatos, y los colocaría de parte de la verdad, de los ángeles y de Dios.

La Palabra de Dios nos juzgará a cada uno de nosotros en el último gran día. Los jóvenes hablan de la ciencia, y son más sabios de lo que está escrito; procuran explicar los caminos y las obras de Dios de acuerdo con su comprensión finita; pero todo eso concluye en un miserable fracaso. La verdadera ciencia y la inspiración están en perfecta armonía. La falsa ciencia es algo independiente de Dios. Es ignorancia presuntuosa. Este poder engañador ha cautivado y esclavizado las mentes de muchos que han preferido las tinieblas a la luz. Se han puesto del lado de la incredulidad, como si dudar fuese una virtud e indicio de una mente abierta, cuando en realidad revela un intelecto demasiado débil y estrecho para percibir a Dios en sus obras creadas. No podrían sondear el misterio de su Providencia aunque lo estudiasen con toda su fuerza durante toda la vida. Y debido a que las obras de Dios no pueden ser explicadas por las mentes finitas, Satanás los somete a sus sofismas y los enreda en las redes de la incredulidad. Si éstos que dudan quieren relacionarse estrechamente con Dios, él les aclarará sus propósitos.

Las cosas espirituales se disciernen espiritualmente. La mente carnal no puede comprender estos misterios. Si aquellos que dudan continúan siguiendo al gran engañador, las impresiones y (578) convicciones del Espíritu de Dios irán disminuyendo y se harán más frecuentes las incitaciones de Satanás, hasta que la mente se someta plenamente a su dominio. Entonces el poder de Dios será aquello que estas mentes aturdidas consideran como insensatez, y lo que Dios considera como insensatez será para ellos la fuerza de la sabiduría.

Uno de los grandes males que han acompañado a la búsqueda de conocimiento y las investigaciones de la ciencia, es que los que se dedican a tales cosas pierden de vista con demasiada frecuencia el carácter divino de la religión pura y sin adulteración. Los sabios según el mundo han intentado explicar mediante principios científicos la influencia del Espíritu de Dios sobre el corazón. El menor progreso en esta dirección llevará al alma a los laberintos del escepticismo. La religión de la Biblia es simplemente el misterio de la piedad; ninguna mente humana puede comprenderlo plenamente, y es completamente incomprensible para el corazón no regenerado.

El Hijo de Dios comparó la obra del Espíritu Santo con el viento, que "sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va" (Juan 3:8). Leemos además en el relato sagrado que el Redentor del mundo se regocijó en espíritu y dijo: "Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños" (Luc. 10:21).

El Salvador se regocijó de que el plan de salvación fuera de tal naturaleza que los que son sabios en su propia estima, aquellos que están, engreídos por las enseñanzas de la vana filosofía, no pueden ver la belleza, el poder y el misterio oculto del Evangelio. Pero a todos los humildes de corazón, aquellos que tienen un deseo sincero e inocente de recibir enseñanzas y conocer y hacer la voluntad de su Padre celestial, se les revela su Palabra como el poder de Dios para su salvación. La obra del Espíritu Santo no tiene importancia para el hombre que no ha sido renovado. El apóstol Pablo dice: "Esto es, entre los incrédulos, a quienes el dios de este mundo les cegó el entendimiento para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios" (2 Cor. 4:4). (579)

El éxito del sanatorio depende de que mantenga la sencillez de la santidad y que descarte las locuras del mundo en la comida, la bebida, el vestido y los entretenimientos. Todos sus principios deben tender a la reforma. Que no se invente nada para satisfacer las necesidades del alma que pueda usurpar el lugar y el tiempo exigido por Cristo y su servicio, porque esto destruirá el poder de la institución como

instrumento de Dios para convertir a las pobres almas afligidas por el pecado, quienes, ignorando la senda de la vida y la paz, han buscado la felicidad en el orgullo y en la vana necedad.
"Apoyando un propósito fiel" debiera ser la posición de todos los que se relacionan con el sanatorio. Sin embargo, será necesario que nadie presente con insistencia nuestra fea los pacientes, ni se dedique a discusiones religiosas con ellos. Pero nuestras revistas y publicaciones, cuidadosamente elegidas, debieran estar a la vista casi en todas partes. Debe predominar el elemento religioso. Este ha sido y siempre será el poder de esa institución. Que nuestro sanatorio no sea pervertido para servir a la mundanalidad y la moda. En nuestro país hay un número suficiente de instituciones de la salud que se parecen más a un hotel que a un lugar donde los enfermos y los dolientes pueden obtener alivio para las enfermedades del cuerpo, y donde el alma afligida por el pecado puede encontrar esa paz y reposo en Jesús que no se encuentra en ninguna otra parte. Que los principios religiosos reciban un lugar prominente y se mantengan allí; descártense el orgullo y la popularidad; en todas partes deben verse la sencillez y la sinceridad, la bondad y la fidelidad; entonces el sanatorio será lo que Dios se proponía que fuera; y así el Señor lo favorecerá. (580)

LA INFLUENCIA DE LAS COMPAÑÍAS.-
En nuestras instituciones, donde muchos trabajan juntos, la influencia de las compañías es muy grande. Es natural buscar compañía. Cada uno hallará compañeros o los hará. Y la intensidad de la amistad determinará la influencia que los amigos ejerzan unos sobre otros, para bien o para mal. Todos tendrán amistades, influirán en ellas y recibirán su influencia.
Es misterioso el vínculo que une los corazones humanos de manera que los sentimientos, los gustos y los principios de dos personas quedan íntimamente fusionados. El uno recibe el espíritu del otro y copia sus modales y actos. Como la cera conserva la figura del sello, así la mente retiene la impresión producida por el trato y la asociación con otros. La influencia puede ser inconsciente, mas no por eso es menos poderosa.
Si se pudiese persuadir a los jóvenes para que se asociaran con los puros, reflexivos y amables, el efecto sería muy saludable. Si eligen compañeros que temen al Señor, su influencia los conducirá a la verdad, al deber y a la santidad. Una vida verdaderamente cristiana es un poder para el bien. Pero, por otro lado, los que se asocian con hombres y mujeres de moral dudosa, de costumbres y principios malos, no tardarán en andar por la misma senda. El impulso de las tendencias del corazón natural es hacia abajo. El que se asocia con los escépticos no tardará en llegar a ser escéptico; el que elija la compañía de los viles, con toda seguridad será vil. Andar en el consejo de los impíos es el primer paso en la senda que conduce al camino de los pecadores y a sentarse con los escarnecedores.
Aquellos que quieran adquirir un carácter íntegro deben elegir como compañía a quienes sean de inclinación seria, reflexiva y religiosa. Los que han contado el costo, y desean edificar para la eternidad, deben poner buen material en su edificación. Si aceptan maderas podridas, si se conforman con deficiencias de carácter, el edificio quedará condenado a la ruina. Presten todos atención a cómo edifican. La tempestad de la tentación lanzará sus embates contra el edificio, y a menos que éste se halle firme y fielmente construido, no resistirá la prueba. (581)
Un buen nombre es más precioso que el oro. Existe en los jóvenes la inclinación a asociarse con los que son de mentalidad y moral inferior. ¿Qué felicidad verdadera puede esperar una persona joven de una relación voluntaria con personas que tienen una norma baja para sus pensamientos, sus sentimientos y su conducta? Hay personas de gustos envilecidos y costumbres depravadas, y todos los que elijan tales compañeros seguirán su ejemplo. Vivimos en tiempos peligrosos que deben infundir temor en todos los corazones. Vemos que la mente de muchos se pierde en los enredos del escepticismo. Las causas de esto son la ignorancia y el orgullo y un carácter deficiente. La humildad es una lección difícil de aprender para el hombre caído. Hay en el corazón humano algo que se opone a la verdad revelada que se refiere a Dios y los pecadores, a la transgresión de la ley divina y al perdón por medio de Cristo.

Hermanos y hermanas, ancianos y jóvenes, cuando tengáis un momento libre, abrid la Biblia y atesorad en la mente sus preciosas verdades. Cuando estéis trabajando, custodiad vuestra mente, mantenedla firme en Dios, hablad menos y meditad más. Recordad que "de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio" (Mat. 12:36). Sean vuestras palabras selectas; esto cerrará una puerta contra el adversario de las almas. Empezad el día con oración; trabajad como a la vista de Dios. Sus ángeles están siempre a vuestro lado, anotando vuestras palabras, vuestra conducta y la manera en que hacéis vuestro trabajo. Si os apartáis del buen consejo y elegís como compañeros a aquellos de quienes podéis con razón sospechar que no tienen inclinación religiosa, aunque profesen ser cristianos, no tardaréis en llegara ser como ellos. Os ponéis en el camino de la tentación, en el campo de batalla de Satanás, y a menos que estéis constantemente guardados seréis vencidos por sus designios. Hay personas que durante cierto tiempo profesaron la religión; y sin embargo, estaban realmente apartadas de Dios y son insensibles a la voz de la conciencia. Son vanas y triviales, su conversación es de baja índole. El galanteo y el casamiento ocupan su mente, excluyendo los pensamientos más nobles y superiores.

Las compañías elegidas por los obreros determinan su destino para este mundo y para el venidero. Algunos que eran una vez (582) concienzudos y fieles han cambiado tristemente; se han separado de Dios y Satanás los ha inducido a ponerse de su lado. Son ahora irreligiosos e irreverentes, y ejercen su influencia sobre otros que se dejan amoldar fácilmente. Las malas compañías deterioran el carácter; minan los buenos principios. "El que anda con sabios, sabio será; mas el que se allega a los necios, será quebrantado" (Prov. 13:20).

Los jóvenes están en peligro; pero no disciernen las tendencias y el resultado de la conducta que siguen. Muchos se dedican al galanteo. Parecen infatuados. No hay nada noble, digno ni sagrado en esas relaciones; debido a que son impulsadas por Satanás, la influencia que ejercen tiende a agradar al enemigo. Las amonestaciones que se dirigen a estas personas son desoídas, pues son duras de cerviz, egoístas y desafiantes. Creen que la amonestación, el consejo o el reproche no se aplican a ellas. Su conducta no las preocupa. Están continuamente separándose de la luz y el amor de Dios. Pierden todo discernimiento de las cosas sagradas y eternas; aunque conservan una forma árida de los deberes cristianos, no ponen el corazón en estos servicios religiosos. Demasiado tarde, estas almas seducidas aprenderán que "estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan" (Mat. 7:14).

Las palabras, las acciones y los motivos quedan registrados, pero cuán poco se percatan esas cabezas livianas y superficiales y esos corazones duros de que un ángel de Dios está a su lado anotando la manera en que emplean sus preciosos momentos. Dios traerá a luz toda palabra y toda acción. El está en todo lugar. Sus mensajeros, aunque invisibles, visitan el taller y el dormitorio. Las ocultas obras de las tinieblas serán sacadas a luz. Los pensamientos, los intentos y los propósitos del corazón serán revelados. Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel con quien tenemos que tratar.

Los obreros deben llevar a Jesús consigo a todo rincón de su trabajo. Cualquier cosa que hagan, deben hacerla con una exactitud y un esmero que soporte la inspección. Deben poner su corazón en el trabajo. La fidelidad es tan esencial en los deberes comunes de la vida como en los que entrañan mayor responsabilidad. Algunos (583) pueden concebir la idea de que su trabajo no es ennoblecedor; pero su trabajo es como ellos quieren hacerlo. Sólo ellos son capaces de degradar o elevar su empleo. Quisiéramos que cada zángano se viese obligado a trabajar para ganar su pan cotidiano; porque el trabajo es una bendición, no una maldición. La labor diligente nos preservará de muchas trampas de Satanás, el cual "encuentra siempre algún trabajo perjudicial para las manos ociosas".

Ninguno de nosotros debe avergonzarse de su trabajo, por humilde y servil que parezca, pues es ennoblecedor. Todos los que trabajan, ya sea con la mente o con las manos son obreros y obreras que cumplen con su deber y honran su religión, tanto mientras lavan la ropa o los platos como cuando van a una reunión. Mientras las manos se dedican al trabajo más común, la mente puede ser elevada y

ennoblecida con pensamientos puros y santos. Cuando cualquiera de los obreros manifiesta falta de respeto por las cosas religiosas, debe ser separado de la obra. Nadie piense que la institución depende de él.

Los que han estado empleados largo tiempo en nuestras instituciones debieran ser ahora obreros responsables, dignos de confianza en todo lugar, tan fieles al deber como la brújula al polo. Si ellos hubiesen aprovechado debidamente sus oportunidades, ahora podrían tener un carácter simétrico y una profunda y viva experiencia en las cosas religiosas. Pero algunos de estos obreros se han separado de Dios. Han puesto a un lado la religión. No constituye ya un principio labrado en ellos, cuidadosamente apreciado doquiera que vayan, en cualquier relación en que los coloquen las circunstancias, ya no les resulta un ancla para el alma. Quisiera que todos los obreros consideraran cuidadosamente que el éxito, tanto en esta vida como para alcanzar la vida futura, depende principalmente de la fidelidad en las cosas pequeñas. Los que anhelan tener responsabilidades superiores deben manifestar fidelidad en el cumplimiento de sus deberes donde Dios los ha colocado.

La perfección de la obra de Dios se ve tan claramente en el más diminuto insecto como en el rey de las aves. El alma del niñito que cree en Cristo le es tan preciosa como los ángeles que rodean su trono. "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está (584) en los cielos es perfecto" (Mat. 5:48). Como Dios es perfecto en su esfera, puede serlo el hombre en la suya. Todo lo que la mano encuentre para hacer debe ser hecho con esmero y prontitud. La fidelidad e integridad en las cosas pequeñas, el cumplimiento de los pequeños deberes y de los actos de bondad, alegrará la senda de la vida, y cuando nuestra obra en la tierra esté terminada, cada uno de los pequeños deberes cumplidos con fidelidad será atesorado como preciosa gema delante de Dios. (585)

LAS SOCIEDADES DE EXTENSIÓN MISIONERA.-

En mi última visión se me mostró de nuevo el momento en que surgieron las casas editoras y el progreso de la causa de la verdad presente. Cuando se fundó nuestra casa editora de Battle Creek los amigos de la causa eran pocos y, por lo general, de escasos recursos. Pero cuando se pidió ayuda muchos acudieron noblemente y ayudaron a la causa adquiriendo acciones de la editorial. El Señor se complació por el espíritu manifestado.

Veintiséis años han pasado desde ese momento y la providencia de Dios ha permitido que la luz brille por todas partes. Los comienzos fueron pequeños, fueron necesarios grandes sacrificios por parte de los primeros amigos de la causa. A cada paso surgían grandes obstáculos que era preciso salvar. Los hermanos que invirtieron sus recursos en la Review llevaban a cabo la mejor obra que el Señor hubiera podido esperar de ellos.

El paso del tiempo ha traído grandes cambios. La luz ha aumentado y se ha esparcido ampliamente. Mientras las personas ansiosas por la verdad han clamado: "Guarda, ¿qué de la noche?" (Isa. 21:11), la respuesta ha sido clara: "La mañana viene, y después la noche" (Isa. 21:12). La investigación cuidadosa de las profecías ha hecho que entendamos en qué punto de la historia de este mundo nos encontramos. Y sabemos con certeza que la segunda venida de Cristo está cercana. El resultado de esas investigaciones debe ser presentado ante el mundo mediante la palabra impresa. Y puesto que el mundo ha crecido y su población ha aumentado, año tras años se han necesitado más recursos y las mejoras se han producido de manera constante. El mundo está maravillado de que con una verdad tan impopular la obra fuese tan próspera. Pero aun con mayor luz y la verdad confirmadas, y mayores facilidades en todos los aspectos del avance de la causa, nuestras obras no corresponden con nuestra fe.

Si cuando nuestra obra era pequeña y nuestra influencia apenas era perceptible fue correcto que nuestros hermanos adquiriesen acciones de nuestra casa publicadora, ¿acaso no lo será hoy, que se lleva a cabo una tarea mucho mayor y, en consecuencia, se necesitan más medios? Las pruebas de nuestra posición han estado aumentando (586) cada año. Hemos recibido la seguridad renovada de que tenemos la verdad revelada en la palabra de Dios, que aceptando el mensaje del tercer ángel no hemos

dado crédito a fábula alguna, sino a la palabra profética más segura" (2 Pedro 1:19). Ahora somos testigos de todo el esplendor de la luz de la verdad bíblica.

El Señor pide a su pueblo que se levante y muestre su fe con sus obras. En tiempos pasados, cuando nuestro número era reducido, cuando los que podían sintieron el deber de adquirir acciones de la casa publicadora, sus oraciones, sus deseos y su esfuerzo abnegado, ascendió ante Dios como un dulce perfume. Nuestros hermanos y hermanas que han recibido el precioso pan de vida a través de las publicaciones deberían estar aún más dispuestos a entregar sus recursos para apoyar la causa que aquellos que amaron la verdad en años anteriores.

Hermanos, Dios os bendeciría si mostrarais interés por las casas publicadoras convirtiéndolas en algo vuestro. Los que poseen alguna acción de esas instituciones tienen el privilegio de invertir sus recursos en una buena obra. Necesitamos vuestra solidaridad, vuestras oraciones y vuestros recursos. Necesitamos vuestra cooperación decidida. Esperamos que todos aquellos cuyo corazón ha sido tocado por Dios se adelanten con sus recursos para invertirlos en esas instituciones. ¿Acaso no es cierto que tenemos el último mensaje de misericordia que se dará al mundo? ¿No es cierto que nuestra tarea pronto llegará a su fin? Así lo dijo la palabra de Dios. El fin de todas las cosas está al alcance de la mano. Por lo tanto, la advertencia debe llegar hasta lo más recóndito de la tierra.

Nuestras casas publicadoras se han convertido en una potencia en el mundo. Se ha dado un gran cambio. Con las instalaciones ampliadas para hacer que la luz brille con claridad y alcance a todos los que se encuentran en tinieblas, ahora no es tan difícil como lo fue antes, ver y aceptar la verdad. Los primeros que entraron a dirigir la obra fueron víctima de los asaltos combinados de hombres perversos y ángeles malignos. La enemistad de Satanás, obrando a través de hombres y sus instrumentos, estaba muy desarrollada. Por otra parte, los creyentes, aunque pocos en número, eran honestos y celosos para vindicar el honor de Dios exaltando (587) su ley, la cual había quedado vacía; y repeler las artimañas de Satanás reveladas en cada una de las formas del error destructivo.

Desde el principio, Satanás se ha opuesto claramente a esta obra. Se ha propuesto usar todo su poder para silenciar y barrer de la tierra a aquellos que trabajan por el avance de la luz y la verdad. En cierta medida, siempre ha conseguido el éxito. La calumnia y la oposición más feroz hna sido las herramientas empleadas para aplastar la preciosa verdad y desalentar a sus abogados. El gran adversario ha empleado sus engaños infernales de distintas maneras; cada esfuerzo ha arrastrado a su lado a uno o más de los que profesan ser seguidores de Cristo. Los que tengan un corazón carnal, que esté más en armonía con el archiengañador que con Cristo, al cabo de un tiempo habrán desarrollado su verdadero carácter y se habrán unido con sus semejantes.

Satanás tiene bajo su control a algunos que pasan como amigos de la verdad y por medio de ellos trabaja para oponerse a su avance. Los emplea para sembrar cizaña entre el pueblo de Dios. Así, cuando menos se esperaba el peligro entre nosotros, se dieron grandes males. Pero mientras Satanás trabajaba con todo engaño e injusticia en los que se pierden, los resueltos abogados de la verdad han cortado el paso a la marea de oposición y han mantenido la palabra incorruptible en medio del diluvio de herejías. Aunque a veces la iglesia se ha debilitado por causa de variados tipos de desaliento y los elementos rebeldes que ha tenido que enfrentar, la verdad ha brillado siempre de manera más visible que en cualquier conflicto. Las energías del pueblo de Dios no se han agotado. El poder de su gracia ha despertado, reavivado y ennoblecido a los que se han mantenido firmes y fieles.

Una y otra vez, el antiguo Israel era víctima de las aflicciones causadas por murmuradores rebeldes. No siempre eran personas de poca influencia. En muchos casos, algunos hombres de prestigio, gobernadores de Israel, se volvieron contra la dirección providencial de Dios e, impetuosamente, se pusieron manos a la obra para derribar lo que una vez hubieron construido con tanto celo. Nuestra experiencia nos ha hecho ver esto mismo muchas veces. Es un peligro para cualquier iglesia que se apoye en algún ministro favorito y confíe en un brazo de carne (588) y hueso. Sólo el brazo de Dios es capaz de sostener a todos los que se apoyan en él.

Hasta el momento en que Cristo aparezca en las nubes de los cielos con poder y grande gloria, los hombres se irán pervirtiendo en espíritu y dejarán la verdad por las fábulas. La iglesia verá todavía tiempos angustiosos. Profetizará vestida de luto. Pero, aunque tenga que arrostrar herejías y persecuciones, aunque habrá de batallar con los infieles y los apóstatas, con la ayuda de Dios aplastará la cabeza de Satanás. El Señor tendrá un pueblo tan leal como el acero y de fe tan firme como el granito. Sus miembros han de ser sus testigos en el mundo, instrumentos que han de realizar una obra especial y gloriosa para el día de su retribución.

El mensaje del Evangelio no gana una sola alma para Cristo, ni penetra en un solo corazón, sin herir la cabeza de Satanás. Cada vez que se le arrebata un cautivo y éste queda libre de su opresión, se derrota al tirano. Las casas editoras y las imprentas son instrumentos en las manos de Dios para enviar a toda lengua y nación la preciosa luz de la verdad. Esta llega hasta los países paganos, y abre constantemente brechas en todas las supersticiones y errores concebibles.

Los ministros que han predicado la verdad con todo celo y fervor pueden apostatar y unirse a las filas de nuestros enemigos; acaso ¿transforma esto la verdad de Dios en mentira? "Pero", dice el apóstol, "el fundamento de Dios está firme" (2 Tim. 2:19). Pueden cambiar la fe y los sentimientos de los hombres; pero nunca la verdad de Dios. Se está proclamando el mensaje del tercer ángel; es infalible.

Nadie puede servir a Dios sin tener que resistir a los malos hombres y a los malos ángeles. Los malos espíritus serán enviados a perseguir a toda alma que procure unirse a las filas de Cristo pues Satanás desea recuperar la presa que le fue arrebatada. Los hombres malos se rendirán ante grandes engaños, creerán en ellos y se perderán. Estos hombres se cubrirán con vestiduras de sinceridad, y engañarán, si fuese posible, a los mismos escogidos.

Es tan cierto que tenemos la verdad como que Dios vive; y Satanás, con todas sus artes y todo su poder infernal, no puede cambiar la verdad de Dios en mentira. Aunque el gran adversario (589) procurará anular hasta lo sumo la Palabra de Dios, la verdad fulgurará como una lámpara encendida.

El Señor nos ha elegido, y nos ha hecho objetos de su misericordia maravillosa. ¿Nos dejaremos hechizar por las charlas de los apóstatas? ¿Nos colocaremos de parte de Satanás y de su hueste? ¿Nos uniremos con los transgresores de la ley de Dios? Sea más bien nuestra oración: "Señor, pon enemistad entre mí y la serpiente". Si no estamos en enemistad con sus obras tenebrosas, nos circuyen sus poderosos repliegues y su dardo está listo para penetrar en cualquier momento hasta nuestro corazón. Debemos tenerla por enemigo mortal. Debemos oponernos a ella en nombre de Cristo. Nuestra obra es seguir adelante. Debemos defender cada pulgada del terreno. Que todos los que llevan el nombre de Cristo se revistan de la armadura de justicia.

Hermanos y hermanas, os ruego que para sostener nuestras casas publicadoras adquiráis acciones de esas instituciones. No hay nada que temer, invertid vuestros recursos donde hagan el bien; esparcid rayos de luz hacia los rincones más oscuros del mundo. En esa obra no hay posibilidad de quiebra. Es vuestro privilegio y vuestro deber hacer ahora como vuestros hermanos hicieron cuando los amigos de la causa de la verdad eran pocos. Participad económicamente en nuestras casas publicadoras para que podáis sentir interés por ellas. Muchos invierten su dinero en especulaciones mundanas y les estafan cada dólar invertido. Os pedimos que mostréis vuestra generosidad invirtiendo en nuestra obra publicadora. Os hará bien. No perderéis el dinero sino que lo pondréis a ganancia de interés con vuestra participación del capital del cielo. Cristo lo dio todo por vosotros; ¿qué daréis vosotros por él? Os pide el corazón; dádselo porque es suyo. Os pide el intelecto; dádselo porque es suyo. "¿O ignoráis [...] que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio" (1 Cor. 6:19-20). Dios os quiere a vosotros y lo que es vuestro. Que las palabras del rey salmista expresen el sentimiento de vuestro corazón: "Todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos" (1 Crón. 29:14).

Ha llegado la hora en que debemos saber por nosotros mismos por qué creemos lo que creemos. Debemos levantarnos por Dios y la verdad contra una generación impía e incrédula. El hombre que (590) habiendo conocido los caminos de la vida se ha apartado de las convicciones de su corazón para

abrazar las supercherías de Satanás será más inaccesible y menos receptivo que aquél que nunca gustó el amor de Cristo. Será sabio para hacer el mal. Se ha unido a Satanás contra la luz y el conocimiento. Os digo, hermanos: "Vuestra única esperanza está en Dios. Debemos revestirnos de la justicia de Cristo si queremos resistir la impiedad reinante". Debemos mostrar nuestra fe con nuestras obras. Dispongamos para nosotros un buen cimiento contra los tiempos que vendrán para poder conservar la vida eterna. Debemos trabajar, no según nuestras fuerzas, sino con la fuerza de nuestro Señor resucitado. ¿Qué no haremos por Cristo?

Las casas publicadoras son propiedad de todo nuestro pueblo. Todos deberían trabajar con el objetivo de librarlas de problemas. Para que nuestras publicaciones circulen, se han ofrecido a un precio tan bajo que generaban un beneficio tan exiguo que hacía difícil la reimpresión de esas mismas obras. Se hizo con el mejor de los motivos, pero no fue un juicio previsivo ni experimentado.

Con las publicaciones vendiéndose a tan bajo precio, las casas editoras se descapitalizaron. No nos dimos cuenta ni se investigó cuidadosamente. Los precios bajos indujeron a las personas a subvalorar las obras. No se pensó que una vez que se establecía un precio bajo para esas publicaciones sería muy difícil aumentarlo hasta llegar a su valor justo.

Nuestros ministros no recibieron un estímulo adecuado. Deben disponer de recursos para vivir. Tristemente, ha faltado previsión al establecer unos precios tan bajos para las publicaciones, así como al desviar ampliamente los beneficios hacia las sociedades de extensión misionera. Se ha llegado a un extremo en que es precisa una reacción. Para que las sociedades de extensión misionera prosperen es preciso que también prosperen los instrumentos para editar e imprimir libros. Paralizar tales instituciones, cargar con deudas las casas publicadoras traerá como consecuencia que las sociedades de extensión misionera fracasen.

Ha habido una mala gestión, no buscada, sino causada por el celo y el ardor de proseguir la obra misionera. La distribución y amplia circulación de periódicos, folletos y opúsculos ha paralizado (591) y causado problemas a las instituciones encargadas de producir tales publicaciones. Siempre hay peligro de caer en el extremismo en una buena obra. Los hombres responsables corren el peligro de convertirse en hombres de una sola idea, de concentrar sus pensamientos en una única rama de la obra y descuidar otras partes del gran campo.

Como pueblo, necesitamos vigilar cada punto. Si nos movemos amparándonos en nuestras propias fuerzas y no buscamos diariamente la sabiduría de Dios no tendremos seguridad alguna. El peligro nos rodea siempre, es precisa una gran precaución para que ningún departamento de la obra se convierta en una especialidad que perjudique otros intereses.

Se cometió un error al rebajar los precios de las publicaciones para afrontar algunas dificultades. Es necesario cambiar esa decisión. Quienes la tomaron actuaron con sinceridad, pensaron que su generosidad haría que los ministros y el pueblo trabajaran para incrementar la demanda de publicaciones.

Los ministros y el pueblo deberían actuar con nobleza y generosidad al tratar con las casas publicadoras. En lugar de estudiar e imaginar los modos de obtener periódicos, folletos y publicaciones a un precio más reducido, deberían llevar la mente de las personas a ver el justo valor de las publicaciones. Todos esos centavos sustraídos de miles de publicaciones han sido la causa de una pérdida de miles de dólares en la casa publicadora. Habría bastado con que cada uno hubiese desembolsado unos pocos centavos que su bolsillo y apenas habría sido notado.

La Review and Herald y Signs of the Times son periódicos baratos que se encuentran a un precio justo. La Review es un periódico valioso porque contiene asuntos de gran interés para la iglesia y debería ser adquirida por todas las familias de creyentes. Si alguien carece de los recursos necesarios para ello, la iglesia, mediante una colecta, debería reunir la cantidad necesaria para satisfacer el pago del periódico y proveer a las familias necesitadas. ¡Cuánto mejor no sería este plan que arrojar a los pobres a la misericordia de las casas editoras o las sociedades de extensión misionera!

Con Sigas debería procederse de igual modo. Con ligeras variaciones, ese periódico ha aumentado su interés y su valor moral (592) como pionero desde su fundación. Esos periódicos tiene un único interés. Son dos instrumentos en el gran campo que desempeñan una obra específica al diseminar la luz para el día de la preparación de Dios. Uno y otro deberían ser objeto del interés más sincero por parte de todos. "Los ojos de Jehová están sobre los justos, y atentos sus oídos al clamor de ellos" (Salmo 34:15). Cristo socorrerá a los que acudan a él buscando sabiduría y fuerza. Si cumplen con su deber y se enfrentan a las pruebas con humildad de corazón, dependiendo de Jesús, su poderoso ángel estará a su alrededor y Aquel en quien han confiado será un auxilio omnipotente en todas las urgencias. Los que ocupan cargos de responsabilidad deberían conocer cada día más íntimamente la excelencia, la fidelidad y el amor de Cristo. Deberían poder exclamar con seguridad: "Sé en quién he creído" (2 Tim. 1:12). Deberían poder trabajar como hermanos, sin sentimientos de rivalidad. Cada uno debería desempeñar sus obligaciones sabiendo que el ojo del Dios ve los motivos y los propósitos, y lee los más profundos pensamientos del alma. La obra es una sola. Si los hombres que la dirigen evitan que sus sentimientos e ideas los gobiernen y cambien los designios de Dios, entre estas dos ramas de la misma obra habrá una perfecta armonía.

Nuestro pueblo debería hacer grandes esfuerzos para extender la distribución de la Review. Bastaría con que nuestros hermanos y hermanas manifestaran más sinceridad y efectuasen esfuerzos más perseverantes para llevarla a cabo. Todas las familias deberían disponer de ese periódico. Si se abstienen de algunos lujos, te o café, algunos que ahora no tienen su revista semanal podrían pagar para que el mensajero de luz entrase en su hogar. Casi todas las familias adquieren uno o más periódicos seculares que, frecuentemente, contienen historias de amor y narraciones excitantes de villanos y asesinos que perjudican la mente de quien las lee. Los que se permiten vivir sin la Review and Herald sufren una gran pérdida. A través de sus páginas Cristo puede advertirlos, reprenderlos y aconsejarlos de manera que cambien la corriente de sus pensamientos y sean para ellos como pan de vida.

Nuestros periódicos no deberían llenar sus páginas con largas discusiones o extensas argumentaciones doctrinales que fatiguen (593) al lector. Deberían contener artículos doctrinales y prácticos que fuesen cortos e interesantes. El precio de los periódicos no debería rebajarse tanto que no quedara margen de beneficio. El mismo interés que se ha manifestado en la distribución de Signs of the Times debería ser visible en la extensión y distribución de la Review. Si se hace así, este esfuerzo se verá coronado con el éxito.

Nos encontramos en terreno encantado y Satanás se esfuerza constantemente por arrullar a nuestro pueblo para que duerma en la cuna de la seguridad carnal. Hay una indiferencia, una falta de celo, que paraliza todos los esfuerzos. Jesús era un obrero celoso; cuando sus seguidores se apoyen en él y trabajen como él trabajó obtendrán los resultados correspondientes. Es preciso hacer un esfuerzo para dar un valor adecuado a nuestras publicaciones y reconducirlas a un valor correcto. No nos deberían afectar las críticas de especulación y negocio. Debemos avanzar con seguridad y firmeza sin que nos inmute la censura ni nos corrompa el aplauso. Corregir la situación será una tarea más ardua de la que algunos imaginan, pero es preciso hacerla para salvar de la ruina nuestras instituciones.

Nuestros hermanos deben vigilar para que sus planes y trabajos no se vuelvan mecánicos. Deben invertir tiempo y dinero en preparar un canal preciso para que el trabajo se haga de una manera precisa y sin errores. Existe el peligro de ser demasiado individualista. Es preciso poner el máximo cuidado en evitar los gastos de transporte de los libros y las personas. Hermanos, moveos con precaución, de manera económica y con juicio. Tenemos una gran tarea que llevar a cabo pues nuestras agencias están en problemas financieros. Hay hombres que trabajan fielmente en Battle Creek y no reciben una remuneración justa por su tarea. Con ellos se está obrando una injusticia. En otros empleos podrían ganar el doble de la cantidad que reciben, pero se ocupan de su tarea de manera consciente porque sienten que la causa de Dios necesita su ayuda.

En el día de la preparación de Dios es preciso llevar a cabo una gran obra para diseñar y ejecutar planes encaminados a avanzar su causa. Nuestras publicaciones deberían estar ampliamente distribuidas porque hacen una gran tarea. Es preciso hacer más (594) trabajo misionero. Pero se me ha mostrado que existe el peligro de que esa labor se vuelva demasiado mecánica, tan intrincada y complicada que se consiga menos de lo que se habría conseguido si fuera más sencilla, directa, clara y decidida. No tenemos tiempo ni recursos para mantener todas las partes de esta maquinaria en funcionamiento armonioso.

Los hermanos que tienen la responsabilidad de diseñar planes con el fin de llevar adelante esta parte de la obra deben tener en mente que aunque una cierta educación y formación es esencial para trabajar con inteligencia, se corre el peligro de convertirla en un asunto exagerado. Al obtener una formación más meticulosa en las minucias y dejar fuera los principios vitales nos convertimos en trabajadores formales y estériles. Para la obra son adecuados los corazones que Dios ha despertado mediante la acción de su gracia.

Dios quiere un trabajo hecho con el corazón. Aceptará el propósito generoso, los principios puros y elevados, los motivos altos y santos. Su gracia y su poder trabajarán con esos esfuerzos. Todos los que se den cuenta de que la obra de Dios es preparar un pueblo para su venida en sus esfuerzos desinteresados encontrarán ocasiones en las que podrán hacer la labor misionera. Pero es posible que se gasten demasiados recursos y demasiado tiempo ocupándolos en conseguir que las cosas se hagan tan exacta y minuciosamente que el trabajo del corazón se descuide y se conserve una forma estéril.

Os digo con franqueza que Jesús y el poder de su gracia están quedando fuera del asunto. Los resultados mostrarán que el trabajo mecánico ha reemplazado a la piedad, la humildad y la santidad del corazón y de la vida. Los trabajadores más espirituales, entregados y humildes no encuentran lugar en donde aferrarse y, por lo tanto, se reprimen. Los jóvenes e inexpertos aprenden la forma y ejecutan su tarea de manera mecánica. Sin embargo, el verdadero amor, la carga de las almas, está ausente. Es esencial que no se establezcan tantas formas y trabajo mecánico para que pueda operar el poder de la piedad en este solemne y temible día de responsabilidades.

En el cielo hay orden; en la tierra debería reinar el orden y el sistema para que la obra pueda avanzar sin confusión ni fanatismo. (595) Los hermanos han trabajado con este fin, pero aunque algunos de nuestros ministros llevan constantemente la carga de las almas y siempre buscan elevar al pueblo en los logros espirituales, los que no son conscientes y no han cargado la cruz de Cristo ni han sentido el valor de las almas tal como se refleja desde el calvario, al educar y enseñar a otros a trabajar de manera mecánica, se volverán ellos mismos impotentes y no llevarán la gente al Salvador.

Satanás siempre trabaja para que el servicio de Dios se convierta en una forma vacía y carente de interés y pierda poder para salvar almas. A la vez que la energía, la honestidad y la eficiencia de los obreros se vuelve mortecina a causa de los esfuerzos por sistematizarlo todo. Para mantener esta complicada maquinaria en funcionamiento, los ministros deben cargar con un trabajo agotador que requiere tanto tiempo que se descuida el trabajo espiritual. Con tanto por hacer, esta obra necesita una cantidad tan grande de recursos que otras ramas de la obra se extinguirán y morirán por falta de la debida atención.

Si bien los silenciosos mensajeros de la verdad deberían estar esparcidos como las hojas en otoño, nuestros ministros no deberían hacer de esta tarea algo formal y descuidar la devoción y la verdadera piedad. Diez obreros convertidos de verdad, de mente dispuesta y abnegados pueden hacer más en el campo misionero que cien que centren sus esfuerzos en el establecimiento de formas y la conservación de normas mecánicas y trabajen sin amor por las almas.

El trabajo misionero vigilante no debe descuidarse en ningún caso. Ha hecho mucho por la salvación de las almas. El éxito de la obra de Dios depende de esto en grado sumo. Sin embargo, los que llevan a cabo esta tarea deben ser espirituales, en sus caras se deben reflejar la luz y el amor de Jesús y deben sentir la carga de la obra. Deben ser hombres y mujeres que oren, que tengan una estrecha unión con

Dios. Se precisan mentes prontas a actuar, voluntades santificadas y juicios sensatos. Habrán aprendido del Maestro celestial las maneras más efectivas de apelar a las almas. Habrán aprendido sus lecciones en la escuela de Cristo. Desempeñarán su labor con el único objetivo de la gloria de Dios. (596)

Sin esta formación todas las enseñanzas que recibáis de vuestros instructores al respecto de las formas y las normas, por más precisas y meticulosas que sean las lecciones, no os harán avanzar en la tarea. Aprended de Cristo. Negad el yo por Cristo. Poned sobre vuestro cuello el yugo de Cristo. Llevadlo y sentid que no sois vuestros, sino siervos de Cristo que hacéis la tarea que os ha ordenado, no por vanagloria honoro alabanza que podáis recibir, sino por él. En todo lo que hagáis debéis entretejer su gracia, su amor, su entrega, su celo, su perseverancia infatigable y su energía indomable que hablan en todos los tiempos.

La obra misionera es buena. Es la obra de Dios. De ningún modo debería ser menoscabada, porque existe el peligro constante de pervertir su verdadero objetivo. En las carpas del campo misionero se precisan oradores. Las personas adecuadas para tal función deberán ser cultas, y sus maneras no serán groseras. Los hombres y las mujeres que tienen tacto, saben hablar, una aguda visión de futuro, cuyas mentes son perspicaces y sienten el valor de las almas tendrán éxito.

La obra del colportor es elevada y si es honrado, honesto y paciente, y desempeña con constancia la tarea que ha aceptado, su labor se verá coronada con el éxito. Deberá poner el corazón en su trabajo, levantarse temprano y trabajar industriosamente, dando un uso adecuado a las facultades que Dios le ha dado. Se enfrentará a dificultades. Si las encara con perseverancia incesante, las vencerá. La cortesía obtiene grandes logros. El obrero deberá formar continuamente un carácter simétrico. Los grandes caracteres se forman de pequeños actos y esfuerzos.

Existe el peligro de que nuestros ministros no reciban suficiente aliento de nuestra parte. Se me mostró a algunos hombres a quienes Dios había llamado a la obra del ministerio que entraban en el campo como predicadores en la carpa. Es una excelente preparación si su objetivo es diseminar la luz y llevar directamente al ámbito del hogar la verdad revelada en la palabra de Dios. Con frecuencia, durante la conversación se dará la ocasión de hablar de la religión de la vida. Si la tarea se lleva a cabo como debiera, se visitará a las familias, los obreros tendrán un corazón tierno, sentirán amor por las almas y con sus palabras y su conducta llevarán (597) el perfume de la gracia de Cristo, el resultado será un gran bien. Esta sería una excelente experiencia para quien considere entrar en el ministerio.

Pero muchos son atraídos al campo de las carpas para vender libros y cuadros que no representan nuestra fe y no dan luz a quien los compra. Se les induce a hacerlo porque las perspectivas económicas son más atractivas que las que se les podría ofrecer como predicadores. Esas personas no están adquiriendo una adecuada formación para el ministerio del evangelio. No adquieren la experiencia que los haría adecuados para la tarea. Con esta labor pierden el tiempo y las oportunidades. No aprenden a llevar la carga de las almas y a obtener diariamente el conocimiento necesario para alcanzar el mayor éxito en la ganancia de las almas para la verdad. Con frecuencia esos hombres se apartan de las convicciones del Espíritu de Dios y reciben un sello mundano en el carácter, olvidando lo mucho que deben al Señor, quien dio su vida por ellos. Usan sus facultades para sus propios intereses egoístas y no quieren trabajar en la viña del Señor.

Me alarmé cuando vi varias redes de Satanás tejidas alrededor de hombres que podría usar Dios, alejándolos de la obra del ministerio. Con certeza habrá escasez de obreros a menos que se aliente más a los hombres para que aprovechen sus capacidades con el propósito de ser ministros de Cristo. Satanás constantemente, con perseverancia, presenta ganancias económicas y beneficios mundanos para tener ocupadas las mentes y las facultades de los hombres, impidiéndoles el cumplimiento de las obligaciones esenciales para que obtengan experiencia en las cosas de Dios. Cuando vea que esos hombres se adelantan, entregándose a la tarea de enseñar la verdad a los que están en las tinieblas hará lo indecible para empujarlos hasta el límite en algo que pueda debilitar su influencia y haga que pierdan el beneficio que habrían podido ganar si el Espíritu de Dios los hubiera equilibrado.

Se me mostró que nuestros ministros se hacían un gran daño con el descuido de sus órganos vocales. Se atraía su atención a tan importante asunto y el Espíritu de Dios los advertía y les daba instrucciones al respecto. Debían aprender a usar esos órganos del modo más sabio. La voz, ese don del cielo, es una poderosa facultad (598) para hacer el bien y, sino se pervierte, glorifica a Dios. Todo cuanto se precisaba era estudiar y seguir conscientemente unas pocas sencillas reglas. Sin embargo, en lugar de educarse como deberían haberlo hecho con el ejercicio y un poco de sentido común, contrataron a un profesor de dicción.

Como resultado, muchos que sentían que Dios tenía una tarea para ellos enseñando la verdad a otros se han infatuado y se han obsesionado con la dicción. A algunos les ha bastado con que se les presentara esta tentación. Su interés quedó cautivo de la novedad; de modo que esta excitación alejó a algunos jóvenes y ministros. Abandonaron sus campos de trabajo, descuidando por completo la viña del Señor, y gastaron su dinero y su precioso tiempo asistiendo a una academia de dicción. Cuando salían de esa disciplina, la consagración y la religión los habían abandonado y dejaron la carga de las almas como quien se quita un vestido. Aceptaron las sugerencias de Satanás y éste los llevó donde quiso.

Algunos, a su vez, indiscretos e incapaces, se establecieron como profesores de dicción y atrajeron sobre sí el descrédito porque no usaban correctamente los conocimientos que habían obtenido. Su actuación adolecía de dignidad o sentido común. Según fuera su fama, sus desatinos cerraron la puerta a cualquier influencia que pudieran ejercer en el futuro como hombres que llevan el mensaje de la verdad al mundo. Fue un engaño de Satanás. Era correcto que mejoraran el habla, pero el hecho de que dedicaran tiempo y dinero a ese único aspecto y al absorber la mente en él los arrastró al extremismo y mostró su debilidad.

Hay jóvenes que se tienen a sí mismos por observadores del sábado y añaden el título de "profesor" a sus nombres y estropean su comunidad con lo que no entienden. Muchos pervierten así la luz que Dios consideró adecuado darles. Sus mentes están desequilibradas. La dicción se ha convertido en algo muy conocido. Ha atrapado a los hombres en una tarea que no pueden desempeñar sabiamente y los echó a perder por hacer un trabajo que, si hubiesen sido humildes, modestos y temerosos de Dios, se habría visto coronado por un glorioso éxito. Esos jóvenes habrían sido muy útiles en el campo misionero como colportores y oradores en las carpas, o como predicadores autorizados demostrando su valía (599) para la tarea ministerial, trabajando aquí y para la eternidad. Pero la idea de convertirse en profesores de dicción los ha arrebatado y Satanás se ríe porque los ha atrapado en una red que había tejido expresamente para ellos.

Los siervos de Dios siempre deberían estar unidos. Deberían reprimir y controlar los rasgos de carecer fuertes y, día a día, reflexionar con detenimiento sobre la naturaleza de la estructura de la vida que construyen. ¿Son caballeros cristianos en su vida diaria? ¿Sus vidas están adornadas con acciones nobles y justas, de manera que el edificio de su carácter se yergue como un hermoso templo de Dios? Del mismo modo que una simple astilla basta para hundir un barco y un simple defecto borra todo el valor de una cadena, un único rasgo de carácter desmoralizador revelado en palabras o acciones dejará su influencia para el mal y si no se vence, subvertirá todas las virtudes.

Cada una de las facultades de la persona es un obrero que construye aquí para la eternidad. Día tras día, la estructura se va levantando sin que su propietario se dé cuenta. Es un edificio que debe levantarse como un faro de advertencia a causa de su deformidad o como una estructura admirada por Dios y los ángeles a causa de su armonía con el Modelo divino. Las facultades mentales y morales que Dios nos ha dado no constituyen el carácter. Son talentos que debemos aprovechar y, si lo hacemos adecuadamente, formarán un carácter correcto. Un sembrador puede tener una semilla preciosa en la mano, pero no es un frutal. Para que pueda ser un árbol, es preciso plantarla. La mente es el huerto y el carácter el fruto. Dios nos ha dado facultades para que las cultivemos y las desarrollemos. Nuestra conducta determinará nuestro carácter. Educar esas facultades de modo armónico para que formen un carácter valioso es tarea que nadie puede hacer por nosotros.

Los que tienen rasgos de carácter ásperos y rudos son culpables ante Dios si, con la educación, no reprimen y erradican toda la amargura de su naturaleza. El hombre que se rinde a la impaciencia sirve a Satanás. "Si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis" (Rom. 6:16). A los ojos de Dios, un buen carácter es más precioso que el oro de Ofir. El Señor quiere que los hombres trabajen aquí para la (600) eternidad. Hemos recibido en herencia rasgos buenos y malos; al cultivarlos podemos hacer que lo malo sea peor o lo bueno mejor. ¿Lo malo ganará como sucedió con Judas o predominará el bien y borrará el mal de nuestras almas?

Los principios, la justicia y la honradez deberían ser siempre bien acogidas. La honradez no se quedará allí donde se dé lugar a la política. Jamás entrarán en componendas; una es de Baal, y la otra es de Dios. El Maestro exige de sus siervos que tanto sus motivos como sus acciones sean honorables. Para muchos, tales personas no son agradables; en cambio, para Dios son bellas.

Satanás trabaja para entrometerse en todas partes. No dudará en separar amigos. Hay personas que siempre hablan y murmuran levantando falsos testimonios, sembrando la semilla de la discordia y engendrando discordias. El cielo considera a esa clase de personas como los siervos más eficientes de Satanás. Pero aquél .que es víctima de las injurias se encuentra en una posición mucho menos peligrosa que quien es adulado y alabado por unos cuantos esfuerzos que parecen coronados por el éxito. La alabanza de los amigos aparentes es más peligrosa que el reproche.

Quien se alaba a sí mismo empaña el lustre de sus mejores esfuerzos. Un carácter verdaderamente noble no se doblegará ante las falsas acusaciones de los enemigos. Cada palabra que se diga caerá en saco roto porque fortalecerá lo que no podrá vencer. El Señor quiere que su pueblo esté estrechamente unido a él, el Dios de la paciencia y el amor. Todos deberían manifestar el amor de Cristo en sus vidas. Que nadie se atreva a empequeñecer la reputación o el puesto de nadie, es egoísmo. Equivale a decir: "Soy mucho mejor y más capaz que tú porque Dios me da preferencia. No vales demasiado".

Los ministros que ocupan lugares de responsabilidad son hombres a quienes Dios ha aceptado. No importa cuál sea su origen. No importa su posición anterior, si anduvieron tras el arado, trabajaron como carpinteros o disfrutaron de la disciplina de la universidad. Si Dios los aceptó, guárdese cada uno de arrojar el menor rumor sobre ellos. No habléis jamás de manera despectiva, de nadie, porque a ojos de Dios puede ser grande y puede tener en poca estima a los que se sienten grandes, a causa de la perversidad (601) de sus corazones. Nuestra única seguridad está en yacer a los pies de la cruz, considerarnos pequeños y confiar en Dios porque sólo él tiene el poder de engrandecernos.

Los ministros corren el peligro de darse demasiado crédito por la obra que llevan a cabo. Piensan que Dios los favorece y se vuelven independientes y autosuficientes. Entonces el Señor los somete a los azotes de Satanás. Para poder hacer la obra de Dios de manera aceptable, debemos ser mansos de espíritu, de mente sencilla y estimar a los demás como mejores que nosotros mismos. Hay mucho en juego. Ahora se necesita el juicio y las capacidades de todos. La obra de cada uno es de suficiente importancia como para exigir que se lleve a cabo con cuidado y fidelidad. Un solo hombre no puede hacer el trabajo de todos. Cada uno tiene su lugar respectivo y su tarea específica y todos deberían apercibirse de que el modo en que se hace ese trabajo debe resistir la prueba del juicio.

Tenemos ante nosotros una tarea importante y extensa. El día de Dios se avecina apresuradamente y todos los obreros del gran campo del Señor deberían ser hombres esforzados por alcanzar la perfección, sin ninguna carencia, que no cuidan ningún don y esperan la aparición del Hijo del hombre en las nubes. Ningún momento de nuestro precioso tiempo debería estar ocupado en conseguir que los demás se adapten a nuestras ideas y opiniones personales. Dios educará a los hombres que se comprometan a colaborar en esta gran tarea, el más alto ejercicio de la fe y el desarrollo de un carácter armonioso.

Las personas tienen distintos dones y algunos están mejor capacitados para una rama de la obra que otros. Lo que uno no consiga hacer, su hermano ministro puede tener la fuerza para conseguirlo. El trabajo de cada uno en su puesto es importante. La mente de uno no debe controlar a otros. Si uno se

levanta, porque siente que nadie debe influir sobre él, que tiene el juicio y las capacidades necesarias para comprender cada departamento de la obra, ese perderá la gracia de Dios.
Mi esposo tiene una experiencia y unas cualidades valiosas, siempre y cuando se santifiquen con la gracia de Cristo. Dios aceptará sus esfuerzos si él imita al Modelo. (602)
Dios querría que los hermanos Haskell, Butler, Whitney y White se acercaran a su lado. Esos hombres pueden tener preciosas cualidades, pero a menos que Cristo se revele en su carácter, no serán más aceptables que la ofrenda de Caín. Su ofrenda era buena en sí misma, pero no había Salvador en ella. (603)

EL AMOR DEL MUNDO.-
Apreciados hermanos y hermanas de ----- vuestro país es rico y hermoso, la providencia de Dios esparció sus bondades con generosidad; pero a menos que no se aprovechen con sabiduría, esas mismas bendiciones serán una maldición. Algunos de vosotros os habéis indigestado con las preocupaciones de la vida y algunos más se han embriagado con el espíritu del mundo. Corréis peligro; en especial vuestros jóvenes. Los padres no se han unido estrechamente a Dios y no han podido trabajar inteligentemente con la ayuda de su poder para convertir a sus hijos. Hablar constantemente no convierte. Las reprensiones y las restricciones son necesarias con frecuencia. Sin embargo, se ha llegado demasiado lejos, en especial cuando la piedad no está ejemplificada en la vida de aquellos que administran la reprensión.
Nuestras palabras y nuestras acciones son nuestro fruto. Una vida consagrada es un sermón viviente y diario. No obstante, la piedad interna y la verdadera entrega ceden rápidamente el paso a las formas externas. La religión pura y sin desviación es la gran necesidad de la iglesia de -----. Es preciso que el acercamiento a Dios se convierta en una tarea individual. Nadie se puede salvar en nombre de otro, sino que cada hombre y cada mujer deberá trabajar por su propia salvación con temor y reverencia. Satanás tiene mucho más poder sobre alguien que profesa la verdad del que muchos se imaginan. En lugar de Cristo, el yo gobierna el corazón. La obstinación, el interés propio, la envidia y el orgullo echan fuera la presencia de Dios.
El amor de Dios debe impregnar el alma o los frutos de justicia no aparecerán. No es seguro consentir la vanidad y el orgullo, o el amor al poder o la ganancia. La peor fase del orgullo es preocuparse constantemente, censurar y quejarse porque se tiene el poder de hacerlo y aquellos a quienes se perjudica de esta manera no pueden impedirlo. La soberbia causa divergencias en el círculo familiar y en la iglesia. Los corazones que no son cristianos pensarán que pueden encontrar grandes errores en otros, cuando no existe ninguno y se ocuparán de pequeñeces hasta que parezcan enormidades. Dios ha encargado a sus seguidores la tarea de arreglar (604) estos pequeños asuntos, que a algunos les parecen tan enormes, para que se encarguen ellos mismos de resolverlos. No permitáis que tales diferencias desafortunadas se eternicen hasta convertirse en fuente de amargura para la iglesia y muchos se aparten. Cuando Cristo está en el corazón, éste se ablandará tanto y se someterá de tal manera al amor por Dios y los hombres que las murmuraciones, las críticas y las contiendas dejarán de existir. Con la religión de Cristo en el corazón, su poseedor ganará una victoria completa sobre las pasiones que quieren alcanzar el dominio.
Cristo Dijo: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" (Mat. 6:33). Esta promesa siempre será cierta. No podemos gozar del favor de Dios a menos que cumplamos las condiciones que rigen para que se otorgue. Al hacerlo, alcanzaremos la paz, la satisfacción y la sabiduría que el mundo no puede dar ni robar. Si como iglesia, queréis asegurar la abundante bendición de Dios, individualmente, haced de él lo primero y lo último y dedicadle todos vuestros pensamientos, planes y acciones. La obediencia a Dios es el primer deber de todo cristiano. Una mente humilde y un corazón agradecido os elevarán por encima de las pruebas imaginarias y las dificultades reales. Cuanto menos sinceros, enérgicos y vigilantes seamos en el servicio del Maestro,

más se recreará la mente en el yo, agrandando los más pequeños hormigueros hasta la categoría de montañas de dificultad. Sentiremos que se nos maltrata aunque no se cometiera ninguna falta de respeto.

La carga de la obra de Dios depositada sobre Moisés hizo de él un hombre poderoso. Durante años, mientras estuvo al cuidado de los rebaños de Jetro obtuvo la experiencia que le enseñó la verdadera humildad. Pero el llamado de Dios encontró a Moisés, y también nos encontrará a nosotros, ineficiente dubitativo y desconfiado de sí mismo. La orden de librar a Israel parecía abrumadora; pero, con el poder de Dios, Moisés aceptó el encargo. Ved el resultado: Su propia deficiencia no hizo fracasar la obra, sino que la fuerza de Dios lo llevó a hacer los esfuerzos más sinceros para elevarse y santificarse para su sagrada misión.

Moisés jamás habría estado preparado para su puesto de confianza si hubiera esperado que Dios hiciera el trabajo por él. La luz (605) del cielo descenderá sobre aquellos que sientan la necesidad de ella y la busquen como se busca un tesoro escondido. Pero si nos sumimos en un estado de inactividad, si dejamos que el poder de Satanás nos controle, Dios no enviará su inspiración sobre nosotros. A menos que ejercitemos hasta el límite las facultades que nos dio, siempre seremos débiles e ineficientes. La oración y el ejercicio vigoroso de la mente son necesarios para que podamos prepararnos para hacer el trabajo que Dios nos encomiende. Muchos jamás alcanzan la posición que podrían ocupar porque esperan que Dios haga por ellos lo que Dios les ha dado poder para hacer por ellos mismos. Todos los que esperan ser útiles en esta vida deben formarse en la disciplina moral y mental más severa y Dios los asistirá combinando el poder divino con el esfuerzo humano.

Muchos de los que están en ----- fracasarán porque no avanzan junto con la obra y no representan adecuadamente la santificación de la verdad con su vida diaria. No hacen como hizo Moisés y no se esfuerzan porque su vida alcance el modelo elevado. Si lo hubieran hecho, ahora se añadirían muchos más a su número y se gozarían en la verdad. Alejar de Cristo a las almas con nuestra vida sin santificar es cosa terrible. Nuestra religión debe ser algo más que una religión de la cabeza. Debe afectar al corazón y luego tener una influencia correctora sobre la vida. Los malos hábitos no se vencen con un único esfuerzo. El yo sólo se puede dominar después de largos y arduos combates. Esta formación debe ser emprendida por cada uno de los miembros de la iglesia a título individual, los cuales deberán quitar la basura que se ha acumulado alrededor de la puerta del corazón antes de que puedan servir a Dios con sencillez de propósito, adornando su profesión con una vida ordenada y una conversación piadosa. Sólo entonces podrán enseñar a los pecadores la verdad y ganar almas para Cristo.

En esa iglesia hay hombres que piensan que deberían enseñar la verdad a otros y, sin embargo, son exigentes, impacientes y criticadores con sus propias familias. Necesitan que alguien les enseñe hasta que sean hombres pacientes y temerosos de Dios en el hogar. Les es preciso aprender los primeros principios de la religión. Deberían buscar a Dios con sinceridad de alma porque han (606) sido flagelo para sus familias y granizo desolador que deprime y destruye a sus hermanos. Tales hombres no merecen que se los considere padres de familia porque no velan por la familia con amor cristiano, misericordia y la verdadera dignidad de una vida piadosa y un carácter semejante al de Cristo.

La solemne y sagrada verdad —el mensaje de prueba que Dios nos dio para que lo comunicáramos al mundo— nos sujeta a todos y cada uno de nosotros a la fuerte obligación de transformar nuestra vida diaria y nuestro carácter para que el poder de la vedad pueda quedar bien representado. Constantemente, deberíamos tener la sensación de que el tiempo es corto y que los terribles acontecimientos que ha declarado la profecía tendrán lugar con rapidez. A causa de que esas verdades no se sienten como reales, nuestra vida no tiene congruencia con la verdad que profesamos. Muchos entierran talentos que deberían invertir allí donde obtuvieran ganancias para devolverlos a Dios cuando diga: "Ríndeme cuentas de tu administración". Moisés fue grande porque usó sus talentos para hacer la obra de Dios y, en consecuencia se le aumentaron los talentos. Llegó a ser elocuente, paciente, seguro de sí mismo y competente para desempeñar la mayor tarea jamás confiada a un mortal. Este es el efecto

sobre el carácter siempre que los hombres se entregan a Dios con toda el alma y escuchan sus mandamientos para obedecerlos.

La pronta obediencia a las exigencias de Dios da energía vital y poder al alma. Se hace un trabajo tan persistente como el sol que alumbra sobre los obreros y sobre aquellos por quienes trabaja. Por más limitada que sea la capacidad de quien entra en esta obra, la labor que desempeñe en su humilde esfera será aceptable para Dios.

“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad. Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra (607) aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina" (Mat. 7:21-27).

La razón por la cual nuestro pueblo ha perdido facultades es que profesa la verdad pero no la practica. Tiene poca fe y confianza en Dios. hay pocos que lleven la carga relacionada con su obra. El Señor exige la fuerza del cerebro, de los huesos y de los músculos; pero, muy a menudo se le escatima a él y se le entrega al mundo. El servicio de Dios se convierte en un asunto secundario, mientras que los intereses mundanos reciben pronta atención. Las cosas de menor importancia se convierten en esenciales, y las exigencias de Dios las cosas espirituales y eternas, se tratan con indiferencia, como algo que se puede tomar o dejar a nuestra voluntad. Si la mente estuviera puesta en Dios y la verdad ejerciera una influencia santificadora sobre el corazón, el yo se escondería en Cristo. Si nos damos cuenta de la importancia de la verdad que profesamos deberíamos creer que tenemos una sagrada misión para cumplir, una responsabilidad que implica resultados eternos. Todos los intereses temporales deberían someterse a esto.

Hermanos de -----, no os dais cuenta de vuestra obligación hacia Dios y la tarea individual que él os confió para que la desempeñarais por él. Tenéis la teoría de la verdad, pero no sentís su poder en el alma. La higuera estéril extendía sus pretenciosas ramas ante el cielo; pero cuando el Redentor buscó el fruto, he aquí no había nada más que hojas. A menos que se opere una profunda obra en vosotros, como individuos y como iglesia, la maldición de Dios caerá ciertamente sobre vosotros como cayó sobre el árbol sin fruto.

Los miembros de la iglesia de ----- poseen talentos que serían valiosos si fueran usados correctamente. Si sienten que Dios los considera suficientemente importantes como para aceptar su labor, el débil comenzará a ser fuerte; el tímido, valiente; y el irresoluto e indeciso, un hombre de rápidas y firmes decisiones.

Los hombres de esa iglesia deben sentir que Dios desea que se conviertan en obreros de su causa según todas las capacidades. A (608) menos que cambien su conducta, algunos se encontrarán en una situación parecida a la de los fariseos cuando Cristo les dijo: "Los publicanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios" (Mat. 21:31). Muchos se sienten seguros porque profesan la verdad a la vez que no sienten su influencia santificadora sobre el corazón y no avanzan en la vida divina.

Hermanos, mientras como pueblo profesáis tener mucha más luz que otras denominaciones, vuestras obras no corresponden con vuestra profesión. Muchos que han estado en las tinieblas del error aceptan de buen grado la verdad cuando se les abre el entendimiento. Aunque hayan pasado toda su vida en el pecado, cuando se acercan a Dios en penitencia y sintiendo su pecaminosidad él los acepta. Esas personas se encuentran en una situación más favorable para la perfección del carácter cristiano que los que han tenido mucha luz y no la han aprovechado. Lo que deja a los hombres y las mujeres en las

tinieblas es su descuido en el aprovechamiento de la luz y las ocasiones que se les otorgan. Cristo odia las pretensiones vanas. Cuando estuvo en la tierra siempre trató con ternura al penitente, aun a pesar de que hubiera sido el mayor de los pecadores; pero sus acusaciones cayeron duras sobre toda hipocresía.
Cada hombre ha recibido de Dios una tarea por cumplir y nadie puede llevarla a cabo en su lugar. ¡Ojala que cada uno de vosotros pudiese aplicarse el colirio para poder ver sus defectos de carácter y darse cuenta de cómo ve Dios su amor por el mundo, que está echando fuera el amor de Dios! nada os dará tanto poder, tanta seguridad en vosotros y nobleza de alma, como el sentido de la dignidad de vuestra tarea, la promesa de ser colaboradores con Dios haciendo el bien y salvando almas.
El Hijo de Dios vino al mundo para dejarnos un ejemplo de vida perfecta. Se sacrificó a sí mismo por el gozo que tenía ante sí, el gozo de ver las almas rescatadas de las garras de Satanás y salvadas para el reino de Dios. La orden de Jesús era: "Sígueme" (Mat. 8:22; 9:9; 19:21; Mar. 2:14; Luc. 5:27; 9:59; Juan 1:43; 21:19, 22). Los que siguen su ejemplo compartirán la obra divina de hacer el bien y finalmente entrarán en el gozo de su Señor.
En nuestros días hay más de uno que anda en humildad a quien Dios podría designar como designó a Abraham: "Amigo de (609) Dios" (Sant. 2:23). Tales personas aprueban lo que Dios aprueba y condenan lo que él condena. En su presencia aun el pecador percibe un sentido de la reverencia, un freno. Dios está con ellos y son epístolas vivientes que todos los hombres conocen y leen. En su conducta se percibe ternura, dignidad y propiedad divina y ello les da poder sobre el corazón de sus semejantes.
Al seguir a Cristo, el Autor y Fin de vuestra fe, sentiréis que trabajáis bajo su mirada, que su presencia influye en vosotros y que él conoce vuestros motivos. A cada paso os preguntaréis humildemente: "¿Agradará a Jesús? ¿Glorificará a Dios?" Tarde y mañana vuestras sinceras oraciones ascenderán a Dios pidiendo su bendición y su guía. La verdadera oración se aferra al Omnipotente y nos da la victoria. Hincado de rodillas, el cristiano obtiene fuerza para resistir la tentación.
El que ante todo es padre de familia llevará a sus hijos al trono de Dios mediante una fe viva. Al desconfiar de sus propias fuerzas aferra su alma desesperada a Jesús y toma la fuerza del Altísimo. Hermanos, orad en casa, con la familia, día y noche; orad con sinceridad en vuestra habitación; mientras estéis ocupados en vuestras tareas diarias, elevad el alma a Dios en oración. De ese modo anduvo Enoc con Dios. La oración silenciosa y ferviente del alma se elevará como santo incienso hasta el trono de la gracia y será tan aceptable para Dios como si fuese ofrecida en el santuario. Para todos los que lo vuelcan así, Cristo es una ayuda presente en tiempos de necesidad. Serán fuertes en el día del juicio.
La palabra de Dios es una lámpara a nuestros pies y una lumbrera en nuestro camino. "En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti" (Salmo 119:11). El corazón que ha sido ocupado previamente con la palabra de Dios está fortificado contra Satanás. Los que hacen de Cristo su compañero diario e íntimo amigo sentirán que los rodean los poderes de un mundo invisible. Al mirar a Jesús se asemejarán a su imagen. Al contemplarle son cambiados según el modelo divino; su carácter se suaviza, se refina y se ennoblece para el reino celestial.
Hermanos de -----, cuando se manifieste un celo verdadero y sincero en vuestro carácter y vuestras obras, los incrédulos lo (610) verán en vuestra conducta y cuando estén en vuestra presencia sentirán que tenéis una paz que ellos desconocen, una serenidad que les es extraña. Creerán que trabajáis para Dios porque vuestras obras se harán en él. Se me mostró que esta es la característica de un cristiano. Satanás ha destruido muchas almas llevándolas a ponerse a sí mismas en el camino de la tentación. Se acerca a ellas como se acercó a Cristo, tentándolas para que amen al mundo. Les dice que pueden invertir provechosamente en tal o cual empresa y, crédulos, siguen su dirección. Pronto son tentados a apartarse de su integridad para obtener los máximos beneficios posibles para sí. Su conducta puede ser perfectamente legal según los modelos de justicia del mundo y, aun así, no resistir la prueba de la ley de Dios. Sus hermanos cuestionan sus motivos y son sospechosos de explotación en beneficio propio,

sacrificando la preciosa influencia que sagradamente debiera haber sido guardada en beneficio de la causa de Dios. Ese negocio que en manos de alguien que vendería su integridad por ganancias mundanas, podría haber tenido éxito financiero, pero podría ser completamente inapropiado para un seguidor de Cristo.

Todas estas negociaciones vienen acompañadas de pruebas y dificultades invisibles y son un tormento terrible para los que se mezclan con ellas. A menudo se dan circunstancias que motivan la reflexión sobre los motivos de esos hermanos; pero aunque alguno pueda parecer decididamente malo, no por eso deben ser consideradas siempre una prueba de carácter para ellos. Aun así, ellas a menudo son el punto de vuelta en su propia experiencia y destino. El carácter se puede transformar por la fuerza de las circunstancias en que se ha situado el individuo.

Se me mostró que para nuestro pueblo la especulación económica es un peligroso experimento. Con ella se pone en terreno enemigo y queda sujeto a enormes tentaciones, decepciones, pruebas y pérdidas. A esto sigue una inquietud febril, un deseo que ansía por obtener recursos más rápidamente de lo que las circunstancias actuales puedan admitir. En consecuencia, cambia el entorno con la esperanza de hacer más dinero. Sin embargo, sus expectativas no se hacen realidad y se desalienta, por lo que en lugar de avanzar, retrocede. Este ha sido el caso de algunos (611) miembros de la iglesia de -----. Se están apartando de Dios. Si el Señor hubiese hecho prosperar las especulaciones de algunos de nuestros apreciados hermanos habría sido su ruina eterna. Dios ama a su pueblo, también ama a los que han tenido poca fortuna. Si quieren aprender las lecciones que intenta enseñarles su derrota, al final, se transformará en una preciosa victoria. El amor al mundo ha expulsado el amor de Cristo. Cuando la basura sea limpiada de la puerta del corazón y ésta se abra en respuesta a la invitación de Cristo, él entrará y tomará posesión del templo del alma. Si hubiésemos tenido más en cuenta estas precisas palabras del apóstol, nos habríamos ahorrado muchas pruebas:

"Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: 'No te desampararé, ni te dejaré'" (Heb. 13:5). "Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento; porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores. Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos" (1 Tim. 6:6-12).

Este es nuestro día de prueba. Cada persona ha recibido un don o talento peculiar para que lo use con el fin de adelantar el reino del Redentor. Todos los agentes responsables de Dios, desde el más humilde y más oscuro hasta los que se ocupan puestos elevados en la iglesia, han recibido en fideicomiso los bienes de Dios. El ministro no es el único que puede trabajar por la salvación de las almas. Los que tienen los dones más pequeños no están excusados de usar sus mejores cualidades y, al hacerlo, sus talentos se aumentarán. No es cosa segura frivolizar con las responsabilidades morales ni menospreciar el día de las cosas pequeñas. La providencia de Dios proporciona sus legados de acuerdo con las variadas (612) capacidades de las personas. Nadie debería lamentarse porque no puede glorificar a Dios con talentos que jamás ha poseído y de los cuales no es responsable.

Una gran causa de debilidad de la iglesia de ----- fue que, en lugar de aprovechar los talentos para la gloria de Dios, los ha envuelto en un manto y los ha enterrado en el mundo. Aunque algunos dispongan de tan sólo un talento, si lo ejercitan, se aumentará. Dios valora el servicio de acuerdo con lo que un hombre tiene y no con lo que no tiene. Si cumplimos nuestros deberes diarios con fidelidad y amor recibiremos la aprobación del Maestro como si hubiésemos desempeñado una gran tarea. Debemos abandonar el ansia de prestar grandes servicios y acumular grandes talentos ya que hemos sido hechos

responsables de pequeños talentos y el desempeño de humildes obligaciones. Al menoscabar las pequeñas obligaciones diarias y querer alcanzar responsabilidades mayores no hacemos el trabajo que Dios nos confió.

¡Ojala pudiera conseguir que esa iglesia se apercibiera del hecho de que Cristo tiene derechos sobre su servicio! Hermanos y hermanas, ¿sois siervos de Cristo? Entonces, si dedicáis la mayor parte de vuestro tiempo a servios a vosotros mismos, ¿cuál será vuestra respuesta cuando el Señor os pida que rindáis cuentas de vuestra mayordomía? Los talentos que se nos han confiado no son nuestros, ya sean de propiedades, fuerza o capacidad mental. Si hacemos un mal uso, no importa si son todos o sólo uno, se nos condenará justamente por nuestra mala mayordomía. ¡Cuán grandes son las obligaciones que recaen sobre nosotros si tenemos que devolver a Dios aquello que es suyo!

A menos que esa iglesia despierte de su letargo y se sacuda del espíritu del mundo, cuando sea demasiado tarde y descubran que han perdido para siempre ocasiones y privilegios, lo lamentarán. A veces el Señor prueba a su pueblo con prosperidad en las cosas temporales. Pero su intención es que haga un uso correcto de sus dones. Sus propiedades, su tiempo, su fuerza y sus oportunidades son de Dios. Porque todas esas bendiciones deben ser devueltas al Dador. Mientras entre nuestros hermanos vemos necesidades y miseria y escatimamos su alivio cuando nuestras propias necesidades ya están cubiertas, descuidamos un claro deber revelado en (613) la palabra de Dios. Nos da generosamente para que podamos dar a otros. La beneficencia vence la soberbia y ennoblece y purifica el alma. Algunos hacen un mal uso de los talentos que Dios les dio; cierran los ojos para no tener que ver las necesidades de la causa del Señor y apartan los oídos para no tener que escuchar su voz mostrándoles que su deber es alimentar a los hambrientos y vestir a los desnudos. Algunos que profesan ser hijos de Dios parecen ansiosos por invertir sus recursos en el mundo no sea que regrese al Dador en forma de ofrendas y donaciones. Olvidan su divina misión y si se obstinan en seguir los dictados de sus corazones egoístas, gastando un tiempo y unos recursos preciosos en satisfacer su orgullo, Dios les enviará el infortunio y sentirán una necesidad acuciante a causa de su ingratitud. El Señor entregará sus talentos a otros mayordomos más fieles que reconozcan que él tiene derechos sobre ellos.

La riqueza es un poder que permite hacer el bien y el mal. Usada correctamente es fuente de continua gratitud porque los dones de Dios se aprecian y se reconoce al Dador en el uso que se les da según la intención de Dios. Los que roban a Dios reteniendo recursos para su causa y para los pobres que sufren se encontrarán con su justa retribución. Nuestro Padre celestial, que nos dio en fideicomiso todos los buenos dones, se apiada de nuestra ignorancia, nuestra fragilidad y nuestra condición desesperanzada. Para salvarnos de la muerte, libremente, dio a su amado Hijo. Nos pide todo aquello que consideramos nuestro. Abandonar a los pobres sufrientes es abandonar a Cristo porque él nos dice que los pobres son sus representantes en la tierra. Cristo acepta la compasión y la benevolencia mostradas hacia ellos como si se le mostraran a él mismo.

Cuando descuida a los pobres del Señor y los olvida o los saluda con miradas frías y palabras crueles, el culpable deberá tener presente que está abandonando a Cristo en la persona de sus santos. Nuestro Salvador identifica su interés con el de la humanidad sufriente. Así como el corazón del padre añora con ternura compasiva al que sufre entre su pequeño rebaño, el corazón de nuestro Redentor se compadece con los más pobres y humildes de sus hijos terrenales. Los ha puesto entre nosotros para despertar en nuestros (614) corazones el amor que él siente hacia los que sufren y están oprimidos y hará que sus juicios caigan sobre quien los ofenda, los menoscabe o abuse de ellos.

Consideremos que Jesús tomó en su corazón todas las tribulaciones y los pesares, la pobreza y el sufrimiento del hombre y las convirtió en parte de su experiencia. Aunque era el Príncipe de la vida, no se sentó entre los grandes y honorables, sino con los humildes, los oprimidos y los que sufren. Fue el Nazareno menospreciado. No tenía dónde reposar la cabeza. Se hizo pobre por nosotros para que, por su pobreza, nosotros pudiésemos ser hechos ricos. Ahora es el Rey de gloria y si viniera coronado con majestad, muchos le rendirían homenaje. Todos competirían unos con otros para honrarlo; todos

desearían estar en su presencia. Ahora se nos brinda una oportunidad para recibir a Cristo en la persona de sus Santos. Dios quiere que apreciéis sus dones y los uséis para su gloria. Os recomiendo que abráis el corazón a la verdadera y desinteresada benevolencia.

Apreciados hermanos, como iglesia habéis descuidado tristemente vuestras obligaciones hacia los hijos y los jóvenes. Además de establecer para ellos normas y restricciones, deberíais poner gran cuidado en mostrarles la cara de vuestro carácter que se semeja a Cristo, no la satánica. Los hijos necesitan vigilancia constante y amor tierno. Atadlos a vuestros corazones y haced que amen y teman a Dios. Los padres y las madres no controlan su espíritu y, por lo tanto, no son aptos para gobernar a otros. Además de reprimir y prevenir a los hijos, es preciso aprender a obrar justamente y con amor misericordioso a la vez que se anda humildemente con Dios. Todo deja una marca sobre la mente de los jóvenes. Estudian la expresión del rostro, la voz ejerce su influencia sobre ellos e imitan con exactitud el comportamiento. Los padres y las madres angustiados e irritables dan lecciones a sus hijos que, algún día, si pudieran, darían todo el mundo para desaprenderlas. Los hijos deben ver en la vida de sus padres una coherencia acorde con su fe. Al llevar una vida coherente y ejercer el dominio propio, los padres pueden moldear el carácter de sus hijos.

Nuestras familias están ocupadas con demasiadas preocupaciones y cargas y la sencillez natural, la paz y la felicidad encuentran (615) poco espacio. Deberíais preocuparon menos por lo que el mundo exterior diga y prestar más atención a los miembros del círculo familiar. No aceptéis tanta cortesía mundana y cultivad más la ternura y el amor, la alegría y la cortesía cristiana con los miembros de la casa. Muchos deberán aprender a hacer del hogar un lugar atractivo y de disfrute. Los corazones agradecidos y las miradas amables son más valiosos que las riquezas y el lujo, y la satisfacción por las pequeñas cosas hará del hogar un lugar feliz si en él reina el amor.

Jesús, el Redentor, anduvo en la tierra con la dignidad de un rey aunque era manso y humilde de corazón. Fue una luz y una bendición para todas las casas porque llevaba con él alegría, esperanza y aliento. Ojala pudiésemos quedar satisfechos con menos anhelos del corazón, menos cuitas por cosas difíciles de obtener para embellecer nuestros hogares mientras no apreciemos lo que Dios valora más que las joyas, el espíritu manso y pacífico. La gracia de la sencillez, la mansedumbre y el verdadero afecto haría que la casa más humilde fuera un paraíso. Mejor es soportar alegremente los inconvenientes que renunciar a la paz y la conformidad.

Tenéis gran necesidad de humillar vuestro corazón ante Dios al ver la triste condición de vuestros hijos, carentes de Dios y de toda esperanza en el mundo. No aprecian ni se muestran reverentes con las cosas sagradas porque han puesto los asuntos comunes y mundanos al mismo nivel que los intereses eternos. Entre vosotros hay jóvenes cuyo servicio será aceptable para Dios si, como Daniel y sus compañeros, le rinden sus corazones y se unen a él. Muy pocos tienen una idea cierta del peligro que rodea a los jóvenes de nuestros días. Se requiere una gran cantidad de valor moral y una resistencia constante a la tentación para alcanzar una noble hombría. El carácter inmaculado ante Dios es algo raro. Muchos que no temen a Dios, cuyos pies se encuentran en la ancha vía de la muerte, esperan para ser compañeros de vuestros hijos. Ojala pudiera conseguir que los jóvenes vieran el peligro, en particular el peligro de contraer matrimonios infelices.

Un poco de tiempo malgastado en locuras de juventud dará una cosecha que os amargará toda la vida. Una única hora de (616) insensatez, una única vez que se ceda a la tentación puede llevar toda vuestra vida al traste. No tenéis más que una juventud; mirad que sea útil. Una vez que hayáis pasado por el sendero no podréis regresar para rectificar los errores. El que no quiere unirse a Dios y emprende el camino de la tentación caerá con toda seguridad. Dios prueba a todos los jóvenes. Muchos han excusado su despreocupación e irreverencia con el mal ejemplo que les dieron profesores más experimentados. Aun así, esto no debería justificar a nadie de obrar correctamente. En el día del balance final no podréis excusaron como ahora. Se os condenará justamente porque conocíais el camino pero no quisisteis andar por él.

Satanás, el archiengañador, se transforma en un ángel de luz y se acerca a los jóvenes con sus tentaciones sofisticadas y consigue ganarlos y, paso a paso, apartarlos de la senda del deber. Se lo describe como un acusador, un engañador, un mentiroso, un torturador y un asesino. "El que practica el pecado es del diablo" (1 Juan 3:8). Cada transgresión condena el alma y provoca el desagrado divino. Dios discierne los pensamientos del corazón. Cuando acariciamos pensamientos impuros no es preciso que los expresemos con palabras o acciones para consumar el pecado y condenar el alma. Su pureza queda manchada y el tentador triunfa.

Cuando sus propias pasiones lo apartan y lo atraen, el hombre es víctima de la tentación. Se aparta del camino de la virtud y el bien real por seguir sus inclinaciones. Si los jóvenes poseyesen integridad moral las más rudas tentaciones serían vanas. Satanás es culpable de tentaron, pero vosotros sois culpables de ceder a la tentación. Satanás no tiene el poder de forzar a los tentados para que se vuelvan transgresores. No hay excusa para el pecado.

Mientras algunos jóvenes malgastan sus facultades con vanidades e insensateces, otros disciplinan la mente, acumulando conocimiento, revistiéndose con la armadura para emprender una vida de luchas, decididos a coronarla con el éxito. Pero fracasarán, por alto que consigan trepar, a menos que centren sus afectos en Dios. Si se vuelven al Señor de todo corazón, rechazando los engaños que los puedan debilitar en lo más mínimo, su propósito de obrar correctamente, tendrá fuerza y confianza en Dios. (617)

Los que aman la sociedad frecuentemente consienten este rasgo hasta que se convierte en una pasión dominadora. El vestido, las visitas a lugares de diversión, las risas y la charla sobre temas ligeros como la vanidad son el objetivo de su vida. No pueden soporta la lectura de la Biblia y contemplar las cosas celestiales. Se sienten miserables a menos que algo los excite. Carecen de la facultad de ser felices y para serlo dependen de la compañía de otros jóvenes tan irreflexivos y rebeldes como ellos mismos. Emplean las facultades que podrían usar con propósitos nobles en insensateces y disipación.

El joven que encuentra placer y felicidad en la lectura de la palabra de Dios y en la hora de oración siempre se sacia con sorbos de la Fuente de vida. Alcanzará una altura de excelencia moral y una amplitud de pensamiento que nadie más puede concebir. La comunión con Dios favorece los buenos pensamientos, las nobles aspiraciones, la clara percepción de la verdad y los elevados propósitos de acción. Dios reconoce a los que unen el alma con él como sus hijos e hijas. Ascienden sin cesar y obtienen visiones claras de Dios y la eternidad hasta que el Señor hace de ellos vías de luz y sabiduría para el mundo.

Algunos de los jóvenes de ----- se encuentran en un estado de pecado contumaz. Son rudos, descorteses, ásperos y rebeldes. Han recibido una gran luz y la han rechazado. Si ahora escogen el camino de la paz, deberán hacerlo por principio, no por impulso emocional. El pecado y la santidad no entran en componendas. La Biblia no refrenda la impiedad ni usa palabras amables de perdón y caridad para el impenitente persistente. Jesús vino para atraer a todos los hombres hacia sí y sus seguidores deben andar en la luz de su glorioso ejemplo, sin importarles la comodidad que deban sacrificar o su reputación, o el peligro de perder las posesiones o la vida misma. Sólo así podrán combatir la buena batalla de la fe.

Los jóvenes tienen a su disposición una perla de gran valor. Pueden comprarla y venderla. O pueden rechazarla con la consecuencia de su pérdida infinita. El cielo está al alcance de todos los que cumplan las condiciones escritas en la palabra de Dios. El Redentor obedeció hasta la muerte. Se dio a sí mismo como ofrenda por el pecado. Sois redimidos "con la sangre preciosa de Cristo, como (618) de un cordero sin mancha" (1 Pedro 1:19). "La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado" (1 Juan 1:7). Jóvenes amigos, podéis formular propósitos sinceros según vuestra propia fuerza, podéis engañaron diciéndoos que podéis seguir una conducta correcta sin rendir el corazón a la influencia controladora del Espíritu de Dios; y, sin embargo, seréis infelices. Vuestro espíritu agitado necesita el cambio y está sediento del placer que se encuentra en las diversiones y las risas y la compañía de

vuestros jóvenes amigos. Os caváis cisternas rotas que no contendrán agua. Un poder engañoso controla vuestra mente y vuestras acciones. Sólo podréis encontrar la felicidad en el arrepentimiento y la fe hacia nuestro Señor Jesucristo; porque vuestro corazón está lleno de rebelión que se manifiesta en vuestras palabras. Vuestras oraciones egoístas y vuestras formas religiosas pueden adormecer la conciencia pero aumentan el peligro. No habéis renovado vuestra naturaleza.

La preciosa sangre de Jesús es la fuente preparada para purificar el alma de toda mancha de pecado. Cuando os decidáis a tomarlo como vuestro amigo, desde la cruz de Cristo brillará una luz nueva y permanente. El verdadero sentimiento del sacrificio y la intercesión del amado Salvador quebrantará el corazón que se ha endurecido con el pecado. El amor, la gratitud y la humildad entrarán en el alma. La rendición del corazón a Jesús subyuga al rebelde y lo vuelve penitente. El lenguaje del alma obediente es: "Las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Cor. 5:17). Esta es la verdadera religión de la Biblia. Todo cuanto sea menos que esto es un engaño.

Los jóvenes no se han apercibido de que la libertad y la luz sólo se pueden retener con la abnegación y la oración y vigilancia constantes, con una confianza continua en los méritos de la sangre de Cristo. Cuando el Espíritu Santo alienta el alma, la voluntad y las facultades del hombre deben dar una respuesta a su influencia. Los que moran en Jesús serán felices, alegres y se gozarán en Dios. La amabilidad subyugada será la señal de la voz. La reverencia por las cosas espirituales y eternas se expresará en las acciones y la música. Una música alegre, resonará en los labios porque fluye del trono de Dios. Este es el misterio de la piedad, que no se explica con facilidad y, sin embargo, se siente y se disfruta. Un corazón (619) obstinado y rebelde puede cerrar la puerta a todas las dulces in- fluencias de la gracia de Dios y todo el gozo en el Espíritu Santo. Pero los caminos de la sabiduría son caminos de placidez y todas sus sendas son de paz. Cuanto más estrechamente unidos estemos a Cristo, más mostrarán nuestras palabras y nuestras acciones el poder subyugador y transformador de su gracia.

Suplico a los jóvenes de ----- que consideren sus caminos y cambien su conducta antes de que sea demasiado tarde. Algunos de vosotros os enorgullecéis de vuestras capacidades; pero cuanto más valiosos sean los talentos que se os confían para conservarlos, mayor será vuestra condenación si tales dones del cielo fueron empleados al servicio de Satanás. Dios puede actuar sin vosotros, pero vosotros no podéis hacer nada sin Dios. Quien sufrirá sin Jesús sois vosotros. Los mandamientos de Dios son como zarzas

y espinas para algunos de los jóvenes de Su conocimiento

de la verdad hace que sea difícil para ellos abandonarse a los placeres pecaminosos porque no pueden borrar de la mente los derechos que Dios tiene sobre ellos. La restricción que así se impone despierta en ellos un sentimiento de impaciencia. Intentan apartarse de esa voz de aviso pero se descubren dando coces contra el aguijón y traspasándose con muchos pesares. ¡Ojala se acercaran a la Fuente de agua viva antes de entristecer por última vez al Espíritu de Dios!

Unas pocas palabras más para los miembros de iglesia. Cristo dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame" (Mat. 16:24). No es preciso que nos hagamos cruces ni que vistamos tela de saco, ni tampoco que nos pellizquemos o nos neguemos los alimentos saludables y nutritivos. No debemos encerrarnos en monasterios, lejos del mundo sin hacer el bien a nuestros semejantes, pensando que esa es la cruz de Cristo. Tampoco se nos pide que expongamos la salud y la vida innecesariamente, ni que subamos la colina de la vida cristiana con llantos, sintiendo que es un pecado estar alegre, satisfecho, feliz y gozosos. Estas son cruces que nos habremos hecho nosotros mismos, pero no son la cruz de Cristo.

Llevar la cruz de Cristo es controlar las pasiones pecaminosas, practicar la cortesía cristiana aun cuando sea inconveniente, ver (620) las carencias de los que están necesitados y en apuros y negarnos a nosotros mismos para aliviarlos, abrir el corazón y la puerta a los huérfanos sin hogar, aun cuando hacerlo pueda ser una sobrecarga para nuestros recursos y nuestra paciencia. Esos niños son los miembros más jóvenes de la familia de Dios y deben recibir amor y cuidados, deben ser criados con la

nutrición y la advertencia del Señor. Esta es una cruz que, si se lleva con alegría por Cristo, será una diadema de gloria en el reino de Dios.
Hermanos, por amor a Cristo, llenad vuestra vida con buenas obras, aun a pesar de que el mundo no aprecie vuestros esfuerzos y no os dé crédito. Esto es abnegación. El egoísmo es el yugo más pesado que los miembros de la iglesia jamás pusieron sobre su cuello, pero los que profesan ser seguidores de Cristo lo aceptan con demasiada facilidad. Todo lo que poseéis pertenece a Dios. Vigilad, no sea que, egoístamente, retengáis las bendiciones que él os dio para las viudas y los huérfanos. Cristo abandonó su gloria, su honor y su alto mando, y por amor a nosotros se hizo pobre para que por su pobreza nosotros pudiésemos ser hechos ricos. Ahora se nos plantea una pregunta: ¿Qué hará cada uno de nosotros por Jesús, el cual dio su vida por un mundo en ruinas? (621)

LA SENCILLEZ EN EL VESTIR.-

En el Sermón del Monte, Cristo exhorta a sus seguidores a no permitir que su espíritu se distraiga con las cosas terrenales. Dice claramente: "Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?" "Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos" (Mat. 6:24-25, 28-29).
Estas palabras rebosan de significado. Eran aplicables en los días de Cristo, y lo son en nuestra época. En ellas, Jesús pone en contraste la sencillez natural de las flores del campo, con el adorno artificial del vestido. Declara que la gloria de Salomón no podía compararse con una sola flor en su hermosura natural. Esta es una lección para todos los que desean conocer y hacer la voluntad de Dios. Jesús nota el cuidado y la devoción que muchos dedican al vestido, y nos aconseja y hasta nos ordena que no pensemos demasiado en él. Es importante que prestemos atención cuidadosa a sus palabras. Salomón estaba tan embargado por pensamientos de ostentación, que no elevó su espíritu por una constante comunión con el Dios de la sabiduría. Pasó por alto la perfección y la belleza del carácter en su propósito de obtener la belleza exterior. Vendió su honor y la integridad de su carácter al procurar glorificarse a sí mismo ante el mundo, y finalmente se transformó en un déspota que sostenía sus lujos extravagantes imponiendo al pueblo tributos excesivos. Primero se corrompió en su corazón, luego apostató de Dios, y finalmente adoró a los ídolos.
Al ver a nuestras hermanas apartarse de la sencillez en el vestir y cultivar el amor por las modas del mundo, nos afligimos. Al ir en esa dirección, se están separando de Dios y descuidan el adorno interior. No deben sentirse libres para dedicar el tiempo que se les ha dado al adorno innecesario de sus vestidos. ¡Cuánto mejor (622) sería que lo empleasen escudriñando las Escrituras, y obteniendo así un conocimiento cabal de las profecías y las lecciones prácticas de Cristo!
Como cristianos no deberíamos aceptar ningún empleo sobre el que no podamos pedir la bendición del Señor. Hermanas, ¿tenéis la conciencia tranquila con los adornos innecesarios que ponéis sobre vuestros vestidos? Mientras desconcertáis la mente con fruncidos, lazos y cintas, ¿podéis elevar el alma en oración a Dios para que bendiga vuestros esfuerzos? El tiempo pasado de esta manera podría dedicarse a hacer el bien a otros y a cultivar vuestra mente.
Muchas de nuestras hermanas son personas hábiles y si sus talentos se usaran para la gloria de Dios el éxito coronaría su labor de ganar almas para Cristo. ¿Acaso no serán responsables de las almas que pudieron haber salvado si sus vestidos no hubiesen sido extravagantes y las preocupaciones de este mundo no hubiesen paralizado y empequeñecido las facultades que Dios les había dado de tal manera

que no sintieron la carga de la tarea? Satanás inventó la moda para mantener la mente de las mujeres tan ocupada con el tema del vestido que no pudiesen pensar en nada más.

Las obligaciones de criar a sus hijos en la nutrición y la advertencia de Dios que recaen sobre las madres no se pueden cumplir si continúan vistiendo como ahora visten. No tienen tiempo para orar o escudriñar las Escrituras para poder entender la verdad y enseñarla a sus hijos. No sólo es un privilegio, sino una obligación que cada uno aumente diariamente el conocimiento de Dios y de la verdad. Pero Satanás alcanza su objetivo si puede inventar algo que atraiga de tal modo la mente que ese no pueda ser el caso. La razón por la que tantos descuiden la asistencia a las reuniones de oración y no deseen participar en los ejercicios religiosos es que sus mentes están dedicadas a otras cosas. Se conforman al mundo en el asunto del vestido. Mientras actúen así, las almas que deberían haber ayudado haciendo que su luz brillara en forma de buenas obras, se refuerzan en su incredulidad con la incoherente conducta de los que profesan ser cristianos.

A Dios le agradaría ver a nuestras hermanas vestidas con ropas aseadas y sencillas, dedicándose fervientemente a la obra del (623) Señor. No carecen de capacidad, y si diesen el uso debido a los talentos que ya poseen, su eficiencia aumentaría grandemente. Si el tiempo que ahora dedican al trabajo inútil lo consagrasen a escudriñar la Palabra de Dios y explicarla a otros, su propia mente se enriquecería con gemas de la verdad y se fortalecería a la vez que se ennoblecería, gracias al esfuerzo hecho para comprender las razones de nuestra fe. Si nuestras hermanas fuesen cristianas de acuerdo con la Biblia y concienzudas, si procuraran aprovechar toda oportunidad para iluminar a otras, veríamos que, por sus esfuerzos abnegados, decenas de almas abrazarían la verdad. Hermanas, en el día en que se haga el ajuste de cuentas, ¿sentiréis placer al repasar vuestra vida, o lamentaréis haber buscado la belleza exterior, mientras que descuidabais casi completamente la hermosura interior, la del alma?

¿No tienen nuestras hermanas suficiente celo y valor moral para colocarse sin excusa de parte de la Biblia? El apóstol dio indicaciones muy explícitas acerca de este punto: "Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad" (1 Tim. 2:9-10). Aquí el Señor, por medo de su apóstol, habla expresamente en contra de que se lleve oro. Cuídense las personas de experiencia de no extraviar a otras por su ejemplo al respecto. Ese anillo que rodea su dedo puede ser muy sencillo, pero es inútil, y el llevarlo ejerce mala influencia sobre los demás.

Especialmente las esposas de nuestros ministros deben tener cuidado de no apartarse de las claras enseñanzas de la Biblia con respecto al vestir. Muchas consideran que esas órdenes son demasiado anticuadas para que se les preste atención; pero el que las dio a sus discípulos, comprendía los peligros que entrañaría en nuestro tiempo el amor al vestido, y nos envió la consiguiente amonestación. ¿Le prestaremos atención y seremos sabios? La extravagancia en el vestir aumenta continuamente. Y no se ha llegado aún al fin. La moda cambia a cada momento, y nuestras hermanas la siguen, sin reparar en el gasto de tiempo y dinero. Se gastan en vestidos muchos recursos que debieran ser devueltos a Dios, el Dador de ellos. (624)

El sencillo y limpio vestido de las clases más pobres a menudo aparece en claro contraste con el atavío de sus hermanas más adineradas y esa diferencia suele causar un sentimiento de incomodidad por parte de los pobres. Algunas intentan imitar a sus hermanas más ricas y fruncen, hacen volantes y encordonan telas de calidad inferior para aproximarse tanto como sea posible a ellas en el vestido. Las chicas pobres, que sólo reciben dos dólares por semana como remuneración por su trabajo gastarán todos los centavos en vestir como otras que no están obligadas a ganarse la vida. Esas jóvenes no tienen nada para poner en la tesorería de Dios. Su tiempo está tan ocupado en confeccionarse vestidos tan a la moda como el de sus hermanas que no tienen tiempo para mejorar la mente, con el estudio de la palabra de Dios, con la oración secreta o con la reunión de oración. La mente está completamente ocupada en planear cómo conseguir una apariencia semejante a la de sus hermanas. Para cumplir este fin se

sacrifica la salud física, mental y moral. La felicidad y el favor de Dios se depositan en el altar de la moda.

Muchas no asisten al servicio de culto del sábado porque su vestido parecería muy distinto en estilo y adorno al de sus hermanas cristianas. ¿Consideraréis, hermanas, estas cosas tal como son y os daréis cuenta de la gravedad de la influencia que ejercen sobre otras? Al andar por una senda prohibida inducen a otras a que emprendan el mismo camino de desobediencia y desviación. La sencillez cristiana se sacrifica por la apariencia externa. Hermanas, ¿cómo se puede cambiar esto? ¿Cómo podemos rescatarnos de la trampa de Satanás y romper las cadenas que nos han atado a la esclavitud de la moda? ¿Cómo recuperaremos las ocasiones perdidas? ¿Cómo pondremos nuestras facultades en acción saludable y vigorosa? Sólo hay un camino y es el de hacer de la Biblia nuestra norma de vida. Todos debemos trabajar honestamente para hacer el bien a los demás, vigilar en oración, tomar la cruz tanto tiempo olvidada y aceptar las advertencias y órdenes del que dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame" (Mat. 16:24).

Hermanas en Cristo, miraos al espejo, la ley de Dios, y probad vuestra conducta con los cuatro primeros mandamientos. Ellos (625) definen explícitamente vuestro deber para con Dios. Y cualquier cosa que tienda a absorber la mente y a distraerla de Dios adopta la forma de un ídolo. El Dios verdadero y vivo es expulsado de los pensamientos y el corazón y el templo del alma es manchado con la adoración de otros dioses. “No tendrás dioses ajenos delante de mí" (Éxo. 20:3), dice el mandamiento. Escudriñemos el corazón, comparemos la vida y el carácter con los estatutos y los preceptos de Jehová y luego corrijamos diligentemente los errores.

Los últimos seis mandamientos especifican los deberes del hombre para con sus semejantes. Aquí se sacan a la luz solemnes obligaciones que cada día pisotean los que profesan guardar los mandamientos. Los que han recibido la luz de la gracia de Dios, que han sido adoptados en la familia real, no siempre deberían ser niños en la obra del Señor. Si aprovecharan sabiamente la gracia que han recibido, sus capacidades se aumentarían y sus conocimientos serían más extensos. Asimismo se les confiaría una medida aún mayor de poder divino. Al llevara cabo esfuerzos sinceros y bien dirigidos para atraer a sus semejantes al conocimiento de la verdad, son hechos fuertes en el Señor. Por obrar justicia en la tierra recibirán la recompensa de la vida eterna en el reino del cielo. Este es el privilegio de nuestras hermanas. Cuando vemos que usan el tiempo y el dinero de Dios en una apariencia innecesaria en el vestido no podemos menos que advertirlas de que están rompiendo no sólo los primeros cuatro mandamientos, sino que también quebrantan los últimos seis. No hacen de Dios el supremo objeto de su adoración ni aman a sus prójimos como a ellas mismas.

Cristo es nuestro ejemplo. Debemos tener el Modelo constantemente ante nosotros y contemplar el infinito sacrificio que hizo para redimirnos de la tiranía del pecado. Si mirándonos en el espejo nos vemos condenados, no continuemos con nuestra transgresión, sino que volvámonos y lavemos nuestras vestiduras del carácter en la sangre del Cordero para que puedan ser sin mancha. Digamos, como David: "Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley" (Salmo 119:18). Aquellos a quienes Dios ha confiado tiempo y recursos para que puedan ser una bendición para la humanidad, pero que han despilfarrado esos dones innecesariamente, gastándolos (626) en ellos y en sus hijos, deberán rendir una terrible cuenta en el mostrador de Dios.

"Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama" (Mal. 4:l). El mundo incrédulo pronto tendrá algo en que pensar además del vestido y la apariencia. Cuando la desgracia y la incertidumbre separen sus mentes de esas cosas no tendrán nada a qué volverse. No son prisioneros de la esperanza y, en consecuencia, no se vuelven a la Fortaleza. Sus corazones se detendrán presa del temor y la aflicción. No han hecho de Dios su refugio y no será su consuelo. Se reirá de su calamidad y se burlará cuando venga su temor.

Los observadores del sábado que han cedido a la influencia del mundo, han de ser probados. Están por sobrecogernos los peligros de los postreros días, y espera al profeso pueblo de Dios una prueba que muchos no han anticipado. Será probada la sinceridad de su fe. Muchos se han unido con los mundanos en el orgullo, la vanidad, y la búsqueda de placeres, lisonjeándose de que podían hacer esto y seguir siendo cristianos. Pero son estas complacencias las que los separan de Dios, y los hacen hijos del mundo. Cristo no nos dio un ejemplo tal. Únicamente los que se niegan a sí mismos, y viven una vida de sobriedad, humildad y santidad, siguen verdaderamente a Jesús; y los tales no pueden disfrutar de la compañía de quienes aman al mundo.

Muchos se visten como el mundo, a fin de ejercer influencia sobre los incrédulos; pero en esto cometen un triste error. Si quieren ejercer una influencia verdadera y salvadora, vivan de acuerdo con su profesión de fe, manifiéstenla por sus obras justas, y hagan clara la distinción que hay entre el cristiano y el mundo. Sus palabras, su indumentaria y sus acciones deben hablar en favor de Dios. Entonces ejercerán una influencia santa sobre todos los que los rodeen, y aun los incrédulos conocerán que han estado con Jesús. Si alguno quiere que su influencia se ejerza en favor de la verdad, viva de acuerdo con lo que profesa e imite así al humilde Modelo.

El orgullo, la ignorancia y la insensatez son compañeros constantes. Al Señor le desagrada el orgullo manifestado entre su pueblo (627) profeso. Le deshonra su conformidad con las modas malsanas, inmodestas y costosas de esta época degenerada.

La moda rige el mundo; y es un arma tiránica, que con frecuencia obliga a sus adeptos a someterse a los mayores inconvenientes e incomodidades. La moda impone tributos sin razón y cobra sin misericordia. Tiene un poder fascinador, y está siempre lista para criticar y para ridiculizar a los pobres si no siguen en su estela a cualquier costo, aun con el sacrificio de la vida misma. Satanás se regocija que sus designios tengan tanto éxito, y la muerte se ríe del celo ciego y de la insensatez destructora de la salud de aquellos que adoran ante el altar de la moda.

Para proteger al pueblo de la influencia corruptora del mundo, así como para promover la salud física y moral, se introdujo la reforma en el vestido. No se pretendía que fuera un yugo de servidumbre, sino una bendición. No se buscaba aumentar el trabajo, sino reducirlo; tampoco se quería incrementar el gasto en el vestido, sino el ahorro. Distinguiría al pueblo de Dios del resto del mundo y así serviría como barrera contra sus modas y futilidades. El que conoce el fin desde el principio, que entiende nuestra naturaleza y nuestras necesidades, el compasivo Redentor, vio el peligro y las dificultades y condescendió en darnos advertencia e instrucción respecto de los hábitos de vida, incluida la adecuada selección de alimentos y vestidos.

Satanás constantemente seduce con nuevos estilos de vestido que son una ofensa para la salud moral y física. Disfruta cuando ve que quienes profesan ser cristianos aceptan apresuradamente las modas que inventa. La cantidad de sufrimiento que se crea con el vestido antinatural e insano es incalculable. Muchos son inválidos de por vida por cumplir con las demandas de la moda. Dislocaciones y deformidades, cáncer y otras terribles enfermedades son el resultado perverso del vestido a la moda.

Se ha adoptado más de un estilo en el vestido que era inadecuado e incluso ridículo porque estaba de moda. Entre esas modas perniciosas se encontraban los grandes miriñaques que, frecuentemente, causaban la exposición indecente de las personas. En contraste, se presentó un vestido modesto, limpio y decoroso que puso punto final al miriñaque y las faldas largas, y (628) puso cobertura adecuada para los miembros. Pero la reforma en el vestido incluía más cosas que el acortamiento de la falda y la cobertura de los muslos. Incluía todos y cada uno de los artículos del vestido de una persona. Eliminaba el peso de las ancas suspendiendo la falda desde los hombros. Eliminaba los estrechos corsés que comprimían los pulmones, el estómago y los otros órganos internos e inducía la desviación de la columna vertebral, y una incontable serie de trastornos. La reforma del vestido dio una solución adecuada para la protección y el desarrollo de cada parte del cuerpo.

La reforma del vestido demostró ser una bendición para los que la adoptaron de manera coherente, valorando sus ventajas y adoptando con alegría una posición contraria al orgullo y la moda. Cuando se llevaba a cabo con propiedad, el vestido era decoroso y coherente, por lo que las personas de mente cándida, aun la de aquellas que no pertenecen a nuestra fe, la aceptaban fácilmente.

Se planteará la pregunta: "¿Por qué se ha abandonado ese vestido y por qué razón se ha dejado de defender la reforma en el vestido?" Expondré brevemente aquí la razón de este cambio. Mientras muchas de nuestras hermanas aceptaron esta reforma por principio, otras se opusieron al estilo de vestido sencillo y saludable que defendía. Requería mucho esfuerzo introducir esta reforma entre nuestra gente. No bastaba con presentar ante nuestras hermanas las ventajas de un vestido así y convencerlas de que gozaría de la aprobación de Dios. La moda ejercía tal influencia sobre ellas que les costaba romper su control, aun cuando obedeciesen los dictados de la razón y la conciencia. Muchas que profesaron aceptar la reforma no llevaron a cabo ningún cambio en sus malos hábitos en la indumentaria, excepto el acortamiento de las faldas y la cobertura de las piernas.

Tampoco esto fue todo. Algunas que adoptaron la reforma no estaban satisfechas con ser ejemplo de las ventajas de tal vestido, dando explicaciones por haberlo adoptado cuando se les preguntaba y dejando aquí el asunto. Querían controlar la conciencia de otras. Si ellas lo llevaban, las otras también debían llevarlo. Olvidaron que ninguna mujer estaba obligada a aceptar la reforma en el vestido. (629)

No era mi deber recomendar el tema a mis hermanas. Después de presentarlo ante ellas tal y como se me había mostrado, lo dejé a su conciencia. Las acciones de reforma siempre van acompañadas de sacrificio. Exigen que el amor por las comodidades, los intereses egoístas y el gusto por la ambición se sometan a los principios de la justicia. Quien tenga el valor de reformarse se encontrará con obstáculos. Se enfrentarán contra el conservatismo de quienes por negocio o placer se ponen en contacto con los adoradores de la moda y pierden el rango social con el cambio.

Aquellas hermanas que constantemente urgían la reforma del vestido generaron muchos sentimientos de infelicidad. En el caso de las extremistas, esta reforma parecía ser el centro de su religión. Era tema de conversación y carga para el corazón. Sus mentes se desviaban de Dios y la verdad. No recibieron el espíritu de Cristo y manifestaron una gran falta de verdadera cortesía. En lugar de valorar el vestido por sus ventajas reales, parecían estar orgullosas de su singularidad. Quizá entre nosotros jamás surgió una cuestión que causara un desarrollo del carácter como la reforma en el vestido.

Mientras muchas de las jóvenes adoptaron el vestido, algunas quisieron evitar la cruz permitiéndose adornos de más, convirtiéndolo así en una maldición más que en una bendición. Para las que lo vestían con reticencia, por sentido del deber, se convirtió en un pesado yugo. Otras, aparentemente las reformadoras más celosas, manifestaron una triste falta de orden y pulcritud. No estaba confeccionado de acuerdo con el modelo aprobado. Algunas llevaban un conjunto variado —el vestido confeccionado con una tela, la blusa con otra y aun los pantalones con otra—. Otras llevaban una falda muy larga, de modo que sólo se veía una pulgada de los pantalones y así el vestido quedaba desproporcionado y de mal gusto. Esos grotescos y desordenados vestidos desagradaban a muchas que de buen grado habrían aceptado un vestido adecuadamente reformado.

Algunas estaban muy preocupadas porque no hice del vestido una cuestión probatoria y otras aún porque aconsejé que aquellas que tuvieran esposos o hijos incrédulos no lo adoptaran porque podría traer la infelicidad y ello contrarrestaría el bien derivado (630) de su uso. Durante años llevé la carga de esta obra y trabajé por establecer una uniformidad en el vestido de nuestras hermanas.

En una visión que el 3 de enero de 1875 se me concedió en Battle Creek se me mostró el estado de cosas que he representado aquí y que la gran diversidad en el vestido era perjudicial para la causa de la verdad. Lo que tenía que haber sido una bendición si se hubiera adoptado uniformemente y llevado con propiedad, se convirtió en un reproche y, en algunos casos, una desgracia.

Algunas que llevaban el vestido suspiraban como si de una pesada carga se tratase, su corazón decía: "Cualquier cosa menos esto. Si se nos permitiera abandonar este estilo extraño estaríamos dispuestas a

aceptar un vestido de longitud ordinaria sin adornos. Las piernas podrían estar cubiertas tan cálidamente como antes y podríamos disfrutar de todos los beneficios físicos. Preparar un vestido reformado requiere mucho tiempo". Murmurando y quejándose destruían rápidamente la piedad vital.

No tenía ningún testimonio sobre el tema del vestido. No hice ninguna referencia a él, ni defendiéndolo ni condenándolo. El propósito de Dios era probar a los que profesaban ser su pueblo y revelar los motivos de su corazón. En las reuniones anuales raras veces tuve algo que decir al respecto. Evité todas las preguntas y no respondí ninguna carta.

Hace un año se me volvió a presentar el tema del vestido. Vi que nuestras hermanas se alejaban de la sencillez del evangelio. La mismas que sintieron que la reforma en el vestido exigía un trabajo innecesario y afirmaban que el espíritu del mundo no influiría sobre ellas ahora habían adoptado la moda que una vez condenaron. Sus vestidos estaban sobrecargados con todos los adornos mundanos innecesarios de manera indecorosa para los cristianos y en completa desviación con respecto a nuestra fe.

De este modo se ha desarrollado el orgullo del corazón tolerado por un pueblo que profesa haber salido del mundo y haberse separado de él. La inspiración declara que la amistad del mundo está enemistada con Dios. Y, sin embargo, los que profesan ser su pueblo han gastado los recursos y el tiempo que Dios les dio en el altar de la moda. (631)

Nuestra gente ha retrocedido de manera constante en la obra de reforma. La sabiduría y el juicio parecen paralizados. El egoísmo y el amor por la ostentación han corrompido el corazón y deteriorado el carácter. Crece la inclinación a sacrificar la salud y el favor de Dios en el altar de la siempre cambiante y nunca satisfecha moda.

No hay estilo de vestido más adecuado en el sanatorio que el vestido reformado. La idea que algunos sostienen de que afectaría la dignidad de esa institución es un error. Ese es precisamente el tipo de vestido que se esperaría encontrar allí y no debería ser descartado. Con esa ropa, las auxiliares podrían desempeñar sus funciones con mucho menos esfuerzo que el que ahora se requiere. Un vestido así predicaría su propio sermón a los devotos de la moda. El contraste entre su propia vestimenta insana, recargada y pesada y el vestido reformado, representado adecuadamente permite mayor comodidad en el movimiento de las piernas y sería más instructivo. Muchos de los pacientes habrían experimentado una gran mejoría de haber aceptado el vestido reformado.

Lamentamos las influencias contrarias a este pulcro, modesto y saludable vestido. El corazón natural siempre defiende las costumbres mundanas; cualquier influencia se multiplica por diez si se ejerce en la dirección equivocada.

Mientras ninguna hermana se sintió obligada a adoptar el vestido reformado, nuestra gente podía y debería haber apreciado sus ventajas y, por tanto haberlo considerado una bendición. Ahora podemos ver los malos resultados de una conducta contraria. En el sanatorio, los médicos y los asistentes se han apartado en gran manera de las instrucciones de Dios al respecto del vestido. La sencillez es rara. En lugar de una indumentaria pulcra y sin adornos,, descrita por la pluma de la Inspiración, es posible ver casi todos los estilos de vestir a la moda. Aquí, como en cualquier otra parte, los mismos que se quejaban del trabajo que exigía confeccionar un vestido reformado ahora han alcanzado límites insospechados en el adorno innecesario. Todo ello ocupa tanto tiempo y trabajo que muchos se ven obligados a alquilar sus servicios al doble del costo que resultaría si las vestiduras estuvieran confeccionadas con sencillez tal como sucede con las mujeres que profesan piedad. La confección de tales vestidos a la moda cuesta con frecuencia más (632) que el vestido en sí. En los adornos a menudo se gasta el doble del material. Se ostentan el orgullo y la vanidad y se ve una gran falta de verdaderos principios. Si se sintieran a gusto con vestidos sencillos y limpios, muchas que dependen de su salario semanal podrían coserlo ellas mismas. Pero ahora eso es imposible y la factura de la modista se lleva una considerable suma de sus ya de por sí cortas ganancias.

Dios quiso que el vestido reformado fuera una barrera que impidiera que los corazones de nuestras hermanas se alejaran de él siguiendo las modas del mundo. Los que eliminaron esa barrera no tomaron sobre sí la carga de cortar el paso a los peligros que se seguirían. Algunos que ocupan cargos de responsabilidad han ejercido su influencia en favor de las costumbres mundanas completamente opuestas al modelo de la Biblia. Han aportado su grano de arena al presente estado de mundanalidad y desviación.

Dios ha probado a su pueblo. Permitió que el testimonio referente al vestido permaneciera en silencio para que nuestras hermanas pudieran seguir su propia inclinación y desarrollara así el orgullo que realmente existía en sus corazones. La reforma se recomendaba para impedir el presente estado de mundanalidad. Muchas ridiculizaron la idea de que ese vestido era necesario para protegerlas de seguir las modas; pero el Señor ha permitido que se manifestara el orgullo que abrigaban sus corazones y eso precisamente era lo que debían hacer. Ahora se ha demostrado que necesitaban las restricciones que imponía la reforma en el vestido.

Si todas nuestras hermanas adoptasen un vestido sencillo y sin adornos, de longitud modesta, la uniformidad que así se daría sería más agradable a Dios y ejercerían una influencia más salutífera en el mundo que la diversidad que se presentaba cuatro años atrás. Ya que nuestras hermanas no aceptarían el vestido reformado tal y como debería ser, se ha presentado un nuevo estilo menos objetable. Está libre de adornos innecesarios y carece de sobrefalda. Consiste en una blusa sin entallar y una falda de longitud suficiente para el decoro pero que no recoja el barro ni la suciedad de la calle. El tejido debe ser liso, sin grandes estampados ni dibujos. Se debe prestar la misma atención al cubrimiento de las piernas que al vestido corto. (633)

¿Aceptarán las hermanas este estilo de vestido y rechazarán imitar las modas cambiantes constantemente imaginadas por Satanás? Nadie puede decir qué extravagante moda seguirá. Los mundanos cuya única preocupación es: "¿Qué comeré y qué me pondré?" no deben ser nuestro criterio.

Algunos han dicho: "Después de quitarme este vestido me pondré otro más sencillo". Ahora bien, si la conformidad con la moda del mundo agrada a Dios, al fin y al cabo, ¿por qué hacer un cambio? Pero si está mal, ¿Es mejor seguir en el error más tiempo del estrictamente necesario para hacer el cambio? justo en este punto os recordamos el celo y la sinceridad, la habilidad y la perseverancia que manifestasteis al confeccionar vuestros vestidos según la moda. ¿Acaso no sería digno de alabanza manifestar al menos la misma sinceridad al confeccionarlo según el modelo de la Biblia? Para confeccionar esas vestiduras se usaron unos recursos y un tiempo preciosos otorgados por Dios. ¿Qué estáis dispuestas a sacrificar ahora para corregir el mal ejemplo que habéis dado a otras?

Es una vergüenza que nuestras hermanas se olviden de tal manera de su carácter santo y su deber para con Dios, que imiten las modas del mundo. No tenemos excusa excepto la perversidad de nuestro propio corazón. No extendemos nuestra influencia con una conducta tal. Es tan inconsecuente para con nuestra profesión de fe, que nos ridiculiza ante los ojos de los mundanos.

Más de un alma que estaba convencida de la verdad se ha visto inducida a decidirse contra ella por el orgullo y el amor al mundo que manifestaron nuestras hermanas. La doctrina que se predicaba parecía clara y armoniosa, y las oyentes sentían que debían tomar una pesada cruz al aceptar la verdad. Cuando estas personas vieron a nuestras hermanas haciendo tanta ostentación en el vestir, dijeron: "Estas personas se visten tan vistosamente como nosotras. No pueden creer realmente lo que profesan; y al fin y al cabo deben estar equivocadas. Si realmente pensaran que Cristo va a venir pronto, y el caso de cada alma debe decidirse para la vida o la muerte eterna, no dedicarían su tiempo y su dinero a vestirse de acuerdo con las modas existentes". ¡Cuán poco sabían del sermón que estaban predicando sus vestidos, estas hermanas que profesaban tener fe! (634)

Nuestras palabras, nuestras acciones y nuestra indumentaria predican diariamente y en forma vívida, y juntan para Cristo o dispersan. Esto no es un asunto trivial, que se ha de dejar a un lado con una broma. El tema de la indumentaria exige seria reflexión y mucha oración. Muchos incrédulos han sentido que

no han estado haciendo bien al permitir que los esclavizara la moda; pero cuando ven vestirse como los mundanos y gozar de una sociedad frívola a algunas personas que hacen alta profesión de piedad, deciden que una conducta tal no debe ser mala.

El apóstol inspirado dice: "Hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres" (1 Cor. 4:9). Todo el cielo está tomando nota de la influencia diaria que ejercen sobre el mundo los profesos seguidores de Cristo. Hermanas, vuestro vestido habla en favor de Cristo y la verdad sagrada, o en favor del mundo. ¿Qué dice? Recordad que todos tendremos que dar cuenta a Dios por la influencia que ejercemos.

De ninguna manera quisiéramos estimular la negligencia en el vestir. Que el atavío sea apropiado y decoroso. Aunque se lo confeccione con una tela de algodón de pocos pesos el metro, debe mantenérselo aseado y limpio. Si no hay frunces la persona que lo ha de llevar no sólo puede ahorrarse algo haciendo el vestido ella misma, sino que puede economizar pequeñas sumas al lavarlo y plancharlo por si misma. Las familias se imponen pesadas cargas al vestir a sus hijos de acuerdo con la moda ¡Qué despilfarro de tiempo! Los pequeñuelos tendrían muy buen aspecto con un vestido sin frunces ni adornos, pero que esté ordenado y limpio. Es tan fácil lavar y planchar un vestido tal, que este trabajo no se siente como una carga.

¿Por qué, al servir a las modas de esta época, se atreven nuestras hermanas a privara Dios del servicio que le deben, y a su tesorería del dinero que deberían dar para su causa? Dedican los primeros y mejores pensamientos al vestido; despilfarran el tiempo y malgastan el dinero. Descuidan la cultura de la mente y del corazón. Consideran el carácter como de menor importancia que el vestido. El adorno de un espíritu manso y apacible es de valor infinito; y es una insensatez de las más perversas malgastar en actividades frívolas nuestras oportunidades de conseguir el precioso adorno del alma. (635)

Hermanas, podéis hacer una obra noble para Dios si queréis. La mujer no conoce su poder. Dios no quiso que sus capacidades fuesen todas absorbidas en preguntarse: "¿Qué comeré? ¿Qué beberé? ¿Con qué me vestiré?" Hay un propósito más elevado para la mujer, un destino más grandioso. Debe desarrollar y cultivar sus facultades; porque Dios puede emplearlas en su gran obra de salvar a las almas de la ruina eterna.

El domingo, las iglesias populares parecen más un teatro que un lugar de adoración a Dios. Se ostentan todos los estilos de moda. Los pobres no tienen valor para entrar en tales lugares para adorar. Alguien que asistía a una de esas iglesias me comentó: Proporciona una oportunidad ideal para el estudio de la moda. Puedo ver el efecto de los distintos estilos en el vestido. ¿Sabe? Obtengo un gran beneficio en el negocio con la observación del efecto que los distintos vestidos de diferentes formas tienen sobre las variadas complexiones. ¿Se dio cuenta de ese magnífico sombrero y esa falda? Sé cómo los confeccionaron. He tomado lecciones todo el día para ponerlas en práctica".

Ni una palabra se refería a Cristo o al sermón que se predicaba. Pensé: "¿Cómo puede Jesús considerar a alguien que ostenta tantos ornamentos y vestidos extravagantes?" ¡Cuánto deshonor se ha traído a la casa de Dios. Si Cristo viniese a la tierra y visitara esas iglesias, ¿no echaría fuera a todos los profanadores de la casa de su Padre?

Pero el mayor de los males es la influencia que se ejerce sobre los niños y los jóvenes. Casi tan pronto como vienen al mundo, están sujetos a las exigencias de la moda. Los niñitos oyen hablar más del vestido que de su salvación. Ven a sus madres consultando con más fervor los figurines de modas que la Biblia. Hacen más visitas a la tienda y a la modista que a la iglesia. La ostentación exterior recibe mayor consideración que el adorno del carácter. Si se ensucian los lindos vestidos, ello arranca vivas reprimendas y los ánimos se vuelven irritables bajo la continua restricción.

Un carácter deformado no molesta tanto a la madre como un vestido sucio. El niño oye hablar más de los vestidos que de la virtud; porque la madre está más familiarizada con la moda que con su Salvador. Con frecuencia, su ejemplo rodea a los jóvenes (636) con una atmósfera venenosa. El vicio, disfrazado con el atavío de la moda, se introduce entre los niños.

La sencillez en el vestir hará que una mujer sensata tenga la apariencia más ventajosa para ella. Juzgamos el carácter de una persona por el estilo del vestido que lleva. El atavío vistoso indica vanidad y debilidad. Una mujer modesta y piadosa se vestirá modestamente. Un gusto refinado y una mente culta se revelarán en la elección de atavíos sencillos y apropiados.

Hay un adorno que no perecerá nunca, que promoverá la felicidad de todos los que nos rodean en esta vida y resplandecerá con lustre inmarcesible en el futuro inmortal. Es el adorno de un espíritu manso y humilde. Dios nos ha ordenado llevar sobre el alma el atavío más rico. Cada mirada que echan al espejo debiera recordar a las adoradoras de la moda el alma que descuidan. Cada hora malgastada en el atavío les merece una reprensión por dejar inculto el intelecto. Podría haber entonces una reforma que elevaría y ennoblecería todos los fines y propósitos de la vida. En vez de procurar adornos de oro para la vista, se haría un esfuerzo ferviente para obtener la sabiduría que es de más valor que el oro fino; si, que es más preciosa que los rubíes.

Quienes adoran ante el altar de la moda tienen poca fuerza de carácter, y poca energía física. No tienen un propósito grande para la vida y su existencia no logra ningún fin de valor. Encontramos por doquiera mujeres cuya mente y corazón están absortos en su amor por el vestido y la ostentación. Sus almas están atrofiadas y empequeñecidas y sus pensamientos se concentran en su pobre y despreciable persona. En cierta oportunidad en que pasaba una joven vestida a la moda delante de varios caballeros en la calle, uno de ellos preguntó algo acerca de ella. La respuesta fue: "Sirve de lindo adorno en la casa de sus padres, pero en otro sentido no tiene utilidad". Es deplorable que los que profesan ser discípulos de Cristo consideren cosa buena imitar la indumentaria y los modales de estos adornos inútiles.

Pedro da a las mujeres cristianas valiosas instrucciones acerca del vestir: "Vuestro atavío no sea el externo, de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable (637) y apacible, que es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos" (1 Pedro 3:3-5). Todo lo que recomendamos es que se cumplan las órdenes de la Palabra de Dios. ¿Leemos y seguimos las enseñanzas de la Biblia? ¿Obedeceremos a Dios o nos conformaremos con las costumbres del mundo? ¿Serviremos a Dios o a Mamón? ¿Podemos esperar tener la paz del espíritu y la aprobación de Dios mientras andamos en forma directamente contraria a las enseñanzas de su Palabra?

El apóstol Pablo exhorta a los cristianos a no conformarse con el mundo, sino a transformarse por la renovación de su entendimiento para que experimenten "cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Rom. 12:2). Pero muchos de los que profesan ser hijos de Dios no manifiestan escrúpulos al conformarse a las costumbres del mundo en lo que se refiere a llevar oro, perlas y atavíos costosos. Los que son demasiado concienzudos para llevar estas cosas son considerados como de mente estrecha, supersticiosos y hasta fanáticos. Pero es Dios quien condesciende a darnos estas instrucciones; son las declaraciones de la Sabiduría infinita; y quienes las desprecian lo hacen a su propio riesgo y pérdida. Los que se aferran a los adornos prohibidos en la Palabra de Dios, conservan orgullo y vanidad en su corazón. Desean atraer la atención. Su vestido dice: "Miradme; admiradme". Así, la complacencia aumenta constantemente la vanidad inherente a la naturaleza humana. Cuando la mente piensa sólo en agradar a Dios, desaparecen todos los embellecimientos inútiles de la persona.

El apóstol pone el adorno exterior en contraste directo con un espíritu manso y humilde, y luego atestigua el valor comparativo de este último, "que es de grande estima delante de Dios" (1 Pedro 3:4). Hay una contradicción decidida entre el amor al atavío externo y la gracia de la mansedumbre, el espíritu apacible. Únicamente si buscamos en todas las cosas amoldarnos a la voluntad de Dios reinará en el alma la paz y el gozo.

El amor al vestido hace peligrar la moralidad, y hace de la mujer lo contrario de una dama cristiana, caracterizada por la modestia y la sobriedad. Los vestidos extravagantes y ostentosos, a menudo

alientan la concupiscencia del corazón de quien los lleva (638) y despiertan las bajas pasiones del corazón del que los contempla. Dios ve que la ruina del carácter está precedida con frecuencia por la indulgencia del orgullo y la vanidad en el vestir. Ve que las vestiduras costosas incapacitan para hacer el bien.

Cuantos más recursos invierte una persona en el vestido, menos le es posible alimentara los hambrientos y cubrir a los desnudos. Por tanto, la corriente de beneficencia, que debería fluir constantemente, se seca. Cada dólar ahorrado renunciando a los ornamentos inútiles puede servir para los necesitados o para ser depositado en la tesorería del Señor para sostener el evangelio, para enviar misioneros al extranjero o para multiplicar las publicaciones que lleven rayos de luz a las almas que se encuentran en las tinieblas del error.

Hermana, ¿cuánto tiempo ha pasado confeccionando adornos innecesarios? Piense que deberá rendir cuentas a Dios por él. ¿Cuánto dinero gastó para complacer sus fantasías o ganarse la admiración de corazones tan vanos como el suyo? Era dinero de Dios. ¡Cuánto bien podría haber hecho con él! ¡Y qué perdida soportará en esta vida, y en la vida futura e inmortal, al no hacerlo! Las almas serán juzgadas según las acciones del cuerpo. Dios lee los propósitos y los motivos. Cada obra y cada secreto está al descubierto ante su ojo que todo lo ve. Ningún pensamiento, ninguna palabra o ninguna acción escapa de su atención. Sabe si lo amamos y lo glorificamos o nos complacemos y exaltamos a nosotros mismo. Sabe si ponemos nuestro afecto en las cosas de arriba, donde Cristo se sienta a la diestra de Dios, o en las cosas terrenales, sensuales y diabólicas.

Cuando usted pone sobre su persona una pieza de vestir extravagante o inútil la está retrayendo de los desnudos. Cuando llena la mesa con una gran variedad de alimentos innecesarios y costosos descuida la nutrición de los hambrientos. ¿Cómo es el registro de su vida, cristiano profeso? Le encomiendo que no ponga en indulgencias insensatas y perjudiciales lo que Dios exige para su tesorería y la porción que debería ser dada a los menesterosos. No nos vistamos con ropas costosas, sino como las mujeres que profesan la piedad, cubrámonos con buenas obras. Que el clamor de la viuda y el huérfano no suba al cielo y hable contra nosotras. (639) No manchemos nuestro vestido con la sangre de las almas. No despilfarremos este precioso tiempo de gracia en el orgullo del corazón. ¿Acaso no hay pobres por visitar, o algún ciego a quien leer la palabra de Dios o personas desalentadas y deprimidas que necesiten palabras de consuelo y oraciones?

A medida que Dios os hacía prosperar, ¿no ha aumentado la indulgencia del orgullo, y la vanidad? Mientras dedicáis un tiempo precioso al estudio del vestido, descuidáis el adorno interior; no crecéis en la gracia. En lugar de ser más celestial, vuestra mente es cada vez más terrenal. Las pasiones insensatas y dañinas y los apetitos mezquinos nublan vuestro sentido de las cosas sagradas. ¿Por qué todos los que profesan amar a Cristo no huyen de esta indulgencia destructora de las almas? El mundo anda enloquecido siguiendo la espectacularidad, la moda y el placer. La lujuria aumenta de manera permanente y terrible. ¿Por qué los cristianos no son fieles a su profesión?

Cristo queda avergonzado por los que profesan seguirle. ¿En qué se le parecen? ¿En qué se parece nuestra indumentaria con los requerimientos bíblicos? No quiero que los pecados de la gente pesen sobre mí, y daré a la trompeta un sonido certero. Durante años he dado un testimonio claro y decidido sobre este asunto por la página impresa y desde la tribuna. No he rehuido declarar todo el consejo de Dios. Debo estar libre de la sangre de todos. El hecho de que la mundanalidad y el orgullo dominan en forma casi universal, no proporciona a ningún cristiano excusa para ser como los demás. Dios ha dicho: %o seguirás a los muchos para hacer mal' (Éxo. 23:2).

No juguéis más, hermanas, con vuestras propias almas y con Dios. Se me ha mostrado que la causa principal de vuestra apostasía es vuestro amor por el vestido. Os induce a descuidar grandes responsabilidades, y tenéis apenas una chispa del amor de Dios en vuestro corazón. Sin demora, renunciad a la causa de vuestra apostasía, porque es un pecado contra vuestra propia alma y contra Dios. No os endurezcáis por el engaño del pecado. La moda está deteriorando el intelecto y royendo la

espiritualidad de nuestro pueblo. La obediencia a las modas está invadiendo nuestras iglesias adventistas, y está haciendo más que cualquier otro poder (640) para separar de Dios a nuestro pueblo. Se me ha mostrado que las reglas de nuestras iglesias son muy deficientes. Todas las manifestaciones de orgullo en el vestir, que son prohibidas en la Palabra de Dios, deben ser suficiente razón para que la iglesia ejerza disciplina. Si a pesar de las amonestaciones, súplicas y ruegos, se continúa siguiendo la voluntad perversa, puede ello considerarse como prueba de que el corazón no está de ninguna manera unido al de Cristo. El yo, y únicamente el yo, es el objeto de la adoración, y un cristiano profeso de esta índole apartará a muchos de Dios.

Pesa sobre nosotros como pueblo un terrible pecado, porque hemos permitido que los miembros de nuestras iglesias vistan de una manera inconsecuente con su fe. Debemos levantarnos en seguida, y cerrar la puerta a las seducciones de la moda. A menos que lo hagamos, nuestras iglesias se desmoralizarán. (641)

LA EDUCACIÓN ADECUADA.-

La educación incluye algo más que el conocimiento contenido en los libros. Una adecuada educación, además de la disciplina mental, deberá estar compuesta por una formación que asegure una moral sana y un correcto comportamiento. Nuestra gran preocupación ha sido que los que aceptan alumnos en sus casas no se den cuenta de la responsabilidad que contraen y descuiden el ejercicio de una influencia adecuada sobre esos jóvenes. De ese modo los alumnos no obtendrían todo el provecho que podrían recibir en el colegio. Con demasiada frecuencia surge una pregunta: ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?' (Gén. 4:9). ¿Qué preocupación, qué carga de responsabilidad debo aceptar por los alumnos que ocupan alguna habitación en nuestras casas?" Mi respuesta es: "Exactamente el mismo interés que pondríais en vuestros hijos".

Cristo dijo: "Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado" (Juan 13:34). El alma de los jóvenes que entran bajo vuestro techo son tan preciosas a ojos del Señor como las de vuestros amados hijos. Cuando los jóvenes se separan de la influencia amortiguadora y subyugadora del círculo del hogar, el deber de aquellos que tienen cuidado de ellos es convertirse en influencia hogareña para ellos. De ese modo suplirán una gran carencia y harán un trabajo para Dios semejante a la obra del ministro desde el púlpito. Ejercer sobre esos alumnos una influencia que los resguarde de las tentaciones de inmoralidad y los lleve a Jesús es una obra que goza de la aprobación del cielo. Los que residen en el gran centro de la obra, en el que hay importantes intereses para sostener, tienen sobre si grandes responsabilidades. Los que escogen fijar su residencia en Battle Creek deberían ser hombres y mujeres de fe, sabios y de oración.

Centenares de jóvenes de diversas disposiciones y diferente educación están asociados en la escuela, y se requiere gran cuidado y mucha paciencia para guiar en la debida dirección las mentes que han sido torcidas por la mala disciplina. Algunos nunca han sido disciplinados, mientras que otros lo fueron demasiado, y una vez separados de las manos vigilantes que sujetaban las riendas del (642) control con rigidez tal vez excesiva, se sienten libres para hacer lo que quieren. Desprecian el mismo pensamiento de la restricción. Estos diversos elementos reunidos en nuestro colegio, imponen cuidados, cargas y pesada responsabilidad, no sólo a los maestros, sino a toda la iglesia.

Los alumnos de nuestras escuelas están expuestos a múltiples tentaciones. Serán puestos en relación con individuos de casi toda disposición mental y moral. Los que han tenido experiencia religiosa son censurables si no se colocan en posición para resistir toda mala influencia. Pero muchos prefieren seguir sus inclinaciones. No consideran que pueden forjar o destruir su propia felicidad. Está en su poder el aprovechar de tal manera su tiempo y sus oportunidades, que desarrollen un carácter que los hará felices y útiles.

Los jóvenes que residen en Battle Creek están en peligro constante porque no se unen al cielo. Si fueran fieles a su profesión serían misioneros de Dios. Al manifestar interés, compasión y amor

cristianos podrían aprovechar la juventud para venir a Battle Creek desde otros lugares. Es preciso que se haga un esfuerzo sincero para que esos forasteros no escojan amistades superficiales, frívolas y amantes de los placeres. Los tales ejercen una influencia desmoralizadora en el colegio, en el sanatorio y en la agencia de publicación. El número de los que se cuentan entre nosotros aumenta constantemente a la vez que se desvanecen sin cesar la vigilancia y el celo por guardar el fortín. Si abrieran los ojos, todos verían hacia donde tienden estas cosas.

Muchos se mudan a Battle Creek para que sus hijos disfruten de los beneficios del colegio y, al mismo tiempo, no sienten la responsabilidad de tal decisión. No se aperciben de que deben considerar algo más que su interés egoísta, que pueden ser más un obstáculo que una bendición, a menos que vengan con el firme propósito de hacer bien tanto como de recibirlo. Aun así, nadie tiene que perder su espiritualidad por venir a Battle Creek. Si seguimos a Cristo, nadie tendrá poder para apartarnos de la senda dispuesta para que los rescatados del Señor anden por ella. Nadie está obligado a copiar los errores de los que profesan ser cristianos. Si alguien ve las equivocaciones y las faltas de otros, será responsable ante Dios (643) y ante sus semejantes si no es un ejemplo mejor. Sin embargo, algunos se sirven de las faltas ajenas para tener una excusa para sus propios defectos de carácter y llegan a copiar esos mismos rasgos objetables que condenan. Tales personas dan pábilo a los que son objeto de sus quejas por llevar una conducta anticristiana. Entran con los ojos abiertos en la trampa del enemigo. No pocos en Battle Creek han seguido esta conducta. Algunos vinieron allí donde se encontraban nuestras instituciones con el egoísta motivo de hacer negocio. Esos no serán de ninguna ayuda para los jóvenes, ni de palabra ni de ejemplo.

Los peligros de los jóvenes quedan grandemente acrecentados cuando se los asocia con gran número de otros jóvenes de diverso carácter y hábitos de vida. En tales circunstancias, muchos padres se inclinan a relajar más bien que a duplicar sus propios esfuerzos por custodiar y regir a sus hijos. Arrojan una tremenda carga sobre los que sienten la responsabilidad. Cuando estos padres ven que sus hijos se están desmoralizando, se inclinan a censurar a los que están encargados de la obra, cuando los males han sido causados por la conducta de los padres mismos.

En vez de unirse a los que llevan las cargas, elevar la norma de la moral, y trabajar con corazón y alma en el temor de Dios para corregir los defectos de sus hijos, muchos padres calman su propia conciencia diciendo: "Mis hijos no son peores que otros". Procuran ocultar las faltas chocantes que Dios odia, no sea que sus hijos se ofendan, y actúen en forma desesperada. Si el espíritu de rebelión está en su corazón, será mucho mejor subyugarlo ahora que permitirle crecer y fortalecerse por la indulgencia. Si los padres quisieran hacer su deber, veríamos un estado diferente de cosas. Muchos de estos padres se han apartado de Dios. No tienen su sabiduría para percibir las trampas de Satanás y resistirlas.

En esta época del mundo, los hijos deberían ser objeto del cuidado más estricto. Deberían recibir advertencias y restricciones. Dios maldijo a Elí porque no reprendió decidida y prontamente a sus malvados hijos. Hay algunos padres en Battle Creek cuya conducta no es mejor que la de Elí. Tienen miedo de controlar a sus hijos. Los ven servir a Satanás pero se hacen los ciegos y lo (644) aceptan como una cosa desagradable que deben soportar porque no se puede solucionar.

A cada hijo e hija debe pedírsele cuenta si se ausenta de la casa de noche. Los padres deben saber en qué compañía se hallan sus hijos, y en casa de quién pasan sus veladas. Algunos hijos engañan a sus padres con mentiras para evitar que quede expuesta su mala conducta. Hay quienes buscan la amistad de compañeros corrompidos, y visitan secretamente en la ciudad tabernas y otros lugares de placer prohibidos. Hay alumnos que visitan los salones de billar y juegan a los naipes, lisonjeándose de que no hay peligro. Puesto que buscan solamente divertirse, se sienten perfectamente seguros. No son sólo los inferiores los que hacen esto. Algunos de los que han sido cuidadosamente criados y enseñados a mirar tales cosas con aborrecimiento, se están aventurando en el terreno prohibido.

Los jóvenes deben ser dominados por principios firmes, a fin de aprovechar debidamente las facultades que Dios les ha dado. Pero los jóvenes siguen tanto y tan ciegamente los impulsos, sin referencia a los

principios, que están constantemente en peligro. Siendo que no siempre pueden tener la dirección y protección de padres y tutores, necesitan ser enseñados a regirse y dominarse a sí mismos. Se les debe enseñar a pensar y actuar de acuerdo con principios de conciencia.

Los que se dedican al estudio deben tener solaz. La mente no debe dedicarse constantemente a la reflexión detenida, porque se gastaría la delicada maquinaria mental. Tanto el cuerpo como la mente deben tener ejercicio. Pero hay una gran necesidad de temperancia en las diversiones, como en cualquier otra actividad. Su carácter debe ser considerado cuidadosa y cabalmente. Todo joven debe preguntarse: ¿Qué influencia tendrán estas diversiones sobre mi salud física, mental y moral? ¿Quedará mi mente tan infatuada que me olvide de Dios? ¿Dejaré de tener presente su gloria?

Se deberían prohibir los juegos de naipes. Las amistades y tendencias son peligrosas. El príncipe de los poderes de las tinieblas preside la sala de juego y cualquier lugar donde se juegue con naipes. Los ángeles malos son huéspedes habituales de esos lugares. No hay nada en tales diversiones que sea beneficioso para el alma (645) o el cuerpo. No hay nada que refuerce el intelecto, nada que aporte valiosas ideas para un uso futuro. La conversación versa sobre temas triviales y degradantes. En ellas se escuchan el chiste grosero, la charla baja y vil, que rebaja y destruye la verdadera dignidad de la humanidad. Esos juegos son los más carentes de sentido, los más inútiles, inaprovechables y peligrosos usos que puede tener la juventud. Los que participan del juego con naipes se excitan intensamente y pronto pierden toda apetencia por las ocupaciones elevadas y útiles. El ser experto en manejar los naipes, conduce a menudo al deseo de usar este conocimiento y tacto para obtener algún beneficio personal. Se juega una pequeña suma, y luego una mayor, hasta que se adquiere la sed del juego que conduce a la ruina segura. ¡A cuántos ha llevado esta diversión perniciosa a toda práctica pecaminosa, a la pobreza, a la cárcel, al homicidio y al cadalso! Y sin embargo, muchos padres no ven el terrible peligro que amenaza con devorara nuestros jóvenes.

Entre los más peligrosos lugares de placer se cuenta el teatro. En vez de ser una escuela de moralidad y virtud, como se pretende a menudo, es el semillero de la inmoralidad. Estas diversiones fortalecen y confirman los hábitos viciosos y las propensiones pecaminosas. Los cantos viles, los ademanes, las expresiones y actitudes lascivas depravan la imaginación y degradan la moral. Todo joven que asista habitualmente a espectáculos, se corromperá en sus principios. No hay en nuestra tierra influencia más poderosa para envenenar la imaginación, destruir las impresiones religiosas, y embotar el gusto por los placeres tranquilos y las sobrias realidades de la vida, que las diversiones teatrales. El amor por estas escenas aumenta con cada asistencia, como el deseo de bebidas embriagantes se fortalece con su consumo. La única conducta segura consiste en huir del teatro, del circo y otros lugares dudosos de diversión.

Hay modos de recreación que son altamente beneficiosos para la mente y el cuerpo. Una mente ilustrada, discernidora, hallara abundantes medios de entretenerse y divertirse, en fuentes que no sean solamente inocentes, sino instructivas. La recreación al aire libre, la contemplación de las obras de Dios en la naturaleza, serán del más alto beneficio. (646)

El gran Dios, cuya gloria brilla desde el cielo y cuya mano divina sostiene millones de mundos, es nuestro Padre. Nos basta con amarlo, confiar en él, como si fuéramos niños en fe y confianza, y nos aceptará como hijos e hijas suyos, por lo que seremos llamados herederos de toda la gloria inexpresable del mundo eterno. Él guiará a todos las mansos en el juicio, a éstos enseñará su camino. Si andamos en obediencia a su voluntad, aprendiendo con gozo y diligencia las lecciones de su providencia, una y otra vez nos dirá: "Hijo, vena casa, a las mansiones celestiales que tengo preparadas para ti". (647)

RESPONSABILIDAD ANTE DIOS.-

Somos responsables ante Dios del sabio aprovechamiento de todas las facultades mentales y físicas. ¿Quién puede medir esta responsabilidad? Deberemos rendir cuentas de la influencia que ejerzamos.

Lo que para nosotros puede parecer un pequeño defecto de carácter se reproducirá en otros en grado mayor y así la influencia que ejerzamos para el mal puede aumentar y perpetuarse.

Que nadie se atreva a hablar con ligereza de las advertencias que reciben aquellos cuya obligación es salvaguardar su bienestar moral y espiritual. Las palabras pueden parecer de poca importancia, que producen sólo una impresión momentánea en la mente de los oyentes. Pero no es todo. En muchos casos esas palabras tienen una respuesta en los corazones sin santificar de jóvenes que jamás se sometieron a advertencias o restricciones. La influencia de una palabra irreflexiva puede afectar el destino eterno de un alma. Cada persona ejerce una influencia sobre la vida de los demás. Podemos ser una luz que brilla e ilumina su sendero o una tormenta destructora. Podemos llevara nuestras amistades hacia arriba, hacia la felicidad y la vida inmortal, o hacia abajo, al sufrimiento y la ruina eterna. Nadie perecerá solo con su iniquidad. Por pequeña que sea la esfera de influencia, ésta se ejerce para bien o para mal. Un hombrea punto de morir exclamó: "Reunid toda mi influencia y enterradla conmigo". ¿Es esto posible? No; como la semilla del cardo se había esparcido por todas partes y había arraigado, por lo que daría una abundante cosecha.

Pocos hay que formen malos hábitos deliberadamente. Con la repetición frecuente de las malas acciones los hábitos se forman de manera inconsciente y se vuelven tan fuertes que se requiere el esfuerzo más persistente para efectuar un cambio. Jamás deberíamos demorarnos en romper un hábito pecaminoso. A menos que conquistemos los malos hábitos, ellos nos conquistarán a nosotros y destruirán nuestra felicidad. Hay muchas pobres criaturas, miserables, descontentas y degradadas, una maldición para los que los rodean, que podrían haber sido hombres útiles y felices de haber aprovechado sus oportunidades. Muchos jóvenes malgastan (648) las preciosas horas de la vida soñando despiertos y sin hacer nada. Esas personas carecen de fuerza de carácter y principios fuertes. Muchos se dejan llevar por las circunstancias. Siempre buscan la simpatía de los demás, dependiendo vanamente de los otros para ser felices. Las esperanzas de todos los que siguen esta conducta naufragarán, las de esta vida y las de la futura.

Los jóvenes que establecen una amistad pueden convertirla en una bendición o una maldición. Pueden edificarse, bendecirse y fortalecerse mutuamente, mejorando su comportamiento, su disposición y su conocimiento o, al permitirse ser despreocupados e infieles, pueden ejercer una influencia desmoralizadora.

Jesús ayudará a todos los que pongan su confianza en él. Los que están unidos a Cristo son gobernados por la felicidad. Siguen la senda por la cual los guía el Salvador, crucificando el yo por él junto con las aficiones y las pasiones. Esas personas han construido sus esperanzas en Cristo y las tormentas de la tierra no tienen poder para arrancarla de su seguro cimiento.

A vosotros compete, muchachos y muchachas, que seáis personas de confianza, íntegras y realmente útiles. Debéis estar prontos y resueltos a tomar partido por la justicia en cualquier circunstancia. Nuestros malos hábitos no pueden entrar con nosotros en el cielo; a menos que los venzamos aquí, nos expulsarán de la morada de los justos. Los malos hábitos ponen la más vigorosa resistencia cuando se les planta batalla. Pero si, con tesón, se mantiene vivo el combate, podrán ser conquistados.

Para formar hábitos correctos, debemos buscar la compañía de personas de moral sana e influencia religiosa. Constantemente deberíamos tener presente que debemos ser aptos para habitar los atrios celestiales. Hemos recibido las preciosas horas de gracia para que podamos eliminar todos los defectos del carácter. Deberíamos esforzarnos en hacerlo, no sólo para obtener la vida futura, sino para ser útiles aquí. Los muchachos y las muchachas deberían considerar que un buen carácter es como un capital de más valor que el oro, la plata o las acciones. No se verá afectado por las situaciones de pánico y las quiebras y dará ricos beneficios cuando las posesiones terrenales desaparezcan. Los jóvenes necesitan una visión más elevada y noble del valor de un carácter cristiano. El (619) pecado ciega los ojos y profana el corazón. La integridad, la firmeza y la perseverancia son cualidades que todos deberían cultivar sinceramente. Porque revisten al que las posee de un poder que es irresistible, un poder que lo

hace fuerte para obrar el bien, para resistir al mal y afrontar la adversidad. Aquí brilla la verdadera excelencia del carácter con su mayor resplandor.

La fuerza de carácter consiste en dos cosas: la energía de la voluntad y del dominio propio. Muchos jóvenes consideran equivocadamente como fuerza de carácter la pasión arrolladora; pero la verdad es que el que se deja dominar por sus pasiones, es un hombre débil. La verdadera grandeza del hombre y su nobleza se miden por el poder de los sentimientos que subyuga, no por el de los sentimientos que lo vencen a él. El hombre más fuerte es aquel que, aunque sensible al ultraje, refrena sin embargo la pasión y perdona a sus enemigos. Los tales hombres son verdaderos héroes.

Muchos tienen ideas tan restringidas de lo que pueden llegar a ser que siempre permanecerán atrofiados y estrechos, cuando si aprovechasen las facultades que Dios les ha dado, podrían desarrollar un carácter noble y ejercer una influencia que ganaría almas para Cristo. El conocimiento es poder; pero la capacidad intelectual, sin la bondad del corazón, es un poder para el mal.

Dios nos ha dado nuestras facultades intelectuales y morales; pero en extenso grado cada persona es arquitecto de su propio carácter. Cada día va subiendo la estructura. La Palabra de Dios nos advierte que prestemos atención a cómo edificamos, para que nuestro edificio se funde, en la Roca eterna. Llegará el tiempo en que nuestra obra quedará revelada tal cual es. Ahora es el momento para que todos cultiven las facultades que Dios les ha dado, a fin de que puedan desarrollar un carácter que tenga utilidad aquí y sea apto para la vida superior.

Cada acto de la existencia, por muy insignificante que sea, tiene su influencia en la formación del carácter. Un buen carácter es más precioso que las posesiones mundanales; y la obra de su formación es la más noble a la cual puedan dedicarse los hombres.

Los caracteres formados por las circunstancias son variables y discordantes, una masa de sentimientos encontrados. Sus poseedores (650) no tienen un blanco elevado o fin en la vida. No ejercen influencia ennoblecedora sobre el carácter de los demás. Viven sin propósito ni poder.

La corta vida que se nos concede debe ser aprovechada sabiamente. Dios quiere que su iglesia sea viva, consagrada, y que trabaje. Nuestro pueblo, en conjunto, dista mucho de esto ahora. Dios pide almas fuertes, valientes, cristianas, activas y vivas, que sigan al verdadero Modelo, y que ejerzan una influencia definida por Dios y lo recto. El Señor nos ha confiado, como cometido sagrado, verdades importantísimas y solemnes, y debemos demostrar su influencia en nuestra vida y carácter.

FECHAS DE PUBLICACIÓN.-

En su versión original en inglés, los TESTIMONIOS PARA LA IGLESIA vieron la luz como sigue: Números 26 y 27, en 1876, en Oakland, California; Número 28, en 1879; Número 29, en 1880, y Número 30, en 1881, en Battle Creek, Michigan.

www.eme1888.cl; eme1888@gmail.com